Obras Completas

IV

Teoría y Práctica de la Historia

JUAN B. JUSTO

BUENOS AIRES

Librería y Editorial "La Vanguardia"

NOTAS SOBRE LA SEGUNDA EDICION

Aparte de pequeñas reformas de redacción, esta edición mejora la exposición de algunas cuestiones y completa las cifras y los diagramas relativos a los procesos históricos actuales que estudia el libro, poniéndolos al día, en cuanto ha sido posible. En los dos últimos capítulos, aparecen tres gráficos nuevos, de especial interés por referirse a la evolución educativa y mental. Así mismo, el libro se ha alargado muy poco respecto de la primera edición, gracias a la supresión de pocas y pequeñas partes, no esenciales.

Diciembre de 1915.

J. B. Justo.

Me propongo en este libro señalar al pueblo las fuerzas históricas e instruirlo en su manejo. Lo dedico a la masa laboriosa y fecunda, sincera aun en el error, hasta en la rebelión, santa. Ella tiene en sus manos su propio porvenir, y si no lo modela en conciencia, entrará con dolor en el molde que la ciega fatalidad le dé.

El título responde al estado de ánimo de un hombre que ve en la vida, no una condena, ni una lotería, sino una acción que, para ser placentera y eficaz, ha de ser inteligente.

Si en algún punto de la exposición el dogma obscurece la verdad, será muy a pesar mío y que en ese momento mi cabeza habrá traicionado a mi corazón. No creo conducente y genuina sino la teoría que surge espontánea de los hechos, puestos en un orden a la vez lógico e histórico.

¿Servirán estas páginas para la elaboración intencional de nuestro destino colectivo? El propósito es tan grande que sólo contribuir a realizarlo sería premio suficiente para un esfuerzo superior al mío.

Hecho para el pueblo, quisiera, sin embargo, este libro ser leído por personas de toda condición. Machiavelli escribiendo para los príncipes enseñó al pueblo; cuánto más no enseñaríamos a los príncipes los que escribimos para el pueblo, si se dignaran leernos!

J. B. Justo.

Agosto de 1909.

Teoría y Práctica de la Historia

El progreso histórico es continuo. — ¿Será siempre inconsciente? — El concepto heroico y teatral de la Historia. — La idea de ley. — Los datos modernos. — La historiografía. — La sociología. — La conciencia histórica del pueblo. — Sólo descubren el camino los que quieren andar. — La teoría de la Historia es la teoría general de las actividades humanas. — En la historia el experimento es la intención. — El pueblo sobre todo necesita la verdad histórica. — Con ella viene el método en la vida colectiva.

Marchamos sin descanso por el camino de la Historia. La Humanidad está siempre en vías de crecimiento y transformación.

Puede algún pueblo aletargarse en su vida social, pero, dentro de él mismo o en otra parte, están ya acumulándose, latentes, las fuerzas que han de sacudirlo e impulsarlo.

Para el campesino egipcio la vida era tan uniforme como el aspecto de los vetustos monumentos de su país, conservados al través de los siglos gracias a la sequedad del clima. Pasaban los imperios que sucesivamente conquistaron el antiguo reino de Faraón, y, si alguna vez cambiaron el idioma y los ídolos del indígena, el mismo tosco arado surcaba siempre la estrecha faja de tierra fecundada por el Nilo en su creciente anual. He aquí, sin embargo, nuevos dominadores, ingleses, que resuelven y dirigen la construcción del colosal dique de Asuan, para almacenar las aguas del sagrado río, hacer el riego permanente y ensanchar la verde cinta de cultivo a lo largo de sus orillas. Ahora las cosechas son más

abundantes y seguras, y tan grandes los beneficios de la obra, que ya está elevándose la represa diez metros más, para triplicar su embalse y fertilizar todavía centenares de miles de hectáreas de arenal. Con esta revolución agrícola, mudan las costumbres e ideas del pueblo egipcio, y la inveterada sumisión al jefe extranjero desaparece, junto con las ruinas de los famosos templos de Filae, sepultados bajo las aguas por el dique de Asuan. Fermentan ya en el moderno Egipto aspiraciones nacionales de independencia.

¡Ay de los ilusos que suponen al mundo quieto porque no tienen ganas de andar! Lento o impetuoso, encubierto o visible, el progreso histórico es continuo.

El presente es un momento fugaz. Salimos continuamente del pasado, entramos a cada instante en el porvenir.

Y en este incesante movimiento, ¿será la Humanidad inerte como las masas que van por el espacio en inconsciente carrera? ¿Jugarán siempre con nosotros las fuerzas históricas como caprichosas ráfagas con granos de polvo? ¡Problemas que, para el pueblo, antes no se planteaban!

Mientras los hombres explican las cosas por la acción de entes sobrenaturales y los reyes se dicen de origen divino, también la Historia aparece como un perpetuo milagro y se la narra como una mitología. Es el mundo impresionante y caótico de la leyenda, en que sólo hay lugar para las guerras, las pestes, las hambres, los príncipes, los héroes y los santos.

¿Cabe alguna idea de previsión y dirección intencional de los sucesos mientras se los mira como el pasatiempo de dioses y semidioses? ¿Cómo relacionar el pasado con el futuro si apenas se le conecta con la actualidad?

Los hombres se pasean entonces por la Historia como por ciudad extraña viajeros sin objeto. Buscan lo teatral, lo aparatoso, dejando inadvertido todo lo ordinario y corriente. Miran las suntuosas mansiones del barrio principal, y no pierden la ocasión de ver al emperador o al presidente; distraídos por la música y los colores del batallón que pasa, no se preguntan si esos soldados saben leer; en la catedral les interesan la riqueza de los altares, el estilo gótico o romano

del edificio. Pero ¿cuántos van, quiénes van y para qué van a esa iglesia? ¿Cómo vive ese pueblo? ¿Cómo trabaja?

Curiosidades semejantes no nacen en quien sólo ve en la Historia los sucesos memorables, pasto de la crónica que, como la comedia, como la tragedia, tiene en el Paraíso su musa propia, la musa Clío, y cuyos cultores brillan en el arte de describir combates y fiestas y poner en boca de príncipes y generales elocuentes arengas.

Pero en el curso de la evolución humana, y en el grado en que nuestro concepto del mundo se desarrolla, cambia también el concepto de la Historia.

Después de una experiencia muchas veces milenaria, formulamos así nuestra verdad más elemental: todo lo que sucede sigue un orden regular, hay entre las cosas relaciones que podemos descubrir y hacer valer en nuestro bien. A medida que el hombre se extiende sobre el mundo, esta idea de ley se hace más clara y más intensa, porque nuevos hechos sufren el análisis y dejan descubrir el secreto de su producción, porque nuevas leyes se correlacionan y coordinan en otras de dominio más general. Hay fenómenos refractarios a nuestros presentes medios de análisis, hay monstruosidades, hay cataclismos, pero también ellos deben tener sus leyes. Estas existen en el volcán en erupción, como en el grano que germina.

Se impone para la Historia el mismo criterio. ¿Cómo podría substraerse la evolución humana al orden que descubrimos en el desarrollo entero del Universo?

Bien que más de un gran rey antiguo creyera haber llevado su dominio hasta los límites del mundo, las grandes expediciones de los siglos 16, 17 y 18 de la era actual abrieron a la penetración de la raza blanca continentes enteros, ignorados hasta entonces por ella. En América, Asia, Africa y Oceanía, entró el mundo europeo en contacto y conflicto con mundos históricos diferentes, hordas salvajes, tribus bárbaras, viejas sociedades establecidas, cuyos mitos y leyendas no inspiraban a aquél ningún respeto, y que ofrecían a la observación de costumbres y formas sociales enorme material.

Dentro de las sociedades europeas, desarrollábase, entre-

tanto, la lucha de clases cuyo punto culminante fué la revolución francesa de fines del siglo 18. El levantamiento burgués, que negó a los dioses, decapitó a los reyes y vigiló de cerca a sus generales, ha sido una poderosa contribución a la inteligencia de la Historia.

La rápida evolución de los Estados Unidos de Norte América, constituídos en formas políticas nuevas, se ha hecho toda ante los ojos del mundo moderno, llenándolo a la vez de asombro y de información.

En los principales países las necesidades del gobierno han creado la estadística, que registra en cifras las manifestaciones de la vida colectiva.

Al estudio de los pueblos primitivos aun existentes, se han agregado las investigaciones de la prehistoria, sobre las reliquias materiales de las actividades humanas remotas, en épocas de las cuales no queda ni leyenda, la Historia sin dioses ni héroes que la perturben, sin tradiciones ni documentos que falsifiquen la realidad, y el descubrimiento de esos hechos descarnados ha aportado no poco a la comprensión de la Historia toda.

Desde que el método científico hubo alcanzado cierta consistencia y difusión, los historiógrafos empezaron a comprender que poco nos dicen de una época y de un país la enumeración de sus dioses y sus dinastías, y que para su conocimiento nos importa menos la magnífica vestidura del rey que el abrigo usual de la masa del pueblo. En el cuadro de las edades pasadas, empezaron a hacer lugar para las formas generales de la actividad humana, la organización de la familia, la industria y el comercio, las ciencias y las artes, dejando ya entrever, tras las infladas figuras del primer plano, la vida laboriosa y fecunda de la población entera.

Y ahora el cúmulo de datos sobre la evolución humana es ya imposible de registrar sin una teoría que los coordine, sin una idea general de cómo los hechos se entrelazan y suceden en la Historia, necesidades que se ha creído llenar creando una ciencia nueva, la sociología. Pero, si bien Comte, su iniciador, fué movido por el deseo de poner orden en los acontecimientos, los sociólogos han creído después necesario y posible, para estudiar las sociedades humanas, ponerse fuera de ellas, en frente de ellas, como los zoólogos ante las ostras o los pájaros. Ven la Historia como un cuadro cinematográfico, y, para explicarlo, no se les ocurre sino sacar de él fotografías instantáneas. Reniegan de toda la solidaridad de clase o de partido, ponen el más pueril empeño en ignorar los preceptos que, a pesar suyo, pudieran resultar de los dogmas de su ciencia inmaculada, y, proclamando su social intención de no tener ninguna, reiteran su propósito de no entrometerse en la práctica. ¿Hipocresía o ilusión? Todos estamos dentro de la sociedad, inclusive los sociólogos, y si alguien realmente prefiriera sus teoremas sociológicos a la vida de la comunidad, sería tan estéril en la teoría como en la práctica.

¡Cuánto más importante que la aparición de esta nueva categoría de doctrinarios es la alborada de la conciencia histórica del pueblo! El progreso técnico de los últimos 150 años, el desarrollo del comercio mundial y la acumulación de la riqueza ha originado los grandes problemas sociales de la actualidad. En defensa de sus condiciones elementales de vida, amenazadas por los rigores de la competencia capitalista, la clase trabajadora se ha puesto colectivamente en movimiento, y, una vez impelida a la acción, lleva su crítica hasta los fundamentos de la sociedad y se traza grandiosos planes de creación histórica.

Empeñados ya en la lucha por su realización, los pueblos más fuertes de la Tierra empiezan a ver que también la Historia está regida por leyes y dan un carácter cada vez más inteligente y deliberado a los actos de su vida social. Para ellos, los dioses no son autores sino productos de la Historia. Cuanto a los hombres, sólo influyen conscientemente en ella tanto como comprenden las leyes que la gobiernan, y poniendo sus ideas, que nacen también y se desarrollan en condiciones definidas, al servicio de los sentimientos soberanos que los dominan. El mundo de la Historia es una masa de hombres y cosas movidos y moldeados por fuerzas tan regulares como las que mueven el sistema solar y han moldeado la corteza

terrestre. Los fenómenos históricos son también lógicos y necesarios, consecuencias fatales de combinaciones dadas de circunstancias. Una neoformación social, una revolución, la expansión o la decadencia de una raza, deben producirse en condiciones tan regulares y determinables como la cristalización de un mineral, una descarga eléctrica, la evolución de una especie.

Más que una simple deducción, impuesta al raciocinio por la regularidad que descubrimos en los fenómenos de otro orden, ésta es una inducción directa de los hechos, cuya base se extiende a medida que conocemos mejor el pasado de la Humanidad y dedicamos más atención a su desarrollo presente.

Descendiente de los héroes anónimos de todos los tiempos, herido por las diferencias de clase más que por las diferencias de raza, el pueblo trabajador moderno tiene que ver en la Historia un proceso universal y continuo, cuya teoría es la teoría general de las actividades humanas.

¿Cómo llegar al conocimiento de las leyes históricas? ¿Cómo guiarnos hacia el porvenir? Para ello necesario es ante todo querer andar, querer dirigir las actividades humanas en algún sentido.

Se habla de leyes experimentales y de los experimentos del legislador. ¿Por qué no los experimentos de todo el que en la Historia tenga una intención? ¿Acaso únicamente las leyes escritas son experimentos? Lo son también, y a veces mucho más instructivos, la iniciativa extraparlamentaria de una ley, la propaganda en pro y en contra, aun las leyes que no llegan a escribirse. Ni la experimentación histórica se hace toda en el campo de la política. El inventor que comprende todo el alcance de su obra, el artista que con sus símbolos quiere engendrar o reforzar un sentimiento colectivo, los hombres que intentan establecer entre sí relaciones económicas nuevas, hacen experimentos históricos de la mayor trascendencia.

Esa intención práctica es lo propio del método para indagar las leyes de la Historia.

Son los prácticos, los militantes, quienes más saben de las fuerzas del mundo social. Lejos de poder comprenderse la

actualidad mediante los datos que la historiografía nos proporciona acerca del pasado, no concebimos el pasado sino refiriéndolo al presente. y éste no se revela en su complexidad sino a quienes, movidos por necesidades o aspiraciones, preparan intencionalmente un futuro distinto.

No sabríamos siquiera qué preguntar al pasado sin nuestros anhelos para el porvenir. Hay, por supuesto, trabajos de especialista, que se hacen en las bibliotecas y en los museos, pero estos mismos estudios son en última instancia inspirados por los hombres que agitan y resuelven las cuestiones palpitantes del día, quienes también sugieren y ordenan las investigaciones de la estadística.

¿Vamos por eso a creer en lo que cualquier gobernante o ambicioso nos presente como la verdad histórica? En política se miente, en política se mistifica, se oculta la verdad, y aun se simula el error, cuando se tienen privilegios que defender o apetitos que puedan satisfacerse merced a la ignorancia y el engaño de los otros.

Al politicastro cuya meta es el gobierno de un pueblo que desprecia, bástale tal vez conocer los vicios que ha de alimentar, los prejuicios que ha de adular, los fraudes y violencias que ha de cometer. Esta es la ciencia histórica necesaria para sus fines mezquinos y efímeros.

Para llegar a la verdad histórica preciso es querer descubrirla en toda su desnudez, militar del lado donde no hay privilegios que disimular ni defender. Nadie como el pueblo trabajador necesita conocer la verdad en materia social; nadie como él puede proclamarla sin ambages; nadie como él sufre de sus propios errores, por lo mismo que son sinceros.

Para comprender la Historia hay que hacerla, defendiendo al pueblo con inteligencia y con amor. La verdad así descubierta nace con enorme fuerza expansiva. A igualdad de inteligencia y energía, quien menos impone su persona es quien más impone sus ideas.

Mientras haya partidos, la ciencia de la Historia, a diferencia de las matemáticas, será ante todo una ciencia de partido.

Como previo acto de contrición, los sociólogos mutilan su

personalidad alejándose aparentemente de toda tendencia, y se declaran puros y limpios de todo fin práctico. Nada de extraño entonces que, embanderados en escuelas, pierdan su tiempo en discutir muy seriamente si lo que reina en la sociedad es la simpatía o la imitación, si el curso de la Historia es circular o espiral.

¿Cómo podríamos en cambio infatuarnos por vanas fórmulas los que en la teoría de la Historia buscamos el método para elevar el bienestar mensurable del pueblo? Dispuestos estamos a sacrificar toda palabra, a desprendernos de toda denominación, siempre que el contenido real de la teoría enriquezca y aumente su eficacia para la acción.

El progreso histórico, visto por algunos como una malhadada perturbación de su beatífico quietismo y soñado por otros como la realización repentina y completa de su ideal de perfección social, tiene que ser comprendido como la realización inmediata y necesaria del desarrollo posible, como la condición normal de existencia de la sociedad.

Los pueblos han hecho siempre su historia, pero más bien puede decirse que la han sufrido; han marchado al acaso, obedeciendo a impulsos ciegos, por un camino lleno de eventualidades y de riesgos.

Con el conocimiento de las leyes de la Historia, pierde ésta su carácter a la vez rutinario y catastrófico, para convertirse en un desarrollo ordenado, en una práctica calculada y metódica.

Base Biológica de la Historia

Somos animales. — La evolución orgánica. — El hombre es su más alto resultado. — Los factores de la evolución: la herencia, la variación, la multiplicación, la lucha por la vida, la selección. — Así adquirimos las manos, la inteligencia, el lenguaje y hábitos de asociación. — Las sociedades humanas son sociedades animales. — Un mito brahmánico adoptado por los sociólogos. — La consagración de las castas. — Dentro de la especie, todo cruzamiento es fecundo. — En el hombre la evolución orgánica tiende a concentrarse en el cerebro. — La extensión y la diversificación del ambiente favorecen la variación. — La técnica y la división del trabajo dan a la especie humana inmensas ventajas. — La propiedad privada trastorna en las sociedades modernas la lucha por la vida en detrimento de la clase desposeída. — La mortalidad infantil en las diferentes clases sociales. — Desarrollo físico de ricos y pobres. — La mortalidad según las ocupaciones y la posición social. — En los barrios ricos y en los pobres. — ¿Resulta la excesiva mortalidad proletaria literalmente de la falta de alimentos? — ¿O también del parasitismo social? — El parasitismo extranjero. — Se habla de Malthus y de "exceso de producción". — ¿Por qué no crece más rápidamente la población en la América de lengua española? — La miseria resulta de la falta de aptitud para la vida social. — Hay lugar para más hombres en la Tierra. — La baja de la natalidad. — ¿Depende de la acelerada evolución? — Otras causas. — Investigación de la Sociedad Fabiana. — La clase rica da la más baja natalidad. — Edad media del matrimonio en las diferentes clases sociales. — Consecuencias del matrimonio tardío de la clase alta. — Lamentable infecundidad. — La selección sexual. — Estorbada también por la desigualdad de la riqueza. — Lo artificial y tradicional puede pesar sobre lo biológico del hombre hasta aniquilarlo. — Debilidad de la moderna civilización. — Esperemos mayor armonía entre la fuerza expansiva de la vida humana y su cultivo más perfecto.

Desde que el hombre es bastante inteligente para considerarse un animal, tiene que ver en la biología la base de su historia.

Las actividades inconscientes son el prólogo de toda actividad voluntaria y consciente. Las leyes de la vida son las leyes más generales de la Historia.

Tardamos, sin embargo, en reconocer nuestra situación dentro del mundo de los seres vivos. Al error que veía en la Tierra el centro del Universo, sobrevivió el de mirar al hombre como un ser aparte, creado a imagen de Dios, del mismo dios que la fantasía de los hombres había creado a su semejanza. ¿Qué otro concepto podíamos tener de nosotros mismos cuando veíamos en los diversos animales y plantas otras tantas obras caprichosas de un supremo hacedor?

Ahora conocemos especies extintas y vivas, ignoradas por los libros sagrados; al catalogar los seres, comprendemos su íntima y recíproca vinculación; sabemos transformar para nuestros fines, los animales y las plantas; descubrimos siempre nuevos eslabones de la cadena que une a la especie humana con las otras especies, y concebimos que todas se han formado por una lenta y gradual evolución.

* * *

En el protoplasma, substancia fundamental de todo lo vivo, que forma los seres más simples y los elementos anatómicos de los organismos más complicados, la vida elemental se manifiesta en la absorción y asimilación de las substancias nutritivas del medio ambiente, en los movimientos tendientes a tomarlas, a acercarse a la luz, a buscar el calor, fenómenos que convergen todos a la conservación y el crecimiento de la materia organizada. Con el alcohol y el amoníaco del caldo en que se le cultiva, fabrica albúmina el hongo de la levadura; alrededor del granito de fécula lanza el amiba sus prolongaciones, lo envuelve y acaba por absorberlo. Así viven y se multiplican el microbio, el infusorio, la célula. "El objeto de la vida es crecer", decimos nosotros, sin superar al autor bíblico que, hace dos mil seiscientos años, ponía el "creced y multiplicaos" como primer precepto en boca de su dios.

Pero en esos seres ínfimos, por grande que sea su capacidad de reproducción, la vida es muy precaria frente a las acciones destructivas del medio. Las células se asocian, pues, para formar vegetales y animales de tipos gradualmente ascendentes, en los cuales, junto con la diferenciación anatómica, aparece la división del trabajo fisiológico. Grupos de células, llamados órganos, se encargan cada uno de una función especial. La sensibilidad adquiere modalidades a que corresponden órganos sensoriales diversos, y las impresiones así recibidas se reflejan en actos coordinados por un sistema nervioso. Fórmanse órganos especiales de absorción y de generación, de sostén y de locomoción. Las diversas funciones se subdividen y especializan, los diversos órganos van transformándose en sistemas de órganos o aparatos, y así, del amorfismo de la masa protoplasmática, que toda ella siente, toda absorbe, toda digiere, toda crece, toda se contrae y se mueve, salen los animales superiores, con su delicada y compleja organización.

* * *

En la cumbre de la escala se encuentra el hombre, clasificado por primera vez por Buffon entre los animales, como vertebrado y mamífero. Como el de un águila o el de una serpiente, el eje de nuestro cuerpo es una columna vertebral. Nuestros pequeños maman de los pechos de las madres, como los cachorros. Los huesos de nuestro esqueleto y los músculos que los mueven, nuestro corazón y nuestros pulmones, el tubo que digiere y absorbe nuestro alimento, los vasos y las glándulas de nuestro cuerpo son como los de un león o de un murciélago. La sangre que mancha este cuchillo ¿es de hombre o de carnero? —cuestión que los jueces someten a un experto. En el cerebro del orangután se encuentran las principales circunvoluciones y cisuras de nuestros sesos. Vistos con el microscopio los tejidos que forman nuestro cuerpo son como los del cerdo, y las reacciones de nuestros nervios son tan poco propias de nosotros que, por comodidad, los estudiamos en la rana o el conejo. A cierta altura de la vida, apenas si un embriólogo distingue el embrión de un hijo suyo del de un perro. No tenemos cola, pero nuestro coxis rudimentario dice que la hemos tenido.

Como a las ovejas, nos ataca la hidátide; como a las gallinas, la difteria; nuestros perros nos transmiten la rabia; las vacas, el carbunclo; los caballos, el tétano y el muermo.

¿Y no son el hambre y el amor, los apetitos de la animalidad, nuestros móviles más fuertes? ¿No amamos la madre tierra como los animales la querencia? ¿No sentimos como ellos la alegría de vivir? ¿Nos asombra acaso que los hombres reclamen medios materiales de existencia, aun con la más brutal energía, y se rebelen cuando se les niega un sitio al sol?

¡País muerto!, dicen algunos, mortificados en su vanidad de casta gubernamental y de hombres de letras. Pero ningún pueblo muere mientras se conserva la fecundidad de sus mujeres. ¿Podía dudar del porvenir de su raza la india americana requerida de amores por el invasor europeo? Y al trabajador que en las minas de Vizcaya o en la viñas de Andalucía se afana por el pan de sus hijos, ¿se le ocurre acaso que España sea un país muerto?

* * *

Entidad culminante del mundo vivo, el hombre es el más alto resultado de la evolución orgánica. ¿En qué consiste ésta? ¿Cuáles son sus factores esenciales?

El primer dato es que los seres vivos en general trasmiten sus caracteres a su prole; así como de un grano de trigo sin barbas no nace una planta de trigo barbudo, del gran artista sevillano Herrera el Viejo sacaron Herrera el Rubio y Herrera el Mozo su talento pictórico.

Pero nuestros padres son dos individuos distintos, que se combinan con desigualdad en cada uno de nosotros. A un hijo le tocan los ojos claros del padre, a otro, los negros de la madre; al tercero, trasmiten ésta o aquél caracteres hereditarios latentes que lo asemejan a algunos de sus abuelos. Multiplícanse así al infinito, al través de las generaciones pasadas, los orígenes de nuestra herencia biológica, y del sinnúmero de combinaciones hereditarias posibles resulta que no nacen dos hombres iguales, ni aun en la misma familia.

Esta variación natural, el hecho vulgar de que somos cada uno distinto de los demás, ha sido numéricamente comprobada

en la más vasta escala, respecto de los caracteres externos, por la medición de los hombres hecha con fines de identificación policial. Combinando la talla, el largo y el ancho del cráneo, el ancho de la cara, el largo del dedo medio de una mano, el de un pie, el color de los ojos y algún otro dato, se distingue con facilidad a una persona entre muchos miles. No menos acentuada es la variación de los órganos internos. Del peso total del cuerpo, el corazón tiene de 1/158 a 1/178 en los hombres y de 1/149 a 1/176 en las mujeres; el encéfalo varía de 1/44 a 1/48 en éstas y de 1/46 a 1/50 en aquéllos. Así varía también de un individuo a otro la capacidad del estómago. Y como todos los otros órganos también varían, como esas variaciones se combinan de mil maneras y a ellas corresponden otras tantas variaciones de las funciones, resulta la infinita diversidad de los individuos, entre los cuales no hay dos que sean orgánicamente iguales, ni tampoco que tengan la misma fuerza muscular, la misma sensibilidad ni la misma inteligencia.

* * *

Viene ahora otro dato de la ciencia de la vida, reconocido en las sociedades humanas antes de ser incorporado a la teoría del mundo orgánico en general.

La teoría de la población había sido ya bosquejada por algunos escritores del siglo 18 cuando Malthus, en 1789, formuló su ley, según la cual la población tiende a crecer en progresión geométrica, mientras que los medios de subsistencia apenas crecen en progresión aritmética. En último resultado, dice Malthus, el obstáculo de la población es la falta de alimentos; pero ésta no actúa de una manera inmediata sino en tiempo de carestía. Los ordinarios obstáculos inmediatos son las costumbres y los vicios que nacen de la escasez de los medios de subsistencia, y todas las causas físicas y morales tendientes a acortar la vida; los primeros son preventivos, los últimos, destructivos. El principal obstáculo preventivo es la abstinencia temporaria o permanente de la unión sexual fisiológica en vista de no engendrar una familia cuya subsistencia sería difícil; en muchos casos el vicio es la consecuencia de la abstención, que no

deja por eso de ser preventiva. Las ocupaciones malsanas, los trabajos excesivos, la miseria, la mala alimentación de los niños, las enfermedades, las epidemias, el hambre, son los obstáculos destructivos.

Cuando Malthus escribió su ensayo, la revolución industrial debida al maquinismo pesaba como una calamidad sobre la clase trabajadora de Inglaterra. La demanda de obreros era grande; pero no había ley alguna reglamentaria del trabajo, y las fábricas preferían las mujeres y los niños, sometidos entonces, sin restricción alguna, a la más bárbara explotación. El pauperismo alcanzaba proporciones colosales; los salarios habían subido un poco en los últimos años, pero los precios de los artículos de consumo mucho más. Del registro de los precios pagados en Greenwich de 1800 a 1820, se ha calculado que en Inglaterra durante ese período el monto de los salarios era al costo de los alimentos como 55,25 es a 232,5. No es extraño, pues, que, sin profundizar mucho el análisis, llegara Malthus a conclusiones tan oportunas para calmar la ansiedad de las clases privilegiadas, quitando toda apariencia de razón a los anhelos populares de bienestar y justicia social suscitados por la Revolución Francesa, y expresados en Inglaterra en los elocuentes panfletos de Guillermo Godwin.

Crecía entretanto enormemente el poder de los medios de producción; la agricultura tomaba en América un inmenso vuelo; el comercio, cada día más extenso y seguro, hacía que no faltara en una parte lo que sobraba en otra, y, en fin, empezó a comprenderse que el desenfrenado capitalismo era, para la masa trabajadora, una gran causa de miseria. Pudo creerse que, gracias a su industria, el hombre se substrae a toda ley de población, y explicarse todos los males sociales por la falta de justicia o de caridad. Filántropos y moralistas de pocos alcances, admiradores sempiternos del "Creador" y reformadores utopistas se coligaron contra Malthus. Para que se reconozca la verdad que, bajo una forma pedantesca, encierra su doctrina, ha sido necesaria la obra de Darwin.

Porque la teoría de la lucha por la existencia y la selección natural es la combinación de la ley de la variación y de la ley de Malthus aplicada a los reinos animal y vegetal enteros.

"No hay excepción", dice Darwin, "a la regla de que todo ser orgánico se multiplica naturalmente en proporción tan elevada que, si no fuera destruído, la Tierra sería pronto cubierta por la prole de una sola pareja... Se considera al elefante como el animal que cría más despacio de todos los conocidos, y me he tomado el trabajo de calcular su proporción mínima probable de aumento natural: lo más seguro es admitir que principie a dar crías a los treinta años de edad y continúe dándolas hasta los noventa, produciendo seis hijos en ese intervalo y viviendo después diez años más; si es así, después de un período de setecientos a setecientos cincuenta años, habría aproximadamente 19 millones de elefantes vivos, descendientes del primer par. Se han visto pueblos civilizados en condiciones favorables, como en los Estados Unidos, duplicar su número en veinticinco años, y según un cálculo de Euler, esto podría suceder en poco más de doce años. En la primera proporción, la presente población de los Estados Unidos (30 millones) cubriría en seiscientos cincuenta y siete años tan densamente todo el globo terráqueo, que en cada yarda cuadrada de superficie estarían de pie cuatro hombres".

De esa rápida multiplicación resulta la ruda lucha por la vida a que están obligados todos los seres vivos, de la cual dependen tanto la vida del individuo, como la formación y la subsistencia de su prole; lucha con el medio físico para extender y defender el propio campo de desarrollo, como la del árbol que invade la pampa y lucha contra el viento, la del hombre que en Holanda pone diques al mar y encauza las aguas del Escalda; lucha con otras especies, como la del hombre con las fieras que extermina, con los árboles del campo que desmonta, con la langosta que devora sus cultivos, con los microbios que invaden sus órganos; lucha entre los individuos y en el seno de las agrupaciones de la misma especie, como la de dos perros por un hueso, la de dos gallos que cortejan a la misma

gallina, la de los hombres entre sí, entre las hordas, entre las tribus.

En esa lucha vencen los individuos y los grupos mejor dotados por la herencia y la variación para las circunstancias del momento y del lugar, sobreviven los más aptos, y dejan una prole a la cual trasmiten los caracteres anátomo-fisiológicos que les dieron el triunfo en el riguroso proceso de la selección natural.

Y acumulándose en las generaciones sucesivas los efectos de la herencia de las variaciones favorables, los seres vivos se transforman, y se adaptan sin cesar al medio físico-biológico, que siempre cambia. Así se ha convertido en caballo el *orohippus* de cuatro dedos, así se han cubierto de abrigada piel los animales de los países fríos, así ha echado sus cuernos el ciervo y el cardo sus espinas.

* * *

Así también se ha hecho bípedo el cuadrumano antecesor del hombre, en una evolución impuesta por las condiciones de vida de la especie. Gradual y simultáneamente adaptóse su espinazo a la estación vertical, y se diferenciaron sus extremidades en dos pies que lo sostienen firmemente, y dos manos que, libres de la carga del cuerpo, se han perfeccionado como órganos de la prensión y del tacto. Y las manos son un momento decisivo en la superioridad mental del hombre, que, al tenerse erguido y usarlas libremente para tocar y agarrar, acrecienta y afina en alto grado sus impresiones del medio y su dominio sobre éste.

* * *

Todo concurre en los seres vivos a la conservación y propagación de la vida, a que no quede vacante puesto alguno que un ser vivo pueda ocupar. La misma lucha por la vida implica la armonía entre animales y plantas, entre especies distintas, animales o vegetales, que prosperan juntas más que separadas, entre seres de una misma especie que, para ser más fuertes en la lucha, adquieren hábitos de asociación.

De ahí nacen las sociedades animales, cuyo fin primordial

es la satisfacción de las primeras necesidades de la vida: la nutrición y la generación.

Las colonias de pólipos tienen un vaso central común que sirve a todos los individuos de aparato digestivo y circulatorio.

En las especies más elevadas fórmanse las asociaciones de familia, cuyo fin es el cuidado de la prole. A este tipo de sociedades, menos dependientes ya de las relaciones orgánicas directas y en que desempeñan cierto papel las relaciones psíquicas, pertenecen las aglomeraciones de abejas y hormigas, que no son sino inmensas familias.

Las especies superiores, cuyos individuos pueden alimentarse separadamente y multiplicarse en familia, se asocian en bandadas u hordas, verdaderos pueblos que buscan su alimento y se defienden en común, para lo cual cuentan con la capacidad de comunicarse por gritos o signos. Las bandadas de loros y gorriones, las jaurías de lobos, las hordas de guanacos, son ejemplares de esta forma más elevada de sociedad animal. Los monos, cuya voz comprende toda una octava y cuya fisonomía es tan expresiva, forman las sociedades animales más parecidas a las del hombre; unos a otros se sacan los parásitos y las espinas, varios se unen si es necesario para levantar un peso, los mayores defienden a todos los jóvenes indistintamente; entre los machos que hacen la guerra, el jefe da sus órdenes de viva voz y responde a la confianza que en él depositan sus compañeros, ejerciendo una vigilancia estricta.

* * *

A medida que ascendemos en la escala de las sociedades animales, tanto más se basan éstas en relaciones mentales de los individuos, que, gracias a su mayor aptitud psíquica, llenan mejor los fines vegetativos fundamentales de la nutrición y la generación.

El hombre, individualmente débil e indefenso, no ha podido vencer en la lucha con el medio físico-biológico sino en sociedad. Tan lejos como retrocedamos en la Historia, lo encontramos ya en grupos y vinculado a sus semejantes por un lenguaje articulado, que evidencia su mayor aptitud psíquica para la asociación. Y el lenguaje da enorme impulso a su vez

al desarrollo mental de la especie, permitiendo a cada hombre ver, oír y tocar con los ojos, los oídos y las manos de todos los otros hombres capaces de comunicarle sus impresiones mediante la palabra.

Las más altas y desarrolladas sociedades humanas son sociedades animales, agrupaciones de individuos de la especie *homo sapiens.*

* * *

Esta noción clara y elemental ha sido obscurecida por algunos sociólogos para quienes debemos ver en cada animal la miniatura de una sociedad humana, confusión grosera que ha venido a resucitar antiguos mitos.

Los teólogos de la India enseñan que Brahma, dios supremo, ha creado cuatro clases: de su boca, sacó a los brahmanes o sacerdotes, de su brazo a los guerreros, del muslo a los agricultores y comerciantes, mientras que del pie del dios salieron los esclavos. De origen tan sagrado y distinto, ¿cómo esos hombres pueden mezclarse? Es necesario que el hijo del guerrero sea guerrero y esclavo el hijo del esclavo; es preciso ante todo conservar en toda su pureza la casta de los brahmanes, que, mantenidos por los demás hombres, pasan su tiempo estudiando los libros santos.

Según otra leyenda, como la plebe romana, irritada contra los señores, abandonara la ciudad, enviaron aquéllos para calmarla al patricio Menenio Agripa, quien persuadió a los plebeyos con el cuento del estómago y los miembros.

—Un día —les dijo—, los brazos y las piernas encontraron que bastaba ya de trabajar para ese perezoso de estómago que no hacía más que comer; pero así que cesaron en su tarea y que el estómago no recibió más alimento, debilitóse todo el cuerpo, sufriendo los miembros el castigo de su revuelta.

Fábulas semejantes han ocultado a ciertos ojos la homología real entre las sociedades humanas y las de los otros seres vivos.

"Si las sociedades humanas no son organismos, ¿qué son, pues?", se pregunta muy perplejo un autor a quien, para

justificar el título de uno de sus libros, le hace falta que cada sociedad tenga un cerebro.

Según Spencer, "las figuras de lenguaje que a menudo nos engañan, haciéndonos creer en una identidad completa donde no existen sino ligeras semejanzas, nos engañan también algunas veces haciéndonos considerar una correlación verdadera como una pura fantasía... Es lo que sucede con las expresiones "cuerpo político", "organización política", etc., que asimilan tácitamente una sociedad a un ser vivo; se las toma por expresiones que tienen su razón de ser, pero que no corresponden a una realidad y tendientes más bien a mantener una ficción. Las metáforas son aquí, sin embargo, más que metáforas en el sentido ordinario de la palabra... Hay analogía real entre el organismo individual y el organismo social."

Para probar esto, que llama "paralelismo fundamental", establece Spencer una serie de parangones; las tribus primitivas son, para él, el protoplasma social en cuyo seno, al civilizarse, desarróllanse órganos de la circulación y un sistema nervioso bajo la forma de comercio y de centros de gobierno, general y locales.

Este modo de ver no tiene fundamento real. Será ingenuo dedicar muchas páginas a señalar diferencias substanciales entre un organismo individual y un organismo social. Este no tiene límites regulares en el espacio ni en el tiempo; una sociedad puede desaparecer, como puede perpetuarse, transformándose; puede unirse con otra u otras sociedades hasta confundirse todas. Por las raíces de nuestra lengua, vivimos los habitantes del Plata en el mundo ariano, por las principales leyes que nos rigen, en la sociedad romana, en el mundo semita por los dogmas religiosos vulgares, y en el incásico porque cultivamos el maíz y decimos chacra. Concebimos que los habitantes de la Tierra lleguen algún día a formar un solo conglomerado, lo que está ya realizado en parte por el comercio universal; apenas hay necesidad de decir que nada análogo sucede ni puede suceder en el mundo biológico. Hay en la sociedad un aparato de la circulación metafóricamente semejante al de un animal, sólo que difiere substancialmente de éste en que lo

forman mares, ríos, canales, caminos, ferrocarriles, vehículos, elementos todos del mundo inorgánico que los hombres utilizan. Cuando el sistema que asocia las sensaciones y coordina las acciones de los individuos, tiene un armazón inorgánico, el correo, el telégrafo, la prensa, etc., del que se sirve su parte viva, la sensibilidad y la inteligencia de toda la población, para comunicarse y asociarse.

La asimilación de la sociedad humana a un organismo individual es una doctrina infecunda, buena para reemplazar con ficciones y palabras las nociones que faltan. Se explica, por otra parte, que sea muy cara a toda clase privilegiada, pues es la consagración de las castas. Así como en el animal hay células cerebrales, vellosidades intestinales, fibras musculares y palancas óseas, en el mundo social habría una clase de hombres originaría y definitivamente gobernantes, una clase rentista, encargada de absorber las substancias nutritivas, y una clase trabajadora, alimentada y dirigida por las otras dos. Y si fuera realmente así, no sería del todo malo. Sólo que los hombres son menos concienzudos que las células en el desempeño de sus funciones, y para mal de la comparación, vemos gobernantes que se ahitan de alimento como vulgares vellosidades, propietarios que retienen para sí lo que hace falta a las otras partes del cuerpo social, contando con el apoyo de los repletos gobernantes, y, en consecuencia, alzamientos de trabajadores explotados que pugnan por satisfacer sus necesidades de absorción y de autonomía.

* * *

Como toda especie, la humana es un conjunto de individuos capaces de fecundarse entre sí y generar una prole prolífica. Los naturalistas buscan todavía un cruzamiento de razas humanas cuyo producto sea híbrido. La América hispano-portuguesa es un inmenso criadero de mestizos, presentado por Darwin como una prueba contra los que pretenden dividir a los hombres en grupos inconfundibles. No ha habido en el Brasil gente más vigorosa que los paulistas, procedentes de la mezcla de indios y portugueses. En los Estados Unidos, a

pesar del bárbaro conflicto entre negros y blancos, hay más de un millón de mulatos.

Ni en las islas más pequeñas y solitarias se ha encontrado un tipo de raza sin mezcla. ¿Cuál será entonces su pureza en los continentes? ¿En qué grado un español es íbero o celta? ¿Cuánto tiene de romano, de godo o de vándalo? ¿No quedan en él vestigios de contacto con los mercaderes fenicios, griegos y cartagineses? ¿No fecundaron a muchas españolas los conquistadores árabes?

En Suecia, donde los pregoneros de la raza rubia de cabeza larga encuentran su asiento más puro, se han encontrado entre soldados 13 por ciento de cabeza corta y 22,4 por ciento de pelo negro. En la alemana Baden sólo el 11 por ciento de las cabezas eran largas en 1899, y el 43 por ciento rubias. Y los europeos del Sudeste y sus descendientes ¿vamos a envanecernos porque tenemos el cráneo largo y a avergonzarnos de nuestro cabello oscuro? La cuestión de la superioridad de la raza germánica ha perdido mucho de su interés desde que el reciente choque entre rusos y japoneses ha puesto en tela de juicio la superioridad de la raza blanca.

Para tal etnólogo no hay más que 2 razas humanas, para tal otro, ¡ellas son por lo menos 63! No se puede basar nada sólido sobre arenas tan movedizas.

Y si el tipo se conserva en algunos individuos al través de muchas generaciones, si es cierto que en Baden y en el departamento francés de Doubs la medición de los hombres ha revelado que existen dos estaturas de frecuencia máxima, como si en la población de esos países, a pesar de la convivencia secular, se mantuviera el tipo de dos pueblos distintos, ¿es ese un resultado necesario o deseable? ¿Vamos a variar de conducta o a tratar a los otros de distinta manera según seamos, o ellos sean, dolicocéfalos o braquicéfalos, rubios o morenos?

Una repulsión ciega e instintiva de raza, como la que sienten en los Estados Unidos los blancos por los negros, es un conflicto biológico, y, por eso mismo, fundamental, que debilita la sociedad humana en sus cimientos y se agrava propor-

cionalmente a la vitalidad que cada una de las razas antagónicas tiene por separado. En el Sud de los Estados Unidos de Norte América, donde, a pesar del odio inveterado de los blancos, la población negra aumenta rápidamente, sólo la inmigración de pueblos que se crucen con las dos razas existentes puede preparar un porvenir mejor.

¿Para qué hablar de razas? No puede conducirnos sino a un orgullo insensato o a una deprimente humillación. Todo pueblo físicamente sano tiene en sí los gérmenes de las más altas aptitudes, cuyo desarrollo es sólo cuestión de tiempo y oportunidad. Desconfiemos de toda doctrina política basada en las diferencias de sangre, uno de los últimos disfraces científicos de que se han revestido los defensores del privilegio. Ellos dicen, por supuesto, que la clase trabajadora es de una raza inferior a la de los señores. Pero la unión sexual es también fecunda entre individuos de clases diferentes, de distintos peldaños de la escala social. "Ese hombre no es como los otros", dice del obrero Braa el patrón Holger en un drama de Bionstierne Biörson. "El y Pedro Stua... me parece cada vez que me hablan tener delante a mis iguales. Tienen sangre nuestra en las venas. ¡Cruzamiento imprudente, Halden!, porque éstos tendrían la audacia de la revuelta." En su novela *Trabajo*, Zola pone en juego la misma fuerza, uniendo por los lazos de la simpatía a niños de todas las clases sociales que más tarde se unen por los vínculos del amor.

* * *

Si la vida consiste esencialmente en la nutrición y el crecimiento; si la rápida multiplicación y la lucha por la existencia, la adaptación al medio y la evolución responden a este objeto; si a los fines vegetativos los animales se desarrollan en sociedades; si los hombres obedecen a los mismos primeros impulsos que los seres vivos en general, ¿cómo no creer que las condiciones de nutrición y multiplicación sean fundamentales para las sociedades humanas?

"La producción y reproducción de la vida real es, en última instancia, el elemento determinante de la Historia", ha dicho Engels, fórmula que podemos aceptar como expresión del fundamento biológico de las sociedades humanas. Comprenderla es perder toda ilusión de un origen o destino idealmente superior de nuestra especie y tener al mismo tiempo la visión clara de su fuerza como la más alta y potente manifestación de la vida.

Pero por su misma universalidad y su misma grandeza, esa ley es vaga, y expresa sólo el aspecto más general de la Historia, sin señalar lo que ésta tiene de característico y particular. Las nociones de la zoología están muy lejos de bastarnos para interpretar una época histórica determinada y en la política práctica.

* * *

¿En qué grado y forma se cumplen las grandes leyes biológicas en las sociedades humanas?

Desde luego que el cuerpo del hombre evoluciona mucho menos que su técnica, sus medios y métodos de trabajo. Nuestra aptitud para adaptar intencionalmente el medio físico-biológico a nuestras necesidades nos permite extender e intensificar la vida humana sin que se transformen nuestros órganos. Hemos adquirido el poder de salvar rápidamente grandes distancias sin que para ello hayamos echado alas ni se hayan modificado la estructura ni las funciones de nuestras piernas. No necesitamos huesos y músculos especialmente fuertes para desarrollar la fuerza enorme de una máquina de vapor, ni nuestro ojo ha evolucionado para ver con el microscopio las cosas muy pequeñas. El cerebro, órgano de la inteligencia, donde las impresiones del mundo exterior se reflejan como impulsos iniciales de los actos que constituyen la técnica, es el órgano de nuestro cuerpo que más evoluciona, adquiriendo una estructura y funciones cada vez más complejas.

Por otra parte, la división del trabajo entre los hombres los coloca en tan diversos círculos de vida que permite a individuos muy distintos una adaptación suficiente. Los salvajes, todos cazadores y guerreros, necesitan todos sentidos muy

agudos y robustos miembros; una sociedad civilizada, que ocupa a los individuos por partes, utiliza lo bueno de cada uno y anula en cierto grado sus defectos, ofrece campo para la lucha por la vida a los ojos del sordo y a las manos del rengo. Diversifica así las condiciones de vida y de trabajo, la civilización exagera la variación en la especie humana, como la de los animales y las plantas la domesticación y el cultivo.

Inmensa superioridad para la lucha por la vida dan al hombre la técnica y la cooperación. No hay especie que lleve tan lejos su dominio, que viva en ambientes tan variados, que se multiplique y crezca como la humana. Pero no hemos alcanzado estas posibilidades infinitas para la especie sino mediante instituciones que limitan artificialmente el desarrollo y la vida de grandes grupos de individuos.

Porque en las sociedades modernas la técnica y la cooperación estriban en la propiedad privada de los elementos naturales de vida y de los medios de producción creados por el hombre, y ese dominio exclusivo de cierta clase de personas sobre el medio físico biológico y los útiles y materiales de trabajo trastorna las condiciones de la lucha por la vida.

Los socialistas alemanes suelen llamar al proletariado *vogelfrei*, libre como los pájaros; en realidad, lo es mucho menos. ¿No se atribuyen a Jesús las palabras: "los zorros tienen sus cuevas, las aves del cielo sus nidos; sólo el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza"?

Despojados del suelo, desprovistos de los principales elementos y materiales de trabajo, los proletarios tienen que afrontar la lucha por la existencia en condiciones muy desventajosas, y no alcanzan, en general, sino a una vida corta y un desarrollo individual incompleto.

• • •

En cada clase social la mortalidad infantil es inversamente proporcional a sus recursos. En todas las ciudades, en todos los países, a la madre pobre, por grande que sea su cariño,

la muerte le arrebata más hijos. Las estadísticas que lo prueban han sido levantadas principalmente en país alemán.

En el primer distrito de Viena, habitado por ricos, la mortalidad de los niños de pecho fué en el año 1891 de 14 %, mientras que en los distritos pobres 10 y 11 se elevó a 40,7 y 42,9, es decir, casi al triple. Durante los años 1876-1885, en los barrios obreros de Berlín murieron de 34,1 a 36,2 % de los niños menores de un año y en los barrios ricos de 22 a 24,4 %. En los años sucesivos, las condiciones de vida han mejorado en aquella ciudad para la primera infancia, pero subsiste una gran diferencia en favor de los ricos. En 1904, en los barrios elegantes Friedrichstadt y Thiergarten murieron respectivamente 157 y 159 de cada mil nacidos vivos, mientras que en los distritos Gesundbrunnen y Wedding, de gente trabajadora, perecieron 273 y 274.

Una investigación de Pfeiffer en la ciudad renana de Colonia ha encontrado que de cada cien nacidos vivos morían en el primer año 15 en las familias cuyas entradas anuales pasaban de 3000 marcos, 18 en las familias de 1500 a 3000 marcos, 25 cuando los recursos pecuniarios eran de 600 a 1500 marcos al año, y 29 en las familias cuya entrada anual no llegaba a 600 marcos.

En cambio, durante los años 1850-70, los príncipes de las familias soberanas alemanas no murieron durante la lactancia sino en la proporción de 7,8 %, aunque sus padres estaban lejos de ser físicamente perfectos, y en ciertas familias, como la casa real e imperial de Habsburg, llevaban consigo más de una tara hereditaria funesta.

Se puede afirmar que la mortalidad infantil aumenta o disminuye según se prolonga o abrevia el trabajo diario de las madres, proposición que no es fácil demostrar numéricamente. Las cifras estadísticas pueban en cambio con toda evidencia, que la mortalidad infantil baja donde y cuando los salarios suben y sube donde y cuando los salarios bajan. Dos puertos alemanes, Danzig y Geestemunde, donde el salario diario medio es de 1 a 1.80 y de 2 a 3 marcos respectivamente, dan una mortalidad infantil de 29,5 % el primero y de 16,1 % el segundo.

EDAD en años	Niños de las minas de azufre — Peso medio en kilos	Alumnos de las escuelas elementales — Peso medio en kilos
9	20,586	22,307
10	22,422	24,545
11	24,789	24,851
12	27,982	29,064
13	30,644	32,300
14	32,109	35,851
15	33,071	40,300
16	37,947	46,900
17	38,083	50,066

CIRCUNFERENCIA TORACICA MEDIA

Azufreros	0,673 m. m.
Alumnos	0,708 m. m.

En general, las fatigas tempranas y excesivas, el mal ambiente de vida y de trabajo, la alimentación mala o escasa, estrechan el campo del desarrollo posible de los individuos, como lo han probado una vez más los estudios de Nicéforo en las clases pobres de Italia.

Luchan los proletarios hasta el fin con circunstancias históricas adversas, que nada tienen que ver con su propia y originaria aptitud biológica, y, debilitada su resistencia a los agentes de enfermedad y muerte, para ellos más asiduos y numerosos, sucumben más pronto. Según lo que se tiene y lo que se hace, así es la duración media de la vida.

En Hungría durante el período 1874-81 estudiado por Körösi, la edad media de los muertos de más de 5 años fué de 41 años y 7 meses para los pobres e indigentes, de 46 años y 1 mes para la clase media, y de 52 años para los ricos.

De una investigación estadística hecha en Inglaterra en

los años 1880-82, resulta que de cada mil personas de las ocupaciones siguientes murieron:

	De 25 a 45 años	De 45 a 65 años
Varones en general	10,16	25,27
Clérigos	4,64	15,98
Agricultores	6,09	16,53
Maestros	6,41	19,08
Abogados	7,54	23,13
Médicos	11,57	28,03
Obreros en limas	15,29	45,14
Cerámica	13,70	51,39
Mineros en Cornwall	14,77	53,69
Trabajadores en general	20,62	50,85
Empleados de hoteles y fondas ..	22,63	55,30

Concuerdan con estos datos los del estudio comparativo de la mortalidad en los barrios ricos y pobres de las ciudades.

En 1904 la ciudad de Buenos Aires dió una mortalidad de 16,73 por mil, comprendidos los nacidos-muertos, sobre los 944.742 habitantes contados en el censo de ese año. Ahora bien, si calculamos por una parte la mortalidad de las circunscripciones 1, 2, 3, 4, 6, 7, 8, 9, 15, 17 y 18, que comprenden los barrios obreros y pobres del Sud y del Oeste, y por otra la de las circunscripciones 5, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 19 y 20 que abarcan todos los barrios ricos y elegantes encontraremos que la primera serie dió 9665 muertos o nacido-muertos sobre 503.111 habitantes, y la segunda 6144 sobre una población de 441.631, cifras que corresponden a una mortalidad de 19,21 y 13,91 por mil respectivamente. Podría objetarse que en los distritos pobres está la mayor parte de los hospitales, a donde van a morir enfermos de todos los barrios y aun de otras partes del país, abultando las cifras de la mortalidad. La zona de residencia de la clase rica y acomodada, en su continuo ensanche hacia el Norte, ha rodeado, sin embargo, varios hospitales situados antes en las afueras de la ciudad, encontrándose cuatro dentro

de la circunscripción 19ª (Pilar), y habiendo también uno en la 5ª (Flores) y otro en la 16ª (Belgrano). Respetemos asimismo esa consideración, y comparemos solamente distritos sin hospitales. Encontramos que en la circunscripción 15ª la mortalidad es de 17,61 por mil, que no baja de 14,01 por mil en la 4ª (Boca), que es de 13,55 en el barrio pobre de San Carlos (Sud), mientras que en las circunscripciones 14ª y 13ª, distritos ricos del Centro, la mortalidad desciende a 10.59 y 10,33 por mil respectivamente, y no pasa de 9,75 por mil en el aristocrático barrio del Socorro (20ª circunscripción).

• • •

¿Vamos a creer que la excesiva mortalidad de la clase trabajadora resulta del choque continuo y fatal de la población con los límites que le asignan los medios de alimentarse?

Todavía en China, a cada sequía en la cuenca del Río Amarillo y a cada desborde del Río Azul millones de seres humanos perecen de hambre. A uno y otro lado del Canal Imperial, al Noroeste de Shanghai, donde con una técnica anticuada, casi sin ferrocarriles, los habitantes se hacinan a razón de unos 200 por kilómetro cuadrado, la pérdida de las sementeras de trigo a consecuencia de la inundación, trajo en el invierno de 1906-07 una carestía espantosa. No había literalmente qué comer, sino hojas de árbol y yerbas y raíces del campo; vendíanse a alto precio, para alimento, los tallos y hojas de plantas de papas; podía comprarse un niño por un plato de arroz; en distritos enteros la población hábil se refugió en masa en las ciudades más próximas, abandonando a su suerte a los débiles y los ancianos.

Al mismo tiempo el hambre desolaba la región rusa del Volga. Por falta de lluvias, en 25 provincias la cosecha había sido muy escasa y en 8 ó 10 no había habido cosecha alguna. Ya en el otoño, la población tuvo que alimentarse con bellotas, mientras el ganado devoraba los techos de paja. Cuando apretó el frío, varias familias se amontonaban en una choza y demolían las otras para, con sus maderos, hacer

fuego. ¿Con qué iban a comprar combustible, ellos que vendían sus abrigos para comprar alimento? Para que durara más, mezclaban con afrecho, cáscaras y paja su última provisión de harina de centeno. En Samara, donde no se había recogido ni la mitad del grano sembrado, epidemias de tifus y escorbuto se aliaron al hambre.

Ante este cuadro, nos parece presenciar el cumplimiento de una ley de exterminio inexorable. Pero ya algunos de sus rasgos son peculiares. En Kazan, los campesinos tártaros, acosados por la necesidad, vendían sus hijas para el harem; por todas partes bandas de paisanos hambrientos asaltaban y saqueaban los depósitos de granos, de propiedad particular o del Estado. Y más peculiar que todo esto: millones de toneladas de trigo, centeno, avena, maíz, cebada y harina eran exportadas de Rusia al mismo tiempo que 20 millones de rusos perecían de hambre, como en los horribles años de 1981-2, cuando sólo en la provincia de Samara 60.000 personas sucumbieron por falta de alimento, se exportaron de Rusia respectivamente, 6.411.312 y 3.217.392 toneladas de harinas y cereales.

De Irlanda, cuyas desgracias han sido atribuídas a exceso de población, dice George:

"Aun durante el hambre, los granos y la carne y la manteca y el queso eran acarreados para la exportación a lo largo de caminos llenos de hambrientos y por encima de fosos llenos de muertos". Para esas exportaciones de alimentos, o a lo menos para una gran parte de ellas, no había retorno. En lo que se refiere al pueblo de Irlanda, el alimento así exportado lo mismo podía quemarse, o ser arrojado al mar, o no haber sido nunca producido. No iba como un camino, sino como un tributo para pagar la renta de los ausentes señores territoriales".

¿Cómo no referir entonces la miseria del pueblo al despojo que sufre del producto de su trabajo? Cuando la reciente carestía hacía estragos en Rusia, el subsecretario del interior Gourko tuvo entrañas para defraudar, en complicidad de un empresario, los fondos de auxilio a los hambrientos que le habían sido confiados. Ordinariamente, cuando el hambre no es

tan aguda, ¿serán rentistas, ministros y empresarios más respetuosos de los bienes del pueblo? ¿Cómo creer que el crecimiento de las sociedades humanas sólo está limitado por los medios de subsistencia, cuando vemos en ellas el único ejemplo de parasitismo social que nos ofrece el mundo vivo?

• • •

Ciertas especies inferiores viven como parásitos de otras especies. La gran lombriz intestinal, o tenia, se baña constantemente en los alimentos ya digeridos por el hombre, listos para la absorción; el ácaro de la sarna se hace un alojamiento en la piel del huésped, del que chupa jugos nutritivos. No necesitan, pues, los parásitos, órganos complicados de sensibilidad ni de movimiento; para vivir en esa forma sedentaria, aprovechando el trabajo fisiológico del organismo que los sustenta, bástales prenderse firmemente de su víctima con poderosos instrumentos de fijación. A este fin desarrollan fuertes ventosas y garfios, al mismo tiempo que se atrofian sus órganos de los sentidos y de locomoción. Toda su actividad se concentra en las funciones puramente vegetativas, la nutrición y la reproducción.

Pero ningún ser vivo inferior al hombre vive como parásito de individuos de su propia especie. Dentro de ninguna de las sociedades animales inferiores descubrimos el parasitismo, jamás un animal medra a expensas de sus compañeros de sociedad, sin prestarles servicio alguno. Alimentados por las abejas neutras u obreras, los zánganos no trabajan en la colmena; son empero, de capital importancia para la especie, porque, junto con las hembras o reinas, se ocupan de la reproducción, y cuando han terminado su papel de machos, desaparecen de la escena. La especie humana es la única que practica y sufre el parasitismo en su propio seno; es preciso elevarse hasta ella para encontrar clases enteras de individuos que substraen a los otros los medios de subsistencia, sin servir para nada a ellos ni a la especie. Su prototipo,

el propietario ocioso que vive de rentas, hospeda muy cómodamente lacayos, como parásitos secundarios.

Si para muchos hombres no hay asiento en el "banquete de la vida" es porque otros ocupan en la mesa demasiado lugar.

• • •

Nunca se patentiza tanto el despojo como cuando lo hace una colectividad extranjera, que vive fuera del país despojado.

La India, con sus hambres periódicas a pesar de su gran fertilidad, pasa por un ejemplo típico del país cuya población choca contra infranqueables límites físico-naturales. Se olvida que la mísera población hindú ha pasado de la bárbara dominación musulmana a la rapaz administración inglesa.

Refiriéndose a los príncipes que en Bengala los ingleses coronaban o destronaban, según convenía a sus designios, dice Macaulay: "La inmensa población de sus dominios era entregada como presa a los que lo habían hecho soberano y podían deshacerle. Los empleados de la Compañía obtenían, no para sus empleadores, sino para sí mismos, el monopolio de casi todo el comercio interno. Obligaban a los nativos a comprar caro y vender barato. Insultaban con impunidad a los tribunales, la policía y las autoridades fiscales del país. Cubrían con su protección a una clase de subalternos nativos que se cernían sobre las provincias, esparciendo el terror y la desolación doquier aparecían... Enormes fortunas se acumulaban en Calcuta, mientras treinta millones de seres humanos eran reducidos a la más extrema miseria. Estaban acostumbrados a vivir bajo tiranía; pero nunca bajo una tiranía como ésta... Bajo sus antiguos amos tenían a lo menos un recurso: cuando el mal se hacía insoportable, el pueblo se levantaba y derribaba al gobierno. Pero el gobierno inglés no podía ser sacudido así. Este gobierno, tan opresor como la forma más opresora de despotismo bárbaro, era fuerte de toda la fuerza de la civilización".

Semejante estado político explica, tanto como la ley de la

población, que una sequía produjera hambres como la de 1770, cuyas víctimas se contaron por millones. Si hoy el sistema se ha suavizado en la forma, en el fondo es siempre el mismo. El pueblo indo sufre de hambre crónica, pero la India casi no exporta sino productos agrícolas; lo que allá falta no es alimento, sino dinero a los indígenas para comprarlo. En seguida de un hambre en que seis millones de seres humanos perecieron, se ha visto al gobierno inglés elevar 44 por 100 el ya muy alto impuesto sobre la sal, que, después del arroz, es el principal objeto de consumo de la población del país. En un artículo, reproducido por toda la prensa europea decía Hyndman, a propósito de la última hambre y las revueltas subsiguientes: "No hay duda de que los ingleses tienen la culpa del hambre en la India británica. La mejor prueba de esto es que en los grandes Estados indos vasallos, con una población total de 50 millones no hay hambre. Todos esos Estados tienen las mismas condiciones climatéricas y geográficas que los territorios circunvecinos que están bajo el dominio británico. ¿Por qué no sufren hambre esos Estados a pesar de la sequía y de las malas cosechas? Porque sus pobladores aunque pagan más impuestos locales que los súbditos ingleses, están en una situación mucho mejor que éstos. Seguramente porque no están expuestos a las perniciosas exigencias de la *europeización* de toda la administración pública, como tienen que sufrirla los habitantes del territorio británico". En la forma de letras de cambio, pensiones, gastos del gobierno indo en Inglaterra, dividendos, etc., los ingleses sacan de la India un tributo anual de 30 millones de libras esterlinas. Toda la copiosa maquinaria militar y administrativa está en manos de ingleses que miran a la India como un país de lucrativo destierro temporario, como los oficiales españoles miraban a Filipinas, como "país de cucaña". Agrega Hyndman: "Se nos dice que hemos construído los ferrocarriles de la India, y que eso es un gran beneficio. Pero, bajo el sistema reinante, esos ferrocarriles sólo son grandes bombas para absorber las riquezas del país e impelerlas en los bolsillos de los ingleses".

Aún en los países más civilizados, muchas vidas humanas tienen un fin prematuro, lo que no falta quien explique por el exceso de población. ¡Y al mismo tiempo se habla en ellos de exceso de producción!

* * *

¿Por qué Chile, con unos 4 habitantes por kilómetros cuadrado y un clima benigno, perdía en 1905 durante el primer año de la vida 352 por mil de los niños, mientras Nueva Zelandia con una población casi igual, conservaba en los suyos 929?

Una reciente publicación oficial de Venezuela muestra que su territorio es igual al de Alemania, Francia, Italia, Holanda, Bélgica, Suiza e Irlanda juntas, lo que, sin pasar de 97 habitantes por kilómetro cuadrado, le permitiría abrigar una población de 150 millones. Pero no dice el documento venezolano, si bien trae como portada el retrato del general Cipriano Castro, por qué la población de Venezuela, que no pasa de 2.600.000, aumenta tan despacio. De 1881 a 1904 su incremento ha sido, según cálculos oficiales, de poco más de medio millón de habitantes, mientras que la población de Sajonia, pequeño país alemán, más densa que la de China ,ha aumentado en más de un millón en los últimos 20 años. A pesar de su inmenso y rico territorio, la exigua población de Venezuela no ha llegado al aumento anual de 125 por 10.000 que ha tenido durante las dos últimas décadas del siglo 19 la población de Alemania, la cual, cien veces más apretada en un suelo no especialmente favorecido, ha podido al mismo tiempo destacar a otras partes del mundo a cientos de miles de alemanes.

En la cuenca del Río de la Plata hay por cada habitante medio kilómetro cuadrado poblado de vacas y ovejas, cuando no cubierto de mieses, lo que no impide que en la región la mortalidad infantil sea grande, frecuentes los conflictos armados, las enfermedades evitables y el vicio, bien conocidos.

Como en el Congreso médico latino-americano de 1904 se observara al delegado de México cuán alta es todavía la mortalidad de su país, contestó que cerca de 70 por ciento de

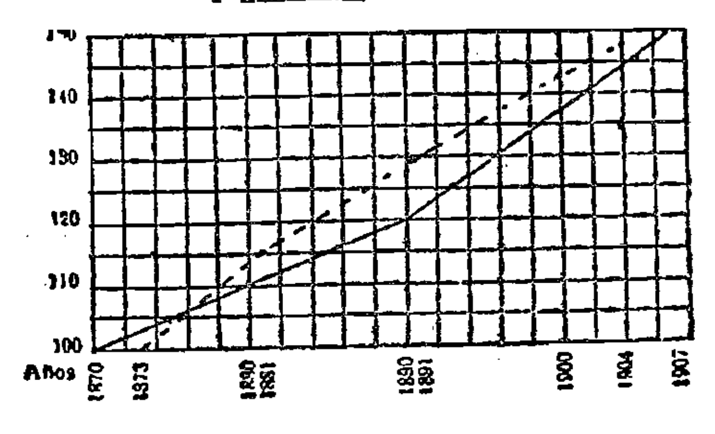
esas defunciones correspondían a individuos que carecen de los medios indispensables para su bienestar, siendo tan bajo como en las ciudades de condiciones higiénicas ideales la mortalidad de las personas de buena posición social. ¡Cuánta miseria en un país adonde los extranjeros acuden a enriquecerse!

* * *

Desde que en 1896 se diagnosticó en Bombay la peste bubónica, han sucumbido a ella en la India Inglesa más de 5 millones de personas, la más terrible devastación después de la epidemia que desoló a Europa en el siglo 14. Los ingleses dicen que no basta para explicar la propagación de la plaga la pobreza de la población. Y, en efecto: transmítese la peste al hombre por las pulgas de las ratas y son muchos los hindús a quienes sus creencias religiosas les prohiben matar las pulgas y las ratas.

En último término, toda miseria colectiva puede ser explicada por la incapacidad del pueblo para la lucha colectiva por la vida, para aumentar sus medios de subsistencia en pro-

EL AUMENTO RELATIVO DE LA POBLACIÓN
DE VENEZUELA - - - - - -
Y ALEMANIA ————



porción a las crecientes necesidades, organizando el trabajo de modo productivo y librándose de toda expoliación nacional o extranjera. Así entendida, la ley de la población se reduce a enunciar el hecho muy real de un exceso relativo de población, relativo no tanto a la cantidad de alimento, como al conjunto de los medios de vida social en general, comprendiendo entre ellos las costumbres del trabajo y de la política.

No pudiendo castrar a los proletarios como a los animales domésticos, se les presenta a veces la ley Malthus como una fórmula absoluta y fatídica que basta para explicar su miseria. Rechacémosla en ese sentido, como una impostura perniciosa, hecha para enervar el esfuerzo del pueblo hacia una vida mejor. Rechacémosla por absurda, sobre todo en Sud América donde el acaparamiento del suelo por ineptas oligarquías de terratenientes y la falta de educación del pueblo mantienen secuestradas y dejan perderse estériles fuentes copiosísimas de vida.

* * *

En su lucha por la existencia, no necesita el hombre destruir seres humanos.

Empeñado en presentar la Historia como una serie interminable de luchas de razas, Gumplowicz hace depender de motivos cósmicos la fatalidad de la lucha por la vida entre los hombres. "La masa de los organismos en la superficie del globo —dice— no puede menos que permanecer invariable, y se determina por las condiciones cósmicas de este globo... que las especies humanas retroceden y desaparecen ante el hombre, y que ciertas razas están en camino de desaparecer, mientras que otras se extienden ganando terreno. No pudiendo el globo terrestre cambiar de peso, se diría que en su viaje a través de los espacios celestes no puede llevar más que cierto número de pasajeros. Mientras que unos se multiplican, es necesario que los otros perezcan".

¡Colosal destino! Gumplowicz parece creer que los cuerpos orgánicos se forman de la nada, e ignora que un nuevo

peso de materia viva representa necesariamente un peso igual substraído al mundo inorgánico. La planta transforma y vivifica los cuerpos que toma del suelo y del aire. El hombre se multiplica sobre el suelo exhausto de Europa abonándolo con el guano y el salitre de las costas del Pacífico, y alimentándose del trigo en que se transforma el humus de las praderas americanas.

* * *

Lejos de tender a aumentar más pronto que los medios de alimentarse, la población puede crecer menos que la riqueza, como ha sucedido en Europa y América durante el siglo pasado. Debido a la selección artificial, las plantas cultivadas y los animales domésticos son más fecundos que las mismas especies en estado salvaje. En el hombre, la civilización obra en el sentido inverso. Parece que la mayor tensión intelectual que impone al individuo y el consiguiente desarrollo del sistema nervioso se acompañan de la moderación del poder prolífico, antagonismo entre la expansión individual y la capacidad de reproducción que ha sido presentado como una ley biológica general.

Al contacto de la civilización europea, que trastorna todas sus costumbres y creencias, les impone nuevos artículos de comercio y nuevos modos de comerciar y les da el ejemplo de extrañas normas de conducta, los pueblos primitivos del Pacífico han sufrido tan grande conmoción mental que han dejado de procrear, y, sin ser directamente maltratados, se extinguen rápidamente. Así han desaparecido los indígenas de Tasmania, así los isleños de Tahití, de Hawaii y los maoríes de Nueva Zelandia caminan rápidamente a su total extinción.

¿No podríamos atribuir la disminución de la natalidad en los pueblos cultos a una inhibición análoga del poder prolífico, determinada por el choque continuo con las nuevas condiciones de vida que resultan de su rápida evolución?

Ello es que se observa más alta natalidad en los países atrasados, de costumbres más estables, en Rusia más que en

Alemania, en México y Cuba más que en los Estados Unidos, en la Argentina más que en Australia; y en los países donde la estadística ha registrado el movimiento en la población, ha habido durante el último medio siglo un descenso del número proporcional de nacimientos, como si el rápido progreso de las últimas décadas hubiera embargado el sentido genésico de los pueblos.

Nótase esta baja de la natalidad en España y Portugal como en los países escandinavos, en Servia y Rumania como en Bélgica y Holanda, en las ciudades como en los distritos rurales de Inglaterra, en Norte América como en Europa, como una tendencia sostenida y universal, que si no se traduce en una detención del aumento de la población es porque se acompaña en general de un descenso de la mortalidad.

* * *

Acentuándose con la aceleración del progreso económico, la disminución del número proporcional de nacimientos se explica en parte por la creciente proporción de mujeres ocupadas en la industria, el comercio y las diversas profesiones.

Y forzoso es reconocer que se debe también a la regulación artificiosa de las relaciones sexuales en la vida matrimonial. Ya lo hacía comprender la costumbre de no tener más de dos hijos, tan común en la población urbana y rural de Francia. Una reciente investigación lo ha establecido ahora numéricamente para la Gran Bretaña.

La Sociedad Fabiana, agrupación que profesa el bien del pueblo y se ocupa de cuestiones sociales, distribuyó a sus socios entre los cuales hay tantos obreros como rentistas, un cuestionario acerca de su matrimonio, en que les preguntaba si éste era "limitado" o "ilimitado", entendiéndose por lo primero la limitación de la familia a dos niños o los artificios impedientes de toda fecundidad y por ilimitados los matrimonios que dejan a la fecundidad seguir su curso natural. De 316 matrimonios que contestaron, 242 se declararon limitados, y

74 ilimitados. Los motivos más generalmente invocados para justificar la "limitación" eran de orden pecuniario.

Planteábase entonces el problema de si no sería especialmente acentuado el descenso de la natalidad en la parte más previsora y ahorrativa de la población toda, punto que se ha resuelto por la afirmativa estudiando el movimiento de la natalidad en la más grande sociedad británica de socorros mutuos.

Esta es la de los Corazones de Roble, que tenía en 1906 más de 272.000 socios varones adultos, diseminados en toda la extensión del Reino Unido, y que con sus familias representaban el 3 % de la población total. Sólo se admite en esta sociedad personas de buena conducta cuyo salario no baje de 24 chelines por semana, lo que desde luego excluye a los trabajadores agrícolas, o sin oficio determinado, y, fuera de Londres, aun a los obreros adiestrados de categoría inferior. Artesanos, obreros adiestrados y cierto número de pequeños comerciantes y gentes de las capas inferiores de la clase media forman, pues, la asociación, que asegura al socio un subsidio de 30 chelines en cada parto de su esposa. Con este motivo, de unos 40 años a esta parte la sociedad ha registrado los nacimientos acaecidos en las familias de los socios y aunque no dicen los registros la proporción de los socios casados, no hay motivo de pensar que esa proporción haya variado. Cuanto a la edad media de las esposas, que tampoco se registra, puede admitirse que se ha elevado proporcionalmente a la de los socios en general, que durante el período estudiado ha pasado según parece, de 33 a 37,52 años envejecimiento medio de las esposas que explicaría a lo sumo una baja de 15 % en la natalidad. Pues bien, de 1866 a 1880 las solicitudes de subsidio por parto se elevaron de 2170 a 2472 por 10.000, y de 1881 a 1904 bajaron continuamente, hasta no pasar de 1165 por 10.000 asociados en este último año. Entre los Corazones de Roble, millón y cuarto de personas que sólo se distinguen del resto de la población por la práctica más regular del ahorro, la natalidad ha bajado, pues, durante el último período, 52 %, descenso tres

veces mayor que el observado en la población total de Inglaterra y Gales. En otra sociedad más pequeña, de 8225 socios, la proporción de éstos que ha solicitado el subsidio por parto ha bajado 56 % en el período 1881-1901.

¿Degeneracióón física o suicidio de raza?, titúlanse los artículos del *Times*, en que se exponen estos hechos. No es posible substraerse a la idea de que esta baja de la natalidad responde por lo menos en parte, a la práctica que, en forma atenuada, representan lo que entre los salvajes el infanticidio sistemático, sobre todo de las niñas mujeres, horrible costumbre que, suprimiendo violentamente en algunas tribus hasta dos de cada tres recién nacidas, ha contribuído a mantener el número de individuos de ciertos pueblos primitivos y miserables dentro de los límites que no se sentían capaces de pasar. ¿No es también doloroso y bárbaro el vano funcionamiento sin objeto, el desperdicio de energías humanas denunciado por la actual baja de la natalidad en algunos de sus aspectos? Distráiganse en buena hora hombres y mujeres de las funciones meramente vegetativas, aplicando su influjo nervioso a elevar su vida y la de los demás; pero no se agoten en el vacío, asediados por preocupaciones sórdidas, que, por singular aberración, estrechan sobre todo la vida de los ricos.

• • •

En todas partes, en efecto, en un mismo país, en una misma ciudad, quienes menos se multiplican son los que viven en la abundancia.

En Nápoles, de 1881 a 1892, el elegante barrio de San Fernando dió una natalidad de 25.9 por mil de la población, mientras que ella fué de 42,7 por mil en el barrio pobre de San Lorenzo. El siguiente cuadro numérico presentado en 1897 al Congreso Estadístico de San Petersburgo, por Bertillon evidencia el mismo fenómeno para cuatro de las más grandes ciudades europeas:

NUMERO ANUAL DE NACIMIENTOS POR CADA MILLAR DE MUJERES DE 15 A 50 AÑOS, EN:

	París	Londres	Berlín	Viena
Barrios muy pobres	108	147	157	200
„ pobres	95	140	129	164
„ acomodados	72	107	114	155
„ muy acomodados	65	107	96	153
„ ricos	53	87	63	107
„ muy ricos	34	63	48	71

Para la ciudad de Buenos Aires no hay estadística corregida de la natalidad, que relacione el número de nacimientos con el de mujeres en edad de concebir; sólo se conoce el número de nacimientos de la ciudad y de cada una de sus circunscripciones. Relacionándolo con la población en el año del censo de 1904, encontramos una natalidad muy diferente en los barrios pobres y en los ricos. Los once distritos que agrupamos como relativamente pobres al ocuparnos de la mortalidad, dieron ese año 18.785 nacimientos sobre 503.111 habitantes, lo que es una proporción de 37,33 por mil, mientras que los nueve distritos relativamente ricos sobre 441.631 habitantes no dieron más que 13.877 nacimientos, esto es 31,42 por mil. El contraste se acentúa si comparamos en particular ciertos distritos, tomándolos, para evitar error, entre los que no tienen dentro de sus límites salas hospitalarias de partos. La circunscripción 15ª (San Bernardo), una de las más pobres, da una natalidad de 42,03 por mil, el barrio obrero de la Boca, 36,68 por mil; en cambio la circunscripción 13ª, de gente acomodada, tuvo sólo 27,59 nacimientos por cada mil habitantes, no llegando tampoco la natalidad sino a 27,63 por mil en el distrito del Socorro, ya mencionado como el centro de las más ricas residencias.

La clase rica se distingue en todas partes por su débil natalidad. Donde hay una gran inmigración obrera la población inmigrada contrasta por su alta natalidad con la población nativa, en la cual hay más personas de buena posición. Así en Boston, en el año 1900, la natalidad fué de 18,20 por mil entre los nativos y de 31,06 por mil entre los inmigrados; en 1901, la

natalidad fué de 16 por mil entre los nativos y de 31,08 entre los inmigrados de Providence, capital del Estado norteamericano de Rhode Island, siendo en el Estado entero 17,01 y 30,96 para nativos e inmigrados, respectivamente.

El estadígrafo Bertillon ha calculado la natalidad en los departamentos de Francia, relacionándola con el monto de lo recolectado a título de impuestos mobiliario y de puertas y ventanas. He aquí sus resultados:

DEPARTAMENTOS	Impuesto percibido por cabeza de la población (en francos)	Nacimientos legítimos por cada 100 mujeres casadas
10	0,75 a 1,21	23,63
9	1,29 „ 1,41	21,88
11	1,46 „ 1,59	18,06
8	1,65 „ 1,73	16,06
9	1,80 „ 1 93	15,84
10	1,98 „ 2,06	16,33
10	2.13 „ 2,42	15 94
9	2,52 „ 2,82	17,77
10	2,98 „ 4,34	14,73
1 (Sena)	6,73	13,24

A medida que en este cuadro sube la cifra del impuesto, baja en general la natalidad, que se muestra así inversamente proporcional a la riqueza. En el departamento del Sena, donde está París y la comodidad y el lujo llegan a su máximum, el número de nacimientos es ínfimo.

¡Explíquese entonces la pobreza de los trabajadores por su excesiva reproducción! Tanto valdría decir que se multiplican demasiado porque no son ricos.

Los lugares habitados por gente rica son también los que dan, respecto de la población total, el más alto porcentaje de sirvientes domésticos, cuya forzada esterilidad contribuye no poco a la disminución del número de nacimientos.

La relativa esterilidad de las clases altas depende en parte de que sus matrimonios son tardíos.

En Inglaterra se ha encontrado que la edad media de casamiento de diferentes clases sociales es como sigue:

	Hombres	Mujeres
Mineros	24,06 años	22,46 años
Tejedores	24,38 „	23,43 „
Altas profesiones y rentistas	31,22 „	26,42 „

He aquí, según Fircks, la edad media a que se casaron en Prusia los hombres de diferentes ocupaciones durante los años 1881-1886:

Empleados públicos	33,4 años
„ eclesiásticos	32,5 „
Hoteleros	32,0 „
Comercio y tráfico	30,0 „
Agricultores	29,6 „
Industria del vestido	29,0 „
Mecánicos y metalúrgicos	28,0 „
Obreros fabriles	27,7 „
Mineros	27,5 „

Estudiando los 18.000 matrimonios producidos en Copenhague en los años 1878-82 se ha encontrado que los trabajadores se casaron en término medio a los 28,8 años de edad, y los altos empleados, los fabricantes y grandes comerciantes esperaron hasta los 33,9 años para contraer matrimonio.

Y no siempre se llega sin taras a un matrimonio tardío. Las enfermedades adquiridas por los hombres durante su prolongado celibato, contagiadas a sus esposas, condenan a no pocas a una completa esterilidad; 65 % de los matrimonios tienen hijos en los arrabales berlineses Wedding y Moabit, mientras que en la magnífica Friedrichstrasse sólo son fecundas 45 % de las uniones matrimoniales. Su morbilidad venérea indica que la débil procreación de las clases altas es consecuencia de la corrupción y del vicio, si bien puede depender en parte de la mayor cultura y de más altas funciones mentales. La prostitución florece allí donde los pudientes reducen su prole hasta el punto de no cubrir siquiera la merma de hombres debida a la mortalidad, como si de la exuberancia de medios de vida resultara la degeneración física de la especie. Y la prostitución, tributo impuesto a la belleza plebeya por el poder del dinero para que las mujeres de la clase alta puedan conservar su calculada castidad, se venga de éstas enviándoles por la vía de sus maridos en retardo los gérmenes de la esterilidad y de la muerte.

Si las clases sociales mejor colocadas tienen en mayor proporción hombres inteligentes y mujeres hermosas, ¿no es su infecundidad una doble pérdida para el porvenir de la especie?

* * *

Hasta la selección sexual es trastornada o impedida por la desigual distribución de la riqueza. Para seducir a las hembras despliegan los pájaros sus plumas de brillantes colores, y pasan por verdaderos certámenes de canto y de piruetas. Los que triunfan en la lucha, por el amor trasmiten a su prole los caracteres que los han hecho vencedores, y así se desarrolla el tipo de belleza de la especie. De este proceso de selección sexual que no aniquila a los individuos menos favorecidos, pero los excluye en mayor o menor grado de la propagación, han resultado los caracteres sexuales secundarios del hombre y de la mujer, la barba en aquél, la redondez y delicadeza de formas en ésta.

En la especie humana, la creciente individualización se manifiesta en el amor sexual específico, que hace la selección sexual cada vez más rigurosa, inclinando a cada individuo hacia una persona determinada del otro sexo, en quien concentra, más o menos duradera y exclusivamente, toda su afección. Esta forma superior del amor, idealizada por la poesía, sobreponiéndose al ordinario instinto sexual, lo hace más delicado en las condiciones de su satisfacción, y, en consecuencia, menos fecundo.

En el grado en que la especie humana modera por la cul-

tura su poder de reproducción, y atenúa dentro de sí misma la lucha por la existencia y la selección natural, haciendo posible la vida aun para individuos muy imperfectos, mayor importancia adquiere para ella la selección sexual, como proceso de conservación y refinamiento del tipo de la especie.

Pero si el faisán deslumbra a la hembra con su espléndido plumaje y el ruiseñor la encanta con sus gorjeos, para triunfar en la selección sexual el hombre cuenta ahora, en primer lugar, con un elemento extrínseco: el dinero. Cualquiera que sea el origen del que llena la bolsa, ésta es actualmente en los países comerciales el carácter sexual secundario más apreciado, con la particularidad de que lo mismo adorna a uno que otro sexo, pues, así como el degenerado, rico y disoluto suele malograr para la especie lindas doncellas, la rica fea es más solicitada que la hermosa sin dote o sin futura herencia.

* * *

Encontramos, pues, condicionada la acción de los principios biológicos en la especie humana por las actividades intencionales del hombre, que obedeciendo a las leyes generales de la vida, al mismo tiempo las altera, y, en bien o en mal, les imprime un sello peculiar.

El predominio de las funciones vegetativas toma en la Humanidad una forma superior, en relación con la altura mental del hombre, y se manifiesta en fenómenos sociales de un orden propio, que no reflejan sino mediata e indirectamente las leyes de la biología.

¿Es acaso por inferioridad étnica que se extinguen el fuerte iroqués y el noble araucano, mientras sobreviven las poblaciones indígenas de México y del Perú? Si, donde compiten libremente, el trabajador chino desaloja al blanco y obtiene a su modo el triunfo de los más aptos, ¿es por superioridad biológica o por su mayor aptitud para vegetar en determinadas condiciones sociales?

En la complexidad de su desarrollo, las sociedades humanas se dividen en clases antagónicas, y la lucha dentro de la

especie toma así una forma completamente propia de la Historia.

Crecen desmesuradamente en la evolución humana el cúmulo de cosas y costumbres que se trasmiten de una a otra época, y los sentimientos e ideas ligados a esas prácticas. Y esos elementos, materiales e ideales, recibidos por tradición pueden pesar sobre lo biológico y generativo del hombre hasta aniquilarlo.

¿No vemos en las sociedades modernas la riqueza acompañarse de esterilidad? ¿No hà disminuído en la última época la natalidad en los países donde más han subido los salarios?

Si la mortalidad baja más que el número de nacimientos, y la población no interrumpe su crecimiento, siempre es el triunfo de la vida, y un triunfo más inteligente.

Pero en Francia la población ya no se mantiene sino gracias a la inmigración, y pronto puede suceder lo mismo en otros pueblos factores del progreso.

En otras épocas históricas, civilizaciones decadentes han dejado disminuir la población hasta el punto de preparar el camino a la dominación de los pueblos bárbaros de mayor energía vital, que las subyugaron.

Los 9000 espartanos de los legendarios tiempos de Licurgo se habían reducido a 1900 en tiempo de Aristóteles y de la conquista macedónica. Algunos siglos más tarde, cuando todos los países helénicos estaban ya bajo la dominación romana, Grecia entera según Plutarco, no podía suministrar 3000 hoplitas, soldados a pie, tantos como la ciudad de Megara mandó a Platea a pelear con los persas.

Próximo a su derrumbe, el Imperio Romano se había despoblado por la ruina de los campesinos y agricultores libres, substituídos por esclavos en los inmensos latifundios que concentraban en pocas manos la propiedad del suelo. No pudo entonces resistir el embate de los pueblos germanos, que procreaban libremente y pasaban por una rigurosa selección natural.

La vida está siempre en acecho de nuevas oportunidades. Como aquellas corruptas aristocracias de la antigüedad, los

pueblos que hoy son más dueños de la tierra perderán su predominio si persisten en su tendencia demográfica actual. Las grandes aglomeraciones asiáticas una vez asimilados por ellas los principales elementos de la técnica europeo-americana, desbordarán de sus dominios actuales y llenarán los vacíos que encuentren en el mundo, si conservan su poderosa natalidad. Tanto peor para las sociedades impotentes, sin fuerza para poblar la tierra que les brinda la vida en ricos filones.

¿No es concebible mayor armonía entre las fuerzas tradicionales y las fuerzas generativas que se transmiten de una a otra edad?

¿Será siempre necesaria la destrucción intencional de seres humanos para el triunfo eterno de la vida?

No.

Concebimos que la vida humana, sin perder nada de su fuerza expansiva, sea objeto de un cultivo cada vez más perfecto.

La riqueza no es aniquiladora de vida sino por la inconsciencia con que la acumulamos y manejamos.

La Técnica

La acción consciente e intencional del hombre sobre el medio. — La forma y las dimensiones de sus primeros instrumentos de trabajo dependen de las de su propio cuerpo. — La técnica destructiva para una población escasa exige un territorio inmenso. — De ahí la necesidad de la cría, el cultivo y, en general, de la técnica productiva. — La inteligencia es la síntesis de la "materia" y el "espíritu". — Y el fundamento propio de la Historia. — La evolución de los medios de trabajo. — Las máquinas. — El motor de vapor. — El crecimiento de las ciudades. — La técnica del transporte es la más propulsora. — La productividad del trabajo humano. — Progresos de la técnica agrícola. — Diferencias entre ella y la técnica industrial. — Límites de la productividad del trabajo. — El porvenir técnico. — La electricidad. — Los nuevos problemas de la técnica. — La invención es colectiva. — La importancia real de un invento es relativa a las condiciones de la producción. — Sistematización del progreso técnico. — Aceleración del movimiento histórico. — Creciente instabilidad de la aptitud técnica especial del trabajador. — La compensación educativa necesaria. — A medida que la técnica se divide y especializa, el mundo técnico vuelve a confundirse para el individuo con el medio físico-biológico. — En su conjunto, la técnica ya no es asequible para el individuo sino bajo la forma de principios abstractos.

¿Cómo se subordina la Historia a la biología y al mismo tiempo se separa de ésta?

Movido por sus necesidades elementales, el hombre reacciona intencionalmente sobre el ambiente físico-biológico y le superpone el mundo técnico-económico con el cual comienza propiamente la Historia.

No es esto la oposición del hombre a la naturaleza, sino el desarrollo del hombre en la naturaleza. Sin dejar de obedecer como las cosas a las leyes físicas, sin perder el fondo biológico de nuestras relaciones con los demás seres vivos y dentro de nuestra misma especie, constituímos un mundo aparte, al cual incorporamos inteligentemente los elementos del medio físico y los seres vivos. La Historia empieza cuándo y dónde sobre el mundo físico-biológico, en que entran también los hombres, se desarrolla el mundo técnico-económico, en que entran también las cosas. Y ese desarrollo es continuo: cada día el poliedro de la Historia adquiere facetas nuevas. cada día pasa a ser Historia algo de lo que ayer era simplemente vida.

Como todo ser vivo, el hombre está con el medio que habita en una acción constante y recíproca que, también para el hombre, es al principio inconsciente, simplemente de orden físico-biológico. Toma las frutas de que se alimenta, lucha con otros animales e influye así sobre la existencia y distribución de las especies, como el ganado pisoteando el suelo y enriqueciéndolo con su estiércol, cambia los pastos de la pampa, como una epizootía despuebla un país de ganado. Esta es la acción permanente del hombre, y la principal que ejerce en las edades primitivas, cuando casi se limita a la asimilación o consumo de ciertos elementos del medio y a una destrucción puramente defensiva e improductiva.

Pero ya los animales tienen, en cierta manera, su técnica; hacen panales, nidos, cuevas y diques. Esa actividad hecha exclusivamente con los órganos del propio cuerpo, es superada por animales superiores más inteligentes, que, puede decirse, ya usan herramientas. Los elefantes se sirven de ramas de árbol para espantar las moscas. Wallace ha visto a la orangután rodear furiosamente de ramas espinosas el árbol en que se había refugiado con sus pequeños. Los monos, se sirven de piedras para romper la dura envoltura de ciertas frutas, de palos, como palanças, de piedras y palos, como armas de guerra.

El hombre, que es por excelencia, según la famosa definición de Franklin, un animal que hace herramientas, no se contenta con cualquier piedra: busca las más duras y las talla de una forma especial, partiéndolas por percusión.

Empieza así a ejercer una acción consciente e intencionada sobre el medio y éste adquiere al mismo tiempo nuevas influencias sobre el desarrollo y progreso humanos; la distribución de los hombres en un país ya no depende sólo de la de su alimento, sino también de la del sílex con que fabrican sus armas-herramientas: se han encontrado en Francia verdaderos talleres prehistóricos de hachas de pedernal.

* * *

En su propio cuerpo encuentra el hombre el modelo de sus primeros útiles: el filo de sus instrumentos cortantes imita el de los dientes incisivos; el brazo con el puño cerrado es la maza y el martillo; el dedo doblado, el gancho; derecho, el punzón; el hueco de la mano, la taza; las mandíbulas, las tenazas; la arcada dentaria, la sierra.

Y en todas partes el hombre primitivo fabrica de hueso, de cuerno, de madera o de piedra, armas y herramientas, semejantes, aproximadamente del mismo tamaño, sin conocer los hombres de un país lo que hacen los de otro, sin imitarse, obedeciendo en cada lugar a las formas y el poder de sus miembros, más o menos iguales en todas partes. Preséntanse así desde un principio los instrumentos de trabajo como proyecciones y complementos de los miembros del trabajador, que dan a éstos mayor alcance y mayor eficacia en su esfuerzo.

* * *

Escaso es, sin embargo, el poder del hombre, mientras no se arma sino para despojar el suelo en que vive, mientras no sabe sino destruir. Los efectos del fuego le son posiblemente revelados por la acción del rayo o de la lava, y, tal vez al golpear una piedra con otra y ver saltar chispas, aprende a producir artificialmente, con lo que aumentan en mucho sus me-

dios de alimentarse. Comienza entonces a consumir pescado, se extiende a lo largo de las costas, aprende a navegar. Pero todavía, ¡cuánta devastación, cuánto desperdicio! Mientras, lejos de producir alimentos, destruía aún en general los recursos, ¿cómo podía el hombre aumentar su propia descendencia? A esa altura de la Historia una escasa población necesita un territorio inmenso para su vida de recolección, de caza y de pesca.

El hambre, pues, estimuló el ingenio humano y le hizo descubrir y aplicar las leyes más fundamentales que rigen al mundo vivo. Ya el negro australiano, que escarba el suelo con su bastón de madera aguzado por el fuego, en busca de las raíces comestibles del yam, sabe que debe dejar parte de ellas en el suelo. Ya el indio canadiense, al despojar un vivero de castores, cuidaba de dejar en él dos hembras y un macho. Podemos ver en esa conservación inteligente los primeros pasos de la cría y del cultivo.

* * *

En el curso de la Historia, las grandes ramas de la producción con que el hombre subviene a sus necesidades llegan a una extensión y complejidad prodigiosa. El objeto o la materia del trabajo humano ha venido extendiéndose, y se extiende cada vez más al suelo con todo lo que vive en su superficie y encierra en su seno, al agua, al aire. Ese trabajo intencional, que en sus variadísimas formas y aplicaciones adapta el ambiente físico-biológico a nuestras necesidades, es lo que llamamos técnica.

El punto de partida es el aumento de la población, motor inicial puramente biológico idealizado por Zola en su *Fecundidad*. Bajo ese impulso, el hombre crea un mundo nuevo, producto de su arte, y hace así la Historia.

De sentir y consumir los elementos, de sufrirlos y aniquilarlos, pasamos a comprenderlos, aplicarlos y producirlos.

En todo se suma la inteligencia humana a lo simplemente físico-biológico para formar lo técnico, en que se coordinan

los dos aspectos de la Historia, de proceso biológico y proceso propiamente humano.

No pueden ser aplicados por el hombre sino los elementos del medio en que vive, y éstos no son factores técnicos sino en tanto que el hombre los aplica.

El medio geográfico, con su fauna y su flora, ejerce una influencia decisiva sobre el trabajo del hombre. América tenía el más productivo de los granos, pero un solo animal domesticable, el llama, de mediocre importancia; de ahí la falta en su historia primitiva de un período de vida pastoril y nómade, y el temprano desarrollo de su agricultura, bajo la forma de cultivo del maíz.

Por otra parte, ¿qué influencia pueden ejercer los elementos en la Historia mientras el ingenio del hombre no los toca y vivifica? Hasta que se aprendió a laborear el hierro, los minerales de este metal no influyeron en la Historia más que las rocas indiferentes. Nada hicieron para Inglaterra sus grandes depósitos de carbón hasta que las necesidades de la industria motivaron la invención de la máquina de vapor para transformar el calor en trabajo mecánico. Hace apenas un siglo la electricidad no actuaba sino en el mundo físico, ni tenía más papel en la historia del hombre que en la vida de los otros animales y las plantas; y ahora hablamos de la edad de los tranvías de caballos, como de una época pasada. Antes de la invención de la rueda hidráulica, las caídas de agua eran accidentes del terreno y cuadros pintorescos, como lo es aún el Salto de la Guayra; después muchas pasan a ser factores técnicos de primer orden a cuyo alrededor fórmanse activas y populosas ciudades.

No hay desarrollo posible de la técnica sin inteligencia despierta; no basta para el progreso en el trabajo el aumento de la población. ¡Cuántos recursos yacen inexplotados, aun donde hacen mucha falta! ¡Cuánto esfuerzo humano malgastado, aun donde los hombres tienen más que hacer! Con una población tres veces más densa, la República Argentina toma de Australia, en lugar de dárselas, las máquinas esquiladoras y cosechadoras, los modelos de tanques, los remedios para la

La separa, porque la técnica es el arte del hombre, que la hace consciente e intencionalmente.

Así que se mira la Historia libre de los velos y postizos con que la ocultan y desfiguran la leyenda y la tradición, se ve que tiene en la técnica su fundamento propio. Las épocas más primitivas de la Historia se nos presentan en ese estado de desnudez; no nos quedan de ellas sino restos materiales de las actividades humanas, y al estudiarlos y clasificarlos se ha esbozado desde luego la teoría de la Historia. Escudriñando el pasado de los pueblos escandinavos, cuyos documentos escritos más antiguos datan apenas de mil años, el arqueólogo danés Thomsen llegó en 1837 a la división de las edades prehistóricas basada en la industria del hombre: edad de la piedra, edad del bronce, edad del hierro.

El campo más propicio para el desenvolvimiento de esta idea eran los Estados Unidos de Norte América, cuya breve historia se condensa en una permanente revolución de la técnica. Allí ha llegado Morgan a la siguiente conclusión:

"Es de todo punto verosímil que las grandes épocas del progreso humano coinciden más o menos directamente con el ensanche de los medios de sustento", no por el maná caído del cielo, sino por las invenciones y descubrimientos.

Viendo en la técnica el carácter fundamental de un pueblo o de una época, divide Morgan la evolución humana en tres grandes estados: salvajismo, barbarie y civilización. Del estado salvaje, en que sabe hacer fuego y manejar el arco y la flecha, pasa el hombre a la barbarie cuando inventa la alfarería. El paso del primero al segundo grado de la barbarie lo señalan el cultivo y la cría; al tercero se eleva cuando aprende a laborear el hierro, y con la invención del alfabeto y la escritura entra el hombre en la civilización.

Entrevisto al estudiar las épocas iniciales de la Historia, cuando más se confunde el hombre en el reino animal, el fundamento técnico de la evolución humana ha sido descubierto por Marx en la historia moderna. Él y Engels han comprendido los primeros en todo su alcance el papel histórico del modo de producción, al cual están subordinadas todas las

otras faces de la vida social. "Los medios de trabajo —dice Marx— no son sólo la medida del desarrollo de la fuerza humana de trabajo, sino también indicadores de las relaciones sociales en que se trabaja". "No lo que se hace, sino cómo, con qué medios de trabajo se lo hace, es lo que distingue las épocas económicas". "Al grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales, corresponden determinadas relaciones de los hombres en la producción social de la vida, es decir, la estructura económica de la sociedad, base sobre la cual se levanta un edificio jurídico y político y a la cual corresponden formas determinadas de conciencia social".

Con tal evidencia se impone la técnica como fundamento propio de la Historia, que hasta el profesor alemán Schmoller, empeñado en negarle este papel, le da el primer lugar entre los procesos históricos pues comienza su libro de economía social considerando el territorio, la demografía y las razas y la técnica, elementos de los cuales esta última es el único intencional y por eso propiamente histórico.

En qué consiste el progreso en lo que a los medios de trabajo se refiere?

La historia de la herramienta es su diversificación a medida que el hombre extiende su trabajo a materiales más variados, a medida que, dentro de cada proceso de trabajo se especializan más y más las funciones de cada trabajador.

"Sólo en Birmingham —decía Marx en el año 1867— se producen unas 500 variedades de martillos, cada una de las cuales sirve para un proceso de producción especial, y muchas variedades aun solamente para operaciones diversas del mismo proceso".

Pero la herramienta no puede crecer desmesuradamente ni multiplicarse en manos de un trabajador. El tamaño y el peso de las herramientas, así como el número de los que puede el obrero emplear, simultáneamente, están limitados por el poder y el número de "sus instrumentos naturales de producción, los órganos de su propio cuerpo".

A partir del siglo 18, cuando el desarrollo del comercio permitió dar ventajosa salida a grandes masas de productos y

la creciente división del trabajo en la manufactura hubo descompuesto ya cada proceso industrial en una serie de operaciones parciales simples, el afán de intensificar la producción condujo a la invención y el empleo de las máquinas.

La máquina-herramienta, mecanismo que, vigilado por un obrero mueve simultáneamente cientos de husos, o miles de agujas de hacer punto o muchos cuchillos, sierras, etc., suprime desde luego el límite orgánico impuesto a la capacidad manual del obrero mientras se sirve de simples herramientas, mecánicamente hace un superhombre del trabajador, realiza y con creces, el mito de Briarco, el gigante de cien brazos, si bien dirigidos por una sola cabeza.

Generalizándose el empleo de las máquinas-herramientas, y reuniéndose éstas cada vez en mayor número en fábricas cada vez más grandes, planteóse con urgencia creciente el problema de la fuerza motriz.

El malacate, movido por caballos, el molino de viento, la misma rueda hidráulica, conocida desde el tiempo de Cicerón, y principal máquina motriz durante el siglo 18, eran a fines de éste completamente insuficientes.

La máquina de vapor, bosquejada ya por Papin y Newcomen y mejorada, como máquina de efecto simple, por Watt, fué llevada entonces por éste a un grado mucho más alto de eficiencia al darle la forma de máquina de doble efecto.

Así como la agricultura fué rudimentaria mientras no empleó más fuerza que la del hombre, desarrollándose sólo al aprenderse a arar con bueyes y caballos, el gran vuelo de la industria data de la invención de Watt. De ella recibió el maquinismo un impulso gigantesco.

Con la gran difusión de las máquinas, el laboreo del hierro debió perfeccionarse para ponerse a la altura de la creciente demanda. Y pronto fué necesario pensar en construir con máquinas las mismas máquinas, e inventáronse a este fin toda una nueva serie de mecanismos, como el torno de Maudsley y el martillo de vapor para manipular con exactitud y facilidad las masas metálicas, para trabajar las cuales constrúyense,

también de acero, tijeras ciclópeas, navajas gigantescas, perforadores y cepillos colosales.

Desde entonces la mecanización de la industria toda no ha conocido límite. Cada proceso de trabajo ha sido sistemáticamente descompuesto en operaciones simples, para cada una de las cuales se ha creado el mecanismo adecuado.

La industria ha venido concentrándose así en grandes establecimientos, que reúnen, sea como las fábricas, de hilados y tejidos, gran número de máquinas iguales, sea, como las fábricas de papel, la serie de grandes máquinas diferentes que cumplen las sucesivas operaciones de la elaboración.

* * *

Los motores de vapor, multiplicándose rápidamente y creciendo cada uno en proporción al crecimiento de la unidad industrial han centralizado en las ciudades la industria antes diseminada como la fuerza hidráulica en los valles y en los campos.

De ahí proviene en parte el grande y rápido crecimiento de las ciudades que en todos los países modernos tienden a albergar una parte cada vez mayor de la población. Los viejos burgos se han transformado en populosos centros industriales. En los países nuevos, ciudades grandes y chicas se forman de improviso. En 1901, a un siglo de su fundación, las colonias australianas tenían ya el 44,3 % de su población reunido en ciudades de más de 8000 habitantes. Bolivia, en cambio, no tenía en 1900 más que el 26,87 % en los centros urbanos, contando entre éstos hasta los caseríos de 200 habitantes. Es que en Bolivia se cultiva el suelo más o menos como en la época incaica, y se tejen las lanas ordinarias, o las finísimas de alpaca y de vicuña, sin más aparato que cuatro estacas clavadas en el suelo o el vetusto telar de pedal, introducido hace más de tres siglos por los conquistadores. Los motores de vapor deben ser contados, pues no dice de ellos una palabra el último censo. La principal fuerza de transporte son tropas de llamas, mulas y burros, sobre el lomo de los cuales se hace el tráfico interno. A un paso de La Paz, en el lago Titicaca, vía principal del comer-

cio con el Perú, las barcas menores son todavía de junco tejido; en los ríos bolivianos casi no se conoce más embarcaciones que balsas o *collapos*. ¿Cómo puede crecer Cochabamba adonde se llega todavía en diligencia con muelles de cuero?

* * *

Porque la técnica más decisiva en el progreso histórico es la del transporte, la que más modifica las relaciones de los hombres en la producción, y revoluciona, en consecuencia, todas las otras ramas de la técnica. La moderna revolución industrial data propiamente de la aplicación del vapor a la navegación y al transporte terrestre. Ha sido, desde entonces, posible llevar a las ciudades las masas enormes y siempre crecientes de alimentos y materias primas necesarios para la vida y el trabajo de la moderna población industrial; llevar a la población del campo los productos fabriles que han hecho superfluas y han concluido por suprimir las industrias caseras del campo; realizar el maquinismo en grande escala, centralizando la producción en establecimientos gigantescos, dentro mismo de los cuales la nueva técnica del transporte encuentra vasta aplicación.

Cuanto más fácil es el transporte de las cosas, tanto mejor combinan los hombres sus esfuerzos en la producción. La fertilidad del suelo, permitiendo la aglomeración de los hombres, aun cuando su técnica no sea adelantada, en superficie relativamente estrecha, es decir, acercando a los hombres entre sí, hace posibles entre ellos relaciones nuevas para el trabajo, una cooperación más intensa, base de formas relativamente altas de cultura. Todas las civilizaciones antiguas florecieron en terrenos de singular fertilidad natural (Egipto, Caldea, India).

Los métodos modernos de transporte y comunicaciones dan la base para una civilización universal y mucho más alta. Gracias al buque de vapor, al ferrocarril, al telégrafo, es como si la Tierra se hubiera achicado, condensándose toda la vida y la riqueza en un globo más pequeño, donde los hombres pueden combinar sus trabajos con más eficacia. Ahora todos están cerca y cambian sus productos. Londres come carne fresca pro-

ducida en las antípodas. El mundo puede ser comparado a un país donde siempre en alguna parte se cosecha para todo él.

Y de este nuevo estado de cosas recibe infinito impulso el progreso técnico. El invento que no encuentra aplicación práctica en su propio país, la encuentra ahora posiblemente en otro. Creado en Europa como simple instrumento de placer, el carro automóvil empieza a ser importante medio de trabajo en los países tropicales, retardados en su desarrollo por ser inhabitables para el caballo. Si la división del trabajo en la manufactura condujo a la invención de las máquinas, ¿a qué no conducirá la división del trabajo en el mundo?

* * *

Aun los medios de transporte empleados en el tráfico interno suelen servir ante todo para la cooperación de lejanos pueblos. Nada tan ilustrativo a este respecto como las curvas del desarrollo de los ferrocarriles y el comercio exterior argentinos: ambas marchan casi paralelamente. Y apenas cruzan las fronteras terrestres de la República Argentina algunas toneladas de carga; casi la totalidad de su comercio externo es marítimo, una pequeña parte fluvial. Los rieles no han sido tendidos en este suelo para el cambio de productos entre sus habitantes tanto como para internar las mercancías extranjeras necesarias para la producción y llevar los frutos del país a los puertos de exportación. Y los rieles continúan avanzando, para anexar nuevos territorios al dominio del capital.

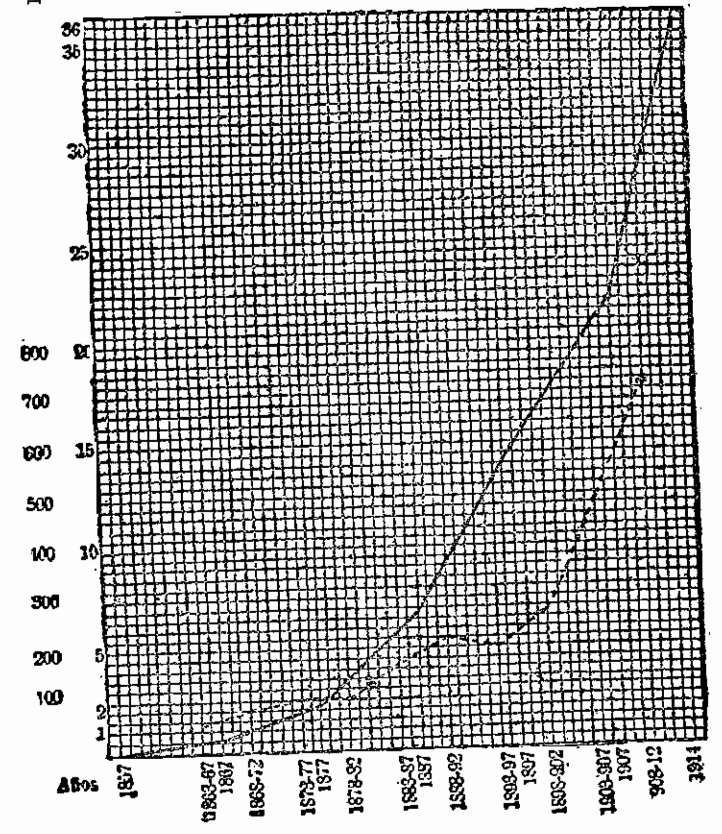
* * *

A altísima potencia se ha elevado ya la productividad del trabajo humano. Hace varias décadas, Miguel Chevalier calculaba que producimos en el mismo tiempo de labor 144 veces más harina que en tiempos de Homero, 30 veces más hierro que 4 ó 5 siglos atrás, que la productividad de la industria algodonera se ha hecho 700 veces mayor entre los años 1789-1855. Una investigación comparativa del trabajo a mano y el traba-

Millones $ oro
Miles de kilómetros

LOS FERROCARRILES Y EL COMERCIO EXTERIOR ARGENTINOS

La línea entrecortada representa la medida anual del comercio exterior por quinquenios en millones de pesos oro



jo a máquina, publicada en el año 1898 por el Departamento de Trabajo de Estados Unidos, ha evidenciado el mismo progreso en la producción en general.

Se necesitan, según ese informe, 28 horas de trabajo para hacer a mano 1000 panes de una libra, mientras que bastan 8

horas y 56,1 minutos para hacerlos a máquina. Mil ladrillos rojos ordinarios se hacen a mano en 20 horas y 36,7 minutos de trabajo, cuando para hacerlos a máquina bastan 7 horas y 29,3 minutos. Empleando simples herramientas se tarda 354 ½ horas para hacer 12 mesas de nogal de 3 hojas para comedor, mientras que empleando máquinas en 134 horas y 24,4 minutos se hacen 12 mesas idénticas.

Estas cifras comparativas no son del todo exactas, pues no se incluye en el tiempo necesario para producir a máquina el representado por el desgaste de las máquinas, que tienen una duración definida y van incorporando al producto, a medida que se usan, su propio costo de producción, ni el trabajo de minería y transporte representado por el combustible consumido por el motor; ni se atiende en ellos a que establecimientos industriales más grandes han de recibir en general las materias primas de mayor distancia, y distribuir sus productos a consumidores también más distantes. Pero es tan grande la masa de productos elaborados por una máquina antes de gastarse, que ese ítem del costo de producción no altera sensiblemente los términos de la comparación.

En cuanto al transporte, es la rama de la técnica que ha adquirido mayor eficiencia.

Engels calculaba, en 1880, que el costo de transporte horizontal de una tonelada a un kilómetro era de 0, 4 centésimos de marco con la locomotora a vapor, de 11,7 con el caballo y de 52,6 con la fuerza muscular del hombre.

En 1853 cuando en los Estados Unidos se cargaban los granos ensacados en bolsas, necesitábanse 37 horas de trabajo de hombre para pasar 1000 *bushels* de trigo del granero a la bodega de un buque. Desde que se emplean los elevadores, el tiempo de trabajo necesario para ese mismo movimiento de carga es sólo de 8 horas y 56 minutos .

* * *

También la agricultura se transforma. Al hacerse más densa la población, no ha quedado lugar para el viejo sistema de cultivo que después de cada cosecha dejaba descansar la tierra

dos años. Si en los cortijos de Andalucía subsiste la costumbre de pastorear el ganado todo un año en el rastrojo, y arar después, para mantener el suelo en barbecho otro tanto, es a costa del hambre crónica del pueblo. Donde el desarrollo histórico ha sido normal, junto con los habitantes han aumentado los medios para su mantenimiento, y a este fin se ha hecho necesario el cultivo continuo de la superficie entera. Para moderar el agotamiento del suelo sometido a tan intensa explotación, la agricultura moderna ordena los cultivos de modo que cada uno esquilme lo menos posible el suelo de los elementos necesarios para el cultivo siguiente, y aun lo enriquezca en algunos de ellos, como se consigue con las habas, el trébol y demás leguminosas, que incorporan a la tierra el ázoe del aire. A la rotación inteligente de los cultivos se agrega la cría de animales en proporción definida respecto de la superficie sembrada, para enriquecerla con los residuos fertilizantes de aquéllos, y sistematizar en provecho del hombre el equilibrio del mundo vivo. Esto no es ya para nosotros una colección de tipos invariables y eternos, sino dócil pasta modelable en las formas más adecuadas a nuestros fines, como laboratorio de carne, de fécula, de azúcar y de grasa o fuente de fuerza muscular. Se cultivan papas de cocina y papas para la destilería. La remolacha, que a principios del siglo 19 sólo tenía de 3 a 4 % de azúcar, tiene ahora, gracias al cultivo inteligente, de 17 a 18 %, y se ha empobrecido al mismo tiempo en elementos leñosos, adaptándose doblemente a las necesidades de la fábrica. Según las conveniencias, se crían vacas para leche, vacas para carne o vacas para el trabajo, o se combinan en crías especiales dos de esos objetivos o aun los tres. Evolucionan al mismo tiempo las herramientas agrícolas, para la mayor eficacia del trabajo. Con la mitad de la fuerza de tracción, remueve hoy el arado más tierra que antes. Y donde la tierra debe subvenir a las necesidades de una población a la vez numerosa y exigente, donde el trabajo humano a la vez que muy productivo tiene que ser ahorrado, se crea literalmente un suelo nuevo mediante los abonos industriales, que permiten aprovechar al

máximum el calor solar y el esfuerzo humano incorporados a la superficie sembrada.

En otro sentido ha progresado la técnica agrícola en América. No era aquí el problema obtener el producto máximo por unidad de superficie. El *Savannah* hizo en 1819 la primera travesía a vapor del Atlántico. Diez años después comenzó a formarse la vastísima y densa red ferroviaria de los Estados Unidos. Con esas facilidades de transporte, tomó vuelo el deseo de transformar pronto en alimento para el hombre la riqueza vegetal acumulada por los siglos en enormes superficies vírgenes, apenas pobladas. Fué preciso multiplicar el poder mecánico aplicado al suelo y sus productos inmediatos, para tomar rápida posesión de aquel mundo agrícola nuevo, prácticamente sin límites. Los arados echaron entonces dos, tres o más rejas, haciéndose verdaderas máquinas, movidas por varios caballos o a vapor; la hoz y la guadaña cedieron el puesto a la máquina segadora; el desgranado del maíz se hizo a vapor; la máquina trilladora, bosquejada desde principios del siglo 18, perfeccionada en 1872 por el agricultor escocés Meikle con el flagelador rotatorio usado desde entonces en Inglaterra con malacates o motor hidráulico, después también con motores fijos de vapor, encontró en 1840 en el motor locomóvil su complemento necesario.

Con estos perfeccionamientos, la mecánica agrícola ha alcanzado una eficiencia mucho mayor. El informe norteamericano ya citado sobre la producción a mano y a máquina estudia el tiempo de trabajo humano necesario para producir, por uno y otro método, 40 *bushels* de maíz amarillo desgranado, y cortar los tallos, hojas y chalas, para forraje, todo puesto en el granero. Se supone producido el maíz en un acre (0.40 de hectárea), aunque los cultivos que sirvieron para la comparación eran en realidad de muchos acres y dieron, por lo tanto, un producto absoluto mucho mayor. En 1855, usando el arado y la rastra simples para romper el suelo y pulverizar sus capas superficiales, y el aporcador para marcar los surcos, sembrando a mano y cubriendo la semilla con la azada, carpiendo con el aporcador, cortando las plantas con cuchillo, deschalando con

clavija, desgranando y dividiendo el forraje a mano, empleábanse en la unidad de producción que estudiamos 236 horas y 49,8 minutos de trabajo humano, secundado solamente por el caballo para arar, rastrear, marcar los surcos, carpir y acarrear. En 1894, con el arado múltiple y la rastra de discos, tirados por cuatro caballos; con la máquina sembradora que reducía a una las tres operaciones de marcar los surcos, depositar la semilla y cubrirla, y hacía en 40 minutos lo que antes exigía 6 horas y 47,3 minutos; con el carpidor de dos caballos que duplicaba el resultado; con la máquina de cortar y atar el maíz en el campo; con la máquina a vapor para deschalar y picar la chala y los tallos, que reducía a una sola estas dos operaciones, y las cumplía en 3 horas y 20 minutos en lugar de las 73 horas y 20 minutos que exigían antes; con la desgranadora a vapor, que en 42 minutos hace tanto como un equipo de hombres igual al que la atiende haría en 66 horas y 40 minutos trabajando a mano; con todos los recursos técnicos modernos, el tiempo total de trabajo humano necesario para producir el maíz en cuestión se reducía a 75 horas y 16,2 minutos.

Una diferencia semejante hay en el tiempo de trabajo humano necesario para producir trigo, según se apliquen los medios mecánicos modernos, o, como todavía en gran parte de España, se emplee el arado romano, sin vertedera, que no da vuelta la tierra después de romperla, se sigue con la hoz, como en tiempo de Virgilio, y se trille arrastrando sobre la era el trillo de pedernal o pisoteando la mies una recua de yeguas, y aventando con horquilla y pala, o, lo que es aún más lento e insalubre, se emplee el mayal, usado todavía por tantos campesinos de Europa, y que exige 32 veces más tiempo que la trilladora y deja en la paja hasta el 20 por ciento del grano.

* * *

Con todo el progreso técnico, la agricultura no ha visto aumentar su productividad como la industria. Doble cantidad de abono y de trabajo mecánico aplicados a la misma superfi-

cie de cultivo no dan doble producto sino hasta cierto límite, con el cual se choca muy pronto. La industria transforma materia muerta, la agricultura favorece la multiplicación y el crecimiento de cuerpos vivos. Y cada planta, cada animal, necesitan cierta cantidad de calor y de luz del sol, cierto espacio de atmósfera respirable, en una palabra, cierta porción de suelo. No es posible entonces concentrar el trabajo agrícola en un lugar. Por mucho que se profundice la capa de cultivo, siempre tiene éste que extenderse en superficie a medida que aumenta la población. Y la superficie es limitada, hay que pasar a los terrenos peores; ocupado todo el valle del Mississippi, preciso es ir más lejos, a los desiertos sin lluvia del Oeste, e implantar allí el *dry farming*, la agricultura de secano. Concebimos concentrada en una ciudad toda la molinería, para transformar en harina el trigo del mundo; pero no es posible, ni lo será nunca, en un espacio reducido, transformar el trigo del mundo en más trigo.

Necesariamente extendido en superficie, el trabajo agrícola se caracteriza, pues, por el continuo cambio de lugar del trabajador y de la herramienta o la máquina, mientras que en la industria lo que cambia de lugar es la materia prima. Esta circunstancia limita la magnitud y el poder de las máquinas agrícolas, así como el número de hombres cuyos esfuerzos se combinan al servicio de cada una de ellas.

Por otra parte, la producción agrícola tiene que escalonar sus diversas operaciones en el curso del año, como la Tierra ocupa sucesivamente posiciones distintas en su carrera anual alrededor del sol. ¿No se simbolizan vulgarmente las estaciones con el cuadro de las principales y sucesivas tareas agrícolas? Se podría hilar en un mes todo el algodón producido en un año, como también se puede, y es lo práctico, distribuir esa operación en todo el año, de modo que los hiladores tengan siempre trabajo, y, utilizándolas todos los días, baste con menor número de máquinas de hilar; y al mismo tiempo se puede, durante todo el año, tejer ese algodón, teñirlo, convertirlo en ropas y entregarlo al consumidor, operaciones continuas y si-

multáneas, que haciéndose una al lado de la otra, permiten la más eficiente organización del trabajo humauo.

Semejante división del trabajo y especialización del trabajador no son posibles en la agricultura, cuyas operaciones, necesariamente sucesivas, exigen de cada productor distinto trabajo según la estación y dejan entre sí intervalos durante los cuales sólo las fuerzas físico-biológicas intervienen en el proceso de la producción para disgregar el suelo entre dos aradas, para el crecimiento del grano entre la siembra y la recolección. Y en todo momento el mal tiempo puede interrumpir inopinadamente el trabajo agrícola.

* * *

Indisolublemente unida al ambiente biológico, sujeta al ritmo de la vida, la agricultura, rama fundamental de la producción, que provee al hombre de alimento y a su industria de las principales materias primas, indica en sus limitaciones peculiares el linde de la productividad del trabajo humano. Como medio de trabajo, la tierra empeora a medida que deben explotarse suelos inferiores, a medida que el cultivo consume la riqueza del suelo en alimentos vegetales. El mejor cultivo, que no empobrece el suelo si da más producto, implica también más trabajo; y pasado cierto límite, toda nueva cantidad de abono o de trabajo incorporado a la unidad de superficie es absolutamente perdida, no aumenta la cosecha en lo mínimo. Esta productividad decreciente de la agricultura a medida que se concentra el trabajo, neutraliza, en general, la creciente productividad de la industria, excepto donde y mientras se tiene un suelo virgen para despojar. Somos un simple engranaje del mundo vivo; por nuestra misma técnica estamos englobados en él, nuestros propios cuerpos son un factor del equilibrio orgánico general necesario para la vida de los seres inferiores de que nos servimos. Mientras no podamos extendernos sobre el mundo inorgánico sino con la interposición y compañía de las plantas y de otros animales, y sea necesario intensificar el cultivo, la productividad general del trabajo humano será estacionaria. El progreso técnico-económico dará

medios de existencia a una población mayor, pero mediante el trabajo más inteligente de esa mayor población.

¿Llegaremos alguna vez a producir nuestro alimento por procedimientos físico-químicos, sin cultivo del suelo, con prescindencia de todo animal y de toda planta? ¿Podrá el hombre, la más alta forma de la vida, entrar en directa comunión con el mundo inorgánico en esa síntesis superior?

¿O nuestra obra se reducirá a mantener el suelo perpetuamente rico, mediante la progresiva elaboracióón industrial de abonos?

* * *

Hace treinta años decía Engels:

"Cuán joven es aún la historia humana entera, y cuán ridículo sería querer atribuír una validez absoluta cualquiera a nuestras vistas actuales, se deduce del simple hecho de que hasta hoy día toda la historia puede ser designada como historia del espacio de tiempo que media entre el descubrimiento práctico de la transformación del movimiento mecánico en calor hasta el de la transformación del calor en movimiento mecánico."

Desde entonces se ha aprendido a transformar prácticamente el movimiento mecánico en electricidad y la electricidad en movimiento mecánico, con lo que se ha inaugurado la era del transporte fácil de la fuerza a grandes distancias, progreso técnico que, como todos los del transporte, será poderosamente revolucionario de las otras ramas de la técnica y de las relaciones de los hombres en la producción.

Con todos sus perfecionamientos, el motor de vapor no ha llegado a aprovechar más del 35 al 40 por ciento del calor engendrado por la combustión del carbón, desperdicio que era mayor aun cuando se inventó el motor de gas, que aprovecha hasta el 28 por ciento del calor producido y utiliza en la calefacción el gas destilado de los combustibles más inferiores y aun de residuos y basuras sin valor. Y con el motor de gas tomó cuerpo la idea de la usina central distribuidora de calor y de fuerza, como ya las había de luz, y comenzó a

mirarse como un desperdicio la existencia de hornallas y estufas en cada casa y en cada fábrica. ¿No era menos costoso llevar a todas partes el gas por cañerías que en carro la leña o el carbón? Y el gas se deja utilizar ventajosamente en pequeños motores que, generalizándose, contrarrestaron el movimiento centralizador de la industria determinado por el motor de vapor, improductivo en los modelos pequeños y tanto más conveniente cuanto más grande.

No convenía el gas, en cambio, para grandes motores, y subsistían con él todos los inconvenientes del primitivo sistema de transmisión de la fuerza dentro de la fábrica: por medio de palancas articuladas, era necesario transformar el vaivén rectilíneo del émbolo del motor en un movimiento rotatorio que se comunicaba por una correa a pesados árboles metálicos extendidos por toda la fábrica, rotadores de poleas de las cuales trasmitíase el movimiento a otras tantas máquinas.

¡Cuánto se ha simplificado, dentro y fuera de la fábrica, la transmisión de la energía desde que ésta llega a todas partes bajo la forma de corriente eléctrica para transformarse en luz, calor o movimiento en el instante requerido y en la cantidad necesaria! Susceptible de ser transmitida por simples alambres, sin pérdida considerable y a grandes distancias, la energía eléctrica permite aprovechar para su generación las caídas de agua, sin sacar la industria de las ciudades, dentro de las cuales se distribuye en la cantidad precisa a talleres chicos y grandes. La centralización de la fuerza y su abaratamiento tienden así en cierta manera a descentralizar la industria. La electro-técnica ha revolucionado la industria química y la metalúrgica desaloja al gas del alumbrado, y tiene ya en el transporte de hombres y cosas, sobre todo en el urbano y suburbano, aplicación cada vez más general.

El advenimiento de la electricidad va a determinar la transformación del carbón en energía allí mismo donde se produce, y a promover el desarrollo industrial de los países mejor dotados de fuerza hidráulica, que son los principales países industriales y productores de carbón de la época actual. Se

asigna un gran porvenir a la industria de Italia, rica en "carbón blanco". Nutrida por la fuerza hidráulica transformada en electricidad, nace ahora vigorosa en Noruega una nueva industria: la fabricación de nitratos a expensas del nitrógeno del aire, fabricación de la mayor trascendencia para la agricultura intensiva, que no contaba hasta ahora con más fuente inorgánica de nitrógeno para abono que las salitreras de Chile, cuyo agotamiento es imposible no prever. De un momento a otro se espera el progreso técnico que, aplicando las más altas temperaturas a la producción del hierro, traslade esta importantísima rama de la producción a los países bien provistos de fuerza hidráulica. Se estudia ya la instalación que ha de transformar en fuerza eléctrica el poder de la gran catarata del Zambeze, en el centro de Africa, aunque por el momento no se hable de hacer lo propio con los importantes saltos e innumerables cachuelas de la América del Sur. La supremacía industrial de los países de fuerza hidráulica irá acentuándose a medida que, consumiéndose el carbón, sea necesario extraerlo de más hondo y se agoten sus depósitos, y se mantendrá mientras no se resuelvan otros grandes problemas técnicos ya planteados, la utilización de la fuerza de las olas y de las mareas, y, sobre todo, la transformación directa del calor solar en fuerza industrial por medio de generadores termo-eléctricos, preocupación bastante viva en algunos sabios para que desde ya estimulen a sus gobiernos a asegurarse un lugarcito en el Sahara

Fuerzas infinitas esperan aún ser fecundadas por la inteligencia del hombre, y dan a éste posibilidades de inmensa expansión. Donde la rutina ve agotados todos los recursos, la invención los multiplica. El progreso incesante es lo que caracteriza la técnica del hombre frente al trabajo de los animales, que se repite siempre igual. Cuanto más interviene en el trabajo la inteligencia que el instinto, tanto más rápido es el progreso técnico. La invención es la inteligencia; la rutina es el instinto.

Y la invención es una facultad de todo hombre, latente o activa. La historiografía teatral se complace en presentar los

grandes descubrimientos como obra de héroes de la industria que, con el chispazo del genio, lanzan al mundo sus creaciones técnicas, armadas por ellos de todas piezas. La realidad es más sobria y más vulgar. Todo gran progreso técnico es el resultado de un desarrollo en que, por partes y poco a poco, van formando y agregándose los elementos del proceso o mecanismo eficiente que hace época en la historia, evolución en que intervienen con sus inventos parciales muchos ingenios, a veces ignorados, hasta que un talento más vasto o más favorecido por las circunstancias, los combina, por fin, de una manera eficaz, pero nunca definitiva. Declarando en 1857, ante una comisión de la Cámara de los Lores, dijo el ingeniero Hodge: "La máquina de hilar que usamos actualmente se supone compuesta de unos ochocientos inventos, y la actual máquina de cardar se compone de unas sesenta patentes". ¡Cuántos obscuros trabajadores no habrán colaborado en esa invención colectiva!

* * *

Las circunstancias técnico-económicas del momento estimulan la invención en direcciones determinadas, y son decisivas en la apreciación del valor de cada nueva idea técnica.

Para incorporarse a la práctica y trascender en la Historia, los inventos han de aparecer donde y cuando las circunstancias los reclaman. Los inventos prematuros o fuera de lugar son simples curiosidades, como los ingeniosos autómatas que han hecho la fama estéril de Vaucanson. No por accidente el primer ferrocarril inaugurado en 1830, unió las dos ciudades inglesas de Liverpool y Manchester, centros respectivamente del comercio y la industria del algodón. Sólo son fecundos los inventos que se articulan como una nueva pieza necesaria en el sistema de producción. Hacia 1579 la ciudad alemana de Danzig estaba dominada por corporaciones de oficios cuyo principal objeto era reglamentar el trabajo para limitar la producción. En ese mezquino ambiente técnico-económico apareció un telar de cintas, precursor del telar mecánico moderno.

Caro costó su ingenio al desgraciado inventor: destruída fué su máquina, y él perseguido y muerto como un criminal.

¡Cuánto más orgánicamente vinculados aparecieron en cambio en Inglaterra durante el siglo 18 la serie de inventos creadores de la moderna industria del algodón! Nueva materia textil, llevada de la India, cuyas muselinas eran entonces codiciados artículos de lujo, estaba libre el algodón de las trabas que los reglamentos de las corporaciones oponían aún a la industria de la lana, y prometía un mercado inmenso, una vez que, por el abaratamiento de la producción, sus tejidos estuvieran al alcance del pueblo. El hilado se hacía tan despacio que los tejedores de algodón no siempre disponían de la cantidad de materia prima necesaria, desequilibrio que se agravó en 1738, cuando Kay hubo inventado la lanzadera volante que duplicaba la cantidad de tela hecha en un día por el tejedor. Poderosamente atraída la atención de los productores hacia el hilado mecánico, se llegó en 1764, después de una serie de tanteos, a la máquina de hilar de Hargreaves cuyo hilado sólo servía para la trama tejida al través de una urdimbre de hilo de lino. Cuatro años después Arkwright perfeccionó una idea anterior de Wyatt, e hiló mecánicamente algodón que servía tanto para los hilos longitudinales como para los transversales del tejido. Con la máquina de Crompton, que, combinando los inventos anteriores, produjo hilados más uniformes y más finos, llegó la técnica del hilado a superar de por mucho la del tejido. Resultó de esto, en 1785, el invento del telar mecánico que, usado primero para la lana y más tarde para el algodón, completó la transformación de la industria textil. Muy a tiempo se inventó entonces el molino de sierras, para separar la semilla de la fibra del algodón, y la prensa hidráulica, cuyo principio teórico había sido descubierto por Pascal en el siglo 17, encontró su razón de ser en la necesidad de embalar para el transporte la masa siempre creciente de materias textiles. Todavía a principios del siglo 19, las lanas del Río de la Plata no tenían valor comercial porque no se sabía enfardarlas para la exportación.

Y cada día los inventos se encadenan con más método, se

hace más previsto y consciente el desarrollo técnico. No se trata ya del esfuerzo personal de hombres aislados, escasos de información y recursos materiales, que con sacrificio propio y de sus familias persigan el invento como una obsesión. El progreso técnico está ahora consolidado en un sistema de prolija y continua investigación, que se vale de todos los medios conocidos y pone a contribución las más diversas disciplinas para perfeccionar hasta en sus detalles los medios y procedimientos de trabajo, como para resolver los más grandes problemas planteados por las exigencias de la vida. La rutina tiende a desaparecer del trabajo del hombre, el esfuerzo inventivo es cada vez más general y permanente, más fácil y productivo. La creciente facilidad para demostrar y divulgar las ventajas de un nuevo invento contribuye también a acelerar el progreso de la técnica.

* * *

Y se acelera así el progreso histórico en general, las épocas históricas tienden a abreviarse a medida que se suceden. La más primitiva actividad del hombre de que se haya encontrado vestigios data según los geólogos de unos 100.000 años, de los que Morgan atribuye tres quintos al estado salvaje, un quinto al estado inferior de la barbarie, quince mil años a la época transcurrida entre los principios de la cría y el cultivo y la invención del alfabeto, y sólo cinco mil a la civilización. Herramientas de piedra se usaron, junto con las metálicas, hasta el siglo 7 en Alemania, hasta el 9 en Irlanda, hasta el 13 en Escocia, hasta el 14 en Bohemia. !Y ahora, estamos ya en camino de relegar a los museos la máquina de vapor con émbolo, iniciadora de la moderna era industrial! No menos rápida tiene que ser la evolución de las relaciones de los hombrs en la producción y de las formas políticas que las consolidan.

* * *

El rápido progreso histórico hace instables las condiciones de la vida individual, y en su forma primordial de progreso

técnico, afecta a la masa de los hombres trastornando las condiciones del trabajo. La aptitud técnica ordinaria consiste en la capacidad para hacer un trabajo determinado en el grado de eficiencia corriente. Es el resultado de la adaptación orgánico-funcional del trabajador a las peculiaridades de su labor. Sus sentidos, sus nervios y sus músculos reaccionan con más celeridad y fuerza ante las impresiones recibidas en el trabajo; gran parte de su actividad se hace automática, refleja; una vez educado en su ramo, el obrero gasta en la misma tarea mucha menos fuerza que el principiante, que la desperdicia en movimientos mal medidos e incoordinados. Puesto frente a las cajas y al original que ha de componer, el tipógrafo dirige maquinalmente su mano a los tipos neccsarios y los alinea con la otra en el componedor, sin necesitar darse cuenta de lo que la combinación de esas letras quiere decir. Esa adaptación del trabajador a su labor es tanto más perfecta cuanto más desmenuzada está la técnica entre los individuos por la división del trabajo, cuanto más parcial y específica es la aptitud técnica entre los individuos por la división del trabajador, y menos apto éste, por consiguiente, para otro trabajo. Y son esos movimientos sistematizados del obrero, los que pasan a ser hechos con máquinas, cada vez más automáticas, que tienden a tomar para sí todo lo uniforme y monótono del trabajo imponiendo en cambio al obrero doble vigilancia y atención.

El progreso técnico hace instable, pues, la aptitud productiva especial del trabajador; puede en cualquier momento anularla y obligar al obrero a una nueva adaptación. Las asociaciones a que está habituado el sistema músculo-nervioso del tipógrafo, de poco le sirven cuando tiene que ponerse a trabajar con la máquina linotipo: necesita pasar por un nuevo aprendizaje. Toda la habilidad acumulada por el ejercicio en los dedos del canastero nada vale desde que se hacen los cestos a máquina. Y esa amenaza de anulación o desalojo se hace más general e inminente para los trabajadores a medida que se acelera el progreso técnico. Las mismas máquinas se transforman, los modelos viejos desaparecen y con ellos la aptitud técnica especial del productor habituado a hacerlas o manejarlas.

En las usinas de electricidad el vaivén del émbolo del motor traducíase en defectuoso funcionamiento de las dínamos: necesitaban éstas un motor originariamente rotatorio, y se lo ha encontrado en la turbina, que aplica al empleo del vapor el principio de la turbina hidráulica: el arribo sin golpe del agente impulsor sobre las paletas de una rueda. Se dispone así de un motor más simple, más barato y de poder más regular que el motor con émbolo. Pero más que a éste, una turbina de vapor se parece en su construcción a una turbina hidráulica, y poco adelantado tienen para hacerla los ingenieros y obreros que fabricaban los motores de émbolo: su técnica especial no sirve, ni sus planos, ni sus modelos, ni sus máquinas. La construcción de turbinas de vapor se ha agregado como un nuevo departamento a las grandes fábricas de material eléctrico, que jamás construyeron un motor de vapor del viejo modelo. Así también la atención de una turbina en movimiento difiere de la de un antiguo motor: casi se reduce a vigilar un termómetro, y mientras que un gran motor antes exigía varios maquinistas, un solo maquinista del nuevo género puede vigilar varias turbinas. ¡Cuán firme creíamos, sin embargo, hace diez años la técnica de los hombres ocupados en construir y manejar motores de vapor!

A la creciente instabilidad de la aptitud técnica especial de cada uno debe corresponder, como compensación necesaria, una educación que haga elástica y flúida la capacidad productiva de cada hombre, le permita toda nueva adaptación y le dé una inteligencia informada y alerta, para comprender la necesidad de los progresos de la técnica, preverlos y sacar ventaja de ellos. De otro modo, el progreso técnico, necesario para la vida de la comunidad, sería siempre causa de calamidades y catástrofes para los grupos de productores con que tropezara en su camino, y la lucha por la vida agravaríase para cada hombre por la intervención ciega y fatal de la técnica desarrollada en la lucha por la vida de la especie.

* * *

Para el individuo, reducido a una capacidad productiva cada vez más parcelaria, el mundo técnico vuelve cada vez más

a confundirse con el medio físico-biológico. Vivimos rodeados de un ambiente artificial indispensable para la vida de cada uno, pero que el individuo es cada día más incapaz de crear por sí solo; no puede, ni sabe producir sus artículos de consumo, mas ni tampoco las materias primas ni los medios de trabajo de su propia industria, elementos de los cuales lo provee la industria de otros hombres. Las antiguas artes manuales tenían sus "misterios", procedimientos secretos para una pequeña parte de la producción, destinada a satisfacer, sobre todo, ciertas necesidades y gustos de la clase alta. La técnica entera, en cuanto es eficiente y concreta, se suma ahora para cada hombre en un gran misterio, tanto mayor cuanto más dividido y perfeccionado es el trabajo, cuanto más variadas y numerosas son nuestras necesidades. En la Edad Media los procesos de producción eran completamente claros para la masa del pueblo, como aun lo son para los pocos pueblos salvajes y bárbaros, que están fuera del comercio del mundo. Dentro de la comunidad de familia o de la aldea producíase todo lo necesario, más lo que debía entregarse como tributo al señor. El campesino molía y panificaba su grano, hilaba y tejía sus fibras, fabricaba sus propios utensilios y herramientas, era su propio albañil, carpintero y herrero. ¿Qué sabe, en cambio, de todo esto un agricultor moderno de las llanuras argentinas que siembra y cosecha para el mundo, y toma de la tienda del pueblo próximo, desde las máquinas con que trabaja, hechas en Norte América, las telas inglesas de algodón de Georgia o de Egipto, el arroz de la India, el azúcar de Alemania o de Tucumán, el café del Brasil y el vino de Mendoza o de Italia, hasta el pan, hecho, no, por supuesto, de su trigo, sino de un trigo cualquiera, tipo Bahía Blanca o tipo Rosario? Y más restringida aún, con relación a sus necesidades, es la capacidad técnica del hombre de la ciudad, donde el trabajo se divide y los consumos y gustos se diversifican más que en el campo. En su conjunto, la técnica ahora sólo es asequible bajo la forma de principios generales y abstractos, como las relaciones de los hombres de la producción.

La Economía

La división del trabajo basada en el sexo. — Los primeros artesanos. — Principia el comercio. — Con su desarrollo se diversifica y subdivide el trabajo. — Aumento del número de gremios. — La manufactura prepara el advenimiento de las máquinas. — Estas exigen el análisis más detallado aún del proceso de trabajo y la cooperación en mayor escala. — La división mundial del trabajo. — El trabajo de las mujeres. — La especialización de la industria. — La concentración industrial. — Los sindicatos o "trusts". — La descentralización agrícola. — Sus causas. — ¿Disminuye relativamente la cantidad necesaria de trabajo agrícola? — La población agrícola de Europa. — Actualmente la industria se apodera de trabajos que antes se hacían en el campo y aligera las tareas rurales específicas. — Pero la población agrícola deberá relativamente aumentar a medida que se haga necesario intensificar el cultivo y descentralizarlo aún más. — Las relaciones económicas se extienden y complican también para la población agrícola. — La cooperación agrícola. — Las migraciones. — La moneda y los bancos. — Las comunicaciones entre los hombres.

Sobre la base de las relaciones biológicas que, como individuos de una misma especie, guardan los hombres entre sí, y a medida que comprenden el mundo físico-biológico y lo aplican en la técnica, desarróllanse las relaciones económicas, las relaciones de los hombres a los fines de la técnica, como cooperadores o coproductores. Y con ellas las sociedades humanas entran propiamente en la Historia.

Ya el salvaje ha conquistado en parte el mundo físico, ya sabe hacer fuego y lanzar el *boomerang* o la flecha y todavía sus relaciones con los otros hombres son exclusivamente

biológicas. En la horda de botocudos, de negros australianos o de negritos filipinos, cada individuo es para los otros lo mismo que una horda de animales; no hay entre ellos más distinciones que las de edad, sexo y parentesco, que los dividen en grupos para el comercio sexual. Los hombres cazan y hacen la guerra; las mujeres construyen las chozas, llevan la carga en las marchas, juntan frutas, raíces e insectos comestibles, buscan leña, etc. Aparte de esta rudimentaria división del trabajo, basada en algo tan biológico como el sexo, no practican otra; la solidaridad de la horda se basa por entero en las necesidades y sentimientos más elementales de la animalidad. No conciben más organización que la que tienen, y si ésta cambia, es sin que ellos lo busquen ni lo sepan; las relaciones internas de la horda son heredadas, inconscientes, y se modifican con suma lentitud, en virtud de una selección también inconsciente. "La organización en clases según el sexo y la organización ulterior en *gentes* por parentesco, ya más elevada —dice Morgan—, tienen que ser consideradas como el resultado de grandes movimientos sociales efectuados por una selección natural inconsciente".

En perpetua guerra con las hordas y la tribus vecinas, una de estas sociedades no es para los demás hombres sino agente y objeto de exterminio. A veces, en lugar de comer o matar a un prisionero, lo adoptan como miembro de la horda; pero aun en este caso excepcional es un fenómeno de asimilación biológica, semejante a la que practican en mayor escala robando mujeres a las hordas vecinas; tan biológica es esa adopción, conocida sobre todo a los niños, que se atribuyen al adoptado lazos de parentesco con determinados individuos de la horda.

* * *

Con los adelantos de la técnica entran los hombres en relaciones nuevas, intencionales, comprendidas, al organizarse para el trabajo y extenderse entre ellos los cambios de servicios y casas. En la aldea aparecen diferencias de ocupación

independientes de la diferencia de sexo. Primero, como el más importante de los artesanos, destácase de entre la población productora el trabajador en metales, que funde el mineral y fabrica armas y herramientas. Junto al herrero y al artesano en madera aparecen ya en los cantos homéricos el alfarero y el talabartero. Al mismo tiempo, en sus expediciones y correrías, las tribus pescadoras y pastoras comercian ocasionalmente con los pueblos vecinos; nacen así entre sociedades humanas distintas las primeras relaciones económicas, que al principio son escasas, irregulares y frecuentemente interrumpidas por la vuelta al primitivo estado biológico de guerra.

En su estado embrionario, las relaciones económicas consisten en el trueque directo de cosas y servicios. A medida que se hacen regulares y permanentes la demanda de productos y la producción para el cambio, desarróllase la idea del valor económico, del valor de cambio de las cosas, independiente del valor físico-biológico, o del valor técnico, del valor del uso que tengan para su poseedor. Los productos del trabajo toman cada vez más el carácter de mercancías, al mismo tiempo que alguno de ellos, elegido por razones de comodidad, se aparta de todos los otros y se coloca enfrente de ellos, como medida de su valor abstracto como moneda, que sirve a la vez de instrumento de los cambios. Cuando el oro llega a ser el medio monetario de circulación, el comercio recibe nuevo impulso por la mayor facilidad de las transacciones a distancia. Lo que simplifica las relaciones de cambio entre los hombres las favorece tanto como el progreso de los medios de transporte.

Siguiendo las vías más fáciles, el comercio se extiende en un principio a lo largo de las costas y de los ríos, y no se abre grandes caminos terrestres sino mucho más tarde. Por largos siglos se limita a los productos que bajo pequeño volumen encierran gran valor: metales, ámbar, púrpura, marfil, especias, telas preciosas. En caravanas o en pequeños barcos, que se guían por las estrellas, van juntos mercader y mercancías, éstas para cambiar tal vez de dueño en cada una de las estaciones

de su lento y dificultoso camino. La ciudad no puede proveerse sino en sus alrededores inmediatos, ni los negocios pueden hacerse en cualquier momento: sólo un día de la semana se reúnen en el mercado artesanos y campesinos para hacer sus tratos. Cuanto al comercio extranjero, se le admite únicamente en alguna gran feria anual.

A esta altura del desarrollo histórico, sólo pequeña parte de lo producido podía llegar a ser objeto de cambio, y consumíase casi todo en casa del productor. El tráfico a distancia no satisfacía sino las demandas del lujo. Los artículos y artefactos extranjeros eran desconocidos para la masa de la población, que a cien kilómetros de donde los cereales sobraban y aunque tuviera con qué comprarlos, podía perecer de hambre.

* * *

Han sido los pueblos navegantes y mercaderes los que más han perfeccionado las artes, llevando más lejos en su propio seno la división del trabajo y organizándolo mejor. En Egipto, cuyo comercio interno estaba servido por un gran río y su sistema de canales, en Grecia que estableció colonias en todo el Mediterráneo, y fundó a Emporion (mercado) en la costa de Cataluña, donde por primera vez se acuñó moneda en Iberia, en Roma que, para su gran comercio de granos, dispuso ya de buques de 700 a 800 toneladas, diversificáronse las herramientas y nacieron oficios nuevos, el panadero, el curtidor, el zapatero, el albañil, el constructor de carros, el ebanista, el joyero, el peletero, el tintorero, el batanero, el obrero en cobre, después el pintor, el fundidor, el carnicero, el tejedor. Mientras que en tiempos de Numa, segundo rey de Roma, según la leyenda, no se mencionan más que 8 oficios, hacia el principio de la era vulgar se caracterizan de 15 a 20 principales, los mismos que encontramos doce siglos más tarde. Ya algunos de ellos tienen como materia prima el producto del trabajo de otro, ya en algunos artículos está representada la labor de varias manos.

Al despertar Europa de su letargo medieval, floreciente el comercio de Pisa, Génova y Venecia, inventada la brújula por los navegantes italianos, próximas a abrirse las grandes vías mundiales que se buscaban con empeño y condujeron a tan grandes descubrimientos, las artes industriales vieron ampliarse su campo de desarrollo, y subdividiéndose, especializándose, continuaron su proceso de adaptación. A partir del siglo 13 crecen mucho en número los gremios o corporaciones organizados en las ciudades y reconocidos como órgano de oficios distintos. Los nuevos gremios de cerrajeros, sastres, monederos, cirujanos, que aparecen en las ciudades españolas, evidencian en ellas la progresiva división del trabajo; pelaires y sederos se constituyen como gremios de la industria textil; nacen corporaciones de barqueros y recueros, en que se congregan hombres ocupados única y exclusivamente en el transporte. En 1288 la ciudad de Viena tenía 50 gremios, y 66 en 1463; Brujas ,la ciudad flamenca, 59 en 1368 y 72 en 1562; Francfort, 14 en 1355, 20 en 1387, 28 en 1500 y 40 en 1614. A mediados del siglo 18 París contaba 120 ramas de la industria organizadas separadamente como gremios, que cooperaban entre sí y con los demás trabajadores no organizados, para llenar necesidades de aquella ciudad y de las gentes que con ella comerciaban.

* * *

Desde mediados del siglo 16 la división del trabajo y su organización empezaron a tomar una norma más eficiente en la manufactura. Desígnase así el grado superior de desarrollo del taller cuando el maestro de oficio ha acumulado dinero bastante para mantener a muchos trabajadores y proveerlos de materia prima. Deja entonces el maestro de trabajar con sus propias manos, y asume funciones exclusivas de dirección. El taller se ensancha para dar cabida a mayor número de obreros, que, por el hecho de trabajar juntos, en un mismo edificio y sirviéndose en común de algunos de los medios de trabajo, producen con menor costo. Pero, puestos a la cabeza

de ese concurso de fuerzas, los empresarios pronto aprenden a hacerlo más eficaz perfeccionando la cooperación. De la masa amorfa de los trabajadores de cada oficio, todos ellos educados en las mismas tareas, era necesario hacer un conjunto organizado en que los individuos fueran cada día más aptos para tareas cada día más especiales y detalladas, ora reuniendo en el mismo establecimiento manufacturero los diversos trabajos necesarios para producir una mercancía compleja, como un carruaje, ya dividiendo en una serie de operaciones simples y encomendadas a obreros distintos la fabricación de un artículo tan sencillo como un alfiler. Al vincular entre sí oficios distintos e independientes y hacer de ellos simples partes complementarias en el proceso de producción de una misma mercancía, la manufactura hacía concordar, en tiempo, lugar y cantidad, los trabajos de los diferentes productores mucho más que antes, cuando la exactitud de su combinación dependía de la información y la voluntad de individuos separados. Por otra parte, el artesano que produce por sí solo un objeto tiene que cambiar con frecuencia, para las sucesivas operaciones parciales, ya de lugar, ya de instrumento, en lo que pierde un tiempo que aprovecha doblemente cuando usando siempre la misma herramienta, especial para una sola de esas operaciones parciales, llega a ser un virtuoso en su manejo. Desarrollóse así la sistematización del trabajo dentro del taller, admiración de los primeros teóricos, que la estudiaron y presentaron como la más acabada expresión de la división del trabajo. Petty, padre de los estudios económicos en Inglaterra, en la manufactura del reloj, Adam Smith en la del alfiler, el francés Say en la del naipe, explicaron cuánto se acelera y simplifica un proceso industrial cuando se le secciona en una serie de actos articulados de que se encargan otros tantos productores distintos. Y una vez consolidado como una práctica necesaria y corriente, ese desmenuzamiento de la técnica, sólo posible desde que muchos obreros se congregan en el mismo taller o bajo una misma dirección, implica a su vez como una necesidad el crecimiento de la unidad industrial: toda opera-

ción técnica importante debe hacerse en grande escala, por grupos numerosos de hombres, que, en el mismo taller o en locales separados, trabajan en esa nueva relación económica de interdependencia recíproca y calculada.

La división del trabajo en la manufactura sirve aún de modelo para todas aquellas partes de la producción en que se trabaja con simples herramientas. Los grandes mataderos de América han descompuesto en numeroso grupo de ocupaciones el antiguo oficio de carnicero. Antes conocía éste en todos sus detalles la operación de carnear, y, con uno o dos ayudantes, era capaz de matar un novillo y preparar su carne para el expendio; necesitábase entonces un aprendizaje de 3 a 5 años para llegar a ser un carnicero idóneo. En Chicago, las grandes casas de empaque de carnes dividen ahora la misma tarea entre 230 hombres. Se ha ramificado mucho más allí el oficio del carnicero, que en los países más adelantados el arte cirujano. Un hombre mata las reses, a razón de 80 por hora, golpeándolas en la nuca; otro les fija un gancho en la pata, para que otro las cuelgue de una rueda, que, corriendo por un riel descendente, lleva la bestia sacrificada ante la larga fila de trabajadores dispuestos a despedazarla. Hay allí quien no hace más que romper piernas, quien se ocupa sólo de arrancar el epiplón, quien no corta más que la lengua; únicamente en la piel trabajan nueve distintos operadores con ocho categorías de salarios. Un hombre de 20 centavos por hora desuella la cola, otro de 22 y medio desprende el cuero, ya más valioso, de partes fáciles de pelar, el de 40 centavos separa la piel de las nalgas, los de 50, la de las regiones más delicadas. Así organizados en cuadrilla, 230 hombres, la mayor parte de los cuales pueden aprender su maniobra en una semana, matan y preparan para el mercado 105 reses por hora, de las cuales todo se aprovecha.

* * *

Al descomponer la elaboración de cada producto en una serie de actos manuales simples, la división del trabajo en

la manufactura preparó el advenimiento de las máquinas; si los medios de trabajo determinan en general las relaciones de los hombres en la producción, éstas pueden a su vez orientar la evolución de los medios de trabajo.

Y con las máquinas, las ocupaciones se han diversificado y entrelazado aún más. La producción mecánica implica mayor número de operaciones separadas y de manos distintas en cada proceso de trabajo. Recordemos los ejemplos tomados del informe norteamericano sobre el trabajo a mano y a máquina.

Notamos entonces cuánto tiempo se ahorra en la producción con el empleo de los modernos medios mecánicos. Notemos ahora que esta aplicación exige el análisis más detallado del proceso de trabajo en sus actos sucesivos, y la síntesis de las actividades técnicas, diferentes y asociadas, de mayor número de individuos en una misma unidad industrial. En la producción de ladrillos a mano trabajan juntos 21 hombres para realizar 12 operaciones distintas; en la misma producción a máquina, los hombres eran 119 y las operaciones 15. Un hombre hacía las mesas a mano, mientras que para hacerlas a máquina tuvo que dividirse el trabajo entre 10. Otros ejemplos de la misma fuente son aún más demostrativos del crecimiento de la unidad industrial impuesta, como una necesidad, por el desarrollo de la técnica. Dos hombres, ejecutando a mano 11 operaciones distintas, hacían 10 arados en 1180 horas, cuando para fabricarlos a máquina en 97 operaciones distintas, bastaban 37 ½ horas de trabajo humano, y para llegar a este resultado se habían saciado los esfuerzos de 52 productores. En la confección de 100 pares de botines, 2 hombres, ejecutando 83 operaciones, empleaban 1436 horas de trabajo; a máquina se hacían en 154 horas, dividiendo el trabajo en 122 operaciones distribuídas entre 113 trabajadores. Así en las fábricas de ropa de Nueva York 39 personas intervienen en la confección de una casaca, desde la que corta el paño hasta la que corta los ojales, la que los guarnece, la que

marca los botones y la que los cose. Pero calcular el número de los que realmente han intervenido en la producción de la casaca sería una operación muy larga y complicada. ¿Cuántos hombres han cooperado directamente con sus brazos o indirectamente con sus productos, al cuidado de las ovejas y la producción de la lana? ¿Cuántos en el lavado, el batido, el peinado o el cardado, el hilado, el tejido y el teñido de la lana? ¿No será ésta mezclada, producida parte en Sud América, parte en Sud Africa? ¿Y la legión de los que por tierra y mar han transportado la lana, el hilado, el paño y la casaca, hasta poner ésta en manos de quien la va a usar? ¿Y los comerciantes cuya intervención haya sido necesaria para combinar todo eso? ¿Y los edificios, las vías y las máquinas necesarios desde el corral y la máquina de esquilar hasta el depósito y el guinche del puerto? ¿Cuántos hombres han intervenido, directa o indirectamente en su construcción? ¿Cuántos en la producción del carbón o la fuerza? Y los accesorios de la casaca, sus forros de algodón, producto de uno de los más importantes y ramificados trabajos del hombre, el hilo para coserla, producto de un grupo industrial de 125 personas; los 85 hombres que fabricaron los botones, los 50 que hicieron las agujas, los que proveyeron a los sastres de tijeras y de máquinas? Un mundo entero ha especializado y asociado sus esfuerzos para producir la casaca, lo que no sería posible sin otra especialización análoga para la producción del pan.

Tal es el resultado de la técnica moderna. Los nuevos medios de trabajo han determinado estas nuevas relaciones económicas, estas nuevas vinculaciones de los hombres en la producción. Con los modernos medios de transporte, a cuya atención está destinado inmenso ejército de trabajadores, todo circula, todo cae dentro del mercado, siempre abierto, cada día más universal. Lo mismo cruzan el Océano el carbón que los diamantes. El comercio tiende a abarcarlo todo a cualquier distancia, y, apenas producidas, mezcla las mercaderías del mundo en un solo montón. El pan de trigo

americano es más barato en Londres que en Nueva York, en Bruselas que en Buenos Aires. La parte de lo producido que lo es para el cambio, crece y tiende a confundirse con el total. Mediata o directamente, sépanlo o no, cada pueblo y cada individuo tiende a ensanchar la zona geográfica de su influencia, a entrar en relaciones económicas con una parte absoluta y relativamente creciente de la Humanidad.

* * *

¡Qué lejos estamos de la división del trabajo en la familia! A esta altura del desarrollo de las fuerzas productivas, la manufactura y la industria mecánica se apoderan de gran parte de las tareas caseras de otros tiempos y las centralizan en establecimientos donde numerosos productores cooperan a su realización. El trabajo coordinado en grupos de personas extrañas entre sí se substituye a la vieja cooperación de familia, y en gran parte la suprime. Y al mismo tiempo, al separar y clasificar los esfuerzos sucesivos necesarios para producir las cosas, la industria moderna ofrece a personas de muy diferentes edades y a los sexos ocupaciones adecuadas a su capacidad y a sus fuerzas.

De ahí el creciente número de mujeres ocupadas fuera de su casa en la producción moderna. Ya en la Edad Media hubo gremios de mujeres organizadas en París y otras ciudades europeas; se las admitía en todo caso, en los gremios respectivos, y eran especialmente numerosas en los de la industria textil y el comercio al menudeo. En 1938, dice Buecher, de las 11 oficinas de cambio que había en Francfurt, 6 estaban en manos femeninas. Una mujer era arrendataria del impuesto sobre las telas de hilo, y otra cuidaba de la balanza de la ciudad. Pero ha sido, sobre todo, de un siglo a esta parte que el desarrollo económico ha llevado a la mujer a la oficina y a la fábrica. Según la última estadística, en 1905 tenía Francia 1.869.000 obreras, de las cuales 1.578.000 en la industria textil y del vestido, 79.000 en la industria de la alimentación, 45.000 en la industria química y del papel, y otro tanto en la del cuero. Por cada obrero varón de la industria textil y del vestido había en Francia dos y media mujeres, en Bélgica dos y en Alemania una. Rápidamente crece en este gran país industrial el número de mujeres obreras. De 1895 a 1910 el número de fábricas que empleaban mujeres aumentó 52,1 %, y el de las mujeres que ocupaban 25,5 %, mientras que la población alemana no aumentaba sino 7,8 %; el mayor aumento se notó en la fabricación de máquinas, en la cual el número de obreras casi se duplicó en esos 5 años. Los censos de los Estados Unidos señalan también una extensión y diversificación crecientes en la ocupación de las mujeres. De 1870 a 1890 la proporción de trabajadores femeninos se elevó en la agricultura, pesquería y minería de 6,47 a 7,54 %; en los servicios profesionales, de 24,86 a 33,01 %; en el comercio y transporte, de 1,61 a 6,87 %; en las manufacturas e industrias mecánicas, de 14,44 a 20,18 %. En los servicios personales y domésticos disminuyó, al mismo tiempo, de 42,09 a 38,24 % la proporción de empleados mujeres. Las mujeres aparecen, pues, en menor proporción como sirvientes, lavanderas y enfermeras, e invaden, en cambio, otras ocupaciones más agradables o elevadas; en 1890 formaban 4,29 % de los chacareros, cultivadores e inspectores agrícolas; 48,08 % de los artistas y profesores de artes; 55,54 % de los músicos y profesores de música; 70,84 % del profesorado general; 16,93 % de los tenedores de libros, dependientes y vendedores; 16,23 % de los telegrafistas y telefonistas; 48,45 % de los encuadernadores; 50,12 % de los cartoneros; 18,60 % de los relojeros, 53,69 % de los obreros del algodón; 59,28 % de los de la seda; 43,36 % de los de la lana; 39,95 % de los del caucho; 32,21 % de los del papel, y una fuerte proporción del personal de muchas otras industrias.

* * *

Al extenderse y consolidarse el mercado internacional, se han acelerado la diversificación de la industria y su concentración en establecimientos cada vez más grandes.

En 1848, la estadística industrial de París distinguía 325 especies de talleres y fábricas. El censo industrial de Alemania, levantado en 1875, clasifica ya 1600 clases diferentes de explotaciones industriales, que en el censo de 1882, sin comprender el comercio, ni el transporte, se elevaban a 4785 denominaciones industriales diferentes, un tercio tal vez de ellas representadas por los diferentes nombres de una misma industria, lo que reducía a unos dos tercios de la cifra dada el número real de las distintas ramas industriales. Sólo en la metalurgia, sin incluir los altos hornos, las grandes fraguas, las fábricas de fundición, de laminación, de acero y de refinación, contábanse 1248 distintas especies de explotación industrial; la elaboración de aleaciones y mezclas se hacía en 112 clases de fábricas; la fabricación de máquinas de hilar y de tejer estaba dividida entre 73 categorías de establecimientos; la de máquinas en general entre 239; la de instrumentos metálicos de música comprendía 53 especialidades. El censo industrial de 1895 ha mostrado una subdivisión mucho mayor aun de la producción industrial en Alemania.

* * *

Al mismo tiempo que se desarrolla esta especialización, la fábrica se agranda, la unidad industrial crece y disminuye el número de establecimientos industriales en relación a la masa de los productos y al número de trabajadores; la industria se concentra, como la estadística de todos los países lo demuestra. De 39.000 molinos de harina que había en Alemania, 8.400 han desaparecido en 10 años, a pesar del rápido aumento de la población, inutilizados por un corto número de nuevos y grandes molinos modernos. Hace veinte años las mayores empresas industriales de aquel país ocupaban de 5 a

6 mil trabajadores, la gran casa Krupp 10.500. Ahora emplea esta firma 60.000 hombres, y existen colosales empresas mineras cuyo personal obrero llega a 30.000 trabajadores; dos de ellas cuentan hoy con un personal tan numeroso como toda la minería alemana de carbón en 1860.

Desde el año 1870 hasta el de 1896 el número de obreros ocupados por cada empresa de la industria textil en la Gran Bretaña se elevó de 120,3 a 136,4. Entre los años 1868 y 1890, el número de fábricas de la industria algodonera inglesa bajó 0,43 %, mientras que el número de husos, el de telares y el de obreros aumentaron respectivamente 39, 62 y 32 %.

País nuevo, cuya población en rápido aumento se ha extendido durante el siglo 19 en un territorio inmenso, por la incesante agregación de nuevas granjas y nuevos hogares yuxtapuestos a los ya establecidos en los límites del desierto, país donde ha florecido la vida del pioneer, y ha sido alta la proporción de gentes provistas de recursos suficientes para intentar establecerse en la industria como productores autónomos, los Estados Unidos parecerían ser el campo más propicio para la descentralización industrial. Pues bien: más que la fuerte aspiración nacional a la independencia de los individuos ha podido el progreso técnico, que impone como necesidad el crecimiento de la unidad industrial. La serie de los censos nacionales, levantados regularmente cada diez años en aquel país, muestra que de 1850 a 1900 el número de establecimientos industriales ha crecido mucho más lentamente que el valor total de sus productos, y como durante ese medio siglo el precio de los productos industriales en general bajó considerablemente, mayor aun tiene que haber sido el crecimiento relativo de la masa de los productos elaborados por cada establecimiento. Es decir, de año en año, la unidad industrial media ha ocupado más obreros, ha dispuesto de mayores medios de trabajo, ha gastado más materia prima.

CRECIMIENTO DE LA UNIDAD INDUSTRIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

CENSO DE	1850	1860	1870	1880	1890	1900	1910
Número de establecimientos industriales . .	123.025	140.433	252|148	253.852	355.415	207.562	270.082
Valor del producto anual (en millones de pesos). . .	1.019	1.887	4.232	5.365	9.372	11.411	20.767

Las cifras de los censos prueban que la concentración avanza sobre todo en las ramas más importantes de la industria.

En 1880 la industria de la lana estaba representada por 2.689 empresas, número que se redujo a 2.489 en 1890, y ha descendido a 2.335 en el año 1900. Excluídas las fábricas de tejidos de punto, la concentración en la industria lanera resulta aún más rápida: 3.208 fábricas en 1870 y 1.414 en 1900. Al mismo tiempo, el capital invertido en esta industria había subido de 121 a 310 millones de pesos.

La industria algodonera ha pasado por una centralización interrumpida solamente en los últimos años por el nacimiento y rápido desarrollo de esta rama de la producción en los Estados del Sud, donde hace 20 años no existía. He aquí el número de establecimientos de esta industria:

NÚMERO DE LAS FÁBRICAS ALGODONERAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Años	1840	1850	1860	1870	1880	1890	1900
	1240	1094	1091	956	756	905	973

Entretanto, el capital invertido en estas fábricas había subido de 51 a 460 millones de pesos, y las fábricas se habían agrandado tanto que el número de los husos se había elevado de 2 a 19 millones, y los telares, que en 1860, cuando se les

contó por primera vez, eran 126.000, llegaban a 450.000 en el año 1900.

Considerando en su conjunto la industria textil de los Estados Unidos, encontramos que su capital de 112 millones en el año 1840, pasó a ser de 1.042 millones en 1900, mientras que el número de sus explotaciones aumentó solamente de 3.025 a 4.312, más o menos 30 por ciento. El número de asalariados empleados en esa industria aumentó en cambio 336 % entre los años 1850 y 1900.

De 1.118 a 921 bajó el número de establecimientos de la industria de la carne en los Estados Unidos durante la última década del siglo pasado. El capital invertido en ellos subió al mismo tiempo de 116 a 189 millones.

Los molinos harineros se multiplicaron en Norte América hasta 1870; diez años más tarde su número empezó a disminuir, mientras crecía siempre el capital de la molinería. Gracias a esa concentración ha podido producirse cantidad mucho mayor de harina, al mismo tiempo que los trabajadores empleados en esa industria disminuían de 57.795 en el año 1870 a 36.419 en 1890.

En la fabricación de maquinaria agrícola, pasada la época inicial, en que los establecimientos se multiplican, el número de éstos baja de 2.116 en 1860 a 2.076, 1.943, 910 y 715, respectivamente, al fin de cada una de las décadas siguientes.

Idéntico proceso de centralización de la producción en grandes establecimientos acusan los censos norteamericanos en la fabricación de pianos, en la de agujas y alfileres, en la cerámica, en la cervecería.

Que en general sigue adelante la concentración de la industria, pruébanlo también los datos de una reciente estadística oficial, publicada en Wáshington, acerca de la evolución industrial del Estado de Nueva Jersey. De 1900 a 1905 se ha producido allí un aumento de:

9 % en el número de fábricas;
50 % en su capital;
25 % en el número de trabajadores en ellas empleados;
40 % en su producto total.

Cuando una rama de la producción se ha concentrado ya en grandes empresas, tienden éstas a combinarse y centralizarse aún más, en sindicatos que, unificando la administración, consiguen producir más barato. Y el sindicato que llega a comprender en su seno todas, o aproximadamente, las grandes fábricas de una rama de la producción, realiza el más alto grado de organización del trabajo hasta ahora alcanzado. Tales son los *trusts* que en Alemania dominan la minería, la metalurgia y la industria eléctrica, y en Norte América, cuya evolución es más rápida, se han apoderado ya de casi todas las ramas importantes de la industria.

Según el anuario neoyorquino de Moody, que se ocupa de las sociedades por acciones, desde el 1º de enero de 1899 hasta el 1º de septiembre de 1902, habíanse formado en los Estados Unidos 82 trusts que movían cada uno por lo menos un capital de 10 millones de pesos. Poderosas corporaciones dominaban, en todo el país o en gran parte de él, la producción de abonos químicos, azúcar de remolacha, bicicletas, bronce, hojalata, cigarros, cuero, hielo, locomotoras, arados, empaque de carnes, caños de cloaca, vidrios de ventana, lana, papel de escribir, papel de envolver, zapatos de goma, calzado en general, madera, aparatos fotográficos, maquinaria agrícola, asfalto, hilo de algodón, ferretería, cerveza, jabón, etcétera. El 1º de enero de 1903 una lista levantada por el diputado Littlefield del Estado de Maine, basada en las estadísticas oficiales, comprendía 52 trusts de un capital no inferior a 50 millones cada uno.

Encabezaba la lista el colosal trust del acero con 1.400 millones de pesos, formado por la fusión de diez grandes compañías, que habían ya unificado bajo su administración altos hornos y talleres, diseminados en los Estados de Massachusetts, Illinois, California, Ohío, Michigan, Indiana, Kansas, Pensilvania, Nueva York, Wáshington y Minnessota, y algunas de las cuales poseían minas de hierro, de carbón y de estaño. El trust del acero, que desde su fundación manejó el trabajo de 168.327 asalariados, dispuso también desde un principio de 149 fábricas de acero, capaces de producir al

año 3 millones de toneladas de productos concluídos, de 78 altos hornos, de 17.000 hornos de coke, de 36.000 hectáreas de otras tierras, de más del 70 % del mineral de hierro de la región del lago Superior, de una flota de 125 buques en los grandes lagos, y 800 kilómetros de vía férrea. Apenas constituído, se puso a englobar otras grandes empresas y adquirir nuevas minas de hierro y de carbón, con lo que ha acrecentado aún más su capacidad de producción; en 1901 producía ya más del doble del hierro fundido que produce Francia, y su producción de acero representaba entonces el 66 % de la producción total norteamericana. Organización tan gigantesca no encuentra suficiente campo de acción en los límites de su país, aunque sea tan extenso, y vemos al trust del acero estudiando la explotación de minas de hierro en la India, proveyendo de material rodante al ferrocarril de Moscú a Port Arthur y tomando parte en la construcción del ferrocarril a Bagdad.

Aun cuando llegan al monopolio, esas conglomeraciones de grandes empresas afines en una sola y más vasta unidad industrial significan un gran proceso económico. Unificándola, esos sindicatos simplifican la administración y permiten el mayor desarrollo posible a las capacidades técnico-económicas de que disponen. Una vez constituídos, suprimen o cierran las fábricas anticuadas, para dar tanto mayor impulso a las mejor instaladas y situadas; en una investigación oficial norteamericana, de 33 sindicatos industriales interrogados al respecto, 17 declararon haber cerrado algunas de las fábricas; el trust del whisky, formado por 80 destilerías, desarmó inmediatamente 48 y al año sólo tenía en actividad 12, con las cuales producía más whisky que antes las 80 fábricas juntas; el trust del azúcar consiguió lo mismo, parando 3 de cada 4 refinerías.

Satisfaciendo los pedidos de productos con los de la fábrica más próxima, evitan los trusts en grandísima escala transportes inútiles, que gravan a los establecimientos incoordinados, sin determinado radio de acción. Por ese doble concepto reducen ya los sindicatos considerablemente el costo

de producción. Tienen éstos, por otra parte, una inmensa superioridad técnica, pues la extensión de sus operaciones les permite desarrollar al máximum los medios de producción ¿No ha establecido el trust del petróleo en los Estados Unidos una vastísima red de tubos y de tanques para la distribución de su producto principal por un inmenso territorio y su transporte hasta los puertos de embarque?

Empresas grandiosas se constituyen para proveer a un gran país o al mundo de artículos de consumo relativamente insignificantes. Así también residuos que son un estorbo para las fábricas ordinarias, tienen todos valiosa aplicación cuando, como en las grandes unidades industriales, se concentran en grandes masas. Para elaborarlos, industrias nuevas nacen en las manos de los sindicatos, así la fabricación de lubricantes por el trust del petróleo.

La coordinación del trabajo por los trusts se extiende como hemos visto, más allá de los límites de una sola industria, pues en su más alto grado de desarrollo, los sindicatos combinan y articulan bajo una dirección común la serie de procesos necesarios para la producción, desde la extracción de la materia prima hasta la fabricación de los envases. El trust del petróleo ha llegado aún a promover la invención y dirigir la fabricación de nuevos modelos de lámparas y calentadores.

De esta manera extienden los grandes sindicatos su influencia reguladora hasta la esfera del consumo, en el que influyen también uniformando las condiciones del expendio de sus productos, para lo cual imponen a los comerciantes normas invariables de envase, medida y precio.

* * *

¿Realízase también en la agricultura la concentración y la organización del trabajo en vastas unidades, proceso que encontramos ya tan avanzado, y todavía tan progresivo, en la industria, el transporte y aun el comercio por menor? Desde que el producto agrícola entra en circulación, cae bajo el dominio de los elevadores de granos, de los frigoríficos, de los ferrocarriles y líneas de vapores, grandes empresas que

centralizan el almacenamiento, la conservación y el transporte de los productos de infinidad de unidades o establecimientos agrícolas. Pero ¿tienden estos mismos a fusionarse en unidades más grandes, tienden a disminuir en número y a crecer?

Observamos desde luego que en Norte América, donde la preparación y el comercio de la carne, la leche, la fruta y las pieles están ya centralizados por grandes sindicatos, no hay ni ha habido hasta ahora un solo trust que pretendiera aplicarse directamente a la producción agrícola. Esta queda en las chacras, cuyo número aumenta por subdivisión y a medida que nuevas zonas se abren al cultivo.

La extensión media de la chacra norteamericana que en el año 1850 era de 203 acres, había bajado a 136,53 acres en el año 1890, y ascendido a 146,16 acres en 1900, para descender de nuevo a 138,14 en 1910. La línea es más regularmente

NÚMERO Y EXTENSIÓN DE LAS CHACRAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

CHACRAS	1890	% del total	1900	% del total	1910	% del total
De menos de 3 acres	150.194	8,28	41.385	0.71	18.033	0,30
„ 3 acres y menos de 10			225.844	3,93	817.010	4,99
„ 10 „ „ 20	265.550	5,31	406.641	7,08	504.123	7,92
„ 20 „ „ 50	902.777	19,77	1.257.496	21,73	1.414.876	22,20
„ 50 „ „ 100	1.121.485	24,56	1.366.038	23,63	1.438.069	22,55
„ 100 „ „ 500	2.008.694	44,00	2.290.282	39,91	2.497.461	39,20
„ 500 „ „ 1000	84.395	1,84	102.526	1,77	125.295	0.78
„ 1000 acres o más	31.540	0,69	47.160	0,81	50.185	0,78
Número total de chacras ..	4.564.641		5.737.372		6.361.502	
Superficie total de las chacras (en acres)	623.218.619		638.591.774		878.798.325	
Superficie total cultivada (en acres)	357.616.755		414.498.487		478.451.750	
Superficie media de la chacra (en acres)	136,53		146,16		138,14	
Superficie cultivada media de la chacra (en acres).	78.34		72,24		75,21	

descendente si se considera sólo la superficie cultivada media de la chacra. Y mientras las cuatro categorías de más pequeñas unidades agrícolas suman 28,86, 33,45 y 35,41 % del total de las explotaciones agrícolas en los censos de 1890, 1900 y 1910, respectivamente, las dos categorías siguientes, las de las chacras de 50 a 500 acres, es decir, de 20 a 200 hectáreas, bajan en conjunto en ese mismo tiempo, de 68,56 a 63,54 y 61,75 % del número total de las chacras.

En Europa, donde la superficie cultivada no aumenta como en América, obsérvase la misma tendencia. Desde 1862 hasta 1882 el número de las explotaciones agrícolas de 5 a 10 hectáreas de superficie había aumentado en Francia 24 %, y 14,28% el de las de 10 a 40 hectáreas; las explotaciones mayores no ocupaban más de 1/5 a 1/6 del territorio. Y la estadística de 1892 ha señalado un nuevo aumento, de 30.000 unidades agrícolas, con disminución del número de los de 10 a 40 hectáreas, lo que acentúa aún más la descentralización de la producción.

También en Alemania, lejos de concentrarse la explotación agrícola en grandes empresas, se multiplican y abarcan en conjunto una extensión creciente las unidades agrícolas bastante grandes, y no más, para ocupar completamente y dar medios de vida a una familia campesina. He aquí cómo se distribuían 100 hectáreas de la superficie agrícola alemana según los censos del trabajo levantados en aquel país en los años 1882, 1895 y 1907:

Establecimientos Agrícolas de	1882	1895	1907	Aumento (+) Disminución (—)	
menos de 2 hectáreas	5,73	5,56	5,4	—0,33	
2 a 5 „	10,01	10,11	10,4	+0,39	+ 4,35
5 „ 20 „	28,74	29,90	32,7	+3,96	
20 „ 50 „	22,52	21,87	21,4	—1,12	
50 „ 100 „	8,57	8,48	7,9	—0,67	
100 „ 200 „	4,77	4,75	4,7	—0,07	— 4,02
200 „ 500 „	9,92	9,57	9,4	—0,52	
500 „ 1000 „	7,52	7,40	6,5	—1,02	
1000 y más „	2,22	2,46	1,6	—0,62	

Las explotaciones más pequeñas, de menos de 2 hectáreas, que cubren en conjunto una superficie cada vez menor, aumentan en número, doble indicio de que, en general, se empequeñecen aún más. Entre ellas figuran minúsculos huertos de obreros, artesanos y empleados inferiores, cuya ocupación principal no es la agricultura, así como los pequeños prados de algunos carreros y cocheros, junto con cultivos altamente intensivos de legumbres, frutas, semillas, etc. Nada puede inducirse, pues, respecto de la productividad de estos últimos, de la reducción en superficie sufrida en su conjunto por esta categoría de unidades agrícolas tan heterogéneas, como tampoco tiene en ese sentido gran significado un aumento ocasional de la superficie que abarca las más grandes propiedades, destinadas muchas veces a parques y campos de caza, o tenidas con fines de especulación, incultas en la mayor parte de su extensión.

En la Gran Bretaña, país clásico de la concentración de la propiedad territorial y de la producción agrícola, las explotaciones agrícolas de 2 a 120 hectáreas aumentaron en número durante la década 1885-1895, disminuyendo al mismo tiempo las de mayor extensión.

En Bélgica y Holanda, donde es popular el arte de transformar en jardines los médanos, asistimos a una evolución idéntica, aun más acentuada. El número de los propietarios de tierra ha aumentado en Bélgica de 201.226 en el año 1846 a 293.524 en el año 1880, y el de los arrendatarios, de 371.320 a 616.872. En Holanda, a pesar de que los pastos para la producción de queso y manteca ocupan más de la mitad del suelo, las cifras no son menos significativas: de 1884 a 1902, las unidades agrícolas de 1 a 50 hectáreas aumentaron de 146.671 a 163.676, mientras que las más extensas sufrieron una ligera reducción en número.

Según las cifras oficiales, los campesinos de la Polonia rusa han extendido, por compra, en 40 años (1864-1904) su esfera de acción hasta formar 95.772 unidades agrícolas nuevas, pudiendo suponerse un aumento mayor de éstas, porque en

realidad no se respeta la prohibición legal de reducir las heredades a menos de 3 hectáreas, y las subdivisiones ilegales no se registran.

Parece, pues, que en toda Europa la unidad agrícola tiende a reducirse en superficie y a ocupar un número de brazos menor.

* * *

¿A qué se debe en la agricultura esta evolución inversa de la que universalmente se observa en la industria?

Podría atribuirse a la competencia americana en la producción de cereales y carne el empequeñecimiento de la unidad agrícola europea, y a la necesidad de reducirla para adaptarla a cultivos más especiales. Pero también en América se descentraliza la agricultura, y en su conjunto aumenta la producción europea de cereales y carne. Hay que ver el motivo de la descentralización agrícola en la necesidad de intensificar la producción.

Vimos que, por ser ambulante el trabajo agrícola, el peso de los aparatos de cultivo y el personal que sirve a cada uno de ellos deben mantenerse dentro de muy reducidos límites, y que otras circunstancias de orden técnico impiden llevar muy lejos en la agricultura la división del trabajo. Faltan, pues, en ella las bases de las grandes aglomeraciones cooperativas que se forman en la industria. No es posible tampoco distribuir bien el esfuerzo agrícola por toda la superficie explotada sin que se diseminen los trabajadores por esa misma superficie; si éstos se amontonan en una casa de labor central, distante necesariamente de los campos, todas las operaciones agrícolas se encarecen por transportes inútiles, y tanto más cuanto mayor sea la superficie que dependa de una misma casa y más intenso el cultivo, cuanto más se restituya al suelo, en forma de abonos, lo que se le quita en las cosechas, y más abundantes sean éstas. Por eso los latifundios argentinos de miles de hectáreas no sirven sino para criar ganado salvaje; por eso en los grandes cortijos de Andalucía, donde los obreros y las yuntas llegan cansados al campo en que han de hacer el trabajo, la agricultura es miserable y grandes extensiones quedan incultas, aunque vive en la mayor escasez la considerable población aglomerada en los pueblos, alrededor de los cuales y en la inmediata vecindad de las casas de labor está todo el cultivo con abonos.

Para la mayor eficacia de su labor, los trabajadores agrícolas necesitan, pues, establecerse en el campo, en pequeños grupos, cada uno de los cuales constituye una unidad productiva autónoma. Y ese grupo tiende a reducirse a los individuos que componen una familia. Así es como el intercambio entre el hombre y el suelo se hace más continuo y completo; buena parte de los productos agrícolas son consumidos en el lugar de su producción, y los mismos residuos de la vida humana pasan a ser factores de riqueza. La pequeña unidad agrícola, a la vez casa, taller y despensa para el labrador y su familia, realiza condiciones normales de vida que estimulan la atención y el esfuerzo del cultivador. ¡Cuánto más ama la tierra el campesino francés, o el alemán, que el gañán andaluz, secuestrado de su familia, a cuya casa no va sino cada 15 días o cada mes, a mudarse de ropa, si consigue permiso para "la vestida"!

Como la técnica, la economía agrícola está directamente supeditada a las leyes de la vida. Para extender, como para intensificar el cultivo del suelo, es preciso incorporarle mayor cantidad de trabajo humano, es necesario que aumente la población trabajadora del campo, y ésta no puede agregarse nuevas familias sino sobre la base de nuevos establecimientos, a la vez haciendas y hogares. A esto responden los millones de nuevas unidades agrícolas que aparecen en el mundo.

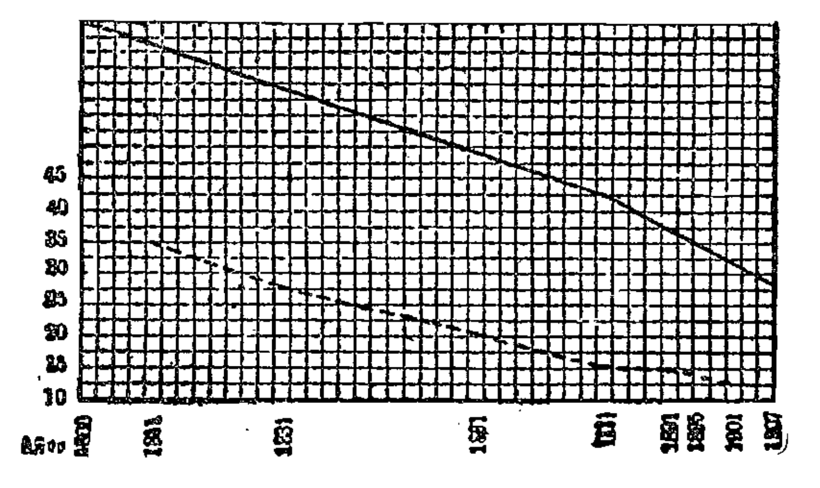
* * *

En Europa la industria tiende a ocupar una parte creciente de la población laboriosa, y la concentración de la industria en las ciudades determina hacia éstas un éxodo de los habitantes del campo. A este aumento proporcional de

la población urbana, contribuyen también la extensión y la frecuencia de las relaciones económicas, pues en las ciudades están los centros coordinadores del comercio y del tráfico. La población rural y la agrícola forman, por ahora, una parte decreciente de la población total, corriente histórica patentizada para dos grandes países industriales por los dia-

LA POBLACIÓN AGRÍCOLA DE ALEMANIA Y DEL REINO UNIDO CON RELACIÓN A SU POBLACIÓN TOTAL

(La línea continua se refiere a Alemania)



gramas siguientes, construído el de Alemania con una apreciación numérica de Conrad para principios del siglo 19 y los datos de los censos del trabajo de los años 1882, 1895 y 1907, y el de la Gran Bretaña e Irlanda, según los censos del trabajo levantados en los años 1811, 1831, 1861, 1881, 1891 y 1909. Tanto los censos británicos como los alemanes comprenden en el mismo renglón la población que vive de la agricultura, la jardinería, la ganadería, los bosques y la pesca. Estos últimos ramos toman un porcentaje muy pequeño del total de la población, y como dicho porcentaje decrece proporcionalmente mucho menos que el de la población agrí-

cola propiamente dicha, la disminución proporcional de ésta es mayor aun de la que indican los diagramas.

Idéntica evolución se observa en los otros países progresivos de Europa. En el cantón suizo de Zurich eran agricultores en los años 1529, 1775 y 1890, respectivamente, 85, 33 y 27 % de los trabajadores en general. Hasta en los Estados Unidos decrece ya proporcionalmente la población agrícola, que en 1880 era todavía 44,3 % de la población total y ha bajado a 35,7 % en el año 1900, al mismo tiempo que la población industrial subía de 21,8 % a 24,4 %, y la ocupada en el comercio y el transporte, de 10,7 % a 16,4 %.

* * *

El progreso técnico ha restringido en cierta manera los trabajos propios del campo. Desde luego ha hecho superfluos ciertos productos agrícolas. ¿Para qué cultivar el añil ni criar la cochinilla desde que la química saca a menor costo del alquitrán colores magníficos? Los aceites y grasas minerales substituyen a los de origen orgánico en muchas de sus aplicaciones; la cría del caballo, y, como consecuencia, la producción de forrajes, pierden terreno cuando aprendemos a manejar energía motriz en otras formas.

Suprime también la industria para la población del campo los trabajos accesorios caseros con que llenaba ésta en su mayor parte sus propias necesidades de artefactos y proveía de algunos al mercado local y general. Tiende a desaparecer de las cabañas europeas la elaboración de hilados y tejidos de lana y de hilo, encajes, tejidos de punto, alfombras, sombreros de paja, cordelería, que tanto desarrollo tomó en ellas en los siglos 17 y 18, y se conservó con vigor durante la primera mitad del siglo 19.

La fabricación de maquinaria agrícola y la de abonos industriales, contribuyen a que menor número de hombres sea suficiente para las tareas del campo. Y entre éstas no se cuenta ya tampoco la elaboración para el mercado de ninguna de las materias primas de origen agrícola. Ha pasado

el tiempo en que el campesino hacía fermentar y destilaba granos; la fabricación de aguardiente, de almidón y de azúcar se concentra en grandes establecimientos; el trapiche desaparece; a ningún productor norteamericano de cerdos se le ocurre preparar un jamón para el mercado; la crema viaja en ferrocarril hasta 300 kilómetros hacia las fábricas de manteca de Buenos Aires.

* * *

Pero que disminuya proporcionalmente en Europa la población agrícola, no significa que en el mundo una porción creciente de los hombres deje los trabajos del suelo, ni mucho menos que la población no agrícola seguirá siempre proporcionalmente en incremento.

En la misma Europa, si la población agrícola disminuye respecto de la población total es en parte porque, desprendiéndose de ocupaciones accesorias, se hace cada día más específicamente agrícola, de modo que menor número de campesinos pueden efectuar la misma con mayor cantidad de trabajo propiamente rural. Al mismo tiempo decenas de millones de hombres se han puesto a criar animales y roturar el suelo en Norte América, en Australia, en Sud Africa; y, como si la enorme producción de las tierras nuevas no bastara, se importan trigos de Rusia y de la India y algodón de Egipto a la Europa Central y Occidental, que. entregada a sus propios recursos, no tendría suficientes alimentos ni materias primas.

Los modernos medios de transporte han permitido esta división geográfica del trabajo, gracias a la cual la industria se concentra donde está el hierro, la fuerza motriz y la población densa y educada, y la agricultura se desparrama a los cuatro vientos, en busca de las tierras abiertas y más fértiles. Así en España, donde florece naturalmente el alcornoque, tiene siempre su asiento la producción del corcho, pero su elaboración industrial pasa cada día más a Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, que tienen más líquidos que embotellar, organizan mejor el trabajo y disponen de mejores máquinas.

Aun admitiendo que, por ahora, gracias a la fertilidad y fácil cultivo de los nuevos campos roturados, la producción agrícola requiera proporcionalmente menos tiempo humano de trabajo, esta tendencia tiene que conducir necesariamente a la opuesta, una vez que, ocupadas todas las tierras vírgenes, sea necesario proveer de alimento y materias primas a la población inmensamente acrecida de las ciudades. Para intensificar el cultivo, deberá invertirse entonces la corriente de la población, que será absorbida en mayor proporción por la agricultura que por la industria. ¿Y cómo dudar de que, para sacar mayor fruto del suelo, esa creciente población agrícola se distribuya en un creciente número de explotaciones autónomas? En Dinamarca, íntimamente vinculada por el comercio a los países más adelantados, el estadígrafo y agrónomo Jensen ha estudiado detalladamente la producción de los establecimientos agrícolas, después de dividirlos en 16 categorías según su extensión; reduciendo las medidas a hectáreas, y a 5 las categorías, los resultados son los siguientes:

	ESTABLECIMIENTOS DE				
	menos de ½ hect.	½ a 4½ hect.	4½ a 18 hect.	18 a 71 hect.	más de 71 hect.
% del área total en praderas	0,7	2,4	2,9	5,0	5,6
% „ „ „ „ cultivo .	29,5	88,2	85,	79,1	52.3
% „ „ „ de tierra . utilizable que yace sin empleo	0,00	0,5	1,4	3,	9,7
% del área total cultivada que estaba sembrada el día del censo (julio 15 de 1896)	81,8	62,	58,	55,2	50,1
Número de vacas por 100 hec	63,6	75,5	43,6	31	19,3
„ „ cerdos „ „	569,6	90,6	46,8	34,2	17,5
„ „ ovejas „ „	287,9	48,3	41,3	28,7	12,2
„ „ gallinas „ „	17595	1148,4	360,2	176,8	45,9
„ „ patos „ „	670,9	51,	27,6	20,3	6,7
„ „ gansos „ „	67,3	9,4	7,8	4,6	2,
„ „ colmenas „ „	228	15,8	4,4	1,7	1,2

Lo que en Dinamarca, sucede en general en todas partes. Cuando más distribuída está la tierra entre la población trabajadora del campo, tanto más tiende el cultivo a cubrir toda su superficie, tanto más rápidamente se suceden las siembras y cosechas, en una activa rotación de cultivos diferentes, inteligentemente ordenados, tanto más se enriquece el suelo con abonos orgánicos, tanto más se extiende el cultivo de forrajes, para criar animales en una escala enormemente creciente. Y a todas estas ventajas, unen las pequeñas unidades agrícolas la capacidad de adaptarse mejor que las grandes a las circunstancias generales de la producción. En Dinamarca, por razones de clima y de comercio, el trigo es el menos conveniente de los cultivos cereales, y el mejor, la cebada. Pues bien, en la serie de 5 categorías de establecimientos agrícolas que hemos estudiado, clasificados según sus dimensiones y puestos en orden de extensión creciente, por cada 100 hectáreas de cebada se cultivaban, 5, 7, 12, 19 y 27 hectáreas de trigo, respectivamente.

Podemos creer entonces, que mientras no sepamos producir nuestro alimento por procedimientos químicos, para la necesaria intensificación del cultivo la producción agrícola se descentralizará cada vez más.

* * *

Y no dejan por eso de extenderse y consolidarse para el mundo agrícola las relaciones económicas entre los hombres. Por mucho que el campesino, comparado con el productor industrial, consuma sus propios productos, la mayor parte de éstos son para el mercado; al hacerse el trabajador rural más específicamente agrícola, sus productos toman en mayor proporción el carácter de mercancías, que necesita vender para adquirir con ese dinero los artefactos de consumo y medios de trabajo indispensables.

Dentro también de la agricultura, si bien en un grado mucho menor que en la industria, cúmplese la especialización. Un establecimiento cría el ganado, otro lo ceba; producimos

forrajes en América para la cría de animales en Europa, y de ésta recibimos cada año, para nuestros sembrados, tubérculos de papa, planta oriunda de América, mejorada en Europa por un cultivo especial, así como semilla de alfalfa, pura y elegida, para cuya producción aquí no tenemos arte o tiempo, aunque el cultivo ordinario de la alfalfa es en América mucho más importante que en Europa.

* * *

Y si la producción agrícola se descentraliza en manos de un número creciente de cultivadores autónomos, el progreso técnico determina entre éstos relaciones económicas nuevas, que hacen su esfuerzo más eficaz. Los campesinos se asocian para beneficiar, acondicionar y vender sus productos, para adquirir semillas, máquinas y abonos, para asegurarse mutuamente las cosechas y el ganado y aplicar sus ahorros en instituciones rurales de crédito.

La máquina desnatadora ha revolucionado la producción de la manteca; con ella puede beneficiarse con el mismo esfuerzo humano una cantidad de leche mucho mayor, y extraer la gordura mucho más completamente. Ese invento ha hecho, pues, de la preparación de la manteca una verdadera industria, centralizada en grandes establecimientos, cuya instalación es imposible para cada pequeño productor. Pero así que se hubieron inventado instrumentos prácticos y seguros para reconocer el grado de gordura de la leche, y que fué posible pagar ésta según su calidad a cada campesino y recompensarlo debidamente por la mejor raza y la mejor alimentación de sus animales, nació entre los pequeños productores la idea de asociarse para instalar sus propias fábricas de manteca. En 1882, Stilling Anderson fundó en Dinamarca la primera lechería cooperativa, y, desde entonces, esta clase de sociedades han prosperado en aquel país hasta el punto de transformarlo técnica y económicamente, y elevar mucho el bienestar del pueblo que, bajo un clima áspero e irregular, habita y cultiva aquel pobre suelo. El inteligente ejemplo danés ha

sido imitado por los campesinos de Suecia, Noruega, Finlandia, Francia, Irlanda, Alemania, Italia y Austria, y hoy existen en Europa miles de asociaciones de este género, que tanto contribuyen a higienizar la fabricación de la manteca, y, en general, el aprovechamiento de la leche, a mejorar la cría y el cuidado de las vacas, y a elevar en todo sentido a los productores agrícolas. Dinamarca ha dado también en los últimos 20 años los primeros modelos de asociaciones de campesinos para beneficiar cerdos y recolectar y vender huevos, cuya producción ha tomado más importancia desde que las mujeres del campo pueden dedicarle el tiempo que antes empleaban en preparar la manteca. Las máquinas agrícolas demasiado poderosas para poder ser empleadas con provecho en una pequeña extensión de tierra, son utilizadas en común por grupos de pequeños productores que se asocian para adquirirlas.

Las sociedades de campesinos para la producción, la compra o la venta, tienden a constituir grandes federaciones nacionales, cuyo poder es comparable al de los grandes sindicatos de la industria y el transporte, y que, como éstos, contribuyen a regularizar la vida económica uniformando las condiciones de la producción, fijando los precios, organizando en la más vasta escala el comercio internacional.

A pesar de las particularidades de su técnica, la agricultura entra, pues, de lleno en la gran evolución moderna que extiende, robustece, multiplica y enreda los lazos económicos que unen a los hombres. El más apartado y modesto agricultor, como el más parcelario trabajador de fábrica, forma parte de una organización productora y consumidora cada día más vasta, de la cual depende y a la cual alcanzan los resultados de su trabajo.

* * *

Dentro de ese gran plexo social, así como las cosas van a donde hace más falta, circulan los hombres en grandes corrientes que los llevan a donde su esfuerzo es más necesario. Las modernas migraciones humanas son, por su masa y las

distancias recorridas, las más grandes de la Historia. A las minas de Westfalia, cada una de cuyas empresas empleaba 85 trabajadores en 1852 y 1.520 en 1902, acuden cada año del Este del Elba, de Polonia, de Bohemia, multitudes en busca de empleo más productivo para sus brazos. De esa manera se ha formado allí una aglomeración de 300.000 personas no nacidas en el lugar, y que se renuevan continuamente; en los años 1900-02 salieron de las minas 351.444 trabajadores y entraron en ellas 414.551 nuevos obreros.

Pero ¿qué son esas migraciones dentro de Alemania o del continente europeo comparadas con la migración europea a América? En 1907 llegaron a los Estados Unidos 1.285.349 inmigrantes, y a la República Argentina, 289.000 en 1910. Y terminada la cosecha que los atrajo, reunida la pequeña suma que necesitaban, gran parte de ellos vuelven a su país de origen. La migración temporaria de trabajadores italianos, antes limitada a Suiza, Alemania, Francia y Austria, se extiende ahora a toda América. De Italia emigraron 787.977 personas en 1906, pero muchos miles de trabajadores volvieron ese mismo año al país. En los Estados Unidos se calcula que la emigración anual representa el 20 % de la inmigración; en la República Argentina, donde es más difícil tener techo y ocupación durante el invierno, la emigración se eleva en término medio, a pesar de la mayor distancia y de la mayor lentitud del viaje a Europa, a 41 % de la cifra de la inmigración.

Para el traslado de estas grandes masas humanas y su alojamiento provisorio, se ha organizado un vasto sistema de transportes, de hoteles, de agencias de información, nuevas actividades técnico-económicas a que se dedica un número de personas considerable y creciente.

No menos se ha activado en cada comuna, y sobre todo en cada ciudad, el tráfico de personas diario y local.

* * *

La división y la diversificación infinitas del trabajo humano, de las cuales es ésta una reseña incompleta y pálida,

no ha sido tampoco posible sin que otra categoría de hombres se ocuparan especialmente de lo que se refiere a la moneda. Era necesario perfeccionarla, imprimirle el movimiento más activo, evitar su inútil desgaste, recuento, transporte y atesoramiento.

A estos fines se han reemplazado en parte las costosas piezas metálicas con simples signos monetarios, que si el monto del valor que dicen representar no pasa del límite mínimo del total de las transacciones, son un numerario perfecto, más barato y más cómodo.

El depósito, el cobro y el pago de dinero se concentran en los establecimientos llamados bancos, empresas que reciben a crédito la moneda sin empleo en manos de sus tenedores para prestarla a su vez a quienes la precisan para operaciones actuales. Por medio de los bancos, que aceleran la circulación del dinero, con la misma cantidad de moneda pueden hacerse más transacciones. Ellos forman con los pequeños tesoros las grandes masas de moneda necesarias para las grandes operaciones a que da lugar la creciente extensión de la escala de la producción. Y ahorran el empleo de la moneda, haciendo que en una gran parte de las transacciones no aparezca para nada. Las transacciones de la ciudad se hacen mediante cheques contra los bancos, que se depositan también generalmente en éstos, y los bancos canjean entre sí los cheques a cobrar que tienen unos contra otros, no interviniendo el dinero en la liquidación de grandes sumas de transacciones sino para saldar las diferencias. En el comercio internacional se llega a un resultado idéntico por medio de los "cambios". Los bancos se encargan de relacionar en cada país las deudas y los créditos de cada uno de los países extranjeros, de modo que un gran monto de transacciones pueda liquidarse con el traslado de un país a otro de una cantidad relativamente pequeña de moneda efectiva.

* * *

El progreso técnico, impuesto por la necesidad de arrancar al suelo mayor cantidad de alimento para el sustento de la creciente población, sugerido por las aspiraciones a una vida

más completa y más alta, exige la creciente acumulación de medios de trabajo, y conduce a una cooperación siempre más compleja y extensa.

El desarrollo de las relaciones económicas está, a su vez, íntimamente vinculado al de las comunicaciones de los hombres entre sí, las cuales constituyen el objeto de un sistema de actividades humanas en rápido incremento.

Se atribuye a los fenicios, antiguo pueblo de mercaderes, la invención del alfabeto. El papel, la creación de la vieja civilización china, llevado a Europa por los comerciantes árabes, tuvo en ese continente su primera fábrica hacia 1340, en Ancona, cerca de los grandes centros comerciales de la época. Un siglo más tarde, ya en pleno Renacimiento, Gutenberg inventa la imprenta, y el arte de imprimir florece desde luego en los emporios del comercio y de la industria del Sud de Alemania, en Holanda, que se desarrollaba como pueblo navegador y comercial, y en Italia. Ya en 1494 se imprimía en Venecia un libro sobre la contabilidad por partida doble, y otro de álgebra, en que aparece por primera vez la palabra "millón", treinta años antes de que se imprimiera, en Wittenberg, el primer abecedario.

Junto con el naciente servicio de correos entre las principales ciudades de Europa, aparece en los siglos 15 y 16 un servicio de información por medio de noticias manuscritas, distribuídas desde los más activos centros comerciales, en Nuremberg, en ocasión de sus grandes ferias. En el Rialto de Venecia, entre las tiendas de los joyeros y agentes de cambio, establecióse una oficina de informaciones comerciales y marítimas, que daba noticia de los precios, de la entrada y salida de embarcaciones, de la seguridad en los caminos, y también noticias políticas, proporcionándolas por escrito a los que en esta forma las querían. Empezaba así a formarse un gremio de redactores de noticias, y se ha sostenido que la denominación de gaceta para las publicaciones periódicas proviene del nombre de las piezas de moneda con que se pagaba un número del primer periódico publicado en Venecia, que habría sido también el primero de Europa. Desde principios

del siglo 17, con el desenvolvimiento del comercio y los correos más frecuentes y regulares, el número de los lectores de noticias aumentó bastante para que las hojas manuscritas de aparición irregular, en que se las había difundido hasta entonces, se transformaran en semanarios impresos, la mayor parte de los cuales por su nombre, como "El Mercurio Inglés", o su asiento, como el semanario de Frankfurt, se manifiestan muy vinculados al mundo de los negocios. Un siglo más tarde había ya varios diarios, y hacia 1800 funcionaban varias líneas de telégrafo óptico; pero las mejores prensas de imprimir no daban más de 125 ejemplares por hora. Bajo el estímulo de la creciente demanda, el "Times", de Londres, principal mercado del mundo, empleó desde 1814 la nueva máquina movida a vapor, inventada y construída para ese diario por el alemán Koenig, que imprimía hasta 1.100 pliegos por hora. Pudo entonces satisfacerse en mayor grado la necesidad de información, cada vez más aguda y más general, y con la aplicación del vapor al transporte por mar y tierra, la distribución de los diarios y las comunicaciones en general, recibieron otro enorme impulso. En Inglaterra se rebajó a un penique el franqueo de las cartas, y para facilitar esta operación, Rowland Hill inventó la estampilla postal. Sucedíanse entretanto ensayos de telegrafía electro-magnética, y en 1844 funcionó ya regularmente en Norte América la primera línea. Después el cable ha cruzado los océanos; vapores cargados en Buenos Aires va na saber en la isla de San Vicente si su destino es Amberes o Liverpool. El teléfono nos pone eventualmente en conexión con cualquier punto y persona de la ciudad, permite hablar de París a Berlín por un alambre de cobre de 5 mm. de diámetro, y, con el micrófono, más perfeccionado, de Chicago a Nueva Orleans. Los grandes diarios modernos disponen de máquinas rotativas que imprimen, cortan y doblan por hora 50.000 ejemplares de 16 páginas. a taquigrafía, la máquina de escribir, la linotipia han abreviado, perfeccionado, facilitado la reproducción de los signos mediante los cuales los hombres se comunican. Y sin línea visible, estamos ahora en constante comunicación

con las masas humanas que, en busca de vida y de trabajo, cruzan continuamente los mares.

Un grandioso sistema de actividades humanas especiales se ha desarrollado, pues, al servicio de la creciente actividad psíquica de los hombres en el proceso de su vida social. Mediante ellas hemos alcanzado el grado presente de coordinación de los esfuerzos y la evolución técnico-económica ha llegado a su momento actual. Pero no hemos sacado ni aproximadamente de ese sistema de comunicaciones todo el resultado posible: él tiene que ser el instrumento de una coordinación mucho mayor.

La Guerra

La cooperación forzada resulta de la guerra. — Esta es una relación biológica entre las sociedades humanas. — La continua guerra primitiva es un riguroso proceso de selección natural. — La técnica de la guerra se confunde al principio con la técnica en general. — Pero en el curso de la Historia se diferencian y la técnica destructiva se subordina cada vez más a la industrial. — La milicia queda siempre supeditada a las condiciones de vida y de trabajo. — Asimilación de unos grupos humanos por otros resultante de la guerra. — La esclavitud. — Basada en el progreso técnico anterior. — La división social del trabajo. — El crecimiento de la unidad social. — En cuanto establece relaciones permanentes de cambio entre los pueblos, la guerra propende a la paz. — La guerra interna. — Cada vez más conducente y menos necesaria al progreso histórico. — La ausencia de "enemigo interno" aumenta el poder militar de los pueblos. — Comte y Spencer sobre la guerra. — Al agrandarse y complicarse la unidad política, se hacen menos directamente biológicos los fines de la guerra. — En el mismo grado sus móviles se hacen obscuros y torturados, e imponen a la población trabajadora sacrificios sin recompensa. — La guerra moderna es una causa de degeneración física. — La actividad militar ocupa una fracción decreciente del pueblo. — ¿Qué campo queda a la guerra? — La apertura de nuevas zonas del medio físico-biológico a la vida inteligente. — Necesidad de que el progreso histórico de los pueblos sea uniforme para que desaparezca la guerra.

Hemos trazado a grandes rasgos el vasto cuadro de la división y la organización nacional e internacional del trabajo, y, por un artificio de exposición, presentado la economía mundial funcionando con la exactitud y la poca fricción de

un perfecto mecanismo. No son, empero, tan regulares y ordenadas las relaciones económicas, como que no dependen del libre consenso de todos los hombres; por el contrario, la cooperación es, en general, forzada, coercida.

Doquiera dirijamos la investigación de las primeras sociedades, pronto nos encontramos con la esclavitud, con la sujeción permanente de unos hombres a otros, enorme hecho histórico, resultado inmediato de la guerra. Sin tener el papel culminante que algunos le atribuyen, la actividad guerrera de los hombres se impone, pues, a nuestra atención, como uno de los aspectos primordiales de la Historia.

Como los combates de hormigas, la guerra, forma de la lucha por la vida entre las agrupaciones humanas, es una relación biológica, resultante de la tendencia de cada unidad social a crecer, a expandirse. Para una técnica poco progresiva el aumento de la población exige perentoriamente el ensanche del territorio. De ahí la guerra, permanente y eterna, entre las sociedades primitivas, siempre al margen del hambre, y no vinculadas aún por lazo comercial alguno. Entre ellas todo contacto es un conflicto, y todo conflicto, la guerra. A tal punto ocupa ésta la mente a esa altura del desarrollo histórico, que cuando se pregunta a un salvaje el nombre de su tribu suele agregar en su respuesta el de la tribu vecina y enemiga, en su obsesión de destruirla.

Lides instintivas y sinceras, cuya ferocidad no es disimulada por ninguna convención, esas guerras, entre grupos étnica y geográficamente próximos, son un riguroso proceso de selección natural, en que triunfan la fuerza muscular y la agudeza de los sentidos.

Y que la guerra es siempre una relación biológica, lo prueban la emoción profunda y universal que despierta, la atávica y salvaje atracción que ejerce aún sobre muchos espíritus, el candoroso ardor con que todavía se lanzan a ella pueblos ignorantes de sus móviles y resultados, el cuadro horrendo de carnicería y devastación que deja tras sí. ¿No exterminan los ingleses y alemanes a los negros del Sud de Africa con la misma saña con que los zulúes se exterminan entre sí y

la misma avidez de tierra con que aniquiló a los cananeos el pueblo de Israel? Para excitar las masas a la guerra, se cultivan sus sentimientos colectivos más próximos a la animalidad, la superstición miedosa, el instinto de raza, el fanatismo patriótico, y allá van ellas, como el toro contra el trapo rojo, ciegas y enfurecidas, tras la bandera o el símbolo religioso.

* * *

Mientras el hombre no pasa de la técnica destructiva, la guerra conserva en toda su pureza el carácter de proceso biológico selectivo. La técnica de la guerra se confunde entonces con la técnica en general. Entre las hordas o las tribus que luchan por su territorio de caza o de pesca, la guerra no es más que la caza de hombres; el hacha, el arco y la flecha, la piragua, el fuego, son los útiles y procedimientos a la vez de labor y de pelea. Así también las consecuencias de esa guerra son puramente biológicas: el canibalismo, el exterminio del enemigo, y enemigo es entonces todo extraño.

A medida que progresa la técnica y que la división del trabajo y el cambio de productos se extienden entre los hombres, la guerra cambia de forma y de consecuencias. Aparece y se acentúa la diferenciación entre armas y herramientas y la fuerza de las armas depende cada vez más del poder de las herramientas y máquinas. Triunfan en la guerra, cada día más, no los biológicamente más fuertes, sino los mejor armados y organizados.

Según Bagehot, para quien "el proceso del arte militar es el hecho más conspicuo de la historia humana", nada distingue tanto a un grupo de colonos australianos de otro de indígenas como el hecho de que aquéllos baten a éstos cuando quieren. ¿Los batirán si pelean en la proporción de un colono inglés por 50 indígenas australianos? Lo que más los distingue es que todos los indígenas australianos juntos son incapaces de hacer un fusil.

La pólvora señala una nueva era en el poder destructivo del hombre; y es precisamente su empleo y el de los explo-

sivos modernos que exigen grandes armas de precisión y gruesas corazas metálicas, lo que multiplica el poder militar en potencia que da a un pueblo su progreso industrial y comercial. La firme influencia de los Estados Unidos en los negocios del mundo no depende tanto del limitado aparato bélico que despliegan como de su potente desarrollo técnico-económico.

Ahora los Estados más fuertes son los que pueden fabricar más y mejores fusiles y cañones, los que construyen cruceros más rápidos y más poderosos acorazados, los más adelantados en electro-técnica, los que tienen mejores vías de comunicación y más dinero o más crédito, y disponen en cualquier momento de mayor cantidad de carbón y provisiones para el ejército y la escuadra. Entre los Germanos del Norte, algún rey militar llegó a serlo por haber aprendido, en sus incursiones por el Sud, el arte de forjar espadas; así también, las usinas de Krupp, en Essen, son hoy la más imponente manifestación del poder militar de Alemania.

* * *

Si por su armamento la técnica destructiva depende cada día más de la productiva, por los elementos personales de que dispone, la milicia está siempre supeditada a las condiciones de vida y de trabajo.

Cuando el parlamento de la República Inglesa quiso hacer de ese país una potencia naval de primer orden y quitar a Holanda el imperio de los mares, no mandó construir, como Felipe II, una "Invencible Armada"; dictó la "Navigation Act", ley que prohibía importar a Inglaterra algunos de los artículos de más bulto en todo buque del cual el dueño, el capitán y tres cuartas partes de la tripulación no fuesen ingleses, a menos que el artículo importado fuese producto del propio país del barco extranjero en cuestión, y, en este caso, pagando dobles derechos; prohibía esa ley importar a Inglaterra algunos de los artículos de más bulto, sino directamente del país productor, ni aun en buques ingleses, e im-

ponía doble derecho de importación a los artículos extranjeros de pesquería. Dependiendo, en primer término, la defensa de Inglaterra del número de sus marineros y buques, y siendo en aquel tiempo los holandeses los grandes acarreadores y pescadores marítimos, así como los grandes acopiadores de productos en sus emporios del Mar del Norte, la "Navigation Act", simple reglamentación comercial y aduanera, llenó admirablemente su doble fin militar de fomentar la marina inglesa y quitar a la holandesa buena parte de su empleo.

Los progresos de la técnica no se han debido a jefes geniales, sino a la entrada de elementos humanos nuevos al campo de batalla. Las guerrillas de rebeldes norteamericanos, cazadores avezados que peleaban por su independencia, pudieron más en Lexington que las tropas inglesas, con su formación en línea, ideada para mercenarios, y en la Revolución Francesa, las ágiles columnas de soldados ciudadanos desbarataron los rígidos y pesados cuadros de los ejércitos reales. La táctica de Federico II quedó entonces abandonada, como el viejo fusil de guerra, reemplazado por otro de culata igual a la del nuevo fusil de caza. Recientemente, los diestros jinetes y tiradores boers han demostrado también, a expensas de las tropas inglesas, la inconsistencia de la estrategia profesional.

* * *

Con el progreso técnico-económico se han transformado también los resultados de la guerra, pasándose del simple exterminio o desalojo a la absorción o asimilación de unos grupos humanos por otros, en una relación de dependencia permanente y división del trabajo.

Engels, que ha estudiado muy bien la función de la fuerza en la Historia, insiste demasiado en que, sin una base técnico-económica previa, la guerra no determina nuevas relaciones sociales. 'El sometimiento del hombre a la servidumbre en todas sus formas supone en el opresor la posesión de los elementos de trabajo por medio de los cuales puede única-

mente utilizar al oprimido''. Por atrasada que fuera la técnica, un hombre sin familia siempre ha podido, sin embargo, producir más de lo que consumía, lo que ha hecho posible en sociedades muy primitivas una forma esporádica de esclavitud, que excluía la reproducción de los esclavos. Por otra parte, el principal medio de trabajo, a la vez que materia prima y *locus standi* obligado para todo trabajador, es la tierra, cuya posesión no implica superioridad técnico-económica, sino poder físico, aunque sea simplemente destructivo, para sobreponerse a otros. Se comprende así que pueblos cultos hayan sido subyugados por bárbaros, militarmente más fuertes gracias a su mayor número o a su mayor cohesión.

Mas, como hace decir Montesquieu a uno de sus personajes: ''No te niego que pueblos bárbaros hayan podido, como torrentes impetuosos, esparcirse sobre la tierra y cubrir con sus ejércitos feroces los pueblos más cultos; pero, fíjate bien: ellos han aprendido las artes o las han hecho ejercer a los pueblos vencidos; si no su poderío hubiera pasado como el ruido del trueno y de las tormentas... Tú crees que las artes enervan a los pueblos y son por eso causa de la caída de los imperios. Hablas de la ruina del de los antiguos persas, que fué el resultado de su molicie; pero este ejemplo está lejos de ser decisivo, puesto que los griegos que los vencieron tantas veces y los subyugaron, cultivaban las artes infinitamente mejor que ellos''.

La existencia de una numerosa población de esclavos, como clase trabajadora que se reproduce, sólo es posible, pues, en las condiciones señaladas por Engels:

''Si en tiempo de la guerra con los persas había en Corinto 460.000 y en Egina 470.000 esclavos, contándose diez de éstos por cada individuo de la población libre, se necesitaba para eso algo más que ''fuerza'', a saber: una industria artística y manual altamente desarrollada y un comercio extenso.''

La esclavitud, que, como ha encontrado Morgan, aparece ''en directa conexión con la producción de la riqueza'', da a las sociedades una constitución compleja; bajo la dirección

de la clase dominante, económicamente activa, llévase muy lejos la división del trabajo de la clase esclava, económicamente pasiva. Y en cuanto las partes todas del conglomerado social sean beneficiadas, siquiera del punto de vista vegetativo, por el mantenimiento de la unidad y la defensa contra los ataques exteriores, puede hablarse entonces de una división social del trabajo, en que a la clase libre le tocan, junto con la dirección técnico-económica y la función militar y política, los más altos ejercicios del espíritu. ''Sin la esclavitud'', dice Engels, ''no hubiera habido el Estado griego, ni el arte ni la ciencia griegos''.

* * *

En cuanto no aniquila a los pueblos que chocan entre sí, la guerra los hace compenetrarse y los amalgama en unidades sociales mayores, en el seno de las cuales, a pesar de la división en clases, las razas se mezclan y las relaciones económicas entre los hombres se ensanchan e intensifican. Abriendo el camino para otras relaciones, más altas, entre los pueblos, haciéndolos conocer recíprocamente, sacudiéndolos del sopor meramente vegetativo, ''rompiendo la triple coraza de la tradición'', ha sido la guerra un gran factor de progreso histórico y de pacificación. Cuando Roma hubo conquistado todos los países que rodean el Mediterráneo, hizo reinar la paz en ese inmenso imperio, dentro del cual circularon por varios siglos con seguridad las naves, los viajeros y las mercaderías. Así también los Incas, sometiendo a las tribus de gran parte de lo que hoy se llama Ecuador, Perú y Bolivia, las hicieron cesar en sus continuas hostilidades. Aun después de la desmembración de esos grandes imperios quedan entre las partes que los formaron afinidades económicas, de costumbres, de lengua, que las acercan.

La guerra ha contribuído, pues, a extender la división del trabajo y el comercio entre los pueblos, poniéndolos en directo aunque áspero contacto. Y a medida que las relaciones comerciales se desarrollan, la guerra es más ruinosa para los pue-

blos que la sostienen, y, por eso, menos frecuente y prolongada. Ha venido formándose así un grupo siempre creciente de sociedades humanas cuya relación normal y permanente es el comercio, y entre las cuales la guerra, de todo punto excepcional y transitoria, cada día lo es más. Ellas constituyen el mercado universal, cuya extensión y estabilidad miden el grado en que las relaciones entre las sociedades humanas han dejado de ser simplemente biológicas para hacerse económicas, el grado en que los pueblos se conocen y se sirven recíprocamente.

Entre dos sociedades de avanzado desarrollo la paz está cada día más garantizada, no sólo por las relaciones comerciales que las unen, sino también por las que ligan a cada una de ellas con otros pueblos y que serían perturbadas por un conflicto. Sud América está a cubierto de las veleidades de conquista del gobierno alemán por sus activas relaciones comerciales con Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Con la creciente solidaridad económica de los pueblos, las guerras internacionales toman cada vez más el carácter de contiendas intestinas, y éstas, con el progreso histórico, tienden también a desaparecer.

* * *

Al aglomerar violentamente a los pueblos y establecer en permanencia la coerción de una clase social sobre otras, la guerra, de externa se hace interna. Rebeliones de esclavos, discordias sangrientas entre ricos y pobres, deudores y acreedores, facciones de oligarquías, luchas puramente destructoras, como la guerra primitiva, y como ésta, sin consecuencias para la organización social, han ocupado muchas veces a los hombres. Es siempre la lucha por la vida dentro de las formas sociales existentes. Sólo más tarde se pugna en las guerras civiles por nuevas formas sociales, necesarias para el desarrollo de la colectividad. Así la revolución inglesa del siglo 17, las revoluciones americana y francesa del siglo 18, la lucha por la independencia de Sud América, traídas por la evolución eco-

nómica, se han resuelto en una transformación política progresiva.

Los movimientos armados se hacen entretanto cada vez menos necesarios para la evolución política. Australia y Canadá no guerrean por su independencia, porque sin recurrir a la violencia prácticamente la han conseguido. Aunque se llaman colonias, son pueblos libres y autónomos que se dan sus propias leyes y no pagan a la Gran Bretaña tributo alguno. No tienen, pues, para qué levantarse en armas como las colonias inglesas de Norte América, que al grito de "No taxation without representation" comenzaron su insurrección. Vemos, por otra parte, aparecer en Bélgica y en Austria el sufragio universal, no como una concesión arrancada en las barricadas sino como el reconocimiento inteligente por la clase gobernante, de un derecho inteligentemente reclamado por la clase gobernada.

Y las costumbres políticas, impuestas por el progreso técnico-económico, que relegan la milicia a un rango cada vez más subalterno en la jerarquía de las actividades humanas, al hacerla superflua para el progreso histórico, son a la vez nuevo factor de poder militar de los pueblos. Los lacedemonios eran fuertes y necesitaban serlo, acampados como estaban en medio de una numerosa población de ilotas, que mantenían esclavizados. Pero, prescindiendo de la diferencia de armamentos, cuánto más fuerte no es el pueblo suizo, sin enemigo interno, casi sin ejército permanente, con policías municipales, habituado a practicar los derechos de iniciativa y de *referendum* en la confección de las leyes y cuyos ciudadanos todos tienen un rifle con el que se ejercitan en el tiro los domingos!

* * *

La creciente subordinación de lo militar a lo industrial ha sido reconocida por Comte y Spencer. Ambos exageran el papel de la guerra en la Historia primitiva. Comte ve en ella la "base de la existencia material" y prescindiendo de

la antropofagia, "el medio más simple de procurarse la subsistencia", y los dos la consideran la actividad educadora por excelencia al principio de la Historia.

Pero si Comte habla de "la inevitable tendencia primitiva de la humanidad a una vida principalmente militar", habla también de "su destino final no menos irresistible, a una existencia esencialmente industrial" y si Spencer describe un "tipo militante" propio de las sociedades primitivas, describe también "un tipo industrial" hacia el cual tienden las naciones más civilizadas. Sólo que, no comprendiendo la base técnico-económica de la Historia, no han podido explicar esa relativa regresión de los órganos y funciones sociales de la guerra.

Es obvio que siempre el progreso histórico ha estado ligado antes a la multiplicación de los hombres que a su exterminio, y que la actividad humana fundamental ha sido en todas las épocas la modificación intencional del medio físico-biológico. En ella adquiere el hombre ,al entrar en la Historia, su primer alimento, sus primeras nociones, sus primeros hábitos de asociación consciente. La caza, la pesca y el cultivo han contribuído siempre a su sustento más que el despojo de los vencidos, y todo botín de guerra ha sido necesariamente producto de un trabajo anterior. Si en un principio la guerra es general entre las agrupaciones humanas es porque, para cada una de ellas, las otras son simples elementos del ambiente biológico, y las hostilidades no cesan sino cuando y en el grado en que, sobre la base biológica, se eleva el mundo de las relaciones económicas entre las sociedades, que las asimilan en unidades cada vez mayores, dentro de las cuales la solidaridad económica es también cada vez mayor y la lucha armada más excepcional. La guerra, pues, no ha sido nunca un factor de desarrollo histórico, sino cuando ha establecido la paz.

Buckle dice que "la disminución del espíritu guerrero es debida al progreso de los conocimientos". Si hubiera dicho "de los conocimientos aplicados a la industria, el comercio y la política", su explicación sería completa. Ahora la creciente conciencia histórica del pueblo pone nuevas trabas a la actividad militar.

* * *

Con el engrandecimiento de la unidad política y su mayor complexidad se han hecho menos directamente biológicos los fines de la guerra. Desde que esclavizar a los vencidos llegó a ser mejor que exterminarlos, ella encontró un nuevo objetivo: la adquisición de nuevas fuerzas humanas de trabajo. Empezó entonces a aplicarse sistemáticamente la violencia a la explotación del hombre; se pasó de la simple supresión o desalojo, forma la más elemental de la lucha por la vida, a una sujeción económica, compatible con el aumento vegetativo de los vencidos. Como fenicios y griegos, romanos y cartagineses, se fué a la guerra en busca de esclavos; en busca de tributos colectivos, que ha de pagar a perpetuidad el pueblo vencido, como los persas; en busca de pueblos incultos, para someterlos a la servidumbre en su propio territorio, como los españoles y portugueses a América, los ingleses a la India, los holandeses a Java; en busca de relaciones comerciales, como los europeos al abrir a cañonazos los puertos de la China; en busca de provechosas inversiones de capital, como ahora va Francia a Marruecos. Se trata siempre en cierto modo de la expansión de la ciudad o de la nación; cada individuo del pueblo vencedor tiene individualmente más perspectivas de ser propietario y amo; parte del botín se distribuye entre la masa trabajadora bajo la forma de salarios; pueden aumentar después de la guerra la demanda de algunos productos nacionales, y encontrar ocupación bien remunerada en el país sometido algunos obreros hábiles; los ahorros del pueblo vencedor encuentran tal vez más provechoso empleo en la colonia o el país del protectorado. ¿Hay en cambio alguna ventaja para el trabajador árabe en que su jefe victorioso aumente su harem; para el productor libre, en que se multipliquen los esclavos; para el campesino europeo, en que llenen el mundo los baratos pro-

ductos agrícolas coloniales; para los obreros norteamericanos, en que los capitalistas de su país se vayan a instalar fábricas al Japón; para el consumidor alemán en que se busque violentamente salida a los productos del sindicato alemán del hierro, que los vende al extranjero más baratos que en su propio país?

De los inevitables conflictos biológicos entre las sociedades humanas han resultado relaciones económicas que son un estorbo para la hostilidad ulterior. Pero el comercio impuesto calculadamente por la violencia suscita conflictos evitables y prepara nuevos campos de sangre y de violencia.

La China era un gran país pacífico y aislado, en su desdén por la civilización europea. Cuando al fin de sus memorables expediciones, los portugueses, como vanguardia de los europeos, llegaron allí a comerciar, se les permitió establecerse en el pequeño territorio de Macao, por el cual se obligaron a pagar un tributo que aun pagan, y como aumentaran las transacciones, el gobierno chino abrió un puerto al comercio extranjero. La Compañía Inglesa de la India, que monopolizaba el comercio británico en ese puerto, pronto encontró que a los chinos les hacía falta no sólo la plata con que se les pagaban sus sedas y porcelanas, sino también el opio de la India, para envenenarse. Como el gobierno chino se opusiera a la importación y el consumo de ese tósigo, los ingleses lo introdujeron por contrabando, y en último resultado, intervino una escuadra británica que, después de hundir numerosos buques mercantes chinos, bombardeó la gran ciudad de Cantón y otros puertos. A partir de esa "guerra del opio", que terminó en 1842, cinco puertos chinos quedaron abiertos al comercio europeo No más justificada fué la guerra, en que intervinieron también franceses, rusos y norteamericanos, que terminó en 1860 con el tratado de Pekín por el cual el gobierno chino abría nuevos puertos, establecía derechos de aduana uniformes y se obligaba a no impedir la emigración de coolíes a las colonias europeas. Abrir la China para el resto del mundo, ¿no era abrir al mismo tiempo el resto del mundo para los chinos? Así lo comprendieron éstos, que

a mediados del siglo pasado habían ya comenzado a emigrar a Australia y California en número considerable. Y apenas esa inmigración tomó vuelo, los trabajadores blancos se opusieron a ella en conflictos sangrientos. Por el tratado de 1868, los Estados Unidos habían reconocido solemnemente a los chinos "el derecho innato e inalienable del hombre a cambiar de residencia y de país", fórmula genuinamente americana, y establecido para los ciudadanos y súbditos de uno y otro país la ventaja recíproca de la libre migración e inmigración. Pero, bajo la presión del voto popular, el Congreso Americano prohibió en 1879 el arribo al país de ningún buque con más de 15 chinos a bordo, y llegó poco después a la prohibición lisa y llana de toda inmigración de trabajadores chinos. Así también desde 1854 comenzaron en Australia las medidas contra esa inmigración, habiéndose llegado después hasta imponer un derecho de entrada de 500 pesos a cada inmigrante chino no permitiéndose tampoco más de uno por cada 300 toneladas de carga del buque, y negándoseles la naturalización. Ultimamente los coolíes chinos han sido expulsados de las minas de Sud Africa, donde hacían ruda competencia a los otros trabajadores. Pero ya China está en plena revolución técnico-económica, ya dispone de ejércitos modernos, y es de preguntarse hasta cuándo sufrirá para sus hombres trato tan desigual. ¿Y los japoneses, que con su industria y su frugalidad se posesionan de Hawaii, y cuyas tiendas se asaltan, cuyos niños se expulsan de las escuelas de Norte América? Ellos vivieron en sus islas, secuestrados del mundo, hasta que buques de guerra americanos fondearon en la bahía de Yeddo para imponer al Micado la apertura de los puertos. ¿Qué ha ganado el pueblo trabajador de los Estados Unidos con las guerras que lo han puesto frente a tan temibles competidores en la lucha por el salario? ¿Era tan urgente extender a sangre y fuego el comercio de San Francisco?

* * *

Cuanto menos directamente biológicos son los fines y resultados de la guerra, cuanto más nos alejamos del extermi-

nio del pueblo vencido y se busca su sometimiento permanente, tanto menos importa y sirve la guerra a las clases ya subordinadas, que forman la masa de la población. ¿Peleaban acaso los ilotas al lado de sus amos?

Ya no se trata de adquirir en la guerra el campo de sustento, ni nos amenaza más el rapto de las sabinas. Lo que las guerras en general dejan en limpio son las satrapías, los proconsulados, las mercedes reales, las concesiones leoninas, los empréstitos usurarios, con que favorecen a la clase gobernante y propietaria del país vencedor. Se obscurecen así las causas de la guerra con todo lo que a ésta aportan la codicia, el orgullo y la vanagloria de ciertas clases y castas. No sólo el capital, en su hambre canina de ganancias. Los militares de profesión, más necesarios como gremio a medida que adelanta y se especializa la técnica destructiva, propenden en general demasiado a darnos la medida de su capacidad y heroísmo. Y la casta sacerdotal, ¿a qué crímenes no llega cuando cuenta con la fuerza brutal para imponer sus dogmas? Decía recientemente un misionero cristiano: el modo más seguro de predicar el evangelio es desde la cubierta de un buque de guerra.

A tal punto el derramamiento de sangre humana ha perdido sus originarios estímulos, en tal grado sus móviles se han hecho tortuosos y ennegrecidos, que entre las principales naciones la misma guerra está ahora sujeta a reglas. Poco le quitan éstas de su barbarie y su crueldad, pero sirven al menos para ponerlas más en evidencia Admitir limitaciones al empleo de los explosivos entre los hombres, ¿no es reconocer que para nada deberán emplearse en las relaciones de los hombres?

Según el general Porter, delegado norteamericano al Congreso de la paz de La Haya en 1907, aventureros y especuladores empujan a la guerra para cobrar créditos ficticios. En un caso la deuda real resultó ser 3/4 por ciento de lo reclamado; en otro, los Estados Unidos emplearon 19 buques de guerra y gastaron 760.000 libras esterlinas para cobrar 18.000. El coronel Tmg, delegado chino al mismo congreso, pidió que

se definiera la guerra, porque a veces se la hace bajo el nombre de "expediciones", y sumió al congreso en la mayor perplejidad, preguntando qué habría que hacer si una nación declaraba la guerra a otra y ésta no quería combatir. Se tomó esto como una chistosa ocurrencia tan inalienable se considera aún entre las clases gobernantes el derecho innato al libre salteo internacional. El congreso asintió en cambio a su presidente, el ruso Nelidof, cuando refiriéndose al arbitraje obligatorio, dijo que si una nación creía su honor comprometido, no se inclinaría ante ninguna autoridad extranjera, cualesquiera que fuesen las consecuencias de la negativa. En el concepto de hombres de gran peso en los negocios del mundo, el sentimiento sutil y movedizo del honor, sin medida ni control objetivo, es todavía el factor decisivo de paz o de guerra. La fórmula es cómoda para arrastrar al pueblo al sacrificio, irritándolo con vanas palabras. El "honor nacional", arrojó a España en brazos de Fernando VII y ha conducido a Francia a Sedán.

* * *

Y todo pueblo moderno que rinda a esa preocupación culto ferviente, será llevado por su honor a la degeneración física. La guerra, en efecto, ha perdido la acción selectiva que tuviera para la especie humana en los orígenes de la Historia. Las modernas instituciones militares, que encierran en los cuarteles la flor de la juventud, dejan libres en cambio para la reproducción a todos los jóvenes defectuosos y débiles, a los cuales favorecen aún más en este sentido no interrumpiendo su aprendizaje o su carrera, lo que les permite más rápido adelanto en el terreno técnico-económico y mayores facilidades para fundar un hogar. En general, los soldados se enferman y mueren en mayor proporción que la población civil de la misma edad, y entre ellos el suicidio hace estragos: puede decirse que de cada gran ejército, un batallón se suicida al año. La guerra empeora los efectos del reclutamiento, destruyendo aún más vidas por la violencia o la enfermedad y devolviendo

a la patria inválidos muchos de sus mejores ejemplares humanos. De 1799 a 1815 se reclutaron 3.153.000 franceses, de los cuales un millón murieron en los hospitales y otro en los campos de batalla. Y nunca los resultados de las levas militares han sido peores en Francia que los correspondientes a las generaciones engendradas durante y poco después de la guerras napoleónicas. Hubo que reducir la talla mínima exigida, porque la estatura general de los ciudadanos había bajado. La guerra moderna es, pues, un agente de selección orgánica regresiva tendiente a formar pueblos de miopes y de enanos.

Esta acción degenerativa de la milicia moderna no se ejerce felizmente sino mediante una pequeña fracción de la población. Estamos lejos de las épocas en que cada varón adulto era un guerrero. También la actividad militar se ha especializado y encomendado a una categoría de hombres que se ocupan de ella. Los actuales ejércitos permanentes no comprenden sino una débil proporción de la población, en los Estados Unidos, 0,1 %, en la Gran Bretaña 1 %, en Alemania, 2,8 %, en Francia 3,4 % del total de los que ejercen un oficio cualquiera. Agregando a los ejércitos el personal de la policía, los criminales y los hombres ocupados en fabricar armas y demás elementos de destrucción obtendríamos una cifra mayor, pero que mostraría también cuánto terreno pierde la actividad destructiva.

* * *

¿Qué campo queda a la guerra? Dando el triunfo a los mejor armados, organizados y provistos, acelera ésta la evolución técnico-económica, y, en este sentido, es siempre de gran trascendencia. Pero la guerra es cada vez menos necesaria para la selección del tipo técnico-económico superior. Esta se hace normalmente sin guerra entre las sociedades adelantadas, unidas cada día por vínculos más estrechos. Infinitas vías pacíficas abre el progreso histórico a la expansión individual y colectiva. Dentro del gran plexo social en que los hombres y

las cosas circulan libremente, no tiene razón de ser la violencia para el ensanche de uno u otro distrito político. Puesto que el territorio entero es accesible a los individuos de todos los pueblos no necesita ninguno de éstos conquistarlos con las armas en la mano. Se lucha en otro campo, donde lo decisivo es el armamento industrial y la aptitud de organización para emplearlo, la cual consiste en la comprensión de las relaciones necesarias entre los hombres para el aprovechamiento de los medios de vida y del material de trabajo. La competencia industrial y comercial del continente europeo impondrá el sistema métrico a Inglaterra y los Estados Unidos con mucho menos sacrificio que una guerra, por grande que sea el trabajo inútil que nos imponen las arcaicas medidas inglesas.

* * *

Entre pueblos salvajes y bárbaros la guerra subsiste como forma instintiva de la lucha por la vida. Entre sociedades civilizadas ella es un crimen, cada vez más difícil de consumar y más peligroso para la clase privilegiada, a medida que avanza la conciencia política del pueblo trabajador. No puede éste reconocer a la guerra sino un objetivo legítimo, el de abrir nuevas zonas del medio físico-biológico para la vida inteligente, objetivo en que la guerra conserva su carácter primitivo de lucha biológica, y que, llenado con sinceridad, abre nuevos territorios a pobladores propietarios, no sólo técnica y económicamente adelantados, sino también políticamente libres.

Cada pueblo está obligado a explotar por sí mismo o abrir a la explotación de los otros las riquezas naturales del suelo que considera suyo, so pena de perder su dominio por la violencia. Ante feraces llanuras sin cultivo o preciosos depósitos minerales que yacen sin aprecio, nada detendrá a la extensión del progreso técnico, aun cuando para realizarlo sea necesaria la guerra. Es lo que ha expresado Rudyard Kipling, en forma estrecha y antipática, al hablar de "la carga del hombre blan-

co". En la isla de Sajalin, yerma en manos de los rusos, el progreso técnico-económico es la carga del hombre amarillo, que transforma rápidamente ese territorio, desde que lo ha reconquistado.

Los conflictos de esta clase, entre pueblos alejados étnica y geográficamente, son tanto más simples cuanto mayor es la diferencia de cultura entre las partes combatientes. Con un esfuerzo militar que no compromete la vida ni el desarrollo de la masa del pueblo superior, esas guerras franquean a la civilización territorios inmensos. ¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en Africa porque se acompaña de crueldades? Los africanos no han vivido ni viven entre sí en una paz idílica; todavía en nuestros días, el jefe zulú Tschalka ha aniquilado 60 tribus vecinas y hecho perecer 50.000 individuos de su propia nación. Crimen hubiera sido una guerra entre Chile y la Argentina por el dominio político de algunos valles de los Andes, cuya población y cultivo se harán lo mismo bajo uno u otro gobierno. ¿Pero vamos a reprocharnos el haber quitado a los caciques indios el dominio de la Pampa?

Con la difusión de la cultura, más raras se hacen las ocasiones de semejantes guerras. Para que desaparezcan, sin embargo, será necesario que los pueblos marchen a la par por el camino de la Historia. Suprimidos o sometidos los pueblos salvajes y bárbaros, incorporados todos los hombres a lo que hoy llamamos civilización, el mundo se habrá acercado más a la unidad y a la paz, lo que ha de traducirse en mayor uniformidad del progresao.

Si no fuera así, si la aceleración del movimiento histórico no se hiciera sentir en todas partes, pronto aparecerían entre las varias secciones de la Humanidad diferencias tan grandes como las que hoy separan a los pueblos que llamamos respectivamente civilizados y bárbaros, tan desigual capacidad técnica, tan distinta organización económica, una discordancia tal de costumbres, sentimientos e ideas, que ofrecerían nuevo campo a la violencia.

No se habían establecido aún los ingleses en Norte América cuando ya funcionaba la imprenta en México, y, por muchos años, este país hizo más papel en el mundo que las obscuras colonias del Noreste, cuyo comercio no tenía más numerario metálico que los pesos mexicanos de plata. Pero las cosas anduvieron en uno y otro país de muy diferente manera. Los enérgicos colonos ingleses, luchando palmo a palmo con una indómita población indígena, desmontaron y cultivaron un vasto territorio, y formaron una democracia de campesinos propietarios, viciada por la esclavitud de los negros del Sud, bastante fuerte y coherente, sin embargo, para conseguir pronto su independencia; y, a partir de ésta los Estados Unidos adelantaron en población, en técnica, en economía, a pasos de gigante. En México, en cambio, donde los españoles encontraron pueblos ya sometidos por la civilización indígena, les fué fácil sujetarlos a su vez, y distribuírselos para el trabajo en las minas; aquella híbrida sociedad, basada en que "todo blanco es caballero", desarrollóse lentamente, oprimida por el dogma y el privilegio, y se emancipó tarde de su débil metrópoli, para caer en una serie interminable de revueltas. Ya había salido de los Estados Unidos el primer buque a vapor que surcara los mares, ya cruzaban aquel país vías férreas y líneas de telégrafo, ya sus instituciones políticas llamaban la atención del mundo, y todavía el dictador Santa Ana se oponía en México a la construcción del primer ferrocarril, porque, según él, iba a quitar el trabajo a los arrieros. Nada de extraño, pues, que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de México, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han constituído siete florecientes repúblicas agrícolas y mineras, allí ha surgido California, que ha inspirado a Norris "La Epica del Trigo". En medio del grandioso cuadro de la tierra "vibrante de deseo, ofreciéndose, insistente y ansiosa, a la caricia del arado", del "abrazo he-

roico de multitud de brazos de hierro, hundiéndose hondo en la carne oscura y caliente de la tierra, que se estremecía apasionadamente a su contacto'', del paso clamoroso de las 33 máquinas sembradoras del chacarero Derrick ''implantando profundamente en el seno profundo de la tierra el germen de la vida, la mantención de todo un mundo, el alimento de un pueblo entero'', nos hace ver Norris la figura ''decaída, pintoresca, viciosa y romántica'' de los últimos hispano-mexicanos de la región, ''reliquias de una generación anterior'', ''arrastrándose de la taberna al restaurant y del restaurant a la plaza, absolutamente ociosos, viviendo Dios sabe cómo, felices con su cigarrillo, su guitarra, su vaso de mescal y su siesta''. El más anciano recordaba todavía al gobernador Alvarado y al bandido Jesús Tejeda, terror de la región; los tiempos en que la chacra de Derrick y tantas otras que la rodeaban eran una sola merced real, de muchas leguas; de la Cuesta, su señor, tenía derecho de vida y muerte sobre su gente, ni había allí más ley que su palabra. ''No se pensaba entonces en trigo, puede usted creerlo. Todo era ganado en esos tiempos, ovejas, caballos, vacas, no tantas, y si el dinero era escaso, no faltaba qué comer, y había ropas para todos, y vino a toneles, y también aceite; todo esto tenían los padres de la misión. Sí, y había trigo también ahora que me acuerdo, pero un poquito. Trigo, olivos y viña, los padres los plantaron para tener los elementos del Santo Sacramento, pan, aceite y vino, ¡entiende usted!''. Y a continuación pasa el padre Sarria, residuo de la antigua iglesia, con los materiales del Santo Sacramento en una mano, y en la otra un canasto con gallos de riña.

En la guerra de España y los Estados Unidos hemos asistido al choque de dos mundos no menos distintos. Civilización de abolengo, la de España, sin haberse arraigado bastante en Cuba, ignoraba despreciativamente la de los Estados Unidos. Trabados cubanos y españoles en sangrienta y destructiva guerra, la intervención de los Estados Unidos hubiera sido buena ocasión de darle término. Pero España chocó ciegamente con el formidable interventor. Una mina hizo volar un buque norteamericano, lleno de gente, tranquilamente anclado en la Habana. Pocos días después los marinos norteamericanos, mientras almorzaban, hundían en Manila los buques de madera del almirante Montojo, y quedaba encerrada la otra escuadra española, en Santiago, de donde no había de salir, sino para ser impunemente echada a pique. Para los combates en tierra, bastaron a los Estados Unidos algunos regimientos de voluntarios, y terminó esa lucha en que la desproporción de las pérdidas de una y otra parte no fué menor que en una guerra entre civilizados y bárbaros. ¿Y los resultados? Prescindamos de las ganancias que puedan haber valido al sindicato norteamericano del azúcar sus negras maniobras para precipitar esa guerra y determinar la anexión de la isla. Cuba está ahora más cerca de España, pues la correspondencia entre ambos países cuesta tanto como entre dos cualesquiera de la Unión Postal Universal, no el doble, como antes. El valor de la tierra de Cuba y sobre todo de Puerto Rico, a la cual se encuentran ahora aplicaciones nuevas y provechosas, ha subido, para mayor gloria de los terratenientes españoles, dueños de gran parte del suelo de esas islas. Y la inmigración española a Cuba ha aumentado después de la guerra: en el trienio 1904-1906 ha llegado a 76.558 personas, cifra a que jamás alcanzó antes en igual espacio de tiempo, excluídos los soldados y empleados civiles y militares. ¿No son guerras como ésa la mejor lección de antipatriotismo, y aun la mejor escuela de traidores a la patria? No puede atribuirse a otra causa el hecho singular de que, apenas libres del gobernador español, los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner y mantener en paz a esos hombres de otra lengua y de otras razas.

Dudemos, pues, de nuestra civilización. Ante el rápido progreso de otros pueblos, temamos que ya o en cualquier momento, ella no sea sino un grado relativo de barbarie.

La Política

La coerción legal a cooperar. — Cómo nace la autoridad. — La igualdad y la fraternidad primitivas. — Origen de la propiedad privada. — Esta adquiere importancia con la cría del ganado. — Aparece entonces la esclavitud sistemática, y con ésta se agrava la desigualdad entre los no esclavos. — La transformación de la "gens" y del matrimonio bajo la influencia de la acumulación de riqueza. — La aparición de las clases. — Disolución de la sociedad gentil. — Génesis del Estado. — La esclavitud en la Grecia clásica. — La lucha por la igualdad política en Roma. — El derecho romano. — La esclavitud en Roma. — La esclavitud es la más profunda escisión de la sociedad, y la que más la debilita. — La fuerza en la génesis de las clases sociales y de la propiedad. — En las repúblicas antiguas el poder político sirvió a los ciudadanos pobres para defender su derecho natural al medio físico-biológico. — La propiedad, institución política fundamental. — A la larga, el productor servil pierde la conciencia de la explotación que sufre.

No aparece la fuerza sino a intervalos en la superficie de las relaciones humanas, pero siempre ha estado ella, en potencia, obligando a los hombres a cooperar. Detrás de los amos, de los terratenientes, de los mercaderes, de los empresarios, que han dirigido y dirigen la técnica y la economía, han estado y están los gobiernos, los hombres que dictan las leyes y obligan a los otros a cumplirlas. Relaciones políticas son esas relaciones de coerción, y actividad política es el ejercicio de esa coerción legal sobre otros hombres que deben someterse a ella.

* * *

Nace la autoridad de las necesidades de la lucha por la vida en sus formas primitivas. Era necesario un jefe de la acción colectiva en la caza, en la pesca, en la guerra, un juez

que allanara las diferencias entre los individuos y reprimiera los excesos. Basadas todavía las sociedades humanas a esa altura del desarrollo histórico en lazos de parentesco, cada una de las *gentes* o agrupaciones consanguíneas que las forman tiene en el más experimentado o el más valiente su jefe natural, cuya autoridad se reconoce y ejerce como la de un padre de familia. Entre los indios del Perú, antes de la conquista incásica, al asociarse para la guerra todas las *ayllus* o *gentes* de una tribu, daban el mando al más viejo *camachic* o jefe de *gens*, o al que los jefes elegían por su valor. Para sus extensos cultivos de maíz, quinoa, porotos, papas y otros tubérculos, en aquel país tropical y seco, necesitaban los indios obras importantes de riego, que por canales a veces de 3 y 4 leguas de largo, revestidos y cubiertos, llevaban el agua a sus sembrados; pronto aprendieron, pues, a dar a su trabajo agrícola carácter colectivo y establecieron un orden admirable para que no se perdiera una gota del precioso líquido. Llegada la época, el *llactacamayoc*, jefe de la comunidad de aldea que comprendía generalmente a todos los miembros de una *gens*, hacía sonar al anochecer su trompeta de caracol, y a ese llamado acudían los hombres para convenir el sitio y la clase de trabajo que habría de hacerse al día siguiente. Hombres y mujeres eligen al *sachem* en la *gens* iroquesa y forman la asamblea que puede también deponerlo. Constituída la tribu, por *gentes* que hablan el mismo dialecto y tienen un territorio común, el consejo de los jefes sesiona ante todos los gentiles y cualquiera de éstos puede hacerse oír por él. Entre esos hombres, solidarizados por la sangre y las exigencias inmediatas de la lucha por la vida, las necesidades de los individuos son más o menos iguales, así como los medios de satisfacerlas, y reina una simpatía instintiva que hace sentir vivamente a todos la necesidad o el sufrimiento de alguno de ellos. Fuera de las funciones especiales de su cargo, sus jefes no tienen en general ninguna prerrogativa. Así también el *basileus* de los antiguos griegos, el *rex* de los primitivos romanos no eran reyes, como se los ha considerado más tarde, sino jefes

militares elegidos por el pueblo en armas. Ellos trabajaban y peleaban más o menos como sus subordinados y sus costumbres eran sencillas. Homero los presenta en sus banquetes comiendo carne y pan, y nos muestra a la princesa Nausicaa yendo al río a lavar las ropas de la familia.

* * *

Va entretanto desarrollándose la propiedad privada, que no aparece como resultado del despojo y de la fuerza. "La institución de la propiedad privada —dice Engels—, tiene que existir antes de que el ladrón pueda apropiarse bienes ajenos; la fuerza puede alterar la posesión, pero no engendrar en sí misma la propiedad privada". En todos los pueblos primitivos, en efecto, vése establecido en favor de la tribu, de la comunidad de parentesco llamada gens o de individuos determinados, el derecho exclusivo a usar y disponer de ciertas cosas o ciertos elementos del medio físico-biológico. Nadie discute al cazador la propiedad de lo que adquiere con su esfuerzo. Y si la cacería es colectiva, la distribución del producto se hace según ciertos principios; el animal herido por varias flechas pertenece a quien lanzó la más próxima al corazón; entre los indios Sioux y Comanches el matador recibía la piel, la parte más valiosa de la presa, y la carne se distribuía entre los demás. El suelo y las grandes habitaciones colectivas pertenecen a la comunidad; pero las armas y utensilios, los vestidos, los adornos, a tal punto son del portador que se los entierra junto con él. Si algo de lo que deja el muerto no lo acompaña a la sepultura, ello pertenece, no a sus hijos, sino a sus parientes del lado materno.

* * *

Con la cría de animales, la propiedad privada aumenta rápidamente de importancia, y aparecen diferencias considerables en la situación de los individuos de una misma sociedad. Sea que mayor cantidad de ganado tocara a valientes y há-

biles jefes de expediciones de rapiña, o a los más inteligentes en la cría o los menos perjudicados por las epizootias, una vez producida la diferencia en la riqueza pecuaria de los individuos, ella tendió rápidamente a acentuarse, por la natural multiplicación de esa clase de hacienda. La esclavitud sistemática aparece hacia la misma época como el complemento obligado de la acumulación, en manos de ciertos individuos, de bienes que por sí solos no eran capaces de manejar. Y esa primera forma de explotación del hombre por el hombre es una nueva causa de desigualdad social entre los no esclavos; los que no tienen medios de trabajo caen bajo la dependencia de los pudientes, que pronto, a sus funciones de dirección técnico-económica, agregan las de la jefatura militar. La propiedad privada empieza a ser un factor coercitivo de cooperación, al mismo tiempo que una fuente de privilegios.

Entre los más antiguos semitas e indogermanos, tales como los presentan la Biblia y los poemas de Homero, encuéntranse ya ricos y pobres; sus jefes suelen ser los ganaderos más ricos, como los jefes africanos de la época actual. Todavía en el Africa Occidental el heredero de pro distribuye en préstamo su ganado entre el mayor número posible de miembros de su tribu, así como el jefe celta de la antigua Irlanda daba a los más pobres de sus compañeros de tribu algunas vacas por las cuales recibía leche y terneros durante siete años.

Como consecuencia de la acumulación privada de riqueza, prodúcese hacia la misma época histórica una revolución calculada e intencional en la organización de las sociedades humanas. Entre los salvajes, cuando el matrimonio por grupos es la forma ordinaria del comercio sexual, las madres son, por razones orgánicas evidentes, los núcleos de los diferentes grupos de parientes en que se divide la sociedad. Hacia el primer período de la barbarie se hace general el matrimonio sindiásmico, la unión exclusiva y más o menos duradera de una mujer con un hombre, sin limitaciones para éste; persiste, sin embargo, la *gens* materna. Todavía el suelo y las habitaciones

son de propiedad colectiva, y los bienes de propiedad privada de las mujeres, encargadas de todos los trabajos domésticos y generalmente también de la incipiente agricultura, tan importantes como los de los hombres, o aun más. Pero la ganadería fué desde su principio trabajo exclusivo de los hombres, a los cuales tocó, por consiguiente, la propiedad de los rebaños, y así que éstos llegan a ser numerosos y representar la riqueza principal, la *gens* se transforma. La descendencia ya no se agrupa en torno del tronco femenino ni la herencia del padre pasa a sus parientes del lado materno; la *gens* ya no se forma, como entre los iroqueses, por una antepasada y sus hijos, y los hijos de sus hijas, nietas, bisnietas, etc., sino, como entre los griegos, por un antepasado y sus hijos, y los descendientes de sus hijos varones por la vía masculina. Primero todo individuo, varón o mujer, forma parte de la *gens* de la madre; después, todo individuo, varón o mujer, forma parte de la *gens* del padre, para poder heredarlo, transformación del derecho exigida por los hijos como por los padres, una vez que los hombres fueron los principales tenedores de riqueza. La evolución de la familia, que, poniendo crecientes limitaciones al comercio sexual de cada mujer, había hecho cada vez más segura la paternidad, recibió entonces nuevo impulso constituyéndose entre los ricos la familia poligámica patriarcal, y después la monogámica, al mismo tiempo que se relajaba uno de los principios más estrictos de las sociedades antiguas, el de casarse fuera de la propia *gens*. Desde que hubo ricas herederas, y a fin de conservar sus bienes dentro de su *gens*, no sólo se permitió sino que se exigió que tomaran por esposo a alguno del mismo grupo sanguíneo. Aquí encontramos ya la acumulación privada de la riqueza como un estorbo al cumplimiento de un viejo y probado principio biológico de selección.

* * *

Con el enriquecimiento individual en la vida pastoril se debilitó la antigua solidaridad del linaje común, supuesto o

real, en la medida en que aparecieron diferencias de situación pecuniaria entre los individuos de un mismo linaje. Al entrar en la época histórica de la que nos quedan documentos escritos, los habitantes del Atica están ya divididos en clases por una constitución atribuída al personaje místico Teseo, que, prescindiendo de las agrupaciones consanguíneas, dividió a los atenienses en eupátridas o bien nacidos, a los cuales estaban reservados los principales cargos públicos, geomoros o agricultores y demiurgos o artesanos. Las familias ricas se habían impuesto, pues, como entidades superiores dentro de su *gens*, y establecido entre sí vínculos en que no entraban para nada las relaciones de sangre.

El desarrollo de la navegación y el uso de la moneda completaron la disolución de la vieja organización gentil de la sociedad. En efecto, no procrean solamente las ovejas y las vacas. "Dinero que engendra dinero", se ha dicho del préstamo a interés, y desde que el círculo de las relaciones comerciales se ensancha mediante el empleo de la moneda, se hacen cada vez más estrechos e inadecuados los moldes sociales primitivos, al mismo tiempo que se multiplican y agravan las causas de desigualdad social.

* * *

Morgan y Engels trazan el cuadro de la génesis del Estado ateniense, sobre las ruinas de la constitución gentil, por la fuerza principal, sino exclusiva, del desarrollo económico.

Un activo comercio de granos, aceites y vinos mezclaba y confundía la población del Atica. De más en más los productos tomaban el carácter de mercancías, destinadas en gran parte al cambio con el extranjero. La tierra se había distribuído pasando a ser de propiedad privada, puede suponerse que por mutuo acuerdo entre los miembros de la antigua comunidad, al ser necesaria, para un cultivo más intenso, mayor incorporación de capital. Pronto las campiñas del Atica es-

tuvieron erizadas de postes que anunciaban la hipoteca de los terrenos y muchos campos pasaron a propiedad del usurero noble, en pago de préstamos o de sus intereses. Los campesinos eran en gran parte colonos que pagaban cinco sextos del producto a título de arrendamiento. Y a los esclavos de origen extranjero, sometidos en la guerra o comprados, se agregaban los ciudadanos atenienses que perdían su libertad por no poder pagar sus deudas. A tal punto había resultado opresiva la propiedad privada, extendida al suelo, al medio físico-biológico, y sostenida primero como un derecho establecido por la costumbre, más tarde, en virtud de leyes escritas, como las del eupátrida Dracon, que castigaban hasta el hurto de frutas o legumbres con la pena de muerte! En vano los atenienses habían democratizado su sociedad reduciendo primero a diez años la duración del hasta entonces vitalicio cargo de arconte; quitándole el carácter hereditario, que había tendido a tomar desde que empezó a acrecentarse la propiedad privada; reduciéndolo más tarde a un año de duración y eligiendo nueve arcontes en lugar de uno. Más que todas las formas de organización política pudo la acumulación individual de la riqueza favorecida por el principio de la propiedad privada, que se mantenía en todo su rigor. La tiranía del dinero había debilitado profundamente la solidaridad de la clase de los ciudadanos libres cuando Solón, elegido arconte, dió sus famosas leyes, que abolieron o redujeron mucho las deudas, concedieron la libertad a los que la habían perdido por compromisos pecuniarios, reimpatriaron a los emigrados por deudas, y devolvieron la tierra a los campesinos. Prohibió Solón para lo sucesivo que la persona del deudor fuera tomada en prenda, y limitó la extensión de tierra que podía poseer cada ciudadano. Y reconociendo al mismo tiempo en la desigualdad de los haberes individuales un carácter permanente fundamental de la sociedad ateniense, la dividió en cuatro clases de ciudadanos, según la riqueza, medida por la magnitud de sus cosechas de trigo y aceite. La clase más rica, que pagaba los más altos

impuestos, tenía derecho exclusivo a los más altos cargos públicos y no prestaba servicio militar. La segunda clase daba la caballería, la tercera, la infantería pesada, y la cuarta, que no pagaba impuesto alguno, formaba la infantería ligera y no tenía derecho a empleo público, conservando solamente el voto en las asambleas que elegían a todas las autoridades y aceptaban o rechazaban las proposiciones del Consejo. Quedaban entretanto, residuos de la organización gentil. Subsistían las cuatro tribus en que de antiguo estaba dividido el pueblo ateniense, de cada una de las cuales se elegían 100 miembros del Concejo establecido por Solón. Y eran numerosos ya los ciudadanos griegos, establecidos y aun nacidos en Atenas, que no pertenecían a ninguna de las gentes y tribus atenienses. El comercio había determinado la inmigración de individuos y familias de otros pueblos griegos, desprendidos así de sus respectivas gentes y tribus, y sin acceso a las del pueblo en cuyo seno habían ido a establecerse. Por la constitución de Solón podían esos hombres tomar parte en la asamblea del pueblo, pero quedaban siempre fuera de la organización gentil, base de la representación política, y, cualquiera que fuera su fortuna, no eran elegibles para ningún cargo público. Al mismo tiempo el progreso económico había desparramado los miembros de las gentes y tribus atenienses a los cuatro vientos, borrando entre ellas toda diferencia de ubicación. Abolida la propiedad común de la tierra, pasó ésta a ser un objeto de compraventa que cada uno enajenaba a quien quería y adquiría donde mejor le parecía. Dos siglos llevaban ya los atenienses de civilización, su técnica era adelantada, su agricultura y su industria florecientes, su comercio marítimo extenso, su literatura empezaba a ser excelente, y todavía duraba el conflicto entre la vieja organización gentil, propia de los tiempos bárbaros, y la nueva constitución política, exigida por las nuevas condiciones técnico-económicas. Pasaron todavía ochenta y cinco años después de Solón hasta que Clistenes fundó definitivamente el Estado ateniense, sobre la base del territorio y de la propiedad. Apoyado por la masa del pueblo, y en oposición a la aristocracia que defendía aún la vieja constitución gentil, Clistenes dividió el territorio ateniense en diez grandes distritos, subdivididos a su vez en diez comunas con administración local propia. Los habitantes de cada uno de los grandes distritos elegían 50 miembros del Concejo, cuyo número total se elevó, por consiguiente, a 500. Se conservó la palabra tribu en el vocabulario político, pero no para designar conjunto alguno de agrupaciones consanguíneas, sino como denominación del conjunto de los pobladores libres de un gran distrito territorial, cualquiera que fuera su origen, de la misma manera que el demos, o comuna, agrupaba a todos los habitantes del lugar indistintamente. Muchos extranjeros y libertos adquirieron así en Atenas los derechos políticos, desaparecieron las clases establecidas por Solón, y todo ciudadano fué elegible para cualquier puesto.

* * *

Del respeto supersticioso por las sentencias de sus jueces y las reglas de sus legisladores, que atribuía en un principio a la inspiración divina, el pueblo ateniense se había elevado a la conciencia necesaria para romper con la tradición y pasar de la costumbre o derecho consuetudinario, que tanto dejaba al capricho o la fantasía de los jueces, al derecho escrito. Y contra la tendencia avasalladora de la riqueza, que había destruído la desigualdad de la primitiva organización, estableció la igualdad política de los ciudadanos.

Pero quedaban siempre los esclavos, privados de todo derecho y explotados en escala cada vez más vasta. La sujeción de esa clase laboriosa, que formaba gran parte de la población, era una de las funciones del ejército ateniense, formado por los hombres libres, que elegían también sus jefes militares. Arrancados por la violencia a su ambiente originario, los esclavos estaban fuera de la ley, sin más vínculo con la sociedad en cuyo seno vivían que la fuerza que los

obligaba al trabajo. Sus hijos, si se les permitía reproducirse, también eran esclavos. Era aquella una relación de coerción directa y violenta, de odio recíproco; en el mejor de los casos, un estado de mutualismo biológico, de domesticación. Aristóteles compara al esclavo con el buey y llama al obrero "instrumento animado". "No es grande —dice— la diferencia entre el esclavo y la bestia: ambos son útiles sólo por su cuerpo". Y agrega: "Hay en la especie humana individuos tan inferiores a los demás como la bestia al hombre. La naturaleza ha dado cuerpos diferentes al esclavo y al hombre libre; ha dado a aquél miembros robustos para los trabajos groseros, mientras que el hombre libre tiene el cuerpo recto y poco a propósito para los trabajos corporales". "Es evidente que unos son naturalmente libres, y otros naturalmente esclavos". Estos argumentos, opuestos por Aristóteles a los que condenaban la esclavitud como resultado de la violencia eran la expresión teórica del estado social de su tiempo, nada propicio, como se comprende, para el trabajo productivo de los ciudadanos. ¿Cómo podrían éstos ocuparse en tareas que consideraban indignas, propias solamente de bárbaros, de esclavos? De ahí que la institución de la propiedad privada, que engendraba y ahondaba siempre la desigualdad entre los hombres libres, fuera para los Estados griegos causa poderosa de disolución. En vano, al comenzar en Grecia las guerras civiles, Platón concibió su república, en que una aristocracia, formada por selección y mantenida por el trabajo de las clases productoras, viviría en la más compleja comunidad de bienes, para librarse de toda baja preocupación y dedicarse por completo al gobierno. "Porque si tuvieran tierras y habitaciones y oro en propiedad, serían ecónomos y agricultores, pero no guardianes, tiranos y no compañeros de los otros ciudadanos; y su vida entera la pasarían odiando y odiados, vigilando y vigilados, mucho más temerosos del enemigo interno que del extranjero, y corriendo hacia la ruina propia y en toda la ciudad". Estas profecías no se cumplieron sino demasiado. Ricos y pobres, oligarquía y democracia, en

conflicto perenne y sin solución, ensangrentaron las ciudades griegas hasta agotarlas y hacerlas fácil presa para los romanos, que los helenos despreciaban como a bárbaros.

* * *

Y la república romana, resultado de una evolución semejante a la de Grecia, iba a terminar como ésta, por falta de solidaridad entre los elementos que la formaban.

Pastores y labradores, los romanos aparecen en la historia escrita divididos en *gentes* de base paterna, agrupadas, de a diez, en curias, diez de las cuales constituían a su vez una tribu. Cada *gens* obedecía a un jefe llamado *pater,* cargo que probablemente al acentuarse la desigualdad de la riqueza personal, se había hecho hereditario en ciertas familias llamadas patricias, de las cuales salían los miembros del consejo o senado. Para deliberar sobre los asuntos públicos, reuníanse en asamblea las curias, y el voto de la mayoría de éstas era tenido como la opinión del pueblo romano. Fuera de esa organización gentil habíase formado entretanto toda una clase de hombres, descendientes de extranjeros incorporados a la ciudad, los plebeyos, que prestaban servicio militar, podían ser comerciantes y propietarios del suelo y llegaron a ser tanto o más ricos que los patricios, pero no eran admitidos a las asambleas y estaban excluídos de toda función política, porque no pertenecían a las antiguas *gentes* y tribus. En lucha secular por la igualdad política, la plebe consiguió desde luego abolir la excluyente influencia de la vieja organización gentil en la dirección de la sociedad. La constitución atribuída a Servio Tulio suprimió los comicios por curias, seccionó el territorio en distritos, en cada uno de los cuales levantó un registro de los habitantes y de su propiedad, para dividirlos en clases según su riqueza, y los hizo votar en esta forma, dando el mayor peso en las decisiones a la opinión de los ricos. Quedó entonces establecida la sociedad política romana sobre la base del territorio y la pro-

piedad. Después, la institución de los tribunos de la plebe, para defenderla de los abusos de la clase alta y vetar las medidas de gobierno que le fueran adversas, la promulgación de leyes escritas en lugar del derecho consuetudinario que los jueces patricios aplicaban a su placer, la libertad de matrimonio entre personas de las distintas clases, el acceso de todos los ciudadanos a todos los cargos públicos, desde el de cónsul o jefe militar, hasta el de pretor o juez y el de gran pontífice, la formación del senado por los antiguos magistrados, el voto igual para todos los romanos, cualquiera que fuera su riqueza, el plebiscito o voto popular por iniciativa de los tribunos con fuerza de ley, fueron otras tantas etapas de la nivelación política de las clases, en brega prolongada y tenaz.

* * *

Tal fué la organización política con que Roma, después de dominar toda la Italia, se lanzó a la conquista del mundo. Y a medida que hizo sentir su prepotencia en el Mediterráneo y centralizó el comercio y la riqueza mundiales, más insuficientes y estrechas resultaron las leyes estatuídas por la primitiva Roma de campesinos. Draconianas en su defensa de la propiedad, esas leyes hacían del cuerpo mismo del deudor una prenda que el acreedor podía reclamar en pago. No reconocían propiedad completa sino de la tierra, los bueyes y caballos y los esclavos, factores de la producción agrícola. La enorme variedad de objetos de apropiación y de nuevas relaciones y conflictos a que la propiedad privada daba lugar al extenderse el radio de la cooperación y diversificarse y complicarse las relaciones económicas, no habían podido ser previstas por los legisladores de la primera edad. Fué necesario, pues, hacer interpretaciones y ficciones jurídicas que permitieran el desarrollo de las relaciones económicas entre los romanos, obstruídas por el texto y los complicados procedimientos de

la vieja ley. Y para las transacciones con extranjeros y de extranjeros entre sí, se elaboraron nuevas reglas, más simples, y en armonía con las prácticas de los pueblos en general. Es lo que se llamó "derecho de gentes", base del sistema de ingeniosas relaciones y doctrinas jurídicas que ahora se conoce como derecho romano. Pero ese glorioso monumento del genio latino, como lo llama Loria, no es sino un sistema de leyes sobre la propiedad, no regula sino las relaciones entre propietarios.

* * *

Quedaban fuera de él las relaciones entre amo y esclavo, cada vez más importantes para la producción romana a medida que los campesinos libres desaparecían de Italia, llamados a la guerra, arruinados por la importación de trigo de Sicilia, de Africa, de España, expropiados por el dinero de los señores, que adquirían las parcelas del suelo para incorporarlas a sus latifundios, en los cuales los trabajadores libres eran reemplazados por bandas de esclavos, dirigidas también por libertos o esclavos. No sólo los prisioneros de guerra, sino la población entera de los países sometidos, griegos, orientales, galos, íberos, sardos, hombres, mujeres y niños, eran llevados a Roma para ser vendidos en el mercado, como ganado humano. Instrumento vocal llamaban los romanos al esclavo, como única diferencia entre él y el instrumento semivocal o animal de trabajo, y el instrumento mudo o herramientas. Sin derecho de ser marido, ni padre, ni de poseer cosa alguna, sujeto absolutamente a la voluntad de su amo, que podía infligirle castigos terribles por la mínima falta, la situación del esclavo hubiera sido realmente la de un animal o de una cosa, si, movido por el odio, no se hubiera a veces rebelado, si, movidos por la simpatía, algunos amos no hubieran suavizado los rigores de su suerte y lo hubiesen manumitido en algunos casos. Y eran tantos que un romano considerado pobre podía tener varios; en el siglo que precedió al principio de la era vulgar, Lúculo,

vencedor en Asia, vendió esclavos por 4 dracmas, más o menos 75 centavos. También el servicio doméstico y las industrias urbanas estaban en Roma en manos de esclavos. ¿Qué campo de actividad quedaba, pues, para los ciudadanos romanos sin recursos? Fuera de la guerra, a la que los arrastraba la avidez de botín, se hacinaban en la gran ciudad, ociosos y miserables, desdeñosos de todo trabajo productivo, encomendado a los esclavos, y resueltos a vivir a expensas del Estado haciendo valer sus derechos de ciudadanos. Formóse así la plebe que condujo a Roma al cesarismo, y cuando, terminadas las conquistas, no hubo ya cómo proveer a Roma de brazos serviles, la agricultura decayó aún más, despobláronse las campiñas del imperio, y quedó éste abierto a las irrupciones de los bárbaros del Norte, que, con su vigor físico y su genuina y sólida organización gentil, dominaron pronto a aquella civilización corrompida.

* * *

Junto a instituciones políticas y jurídicas de las cuales admiramos la originalidad y el amplio desarrollo, subsistió, pues, en Roma como en Grecia el más hondo de los abismos que pueden dividir a una sociedad: la esclavitud, relación inmediata de fuerza, que dejaba a la parte laboriosa de la población fuera del derecho, fuera de la ley. Frente a esa división fundamental de los hombres en clase libre gobernante y clase trabajadora esclava, los antagonismos entre ricos y pobres, aristócratas y demócratas, que llenan las páginas de la historiografía clásica, pierden todo relieve e importancia. La esclavitud es el carácter esencial de aquellas sociedades, la coerción sin disimulo a los fines de la producción. Esta profunda escisión social es propia de las épocas históricas en que las continuas guerras proveen al pueblo vencedor de abundante material humano de trabajo, y la clase laboriosa es, por consiguiente, de origen extranjero. Las diferencias que la separan de la clase alta llegan entonces a su máximum, y se muestra en su apogeo el carácter de fuerza del Estado. Dentro de éste luchan entretanto los satisfechos y los descontentos de la clase libre, sin acertar en una solución progresiva de sus diferencias, porque unos y otros ven en la situación servil de los trabajadores una necesidad permanente y eterna. Sólo en la guerra exterior encuentran distracción y válvula de escape los celos y odios que dividen a la alta sociedad, hasta que la nación agotada y exangüe, sucumbe a los golpes de un enemigo más sano y vigoroso, si no más civilizado.

* * *

No basta, pues, el simple desarrollo técnico-económico interno para explicar la formación de las clases fundamentales de la sociedad; entran de por mucho en su génesis los conflictos externos, los choques entre sociedades diferentes, las consecuencias de las guerras. Así también, la propiedad ha resultado en gran parte directamente del despojo, de la fuerza.

Lento y difícil es el proceso de la repartición privada de las tierras comunales, a tal punto que en el siglo 18 la mitad del suelo era todavía propiedad comunal en el país de Tréveris (Prusia Renana), y que no se ha dividido aún el suelo de las comunas de la mayor parte de Rusia.

El reparto se hace en cambio inmediatamente en las tierras conquistadas por pueblos que han alcanzado cierto desarrollo histórico. Durante muchísimas generaciones la política de la plebe rústica de Roma consiguió que a cada nuevo hijo le tocara una finca en los países conquistados. "Cuando los griegos, los romanos o los germanos, los antecesores de los pueblos cultos de hoy, caían sobre un país, se apoderaban total o parcialmente del suelo y reducían a los habitantes a esclavos o siervos, nadie podía poner en duda — dice Menger — el carácter violento del nuevo orden de cosas."

* * *

Esta función de fuerza del Estado aparece, es cierto, en todas partes, desde que el Estado se consolida, y a la di-

rección de la guerra exterior une la misión de mantener el reinante orden social y salvaguardar los privilegios de la clase alta, para lo que crea una fuerza pública, en oposición al antiguo pueblo armado. El haz de varas y el hacha que llevaban los lictores romanos como insignias del dictador, cónsul o pretor a quien acompañaban, eran el símbolo de la atribución de estos magistrados de castigar a los ciudadanos. Tan extraña y odiosa fué, al iniciarse, la institución de la policía, que en Atenas no hubo al principio hombre libre dispuesto a ocuparse en ella, y los primeros gendarmes fueron esclavos.

Pero mientras se conserva vivo en el seno de un pueblo el sentimiento de la primitiva igualdad, y luchan los ciudadanos por mantener la libertad política por encima de las diferencias de riqueza, ni las más severas leyes sobre la propiedad pueden doblegarlos. Dueño del poder político, el pueblo soberano las atenuará, las anulará si es necesario para restablecer su derecho natural al medio físico-biológico. Hasta el fin lucharon las democracias griegas por la abolición de las deudas y el reparto de las tierras. Y los romanos, después de abolir el derecho de apoderarse de la persona del deudor insolvente, conferido al acreedor por la Ley de las 12 tablas, exigieron para los pobres una compensación de los privilegios de los ricos, reclamando del Estado primero tierras, después pan. Así como en Atenas todo ciudadano que concurría a la asamblea del pueblo tenía derecho a un subsidio, por mucho tiempo los romanos recibieron gratuitamente del Estado cierta cantidad de trigo. ¿Cómo los hombres que con su voto daban a otros la autoridad podían quedar despojados de todo medio de vida?

* * *

Lo que se llama respectivamente derecho privado y derecho público, los códigos y las leyes cívicas tienen, pues, entre sí la más íntima conexión. El más privado de los derechos, el de propiedad, que los juristas romanos definían

como "el derecho de usar y de abusar", es una institución política fundamental, la más importante, para organizar la cooperación. Ella implica, sin embargo, la pérdida para muchos o la mayor parte de los hombres, de su derecho primitivo a la tierra y a lo que de ésta nace naturalmente. Este derecho innato, muy real dentro de la originaria comunidad gentil, estaba basado en la aptitud de la comunidad para defender su territorio, y, en este sentido, puede decirse que no hay más derecho natural que la fuerza. Con el aumento de la población, punto de partida y a la vez consecuencia del progreso técnico-económico, con la acumulación de la riqueza, que amplía el campo de acción de las aptitudes individuales al mismo tiempo que constituye fuentes hereditarias de privilegio, acentúanse también las diferencias entre las sociedades humanas, y se hace más continuo el contacto entre esas sociedades distintas, que ya no pueden vivir separadas, ni son aún capaces de vivir juntas sobre un pie de paz y concordia. Tienen entonces que combinarse en unidades sociales mayores, dentro de las cuales la necesaria cooperación en grandes masas sólo es posible mediante el predominio del pueblo técnico-económicamente superior, constituído en clase propietaria.

De esta manera se crea para el hombre un ambiente artificial, en que las instituciones se interponen entre él y sus más elementales necesidades. Y al sucederse las generaciones nacidas y criadas en ese ambiente, el hombre se habitúa a él, y acaba por mirar la tradición legal como una necesidad inmanente, prejuicio robustecido por la religión. "Dioses términos" llamaban los romanos a los mojones de piedra que marcaban las lindes de sus campos. "Al César lo que es del César", es una de las sentencias religiosas más repetidas. A la larga, la clase servil parece olvidar toda idea de igualdad humana y caen en un verdadero estado de domesticación, en que ya no piensa sino en llenar sus necesidades más animales. Para esa masa trabajadora, el derecho de propiedad, aunque esté escrito y date sólo de bien contados años, es un derecho consuetudinario, una *unwritten*

law, grabada indeleblemente en la memoria de todos. Esa ley que entra en la mente del pueblo con la sangre y no con la letra, prácticamente no escrita, pues si lo ha sido, no ha sido escrita para él, es la única que existe para el trabajador, que muchas veces ni sabría leerla. ¿Acaso al redactarla se le tuvo en cuenta como sujeto inteligente? Mirado por sus amos como simple animal de trabajo, sometido a una directa coerción, que lo mata o lo hunde en la explotación inconsciente, el productor servil, fuera de alguna ocasional revuelta, pierde toda iniciativa. No cuenta para el progreso sino como factor biológico y ejecutor pasivo de órdenes ajenas en el campo técnico-económico: el esclavo obedece, pero no inventa ni coordina.

La Lucha de Clases

DESARROLLO DE LA BURGUESIA

La lucha de clases es, políticamente hablando, la dinámica de la Historia. — Decadencia de la esclavitud romana. — El colonato. — Fué el modelo de la propiedad feudal. — La conquista germánica. — El régimen feudal. — La emancipación de las ciudades. — Los reyes apoyan este movimiento de la burguesía naciente. — Letrados burgueses asesoran a los reyes en el gobierno. — Las ciudades adquieren representación política. — Esteban Marcel. — Rebelión de los campesinos en Francia. — Emancipación de los siervos. — El Estatuto de trabajadores de Inglaterra. — La revolución inglesa de 1381. — Aumenta el poder militar de las clases productoras. — Los gremios urbanos. — Dibújase más tarde en ellos la división entre burguesía y proletariado. — Nuevas tentativas burguesas revolucionarias en Francia. — Comienza la centralización absolutista. — Pero siempre al servicio de la burguesía comercial, que necesita un gobierno fuerte. — La expansión mundial del comercio. — El Renacimiento. — La reforma religiosa. — Formación del proletariado. — Rápido enriquecimiento de la clase media en el siglo 16. — La revolución inglesa del siglo 17. — Progresos de la evolución técnico-económica en Francia. — Se acentúa en este país el absolutismo monárquico. — Pero la fuerza de la burguesía sigue en aumento. — La manufactura. — Los factores fiscales de la acumulación capitalista. — La economía política. — El mercantilismo. — La idea de un orden económico espontáneo y natural. — El arsenal teórico de la clase media. — La literatura revolucionaria del siglo 18. — El cultivo y la difusión de la ciencia. — Turgot. — La revolución francesa del siglo 18. — Sus resultados. — Propagación de sus principios al exterior. — La colonización capitalista sistemática.

Hemos visto constituirse el Estado cuando las relaciones económicas se han extendido e intrincado hasta el punto

de cubrir y confundir las primitivas divisiones de los hombres, basadas en la sangre; cuando, para mantener esa nueva y vasta división personal y territorial del trabajo, se hace necesaria una constitución política que, mediante la coerción directa por la fuerza y la indirecta por la propiedad, obligue sistemáticamente a los hombres a cooperar.

La autoridad se encarna entonces en la clase rica y noble, que, junto con el orden social, defiende sus propios privilegios. Las costumbres y leyes que ella impone son la estática social, el conservatismo, la sociedad como quisieran perpetuarla los favorecidos y satisfechos de cada época.

Cuando el mundo histórico llega a este grado de complexidad, dentro de la unidad social aparecen conflictos entre las clases antagónicas. La sujeción permanente de los vencidos en la guerra es la continuación latente de la guerra: frecuentes y sangrientas fueron las rebeliones de esclavos en la Roma antigua. Pero los esclavos no luchan por la transformación progresiva de la sociedad en que están incluídos, sino por salir de ella.

De trascendencia histórica mayor son los esfuerzos que por emanciparse hacen clases subalternas formadas dentro de la misma unidad política en virtud de la acumulación de la riqueza. Por mucho tiempo, sin embargo, la masa trabajadora, extranjera y sometida, queda excluída de esas luchas, tendientes muchas veces a retrotraer la sociedad a su estado anterior, y de las cuales no resultan en todo caso nuevas relaciones, sino para los individuos del pueblo dominante.

En el grado en que desaparece la esclavitud, reemplazada por nuevas formas de sujeción, que pesan sobre clases serviles autóctonas y vinculadas ya por algún derecho a la sociedad de que forman parte, la lucha de clases se hace menos violenta y episódica, más regular y constructiva, un juego de fuerzas que agitan a la sociedad entera y conducen a su progreso.

En efecto, lejos de conservar la superioridad técnico-económica y militar que la eleva en un principio y se afianza en el curso de su carrera ascendente, toda clase alta, de privilegios hereditarios, tiende a perder sus aptitudes y funciones sociales, y a degenerar en una casta parasitaria, que cuenta con el poder político como única base de predominio. En sus manos la ley, ya inerte de por sí y siempre en atraso respecto de las necesidades y opiniones actuales, se cristalizaría en fórmulas arcaicas, cada vez más distantes de expresar las relaciones necesarias de los hombres en la sociedad.

Frente a esa decadente aristocracia, surgen, pues, clases nuevas, revolucionarias, propulsoras del progreso técnico-económico, cuyas realidades rompen los moldes de las viejas formas políticas. La lucha que estas clases sostienen para apoderarse de la dirección de los negocios colectivos es, políticamente hablando, la dinámica de la Historia.

* * *

Al derrumbarse el Imperio Romano bajo la irrupción de los bárbaros pueblos germánicos, tiempo hacía que la esclavitud había decaído por falta de esclavos. Desde que el poder militar de Roma apenas bastó para defender su inmenso imperio, fueron más los hombres perdidos en las guerras que los prisioneros hechos, y quedaron agotadas las fuentes de trabajo servil que tan abundantemente la habían surtido. Se hizo entonces necesario pensar en la reproducción de la clase trabajadora, y elevar a los esclavos rústicos a la situación de colonos, cultivadores de pequeños campos donde habitaban con sus familias, y sujetos a un tributo a los propietarios del suelo, todavía acaparado en forma de latifundios por la clase rica. Eran los colonos relativamente libres; podían poseer, heredar y ser soldados. Su obligación consistía en entregar al señor parte de la cosecha o en trabajar gratuitamente cada año cierto número de jornadas en

las tierras que su amo explotaba directamente. Para avaluar las propiedades, a los fines del impuesto, el gobierno romano registraba el número de colonos que había en cada una de ellas, y acabó por quitar a los propietarios el derecho de expulsarlos y a los cultivadores serviles el de abandonar las tierras. La clase trabajadora del campo dejó entonces de ser esclava para quedar adscripta a la gleba. Y a ella se incorporaron en los últimos tiempos del Imperio buen número de trabajadores bárbaros, sobre todo en las colonias militares, establecidas a lo largo de la frontera del Rin y del Danubio, formadas por soldados veteranos, dispuestos siempre a la pelea. La despoblación del Imperio había hecho que sus mismas legiones fueran en gran parte formadas por mercenarios bárbaros.

• • •

Cuando los pueblos germánicos se establecieron violenta y definitivamente en las tierras del Imperio, encontraron, pues, el modelo de la doble propiedad característica del sistema feudal que ellos habían de implantar: la propiedad principal por el Estado o por el jefe, al cual deben obediencia militar los ocupantes inmediatos del suelo, provistos también de un derecho secundario o accesorio de propiedad, trasmisible por herencia, relación, dice Sumner Maine, más simple y fácil de imitar que la yuxtaposición de derechos legales e iguales.

A diferencia de los romanos, que se apoderaban de todo el suelo de los países conquistados, no tomaron para sí los germanos sino de 1/3 a 2/3 de las tierras de los terratenientes romanos. Quedaron éstos equiparados a la más ínfima categoría de bárbaros, los colonos o lites germánicos, y más abajo aun, formando los dos estratos inferiores de aquella heterogénea sociedad, los romanos tributarios o colonos y los esclavos.

La civilización romana, ya en plena decadencia, se hundió aún más al quedar sujeta a esos elementos extraños de

cultura tan inferior. Los invasores se establecieron en el campo, y al campo se fueron los elementos más altos de la sociedad romana que quisieron asimilarse a ellos, con lo que se agravó la barbarización atenuada por la iglesia cristiana, que en sus conventos y monasterios salvó la tradición de la técnica romana.

Embaucadora y consejera de los jefes invasores, depositaria de toda la ciencia de la época, la de leer y escribir, organizada desde el siglo 8 en toda la Europa Occidental como una unidad, pronto adquirió la iglesia el dominio directo de gran parte del suelo. A cada obispo le tocó una ciudad, fundándoselas en Alemania, donde no las había, para que allí también pudieran ellos dignamente funcionar. Vastas extensiones fueron adjudicadas a los monasterios establecidos en el país de herejes, y en todas partes las instituciones eclesiásticas recibieron donaciones cuantiosas de bienes raíces, a veces aldeas enteras. Como resultado de aquel gran proceso de violencia y de fe, un tercio del territorio quedó en manos de la iglesia.

Sucedíanse entretanto los pueblos invasores, hostiles entre sí, y se desalojaban unos a otros en rápido desfile, y cuando los germanos se hubieron asentado, vieron sus nuevos dominios asaltados de todos lados, y tuvieron que hacer frente a nuevos enemigos: sarracenos al Sud, normandos al Norte, magyares al Este.

• • •

Después de efímeros ensayos de centralización, la autoridad llegó a un grado extremo de desmenuzamiento bajo el régimen feudal, que puede considerarse en su apogeo hacia el año 1000. Resultado del triunfo de las costumbres germánicas, el sistema feudal es una nueva forma política, caracterizada por una nueva constitución de la propiedad, el fraccionamiento de la soberanía y de la jurisdicción, la transformación de todos los poderes públicos en privilegios dominia-

les, la idea de nobleza unida al ejercicio de las armas y la de ignominia al trabajo productor.

Los nobles son los jefes locales, autónomos, de un origen cualquiera, barón de sangre germánica, obispo guerrero, valiente abad, bandido sedentario, que dirigen la defensa de la población de una parte del territorio contra los continuos embates del exterior. Jueces y administradores, a la vez que jefes militares, los nobles son los dueños absolutos del país; toda propiedad es delegada por los señores y vuelve a ellos; todos los actos de la vida civil son para ellos ocasión de exacciones.

Las sufre sobre todo la población trabajadora del campo, la clase de los siervos, resultante de la fusión de esclavos, colonos y campesinos libres en una clase rústica servil. Los germanos no conocían la esclavitud doméstica, y la imitación de sus costumbres por los nobles galos e íbero-romanos hizo pasar muchos esclavos de la ciudad al campo del servicio de la casa al trabajo rural. Y una vez establecidos en el campo, provistos de una habitación, esos hombres dejaron de ser trasportables y vendibles como los bienes muebles, para adherirse a la tierra, adquirir un derecho relativo al usufructo del suelo, de la casa y de los pastos y bosques comunales, y transmitirlo a su descendencia, así como ellos cambiaban de señor junto con la tierra. Por otra parte, los campesinos libres cayeron gradualmente en el vasallaje, o en una verdadera servidumbre respecto del poderoso señor que los amenazaba y podía protegerlos.

Y la protección dispensada a los campesinos por aquellos férreos caballeros, que tenían una fortaleza por domicilio, no podía ser sino muy cara. Debía el siervo a su señor un canon en dinero, entregarle además parte de los productos de la tierra, y trabajar para él gratuitamente muchos días en las tierras que se reservaba. Si el feudo pertenecía a algún abad o monasterio, apoyado en la fuerza de sus barones, es decir, de los altos vasallos cuya única obligación era el servicio militar a caballo, las condiciones impuestas a los productores del

campo no eran más suaves. En la abadía alsaciana de Marmoutiers, de la cual se han conservado documentos del año 1144, además del canon en dinero, de contribuciones variadas, la más importante de las cuales gravaba la venta del vino, y de otras obligaciones menores, debía el siervo trabajar para el abate tres días por semana. En su libro *Seis siglos de trabajo y salarios,* registra Thorold Rogers las cargas que pesaban sobre cada uno de los siervos del señorío inglés de Cuxham: 1/2 penique el 12 de noviembre y 1 penique cuando hacía cerveza; una cuartilla de trigo semilla el día de San Miguel, otra de trigo común, 4 bushels de avena y 3 gallinas el 12 de noviembre; y en Navidad, un gallo, 3 gallinas y 2 peniques de pan; arar, sembrar y cuidar 1/2 acre de tierra a su señor, y prestar sus servicios cuando se lo pidiera el intendente, excepto los domingos y días de fiesta; segar tres días, con otro hombre a su costa, en la cosecha del señor. No podía el siervo casar hijo ni hija, ni vender buey, ternero, caballo o potro, ni cortar encina ni fresno, sin el permiso probablemente no desinteresado de su señor. El siervo no podía armarse para la milicia, ni establecer su residencia fuera del feudo; si conseguía esto último por gracia especial era obligándose a pagar una tasa anual; no podía tampoco instruir a sus hijos, sin el permiso señorial, so pena de multa; multas por ir a la escuela, que aparecen con frecuencia en la cuenta de entradas del feudo durante los siglos 12 y 13. Correspondían también al señor todas las multas que impusiera en virtud de su derecho de administrar justicia, lo que hacía de ésta una de las fuentes de recursos de la nobleza. Si el siervo era condenado por un crimen, el señor confiscaba sus bienes; si moría sin dejar hijos, la casa y la heredad que había cultivado pasaban a manos del señor. El molino, el horno y la prensa señoriales, a donde los siervos estaban obligados a llevar su grano su pan y sus uvas, eran otras tantas agencias de extorsión. Y la prepotencia de los señores llegó más lejos en muchos lugares. Entre los "malos usos" que aquejaban a los payeses, labradores serviles de Cataluña, se

mencionan el de que la mujer sierva fuese nodriza de los hijos del señor, que éste tuviese el derecho de pernada, esto es, el de acostarse con la novia payesa antes de entregarla al marido, y el de que fueran no menos de treinta los distintos tributos en productos. Repetidas veces se sublevaron los siervos del monasterio castellano de Sahagun contra otros "malos usos", como la prohibición de cortar madera y leña del monte, la de vender el vino antes de que los monjes hubieran vendido el suyo, la de comprar paño ni pescado antes de que los monjes compraran. Agréguense los peajes que cobraba cada barón feudal por dejar a personas o mercancías ir por los caminos o por los ríos o entrar al puerto comprendido en sus dominios, y se tendrá una somera idea de lo que significaba aquel estrecho régimen teocrático-militar, que había despedazado el suelo y la población de Europa en infinidad de pequeñas tiranías. Aun las antiguas ciudades romanas estaban dominadas por los hombres de armas y los obispos, decayendo en ellas la industria y el comercio, y desapareciendo todo vestigio de administración propia municipal.

En este caos económico y político se hizo la mezcla de las razas, y fueron formándose en Europa pueblos más o menos homogéneos por su idioma y sus costumbres. La Alemania había recibido el choque de las primeras fuerzas militares y políticas organizadas por los reyes bárbaros sobre las ruinas del Imperio Romano, y caído también bajo el feudalismo. La sociedad europea había ganado en extensión, y sobre toda ella la iglesia cristiana extendía su dominio y su jerarquía. Bajo el influjo del desarrollo técnico-económico, en ese ambiente dominado por la violencia y la superstición, van a nacer y robustecer las fuerzas políticas creadoras de la sociedad moderna.

* * *

Bien que en cada dominio señorial hubiese siervos encargados de los trabajos industriales más indispensables que dentro de cada feudo la producción fuera casi exclusivamente para el propio consumo, y que las relaciones de dinero tuvieran en aquella época escasísima importancia, subsistía siempre cierta centralización de la industria en las viejas ciudades, y, entre éstas y las zonas agrícolas que las circundaban, rudimentarias relaciones de cambio. Abrigaban también las ciudades algunos cultivadores de la vecindad, que se encontraban más seguros dentro de sus muros. Y de las ciudades, donde los hombres de trabajo estaban más cerca unos de otros, levantóse la primera resistencia contra el régimen feudal. Primero en las ciudades marítimas del Norte de Italia, Venecia, Génova, Pisa, engrandecidas por las cruzadas y por su contacto con la civilización árabe, y pronto organizadas como aristocracias de mercaderes, industriales y navegantes. Favorecidas en su emancipación por las luchas entre el Papado y el Imperio, las ciudades lombardas, desde principios del siglo 12, diéronse también un gobierno propio, un consejo formado por los habitantes más ricos, y jefes llamados cónsules, para los comerciantes y artesanos organizados en milicia. Este movimiento de libertad municipal propagóse enseguida a las ciudades del Sud de Francia, al mismo tiempo que las del Norte se organizaban para rescatarse de las exacciones de los señores. "He aquí —decía en sus crónicas un abate del siglo 12— lo que se entiende ahora por esta palabra nueva y detestable de comuna: las gentes sujetas a tributo sólo pagan la renta una vez al año a sus señores; si cometen algún delito, no sufren sino una multa legalmente fijada, y en cuanto a los pechos de dinero que se tiene la costumbre de infligir a los siervos, los hombres de las comunas están exentos de ellos". En Inglaterra, Londres, Bristol, Southampton obtuvieron pronto garantías análogas, y en Alemania y Flandes formábase toda una pléyade de ciudades libres, baluartes de la industria y del comercio, unas, como Augsburgo y Nurenberg, situadas en el camino de Italia, las otras sobre el Rin y en la embocadura de los ríos, desde donde Lubeck, Hamburgo, Bremen y Colonia presidieron la poderosa con-

federación comercial denominada Liga Hanseática, constituída en 1367 por unas ochenta ciudades, que dominó por mucho tiempo el comercio del Mar del Norte y del Báltico. En España las necesidades militares de la lucha con los moros hicieron reconocer fueros municipales a muchas villas fronterizas a fin de atraer pobladores a ellas y de arraigarlos. Antes del año 1000 en Burgos y Castrojeriz la asamblea de vecinos tenía ya facultades administrativas y judiciales, y desde comienzos del siglo 11 las tuvo también en León, Bayona del Miño y otros lugares, cuyos habitantes, aunque de diferentes rangos, eran todos libres y gozaban del mismo fuero. La abierta reclamación de autonomía por otros centros urbanos contribuyó también a que les fuese concedida por los señores.

* * *

Resguardada en las ciudades de toda Europa, hace entonces su entrada en la Historia la burguesía, clase industrial y comercial, fuerza nueva que se interpone entre la nobleza y los siervos.

Y ella encuentra desde luego un importante apoyo en el seno de la misma clase prepotente. En todas partes el más poderoso de los señores pugna por someter a los otros a su dominio, bregan los reyes por establecer un gobierno central, en oposición a las tendencias disolventes de los condes y barones. Y en esa lucha por la unificación del poder político, que respondía a las urgentes necesidades económicas de la época, la monarquía fué el aliado natural de las ciudades y de la naciente clase media. En los siglos 12 y 13 no menos de 236 actos de los reyes de Francia se refieren a las comunas, a saber: 9 de Luis el Grueso, 23 de Luis VII, 78 de Felipe Augusto, 10 de Luis VIII, 20 de Luis IX, 15 de Felipe el Atrevido, 46 de Felipe el Hermoso, 6 de Luis X, 12 de Felipe el Largo, y 17 de Carlos el Bello. Al reconocer las franquicias municipales de una ciudad, decía Felipe Augusto

que lo hacía de todo corazón, para que los habitantes pudiesen defender y guardar mejor tanto los derechos del rey como los de sí mismos. Prohibieron los reyes de España en sus ordenanzas que tierras enclavadas en términos de los municipios pasasen a poder de los nobles, a fin de evitar a las ciudades la arbitraria intromisión de éstos, y para que no se acrecentasen las propiedades exentas de impuestos, pues no los pagaba por sus tierras la nobleza.

Junto con la acumulación de la riqueza y la actividad de los cambios, renació en las ciudades europeas el estudio y la aplicación del derecho romano, tan sabio y prolijo en la regulación de las relaciones entre propietarios, y que había sido suplantado por costumbres bárbaras al derrumbarse el antiguo orden social y adquirirse a espada y lanza los títulos feudales de propiedad. Reaparecieron entonces la ley escrita y prácticas regulares de administración; fundáronse universidades, de las cuales salió una burguesía letrada, imbuída en las máximas de la jurisprudencia clásica y capaz de oponer la razón y el derecho a la rutina y el despotismo.

Con esa cultura, a la influencia que le da su actividad técnico-económica, el tercer estado agrega una nueva fuente de poder, pues cae en sus manos la política en cuanto era ya función del poder central. De la burguesía sacaron los reyes de Francia los miembros del Parlamento, tribunal supremo y consejo de Estado, que los asesoró en la ímproba tarea de establecer en todo el reino prácticas de justicia y administración contrarias a los privilegios y al capricho de los señores. Las ferias, los mercados, la moneda, las compras y ventas, las pesas y medidas, la libertad de comercio, eran entonces, después de los derechos de las comunas, los principales temas de las ordenanzas reales, que con sus reglas uniformes querían refrenar la arbitrariedad. Nada de extraño que, en los momentos de reacción, cuando un rey débil cedía ante la resistencia de los otros poderes

feudales, los más ilustres políticos burgueses sufrieran la suerte de tantos revolucionarios: Enguerrand de Marigny, intendente de finanzas de Felipe el Hermoso, fué colgado, después de un proceso injusto, bajo el reinado de su sucesor, que dejó también someter a la tortura a Pedro de Latilly, canciller de Francia, y Raúl de Presle, abogado del rey en el Parlamento; Gerard de la Guette, ministro de Felipe el Largo, fué muerto en el tormento y Pedro Fremy, ministro de Carlos el Bello, colgado el año mismo del fallecimiento del rey.

* * *

Pero nada podía ya detener el desarrollo de las nuevas fuerzas políticas, paralelo al incremento y consolidación de las nuevas relaciones económicas. En 1302 los señores del Norte de Francia fueron derrotados en Courtrai por los burgueses flamencos, una de cuyas ciudades, Brujas, se hacía a la sazón la principal plaza comercial del Norte de Europa. Y en el mismo año, por primera vez en la historia de Francia, el rey, en conflicto con el papa, convocaba una asamblea general de representantes de los tres estados: clero, nobleza y burguesía de las ciudades. Al conquistar por la fuerza sus fueros u obtenerlos pacíficamente, las ciudades habían adquirido el derecho de consentir libremente en los impuestos y subsidios, como las otras entidades del régimen feudal. Y desde entonces las clases productoras urbanas tuvieron voz y voto en los estados generales del reino, al mismo título que el clero y la nobleza. En un principio, desentendiéronse los representantes del tercer estado de los asuntos generales del país, limitando sus intereses de clase a los de orden municipal, preocupados ante todo de que no se aumentaran los impuestos. Pero a mediados del siglo 14, cuando los desastres de la Guerra de Cien Años pusieron de manifiesto la incapacidad del rey, los representantes del naciente poder político burgués, que formaban la mitad de los diputados a

los estados generales, trataron de imponer la realización de vastas aspiraciones de orden nacional: la autoridad soberana de los estados en administración y finanzas; el impuesto extensivo a todos, aun al rey; su percepción y control por delegados de los estados; el enjuiciamiento de todos los consejeros del rey; la destitución en masa de los oficiales de justicia; el derecho de la asamblea de aplazar sus sesiones por tiempo determinado y de reunirse, por consiguiente, sin convocatoria del rey. Ni el clero ni la nobleza podían acompañar firmemente a la clase media en esa audaz tentativa de nivelación política, y abandonada la reforma a las fuerzas de las ciudades que se dejaron todas dirigir en la emergencia por la municipalidad de París, no tardó en sucumbir a las fuerzas coaligadas de la monarquía y de la nobleza. Aquella revolución prematura terminó en tragedia, y muchos ilustres burgueses quedaron inscriptos entre los mártires del progreso político: Esteban Marcel, alma del movimiento en su carácter de preboste de los mercaderes de París, y sus principales colaboradores, funcionarios municipales y diputados de París y otras ciudades, fueron asesinados o ejecutados.

* * *

A hacer más recia esa sacudida, que por un momento amenazó derrumbar los poderes establecidos, contribuyó la rebelión de los campesinos. Adoptando el nombre despreciativo de *Jacques Bonhomme* que los nobles daban al pueblo, levantáronse los trabajadores del campo en son de guerra contra los señores, y armados de palos y cuchillos, recorriendo en grandes bandas la campiña del Norte de Francia, asaltando y destruyendo los castillos y exterminando a las familias nobles que encontraban en su furiosa marcha. La insurrección buscó el apoyo de las ciudades que en esos momentos proclamaban sus reivindicaciones con más inteligencia. De París y de Amiens salieron milicias mandadas por burgueses en ayuda de la *Jacquerie*, con la cual simpatizaba la población

urbana, sobre todo la clase pobre. Con todo, la revuelta de campesinos fué pronto dominada y ahogada en sangre por los caballeros en armas.

Ella patentiza, sin embargo, la evolución hecha por la población del campo bajo la influencia del desarrollo y la autonomía de las ciudades. Wace, poeta anglo-normando del siglo 12, hacía ya decir a los campesinos, refiriéndose a los nobles, en su *Roman de Rou:* Somos hombres como ellos. Las ideas de emancipación no se propagan de la ciudad al campo por simple imitación. En toda Europa el florecimiento de las ciudades había acrecentado su comercio con la clase productora agrícola, que debía proveerlas de alimento para su creciente población y de materias primas para sus industrias, cada día más importantes y diversas. Y cuando los campesinos tuvieron una salida segura para sus productos, y empezaron a recibir en cambio dinero, aspiraron a librarse con éste del sinnúmero de tributos y prestaciones personales que los agobiaban. Al principio negociaron su libertad uno por una, familia por familia; pero pronto la reclamaron colectivamente los siervos de todo un señorío o de todo un territorio, y empezaron a coaligarse para obtenerla. En cuanto a recibir dinero, nadie tan dispuesto como los señores, que adquirían ya gustos dispendiosos y empezaban a endeudarse. Fueron muchas, pues, las actas de emancipación colectiva arrancadas a los señores, que con toda ingenuidad enunciaban como sus móviles para concederlas la caridad cristiana y el dinero que recibían. Sólo que tratándose de dinero, para el cual los señores encontraban siempre aplicación, las exigencias de los nobles fueron más gravosas aun que las de productos cuyo uso no podía pasar de ciertos límites; por su parte, a los campesinos costábales también más y por las mismas razones, desprenderse de su moneda. Las negociaciones no fueron, pues, siempre pacíficas; hubo hermandades de labradores, que en más de un caso consiguieron en lucha abierta sus franquicias. Las ciudades, que ofrecían a los siervos rebeldes un refugio más o

menos seguro, contribuyeron mucho a su triunfo. Ello es que a principios del siglo 14 ya no había en los feudos ingleses prestaciones personales que no pudiesen ser redimidas con dinero. La denominación de payeses de remensa, que desde el siglo 12 se dió a los campesinos de Cataluña, significa también su facultad de rescatarse por dinero de las peores cargas de su situación servil. Pero así que muchos siervos hubieron alcanzado esa emancipación relativa, surgieron nuevas dificultades, por lo costoso que se hizo para los señores el cultivar sus tierras y también por su pretensión de transformar en propiedad particular su antigua proipedad meramente feudal, que no excluía el usufructo directo de la tierra por los ocupantes subalternos. Hubo por parte de los nobles diversas tentativas de reacción opresora. Todavía en el siglo 14 los señores castellanos sostenían ante el rey que "a todo solariego puede el señor tomarle el cuerpo e cuanto en el mundo ovier". En Inglaterra una intentona reaccionaria de los nobles motivó un episodio que exacerbó por un momento esta secular lucha de clases.

* * *

En 1349 y los años sucesivos Inglaterra, como Europa entera, fué devastada por la peste, que arrebató gran parte de la población. A esta plaga atribuye Thorold Rogers el encarecimiento del trabajo manual y el empobrecimiento de los señores, que, se dice, vieron alguna vez pudrirse la cosecha en los campos por falta de brazos para recogerla. El rey ordenó desde luego que nadie pagara salarios más altos que de costumbre, y prohibió el aceptarlos. Nada pudieron, sin embargo, en ese sentido las multas, prisiones y amenazas; los trabajadores eran escasos y supieron imponer sus condiciones. Por entonces era ya costumbre en Inglaterra que en los casos extraordinarios, cuando necesitaba ayuda pecuniaria o consejo, reuniese el rey a los más altos señores y clérigos y a los diputados elegidos por los nobles menores o caballeros, propietarios libres, y por los burgueses de las ciudades, de las cuales Londres tenía ya en 1377 unos 35.000 habitantes. Los

señores y prelados formaban la Cámara de los Lores, los caballeros y burgueses la de los Comunes, que sesionaban separadamente y se reunían y disolvían por orden del rey. Ante los inconvenientes que traía para los propietarios el alza de los salarios, resolvió el Parlamento inglés elevar la ordenanza del rey a la categoría de ley, y dictó la primera que reconoce la existencia de una clase proletaria en el campo. Decía ese estatuto en sus 8 cláusulas: 1. Toda persona, siervo u hombre libre, de menos de 60 años, está obligado a aceptar trabajo agrícola por los salarios que se pagaban en 1347, excepto los comerciantes y artesanos regulares, los que tengan recursos propios u ocupen tierras; los siervos deben dar preferencia a su señor, y los que rehusaren trabajar para él o para otros serán presos. 2. So pena de prisión, débese trabajar hasta terminado el plazo establecido en los convenios. 3. No deben pagarse sino los antiguos salarios, y la corte de justicia del señorío procederá contra quienes traten de conseguir más. 4. Los señores que paguen más que el monto acostumbrado, sufrirán una multa igual a tres veces el exceso. 5. Los talabarteros, curtidores, zapateros, sastres, herreros, herradores, carpinteros, albañiles, tejedores, carreteros y otros artífices quedan sujetos a las mismas condiciones. 6. Deben venderse los alimentos a precios razonables. 7. Es estrictamente prohibido dar limosnas a trabajadores aptos. 8. Todo exceso de salario recibido o pagado puede ser confiscado por el rey. No parece que estas exigencias fueran más respetadas al tomar el carácter de ley. Los salarios agrícolas fueron siempre muy altos en la segunda mitad del siglo 14, y donde, por cumplir en apariencia la ley, se redujo su expresión monetaria, fué necesario completarlos con provisiones u otras facilidades de vida en favor de los trabajadores, para inducirlos a trabajar. Continuaron las quejas de los señores, y parece que por fin éstos se resolvieron a exigir la vuelta a las prestaciones de servicios personales que se conmutaban con dinero. Y estalló entonces con violencia el conflicto. En 1381 en todo el país se levantó una insurrección, que en seguida se apoderó de Londres e impuso al rey sus

condiciones. "Queremos — dijeron los rebeldes — que nos hagáis libres para siempre a nosotros, a nuestros herederos y a nuestras tierras y que no se nos llame en adelante siervos, ni se nos considere como tales". Pero Walt Tyler, jefe del movimiento, fué muerto a traición por el séquito del rey, al acudir solo a una conferencia, y en Norwich, principal centro de la resistencia en las provincias, el obispo Spenser atacó a los rebeldes por sorpresa, los derrotó, matando a muchos de ellos por su propia mano, y ordenó la inmediata ejecución de todos los prisioneros. Desbaratada así la revolución, los privilegiados creyeron poder hacer caso omiso de las concesiones arrancadas al rey por la fuerza. Mas la insurrección había de tal modo patentizado el poder y las aspiraciones del pueblo, que éstas se impusieron. La conmutación del trabajo servil con dinero se hizo general, y los siervos pasaron a ser arrendatarios hereditarios, y se acercaron a la clase de los propietarios menores y empresarios agrícolas.

• • •

Pueden relacionarse la extensión y el éxito relativo de la insurrección inglesa de 1381 con la creciente importancia militar de la clase servil. Antes de que los señores conmutaran en dinero las prestaciones personales de sus siervos, habían los reyes de Inglaterra librado a los señores, sus vasallos, de las obligaciones militares, en cambio de contribuciones pecuniarias con las cuales mantenía el rey un ejército de voluntarios. Componíase éste de arqueros, a pie, reclutados en las clases inferiores de la sociedad, aun entre los siervos, que no eran admitidos en la milicia, y dióse el caso de que algún hijo de siervos llegara a altos grados en el ejército. Esas fueron las tropas que tantas veces triunfaron sobre la noble caballería francesa en la Guerra de Cien Años. Y desde entonces la infantería volvió a ser el arma principal de los ejércitos europeos, nueva circunstancia favorable a la elevación de las clases productoras. Aumentó con ello la importancia de las milicias ciudadanas, más capaces también de proveerse de las armas

de fuego, cuyo empleo data del siglo 14, aunque no se generalizara sino mucho más tarde. Y los jóvenes campesinos enrolados en los ejércitos no volvían a sus hogares solamente con dinero y botín, sino también con una conciencia de sus fuerzas y una capacidad para defenderse que más de una vez sintieron desagradablemente los señores.

* * *

La participación de los representantes de las ciudades en la elaboración del estatuto inglés sobre los salarios muestra que empezaban ya a dibujarse divisiones y jerarquías entre los hombres ocupados en la técnica y la economía. Y esa diferenciación de rango y de privilegios se acentuaba sobre todo en el seno de las clases productoras de la ciudad. Estaban éstas organizadas por gremios, algunos de los cuales, bajo la forma de cofradías más o menos permanentes y secretas, eran anteriores a la emancipación misma de las comunas; a los mercaderes fluviales y carniceros de París, por ejemplo, se los consideraba ya como organizaciones muy antiguas en los años 1121 y 1134 respectivamente, al reconocérseles privilegios. Pero fué sobre todo después de la revolución municipal que se desarrollaron los gremios o corporaciones de oficio, característicos de las ciudades medioevales. El movimiento comunal, a que tanto habían contribuído, les comunicó nueva fuerza al librar en cierta medida de las trabas feudales las condiciones del trabajo. Los gremios de comerciantes, que, con menos labor, ganaban más y eran más ricos, fueron desde luego más poderosos que los de artesanos. Estos habían sido en un principio formados por obreros iguales, que trabajaban a veces en casa del cliente y generalmente sobre materia prima que éste les proporcionaba. Tenían esas corporaciones derecho exclusivo para hacer y vender los artículos de su ramo, que debían producir según reglas determinadas. Esos reglamentos, que en un principio fueron una garantía de eficiencia del trabajo y bondad de sus productos, pronto pasaron a ser

fuentes de monopolio y de privilegio. Cada gremio trató de limitar el número de aprendices, no admitiendo como tales sino a hijos de matrimonio legítimo, de personas libres y honorables; quedaban así excluídos los descendientes de siervos y de hombres de ciertas profesiones, como guardianes, desolladores, verdugos, enterradores, limpiadores de calles, y en algunos lugares, los de pastores, molineros y tejedores de hilo, reputados no honorables estos últimos tal vez porque trabajaban en el campo. Todas esas restricciones tendían a favorecer la herencia de los conocimientos y ventajas del oficio dentro de la familia. Cuando en cada gremio hubieron artesanos que habían adquirido casa e instalado en ella su taller para trabajar en sus propias materias primas, empezaron a exigir para sí solos el título de maestros, y apareció en el siglo 14 una categoría de productores, la de oficiales o compañeros, subordinada a aquéllos, en cuyo taller trabajaban por un salario y en cuya casa vivían. La carrera normal del artesano comprendió entonces los tres grados de aprendiz, compañero u oficial y maestro. El aprendizaje duraba de 1 a 8 años, generalmente 3, y a él se agregó después la obligación para el joven oficial de viajar algunos años, aprendiendo las peculiaridades de su oficio en las distintas ciudades. Los gremios fueron desde entonces corporaciones, cada vez más cerradas, de maestros, cada día más ricos e influyentes individual y colectivamente. Algunos gremios trataron de limitar el número de oficiales que podía ocupar cada maestro, para mantener las clases productoras en cierto pie de igualdad; pero lo que predominó fué la tendencia a dificultar cada vez más el acceso al gremio. Para llegar a maestro se hizo necesario, no sólo llenar condiciones estrictas de ciudadanía y de nacimiento, sino también entregar una suma de dinero para la caja gremial, dar un banquete a los maestros del gremio y hacer, a juicio de éstos, una obra maestra del ramo. Para los hijos de los maestros o los que se casaban con hijas o viudas de maestros desaparecían esas exigencias, o se las reducía a meras formalidades, lo que indica hasta qué punto habían

dejado de responder al propósito de mantener en el ramo un alto nivel de habilidad y honradez y pasado a ser simples medios de monopolio. En muchos gremios llegóse por fin a limitar en absoluto el número de maestros. Aunque los oficiales estaban siempre relativamente cerca del maestro y en muchos casos se vinculaban a su familia, fué formándose, pues, una clase urbana de trabajadores, cada día más numerosa, a los cuales no les era posible ya el acceso a las funciones de dirección técnico-económica, obligados a trabajar por un salario en una situación siempre subordinada. Fué éste uno de los elementos que contribuyeron a formar el naciente proletariado industrial de las ciudades. Y entre esa clase de obreros y sus patrones, pronto sobrevinieron conflictos, por el trabajo en día domingo y en muchos días tradicionales de fiesta, que los maestros pretendían exigir, por el malo o escaso alimento que daban éstos a sus obreros, por el monto de los salarios. El alzamiento de los menestrales fué mirado al principio como un crimen; en 1358 en Danzig cortaban las orejas a los compañeros en huelga. Fueron prohibidas las ligas momentáneas o permanentes que los oficiales formaban para luchar contra los patrones; numerosas ordenanzas de los siglos 14 y 15 prohibieron aún reunirse a los hombres de un mismo oficio en una misma taberna, y llevar algún distintivo o vestirse del mismo modo. Favorecidos por su movilidad, pues casi todos eran solteros, pudieron los compañeros de los oficios burlar esas medidas coercitivas, tendientes a entregarlos inermes a la explotación. Pero no procedían sino por grupos aislados, sin espíritu de clase, alejados unos de otros por celos y prejuicios, y cuando el Hotel de Ville de París y el Guildhall de Londres, sedes de corporaciones de maestros y comerciantes y centros del gobierno municipal, empezaron a pesar también en el gobierno general de los Estados, los simples obreros urbanos eran una masa desorganizada y sin conciencia política.

Con el apoyo de la naciente burguesía, los reyes habíanse ya atribuído, para sí exclusivamente, el derecho de acuñar moneda, lo que, uniformando la medida de los valores y los signos monetarios, facilitó las transacciones comerciales en toda la extensión de sus Estados. Y habían ya también abusado de su prerrogativa, acuñando moneda feble para pagar sus deudas con menos plata de la que debían. Esa degradación de la moneda había deprimido de paso los salarios, favoreciendo, a expensas de los trabajadores, la acumulación de capital. Y pronto el envilecimiento de la moneda tuvo esa depresión de los salarios como uno de sus objetivos declarados. En 1432 una ordenanza del ducado de Sajonia, según la cual los prelados, los señores, los caballeros y las ciudades se habían quejado de la molicie y corrupción de los súbditos, debidas al excesivo jornal de criados y artesanos, manda acuñar una moneda divisionaria de menor contenido, para pagar los salarios.

* * *

Continuaba así extendiendo su influencia y sus medios de acción la burguesía de las ciudades. Todavía el siglo 14 vió en Francia otra rebelión popular propagada de París a las principales ciudades del centro y del Norte, contra la percepción de impuestos sobre las mercancías establecidos por la autoridad real sin consultar a los estados. Una liga de las comunas de Flandes, encabezada por la ciudad de Gante, luchaba también en esos momentos contra el soberano del país, en nombre de las libertades municipales. Burgueses de Francia y burgueses de Flandes entendiéronse en el propósito de sostener los privilegios locales contra el poder central y los derechos del tercer estado contra la nobleza. Pero triunfantes los señores en Flandes, con la ayuda de un ejército francés, la reacción aristocrática y monárquica estalló furiosa en Francia. Las libertades municipales fueron abolidas, muchos burgueses ejecutados, y más aun los que sufrieron la confiscación de sus bienes.

Aprovechando las disensiones de los príncipes que se disputaban la persona y el poder de un rey demente, pronto volvió por sus fueros el tercer estado. Después de una suspensión de más de un cuarto de siglo, hubo en París elecciones municipales, de las que resultó un consejo revolucionario que, unido a la Universidad, reclamó las reformas más radicales. Una pueblada embistió la Bastilla, recientemente levantada por los reyes en la ciudad. Por un momento pudo creerse establecido el carácter electivo de los cargos judiciales que ya no serían vendidos; centralizada y controlada la administración y dañosos privilegios, de caza y de peaje, de los señores definitivamente abolidos. Pero los excesos del mismo partido popular, cuya representación más activa eran los carniceros y desolladores de París, hicieron efímero su triunfo, y nada quedó de la famosa ordenanza de 1413.

* * *

No decayó con todo eso la importancia de la clase media como plantel de hombres de gobierno. La nobleza menor y la alta burguesía continuaron proveyendo de ministros a los reyes de Francia. El gran comerciante Jacques Coeur, platero de Carlos VII, que hacia 1440 había acumulado ya una fortuna de más de 10 millones de francos, estableció principios y reglas racionales para la contabilidad del tesoro. El abogado Juan Bureau, gran maestre de la artillería, arma nueva usada por entonces solamente en la defensa de lugares fortificados, fué el primero en darle movilidad, haciendo colocar cañones sobre afustes con ruedas tirados por caballos. Otro Bureau, Juan Juvenel, Guillermo Cousinot, Juan Rabateau, Esteban Chevalier y Juan Leboursier fueron también consejeros burgueses de los reyes de Francia en aquella época, e inspiradores de ordenanzas nuevas y eficaces, si no para el poder político del tercer estado, para la unidad nacional y la autoridad del rey. Se admitió la necesidad de impuestos permanentes, sin la anuencia

de los estados, y el poder central pudo así disponer siempre de un ejército. Luis XI quiso unificar en toda Francia las pesas y medidas, se ocupó de caminos y canales, fomentó la marina mercante y la minería, se aconsejó de negociantes para extender el comercio, atrajo empresarios y artesanos extranjeros para implantar nuevas manufacturas. En el fondo, el poder real era siempre el aliado de la burguesía, cuyos derechos defendía mediante la institución del parlamento. Y los resultados de esa política para el desarrollo técnico-económico de Francia fueron a tal punto buenos que, hacia el año 1500, el ciudadano y magistrado florentino Nicolás Machiavelli escribía lo siguiente: "Entre los reinos bien ordenados y gobernados de nuestro tiempo está el de Francia, donde se encuentran infinitas instituciones buenas para la libertad y la seguridad del rey, la primera de las cuales es el parlamento y su autoridad, porque aquél que ordenó ese reino, conociendo la ambición y la insolencia de los poderosos, y juzgando que era necesario ponerles en la boca un freno para sujetarlos, y conociendo por otra parte el odio del universal contra los grandes, debido al miedo, y queriendo protegerlo, no quiso que ésta fuese particular atención del rey, para librarlo de las dificultades que pudiese tener con los grandes al favorecer a los populares, o con éstos al favorecer a los grandes, sino que constituyó un tercer juez para que, sin encargo del rey, golpease a los grandes y favoreciese a los menores".

El creciente absolutismo de los reyes al principio del siglo 16 no era una peculiaridad francesa. En Inglaterra y en España el poder político seguía el mismo camino. La nobleza se había debilitado, el clero perdía rápidamente su crédito, y los comerciantes de las ciudades, cuya influencia era cada día mayor que la de los artesanos, querían ante todo un fuerte poder central, que librara de trabas el tráfico interno y apoyara la expansión del comercio exterior. Jamás fué tan dócil el parlamento inglés como bajo Enrique VIII, el sensual y disipado tirano, e Isabel de Castilla, de reinado tan memorable, apenas

Aprovechando las disensiones de los príncipes que se disputaban la persona y el poder de un rey demente, pronto volvió por sus fueros el tercer estado. Después de una suspensión de más de un cuarto de siglo, hubo en París elecciones municipales, de las que resultó un consejo revolucionario que, unido a la Universidad, reclamó las reformas más radicales. Una pueblada embistió la Bastilla, recientemente levantada por los reyes en la ciudad. Por un momento pudo creerse establecido el carácter electivo de los cargos judiciales que ya no serían vendidos; centralizada y controlada la administración y dañosos privilegios, de caza y de peaje, de los señores definitivamente abolidos. Pero los excesos del mismo partido popular, cuya representación más activa eran los carniceros y desolladores de París, hicieron efímero su triunfo, y nada quedó de la famosa ordenanza de 1413.

* * *

No decayó con todo eso la importancia de la clase media como plantel de hombres de gobierno. La nobleza menor y la alta burguesía continuaron proveyendo de ministros a los reyes de Francia. El gran comerciante Jacques Coeur, platero de Carlos VII, que hacia 1440 había acumulado ya una fortuna de más de 10 millones de francos, estableció principios y reglas racionales para la contabilidad del tesoro. El abogado Juan Bureau, gran maestre de la artillería, arma nueva usada por entonces solamente en la defensa de lugares fortificados, fué el primero en darle movilidad, haciendo colocar cañones sobre afustes con ruedas tirados por caballos. Otro Bureau, Juan Juvenel, Guillermo Cousinot, Juan Rabateau, Esteban Chevalier y Juan Leboursier fueron también consejeros burgueses de los reyes de Francia en aquella época, e inspiradores de ordenanzas nuevas y eficaces, si no para el poder político del tercer estado, para la unidad nacional y la autoridad del rey. Se admitió la necesidad de impuestos permanentes, sin la anuencia

de los estados, y el poder central pudo así disponer siempre de un ejército. Luis XI quiso unificar en toda Francia las pesas y medidas, se ocupó de caminos y canales, fomentó la marina mercante y la minería, se aconsejó de negociantes para extender el comercio, atrajo empresarios y artesanos extranjeros para implantar nuevas manufacturas. En el fondo, el poder real era siempre el aliado de la burguesía, cuyos derechos defendía mediante la institución del parlamento. Y los resultados de esa política para el desarrollo técnico-económico de Francia fueron a tal punto buenos que, hacia el año 1500, el ciudadano y magistrado florentino Nicolás Machiavelli escribía lo siguiente: "Entre los reinos bien ordenados y gobernados de nuestro tiempo está el de Francia, donde se encuentran infinitas instituciones buenas para la libertad y la seguridad del rey, la primera de las cuales es el parlamento y su autoridad, porque aquél que ordenó ese reino, conociendo la ambición y la insolencia de los poderosos, y juzgando que era necesario ponerles en la boca un freno para sujetarlos, y conociendo por otra parte el odio del universal contra los grandes, debido al miedo, y queriendo protegerlo, no quiso que ésta fuese particular atención del rey, para librarlo de las dificultades que pudiese tener con los grandes al favorecer a los populare,s o con éstos al favorecer a los grandes, sino que constituyó un tercer juez para que, sin encargo del rey, golpease a los grandes y favoreciese a los menores".

El creciente absolutismo de los reyes al principio del siglo 16 no era una peculiaridad francesa. En Inglaterra y en España el poder político seguía el mismo camino. La nobleza se había debilitado, el clero perdía rápidamente su crédito, y los comerciantes de las ciudades, cuya influencia era cada día mayor que la de los artesanos, querían ante todo un fuerte poder central, que librara de trabas el tráfico interno y apoyara la expansión del comercio exterior. Jamás fué tan dócil el parlamento inglés como bajo Enrique VIII, el sensual y disipado tirano, e Isabel de Castilla, de reinado tan memorable, apenas

si convocó a las Cortes, reunión de delegados de la nobleza y el clero de procuradores de las ciudades, que desde el siglo 12 en León y el 13 en Castilla los reyes se acostumbraban consultar, sobre todo en materia de impuestos. Carlos I de España, más conocido como el emperador Carlos V, contó con la inercia o la ayuda de las ligas de mercaderías para sofocar la rebelión de los gremios de artesanos y hortelanos de Valencia. Medina del Campo, centro principal del comercio de la región, fué la ciudad que con más tibieza participó en 1521 en la rebelión de los comuneros de Castilla. ¿Y qué pedían éstos? "Queremos —decían en su representación al rey,— que los impuestos vuelvan a ser los que en el anterior reinado; que ningún miembro de las Cortes pueda recibir empleo ni pensión del rey, ni para sí ni para su familia; que cada comunidad pague a sus representantes el salario que necesite para mantenerse durante el tiempo que asista a las Cortes; y que las tierras de los nobles estén sujetas a todas las cargas públicas como las del estado llano".

* * *

De que fracasaran reivindicaciones tan legítimas, de que el rey de Inglaterra pudiera prácticamente desembarazarse de algún diputado incómodo haciéndolo condenar y ejecutar por alta traición, de que en Francia la reunión de los estados generales se tornara en una mera solemnidad se infiere la involución del poder político directa de la clase media en el siglo 16, pero en manera alguna la detención de su dominante desarrollo. ¿No era ella, en efecto, la que determinaba los acontecimientos verdaderamente grandes de la época? ¿No ejercía una influencia cada día más poderosa, mediante las riquezas que se acumulaban en sus manos? Su sed de saber, no satisfecha por las escasas y caras copias manuscritas, había suscitado, por burgueses alemanes, la invención de la imprenta. Su sed de oro abría por fin al conocimiento de los hombres toda la extensión del planeta.

El Extremo Oriente, de donde recibían las perlas y el marfil, las especias y los perfumes más preciados y las telas más finas, era para los europeos de la Edad Media el centro de la riqueza del mundo. El atrevido veneciano Marco Polo, que llegó hasta China en el siglo 13, excitó aún más con sus descripciones el apetito de lucro de los europeos, ansiosos desde entonces de tener acceso directo a tanta opulencia y librarse, para el comercio con la India, de los intermediarios árabes, a los cuales atribuían ganancias fabulosas. Y el estímulo fué mayor cuando al caer los árabes bajo la bárbara dominación turca, se hizo más difícil el comercio mediante la navegación y las caravanas del Sudeste. Por todos lados lanzáronse, pues, los europeos en busca de un camino hacia las Indias. Marinos genoveses habían intentado ya en el siglo 13 costear el Oeste de Africa; pero sólo a fines del siglo 15 descubrieron los portugueses el Cabo de Buena Esperanza. Y antes de que Vasco de Gama lo doblara, partía ya Colón hacia el Poniente, también en busca de las Indias, y descubría la América. Esta fué en un principio un desengaño y un estorbo; había que buscar el Eldorado indiano detrás de ella. Y Magallanes costeó la América hacia el Sud, hasta encontrar el paso que le permitió llegar a las Molucas, y los Gaboto, Verazzano, Santiago Cartier, en busca de un paso septentrional, descubrieron la América del Norte. Al mismo tiempo los mercaderes marítimos de Londres, organizados bajo el nombre de Aventureros Comerciantes, enviaban con la misma obsesión, expediciones por el Nordeste de Europa, que si no los llevaron al país de la canela y de la nuez moscada, les abrieron por el Mar Blanco el comercio del recóndito imperio moscovita. ¿Y de quiénes fué la iniciativa y el esfuerzo de esos viajes legendarios que expandieron en medida nunca vista las relaciones de los hombres y el medio geográfico? Algunos reyes prestaron a estas expediciones su apoyo pecuniario; algunos nobles menores, pobres hidalgos, a quienes los prejuicios de clase les impedían trabajar, encontraron en ellas ocupación para sus energías; pero los grandes

descubrimientos fueron principalmente la obra de hijos del artesonado y de la burguesía.

* * *

De esta clase social, cuyos horizontes se ensanchaban en todo sentido, salieron también dos hombres que, hacia la misma época, personificaron el renacimiento del arte. Floreció éste desde luego en las ricas ciudades italianas, en Flandes ubérrima, en las ciudades libres de Alemania, donde la naciente burguesía gozaba de holgura y abundancia. De los vulgares artífices que molían sus colores y manejaban el cincel según los reglamentos del gremio, salieron allí artistas geniales, grandes intérpretes y creadores de belleza, Leonardo de Vinci, Rafael Sanzio, Holbein, Alberto Dürer, eran hijos de pintores, de joyeros, de burgueses, como lo fué también Montaigne, el más grande escritor de la época.

Las clases altas, la nobleza y el clero, poco participaron en ese hermoso movimiento, sino como pasivos receptores de las nuevas impresiones estéticas y protectores de artistas, con lo que se halagaban a la vez en sus gustos y en su vanidad. Cada día más extrañas a toda actividad social, comenzaba a congregarse la nobleza en torno del trono, como mero y luciente marco de su magnificencia, y el clero dilapidaba en una vida de placer desenfrenado los dineros obtenidos por la impostura y el privilegio. Sus mismos excesos y la rapacidad de los nobles y de los príncipes, dieron lugar a la reforma de la iglesia, conflicto político-religioso del que salió robustecida más que nunca la clase media.

* * *

Mientras el clero recibió en productos los tributos de sus vastísimos dominios, poco le costó cumplir los deberes de su caridad profesional, repartiendo a los necesitados los víveres que él mismo no podía consumir. Pero cuando se hubieron generalizado en Europa la producción mercantil y el pago en

dinero de las obligaciones feudales, el clero olvidó la beneficencia, dejó apolillarse en los graneros los manuscritos antiguos que copiara durante varios siglos, y dióse a una vida disoluta y a atesorar fondos para costear monumentos y obras de arte que, sugestionando a las masas, mantuvieron su prestigio. Ya en el siglo 14 Bocaccio en su Decamerón presenta a los monjes como la parte más ignorante y corrompida de la población de Italia, y en Inglaterra se hace necesario ordenar por ley a los conventos que destinen algo de sus entradas al socorro de los pobres. Los monjes eran en todas partes los más fieles cómplices del papa, y éste quería, para sí y para su corte de príncipe eclesiástico y mundano, ante todo plata. No le bastaba el dinero de San Pedro, contribución que la Roma papal imponía a la población de países enteros, aunque en Inglaterra sobrepasara las entradas del mismo rey. Los altos cargos eclesiásticos, como puestos muy lucrativos, se vendían al mejor postor entre los favoritos italianos y franceses del papa, los que, sin salir de Roma, explotaban sus prebendas del otro lado de los Alpes. Al concilio de Basilea, de mediados del siglo 15, se presentó una queja alemana contra esa preferencia a los prelados meridionales, a quienes se entregaban los obispados, las abadías y los prioratos, "aunque esos puestos antes se hubieran vendido más caros". Y como todo el dinero fuera poco para las orgías y las fastuosas construcciones romanas, se recurría al comercio de indulgencia, papeles en que el papa decía perdonar sus pecados a quien los comprara. Sucedíanse de cerca las emisiones de esos amuletos lanzados al mercado de la credulidad; las hubo en los años 1500, 1501, 1504, 1509 y 1517. Para vender las nuevas, se declaraban nulas las antiguas; y para simplificar y abreviar el negocio, se vendía a un arrendatario el derecho de expenderlas. En Francia recibía el rey algo del producto de ese comercio; en España no podía el papa recoger dinero sin permiso del rey. Pero nada les tocaba de esas gangas a los pequeños príncipes alemanes, que acogieron por eso con favor la protesta del fraile Lutero contra el comercio de indulgencias, principio del

movimiento de reforma de la iglesia, del cual resultaron la simplificación del culto y la organización de iglesias autónomas por las sectas disidentes. En todo el Norte de Europa fueron suprimidos los conventos, cuyas riquezas excitaban la codicia de los príncipes, y cuya mística o abyecta ociosidad chocaba a la activa y esclarecida burguesía. Fué aquella una revolución en que gran parte del suelo europeo cambió de propietarios. Confiscaron los reyes los bienes de los conventos, y regalaron buena porción de ellos a la nobleza, que enajenó muchos de esos dominios a la burguesía, venta que al aumentar el número de poseedores de antiguos bienes eclesiásticos, sancionaba definitivamente su despojo. Dueña de gran parte de la propiedad raíz, cuya adquisición le había sido antes difícil por las costumbres contrarias a la división y la enajenación de los feudos, la clase media acrecentó entonces considerablemente su poder. A ella se incorporaron al mismo tiempo buen número de campesinos enriquecidos por la degradación de la moneda, que los favoreció a expensas de los señores territoriales y de los simples trabajadores, deprimiendo los salarios reales y los arriendos contratados por largo tiempo. Al subir Enrique VIII al trono de Inglaterra contenía el chelín 142 gramos de plata, cantidad que fué rebajada sucesivamente hasta no pasar de 40 gramos en el año 1546. He ahí uno de los factores históricos que engendraron al arrendatario capitalista. Y en toda Europa la abundancia del oro y la plata, llevados de América, pesó en el mismo sentido: la disminución del valor de la moneda se tradujo en el alza de los precios, favorable en general a los empresarios.

* * *

Grandes masas de hombres se incorporaron al mismo tiempo al proletariado, la nueva clase social formada por hombres libres de toda sujeción a determinada persona y de toda adherencia feudal al suelo, pero desprovistos de medios de vida y de trabajo, y obligados, por lo tanto, a trabajar por un salario, con medios de producción ajenos y bajo una dirección extraña. Hasta entonces los trabajadores "libres" asalariados, que forman la clase más numerosa de las sociedades modernas, no habían existido sino en número reducido, formado en las sociedades antiguas por los esclavos liberados por gracia de sus amos y por los raros ciudadanos pobres que querían trabajar, y en la Edad Media por los siervos que conseguían con dinero su emancipación del yugo feudal. La industria de las ciudades medievales estaban casi totalmente en manos de maestros, compañeros y aprendices, categorías que se sucedían en el orden jerárquico y cronológico, vinculados entre sí por los lazos de familia de los individuos que las formaban. A partir del siglo 14 aparece en mayor escala una clase de trabajadores asalariados y padres de familia a diferencia de los compañeros de los gremios, generalmente solteros hasta llegar a maestros. En ese naciente proletariado, que crece de preferencia donde la división del trabajo y la producción mercantil han ido más lejos, entran sobre todo los obreros de la construcción, los marineros, los mineros, los obreros de las salinas y los trabajadores ocasionales, sometidos desde luego al dominio del capital y para los cuales no existían las trabas ni la protección de los gremios. Esta clase de trabajadores recibió nuevos elementos en el siglo 15, cuando al consolidarse la autoridad real, los séquitos feudales, mantenidos por los señores mientras éstos conservaron veleidades de absolutismo local, habían acabado por hacerse inútiles y ser disueltos, dejando gran número de hombres sin domicilio fijo ni ocupación. De los conventos clausurados en el siglo 16 salieron también millares de hombres sin recursos en busca de un lugar en la sociedad.

Florecía entretanto en Europa la manufactura de la lana, cuya técnica había hecho grandes progresos al aplicarse, hacia el siglo 12, la rueda hidráulica a los mazos de batán e inventarse en el siglo 15 el torno de hilar, primero movido a mano, y desde el perfeccionamiento ideado por Jurgens en 1530, a pedal. Flandes era el asiento principal de esa rama de la industria textil, cuyos productos hacíanse cada día de uso más general; en la sola ciudad de Brujas vivían 50.000

personas de la elaboración de la lana. Industria tan desarrollada, que alimentaba el comercio más importante de la época, y estaba ya dominada por el capital de los mercaderes y más ricos maestros, determinó un activo comercio entre los países criadores de ovejas y los centros manufactureros. La lana inglesa, especialmente estimada, subió rápidamente de precio, y desde mediados del siglo 15 los señores ingleses comenzaron a desalojar a los campesinos, que cultivaban los campos como arrendatarios libres, para reemplazarlos por ovejas. Transformaron así en propiedad capitalista y absoluta del suelo su derecho feudal de dominio, que lejos de excluir a los cultivadores, implicaba hasta para el más humilde ocupante cierto derecho a la tierra. Aun los simples trabajadores rurales asalariados, clase todavía poco numerosa en aquella época, habían recibido hasta entonces una casita y por lo menos 4 acres de tierra de cultivo. Las tierras comunales, de monte y pastoreo, abiertas al usufructo de los campesinos de cada aldea, excitaron también la codicia de los señores, que expulsaron violentamente de ellas a los labradores, y, para asegurar su usurpación, empezaron a cercarlas. Por su parte, los cortesanos a quienes los reyes habían favorecido con tierras quitadas a la iglesia, y los mercaderes y arrendatarios que las habían adquirido a vil precio, expulsaban a los ocupantes tradicionales del suelo para dar a éste, en la cría de ovejas, el empleo más lucrativo. Fué aquel un proceso de despoblación y empobrecimiento sistemáticos del campo, agravado por la simultánea supresión de los recursos eclesiásticos destinados por la ley a la asistencia de los menesterosos. Y la población trabajadora arrancada así violentamente del suelo y arrojada a los caminos y ciudades como nuevas capas proletarias, no se encontró desde luego preparada para su nueva situación ni halló listos los modernos elementos industriales que pronto habían de absorberla. Formóse entonces en los países del Oeste de Europa una turba de vagabundos y mendigos, y desbordó la criminalidad. Contra aquel gran malestar social reaccionaron las clases gobernantes dictando crueles leyes

que castigaban con azotes, cadenas, mutilaciones y, en caso de reincidencia, con la pena de muerte, la vagancia y la mendicidad a que se había visto arrastrada por la fatalidad gran parte de la población trabajadora del campo, leyes bárbaras y vanas que hacían responsables de su desocupación a hombres violentamente separados de sus medios de trabajo.

* * *

Esa nueva clase social, de personas en cierto grado protegidas por la ley, pero excluídas de todo derecho al medio técnico, pronto fueron material propicio para la coerción indirecta al trabajo que la emprendedora burguesía, por medio de sus crecientes riquezas, ejercía cada vez más. La reforma protestante había abolido en el Norte de Europa numerosos días de fiesta, y hecho posible el sostenimiento de los trabajadores con un jornal menor. El comercio con las nacientes colonias de América estimulaba en Europa la fabricación. Y de América, a donde llevaban los europeos su fe cristiana y sus mercancías, volvían con oro y plata, y con el ejemplo vivo de formas ya olvidadas de explotación del hombre. La población indígena era allí inhumanamente sacrificada por los católicos españoles en el laboreo de las minas, y en las colonias del Norte, cuyos aborígenes, libres hasta entonces de toda sujeción, no se dejaban someter, pronto introdujeron los protestantes ingleses la esclavitud pura y simple de los negros cazados y comprados en Africa. Con esas oportunidades y ese ejemplo aceleró la burguesía europea el proceso de su enriquecimiento. Las compañías comerciales se multiplicaron: en 1571 se inauguró la Bolsa de Londres, edificio construído para punto de reunión de los comerciantes donde éstos convenían en los precios de los principales artículos. A fines del siglo 16 las industriosas y activas ciudades holandesas se emanciparon de la fanática tiranía del rey de España y se organizaron como federación de repúblicas autónomas gobernadas por los más ricos burgueses, régimen bajo el cual llegó Amsterdam a ser la principal plaza

comercial y financiera y Holanda el centro intelectual de Europa. Y así como de los Países Bajos había irradiado a otros países, en primer lugar a Inglaterra, su adelantada técnica agrícola e industrial, el cultivo de las raíces comestibles y forrajeras, los pastos artificiales, el lúpulo, la manufactura de la lana, la cerámica, salieron también de aquella inteligente burguesía holandesa, la primera en practicar la tolerancia religiosa y rodear sus casas de arriates de flores, nuevas ideas políticas que pronto habían de asestar otros irreparables golpes al absolutismo de los reyes.

* * *

Ascendió Carlos I en 1625 al trono de Inglaterra imbuído del carácter místico e intangible de su soberanía. ¿No habían dicho alguna vez los ministros de su padre a la Cámara de los Comunes, para justificar arbitrariedades y exacciones: "El rey de Inglaterra no puede ser de peor condición que sus iguales", refiriéndose a los reyes de España y Francia? La Cámara de los Lores, formada por cortesanos que debían a los reyes su posición y su fortuna, aceptaba complaciente el despotismo del monarca; pero muy diferentes eran los sentimientos e intereses de los Comunes, diputados de la clase industrial y comercial de las ciudades y de los cultivadores propietarios. La producción agrícola intensiva, en campos cercados y abonados y con una rotación racional de los cultivos, la manufactura, sobre todo la de tejidos de lana, que desde el siglo anterior había subordinado el capital del artesanado del ramo, el comercio exterior, que a principios del siglo 17 se elevaba ya anualmente a varios millones de libras, habían puesto la mayor parte de la riqueza del país en manos de la clase media. Colocada por su propio esfuerzo a la cabeza del movimiento técnico-económico estaba ésta justamente convencida de su propio valer, y veía en las prerrogativas de los reyes una perpetua amenaza a sus bienes y a su libertad. En 1624, a pesar de la oposición de la corona, habían sido abolidos los monopolios industriales, cuyas patentes se habían

multiplicado bajo el reinado absoluto de Isabel y cuatro años más tarde, al abrirse el tercer parlamento convocado por Carlos a pesar suyo, la Cámara de los Comunes se halló tres veces más rica que la de los lores. Aquella Cámara planteó definitivamente el conflicto de las aspiraciones burguesas de libertad con la soberbia prepotencia del rey. Carlos la disolvió irritado, y gobernó como un déspota, sin consultar la opinión de los que dirigían las actividades principales de la nación. Pero puesto en aprietos por una insurrección de los escoceses, en disidencia con los gustos rituales que pretendía imponer, recurrió Carlos de nuevo en 1640 al Parlamento en busca de subsidios. La opinión había sido recientemente agitada por el proceso de Hampden, propietario rural que se había negado a pagar una contribución exigida por el rey y autorizada por la costumbre, pero que el Parlamento no había votado. Y esta vez la Cámara de los Comunes se apoderó del gobierno, y no se disolvió hasta haber depuesto al rey, vencido en guerra abierta por el partido popular, y haberlo hecho juzgar y ejecutar.

En aquella ruda contienda de clases, encontró el Parlamento su principal apoyo en la ciudad de Londres y en los ricos e industriosos condados del Centro y del Sudeste, donde había muchas otras e importantes ciudades. Estuvieron en cambio por el rey casi todos los lores, y los distritos agrícolas del Norte, Oeste y Sudoeste, cuyo suelo, en forma de grandes latifundios, estaba en manos de la nobleza. Las milicias parlamentarias, formadas por hijos del artesanado y de las clases comerciales y también por los cultivadores propietarios, que dieron una formidable caballería, tuvieron por jefes a hombres valientes y capaces de la clase popular. Hubo entre ellos cantidad de tenderos, zapateros y hombres de oficio aun más modesto. Los coroneles Joyce y Pride, que habían sido el uno sastre y el otro carrero, fueron protagonistas en episodios decisivos de la lucha con el rey. Ya entonces Shakespeare, de cuna burguesa, había creado su Falstaff, el tipo del noble vano, necesitado y vicioso, de quien se burlan las

alegres burguesas de Windsor. Y por mofa los revolucionarios llamaron a los realistas "partido de los caballeros".

Vencido el rey, se habló de república; pero la lucha había sido demasiado envenenada por las sectas religiosas para que sus resultados inmediatos pudieran ser tan progresivos. Cromwell, héroe militar de la revolución, ejerció por algunos años la dictadura, envuelta cada vez más en las formas de la derribada monarquía. A su muerte, ésta reapareció, pero ya debilitada, y desde 1688 quedaron definitivamente establecidos los límites a la autoridad del rey: no podía éste ordenar impuestos ni mantener un ejército sin autorización del Parlamento, que desde entonces no votó subsidios sino por un año, y debió, por lo tanto, ser convocado anualmente. La libertad de los ciudadanos quedó asegurada por la ley de *habeas corpus*, que prohibe detener a nadie por más de 24 horas sin orden de juez competente, y se proclamó bien alto el derecho de votar libremente en las elecciones políticas, que se reservaron para sí los burgueses de las ciudades y los propietarios del campo. Data de entonces para la Gran Bretaña el predominio político de la clase capitalista, que se tradujo inmediatamente en la organización de las finanzas y en la fundación del Banco de Inglaterra. La deuda pública no era una novedad, pero era nuevo que sus servicios fueran pagados regularmente, y esto dió a la riqueza burguesa en los empréstitos del Estado aplicación segura y ventajosa y una nueva fuente de influencia.

• • •

En Francia se había establecido antes y arraigado más el absolutismo de los reyes, y por varios siglos los burgueses, fuera de las franquicias municipales, no tuvieron poder político alguno por derecho propio, sino como consejeros y delegados del poder real. Pasadas las ruinosas guerras de religión del siglo 16, que el canciller de l'Hopital, de origen burgués, había querido evitar predicando la tolerancia y la igualdad de las creencias ante la ley, entró el país francés en una era

de gran prosperidad. Mejoráronse los caminos, construyéronse puentes y empezó a cavarse una red de canales interiores.

Ya en 1562 el canciller René de Birague, nacido en Milán y educado en la política comercial de las ciudades italianas, había prohibido la exportación de materias textiles y la importación de muchas clases de tejidos y de ciertos artículos de metal. Por medio de ordenanzas protectoras, se favoreció la implantación en Francia de industrias extranjeras, como la de la seda. La clase adinerada había adquirido una función nueva y más poder al establecerse el sistema de arrendar los impuestos a empresarios que se encargaban de su percepción y adelantaban fondos al gobierno, haciendo ganancias inmensas, aplicación usuraria del capital a las finanzas públicas que fué desde luego odiosa a todas clases sociales. Convocados los estados generales de 1614, el tercer estado pidió la desaparición de las aduanas interiores que dificultaban el comercio de provincia a provincia, la abolición de los monopolios comerciales e industriales, la libertad de trabajo en los nuevos ramos de la industria incorporados desde 1576 a la constitución gremial, y el derecho de abrir tienda y de llegar a maestro de oficio sin pagar previamente suma alguna. Los trabajos del corporativismo medieval molestaban ya a la burguesía, que se acercaba a su madurez. Y la nobleza, que en esa misma ocasión proclamó una vez más su vana superioridad de sangre sobre la burguesía, reconoció sin quererlo el cambio sobrevenido en la situación de las clases al solicitar del rey el derecho de hacer el tráfico de ultramar sin menoscabo de sus privilegios establecidos por la costumbre. El poderoso ministro Richelieu, que para sujetar definitivamente a la nobleza mandó arrasar todos los castillos y fortalezas innecesarios para la defensa exterior, no sólo permitió a los nobles la navegación, sino que ennobleció a los armadores de buques mercantes. Pero no era en realidad la nobleza capaz de una evolución tan inteligente hacia las nuevas y grandes actividades de importancia creciente. ¿No había disputado a la burguesía letrada las altas funciones adminis-

trativas y judiciales del reino? ¡Cuánto menos podía competir con la clase mercantil en la extensión de las relaciones comerciales de Francia, cuyo círculo se ensanchaba rápidamente con los descubrimientos geográficos y el establecimiento de colonias de ultramar! No considerando dignos de ella sino el ejercicio de las armas y el servicio personal del rey, lo más granado de la nobleza sólo se apasionaba por sus placeres y cuestiones de etiqueta. El dominio francés en Canadá y el Mississippi preocupaba menos a aquellos príncipes y duques que la grave cuestión de si tal o cual gran dama tenía derecho a un taburete para sentarse en presencia de la reina.

• • •

El alzamiento de la burguesía inglesa en 1640 tuvo en Francia cierta repercusión. Perdida toda importancia por los estados generales, cuyas sesiones, cada vez más distantes, se empleaban en disputas entre los órdenes, sin arribar a conclusiones de interés público que pudieran imponerse al rey, quedaba como único contrapeso a la autoridad de éste el parlamento de París o alta corte de justicia, encargada de inscribir los edictos reales en registros a su cargo; cada nueva ordenanza motivaba, pues, un fallo y una deliberación previa para fundarlo; ejercía en esta forma el parlamento de París cierto derecho de examen, de crítica, de enmienda, de protesta y aun de veto, por la negativa de inscripción de las ordenanzas reales. Esa censura distaba mucho en autoridad y eficacia del poder del parlamento inlgés, cuerpo netamente legislativo, elegido por las clases pudientes de la nación. Cuando la Cámara de los Comunes de Inglaterra destronó al rey que pretendía gobernar sin su anuencia, el parlamento de París, irritado por algunas medidas gubernamentales que cercenaban los privilegios personales de sus miembros, creyó poder hacer también su petición de derechos, y arrogándose el carácter de representación nacional, instó al rey a no exigir impuestos sino después de aprobados por el parlamento, y sostuvo que nadie debía ser tenido preso más de 24 horas sin

ser puesto a disposición del parlamento, para ser procesado si se le encontraba criminal, y libertado si era inocente. Estas exigencias parecieron inadmisibles a la corte, y estalló la guerra civil de la Fronda, conflicto tragicómico en que el estado llano no mostró unidad ni calor, y aceptó como jefes del movimiento a príncipes "de la sangre", duques y marqueses que hacían la guerra por pasatiempo, o por los lindos ojos de alguna condesa, pues las intrigas galantes de la corte influyeron mucho en aquellos sucesos. No pudieron éstos ser entonces de gran alcance: disipada aquella equívoca efervescencia, el joven Luis XIV dió la fórmula acabada del absolutismo monárquico en su frase: "El Estado soy yo". Prohibió a las cortes de justicia toda amonestación o advertencia respecto de los edictos, hizo para el fisco una fuente de rentas de la venta de los cargos municipales, y dejó caer en el olvido más completo a los estados generales, que no habían sido convocados desde 1616 y no volverían a serlo hasta 173 años después.

Encontraba la alta burguesía francesa una compensación a esta decadencia de sus más reconocidas franquicias en la venalidad de los cargos públicos, que le permitía apoderarse de todos, mediante su dinero, y aun transmitirlos por herencia, lo que originó una nobleza de toga, cada día más poderosa que la vieja nobleza de espada. Del tercer estado sacó también Luis XIV casi todos los ministros de su largo reinado. Luis Colbert, hijo de un tendero de paños, dirigió a la vez las finanzas, la marina, las colonias, la agricultura, la industria, el comercio, los trabajos públicos, las bellas artes; bajo su influencia mejoraron las vías interiores de comunicación, desaparecieron en gran parte de Francia los derechos aduaneros internos, realizándose en la misma medida la unidad comercial del territorio, creáronse nuevas industrias, algunas directamente por el Estado, otras protegidas por el monopolio interior y los derechos de aduana entre la competencia extranjera; y, en su tendencia de protección absolutista, deseoso de reglamentar la manufactura hasta en sus detalles, hizo obra

retrógrada, vigorizando con sus ordenanzas el sistema de las corporaciones gremiales. Es cierto que también de eso echaba mano la monarquía, para la cual era una fuente de recursos la venta de licencias de maestro.

En las viejas trabas subsistentes al desarrollo económico y en las nuevas que a éste ponía la avidez fiscal del trono, en las exacciones que, reducido a la última miseria el pueblo trabajador de los campos, empezaban a golpear a la burguesía, en los dispendiosos favores otorgados por el rey a sus cortesanos, en las ruinosas guerras exteriores suscitadas por la vanidad del soberano o de su dinastía, revelábase el profundo antagonismo entre el sistema político reinante y las verdaderas fuerzas directoras de la sociedad francesa. Durante el siglo 17, en todos los campos de la actividad la burguesía había dado a la Francia sus hombres más eminentes; de ella salieron Descartes y Pascal, geniales matemáticos y físicos; Corneille, Racine, La Fontaine, La Bruyère, celebrados hombres de letras; el gran pintor Poussin, los mariscales Fabert y Catinat, los marinos Duquesne y Duguay-Trouin, hábiles y valientes hombres de guerra. La clase media experimentaba en masa esa elevación intelectual. Sus gustos se habían refinado en proporción a su riqueza. Monsieur Jourdain, el burgués gentilhombre, ideado por el ingenioso escritor plebeyo Molière en 1670, tenía ya dinero bastante para darse maestros de esgrima, música y filosofía, prestarle a Dorante y cortejar a la marquesa. Hasta el sentimiento del honor, como se lo cultivaba en los frívolos círculos de la corte, debía agravar el conflicto latente entre las fuerzas efectivas del tercer estado y el lugar que le asignaban en la sociedad los intereses y prejuicios del rey, del clero y de la nobleza.

Llegamos a la época en que el capital, engrandecido en el comercio del mundo, extiende también a la industria su definitiva supremacía. La constitución gremial, que todo lo reglamentaba, estorbaba en las ciudades al desarrollo de una industria más inteligente y productiva. Estaban atados los maestros de oficio por infinidad de restricciones al aumento

del número de trabajadores que ocupaban y al empleo de nuevos métodos. No podía tampoco combinarse en un mismo local industrial el trabajo de varios gremios: el tapicero debía quedar a distancia del ebanista, ni se permitía pintar un coche en el mismo local donde había sido fabricado. Los comerciantes enriquecidos en el comercio de América y de Indias pudieron, pues, más que los maestros en la necesaria revolución industrial, y tuvieron parte principal en el desarrollo de la manufactura, que sistematizó la división del trabajo y agrandó considerablemente la unidad industrial. Los nuevos focos industriales, bastante grandes ya para necesitar la fuerza hidráulica, se establecieron en el campo, junto a las caídas de agua, substrayéndose así al mismo tiempo a la retrógrada tiranía de las arcaicas corporaciones urbanas; de ese modo nacieron nuevos planteles de población, contra los cuales lucharon encarnizadamente los viejos municipios, cuya libertad civil y autonomía administrativa habían sido cimentadas principalmente por el esfuerzo de los antiguos gremios. Los suburbios, donde de antiguo se habían establecido los obreros puestos por su carácter o impericia fuera de la constitución gremial, fueron también el asiento de las nuevas formas industriales. La manufactura hizo de los arrabales parisienses Saint Antoine y Saint Marceau populosos barrios industriales. En no pocos casos, por especial autorización del rey, pudieron las manufacturas establecerse en cualquier parte y adquirir un desarrollo libre y grande.

El paso de la producción feudal a la producción capitalista, iniciado en los siglos 14 y 15, acelerado en el 16, hizo en la segunda mitad del 17 las etapas decisivas. Desde entonces primó el espíritu mercantil en la dirección de la industria, quedó ésta sujeta al capital, y si su objeto final fué siempre la producción de artículos de consumo, para el empresario industrial, fué ante todo la producción de mercancías y de ganancia. Las relaciones entre obrero y patrón sufrieron con esto un vuelco considerable, y, alejándose cada vez más del patriarcalismo medieval, en que la subordinación se basaba

en la experiencia del maestro jefe de una familia a la cual se incorporaba temporaria y muchas veces definitivamente el oficial, pasaron a ser ante todo relaciones de explotador y explotado, en que poco o nada entraban la colaboración voluntaria ni la simpatía personal.

• • •

En la naciente sociedad capitalista el derecho absoluto de propiedad sirve como fuerza irresistible para extender entre los hombres la cooperación coercida: "Con la cooperación de muchos asalariados, el mando del capital pasa a ser una necesidad para la ejecución del trabajo mismo, una condición real de la producción. El mando del capitalista en el campo de la producción es ahora tan indispensable como el del general en el campo de batalla". Y agrega Marx: "La concentración de grandes masas de medios de producción en manos capitalistas individuales es, pues, una condición material de la cooperación de asalariados, y la extensión de la cooperación... depende del grado de esta concentración".

Todo lo que tiende a la rápida acumulación de riqueza en manos de la clase que, invirtiéndola en medios de producción y en salarios, la transforma en capital, fué mirado, pues, en aquella época como la política más sabia. No se consideró bastante la existencia de capas sociales flotantes, residuos de la disuelta sociedad feudal, que se ofrecían, desorganizadas e indigentes, a la explotación. Al apoderarse la clase burguesa del gobierno, quiso desde luego reforzar por medio de la ley la coerción al trabajo que se ejercía sobre el proletariado mediante la excluyente propiedad. El gran pensionario de Holanda Juan de Witt, personificación de la burguesía más adelantada del siglo 17, veía en los altos impuestos de consumo el mejor medio de fomentar el espíritu de invención, la laboriosidad y la templanza, y, cuando su país era el emporio de la riqueza europea, aconsejó la depresión de los salarios por la autoridad y una severa ley de pobres. Los impuestos elevaban al doble el precio del pan en las ciudades holandesas, y en el campo

eran reemplazados por una suma redonda que cada uno pagaba al año, según la clase de pan que se le suponía consumir. El ejemplo cundió en toda Europa. Como un residuo de las exacciones feudales, quedaba en muchos países el impuesto sobre la harina, al ser molida, y sobre el pan, al ser cocido. La carne fué otro artículo que atrajo sobre sí la alcista atención del fisco. En Inglaterra se establecieron impuestos de consumo sobre el cuero para botines, el jabón, las bujías y uno altísimo sobre la sal, que cuadruplicaba su precio. En Francia la gabela de la sal se impuso con rigor minucioso e inaudito: las consumiera o no, cada habitante debía comprar tantas libras de sal al año y no emplearla sino en su olla de cada día; si quería salar un cerdo, tenía que ir al depósito del arrendatario del impuesto a comprar otra sal; su economía doméstica por entero estaba sujeta a la inquisición de los empleados de la empresa. A esto se agregaban la talla, contribución que mermaba los salarios, la capitación que pesaba en Francia aun sobre los más pobres! Tales fueron las fuentes de recursos con que los Estados europeos, al consolidarse al servicio de la burguesía, sostuvieron sus guerras comerciales y coloniales, y contribuyeron de paso a acelerar más o menos intencionalmente la acumulación capitalista.

* * *

Y las máximas de sus gobernantes inspiraron a una nueva clase de teóricos que apareció en aquella época, los teóricos de la riqueza.

Los hombres que en la antigüedad clásica teorizaron sobre las sociedades humanas, las consideraron basadas necesariamente en la esclavitud; el poder militar era, por lo tanto, para ellos la medida del vigor del Estado. Economía llamaban al arte de conseguir las cosas necesarias y agradables para la vida, y en la división del trabajo y la cooperación veían el medio de educar mejor a los trabajadores para cada tarea especial, de prepararlos para hacer bien las cosas y adaptar el trabajo a las aptitudes e inclinaciones de cada

uno. Tanto Platón, dice Marx, "que trata de la división del trabajo como base de la división de las clases sociales", como Jenofonte, que "toca ya más de cerca la división del trabajo dentro de un taller", si mencionan alguna vez el aumento del producto obtenido gracias a ella, sólo ven en este producto un artículo de consumo, no una mercancía. Aristóteles habla con desdén del arte de enriquecerse, que aspira a atesorar sin límite y ve en la moneda el único objeto de la adquisición y de su ciencia; si el sabio griego distingue, como uso natural y uso artificial de las cosas, lo que ahora llamamos valor de uso y valor de cambio, y discurre sobre el comercio, no da a éste más lugar en su política que al lucro en su vida. Tales de Mileto, de quien nos cuentan que especuló una vez en alquileres, para demostrar que los filósofos, cuando lo quieren, saben también enriquecerse.

Al reanudarse en Europa el estudio teórico de las sociedades, las circunstancias históricas habían experimentado un gran cambio. La esclavitud había desaparecido; la raza era más homogénea que en el mundo antiguo dentro de cada unidad social, y ésta ya no era una ciudad, sino un país con territorio suficiente para alimentar importantes corrientes de comercio interno. La sujeción personal de un hombre a otro se presentaba cada vez más en la forma de trabajo asalariado, como una relación de dinero. En la guerra exterior, que había perdido el más grande de sus antiguos incentivos, el triunfo era de la potencia que podía pagar más mercenarios, y el comercio era mirado como el modo más seguro de hacer presa de los pueblos. La burguesía comercial, entonces la clase inteligente por excelencia, había prosperado al amparo del poder real, al cual había robustecido e inspirado. Tuvieron, pues, los nuevos teóricos, que ver en la riqueza monetaria la principal fuerza del Estado como del individuo, confundieron por completo la economía con el arte de la acumulación, y asignaron al Estado, como función primordial, la de traer y conservar en el país la mayor suma posible de metales preciosos. Tal fué el mercantilismo, doctrina teórico-práctica que por espacio de varios siglos dominó la

política europea. Ella había conducido a la prohibición de exportar moneda metálica ni barras de oro y plata, en todas partes, aun en España, invadida a la sazón por los metales preciosos de México y Perú, que así artificialmente estancados, en lugar de hacer su fortuna, como mercado proveedor de esos metales para Europa, contribuyeron a su ruina. Una de las más repetidas quejas de los rebeldes comuneros de 1520, fué contra la "saca de moneda", que acusaban al rey Carlos I de permitir a sus favoritos extranjeros. Sugestionados por la ilusión general que veía en los instrumentos del cambio y signos ordinarios del valor la riqueza por excelencia, los gobiernos españoles gravaron la exportación de oro y plata con un fuerte impuesto; quedó entonces en la península mayor cantidad de esos metales que la necesaria para moneda, ésta se acuñó en exceso, los precios de todas las cosas subieron, al mismo tiempo que se paralizaba en vajilla y objetos de lujo otro exceso de metales preciosos que lanzados a la circulación exterior, hubieran sido productivos. Mientras tanto en los otros países el valor del oro y la plata era mucho más alto, y más bajos, por consiguiente, los precios de las mercancías, desequilibrio que, a pesar de todas las trabas aduaneras, determinó una fuerte corriente de importación de productos extranjeros a España, que compitieron ventajosamente con los de la producción local; y al mismo tiempo, un activo contrabando de exportación de metales preciosos. Como resultado final, no quedó en España mucho más oro y plata que lo que podía en ella tener aplicación, pero su industria, en otro tiempo floreciente, había sufrido un nuevo soplo de decadencia, y el país se había empobrecido por haber aplicado mal sus riquezas de América.

No había permitido más acierto el nivel general de la conciencia económica de la época, cuando en toda Europa regían leyes restrictivas de la libertad de comercio, que en cada país excluían en lo posible a los traficantes extranjeros, colocaban en el exterior los mercados de los productos propios para asegurar a los comerciantes nativos el beneficio del transporte y la exportación, obligaban a traer en moneda

parte al menos del valor de lo vendido en el exterior, pretendiendo al mismo tiempo hacer llevar en productos del país todo el valor de las mercancías importadas, y exigían al que compraba un giro contra el exterior que exportara productos del país por un valor equivalente.

La experiencia del comercio mismo y el estudio teórico de los hechos no tardaron en abrir brecha en los prejuicios tradicionales. A la obsesión del atesoramiento nacional, fué sustituyéndose la idea de buscar la prosperidad del país fomentando la exportación, para que se vendiera lo más y se comprara lo menos posible al extranjero, de modo que la balanza del comercio exterior, como comenzaba a decirse, se equilibrara recibiendo dinero. No pudo pensarse de otro modo, aun dentro de la estrecha doctrina mercantilista, al desarrollarse el intercambio y combinarse en los mismos individuos y empresas las funciones de la exportación y la importación. Inspirado por el régimen comercial de las ciudades italianas, publicó Antonio Serra en 1613 su tratado sobre los medios "de hacer abundar el oro y la plata donde no hay minas", libro en que propició el fomento de la exportación de manufacturas por el Estado, antes que su intromisión directa en la circulación de la moneda. La misma idea fué sostenida en Francia por los teóricos, que ya en 1615 emplearon la expresión de "economía política", ampliada poco después en Inglaterra.

Abierta la India a los europeos, se encontró que los metales preciosos eran los artículos que con más provecho se podían llevar allí; y al constituirse en el año 1600 la Compañía inglesa para explotar ese comercio, obtuvo, como un privilegio, permiso de exportar hasta 30.000 libras esterlinas en barras de oro y plata y moneda extranjera, obligándose a importar a Inglaterra, dentro de los seis meses consecutivos a la terminación de cada viaje, oro y plata por un valor equivalente al de la plata antes exportada. Esta concesión fué denunciada como contraria al interés público y violatoria de las reiteradas leyes que habían prohibido la exportación de oro y plata, la última de las cuales databa de 1515 y castigaba por la confiscación de doble valor a los que sacaran del país oro y plata en cualquier forma, aun la de joyas y platería. En su defensa argumentó, y con razón, la Compañía, que ella reexportaba la mayor parte de las mercancías recibidas de la India y obtenía en cambio mucho más metálico que el que había exportado para comprarlas. La doctrina netamente mercantilista de la balanza del metálico complementó entonces a la de la balanza del comercio. Sin desprenderse todavía del viejo concepto que veía en la moneda la riqueza por excelencia y la expresión única del valor, al ensancharse y entrelazarse los círculos comerciales se abría el camino para ideas económicas más amplias y verdaderas. Empezábase ya a teorizar sobre la división del trabajo del punto de vista burgués, como un medio de acrecentar la producción de la riqueza, de dinero o de cosas cambiables por él. Y si en la manufactura era la cooperación de tan grandes beneficios para el capitalista, si se la encontraba espontáneamente establecida dentro de la ciudad y dentro del país, ¿cómo no había de brotar la idea de una naciente división del trabajo entre los pueblos y relajarse en parte al menos las ataduras al comercio exterior? Petty hizo notar que Irlanda se empobrecía, aunque siempre su exportación excedía a su importación; y en 1660 se reconoció oficialmente que el exceso de la exportación no determina un aflujo equivalente de metálico sino cuando éste puede ser vuelto a exportar sin trabas. Tres años más tarde fueron revocadas en Inglaterra las leyes que prohibían la exportación de moneda extranjera y de barras metálicas, y, a fines del siglo 17, aunque predominaba aún en la práctica la creencia de que el comercio era una guerra en que ningún pueblo podía ganar sin perjudicar a otros, la noción de la economía mundial se manifestó ya claramente. El gran mercader inglés Dudley North, en sus discursos sobre el comercio publicados en 1691, sostuvo que el mundo entero es para el intercambio como una nación o pueblo; que la pérdida del comercio con

una nación no es un hecho aislado, sino una disminución del comercio del mundo, todo él íntimamente combinado; que así como la moneda puede ser escasa en un país, puede también estar en exceso; que el dinero exportado con fines comerciales aumenta la riqueza de la nación, pero empleado en guerras y gastos en el exterior, realmente la empobrece, y que era un abuso todo favor concedido por un gobierno a un comercio o interés determinado; ideas tan subversivas del orden establecido en aquella época, que los escritos de North fueron deliberadamente substraídos a la circulación.

* * *

De las obscuridades del antiguo arte financiero, todo él supeditado al poder y la ciencia del gobierno, nacía entonces la noción de un orden económico espontáneo y natural, cuyas leyes debía el Estado respetar para no lastimar el interés público con acciones intempestivas, idea que encontró en Francia su más brillante desarrollo. Fresca aun la memoria del ministro Colbert, personificación la más alta de la intromisión, protectora o destructiva, del Estado, se levantó la voz de Boisguillebert, uno de los intendentes de Luis XIV, en defensa de las clases oprimidas por la insaciable avidez de los arrendatarios de impuestos y señores de la corte; y este pensador, para quien la ciencia financiera no era más que "el conocimiento profundo de los intereses de la agricultura y el comercio", negó a la moneda toda preeminencia, vió la verdadera riqueza en el goce de las cosas necesarias para la vida y de las superfluas que pudieran proporcionar placer, y encontró que el "justo valor" de las cosas es determinado por la proporción en que el trabajo de los hombres se distribuye entre las diversas ramas de la producción, proporción que para ser la necesaria, debe ser determinada por la libre competencia. Empezaba así a manifestarse con fuerza el individualismo burgués, que a mediados del siglo 18 encontró su expresión general y sistemática en las teorías del médico y economista Quesnay. La acción autónoma de los individuos sobre el medio físico-biológico, a fin de procurarse las subsistencias, fué el punto de partida de sus especuladores, y atribuyendo a ciertas ramas de la técnica un poder creador peculiar, consideró la agricultura, la minería y la pesca como los únicos trabajos realmente productivos, los únicos que dan un producto excedente sobre lo que se consume en la producción misma, excedente del cual viven los trabajadores de la industria, improductivos porque transforman simplemente la materia, y la clase propietaria que recibe la renta del suelo. En esa gran división del trabajo, y en la existencia y la subordinación de las clases sociales, veía Quesnay el resultado de leyes naturales, que dirigen todo en un orden perfecto si no se las perturba en su funcionamiento con vanos artificios. Fisiocracia o gobierno de la naturaleza, llamaron los discípulos de Quesnay a su doctrina, de la cual se deducía todo un sistema de derecho natural, la "propiedad personal" o el derecho del hombre a disponer libremente de su actividad personal, o libertad de trabajo, correlativa de su necesidad de trabajar para vivir; la propiedad mobiliaria o de los frutos del propio trabajo; la propiedad raíz, o conservación del valor invertido para poner la tierra en estado de cultivo; la libertad de comercio, proclamada sobre todo en defensa de la agricultura, cohibida entonces en Francia por la prohibición de exportar granos; la libertad del empleo de la tierra, de su cesión, de su venta. Grandes eran las fallas de la doctrina de Quesnay; atribuía al trabajo agrícola un poder creador que negaba al industrial, siendo así que uno y otro transforman simplemente el estado de la materia y habían sido ya reconocidos indistintamente como creadores de valor, como generadores de riqueza. Hacia 1720, en América, donde — dice Marx — "las condiciones de la producción burguesa importadas junto con sus portadores medraron rápidamente en un suelo que compensaba con un exceso de humus su falta de tradición histórica", Benjamín Franklin consideró el trabajo la mejor medida de los valores, y apreció la riqueza de un país por la cantidad de trabajo que sus habitantes

podían comprar. Quesnay y sus discípulos vivieron en un mundo de grandes propietarios, cuyos dominios no guardaban la menor relación con sus necesidades, ni mucha menos con su ninguna capacidad de trabajo, y cuyos títulos eran en gran parte feudales o de favor. ¿No era entonces una simple apología el basar esa propiedad en el trabajo personal, y la apropiación del suelo en los adelantos primitivos para el desmonte, el cerco, las construcciones, etc.? Pero esa misma ficción era la mejor crítica de la legitimidad de aquellos títulos. Ya el gran pensador inglés Locke, que había denunciado la futilidad de las leyes hechas para fijar la tasa del interés, había también dado el trabajo como fundamento de la propiedad del suelo, justificándola para cada hombre sólo dentro de los límites de sus necesidades y de su poder productor.

* * *

Forjábanse así formidables armas de doctrina contra los privilegios de la nobleza, y en su efusión juvenil, la burguesía daba la forma de reivindicaciones generales de libertad a sus clamores por la libertad que más necesitaba, la libertad de poseer, comprar y vender. La economía política, primera teoría de la sociedad en que toca al Estado un papel secundario, indicaba el arribo de la burguesía a su madurez de juicio, su creciente conciencia de los fenómenos sociales y su capacidad cada vez mayor para dirigirlos.

Y en todas direcciones, su horizonte mental habíase ensanchado infinitamente. En trabajos inmortales, Kepler, Galileo, Newton, hombres de origen obscuro, habían descubierto el mecanismo de nuestro sistema solar, y debilitado para siempre la posición de la Iglesia, cuyos dogmas cosmogónicos se basaban en la vieja astronomía. El desarrollo de las matemáticas había elevado a altísima potencia nuestro poder de investigación, y para nutrir el razonamiento se recurría cada vez más a la observación y el experimento. Se había descubierto la presión atmosférica y la circulación de la sangre, e inventado la máquina neumática y el microscopio. Y los nuevos conocimientos

chocaban con la tradición en todas partes, estallaban conflictos entre la religión y la ciencia. Fué aquella una renovación intelectual de mucho mayor alcance que el humanismo, precursor de la reforma religiosa. No se trataba ya de la autoridad de los obispos, ni de la moralidad del papa; el cristianismo era lo que estaba en cuestión.

Al mismo tiempo, en Inglaterra se consolidaba el sistema parlamentario; su gobierno había pasado a manos de un consejo de diputados ministros, apoyado por la mayoría del parlamento, formada por los representantes de la clase comercial e industrial de las ciudades y los de los distritos donde dominaban las sectas religiosas disidentes; el rey no era ya sino una figura decorativa; nada podía ordenar sin la firma de los ministros, se le consideraba irresponsable y ni asistía a las sesiones del Consejo. El empleo de esta nueva vida política impresionó vivamente a los autores del grandioso movimiento literario francés del siglo 18, que hicieron la crítica de la religión con una audacia nunca vista, exacerbada por las persecuciones de una iglesia inquisitorial y de un gobierno inepto. Voltaire, hijo de burgueses ricos, escritor de vasto y nutrido ingenio, historiógrafo de épocas y costumbres más que de reyes y héroes, mas apasionado propulsor de la cultura moderna que admirador de la clásica, dedicó su pluma brillante y ágil a emancipar el espíritu humano del dogma y de la tradición. El conde de Montesquieu alcanzó también para su época un concepto superior de la Historia, y enamorado del progreso, que no concebía ya sin la libertad burguesa, hizo entrever a sus conciudadanos, como en un miraje, la monarquía constitucional. La Enciclopedia, repertorio general de las ciencias y de las artes, escrita por una pléyade de sabios literatos, fué ideada y organizada por Diderot, hijo de un cuchillero. Sus dos primeros tomos, publicados en 1751, fueron condenados por la censura como "tendientes a desarrollar el espíritu de revuelta, corromper las costumbres y conmover la autoridad real". Para apreciar el sentido de esta sentencia, conviene saber que poco antes

Diderot había sido encarcelado por haber dicho en una de sus obras que los ciegos de nacimiento tienen algunas ideas diferentes de las de los hombres que ven, siendo quemado por mano del verdugo el libro en que había estampado tan tremenda herejía. En realidad la Enciclopedia no se limitaba ya a negar la revelación y desdeñar los recuerdos cristianos; estaba impregnada de ateísmo, que abiertamente profesaban entonces los más ilustres sabios y cultores de las ciencias y de las letras, Lalande, Condorcet, d'Alembert, el barón de Holbach, que todo lo explicaba por las combinaciones y movimientos de la materia. Helvetius, enriquecido como arrendatario de impuestos, que construyó un sistema de moral basado en el egoísmo. Esta literatura revelaba la libertad del pensamiento de la alta burguesía francesa y de los elementos liberales de la nobleza; pero su influencia no pudo extenderse a la masa de los que leían, para la cual los disciplinados sentimientos y sutiles teoremas de los filósofos dejaban vacíos muy difíciles de llenar. Ni afectaban ellos dirigirse al pueblo. "Entendiendo por pueblo" — decía Voltaire — "el populacho que no tiene sino sus brazos para vivir. Dudo que este orden de ciudadanos tenga jamás tiempo ni capacidad para instruirse, se morirían de hambre antes de llegar a ser filósofos. No hay que instruir al trabajador, sino al buen burgués".

Mucho más difundida fué la acción revolucionaria de Rousseau, hijo de un relojero de Ginebra, libre cantón suizo. Ufano de la constitución republicana de su patria y profundamente afectado por el orgullo y la prepotencia, construyó con los escasos materiales de que disponía toda una teoría social, la expuso con elocuencia y completó el arsenal de doctrina que la burguesía necesitaba para abatir el despotismo de los reyes y los privilegios de la nobleza. Desprovisto de la noción del desarrollo histórico, suponía Rousseau al hombre primitivo en un estado ideal de aislamiento y de libertad, del cual no había salido sino previa celebración de un contrato social, hecho para la seguridad y bienestar de todos.

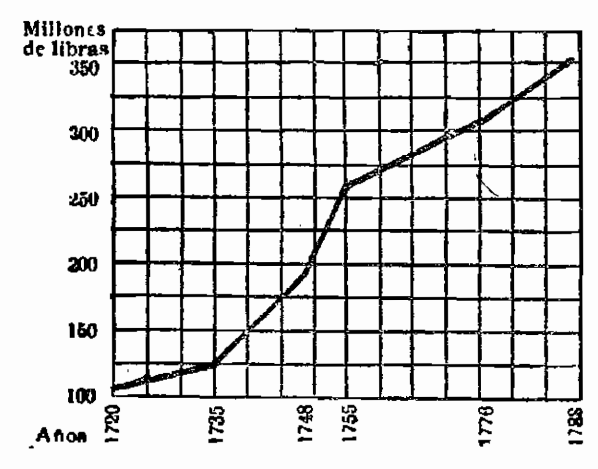
Si más tarde, por la violencia y el engaño, se han establecido entre los hombres relaciones de opresión, no se basan éstas en ningún derecho, y rebelarse contra ellas es uno de los primeros deberes del ciudadano, para devolver al mundo social la prístina pureza que sólo ha perdido por la soberbia y la cobardía de los hombres. Aquella vibraute afirmación del derecho natural tuvo una influencia inmensa en los inmediatos sucesos políticos; pero, con todo su sentimentalismo, y a pesar de su origen humilde, también Rousseau fué ante todo un doctrinario burgués. Su crítica de la propiedad se enfoca en la del suelo, forma principal de la riqueza del clero y de los nobles, que denuncia como una usurpación. Condenaba en principio la esclavitud, pero buscaba sus modelos de constitución en las repúblicas antiguas, sostenidas principalmente por el trabajo de inmenso número de esclavos. Su idea de igualdad era la idea burguesa, que no tolera privilegio alguno establecido por costumbres o leyes del llamado derecho público, y considera, sin embargo, lógicas y necesarias las mayores desigualdades cuando provienen de lo que se llama derecho privado o civil. "¿Acaso no se mantiene la libertad sino con apoyo de la servidumbre?" — preguntaba Rousseau — y respondía: "Tal vez. Hay situaciones en que no se puede conservar la libertad sino a expensas de la de otro y en que el ciudadano no puede ser libre sin tener esclavos. Vosotros, pueblos modernos, no tenéis esclavos, pero lo sois, pagáis su libertad con la vuestra". ¿Podían esas frases dirigirse a la mísera población de los campos o al creciente proletariado industrial, que a mediados del siglo 18 gemía ya en las manufacturas, sujeto a la estrecha coerción que ejerce sobre los desheredados la riqueza convertida en capital? No. Esos juegos de palabras eran simples espolazos al espíritu de insurrección que fermentaba en la clase burguesa, ansiosa de mayor poder político para disfrutar mejor de su propiedad. ¿Y qué alcance tenía la soberanía del pueblo proclamada por Rousseau? Decía que la voluntad general quiere siempre su bien, pero no lo ve siempre porque a menudo se la engaña, y encontraba muy plausible, sin embargo, que el legislador

ponga sus decisiones en boca de "los seres inmortales", para arrastrar "por la autoridad divina a los que no podría conmover la prudencia humana", pues "los sabios que quisieran hablar al vulgo el lenguaje científico no serían comprendidos". Esa simulación mística para reforzar la tutela del legislador, ¿no había sido siempre uno de los recursos más usuales de la opresión política?

* * *

En su avidez de saber, la burguesía francesa se inspiraba también en otra fuente, que, si no halagaba tan directamente sus aspiraciones políticas, educaba, en cambio, mucho más que la metafísica revolucionaria su facultad de pensar. El estudio del mundo físico-biológico la atraía con no menos


LA EXPORTACIÓN FRANCESA EN EL SIGLO 18



fuerza que las disquisiciones sociales. La segunda mitad del siglo 18 fué en Francia una época extraordinariamente fecunda para la ciencia. Lavoisier, arrendatario de impuestos, echó las bases de la química moderna, descubriendo las leyes de la combustión. Fourier y Coulomb hicieron trascendentales estudios sobre el calor y la electricidad. La geología empezó a estudiarse metódicamente. De Lisle y Haüy demostraron la regularidad de las formas en que se cristalizan los cuerpos del reino mineral. Jussieu señaló los caracteres fundamentales que sirven para la clasificación de las plantas. Daubenton, haciendo el estudio anatómico comparado de los huesos fósiles, destruyó las groseras fábulas que los suponían caídos del cielo o los atribuían a extinguida raza de gigantes. Y el desarrollo de la ciencia era seguido por la clase culta con el más vivo interés. Un gran anfiteatro era pequeño para el público que acudía a las conferencias de Petit sobre anatomía, y a las que comenzó Fourcroy sobre química en 1784 fué tanta la gente, que por dos veces se hizo necesario ensanchar la sala. Un auditorio no menos atento y numeroso, en que no faltaban elegantes damas, se agolpaba a escuchar a elocuentes profesores en sus disertaciones públicas sobre zoología, electricidad y astronomía. La idea de la regularidad de los fenómenos y la del cambio ordenado o desarrollo de las cosas generalizábanse así entre las capas mejor colocadas de la nación francesa.

* * *

Y en medio de ese luminoso florecimiento intelectual, frente al rápido desenvolvimiento económico que triplicó la exportación francesa en poco más de 50 años, el gobierno monárquico se mostraba cada vez más incapaz de todo progreso firme, más rutinario y vacilante. Algo había adelantado la administración local por la acción de algunos esclarecidos intendentes de provincia, que, haciendo suyas las aspiraciones generales, habían practicado el "dejad hacer, dejad pasar", grito en que se sintetizaban las aspiraciones burguesas de libertad. Pero cuando Turgot, el más ilustre de ellos, llamado en 1775 al gobierno central de Francia, quiso aplicar sus principios, poner orden en los gastos de la corte, librar de toda traba el comercio de trigos, suprimir las corporaciones de gremio, abolir para los campesinos la obligación de trabajar gratuitamente en la construcción y conservación de los

caminos y reemplazarla con un impuesto que, a estos fines, pagarían todos los propietarios, vió minada su posición por la resistencia del clero y de la nobleza, clases de terratenientes doblemente privilegiadas, que pretendían estar siempre exentos de toda contribución. En balde Turgot, rompiendo con la costumbre de lanzar los edictos como simples expresiones de la voluntad del rey, había precedido los suyos de extensos preámbulos de vigorosa doctrina, para evidenciar las razones que lo asistían. No tardó en sucumbir a una intriga de la corte, enviciada en el despilfarro y el déficit. Faltaba dinero para los gastos públicos y las cuantiosas pensiones a los favoritos de la reina, y se publicaron cuentas falsas y se derrochó aún más para inspirar confianza con esa simulación de abundancia y contraer nuevos empréstitos. Pero hasta el fin la nobleza y el clero, apoyados por el parlamento de París, se opusieron a toda contribución territorial que gravara sus bienes. De este sostenido conflicto resultó la convocación de los estados generales del reino para mayo de 1789 y comenzó la revolución.

Para sobreponerse a los órdenes privilegiados, que le negaban subsidios, autorizó el rey al tercer estado a elegir por sí solo tantos representantes como la nobleza y el clero juntos. Comprendía éste unos 130.000 individuos, entre prelados cortesanos, curas y vicarios de salón, y holgazanes de 4.000 monasterios y conventos; 140.000 personas, agrupadas en 30.000 familias, eran la nobleza, pocas de origen feudal, pero cuanto más advenedizas tanto más feudalistas. Bajo el nombre de tercer estado se comprendía todo el resto, la inmensa mayoría de la nación, el 98 % formado por burgueses, campesinos y obreros. No se dejó votar en las elecciones de diputados sino a los hombres que pagaban algún impuesto directo, pero la burguesía afectaba representar a todo el estado llano.

Si nuevos eran por su composición esos estados generales, no lo eran menos por su espíritu. Nunca como entonces a los ojos del estado llano habían aparecido parasitarias e inútiles las clases altas, tan monstruosos sus privilegios, ni tan absurda y superflua la monarquía, a la vez impotente y tiránica. A la conciencia de su propia y principal importancia, a la exaltación producida por la literatura revolucionaria, se sumaba en el ánimo de la burguesía francesa la fresca impresión de la independencia americana.

En la lucha abierta contra la extorsiva tutela de la metrópoli, acababan los colonos ingleses de destruir las vallas políticas que se oponían al desarrollo teórico - económico de su país, y se habían dado una constitución republicana, adornada con las fórmulas más generales y absolutas de la nueva literatura política. "Todos los hombres son naturalmente libres e independientes y tienen ciertos derechos inalienables: el goce de la vida y de la libertad y de la propiedad". Esto hicieron decir los jefes de la revolución americana a la constitución del nuevo estado independiente de Virginia, cuya clase trabajadora estaba formada de esclavos negros. Y casi un siglo después de esa declaración era todavía Virginia un criadero de esclavos para proveer de brazos a otros estados americanos no menos libres, donde los plantadores calculaban si les convenía más gastar, consumir, una partida de negros jóvenes en 7 ó en 14 años! ¿Cómo no disculpar entonces que la constitución federal de los Estados Unidos, algunos de los cuales no tenían esclavos, mirara la igualdad de los hombres como evidente por sí misma? ¿Cómo no explicarse que en Francia, de población homogénea, cuna de los más insignes cultores del derecho natural, la clase revolucionaria propendiera en gran parte a medidas radicales y se creyera sinceramente encargada de establecer las condiciones definitivas de la felicidad universal?

Desde luego los diputados del tercer estado, casi todos burgueses y abogados, exigieron que los representantes de los tres órdenes sesionaran juntos, reunidos en Asamblea Nacional, en la cual se votaría por cabeza, no por orden como en las antiguas reuniones. Y lo consiguieron, en porfía con el rey y los reacios representantes nobles y eclesiásticos. Como el rey mostrara aún veleidades de resistencia al propósito de

dar al país una constitución, la jornada del 14 de julio lo hizo por el momento entrar en juicio. Hervía al mismo tiempo la insurrección de los campesinos contra los privilegios, residuos del régimen feudal, que los tocaban más de cerca: la caza, reservada para el placer de los señores, que arruinaba las cosechas; los peajes y demás exacciones tradicionales; las rentas que todavía sacaban algunos clérigos y nobles de su torcida administración de justicia. Ante los hechos consumados, resignáronse los señores a la caducidad de esos arcaicos privilegios, que fué formalmente declarada, como había ya sido reconocida la igualdad de los propietarios ante el impuesto. Subsistieron por el momento los derechos feudales que se suponían originados en un contrato, la renta señorial y el derecho percibido por los señores en ocasión de toda mutación del propietario campesino. Se suprimieron las distinciones de nacimiento y la venalidad de los cargos. Y para coronamiento doctrinario de tanta obra, la Asamblea Nacional Constituyente proclamó los derechos del hombre y del ciudadano. "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos", dijo solemnemente. Y agregó, con el más puro candor: "Los derechos naturales e imprescindibles del hombre son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión". A renglón seguido votaba la Asamblea la ley Chapelier que, aboliendo las corporaciones de gremio y prohibiendo toda asociación de trabajadores, dejaba libre el campo para la expansión del capitalismo y la formación de un creciente proletariado. La crítica revolucionaria de la propiedad se manifestaba al mismo tiempo, en la expropiación de los bienes del clero, que, declarados bienes nacionales, fueron vendidos públicamente y pasaron a manos de la burguesía y de los campesinos. La supresión de las aduanas interiores, de la gabela y de todos los impuestos indirectos perjudiciales al comercio, mostraron hasta qué punto primaban en los móviles del nuevo poder político las necesidades e ideas de orden económico. Tan burguesa fué la constitución de 1791, a pesar de sus pomposas y grandilocuentes declaraciones, que estableció la desigualdad en el derecho electoral, limitándole a los ciudadanos que pagaran una contribución directa equivalente por lo menos al salario de 3 días, lo que excluía del voto a los obreros, además de los sirvientes expresamente excluídos; y para ser elector directo, pues el sufragio era en dos grados, se requería pagar una contribución equivalente por lo menos a 10 jornales.

Si no hubiera chocado con resistencias del exterior, la revolución habría consistido en el establecimiento de la monarquía constitucional y en la emancipación de la clase campesina. Pero desde que la Asamblea Nacional se manifestó resueltamente revolucionaria, los nobles emigraron y fueron a pedir la ayuda extranjera, el rey intentó escaparse, la reina puso en juego sus relaciones de parentesco con la corte de Viena, y el papa organizó la resistencia a la constitución civil del clero, que hacía a éste electivo y lo independizaba de Roma. Pronto el gobierno francés tuvo que hacer frente al alzamiento reaccionario de los campesinos del Oeste y a las fuerzas coligadas de las monarquías absolutas de Europa, en primer lugar de Austria y Prusia, muy atrasadas respecto de Francia en su desarrollo técnico-económico y político; no se hablaba allí todavía de *Volkswirtschaft* (economía política o del pueblo) sino de *Staatswirtschaft* (economía del Estado). Esa lucha gigantesca contra las fuerzas reaccionarias de dentro y fuera dió expansión inmediata en el continente europeo a los principios de la revolución burguesa e impuso a ésta sus caracteres de grandiosidad trágica. En la segunda asamblea revolucionaria, de la cual, a proposición de Robespierre, se habían voluntariamente excluído los miembros de la Constituyente, no predominaron ya, como en ésta, los terratenientes. A pesar del sufragio restringido, entraron en la Asamblea legislativa numerosos representantes de la media y pequeña burguesía, que, con menos miramientos por los privilegios, desligaron a los campesinos también de las obligaciones llamadas de la feudalidad contratante, e hicieron de ellos libres propietarios. Confiscó la misma asamblea los bienes de

los nobles emigrados, que conspiraban en el extranjero contra el gobierno de su patria, y desterró a los curas refractarios al juramento de fidelidad a la ley francesa. Las alarmas de la guerra exterior habían conmovido hondamente al pueblo de Francia. La guardia nacional de París, reforzada por destacamentos de las provincias, entró en abierta rebelión, estableció un poder municipal revolucionario, asaltó las Tullerías y apresó al rey, de quien se probó que tramaba con los soberanos extranjeros la entrega y la humillación de Francia. El rey fué depuesto y convocada una Convención constituyente, elegida por el sufragio universal, con exclusión de los sirvientes. El 22 de septiembre de 1792, a los dos días de reunida, la Convención estableció en Francia la república y se avocó en seguida el juicio del rey, que fué condenado y ejecutado poco después. Y, bajo la presión de la Comuna de París, en la cual dominaba la pequeña burguesía y el elemento obrero, la Convención condujo vigorosamente la guerra exterior y elaboró una constitución y dictó leyes que por un momento dieron a su obra un carácter popular y aun proletario. Ya en la Asamblea Constituyente había Robespierre defendido el sufragio universal en los siguientes términos: "Todos los ciudadanos, cualesquiera que sean, tienen derecho de pretender a todos los grados de la representación. Nada es más conforme a vuestra declaración de los derechos, ante la cual todo privilegio, toda distinción, toda excepción deben desaparecer. La Constitución establece que la soberanía reside en el pueblo, en todos los individuos del pueblo. Cada individuo tiene, pues, derecho de concurrir a la ley, por la cual está obligado, y a la administración de la cosa pública, que es la suya". Por su artículo 4, la constitución de 1793 daba el derecho de sufragio a todos los franceses mayores de edad, y la declaración de derechos que la encabezaba decía en su artículo 21: "La sociedad debe la subsistencia a los ciudadanos pobres, ya proporcionándoles trabajo, ya proveyendo de medios de vida a los que no están en condiciones de trabajar". Las malas cosechas, la guerra y la depresión del papel moneda habían en-

carecido mucho la vida del pueblo. La Convención trató de remediarlo estableciendo por ley un precio máximo para los artículos de primera necesidad, y autorizó a la Comuna de París a cobrar un impuesto progresivo sobre la renta para proveer al pueblo de trigo a un precio moderado. Pero se decretó al mismo tiempo un salario máximo, y se defendió enérgicamente el derecho de propiedad, amenazando con la pena de muerte a quien pidiera el reparto de los bienes quitados al clero o atacara en forma alguna la propiedad territorial, comercial e industrial.

Todo eso fué hecho en medio de la inexorable represión de las tentativas reaccionarias, y de sangrientas escisiones dentro de la Convención misma, llevada por los acontecimnentos a un paroxismo de emoción, en que se mezclaban el amor a la libertad y el temor a la sublevación realista y la invasión extranjera.

Pero lejos de paralizarse, la inteligencia revolucionaria recibió nuevo estímulo en esos momentos de prueba. Monge, convencional y creador de la geometría descriptiva, enseñó a fundir cañones con el bronce de las campanas y estatuas del antiguo régimen. Se aprendió en Francia a fundir el acero, hasta entonces importado; a proveerse de salitre para pólvora, sacándolo de la tierra impregnada de los establos. El convencional Carnot, gran matemático, dirigió con genio la defensa exterior. Guyton de Morveau, convencional también, se encargó can Bertholet, otro químico eminente, de dar "cursos revolucionarios" de fabricación de pólvora. La "fiesta del salitre", en que los ciudadanos expusieron su pericia en la preparación de ese indispensable medio de defensa, fué, dice Monge, una de las más hermosas de la revolución. En 1794 se estableció, con fines militares, la primera línea telegráfica de señales, y se hicieron los primeros ensayos de aerostación.

El terrorismo, abiertamente proclamado como método revolucionario de gobierno, se debilitó por sus propios excesos,

y en 1795, dominado ya el peligro exterior por el heroico esfuerzo del pueblo francés, la autoridad gravitó de nuevo como al principio de la revolución, hacia la alta burguesía, nada conforme con un régimen que pretendía conferir al pueblo el derecho al trabajo y el sufragio universal. Nuevos elementos habíanse entretanto incorporado a la clase capitalista: las fortunas hechas en la proveeduría de los ejércitos y en la adquisición de bienes nacionales. La Bolsa fué reabierta, el precio máximo del pan, abolido, y el lujo volvió a su esplendor, como estimulado por los breves años de obscuridad que le había impuesto la austeridad republicana. Enormes y repetidas emisiones de asignados, el papel moneda garantido por los bienes nacionales, llevaron a grado ínfimo el valor representado por los signos monetarios; los billetes de 100 francos, que en 1792 valían todavía 72, y en 1794 al caer el partido demócrata radical o jacobino, conservaban aún 1/12 de su valor nominal, bajaron en 1796 hasta 1/344, agio intencionalmente producido en provecho de los especuladores en tierras públicas, que las pagaban así a vil precio y revendían pronto en fracciones pequeñas. Semejante gobierno no pudo pensar en poner en vigencia la constitución de 1793, cuya aplicación había sido postergada hasta después de la guerra; aquella gran carta fundamental era demasiado adelantada para la época; comprendía principios que aun hoy pasan por nuevos y atribuía al pueblo trabajador francés facultades políticas que en general éste no exigía entonces, ni era aún capaz de comprender ni ejercer. Fácil fué, pues, al partido dominante en 1795, cuando la Francia triunfante hizo la paz con algunas de las potencias enemigas, prescindir de la constitución de 1793, que nunca llegó a ser aplicada, y promulgar en su lugar otra que restablecía el sufragio indirecto y calificado por la renta y el impuesto. He aquí las palabras del convencional Boissy d'Anglas, que informó en 1795 sobre la nueva ley electoral en proyecto: "Si dais a hombres sin propiedad los derechos políticos sin reserva, y ellos llegan alguna vez a las bancas de los legisladores, excitarán o dejarán excitar agitaciones sin temer su defecto; establecerán o dejarán establecer tasas funestas para el comercio y la agricultura, porque no habrán sentido ni temido sus deplorables resultados... Un país gobernado por los propietarios está en el orden social; aquel donde los no propietarios gobiernan está en estado de naturaleza". Habíase alejado la posibilidad de la vuelta del partido democrático al poder, mas no se consolidó lo suficiente el Directorio netamente burgués establecido por la nueva constitución, amenazado a derecha e izquierda por realistas y jacobinos. Y, como la revolución inglesa del siglo 17, la francesa del siglo 18 terminó por una dictadura militar, la de Napoleón Bonaparte.

Bajo su imperio se fijaron definitivamente los resultados esenciales de la revolución.

* * *

1. — El paso de la propiedad del suelo a manos de la burguesía y de una numerosa clase de propietarios campesinos. Ya la constitución de 1795, hecha por los mismos que habían dirigido la liquidación de los bienes quitados al clero y a la nobleza, proclamaba que toda adjudicación legalmente hecha de bienes nacionales, cualquiera que fuera el origen de éstos, no podía ser disputada al adquirente. Y esta prohibición de investigar la paternidad de los títulos se repitió en la constitución que en 1799 instituyó el Consulado, en la constitución imperial de 1804, y fué ratificada por la Carta en 1814, al ser restaurados los reyes borbones. E invariablemente esas constituciones declararon sagrado el derecho de propiedad! Como relación civil entre los individuos, la propiedad era considerada intangible, pero el despojo y la confiscación fueron también santos, porque habían sido hechos en nombre del Estado. Clase portadora del progreso histórico, la burguesía había sabido dar la forma política de ley a lo que realizado aisladamente por los individuos hubiera sido un delito. Tal burgués de Francia no aparece ante los trabajadoes del campo como terrateniente y empresario sino porque sus an-

tecesores pertenecieron a la clase triunfante en la revolución de 1789. Hasta ese punto se confunden en sus orígenes el derecho privado y el derecho público y dependen las relaciones entre los individuos de la situación de cada uno de ellos dentro del Estado! La propiedad es una relación política; sus títulos cambian de manos en todas las grandes revoluciones, dislocándose en el mismo sentido que la autoridad.

Las tierras comunales, los bosques y pastos, que, como los señores ingleses, los nobles de Francia habían comenzado a usurpar, fueron también devueltas a los campesinos y autorizado su reparto.

Esa revolución agraria, presidida por la clase burguesa, que entregó la tierra al cultivador, fué el punto de partida de un progreso rápido en la técnica agrícola y en el movimiento demográfico. El cultivo del trigo se extendió, el de la papa ocupó desde luego medio millón de hectáreas, la viña, la remolacha, el lino y otras plantas industriales fueron desde entonces más y mejor cultivadas, con el ardor propio del labrador dueño de sus medios de producción. Multiplicáronse los matrimonios y creció la población francesa, a pesar de la enorme pérdida de hombres causada por la guerra exterior. Rompiendo las vallas tradicionales al desarrollo técnico-económico, aquella revolución política había poderosamente contribuído a elevar la vida del pueblo francés y a aumentar sus medios de alimentarse.

2. — Francia quedó económicamente unificada, su industria y su comercio libres de trabas internas. Encargada por la Asamblea Constituyente de preparar un sistema nacional de pesas y medidas, la Academia de Ciencias elaboró el sistema métrico, establecido por la Convención para toda Francia. Dentro de sus límites quedaba, pues, allanado el terreno para la competencia capitalista.

3. —Cumplióse también la unificación jurídica, lo que facilitó las relaciones de los hombres de todo el territorio. Desde 1804 tuvo Francia un código civil, y desde 1807 un código de

comercio, ambos destinados principalmente a regular el régimen de los bienes y las relaciones entre propietarios. Las relaciones entre éstos y los trabajadores asalariados no ocupan sino lugar insignificante en el genuino derecho burgués, cuyo madelo es siempre el derecho romano. Tenía éste por objetivo esencial el arreglo de las relaciones de redistribución de la riqueza entre los amos de esclavos. Cuando la clase capitalista llega a la preponderancia política, no ve tampoco en el derecho un medio de fomentar la producción sino en cuanto ordena las relaciones entre dos dueños de capital y mantiene a los proletarios en la obediencia pasiva, dando rigurosa sanción jurídica al derecho de propiedad; la legislación francesa de principios del siglo 19 completó, pues, con un código penal, represivo, su voluminosa obra de derecho civil, restitutivo.

4. — El poder político de la burguesía quedó definitivamente reconocido por una constitución. Pasadas las dictaduras revolucionarias, que terminaron en el despotismo de Napoleón, volvióse en 1814 a elegir uua cámara legislativa sin cuya aprobación el gobierno no podía percibir los impuestos, que se votaban solamente por un año. Mas no podía ser diputado quien no pagase por lo menos 1000 francos de contribución directa, ni elector quien no llegase a pagar 300. Era el voto calificado de la primera constitución burguesa, pero mucho más limitado a los ricos. Desde entonces la clase capitalista tuvo en sus manos el control o ejercicio directo del gobierno. Los doctrinarios burgueses magnifican la revolución, diciendo que de ella datan el reinado de la voluntad nacional y la soberanía del pueblo.

5. — La elaboración de leyes escritas dejó de ser una actividad ocasional, inspiración o capricho de algún gobernante; la legislatura se hizo una institución permanente, impersonal; y descartado el origen divino de los preceptos legales, adquirieron éstos la plasticidad de creaciones reconocidamente humanas. La ley no pretendió ser ya una fórmula eterna, previó la posibilidad y aun la necesidad de su reforma, y estatuyó la manera de realizarla. En Inglaterra, país cuya constitución

está más en las costumbres que en fórmulas escritas, el Parlamento podía en todo tiempo modificar o cambiar las leyes del reino, aun las más fundamentales. En los Estados Unidos la constitución señaló desde un principio las vías para su propia reforma. En Francia, a partir de 1789, no sólo la rápida sucesión de diferentes formas de gobierno, sino el texto mismo de las constituciones revolucionarias, evidenciaron la naciente conciencia del carácter transitorio de las leyes. Apenas reunida la asamblea legislativa creada por la constitución de 1791, y en ejercicio de una facultad que ésta le daba, convocó la convención constituyente, cuya obra, la constitución de 1793, afirma que "un pueblo tiene siempre derecho de rever, reformar y cambiar su constitución y que una generación no puede sujetar a sus leyes las generaciones futuras". Después, a pesar de alguna efímera tentativa de restablecer en el gobierno el derecho divino, el valor de aquella declaración se ha acrecentado a medida que, con la renovación sistemática de la técnica, se ha desarrollado la noción del carácter evolutivo de las relaciones económicas.

* * *

Los principios políticos de la revolución pasaron las fronteras francesas y se arraigaron donde el desarrollo económico había preparado el terreno para ellos. En lucha con los monarcas absolutos del continente europeo, los franceses campearon por la libertad burguesa, y, ayudados por los liberales extranjeros, establecieron gobiernos constitucionales y el nuevo derecho cicil en los países del Rhin, en Holanda, en la alta y la baja Italia.

Al colocar a su hermano José en el trono de España, Bonaparte quiso dar también al país una constitución y reunió en 1808 una junta de notables que la redactó. Expulsados los franceses del territorio, las Cortes de 1812 votaron otra constitución, imitación de la francesa de 1791, que ponía límites al poder del rey y daba un régimen político uniforme al país, hasta entonces simple aglomeración de feudos en manos de un

soberano. Pero, a pesar de los inteligentes esfuerzos del despotismo ilustrado de Carlos III en el siglo 18 en favor del progreso técnico-económico, no se había formado aún en España una clase media capaz de exigir ni de sostener el régimen constitucional de gobierno. Fernando VII pudo, pues, impunemente abolirlo, y el movimiento liberal de 1820, encabezado por Riego, fué violentamente sofocado por la intervención de los monarcas absolutos de Europa. Por un momento la reacción absolutista anuló en todas partes cuanto pudo de la obra de la revolución. El nuevo orden político era, sin embargo, tan necesario, que a mediados del siglo 19, después de las conmociones de 1830 y 1848, toda la Europa central y occidental estaba bajo el régimen constitucional burgués.

Poco después de ser invadida España en 1808 por los ejércitos franceses, las colonias españolas de América se alzaron so color de fidelidad al rey legítimo, en realidad para obtener su propia independencia. Fué aquel un movimiento de hacendados y comerciantes, a cuyos designios sirvió ciegamente gran parte del pueblo, tan incapaz entonces de toda actividad política autónoma que no exigió la distribución de tierras entre los trabajadores del campo. Como bajo la dominación española el suelo de Sud América continuó siendo adjudicado en propiedad en enormes extensiones a los señores de la clase gobernante. Mientras que los Estados Unidos de Norte América se han desarrollado como un gran país de chacras, donde se ha reconocido a cada ocupante la propiedad de la tierra necesaria para trabajar y vivir, Sud América es un continente de latifundios, donde los títulos de propiedad conseguidos en las capitales por los especuladores y favoritos del gobierno han valido siempre más que los derechos de los pobladores de la frontera. En el Brasil, la *fazenda* corresponde al fundo chileno y a la estancia de los países del Plata.

La aristocracia de terratenientes forma en cada país latino-americano una oligarquía que, dividida en facciones, go·

bierna sin intervención del pueblo, aunque afecta denominaciones y formas republicanas y democráticas.

En Austria y Nueva Zelandia, colonias inglesas establecidas en pleno capitalismo, los primeros gobernantes se apartaron del ejemplo de la libre colonización norteamericana, cuyo objetivo había sido la radicación de pobladores autónomos, no la inversión de capital. Para que ésta fuera desde luego posible y fructuosa en aquellos países de tierras vírgenes y despobladas, donde bastaba al inmigrante irse al campo para poder vivir, se impidió a los trabajadores el acceso inmediato a las tierras libres, declarándolas propiedad del Estado y atribuyéndoles un precio ficticio, bastante alto para que los simples trabajadores no pudieran pagarlo. El productor manual veíase obligado así a trabajar como asalariado, por lo menos el tiempo necesario para ahorrar el importe del precio arbitrariamente fijado a la tierra. Y ese dinero, rescate exigido al trabajador por dejarlo salir de la clase asalariada, encontraba su empleo consiguiente en el fomento de la inmigración de trabajadores por el Estado. Esta creación artificial de un proletariado, por el doble procedimiento de dificultar el establecimiento de productores libres y favorecer el arribo al país de brazos serviles, es lo que se ha llamado colonización capitalista sistemática.

Ha encontrado ella en Sud América su más vasta aplicación, favorecida por la incapacidad política de la clase proletaria nativa. Aquí el suelo había sido acaparado por la clase alta, que continúa adjudicándose en la propiedad de las nuevas tierras la parte del león. Para valorizarlas, poniéndolas en condiciones de inmediata y fácil explotación, se han construído ferrocarriles improductivos por cuenta del Estado, o ha garantido este alto interés al capital invertido en su construcción. Para poblarlas, los gobiernos sudamericanos mantienen en Europa agencias de propaganda de emigración a estos países, contratan con empresas de vapores el pasaje gratuito de los inmigrantes, reciben a éstos y los envían por cuenta del Estado al taller, al cafetal, a la chacra. Convenía a

los empresarios tener crédito fácil y barato, y a este fin han fundado bancos habilitadores, Estados que están ellos mismos cargados de deudas. Y cuando las turbias finanzas de la política criolla no proporcionan otros recursos, lo que sucede casi siempre, se recurre sin empacho, para tener qué prestar, a las emisiones de papel moneda depreciado, verdaderas confiscaciones de la propiedad de los grandes y pequeños tenedores de numerario. Como la acuñación de moneda feble, recurso fiscal de reyes semibárbaros, el envilecimiento del papel moneda por medio de emisiones excesivas deprime los salarios reales, y es por esto uno de los métodos favoritos de los empresarios, aunque trastorna los principios de la misma economía burguesa. Complementa este sistema de gobierno, tendiente a la producción de ganancias y la acumulación de capital, una vasta red de impuestos indirectos que retiene en sus mallas gran parte de los salarios, al convertirse éstos en artículos de consumo para el trabajador. Gabelas sobre todo lo que necesita el pueblo para vivir costean en estos Estados el servicio de las deudas públicas, los favores y despilfarros de la oligarquía, los rumbosos presupuestos, y así quedan casi intactos por el fisco las ganancias del capital, la renta de la tierra, el enorme incremento del valor del suelo. El resultado de la plutocracia sudamericana, es la "civilización de lujo", el lento desarrollo de estos países, la formación de un proletariado urbano y rural, que políticamente equipara en cierto grado estos pueblos nuevos a las viejas sociedades europeas donde se inició la época histórica capitalista.

El Salariado

La moderna clase servil. — Su movilidad. — Sus derechos eventuales. — La supuesta igualdad de la sociedad burguesa. — El "trabajo-mercancía. — El "valor del trabajador". — Estas fórmulas embrollan todos los conceptos generales de la pretendida ciencia económica burguesa. — Valiéndose de esas mismas fórmulas, Marx ha evidenciado la explotación capitalista. — Pero ni el esclavo ni la fuerza de trabajo son mercancías. — El trabajo es la vida normal del hombre. — El salariado es una relación histórica compleja. — El grado de explotación del trabajo humano. — Lo que nos importa es el salario real. — Situación de la clase asalariada hasta el siglo 17. — Sus teorías sobre el salario hasta principios del siglo 19. — Su base fisiológica y biológica. — Con el progreso técnico moderno entra en juego la productividad del trabajo. — El "elemento histórico y moral" en la determinación de los salarios. — El salario por pieza. — Salarios y precios en el siglo 19. — Evolución del nivel de vida del trabajador.

Como las aristocracias antiguas suponían la esclavitud y el feudalismo los siervos, así el capitalismo implica el salario. Hemos visto aparecer y desarrollarse en Europa el proletariado junto al régimen burgués. Con la emancipación de los siervos en Rusia en 1858 y la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos en 1865 y en el Brasil años después, nuevos elementos se han incorporado a la clase asalariada, encargada del trabajo manual en todos los países modernos.

Lejos de ser una relación histórica primitiva entre los hombres, el salariado, como forma general de sujeción de la clase trabajadora, es, pues, un fenómeno propio de la sociedad actual. Se habla de un proletariado en la Roma an-

tigua; pero aquella clase de ciudadanos pobres, educados en la guerra o ansiosos de hacerla, y cuya principal actividad intencional en tiempo de paz era la política, formaba parte del pueblo romano, para el cual trabajaba una inmensa población esclava, y desdeñaba toda labor manual. La moderna clase servil, en cambio, no puede en manera alguna descargarse del fardo de la explotación, porque no hay ninguna capa social por debajo de ella; tiene en el trabajo manual su función propia, y su poder político es aún tan escaso que el proletario está en cierta manera fuera de la ley. Entre él y el medio físico-biológico se interponen los ajenos títulos de propiedad, y no es dueño de aplicar sus fuerzas a los medios artificiales de producción, ni aun a los que él mismo haya construído; el Estado lo mira como átomo insignificante, cuya suerte individual pesa poco en el destino de la masa, y le desconoce hasta el derecho al trabajo. No se puede asesinar al proletario, pero se puede legalmente hacerle morir de hambre. La tradición es todavía bastante fuerte para sobreponerse a veces a las fuerzas humanas elementales.

"Herédanse leyes y derechos
como una eterna enfermedad".

hacía decir Goethe a su Mefistófeles a fines del siglo 18, y agregaba:

"La razón se hace absurdo, el beneficio, pena;
tienes antecesores, ¡ay de ti!
Del derecho que nace con nosotros
es del que no se habla jamás".

En medio de su desnudez, que lo obliga a someterse a un amo, tiene el proletario la libertad de movimiento exigida por la misma competencia capitalista; puede cambiar de domicilio y migrar en busca de mejor recompensa; entre las ocupaciones posibles para él, puede elegir la que más le place; si la ocasión se le presenta, puede cambiar de patrón. Tanto mayor que la de esclavo tiene, pues, que ser su atención al buen empleo de sus brazos, tanto mayor su responsabilidad

por sus propios actos y como un estímulo a su labor y sobriedad, se le reconoce el derecho de contraer matrimonio y formar una familia, y el de adquirir, el de hacerse propietario. En cuanto las circunstancias históricas de lugar y de tiempo permiten que estos derechos sean efectivos, el proletario moderno está muy por encima del esclavo, privado de toda perspectiva, huérfano de todo derecho, y del siervo, perpetuamente sujeto a su señor y atado a la gleba; está el proletario mucho más vinculado que aquéllos a la sociedad de que forma parte, dentro de la cual son menos infranqueables las vallas que separan las clases y pierden importancia las diferencias de raza.

* * *

Esta igualdad virtual y eventual de los individuos ha servido a los apologistas del privilegio para presentar la sociedad burguesa como basada en la igualdad real, sofisma que la economía política capitalista ha contribuído a rodear de cierta apariencia científica.

La palabra "economía" tiene un significado muy claro cuando con ella se designan las relaciones de los hombres a los fines de la técnica, la organización que se dan en cada época para adaptar el medio físico-biológico a sus necesidades, organización tan subordinada a la naturaleza del ambiente y del armamento industrial como la de un ejército al terreno en que opera y a sus armas. La ciencia económica tiene por objeto el estudio de esa organización.

¿Cómo es, entonces, que en el empleo de los términos "economía" y "económico" reina tanta confusión?

En los cerebros burgueses, la ciencia económica ha sido ante todo la teoría del enriquecimiento, el arte sórdido de la acumulación, que los griegos llamaban crematística para distinguirla de la teoría económica propiamente dicha. Aunque constituída cuando burguesía y proletariado eran todavía clases sociales de formación reciente, la economía burguesa ha ignorado la división de la sociedad en clases, suponiendo iguales a todos los que formaban lo que antes se llamaba el estado

llano o el tercer estado, confusión interesada en que no han incurrido solamente los economistas. Todavía en 1853 Agustín Thierry rechazaba airado la noción de que en el antiguo régimen el tercer estado era sobre todo lo burguesía, clase superior entre las que se encontraban fuera y, en diferentes grados por debajo del clero y de la nobleza. La revolución de 1848, de acentuado tinte proletario, parecía "haber trastornado, tanto como a la Francia misma, la historia de Francia", y esto no era cómodo para el historiógrafo que ya la había escrito ignorando al proletariado. Denuncia, pues, Thierry la noción histórica de la moderna lucha de clases como un "prejuicio esparcido por sistemas que tienden a dividir en clases mutuamente hostiles la masa nacional, hoy una y homogénea".

Así como desde que hubo despojado al clero y a la nobleza la burguesía ha considerado sagrada la propiedad, desde que ha adquirido la supremacía política cree que la sociedad humana ha llegado a la perfección, considera terminada la Historia, y ve en el salario una relación permanente y eterna. En este mundo de contratantes libres y autónomos, — dice — ¿no es acaso el salario un contrato? La economía moderna consiste en la circulación de mercancías, en la producción para el cambio; y en ese mercado general de compra-ventas entra el proletario con lo que tiene, su fuerza de trabajo, cuyo precio, como el de cualquiera otra mercancía, depende de la oferta y la demanda. Tal han razonado y razonan los teóricos burgueses, para quienes no hay o no parece haber contradicción entre ese dogma del trabajo-mercancía y la más perfecta igualdad. No clasifican a los hombres en clases, según su situación y su función actuales en la sociedad; no comparan al moderno proletario con otras categorías de hombres pasadas y presentes, con el esclavo, con el empresario, con el rentista; lo asimilan a las mercancías, lo comparan con los objetos de cambio, y demuestran a su modo que del producto del trabajo humano una parte debe tomar necesariamente la forma de renta del suelo, otra corresponde a esa

entidad impersonal que se llama capital, y sólo el resto puede ser distribuído en forma de salarios. Pretender modificar ese orden de cosas es un delito contra natura. Toda simpatía es superflua ,todo odio insensato en la relación de empresario y trabajador. Este debe mirar como resultado de un místico designio, de una eterna fatalidad, el sistema que lo equipara a una cosa o un animal!

Aunque nadie se ha planteado el problema de cuánto vale un rentista en moneda alguna, los economistas discurren doctoralmente sobre cuánto vale un trabajador. "Las apreciaciones" — dice el profesor Marshall, de la universidad de Cambridge — "se han hecho de distintos modos, todos ellos aproximados, y algunos aparentemente defectuosos en principio: pero la mayor parte de ellos encuentran que el valor medio de un inmigrante es de más de 200 libras esterlinas". ¿Para quién? No para el inmigrante mismo, cuyo valor calculan los economistas deduciendo lo que ha de consumir de lo que ha de producir; no tampoco para los trabajadores del país que lo recibe, con quienes el recién llegado va a competir; las 200 libras las vale indudablemente desde su llegada el inmigrante para la clase que va a explotarlo. Un profesor Nicholson lleva más lejos la pretendida encuesta, y estima en oro la población, el "capital humano viviente", del Reino Unido. Así la moneda, medida y signo del valor de los productos del trabajo humano, inventada para facilitar las relaciones entre los hombres, se coteja, por una inconcebible aberración, con las personas mismas de los hombres!

Marshall caracteriza así la función del capitalista: "Elegirá en cada caso los factores productivos mejores para su propósito: la suma de los precios que paga por los factores que emplea será, por regla general, menor que la suma de los precios que tendría que pagar por cualquier otro juego de factores con que se pudiese substituirlos". La mano del hombre será mejor, por ejemplo, para carpir una plantación valiosa, de crecimiento irregular, mientras que para limpiar un sembrado de maíz será más ventajoso emplear la fuerza del

caballo; y la aplicación de cada una de esas fuerzas se extenderá en uno y otro caso hasta que todo uso mayor de ella no aporte ventaja neta alguna", "En el margen de indiferencia" — agrega Marshall — "entre el trabajo manual y el del caballo, sus precios tienen que ser proporcionales a su eficiencia, y así la ley de substitución habrá establecido directamente una relación entre los salarios del trabajo y el precio que hay que pagar por la fuerza del caballo".

En la economía política burguesa, como factores de la producción, entran, pues, indistintamente materias primas, máquinas, hombres y caballos. De ahí la obscuridad de sus conceptos y lo ininteligible de su jerga. Asimila al productor manual al instrumento animado o inanimado, confunde al obrero con los animales y las cosas, y no puede, por consiguiente, distinguir las relaciones de los hombres a los fines de la técnica, o la división del trabajo, de la técnica misma, o sea la acción intencional de los hombres sobre los animales y las cosas. ¿Qué de extraño entonces que sean absurdas e incomprensibles sus doctrinas generales sobre las sociedades humanas?

El poeta Ruskin se ha entretenido en mostrar la vaciedad de las fórmulas de los economistas en la chispeante crítica que hace a su compatriota Stuart Mill. "Riqueza" — dice éste — "son las cosas útiles y agradables que se pueden cambiar", y es rico quien posee muchas de esas cosas. "Riqueza — le contesta Ruskin — "es la posesión de artículos útiles que podemos usar. Hay individuos congénita y eternamente pobres". "Riqueza" — repite en un ingenioso juego de palabras — "es la posesión de lo valioso por los valientes". "No hay más riqueza que la vida", proclama por fin.

Los investigadores de los fenómenos sociales a quienes ha animado un sentimiento de humanidad han rechazado siempre las confusas falacias que los economistas presentan como verdades científicas. Y cuando se habló ya de sociología, ésta negó redondamente a la economía política la dignidad de ciencia, por ser imposible separar el estudio de las relaciones de los hombres en la producción del de las sociedades en general.

Desde que, al estudiar la Historia, se ha puesto más atención en las relaciones de los hombres en el trabajo, ha venido reconociéndose el carácter evolutivo de esas relaciones, sometidas, como la técnica, a perpetua transformación; y al comprender su valor fundamental en la organización de las sociedades, la historiografía ha venido haciéndose más económica, y la ciencia económica más histórica, estudiándose ahora lo técnico-económico como la faz fundamental de la Historia.

* * *

Marx ha afirmado más que nadie el carácter evolutivo de las relaciones económicas, y con su crítica de la economía política, de una profundidad y una erudición admirables, ha conmovido hasta los cimientos ese edificio de doctrina, que ya no se ocupan de apuntalar sino los profesores de la materia. Se ha servido para ello del mismo principio burgués que ve en la fuerza humana de trabajo un vulgar objeto de cambio. Establecen los economistas que el valor de una cosa depende del trabajo necesario para producirla, y que el precio en sus oscilaciones, gravita hacia ese valor. El salario, o precio de la mercancía fuerza humana de trabajo, debe tender entonces a confundirse con el costo de la vida del trabajador; y como éste produce, por ejemplo, en la mitad de la jornada el equivalente del jornal que necesita y recibe para vivir y reproducirse, el producto de la otra mitad de su jornada queda a beneficio del patrón. He ahí, dice Marx, el origen de las ganancias, del incremento del capital; porque ese trabajo, por el cual el productor asalariado no recibe equivalente, crea también valor que el dueño de los medios de producción se apropia sin gasto.

La doctrina de la supervalía, o valor nuevo incorporado por el trabajador asalariado a las materias primas sin recibir por ello compensación, es una ingeniosa alegoría con que Marx ha puesto en evidencia la explotación capitalista. Ella demuestra que si la relación entre proletario y capitalista es un contrato, lo es siempre a título oneroso para el asalariado

y a título gratuito para el patrón. No podría imaginarse mayor desigualdad en la situación de las partes contratantes, ni en el resultado obtenido por cada una de ellas.

• • •

Pero ni el salariado es en realidad un contrato, ni la fuerza humana del trabajo una mercancía. Las mismas disquisiciones sobre "el precio del trabajador" a que da lugar el absurdo y monstruoso concepto del trabajo-mercancía, es decir del hombre-mercancía, patentizan que el salariado no es una relación voluntaria y libre entre iguales, una relación de derecho, sino una esclavitud atenuada, relación de hecho, basada en la coerción indirecta que la apropiación privada del suelo y demás medios de vida y de trabajo ejerce sobre el trabajador.

Aun la esclavitud de los esclavos cuyo cuerpo se compra en el mercado es una relación entre hombres, fundamentalmente distinta de la de los hombres con las cosas y los animales de otra especie, que son las mercancías. ¿No han tenido siempre las esclavas hijos de sus amos? ¿Quién ha superado el heroísmo del rebelde Espartaco? Hijo de un manumitido fué el poeta Horacio, y a algún gran emperador lo guiaron las máximas de Epicteto, un esclavo.

¡Cuánto más absoluta no será entonces la diferencia entre las mercancías y el trabajador asalariado, aunque en su dignidad de "libre contratante" lleve éste al mercado sus propios brazos, su propio pellejo!

Marshall discurre muy seriamente sobre las peculiaridades de la mercancía "fuerza del trabajo", de las que descubre hasta cinco. En primer lugar, los agentes humanos de producción no se compran y venden como la maquinaria y demás agentes materiales; el trabajador vende su trabajo, "pero él mismo es siempre su propia propiedad"; los que gastan en criarlo y ejercitarlo no reciben sino muy poco del precio que más tarde se paga por sus servicios, a diferencia del que construye máquinas o casas, que recibe el beneficio de los servicios

que prestan mientras las conserva, o el precio en que se estiman sus servicios, si las vende. Y, sin embargo, — agregaremos — hay quien cría y educa ¡trabajadores! Debe ser porque para los padres y maestros las aptitudes del hombre no son mercancías.

La segunda peculiaridad es que la persona que vende sus servicios tiene que estar donde los "entrega", mientras que al vendedor de ladrillos, por ejemplo, no le importa si son para un palacio o una cloaca. Indudablemente. Y si al vendedor de fuerza de trabajo le toca limpiar la cloaca, sentirá el mal olor, correrá riesgo de enfermarse y merecerá nuestra simpatía más que los ladrillos.

La fuerza de trabajo es perecedera, agrega el profesor Marshall; pero aquí la peculiaridad no le parece tan grande, porque también la fruta y la carne son mercancías perecederas. Es de notar, sin embargo, que éstas se conservan bien en las cámaras frigoríficas; y argumentar que los fakires de la India viven sin comer bajo de tierra sería un exceso de sutileza.

Entre otras peculiaridades más, descubre Marshall que los vendedores de fuerza de trabajo son por lo general pobres, desprovistos de fondos de reserva, y no pueden comúnmente retirar del mercado su mercancía, caso en que también se encuentran los "productores independientes y pobres de artículos vendibles", las mujeres que hacen encaje, por ejemplo, obligadas a aceptar por su producto el precio que fijan los comerciantes. De todo lo cual concluye Marshall que la desventaja con que ordinariamente negocia el vendedor de trabajo "depende de sus propias circunstancias y cualidades y no del hecho de que la cosa particular que él vende es trabajo". Habla Marshall de la "inversión de capital en la cría de trabajadores"; de "invertir capital en los hijos"; de que "el capital más valioso es el invertido en seres humanos, y de éste, la parte más preciosa es el resultado de los cuidados e influencia de la madre"; de que no se puede calcular "el costo de producción de hombres eficientes sino junto con el de las mujeres aptas para hacer felices sus hogares, y criar

niños fuertes de cuerpo y de inteligencia, verídicos y limpios, afables y bravos". Dice que quien "invierte capital en ejercitar labor para su trabajo", está en una situación semejante a la de un agricultor, que, sin seguridad del arriendo ni compensación por las mejoras, gastara capital en elevar el valor de la propiedad del terrateniente.

Esta colección de extravagancias muestra que la expresión trabajo-mercancía es simplemente una de tantas fórmulas sofísticas de la jerigonza profesional de los economistas. Porque al trabajador se le paga en dinero, a su trabajo lo llaman mercancía.

* * *

El trabajo es la aplicación intencional de las energías del hombre a los fines de la vida, es la forma normal de sus funciones de relación con el medio físico-biológico e histórico. Esa actividad inteligente y productiva de todos y de cada uno es indispensable para la existencia de todos y de cada uno de los hombres. Su falta de ejercicio por impotencia fisiológica, o por falta de empleo, o por parasitismo social, es el hambre y la muerte de los que no trabajan porque no pueden y de los que trabajan demasiado para que otros vivan sin trabajar. Y los mismos parásitos sociales que consideran indigno el trabajo, cuando no matan en germen con sus vicios la fuerza nerviosa y muscular que fluye sin objeto de sus cuerpos mantenidos por la labor ajena, malgastan en grotescos deportes esa energía que no es posible acumular.

Estar "libre" en el mundo, pero sin medios de trabajo, es encontrarse perentoriamente sujeto a los que detentan esos medios. Tras la parodia de contrato en que aparece el proletario haciendo cierto trabajo en cambio de cierta cantidad de dinero que recibe del burgués, lo que hay en realidad es un acto de sumisión del trabajador al capitalista; éste no admite a aquél en el campo o la fábrica si no acepta la dirección patronal y no le tributa una parte del producto de su trabajo.

Lo extenso y complicado de las relaciones económicas en la sociedad moderna impide a cada trabajador reconocer el monto de su propia producción. Pero una numerosa clase de rentistas vive en el lujo y la holgazanería. ¿Se necesita acaso mejor prueba de que el salario representa sólo una parte del producto del trabajador? Es tan trivial creer que el asalariado trabaja siempre para sí mismo como que el esclavo lo hace siempre para su amo. ¿No consume necesariamente el esclavo parte de su propio producto o de los que se cambian por éste? Así también, aunque el productor asalariado parece disponer libremente de su persona, la clase parasitaria le arrebata una porción considerable del producto de sus brazos. Y cuando, por circunstancias cualesquiera, no deja el trabajador beneficio al capital, no encuentra quien lo ocupe.

Por la escasez en que se crían los trabajadores, por la fatiga excesiva que se les impone, por la desocupación forzada que hunde al proletario en los más negros abismos de la miseria, por la ociosidad de los ricos, la fuerza humana de trabajo es más despreciada y malgastada que la más vil de las mercancías.

El salariado es, pues, una relación histórica *sui generis*, compleja, en la que entran diversos elementos. En cuanto está basado en los privilegios tradicionales de la clase rica, es una relación biológica de parasitismo. En cuanto la coerción ejercida por la clase propietaria es actualmente indispensable para la cooperación, el salariado es una relación política. En cuanto la relación del asalariado y capitalista está fundada en la actividad inteligente de éste como director de la técnica y de la economía, en cuanto entre patrón y trabajador hay una verdadera división del trabajo, es una relación económica. Pero esta misma es unilateral, pasiva de parte del trabajador, que está en ella involuntariamente, muchas veces sin comprenderla, de la misma manera que sufre, inconsciente, lo que el salariado tiene de relación coercitiva y extorsiva. La división del trabajo entre empresario y obrero tiende, por otra parte, a acentuar ese carácter de pasividad

del asalariado, cargando a éste de trabajo manual, más o menos rutinario, y reservando a aquél las tareas mentales de la organización y la iniciativa; el uno tiende a perder las aptitudes de productor autónomo, el otro se posesiona a tal punto de su papel de director que acaba por mirar a sus cooperadores asalariados como a seres irracionales, error y falta de simpatía a que lo conducen también las elucubraciones de los economistas sobre el trabajo-mercancía. Aunque el empresario, sin embargo, calcule el costo de los hombres como el de las bestias de trabajo, no dejan los productores asalariados que los empresarios los traten como a bestias de trabajo. La sujeción de la clase trabajadora a la clase capitalista en la historia moderna se traduce en la moderna lucha de clases.

• • •

Para quien comprende la relación histórica del salariado en toda su complejidad, es ilusorio calcular o expresar numéricamente el grado de explotación capitalista del trabajo humano. ¿Puede hacerse una apreciación exacta de las funciones políticas desempeñadas por la clase trabajadora? ¿Qué parte de las altas funciones técnicas y económicas está todavía en manos de la burguesía y en qué proporción las desempeñan asalariados? ¿Cuál es la eficiencia relativa del trabajo manual y del mental? Un cúmulo de cuestiones previas semejantes nos ocultan la fórmula matemática del despojo que sufre el proletariado. Y su determinación tiene mucho de esos pseudoproblemas cuya solución, si fuera posible, no serviría para nada, como la ciencia incipiente suele planteárselos. ¿Para qué empeñarnos en medir exactamente la parte relativa del producto del trabajo que toca al asalariado? ¿Habríamos adelantado algo si averiguáramos a ciencia cierta que esa parte es igual, por ejemplo, para tal ingeniero y tal peón, para el obrero norteamericano y para el chino, para el asalariado moderno y para el esclavo? ¿Sería conducente a alguna cosa esa noción? ¿Haría más eficaz la acción histórica de alguien? ¿Se entibiaría la lucha contra la explotación si supiéramos

que ésta es cada vez menos intensa? ¿O entonados por esa emancipación relativa, aunque la ignoraran, redoblarían sus esfuerzos los trabajadores para abolir toda explotación?

• • •

Lo que nos importa, pues, son los recursos de que dispone el trabajador, los medios de vida que consigue.

Sería erróneo medirlos por la cantidad de moneda que recibe, por su salario nominal. En manos de gobiernos corrompidos e ineptos, los signos monetarios suelen envilecerse hasta representar un valor mucho menor. Un salario de 3 pesos papel moneda argentino en el año 1891, bajo la presidencia Pellegrini, era muy inferior a uno de 2 pesos cuatro años antes. Ni la expresión de los salarios en oro puro daría la medida exacta de su poder adquisitivo, porque, como medida de los valores. el oro mismo no es constante; según los lugares y los tiempos, los precios en oro de los mismos artículos son muy diferentes.

Para apreciar la verdadera recompensa del trabajo asalariado, el salario real, preciso es relacionar la expresión monetaria del salario o salario nominal, con los precios de los principales artículos y servicios que el trabajador necesita o desea. Se llega así a la expresión numérica más aproximada del *standard of life*, del nivel de vida del trabajador, del conjunto de sus recursos para el bienestar y el desarrollo suyo y de sus hijos. Y éste es el dato decisivo, porque de él depende el porvenir. Entre la pitanza que apenas alcanza al trabajador para mantener su fuerza muscular y engendrar una prole desgraciada y el salario suficiente para la vida higiénica y la educación del productor y de sus hijos, hay una diferencia fundamental, aunque en ambos casos el productor sea explotado, y aun si lo fuera en igual grado. La miseria es acumulativa en las generaciones sucesivas, las capacidades y aspiraciones también lo son.

• • •

Al aparecer en la Historia, el trabajo asalariado, en medio del mundo feudal, es un fenómeno esporádico, que eleva indu-

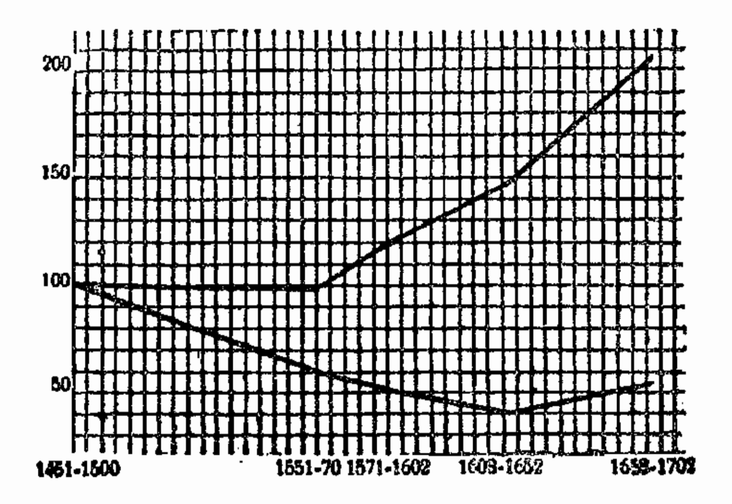
dablemente la situación de la clase servil, substrayendo a algunos de sus miembros a la autoridad arbitraria y rapaz de los señores; y éstos, apoyados por la naciente burguesía, exigen entonces el alargamiento de la jornada y la limitación del salario por medio de la ley. A este doble fin respondieron el estatuto de trabajadores, dado a mediados del siglo 14 por el rey Eduardo III de Inglaterra, y la ordenanza promulgada en nombre de su contemporáneo el rey Juan de Francia. Y por siglos sucediéronse las leyes draconianas para disciplinar a los nuevos elementos que se incorporaban al proletariado. Unas leyes se proponían hacer el trabajo odioso e improductivo para el trabajador; otras lo hicieron obligatorio. A sangre y fuego se impuso la costumbre del trabajo asalariado a aquellos hombres, restos flotantes y desorientados de las clases sociales disueltas por la liquidación de la sociedad feudal, por la expropiación de la iglesia, por la usurpación de las tierras de los campesinos. Era la época en que Tomás Morus, canciller de Inglaterra, escribió su "Utopía", como un sarcasmo contra el estado social de su tiempo, que pinta en las siguientes palabras: "Un ávido e insaciable glotón puede acumular miles de acres de tierra y rodearlos de estacas o de cerca, o perseguir tan violenta e injustamente a sus propietarios, que éstos se vean obligados a venderlo todo. Por uno u otro medio, que se doblen o que se rompan, son obligadas a irse esas pobres, sencillas y míseras gentes! Y cuando han andado vagando y se han comido hasta el último ochavo, ¿qué pueden hacer sino robar, y ser después, por Dios, colgados con todas las formas del derecho, o ponerse a mendigar? Y aun entonces son arrojados a la cárcel por vagabundos, porque andan rodando y no trabajan, ellos, a quienes nadie quiere dar trabajo, por más que se ofrezcan". En el siglo 16, al mismo tiempo que en Europa se colgaban vagos y ladrones por decenas de miles, la baja de los metales preciosos, consecutiva a su abundante importación de América, determinaba

un alza general de los precios, y la vida del trabajador se encarecía, mientras que el alza de los salarios nominales, tan lenta siempre en seguir el descenso del valor de la moneda, era expresamente estorbada por los reglamentos de gremio o por el texto de la ley. Y a tanta causa de miseria para el pueblo se agregaban las bajas manipulaciones monetarias de los gobiernos absolutos que, con fines fiscales, envilecían intencional y profundamente los signos monetarios. Durante los siglos iniciales de la era capitalista, en toda Europa deprimióse profundamente el nivel de vida del trabajador.

El siglo 15 y el primer cuarto del 16, dice Thorold Rogers, fueron la edad de oro del trabajador inglés, si interpretamos los salarios que ganaba por el costo de las cosas necesarias para la vida. La jornada era entonces de ocho horas, y los salarios equivalían al doble o el triple del costo del mantenimiento del trabajador. Pero cuando se hubo substraído la mayor parte de la plata contenida en las piezas de moneda sin cambiar el nombre de éstas, el precio de la carne se triplicó, el del trigo y los productos de lechería se hizo dos y media veces mayor, mientras que los salarios nominales subieron solamente 50 %. Y la onda descendente de los salarios reales se mantuvo por obra de otras circunstancias históricas, después de regularizada la moneda. Entre mediados del reinado de Isabel y el estallido de la guerra del Parlamento con el rey, período de más de sesenta años, los precios en general se elevaron en Inglaterra a más del doble, mientras que en los salarios nominales no hubo sino un escaso aumento, seguramente no más del 20 %. De 1500 a 1650 los salarios reales se redujeron, pues, según Rogers, a la cuarta parte. Cifras registradas por Schmoller, resultantes de estudios de Wiebe sobre el monto monetario de los salarios y de Kulischer sobre el poder adquisitivo de esas sumas, permiten construir el siguiente diagrama:

LOS SALARIOS NOMINALES EN INGLATERRA DURANTE LOS SIGLOS 15, 16 Y 17

La línea superior representa los salarios nominales

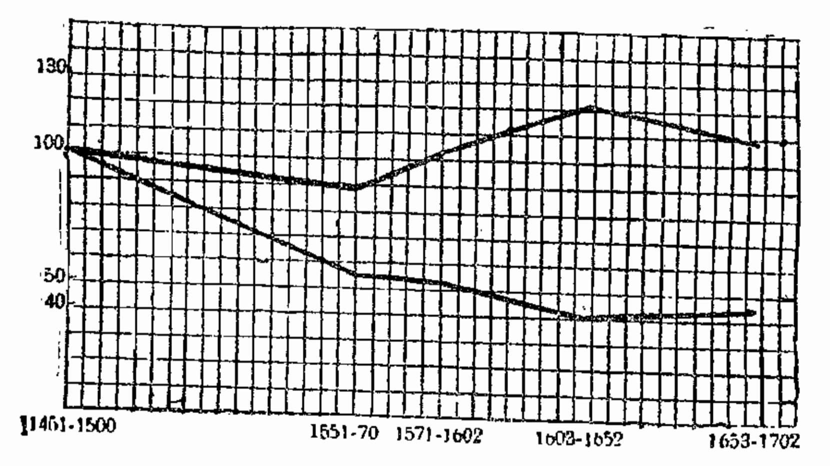


En este diagrama los salarios nominales y reales del período 1451-1500, tomados como término de comparación, son convencionalmente equiparados a 100. A partir de esa época vemos descender las dos líneas, hasta que en 1551-1570, se reduce a 98 el número de piezas de moneda del mismo nombre que recibe como salario el trabajador y a 60 la cantidad de comodidades que, con ese dinero, el obrero podía comprar. En los dos períodos subsiguientes el salario nominal se eleva a 120 y 146, respectivamente, pero los precios de los artículos de consumo suben tanto más, que el salario real se reduce primero a 51 %, después a 40 % de lo que era en la segunda mitad del siglo 15. Al fin del siglo 17 se produce una ligera reacción favorable que eleva a 54 el nivel de vida del asalariado, dejándolo, sin embargo, muy por debajo de lo que era antes.

Bajo la influencia de los mismos factores de depresión, los salarios siguieron durante ese tiempo una marcha idéntica en el continente europeo. Ni en Alemania ni en Francia el encarecimiento de la vida fué compensado por el alza de los salarios nominales, y la situación del obrero fué empeorándose.

LOS SALARIOS NOMINALES Y REALES EN ALSACIA DURANTE LOS SIGLOS 15, 16 Y 17

La línea superior representa los salarios nominales

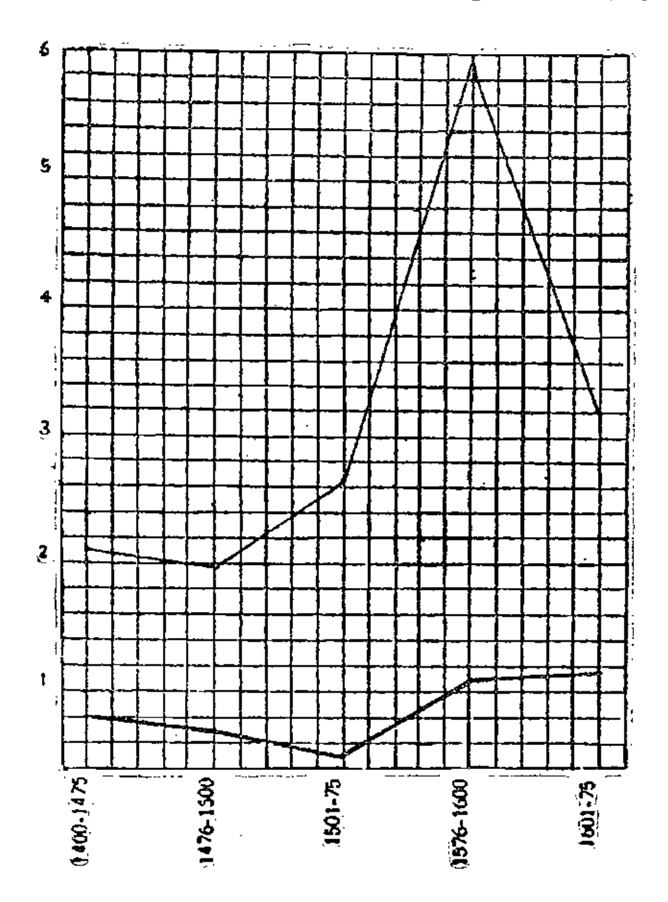


Construído con datos de la misma fuente, señala este diagrama la misma depresión de los salarios reales que el referente a Inglaterra. La elevación mucho menos constante y marcada de los salarios nominales en Alsacia, indica que en este país el alza de los precios fué también menor, interviniendo en mayor grado las otras circunstancias históricas en la depresión del nivel de vida del trabajador. Y, en efecto, de 1451 a 1570, si el descenso de los salarios reales es más acentuado en Alsacia que en Inglaterra, el de los salarios nominales lo es mucho más; y en el último período de la época estudiada, a la ligera reacción favorable de los salarios nominales que está lejos de observarse en Inglaterra.

Mantellier ha estudiado el monto del salario diario y el precio de una hemina (33 litros) de trigo en la ciudad francesa de Orléans durante la misma época. Con las cifras a que ha llegado, registradas por Schmoller, se construyen las siguientes curvas:

EL SALARIO DIARIO Y EL PRECIO DE UNA HEMINA (33 LITROS) DE TRIGO EN ORLEANS

Francos La línea superior representa el precio del trigo



Salta a la vista en este diagrama la desproporción en que suben el costo de la vida y los salarios nominales durante los siglos 16 y 17.

* * *

La pauperización sistemática durante aquel largo período contribuyó a acelerar la incipiente acumulación capitalista, y fué mirada como una condición esencial de ésta por algunos de los principales teóricos de la burguesía. En su libro *Aritmética Política,* publicado hacia 1690, abogó Guillermo Petty por los impuestos de consumo, sosteniendo que aumentan la riqueza de un país; cuando el trigo está barato — decía — tanto más caro acostumbra estar el trabajo, porque no piensan entonces los trabajadores sino en comer y beber; una buena cosecha es, pues, una desgracia para el pueblo, si el gobierno no cuida de mantener alto el precio del grano. Lo que, a su juicio, era urgente sobre todo en Irlanda, donde la introducción del cultivo de la papa permitía al pueblo productor llenar sus necesidades habituales con dos horas solamente de trabajo diario. Estas opiniones, de las cuales participaron muchas eminencias de la época, fueron atacadas con argumentos menos especiosos, pero no menos burgueses: si se deprimen los salarios — decía Josiah Child —, los trabajadores emigrarán hacia donde se les pague mejor; para que los productos tengan salida y la industria prospere — decía otro economista —, preciso es que la masa de los consumidores no esté en la indigencia. Y, reiterando este modo de ver, agregaba Postlethwait: "¿No se jactan los ingleses del talento y la habilidad de sus artesanos y obreros manufactureros? ¿A qué se debe esto? Probablemente a la original y alegre manera de distraerse de nuestro pueblo trabajador. Si fuera obligado a trabajar el año entero, los seis días de la semana, en la continua repetición de la misma obra, ¿no embotaría esto su inteligencia y los haría estúpidos y apáticos en lugar de despiertos y hábiles?" Ya bajo la influencia de las nuevas ideas sociales, en Francia, el receptor de impuestos Messance sostuvo que el trabajador, después de satisfacer su hambre,

trabaja para llenar necesidades más elevadas, mejorar su vestido y su habitación; cuando el alimento está barato —decía —, se teje más que en los años malos; el alto salario eleva la aplicación y la eficacia del trabajo. Y lo probaba con la estadística de las manufacturas de Rouen correspondientes a los años 1740-63: los años de alto precio del trigo habían sido en general de pequeña producción, y viceversa; en todo caso, los de mayor carestía mostraban la más baja producción, y los de mayor abundancia, la más alta.

Para Adam Smith que cita a Messance, la recompensa liberal del trabajo aumenta la laboriosidad e industria del pueblo trabajador; si algunos patrones prefieren los años de carestía, no es porque los obreros produzcan entonces más, sino porque están más humildes y sujetos.

Esta preocupación ajena a todo propósito técnico-económico fué, sin embargo, la opinión general de la burguesía industrial del siglo 18. Young, después de viajar para informarse, decía que los fabricantes y comerciantes de Mánchester preferían el alto precio del trigo, y él mismo aconsejaba el encarecimiento de la vida y la depresión de los salarios por la autoridad para fomentar la industria y el comercio de Inglaterra. Así también, para fomentar la agricultura, pedía que se elevaran los arriendos.

Lo que se quería en realidad era supeditar por completo a los trabajadores al capital. Ya a principios del siglo había escrito Bertrand de Mandeville: "Donde la propiedad está suficientemente protegida, sería más fácil vivir sin dinero que sin pobres, pues ¿quién haría el trabajo? Hay que preservar a los trabajadores del hambre, pero no deben recibir nada que valga la pena ahorrar. Si aquí y allá alguno de la clase más baja, con una laboriosidad extraordinaria y retortijones de tripas, se levanta sobre la situación en que ha nacido, nadie tiene que impedírselo... pero está en el interés de todas las naciones ricas que la mayor parte de los pobres nunca estén inactivos y gasten siempre, sin embargo, lo que reciben. Los que ganan la vida con su trabajo diario nada

tienen que los estimule a ser útiles sino sus necesidades, que es prudente aliviar, pero que sería locura curar. La única cosa que puede hacer laborioso al hombre que trabaja es un salario moderado: un salario demasiado pequeño lo desanima o desespera; según su temperamento; uno demasiado grande, lo hace insolente y perezoso".

El nivel de vida de los trabajadores europeos correspondió a estas intenciones y doctrinas durante todo el siglo 18. En Inglaterra los salarios nominales subieron de 4 a 5 chelines, como eran en 1725, a 9 chelines en 1795; pero con 4 chelines se compraban 40 kilogramos de trigo en 1725-40, mientras que con 9, sólo podían adquirirse 30 kilogramos en 1795. Respecto de Francia, se admite que una familia trabajadora del campo necesitaba al año 15 hectolitros de trigo para nutrirse convenientemente. Pues bien, se ha calculado que los salarios y los precios fueron como sigue:

Años	1706	1789	1813
Salario anual (en francos)	180	200	400
Costo de 15 hectolitros de trigo (en francos)	283	240	315
Proporción del salario al costo de la vida ..	0,63	0,83	1,27

Era entonces profundamente miserable la situación de la clase trabajadora del campo en Francia, antes de su gran revolución. Optimista para su tiempo nos parece, pues, Turgot, al decir en sus reflexiones sobre la formación y la distribución de las riquezas, publicadas en 1769, que "en todo género de trabajo debe suceder, y sucede, en efecto, que el salario del obrero se limita a lo que le es necesario para procurarle la subsistencia". Una subsistencia muy precaria, si nos atenemos a las anteriores cifras.

En la teoría, como en la práctica, quedaba reconocido el mínimum indispensable para la existencia como el monto normal del salario. Y como durante siglos para gran número de trabajadores el salario real no había alcanzado siquiera a ese mínimum, ni lo alcanzaba a finalizar el siglo 18, la teoría burguesa de los salarios se completó después y se hizo más

sombría con la doctrina de Malthus, para quien la miseria de las masas era el cumplimiento de una ley biológica general. Traducida a la jerga de los economistas, la fatídica ley se convirtió en la teoría del fondo de los salarios, según la cual, en cada sociedad no hay en un momento dado sino una suma determinada e inextensible de capital para remunerar el trabajo, fondo limitado del que toca necesariamente tanto menos a cada uno de los trabajadores cuanto mayor es el número de éstos, y del que la parte tomada por una categoría de obreros no puede aumentar sin que disminuya la de otros.

* * *

Las teorías sobre el salario han tenido, pues, como punto de partida un dato de orden fisiológico: lo que necesita el obrero para vivir y reproducirse, para mantenerse activo y renovarse como hombre de trabajo. Ese factor fundamental del salario establece una analogía más entre el salariado y la esclavitud; también la ración diaria del esclavo tendía hacia el mínimum indispensable de subsistencias. La lucha por la vida es singularmente ruda e ingrata para la clase servil de las sociedades humanas de todos los tiempos.

Y así como la doctrina burguesa de los salarios nos indica que el nivel de vida del proletario no debe ser en principio superior al del esclavo, nos indica también que, según las necesidades fisiológicas de las diferentes categorías de individuos y en los distintos lugares, el monto de los salarios es muy diferente, mucho más alto en general donde el obrero exige una alimentación más rica, un vestido y una habitación más abrigados; y más bajo para la mujer obrera que para el hombre, porque ella consume menos aun cuando produzca lo mismo.

En el mejor de los casos, el salario así entendido sería la ración precisa para una vida higiénica y estacionaria, para el desarrollo vegetativo del individuo, sin proporcionarle recursos para el ejercicio de sus más altas facultades. Un proletariado así mantenido, sin conciencia ni iniciativa histórica, siempre satisfecho y a remolque de las clases altas, es el supremo ideal social a que se remonta más de un filántropo.

* * *

Pero ni la dirección técnico-económica burguesa tiende a asegurar esa manutención de animal de trabajo al proletariado, ni éste podría conformarse con un racionamiento estable. A diferencia del esclavo, el asalariado moderno procrea libremente, y administra por sí mismo el fondo destinado a su propio mantenimiento y al de su prole, una vez que lo ha percibido en forma de jornal. Lo maneja en general con más atención y eficacia que el amo o el mayordomo el fondo de sustento de los esclavos. En consecuencia, como ya lo hizo notar Adam Smith, "el trabajo hecho por hombres libres resulta al final más barato que el ejecutado por esclavos"; con un costo igual dispone el capitalista de mayor o mejor fuerza de trabajo. Y a esta ventaja que el salariado confiere al explotador de trabajo humano, se agrega la de descargarlo de la responsabilidad del sustento inmediato del obrero, echándola sobre el obrero mismo. Toca a éste velar por el empleo regular de sus propios brazos, y cuidar de que su salario se invierta ante todo en tener viva y potente su fuerza de trabajo; si falla en este cometido, será él mismo quien sufra las consecuencias más inmediatas y más graves. En todo caso al empresario capitalista le importan menos la consunción y la muerte de sus servidores que al propietario de esclavos.

En el trato repetido y frecuente con los patrones acerca del precio de los servicios que ha de prestarles, y en el manejo autónomo de sus recursos, desarrolla el proletariado su conciencia de las relaciones sociales, y se prepara para la lucha de clases. El progreso técnico trastorna la vida del trabajador, la máquina lo suplanta, lo arroja de uno a otro campo de la producción, lo hace pensar sobre la productividad del trabajo. Y desde entonces el asalariado, aunque no consiga en muchos casos ni la ración suficiente, no ve ya en ésta

la tasa normal del salario. Señala como un despojo las enormes ganancias del capital, y aspira, no sólo a salir de la miseria, sino a elevar su nivel de vida paralelamente al progreso técnico-económico, a acentuar su dignidad de hombre satisfaciendo aspiraciones más elevadas.

Al acelerarse en el siglo 19 la revolución industrial, la productividad del trabajo se incorporó, pues, como elemento principal a la teoría del salario. J. H. de Thünen dió su fórmula: el salario natural es igual a la raíz cuadrada de lo que el trabajador necesita consumir multiplicado por el producto de su trabajo. Si necesita, por ejemplo, 4 pesos al día y produce por valor de 9, su salario será la raíz cuadrada de 36, es decir, 6 pesos.

Nada permite hablar de un salario "natural", pues como forma general de subordinación de la clase trabajadora, el salariado implica el considerable desarrollo técnico-económico de las sociedades modernas, su prolongada tradición, su sostenido esfuerzo intencional. La fórmula de Thünen, sin embargo, combina de manera muy feliz los dos factores fundamentales del salario.

Lo que el trabajador necesita para vivir depende del nivel de vida fijado para él por la costumbre, del alimento, del vestido, del alojamiento a que está habituado. El capitalismo no respeta esa vida tradicional, y, cuando opera sobre una masa proletaria inerme, tiende a deprimir aún más la situación, de suyo pobre, del trabajador. Ya es un gran progreso histórico que aparezca en el productor manual ese pundonor que lo defiende contra el empeoramiento de su vida, haciéndoselo intolerable. Después, la clase obrera no se limita a resistir contra la degradación material, sino que proclama a gritos sus aspiraciones a una vida mejor. El rápido avance técnico-económico moderno, que cada día ofrece nuevos y variados productos al consumo, y da realce y encanto a la vida de la clase alta, estimula también a la clase trabajadora a elevar su cultura física y mental, a nuevas exigencias de orden higiénico y estético.

El producto del trabajo depende de la energía muscular y mental del trabajador, de la atención y el interés que ponga en su obra. En los latifundios de Andalucía no se emplean los grandes arados americanos de dos y tres rejas, ni podrían emplearse, según parece, porque los labradores no tienen fuerza suficiente para manejarlos, tan débil es su sistema óseo-muscular, y tan pobre su alimento. Así también, para tejer hilos de distintos colores se necesita mayor poder de atención que para tejerlos de un tinte uniforme. En general, el vigor del obrero es proporcional a su mantenimiento. En cuanto intensifica el trabajo humano por medio de las máquinas, y exige del obrero en igual tiempo un esfuerzo mayor, vese, pues, obligado el capitalismo, por una parte, a abreviar la jornada, por otra, a elevar los salarios reales. Es lo que se ha llamado la "economía de los altos salarios", motivada también por la intención de asegurarse la buena voluntad del trabajador recompensándolo mejor.

Muchos teóricos modernos y algunos grandes empresarios opinan que los altos salarios lejos de ser un principio para la clase capitalista, son una ventaja en la competencia internacional. Tomás Brassey, basándose en hechos observados por su padre, gran empresario constructor de ferrocarriles, ha sostenido que el trabajador mejor pago resulta en definitiva el más barato; en la construcción del ferrocarril transcontinental de Canadá los terraplenadores ingleses, con un salario de 5 a 6 chelines por día, movían más tierra por el mismo dinero que los canadienses, cuyo jornal era de 3 1/2 chelines; para construir ferrocarriles en Irlanda, convenía más al empresario emplear ingleses a 3 - 3 1/2 chelines por día, que irlandeses a 1 1/2 - 1 2/3 chelines. Según Lowthian Bell, prominente en la industria inglesa del hierro, aunque el salario semanal de los trabajadores ocupados en los altos hornos ingleses es mucho más alto que el de los obreros similares del continente europeo, en el costo de una tonelada de hierro entran menos salarios en los distritos mineros de York que en Alemania. Y la misma diferencia favorable a los altos salarios,

se ha encontrado en la producción metalúrgica norteamericana comparada con la europea.

Schulze-Gavernitz, que registra a este respecto gran número de opiniones y datos, ha estudiado la relación entre los salarios y la productividad del trabajo en la industria algodonera, y llega a la conclusión de que donde y cuando los costos del trabajo son los más bajos, la jornada es la más corta, y el salario semanal el más alto. El cuadro siguiente lo evidencia para las hilanderías inglesas:

AÑOS	Hilados producidos (en miles de libras)	Número de obreros empleados en las hilanderías	Hilado producido por obrero (en libras)	Costo del trabajo por libra de hilado (en peniques)	Salario anual medio por obrero
1819 - 21	106.500	111.000	968	6,4	26 lib. est. 13 chel.
1829 - 31	216.000	140.000	1.546	4,2	27 " " 6 "
1844 - 46	523.300	190.000	2.751	2,3	28 " " 12 "
1859 - 61	910.000	248.000	3.671	2,1	32 " " 10 "
1880 - 82	1.324.900	240.000	5.520	1,9	44 " " 4 "

Y mientras que en 1779 los obreros rompían las máquinas de hilar que tenían más de 20 husos, éstos eran ya en el primer cuarto de siglo pasado unos 50 por máquina, y ahora un obrero atiende dos máquinas con 1.300 a 1.400 husos cada una, y cuyos movimientos son más extensos y más rápidos.

Idéntica evolución en la producción inglesa de tejidos de algodón:

AÑOS	Producción de tejidos de algodón (en miles de libras)	Número de obreros	Producto por obrero (en libras)	Costo del trabajo por hora (en peniques)	Salario anual medio por obrero
1819 - 21	80.620	250.000	322	15,5	20 lib. est. 18 chel.
1829 - 41	143.200	275.000	521	9,0	19 " " 8 "
1844 - 46	348.110	210.000	1.658	3,5	24 " " 10 "
1859 - 61	650.870	203.000	3.206	2,9	30 " " 15 "
1880 - 82	993.540	246.000	4.039	2,3	39 " "

El salario anual medio disminuye únicamente entre 1820 y 1830, época en que la industria casera, en desesperada lucha con el telar mecánico, abulta el número de obreros del tejido y los reduce en término medio a un salario de hambre.

El fabricante algodonero Atkinson señala en Massachussetts un desarrollo idéntico. Lo ha estudiado en dos fábricas que desde 1830 han producido invariablemente la misma clase de tela y han hilado el algodón para hacerla. Los datos numéricos tomados de los libros de cuentas de esos establecimientos permiten formar el cuadro siguiente en el cual el costo del trabajo comprende tanto el hilado como el tejido:

AÑOS	Producto anual por obrero (en yardas)	Costo del trabajo por yardas (en centavos)	Salario anual del obrero (en pesos)
1830	4.321	1,9	164
1850	12.164	1,55	190
1870	19.293	1,24	240
1884	28.032	1,07	290

Así también la lanzadera, que en 1830 hacía en Inglaterra de 80 a 90 movimientos por minuto, hacía en 1890 por término medio 195, llegando a veces a 240; y mientras que en 1820 cada telar inglés ocupaba más de un obrero, en 1850 la proporción era ya de 1,6 telares por obrero, en 1878 de 2,1 y en 1890 cada tejedor del Lancashire atendía por término medio 4 telares. En Massachussetts, donde los salarios son más altos que en Inglaterra, cada obrero u obrera dirige ordinariamente de 6 a 8 telares mecánicos; y en Suiza y en Alsacia, donde son notablemente más bajos, la rapidez de los movimientos de las máquinas y el número de telares por obrero son mucho menores, y la pérdida de tiempo por roturas de hilos y otras interrupciones mucho mayor. Un telar inglés, cuyo movimiento era 30 % más rápido que el de un telar alemán y sufría 10 % menos interrupciones, producía en 1890 más que éste en una jornada 15 % más corta. Y esa diferencia en la intensidad y habilidad del trabajo del obrero inglés traducíase en salarios más altos.

La mayor tensión nerviosa, el esfuerzo más sostenido que la técnica moderna importa al trabajador exigen para éste un mantenimiento proporcional a ese mayor vigor necesario y ese mayor desgaste. En Inglaterra y Estados Unidos los altos salarios tienen, pues, en gran parte, una base tan fisiológica, como el bien calculado régimen alimenticio de las excelentes crías inglesas y norteamericanas de caballos de tiro y de carrera. Mientras el alza de los salarios reales que acompaña al progreso técnico es una compensación automática del mayor consumo orgánico, mientras el trabajador es pasivo en esa adaptación, apenas sale de la situación de animal criado y mantenido para una labor crecientemente difícil e intensa.

El alza de los salarios no se cumple entonces sino en el grado que conviene al capital, y el progreso técnico queda por completo librado a la iniciativa de éste. Si hay abundancia de brazos baratos, ¿para qué máquinas? Si la máquina, aunque produzca el doble, no fatiga más al trabajador, ¿para qué elevar el salario?

La resignación de los trabajadores a un salario inferior retarda, pues, el progreso técnico. La grúa giratoria, a vapor o electricidad, de que se sirven los constructores ingleses, aun en edificios y ciudades de mediocre importancia, para distribuir los materiales en las diversas partes y pisos de la obra, apenas encuentra todavía aplicación en Alemania, donde los salarios son más bajos y conviene más a los empresarios hacer transportar por obreros los ladrillos y la cal.

Vemos, por otra parte, al trabajador australiano recibir doble salario que el trabajador argentino por cada oveja que esquila, aunque los dos trabajan con las mismas máquinas, bajo un mismo clima, en ovejas igualmente cargadas de lana. Y el trabajador australiano exige de su patrón temporario que le dé cama, mientras que el peón argentino duerme en el suelo.

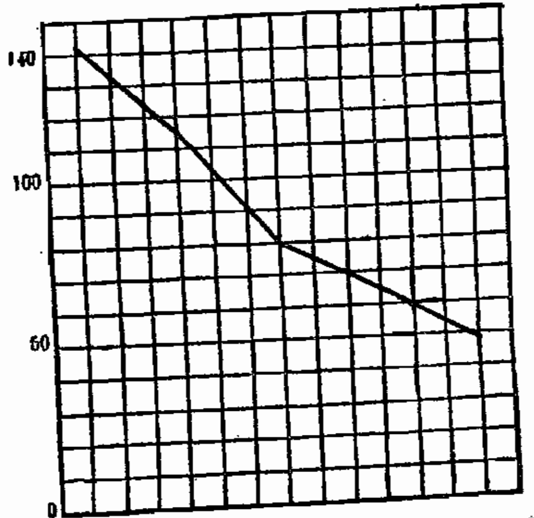
Para que el aumento de la productividad del trabajo se traduzca en el incremento de los salarios con independencia de las necesidades o conveniencias del capital, necesario es que el progreso técnico-económico sea comprendido por el

trabajador. No se trata de la productividad absoluta del trabajo, sino de su productividad relativa. Robinson en su isla, constructor de sus propias herramientas y consumidor único de cuanto producía, recibía de él solo todo el beneficio del perfeccionamiento de sus medios de trabajo. Pero en el moderno mundo real se produce muy principalmente para el cambio, se trabaja con instrumentos obra de otras manos. ¿Cómo prescindir del costo de éstos, al calcular la productividad de la propia labor? ¿Cómo ignorar la apreciación que los otros hombres hacen de nuestro trabajo al apreciar o nosotros mismos? ¿Cómo no perecer, si nos empecinamos en una producción arcaica en medio del progreso técnico general?

El producto absoluto del trabajo del tejedor a mano no disminuyó con la aparición del telar mecánico; pero la productividad relativa de su trabajo decayó tanto, que sus salarios siguieron el camino señalado por el diagrama siguiente:

EL SALARIO SEMANAL MEDIO DEL TEJEDOR A MANO DE ALGODÓN, DE LA CIUDAD DE BOLTON

(En libras de harina de avena)



El telar mecánico no se generalizó en la industria algodonera inglesa tan rápidamente como se derrumbó el salario de los tejedores a mano. La extrema miseria de éstos fué debida en parte a la competencia internacional, que los puso frente a los obreros de otros países donde los alimentos eran más baratos.

Al extenderse y complicarse dentro de cada sociedad y en el mundo entero las relaciones económicas, multiplícanse los factores que el productor asalariado debe tener en cuenta para apreciar el resultado de su propia labor. No basta en manera alguna que cuente el número de horas que trabaja, ni el número de piezas que de sus manos salen hechas o a medio hacer; necesita conocer cuánto trabajo anterior al suyo está incorporado ya a sus medios de producción y a sus materias primas; cuánta labor habrá aún que agregar a su producto antes de que llegue concluído a manos del consumidor; tiene que mirar no sólo cómo trabaja él mismo, sino también cómo trabajan los productores del mismo ramo, en su propio país y en aquellos otros con que éste comercia; debe considerar cuáles son las exigencias y posibilidades de vida de los trabajadores que hacen lo mismo en otras partes, y descubrir en ello motivos para elevar o moderar sus propias exigencias; no puede ignorar el grado de aceptación que su producto encuentra en el mercado, su precio, que sólo es remunerativo cuando la oferta no excede a la demanda; ha de averiguar la ganancia de su patrón.

Descubrirá entonces que el valor de las cosas es el del trabajo humano necesario para producirlas, trabajo medido no sólo por su duración, sino también por su intensidad, y, por su calidad tanto como por su cantidad; reconocerá el alto valor del trabajo de dirección técnica, que guía nuestra acción intencional sobre el medio físico-biológico, y el de la dirección económica, que combina y organiza los esfuerzos de los hombres en esa acción y los dirige a satisfacer las necesidades más sentidas; reconocerá que el trabajo humano es de tanto mayor valor cuanto más inteligente, cuanto más solidario.

Cuando el productor asalariado alcanza este grado de conciencia se defiende contra la rutina técnico-económica, de que él no es responsable, y aunque el producto absoluto de su trabajo particular sea el mismo, exige y obtiene mayor salario al aumentar la productividad general del trabajo humano. A la estación de ferrocarril llegan los productos en carros de caballos, muy parecidos si no idénticos a los de hace ochenta años; pero el carrero moderno entiende que a él también le toca participar del aumento de riqueza que data de la creación del ferrocarril.

Y al valorar debidamente el trabajo de dirección técnico-económica, más se exalta el productor asalariado en su protesta contra el parasitismo y la explotación, mayor es su empeño en quitar a esta altísima función social todo carácter de privilegio.

* * *

En la determinación de los salarios reales, interviene, pues, un conjunto de circunstancias propias de cada país y cada época. Marx, que llevó la doctrina del trabajo-mercancía a sus últimas consecuencias, la ha reducido al absurdo admitiendo que el valor de la fuerza de trabajo depende también de "un elemento histórico y moral", elemento que no entra absolutamente en el precio de las mercancías. El nivel de vida habitual de la clase trabajadora, su aspiración a una vida mejor, la intensidad del trabajo, la eficiencia que le dan el grado de desarrollo de la técnica y de la economía, el reflejo de la productividad del trabajo en la conciencia del productor manual, la capacidad de éste para la lucha de clase, los ideales humanitarios o de nacionalidad que animan a la clase alta, son otros tantos factores concurrentes a la determinación de la tasa general de los salarios. La influencia de cada uno de esos factores sobre el monto de los salarios varía de un lugar a otro, pero generalmente la de todos en el mismo sentido. En consecuencia la escala mundial de los salarios sigue mucho más de cerca la clasificación de la geografía económica y política que la de la geografía física o del clima. El elemento histórico y moral que interviene en la

determinación de los salarios, los hace mucho más altos en Marsella que en Moscou, donde para mantener la temperatura del cuerpo necesita el trabajador más alimentos, vestidos más gruesos, casa más abrigada y combustible para calentarla. En Colombia, país fertilísimo y despoblado, la vida es más dura para el trabajador que en la Nueva Inglaterra, como la vieja, populosa e industrial. Para manejar el mismo coche de tranvía eléctrico se reciben más de 800 pesos oro al año en las calles de San Francisco, y menos de 600 en las de Buenos Aires. Cualquiera que sea su latitud, los países de lengua inglesa tienen salarios superiores a los países de otra lengua, se compare Queensland o el Canadá con Siberia o el Brasil. Así también en 1895 un jornalero municipal transportando tierra en las calles de Madrid a algunos metros de distancia en un pequeño cesto que apoyaba sobre el muslo, para arrojarla en el suelo al pie del carro que la había de recibir, personificaba muy bien, con su salario de 1,25 a 1,50 pesetas, equivalente a 2 ½ a 3 kilos de pan, por 10 ½ horas de esa labor improductiva, el estado técnico-económico y político de España a fines del siglo 19.

Con el crecimiento de la unidad industrial y la división del trabajo, generalízase el salario por pieza, que, si figuraba desde el siglo 14, junto al salario por tiempo, en los reglamentos públicos de Francia e Inglaterra sobre el trabajo asalariado, no se extendió sino en el período manufacturero, y ha adquirido una importancia cada vez mayor al desarrollarse la gran industria. Ineludible para el trabajo asalariado en casa del obrero, el salario por pieza se aplica también desde luego en las minas, donde no es fácil controlar de otra manera la actividad de cada asalariado. Después se ha extendido a todas las operaciones industriales uniformes, repetidas en condiciones constantes por cada trabajador, cuya labor individual se traduce en una obra separadamente mensurable, que indica el grado de su habilidad y energía. La mecanización general de la industria mediante las máquinas ha multiplicado mucho en el último medio siglo esa clase de operaciones, y ensanchado el campo para el salario por pieza. Ya

en 1858, según los informes de los inspectores de las fábricas de Inglaterra, 4/5 de los obreros empleados en ellas trabajaban por pieza; se ha calculado años más tarde que el 90 % de la exportación británica se compone de artículos producidos bajo esta forma de salario. Un informe de la Oficina de Trabajo de la Gran Bretaña e Irlanda publicado en 1900 dice que del total de los trabajadores asalariados del Reino Unido, el 74 % pertenecen a ocupaciones o ramos de la industria en que predomina el salario por tiempo, y 26 % a aquéllos en que lo general es el salario por pieza; pero si se excluyen los trabajadores agrícolas y el servicio doméstico, la proporción de los trabajadores por tiempo a los por pieza baja a 61 : 39.

Y el salario por pieza se ha extendido también en los otros países modernos proporcionalmente a su desarrollo técnico-económico. En Francia, según una estadística oficial de 1900, la proporción de los obreros pagados por pieza era de 34 %, en Alemania se extiende de uno a otro ramo de la producción; en Estados Unidos es un modo de remuneración muy general para los trabajadores de la industria.

El salario por pieza no cambia en su esencia la relación entre patrón y trabajador. Este siempre opera con medios de producción que no le pertenecen y está sujeto a la explotación capitalista. Con el salario por pieza el empresario calcula de otra manera su ganancia, pero puede calcularla siempre a expensas del trabajador. Sin embargo, al ser remunerado por pieza el trabajo asalariado, las relaciones entre proletario y capitalista toman caracteres nuevos que presentan esta forma de salario como el resultado de una evolución progresiva.

Al pasar del salario por tiempo al salario por pieza, el trabajo se intensifica de 20 a 100 %, según la clase de trabajadores y la técnica, es decir, en el mismo tiempo de trabajo se produce de 20 a 100 % más. Y a tal punto estimula a los trabajadores la medida de su labor, no por el tiempo sino por la cantidad de producto, que con el salario por pieza tienden a prolongar la jornada, precisamente cuando, por haberse hecho el trabajo más intenso es doblemente necesario

acortarla. Esta propensión a un trabajo excesivo agrava la explotación capitalista, amenaza la salud del obrero, y deprime a la postre sus salarios reales y su nivel de vida, aunque en un principio parezca elevarlos. En efecto, con trabajadores desorganizados e inconscientes, fácil es al patrón derivar en su propio y exclusivo provecho la nueva energía que ponen los obreros en su labor cuando trabajan por pieza; bástale para eso reducir gradualmente el premio por pieza hasta que el jornal de sus obreros sea más o menos el de los que trabajan por tiempo. En esas condiciones, el salario por pieza, latigueando a los trabajadores con el hambre, es el medio de arrancarles el esfuerzo más sostenido y prolongado en ventaja del capital. De ahí la resistencia a esta forma de remuneración al despertar la conciencia obrera, resistencia que perdura todavía en algunas de las grandes ramas de la producción.

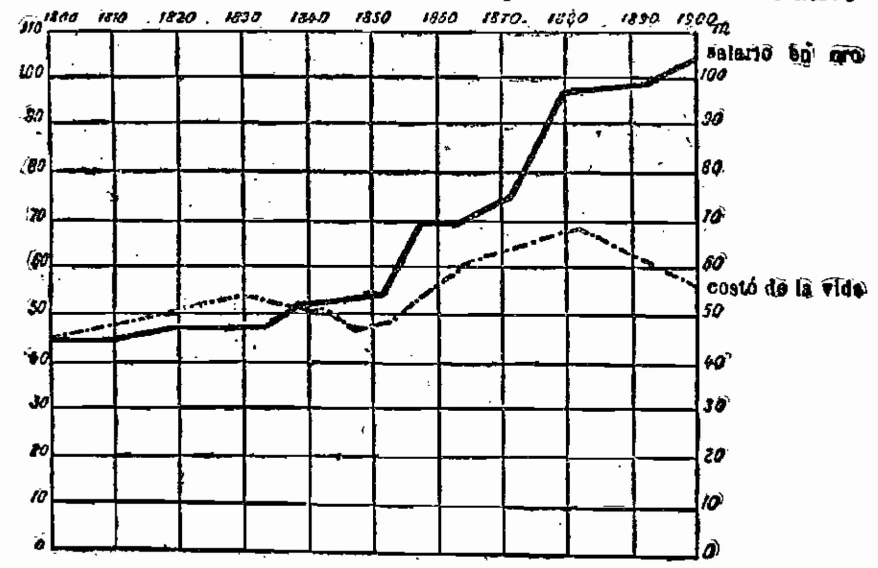
Pero con el desarrollo ulterior de la capacidad económica de la clase trabajadora y de su aptitud para organizarse frente a los patrones, ella aprende a sacar partido del salario por pieza. Disminuye éste el costo de producción, no sólo intensificando el trabajo, sino también porque ahorra gastos de vigilancia, y hace más felices y seguros los cálculos de los empresarios. Y los obreros exigen que parte al menos de esa mayor productividad del trabajo sea en su beneficio, y conduzca al aumento de los salarios reales y a la abreviación de la jornada. Los mineros de los condados ingleses Northumberland y Durham se declararían instantáneamente en huelga si se pretendiera remunerarlos de otro modo que según la cantidad de carbón extraído; pero, al mismo tiempo que exigen trabajo por pieza, han conseguido hace tiempo una jornada de menos de 7 horas, y reducido a 37 horas su trabajo semanal máximo. Y si el trabajo por pieza, para ser bien establecido, exige del obrero mayor conocimiento de las condiciones generales de la producción, su ejercicio obliga al trabajador a seguir la técnica y la economía en su incesante progreso, para discutir las nuevas tarifas que han de corresponder a los nuevos procedimientos y relaciones de trabajo.

El salario por pieza establece en la entrada pecuniaria de los obreros una diversidad tan grande como la de su energía y aptitud para el trabajo; y al diferenciar así la masa obrera, artificialmente homogénea y amorfa con el salario por tiempo, desarrolla la personalidad de cada trabajador, le da el individualismo compatible con su situación de cooperador obligado, la autonomía inherente a toda situación que exige y ejercita a las personas en el propio control. Porque el asalariado por pieza dispone de su tiempo con más libertad, pesa sobre él mayor responsabilidad; porque se disimula más su situación de explotado, es el productor que más necesita tenerla presente. Y cuando así lo hace, y procede en consecuencia, se beneficia automáticamente de todo aumento de la productividad del trabajo, de todo progreso técnico.

* * *

El progreso técnico-económico del siglo 19, la apertura de vastos y feraces territorios al cultivo mecanizado, la fácil migración de los proletarios por el mundo hacia donde es mayor la recompensa del trabajo, la creciente conciencia histórica de la clase trabajadora, que la capacita para sus reivindicaciones, han determinado el aumento general de los salarios nominales más acentuado que el encarecimiento de la vida, es decir, un descenso del costo de la vida relativamente a los recursos de que dispone el pueblo trabajador, una elevación de los salarios reales. La estadística de los principales países así lo indica. En Francia, una familia trabajadora del campo ganaba 400 francos en 1813, 500 en 1860 y 800 en 1870-76, épocas en que sus 15 hectolitros de trigo valían respectivamente 315, 305 y 345 francos. Continuóse, pues, en el curso del siglo pasado el rápido mejoramiento de situación de la población rural francesa que se inició con la gran revolución política del siglo 18. En los salarios de las otras categorías de trabajadores el alza ha sido también notable. Los mineros franceses recibían al año unos 300 francos en 1800, 593 en 1815 y 1.002 en 1877. El salario medio por hora de los doce principales oficios de la construcción subió en París de

0,342 de franco en 1806 a 0,748 en 1900, lo que es un alza de 119 por ciento. Como resumen del resultado de las encuestas sobre el movimiento de los salarios y de los precios en Francia durante el siglo 19, Gide presenta el gráfico siguiente, en el cual ha combinado dos curvas presentadas separadamente en la sección de economía social de la exposición de París en 1900. La línea continua señala la altura relativa de los salarios, tomando arbitrariamente por 100 su monto en el año 1892; la línea punteada el costo relativo



y de conjunto del alimento, la habitación, el combustible y el alumbrado; el vestido y los transportes, no comprendidos, son los consumos que más se han abaratado.

Admitiendo que al principiar el siglo 19 el salario fuera equivalente al costo de la vida, vemos las dos líneas partir de este punto común, y elevarse, al principio, más rápidamente la del costo de la vida; pero hacia 1840 ésta baja y se deja cruzar por la línea siempre ascendente de los salarios, que desde entonces se elevan cada vez más por encima del costo de la vida. El alza de los salarios nominales, muy lenta

hasta 1850, se acelera mucho en la segunda mitad del siglo, y a fines de éste vuélvese lenta otra vez, pero coincidiendo con un rápido descenso de los precios. Al fin del siglo los salarios nominales habían subido casi 140 por ciento, mientras que el costo de la vida se había encarecido 36 por ciento, desproporción muy favorable a la elevación del nivel de vida de los trabajadores.

En Alemania los salarios apenas subieron hasta 1850, y aun hasta 1865 su elevación casi no compensó el encarecimiento de la vida. Desde 1865, en cambio, el alza de los salarios ha sido mucho más acentuada y sostenida en aquel país que en cualquier otro del continente europeo. El proletario rural del Este de Prusia, que recibía en 1849 un salario semanal equivalente a 30 kilos de centeno, se elevó en 1873 a 45,6 kilos y en 1892 a 60.

Los albañiles de Berlín pasaron de 2 y 2,5 marcos por día en 1860, a 4, 5 y 6 marcos en la última década del siglo. El salario anual de los mineros de Westfalia creció en la forma siguiente:

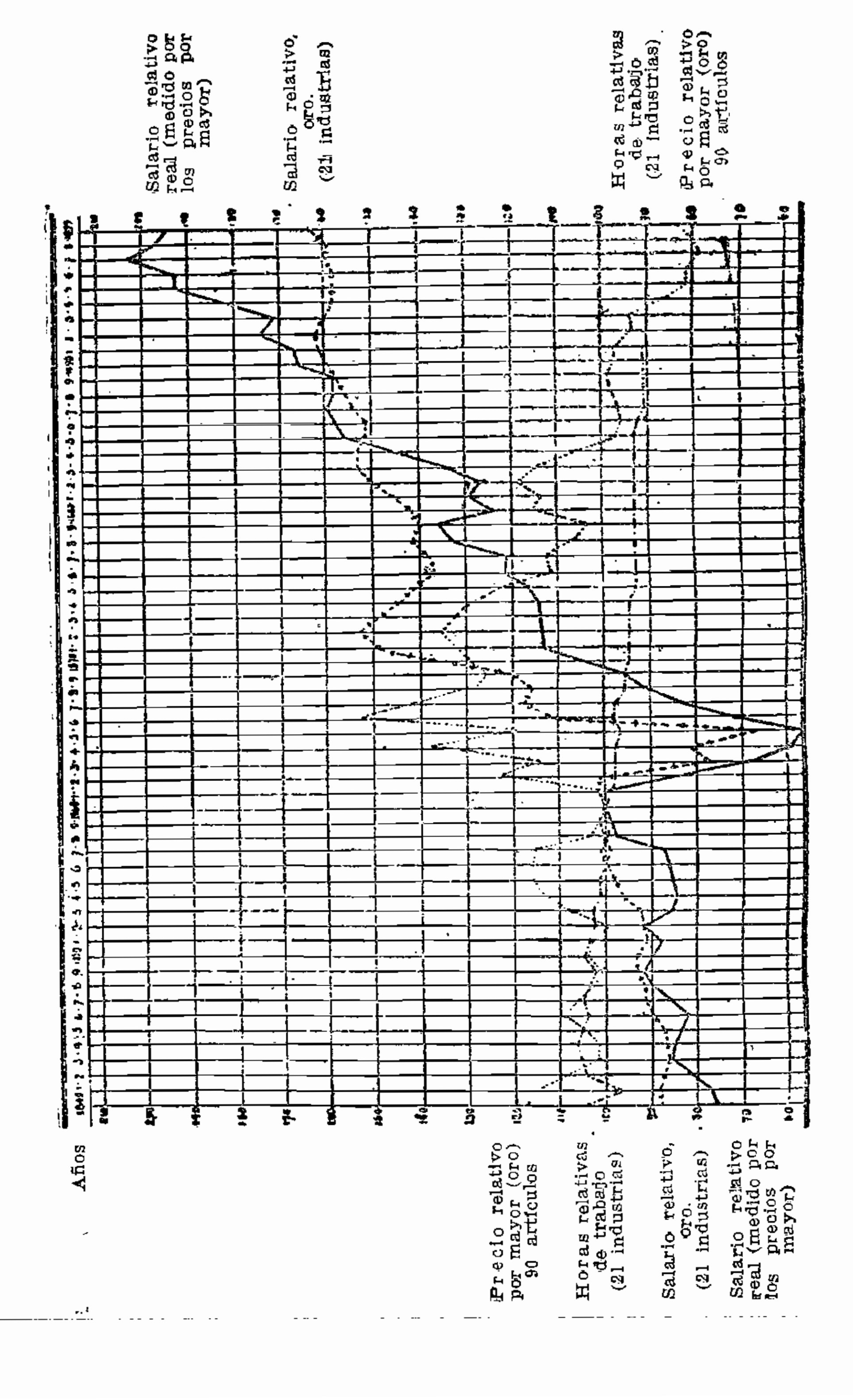
Años	1865	Marcos	600 - 700
„	1873	„	900 - 1000
„	1886 - 88	„	800 - 900
„	1890	„	1100 - 1200
„	1898 - 99	„	1300 - 1500

El jornalero agrícola inglés podía comprar en 1855, con su salario semanal de 11 chelines, de 35 a 36 kilogramos de trigo, y en 1899, con los 14 chelines que recibía, 117 kilogramos. En 1820 - 50 el salario semanal más general de la industria inglesa oscilaba entre 13 y 16 chelines, ahora varía entre 20 y 35; el ascenso fué rápido, sobre todo de 1840 a 1875, y no igual en todas las industrias. Llamando 100 a los salarios del año 1860, se ha calculado que en el año 1891 habían subido como sigue; a 115 en la industria de la lana, a 125 en la del hierro, a 128 en la construcción, a 143 en la marina, a 150 en la minería, y a 176 en la industria del algodón.

El Boletín del Departamento del Trabajo de los Estados

Unidos ha publicado un gráfico ilustrativo de la marcha de los salarios y de los precios en aquel país. El diagrama, exhibido por esa oficina en la Exposición Panamericana de Búffalo, historia las relaciones de la jornada, los salarios nominales, los precios por mayor y los salarios reales en los Estados Unidos desde el año 1840 hasta el año 1899, tomando como punto de comparación, que convencionalmente se considera igual a 100, la altura de esos diversos elementos en el año 1860. En la línea vertical correspondiente a cada año se ha señalado el largo de la jornada y el monto de los salarios y de los precios, comparativamente a los de 1860, y reuniendo separadamente entre sí los puntos indicadores de cada uno de esos factores, se han obtenido las cuatro líneas del diagrama, a primera vista caprichosas y confusas, pero de la más clara significación cuando se las examina con cuidado. Consideremos primero la línea que expresa las horas relativas de trabajo. Hasta 1860 ella está regularmente arriba de 100, con una sostenida tendencia descendente, que se acentúa después de 1860 hasta 1891, último año a que alcanzan los datos. Es decir, durante el medio siglo que abarca esa línea, la jornada de trabajo fué abreviándose gradualmente. Por cada 100 horas que un hombre trabajaba en 1860, trabajáronse 104 ó 105 en 1844 y 91 ó 92 en el año 1891, movimiento descendente que ha continuado, pues las últimas estadísticas norteamericanas comprueban el triunfo sostenido de la jornada de nueve horas sobre la de diez.

La línea que expresa la marcha de los salarios en oro, estudiados como las horas de trabajo en 21 industrias, sigue una dirección enteramente opuesta. Empezando en el año 1840 abajo de 90, llega a 100 en 1860, y, salvada la profunda depresión de los años 1863-65, debido a la guerra entre los Estados del Norte y los del Sud, sigue su marcha rápidamente ascendente, hasta llegar a 164 en el año 1899; es decir, que por cada 100 pesos de salario que recibía un obrero en 1860, sólo había recibido 87 u 88 en el año 1840, para conseguir 164 pesos en el año 1899. La gran baja de los salarios en oro ocasionada por la guerra, fué debida a las emisiones excesivas de



papel moneda inconvertible que acompañaron a aquella gran contienda civil; cuando ella hubo terminado, valorizándose rápidamente el papel moneda, los salarios recuperaron pronto el nivel perdido y siguieron después subiendo a saltos. En los sesenta años que abarca el diagrama, los salarios en oro experimentaron un alza considerable al mismo tiempo que se abreviaba la jornada de trabajo.

¿Cuál fué el movimiento simultáneo de los precios?

Nos lo dice la línea de puntos, que expresa la marcha de los precios por mayor en oro de 90 de los principales artículos. Ella es muy accidentada, como que en la determinación de estos precios intervienen factores tan variables como la influencia del estado atmosférico sobre las cosechas; ella señala también la carestía que acompaña a la guerra; pero, en su conjunto, la línea de los precios por mayor es descendente. Lo que costaba por mayor 100 pesos en 1860, valía unos 116 pesos en 1840, y solamente 84 pesos en 1899. Ni el alza de los salarios, ni el acortamiento de la jornada, ni las dos cosas juntas, determinan un alza de los precios por mayor, cuando los factores técnicos y económicos gravitan en el sentido del abaratamiento.

Y, como resultado final, vemos subir la línea que representa los salarios reales más rápidamente aun que la representativa de los salarios nominales o expresados en moneda de oro. La línea negra continua, que empieza debajo de las otras, y consigue en 1899 ponerse por encima de todas ellas, es la elocuente representación gráfica del rápido ascenso de la clase trabajadora norteamericana a un nivel superior de vida.

Pero el descenso de los salarios reales, que se inicia en los Estados Unidos en 1897, ha continuado después en aquel país y se ha acentuado aún más en Europa, a consecuencia del alza general de los precios, que no ha sido acompañada de una elevación equivalente de los salarios nominales. Tomando como término de comparación y llamando 100 al precio medio de los alimentos en los Estados Unidos y al saladio medio durante los años 1890-1899 ,he aquí la marcha que han seguido

en aquel país el precio relativo por menor de los alimentos, combinados en la proporción en que los consumen las familias obreras, y el salario relativo por hora en la industria del calzado y en las de la ropa blanca y los tejidos de punto:

AÑO	Precio relativo por menor de los alimentos combinados en la proporción del consumo obrero anual	Salario nominal relativo por hora en la industria del calzado	Salario nominal relativo por hora en las industrias de la ropa blanca y los tejidos de punto
1890/1899	100	100	100
1890	101,9	98,5	105,6
1891	103,4	97,5	160,9
1892	101,6	99,3	100,3
1893	104,1	100,6	100,1
1894	99,2	99,8	96,7
1895	97,1	101,4	102.8
1896	95,2	100,5	99,3
1897	96,7	100,7	96,1
1898	99,7	100,5	96,4
1899	100,8	101,8	93,2
1900	103,0	104,1	95,4
1901	108,5	104,1	102,0
1902	114,6	108,0	111,0
1903	114,7	113,2	117,6
1904	116,2	116,9	114,8
1905	116,4	116,9	119,9
1906	120,3	119,9	126,9
1907	125,9	121,8	133,7
1908	130,1	128,0	133,7
1909	137,2	125,5	134,1
1910	144,1	130,4	135,5
1911	143,0	129,6	135,8
1912	154,2	131,7	143,7

(Bulletin of the United States Bureau of Labor Statistics - Números 134 y 136).

Más rápido ha sido en los últimos años en la Gran Bretaña el descenso de los salarios relativamente al precio de los artículos de consumo. He aquí, según Hobson, las cifras oficiales:

AÑO	Precio relativo de comestibles y bebidas	Salario nominal relativo	AÑO	Precio relativo de comestibles y bebidas	Salario nominal relativo
1900	100	100	1906	100,5	98,4
1901	100,4	99,0	1907	105,1	101,7
1902	101,7	97,7	1908	106,6	101,2
1903	100,7	97,2	1909	108,7	99,9
1904	101,4	96,6	1910	109,0	100,2
1905	101,2	97,0	1911	111,6	100,3

Y también en Francia y Alemania, donde los precios han subido aún más que en Inglaterra, la carestía ha deprimido el nivel de vida de los trabajadores.

Siendo actualmente el oro la medida de los valores que se expresan en los precios, el alza general de éstos implica el descenso del valor del oro. ¿Por qué baja éste? En parte, posiblemente porque el procedimiento del cianuro haya revolucionado la técnica de la producción del oro más de lo que el progreso técnico general ha aumentado la productividad del trabajo humano en la producción en general. Y seguramente porque el oro circula en el mundo con libertad, mientras la circulación de los otros productos se encuentra estorbada en casi todas partes por derechos de aduana, muy agravados por la legislación aduanera francesa desde 1892, las leyes alemanas de 1885 y 1902, la tarifa italiana a partir de 1887 y las leyes de 1897 y 1907 de los Estados Unidos. Mientras que la producción del oro elige, pues, libremente su asiento en el mundo, y se establece allí donde puede hacerse con más fruto, gran parte de los artículos de consumo se producen en condiciones técnico-económicas desfavorables que

encarecen su producción; y si esta menor productividad del trabajo, artificialmente determinada por la ley, no alcanza a la medida en que los derechos de aduana exageran los precios de los artículos importados, los empresarios favorecidos por las trabas fiscales al comercio exterior colman esa medida, elevando los precios en proporción. Al mismo tiempo la necesidad de oro, como medio monetario de circulación, tiende a disminuir relativamente, al substituirse al oro amonedado los billetes convertibles, que ahorran el desgaste de las piezas de oro, o los inconvertibles, que ahorran la acuñación misma, y al progresar los métodos bancarios, que hacen cada día mayor monto de transacciones con la misma cantidad de numerario.

* * *

Más grave aun es la influencia que ejercen sobre los salarios reales las oscilaciones del valor real o representativo de las piezas de moneda donde la clase asalariada no sabe defenderse y gobiernos corrompidos o inconscientes envilecen el numerario.

En los países de lengua española no se han hecho investigaciones acerca de la marcha de los salarios que nos permitan formarnos una idea de su movimiento de conjunto relativamente al de los precios. Sus gobiernos ignoran generalmente el problema, sus bienes se despreocupan de él, sus patrones prefieren que se ignore lo que pagan a los obreros, éstos no siempre reconocen la importancia de tal investigación. Las pocas cifras publicadas son en general la expresión de simples conjeturas, inexactas y contradictorias. Y el desorden monetario crónico de estos países dificulta particularmente en ellos la cuestión de los salarios. Lo seguro es que el envilecimiento de los signos monetarios ha neutralizado parcial o totalmente en España y América la tendencia al alza de los salarios reales durante la segunda mitad del siglo 19. Al disminuir el valor representado por cada peso papel, los precios expresados en pesos han subido inmediatamente, sobre

en granos, y era igual al gasto en carne, y en Francia mayor que éste. En todos los países gran parte de los recursos del pueblo se insume en las bebidas tóxicas que la industria capitalista ofrece a bajo precio; pero donde es más alta y progresa más la cultura popular el consumo de alcohol tiende a moderarse.

Para el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, se ha calculado el consumo anual por habitante de té, café, cacao, carne, azúcar, cerveza, tabaco, trigo, arroz, pasas de uva, vino y bebidas espirituosas. La media general, llamando 100 al consumo de los años 1883-87, ha sido la siguiente:

1883/87	100
1888/92	108
1893/97	112
1898/1902	120

El progreso del vestido del pueblo puede inferirse del creciente consumo de materias textiles en los principales países. En Inglaterra el algodón consumido al año por habitante en 1860 llegaba ya casi a los 20 kilos, lo mismo que se consumía hacia el año 1900; en Alemania se ha pasado de 340 gramos en 1836 a 6,30 kilos en 1898. El consumo alemán de lana subió de 1,8 kilos por habitante en el año 1871 a 3,3 kilos en 1895; el inglés, de 4,3 a 6,7 kilos.

Como índice de la satisfacción de nuevas necesidades puede mirarse el enorme aumento del consumo de papel, que en Alemania, por ejemplo, se ha elevado 1650 % entre los años 1840 y 1895.

Todas estas cifras generales señalan el mayor consumo, pero no indican la proporción en que ha aumentado el de cada una de las diferentes clases sociales. Es muy posible que a la más pobre categoría de habitantes poco le haya tocado de esos aumentos; es seguro también que para artículos de lujo el aumento de su consumo calculado por cabeza de la población no significa sino que la clase rica gasta más; así cuando decimos que de 1861 a 1895 el consumo anual de

seda por habitante se ha elevado en Alemania de 30 a
gramos. Pero tratándose de productos como la carne y
azúcar, cuyo consumo anual por habitante se elevó en el Rei
Unido en los años 1883-1902 de 110 a 133 libras, y de 72
86 libras, respectivamente, es inadmisible que los cientos
miles de toneladas de mayor consumo total hayan podido s
absorbidos por la poco numerosa clase rica. El enorme incr
mento de las cantidades consumidas relativamente a la p
blación no se comprende sin el mayor consumo medio efecti
de grandes capas de ésta, y, por lo tanto, de buena parte de
población trabajadora. Pesa en el mismo sentido el hecho
que el consumo de pan por cabeza de la población, una vez qu
ha llegado a la cantidad precisa, se mantiene estacionario. D
1883 a 1902 no aumentó, por ejemplo, en la Gran Bretaña
Irlanda, aunque el precio del pan bajó en ese tiempo 10 %
y los salarios en oro de 100 se elevaron a 130.

El alojamiento es la necesidad en cuya satisfacción
adelantado menos la clase obrera. La rápida aglomeración
la población en las ciudades y la elevación de la renta del su
lo han neutralizado, y con creces, los progresos del arte de
construcción. La habitación es para el pueblo escasa y mal
La cuota anual de alquiler por habitante de Berlín, de
marcos en el año 1709, ha pasado a ser de 165 en 1890,
que si por un lado puede expresar el perfeccionamiento y
ornamentación de las casas, expresa seguramente por otro
enorme encarecimiento de la habitación del trabajador. En
ciudad francesa de Reims se calcula que el costo del aloja
miento de una familia de 4 personas, que era de 160 franc
en 1834, se ha elevado a 250 francos en 1899. En París, 40.00
familias disponen de una sola pieza; en las ciudades arge
tinas ésta es la regla para las familias proletarias. Con tod
las medidas de higiene pública han mejorado bastante
salubridad de las ciudades modernas para que la mortalida
general descienda notablemente en ellas, y llegue en alguna
a ser inferior a la de los campos que las rodean.

Muchos son, pues, los indicios de la elevación del nivel de vida de la clase productora asalariada. Pero en este sentido, ¡cuánto camino todavía por recorrer! Las estadísticas de salarios se refieren casi todas a trabajadores organizados. ¿Alcanzará el mejoramiento de la situación de éstos a los proletarios en general? No hay pruebas directas de ello; se sabe, en cambio, que la vida de masas considerables es miserable. Todavía en 1898-1902, de cada mil hombres adultos 31 recibían limosna en Inglaterra y Gales, y de cada mil mujeres, 29. En Londres, según Booth, 30 % de la población no disponía del mínimum indispensable de subsistencia, y estaba condenada al principiar el siglo 20 a perpetua miseria fisiológica y pecuniaria; 45 % de los mayores de 65 años caían en brazos de la caridad pública. Sus datos han sido confirmados por los estudios de Rowntree en York, otra ciudad inglesa, donde casi el 28 % de la población no recibía salarios suficientes para mantener su mera energía física.

El obrero medio de la industria francesa dispone al mes de unos 100 francos para llenar todas sus necesidades. En Bélgica, según una reciente investigación oficial, alrededor de ¼ de la población obrera recibe menos de 2 francos por día de trabajo.

El 18º informe anual de la Oficina Federal del Trabajo de los Estados Unidos, publicado en 1904, registra los datos de una encuesta sobre las entradas y los gastos anuales de 25.440 familias obreras, que comprendían 124.108 personas y estaban domiciliadas en los principales centros industriales, en proporción aproximada a la importancia de cada uno de éstos. Se limitó la encuesta a familias de asalariados cuyos salarios de conjunto no excedían de 1.200 pesos oro americano al año. Como prueba de la exactitud de los datos suministrados por las familias, se hizo simultáneamente una encuesta sobre los precios por menor de los principales artículos alimenticios. Los precios por menor dan una idea mucho más exacta del costo de la vida obrera que los precios por mayor, y fluctúan mucho menos que éstos. Estudiados los precios

relativos por mayor y los por menor de 25 artículos o g de artículos alimenticios en el período 1890-1903, se l contrado una oscilación de 37,2 % en los primeros y de 15,4 % en los últimos. De la encuesta resultó una er anual total media por familia de 749,50 pesos oro amer de los cuales 79,49 % correspondían al salario del padre por ciento al trabajo asalariado de las madres, ocupadas exclusivamente en las tareas de su propia casa, 9,49 salario de los hijos, 7,78 % a pensiones de huéspedes, y por ciento a otras fuentes. El gasto total medio por fa era de 699,24 dólares al año, dejando un excedente no ga de 50,26 pesos, ó 6,71 % de la entrada total, excedente llegaba en los Estados del Oeste a 138,98 pesso, ó 15,73 % la entrada total por familia. El alojamiento de las fam estudiadas era suficiente para que a cada individuo tocara algo más de una pieza, término medio que se elev a 1,16 pieza por persona en los Estados del Oeste. En excedente de las entradas sobre los gastos anuales no se in yeron las cuotas de amortización de hipotecas sobre el hog y que distribuídas entre todas las familias estudiadas l bieran aumentado en 7 pesos para cada una la suma an del ahorro. Se estudiaron aparte 11.156 familias "normales caracterizadas por constar del padre en el trabajo, la mad no más de 5 niños, ninguno mayor de 14 años, no tener agr gado, pensionista, inquilino ni sirviente, y gastar regula mente en alquiler, combustible, luz, alimento, vestido y vari En esta categoría el número de personas por familia red ciase a 3,69, mientras que en las familias estudiadas en g neral era de 4,88; pero como las familias normales no tenía más entradas que el salario del padre, el excedente de su recursos pecuniarios sobre sus gastos se limitaba a 5,10 % Todos éstos son términos medios que no expresan la situaci de cada familia en particular. En realidad, de las 25.440 fan lias estudiadas, sólo 12.816 declararon disponer al fin d año de un excedente de dinero que se elevaba a 120,84 pes

en término medio; 4.117 familias cerraban el año con un déficit medio de 66,58 pesos; y 8.507 familias habían gastado todas sus entradas del año. La situación de la clase trabajadora norteamericana es con todo excepcionalmente holgada, y comparable sólo con la de los obreros de Australia y Nueva Zelandia.

No puede decirse lo mismo de otros países nuevos. Según el Boletín del Departamento Nacional del Trabajo de la República Argentina, el obrero del puerto de Buenos Aires, viviendo en una pieza con su mujer y dos hijos, apenas alcanza a cubrir sus gastos mensuales con los 100 pesos papel argentino que cobra por 25 días de trabajo. Hace pocos años, el ministro diplomático norteamericano en este país explicaba la baratura del trigo argentino por el miserable nivel de vida del proletariado rural.

* * *

A principios del año 1907 decía el Sr. Sanz Escartin en el Senado español: "¿Quién duda que en los momentos presentes en Madrid, dados los salarios de nuestros jornaleros, una familia de 4 ó 5 individuos, que tiene que mantenerse principalmente de pan, necesita dedicar sólo a este gasto los 2/3 de su jornal?" No podía decirse sobre la situación del obrero madrileño nada más grave. El nivel de vida del trabajador es inversamente proporcional a la parte de sus salarios que necesita para llenar las necesidades más animales. El estadístico alemán Engel demostró numéricamente hace varias décadas que cuanto menores son los medios pecuniarios de una familia, mayor es la parte de ellos destinada al alimento. Su proposición ha sido confirmada por diversos investigadores. En Francia, Cheysson y Toqué han estudiado las cuentas de entradas y gastos de 100 familias; he aquí cómo se distribuían los gastos por persona según el monto de las entradas:

Entrada anual por persona (en francos)	% GASTADO EN				Total parcial	Quedaba para otros gastos
	Alimento	Vestido	Habitación	Calefacción		
50 — 100 .	61,80	16,2	5,4	5,4	88,8	11,2
200 — 250 .	54,06	15,4	6,7	4,7	81,4	18,6
500 — 600 .	49,46	16,2	10,6	5,2	81,46	18,54
1000 — 1500 .	28,00	8,0	6,7	3,1	45,8	54,2
2000 — 3000 .	19,02	2,2	7,5	2,2	31,2	68,9

La Oficina del Trabajo de los Estados Unidos ha hecho a este respecto una encuesta mucho más vasta e importante, publicada en su Boletín de Septiembre de 1904. Reuniendo los datos de las 11.156 familias "normales", que ya han sido definidas, ha construído los cuadros siguientes:

Distribución % de los gastos de las familias normales, según el monto de sus entradas

Familias con una entrada anual de	DE CADA $ 100 GASTADOS EMPLEARON EN					
	Alimento	Alquiler	Vestido	Combustible	Luz	Varios
menos de 200 $	50,85	16,93	8,68	6,69	1,27	15,58
200 a 300 . „	47,33	18,02	8,66	6,09	1,13	18,77
300 „ 400 . „	48,09	18,69	10,02	5,97	1,14	18,77
400 „ 500 . „	46,88	18,57	11,39	5,54	1,1.	16,50
500 „ 600 . „	46,16	18,43	11,98	6,09	1,12	17,22
600 „ 700 . „	43,48	18,48	12,88	4,65	1,12	19,39
700 „ 800 . „	41,44	18,17	13,50	4,14	1,12	21,63
800 „ 900 . „	41,37	17,07	13,57	3,87	1,10	23,02
900 „ 1000 . „	39,90	17,58	14,35	3,85	1,11	23,21
1000 „ 1100 . „	38,79	17,53	15,06	3,77	1,16	23,69
1100 „ 1200 . „	37,68	16,59	14,89	3,63	1,08	23,13
1200 o más . „	36,45	17,40	15,72	3,85	1,18	25,40
Media general .	43,13	18,12	12,95	4,57	1,12	20,21

Como en el cuadro relativo a las cien familias francesas, vemos en éste disminuir el porcentaje de gasto en alimentos al aumentar los recursos de la familia. El porcentaje de gasto en alquiler es más o menos el mismo, cualesquiera que sean las entradas. El de combustible baja al aumentar los medios pecuniarios de las familias, tal vez por mejor aprovechamiento del calor. En el vestido las familias mejor provistas gastan proporcionalmente el doble que las más pobres. Y a medida que aumentan las entradas de una familia, crece la parte proporcional invertida en gastos varios, la vida se eleva por sobre la satisfacción de los apetitos más apremiantes, se hace más segura y regular, se matiza de nuevos gustos y necesidades.

Al aumentar el número de niños de la familia, aunque no disminuya el monto de sus entradas pecuniarias, la proporción de los gastos se modifica, y se acerca en general a la de las familias más pobres. He aquí el cuadro que lo demuestra, tomado de la misma fuente que el anterior:

Distribución % de los gastos de las familias normales, según el número de niños

Familias con	DE CADA $ 100 GASTADOS EMPLEARON EN					
	Alimento	Alquiler	Vestido	Combustible	Luz	Varios
Ningún niño .	40,33	20,13	12,43	4,76	1,14	21,21
Un niño . . .	41,74	18,48	12,46	4,67	1,14	21,33
Dos niños . .	43,12	17,81	13,03	4,59	1,13	20,23
Tres niños. .	44,56	17,44	13,17	4,45	1,10	19,28
Cuatro niños.	45,69	16,76	13,36	4,23	1,08	18,88
Cinco niños .	47,24	16,54	13,85	4,62	1,04	16,81

Es decir, con cada nuevo niño que llega al hogar aumenta proporcionalmente el gasto en alimento y un poco también en el vestido, y disminuye la proporción de todos los otros, hasta el de alojamiento.

De las familias comprendidas en la investigación norteamericana, 2.567 dieron informes detallados sobre sus gastos hacia el año 1901, que registra en términos medios el cuadro siguiente:

Alimento	45,54
Vestido	14,04
Alquiler	12,95
Combustible	4,19
Muebles	3,42
Seguros	2,73
Enfermedad y muerte	2,67
Bebidas alcohólicas	1,62
Diversiones y vacaciones	1,60
Hipotecas sobre el hogar	1,58
Tabaco	1,42
Organizaciones obreras o de otra clase	1,17
Libros y periódicos	1,09
Luz	1,06
Religión	0,99
Impuestos	0,75
Caridad	0,31
Otros objetos	5,87
	100

Estas cifras dicen mucho sobre el nivel de vida y las costumbres de las familias obreras norteamericanas. Cuando se destina dinero a gastos de previsión, a libros, a vacaciones, a caridad, es seguro que el régimen alimenticio ya no es la ración uniforme y exigua de los trabajadores más pobres. Y, en efecto, consumían al año esas familias en término medio, además de varias clases de carnes, $ 9,49 de pollos, 8,01 de pescado, 16,79 de huevos, 21,32 de leche, 28,76 de manteca, y gastaban en azúcar más que en pan.

No en todos los Estados norteamericanos era igual el porcentaje de los diversos gastos de las familias obreras, según

la gran encuesta de 1903. El alimento representaba el 45,37 por ciento de los gastos en los Estados del Sud sobre el Atlántico, y bajaba a 42,67 por ciento en los estados del Oeste. De un país a otro varía la proporción de ese gasto, según el precio de los alimentos y el monto monetario de los salarios. Para los años 1880-82, Mulhall ha ensayado calcular la parte de la entrada nacional total que diferentes naciones destinaban a su alimento, y presenta como resultado las cifras siguientes: Estados Unidos, 37,6 %; Reino Unido, 37,8 %; Francia, 40,1 %; Alemania, 51,8 %; Austria-Hungría, 53,1 por ciento; Italia, 54 %; Rusia, 60,1 %. Estas cifras, mucho menos dignas de confianza que las resultantes del estudio de los presupuestos obreros, serían el índice a la inversa de la riqueza y el bienestar de esos diversos pueblos.

Y el exceso de los nacimientos sobre las defunciones en Estados Unidos, Alemania e Inglaterra es mayor que en Hungría e Italia; la mayor proporción del gasto en alimento no indicaría, pues, mayor poder vegetativo de estos últimos pueblos, sino realmente su pobreza mayor.

Esa gradación del nivel de vida de los distintos individuos y pueblos en un momento histórico dado, según sus entradas, según su riqueza, nos da el cuadro de la elevación de los individuos y pueblos a una vida mejor en el curso de su existencia individual o nacional.

La elevación del nivel de vida en el desarrollo histórico se traduce en la modificación del porcentaje de los diversos gastos. Junto con los salarios reales, crece el margen de las entradas pecuniarias del trabajador que puede éste destinar a más altos fines. Progresan en general las necesidades del obrero y sus medios de satisfacerlas. Además del pan, obtiene un creciente suplemento de salario, para dar gusto a sus aptitudes y aspiraciones y desarrollarlas.

Todo hace suponer y esperar que este movimiento abarcará capas cada día más profundas de la población, hasta extenderse a toda ella, y que las necesidades del productor tenderán a acercarse cada vez más al producto íntegro de su trabajo.

La fórmula de Thünen, que hace depender el salario real tanto de lo que el trabajador necesita como de lo que produce, expresa el carácter extorsivo del salario. Un salario superior al producto sólo pueden darlo malos gobiernos y empresas en vías de bancarrota. La existencia de una clase ociosa y rica, el hecho de que en la apreciación de las necesidades del obrero, tanto como él mismo o más aun, interviene su patrón —y se sabe cuán poco necesitan los trabajadores en opinión del capitalista—, prueban que en general el producto del trabajo excede al salario.

Pero al desarrollarse la capacidad económico-política del trabajador asalariado y obrar éste con más autonomía, sus necesidades se acercarán al producto de su trabajo, los dos factores de la fórmula Thünen tenderán a hacerse iguales, y cuando lleguen a serlo, la fórmula habrá perdido todo sentido, será la raíz cuadrada de un cuadrado. Cada día habrá menos lugar para el parasitismo social, y, por fin, no podrá hablarse de salario.

Las Formas Típicas del Privilegio

El lucro inherente a la propiedad. — La divisibilidad y la movilid
de ésta disimulan el privilegio en la sociedad moderna, pero
progreso económico lo evidencia y caracteriza sus diversas fo
mas. — La renta del suelo, al desarrollarse el cultivo por arre
datarios capitalistas. — Es el privilegio por excelencia. — ¿N
entra en los precios? — El movimiento histórico de la renta d
suelo agrícola. — La renta urbana. — La renta absoluta. —
interés, privilegio de la propiedad mobiliaria. — Es la parte m
segura y constante de las ganancias brutas. — La tasa del int
rés baja al distanciarse éste del trabajo y del riesgo. — Ba
también porque disminuyen las ganancias rutinarias y tradici
nales del capital. — Las ganancias del empresario las form
en parte la remuneración de su trabajo. — Monto relativo d
privilegio total. — ¿Se concentra o se descentraliza la propieda

Como expresión de la supremacía política de la cla
propietaria, la moderna propiedad privada de la tierra
demás medios de producción se acompaña de un privileg
tradicional y hereditario, ajeno a toda actividad productiv
y diametralmente opuesto al salario. La renta, inherente a
propiedad del suelo y otros medios naturales de vida y d
trabajo, y el interés, participación del capital en las ganan
cias obtenidas por los que manejan la producción y el cambi
son las formas más generales de ese privilegio, formas can
biables entre sí, valuándose la propiedad raíz en un capita
que dé una suma de interés más o menos igual a la que aqu
lla da de renta.

Y en virtud de la competencia burguesa, cualquiera qu
sea la aplicación inmediata de los capitales, tienden éstos

recibir una tasa media de beneficios en todos los ramos de la producción, ya se inviertan proporcionalmente más en salarios que en animales, semillas, máquinas y materias primas, ya, por el contrario, se destinen en mayor proporción a adquirir estos productos del trabajo pasado del hombre que a pagar trabajo humano actual. En la sociedad moderna, muy propiamente llamada sociedad capitalista, toca, pues, a cada propietario una porción de lucro proporcional a la cantidad de trabajo humano, vivo o muerto, recién en ejercicio o ya incorporado a la materia, que sus títulos de propiedad le autorizan a manejar. Para el capitalista que realmente lo maneja y lo hace con éxito, el lucro es mayor, a veces de por mucho, para el que se aventura en empresas superiores a sus fuerzas, no hay mayor lucro, sino pérdidas; y al propietario que desdeña para sí toda función técnico-económica o renuncia a ella, la propiedad le asegura, como entradas gratuitas, la renta y el interés.

• • •

Estas formas típicas del privilegio moderno derivan de las prerrogativas de las clases dominantes de otras épocas, son los tributos que se pagan a los señores de hoy día.

Transmisibles y divisibles entre las personas, los privilegios inherentes a la propiedad parecen segregarse de ellas y resultar naturalmente de las cosas. Se disimulan también en la sociedad actual tras la función de la clase propietaria como directora de la técnica y la economía. El parasitismo de la clase gobernante resalta menos cuando ella tiene o admite en su seno a los que guían a los hombres en la producción.

Pero la división de la burguesía en rentistas y empresarios, y la creciente especialización del trabajo entre los miembros de la clase efectivamente directora, agricultores, industriales, comerciantes, banqueros, evidencian a su vez el privilegio del capital, y tienden a caracterizar sus diversas formas, de origen y evolución distintos.

• • •

La renta del suelo es el tributo heredado del señor feudal por el terrateniente burgués. Exigía aquél de sus siervos trabajo y productos, y después dinero, por el uso del terreno. Aquella imposición discrecional y arbitraria ha debido regularizarse a medida que se ha hecho más fácil para el cultivador cambiar de lugar, y al formarse toda una clase de empresarios agrícolas en campo arrendado. Ellos se encargan de dirigir a los trabajadores asalariados, y si invierten su capital en la producción agrícola, es en busca del lucro correspondiente. Del producto del suelo debe salir entonces, además del salario de los jornaleros empleados, la recompensa del trabajo del empresario agrícola y el beneficio del capital. Al desarrollarse, pues, el cultivo por arrendatarios capitalistas, la renta del suelo se destaca como el excedente del producto sobre el costo de producción, incluyendo en este costo el lucro ordinario del capital.

La renta se cobra por el uso del "suelo en sí", de sus propiedades primitivas, de su armazón inorgánica, del aire que lo cubre, de la humedad que recibe, del calor y la luz del sol, del lugar que ocupa en la superficie de la tierra cada porción arrendada. El subsuelo con sus riquezas minerales, las aguas con su fuerza motriz y su población de peces, los manantiales con sus virtudes propias son también fuentes de renta. El aire por sí solo no lo es, gracias a lo difícil de encerrarlo; pero al aparecer en Alemania los primeros molinos de viento, discutióse si pertenecía al emperador, al obispo o al barón.

Forma la más excluyente del privilegio, la renta del suelo está absolutamente desligada de toda función técnico-económica de los propietarios. ¡Cuántos viven regaladamente en París de las rentas de sus tierras de la Pampa! Y cuando los propietarios trabajan la tierra, sacan sus cuentas como si fuesen arrendatarios, y calculan su renta territorial separadamente de sus ganancias. ¿Van acaso a ignorar su privilegio de terratenientes porque dirigen el cultivo? La apropiación privada de una parte del medio físico-biológico es un título tan evidente de privilegio que la renta se sobreentiende, aun cuando en apariencia nadie la pague.

Y es el privilegio más seguro; la fertilidad natural de la

tierra disminuye si se la esquilma con un cultivo prolongado y mal hecho; pero la mayor parte de la renta depende de las condiciones permanentes e indestructibles del suelo.

* * *

¿Cómo se determina la renta? La capacidad del suelo para sustentar la vida de las plantas útiles y de los animales domésticos varía mucho de un punto a otro de la superficie terrestre. Requiere el trigo un clima templado; bajo la misma latitud, unas tierras reciben de la atmósfera la humedad necesaria mientras zonas enteras sufren la perpetua sequía; un lado de la montaña mira de frente al sol, el otro está sombrío siempre; tal terreno, bajo y arcilloso, exige para su cultivo un trabajo inmenso, cuando ahí cerca una labor ligera obtiene de la planicie abundante cosecha.

Y los hombres pueblan muy desigualmente los distintos puntos de esa variada superficie; en los centros de la industria y del comercio, en las ciudades a donde son atraídos por el arte y la ciencia, o retenidos por la política y la tradición, personas y cosas se acumulan hasta el punto de que el suelo es escaso para habitaciones, talleres y almacenes. Esas aglomeraciones humanas reciben su alimento y sus materias primas de la campiña que las rodea, de campos más apartados, de otros países, de otros continentes. Comarcas enteras tienen una población tan densa que necesitan recibir de fuera la mayor parte de su alimento; y a proveerlas se destina el suelo de despobladas y remotas tierras. La ubicación de la población influye, pues, tanto como las condiciones intrínsecas del suelo, en el empleo de éste. Cerca de los grandes mercados de víveres frescos, todo está ocupado por las huertas y las lecherías. Más lejos se cosechan los productos agrícolas que se conservan y pueden sufrir largos transportes.

Con el mismo trabajo y el mismo gasto de capital, los distintos terrenos dan, pues, según su fertilidad natural y su situación, cosechas de valor muy diferente, por su calidad, su cantidad, y el transporte necesario para hacerlas llegar a los

mercados del consumo. Toda diferencia en más, todo el excedente del producto de un campo sobre el del menos productivo que se explote es lo que constituye la renta, el premio de la apropiación privada del suelo.

En las ciudades es mayor aun la diferencia entre las ventajas de los distintos lotes para construir habitaciones o establecer fábricas, casas de negocio y depósitos. La demanda de sitios varía mucho de una calle y de un barrio a otro, según la actividad del comercio, las facilidades de embarque y de tránsito, la salubridad del suelo, la perspectiva. Y a partir de los terrenos de los suburbios, cuya renta casi se confunde con la de la tierra de huerta, los alquileres suben hasta alcanzar alturas enormes en el centro comercial y en el barrio elegante.

* * *

Tal es la teoría de la renta, como la formuló el banquero inglés Ricardo, hacia 1815. Según ella, la renta no entra en los precios, los cuales son determinados por el costo de producción en las tierras menos productivas; y, en efecto, en la sociedad capitalista el trigo no es caro porque el cultivador paga altos arriendos, sino a la inversa: los arriendos de las buenas tierras de pan llevar son altos, porque la demanda de trigo es tan grande que exige su cultivo en tierras inferiores o más distantes. Y si un tendero por el metro cuadrado de una esquina muy concurrida paga veinte veces más de alquiler que por igual superficie en un barrio apartado, es porque venderá allí, con los mismos gastos generales, veinte veces más, y no porque pretenda vender más caro.

En este sentido, puede decirse que la renta no entra en los precios, los cuales no bajarían si los terratenientes renunciaran simplemente a su renta, pues ella quedaría a beneficio de los empresarios agrícolas y de construcción.

Pero este modo de decir trasunta demasiado la ilusión de los economistas fisiócratas, que veían en la renta del suelo un sobrante, un don gratuito de la naturaleza, y no miraban su absorción por los terratenientes como un despojo. La doc-

trina fisiocrática de la renta ha hecho escuela, y economistas de última hora descubren sobrantes, *surpluses*, por todas partes; se habla de un sobrante o renta del consumidor, que obtenemos, por ejemplo, al comprar por un peso un kilo de café, cuando si no pudiéramos conseguir más que cien gramos, estaríamos dispuestos a pagarlos a razón tal vez de 5 pesos el kilo. Hasta el trabajador asalariado recibiría como tal un sobrante o renta, al ser pagado por su primera hora de trabajo, la más agradable, lo mismo que por la última la más fatigante.

Necesario es precaverse contra esas equívocas ingeniosidades, desvirtuando desde luego la que se refiere a la renta del suelo.

Para el empresario la renta del suelo no es un factor del precio porque la paga en cambio de una ventaja equivalente sobre otros empresarios que, pagando menor renta o no pagando renta alguna, no pueden, sin embargo, producir ni vender a más bajo precio que él. Para la comunidad consumidora, en cambio, el precio total de los productos y servicios se encarece del total de la renta exigida por los propietarios del suelo. Si subsistiendo la técnica y la economía actuales, la colectividad recuperara la propiedad del suelo, la masa entera de productos que hoy toma la forma de renta sería en beneficio del pueblo. Y en un mundo económico libre, el valor de las cosas se mediría por el trabajo medio socialmente necesario para producirlas, y no habría renta.

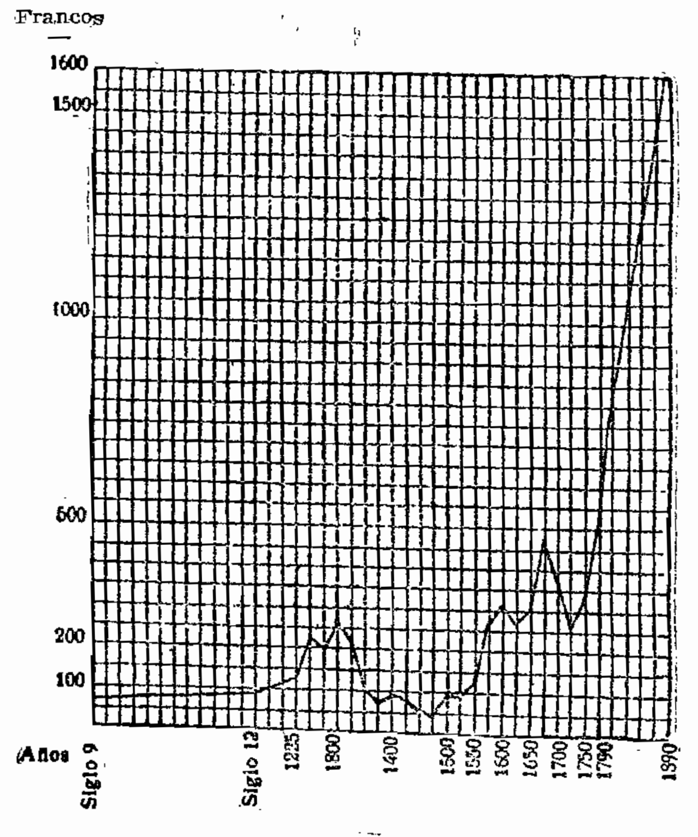
* * *

Entretanto, la renta del suelo, principal expresión del privilegio, tiende constantemente a subir. Para estudiar este movimiento histórico ya no basta considerar un país aislado. Es cierto que en casi todos el precio del suelo aumenta. Pero el progreso en la técnica del transporte ha extendido de tal manera el cultivo en el mundo que la renta del suelo agrícola se determina hoy por la competencia mundial.

La renta sube porque, para satisfacer las necesidades de la creciente población, el cultivo se extiende a tierras de menos fertilidad natural o más distantes de los centros de consu-

mo, con lo que se aumenta la ventaja de las más fértiles y mejor situadas; y sube más pronto cuando al aumento de la población, se agrega el aumento del consumo por habitante y el desarrollo más completo de cada individuo, lo que determina también mayor demanda de suelo. Los diagramas que van a continuación muestran la generalidad de este fenómeno histórico: algunos se refieren al precio del suelo, pero se sabe que, en general, este precio es proporcional al monto de la renta.

EL PRECIO MEDIO DE LA HECTAREA DE TIERRA EN FRANCIA, SEGUN CIFRAS DE D'AVENEL.



El franco valía, según d'Avenel, en 1201-1225 cuatro veces y media más y en 1790 el doble que hoy. Reducida a unidades monetarias de valor igual, la renta del suelo de Francia no ha subido, pues, tanto como lo indica el diagrama, pero su ascenso ha sido así mismo considerable. La gran depresión a partir del año 1300 puede relacionarse con la Guerra de Cien Años. Desde 1726-1750 el ascenso es continuo.

Según Schmoller, en Alemania del Norte la renta del suelo se elevó al doble o el triple entre los años 1780-1806, mantúvose después estable, o bajó, hasta 1840, año en que volvió a su movimiento ascendente, que la duplicó o triplicó hasta 1875. Desde entonces hasta el presente ha bajado 10 a 30 %, por obra de la competencia americana.

En general, ésta ha hecho sentir su influencia sobre la renta del suelo europeo destinado a los principales cultivos, y tanto más cuanto menos defendido por derechos de aduana ha sido el privilegio de los propietarios. También el precio total del suelo del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, después de ascender rápidamente durante los primeros tres cuartos del siglo 19, ha bajado a partir de 1875. Así lo indica el siguiente diagrama, construído con cifras de Giffen, que se refieren exclusivamente al valor del suelo, por haberse valuado los edificios por separado:

EL VALOR DEL SUELO DEL REINO UNIDO

Millones de libras esterlinas
2080
1990
1860
1700
1200
Años
1812
1855
1865
1875
1883

Pero el suelo de Inglaterra, la parte más poblada e industrial del Reino Unido, no ha bajado de precio ni en los últimos años, a pesar de la libre introducción del trigo. País pequeño, de muchas y populosas ciudades, Inglaterra destina gran parte de su trabajo rural a la producción de víveres frescos, para la que sus tierras conservan y aumentan la ventaja de situación que les ha dado y da el desarrollo histórico moderno.

Si la agricultura americana hubiera sido una simple prolongación de la europea y empleado los mismos métodos, y si sus productos no hubieran encontrado más medios de transporte que los usuales a principios del siglo 19, poco hubiera influído del otro lado del Atlántico sobre la renta del suelo agrícola.

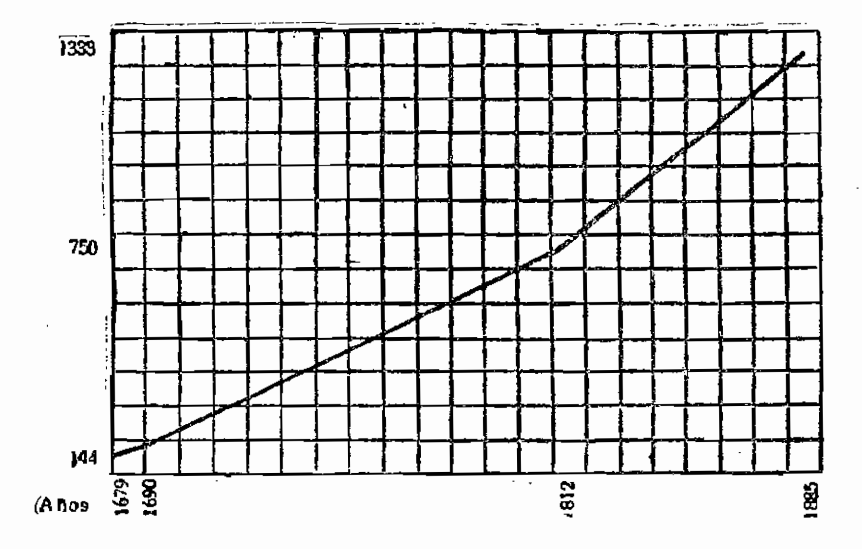
Ha sido el progreso técnico del transporte y la mecánica agrícola lo que ha permitido extender en pocos años el cultivo a una enorme superficie virgen, y ofrecer en los mercados europeos una cantidad de granos más rápidamente creciente que la demanda. En consecuencia, han dejado de ser cultivadas tierras inferiores del Reino Unido y de otros países, a las cuales la baratura de los fletes les quita en gran parte la ventaja de su proximidad a los grandes mercados; y la baja de los precios de los productos agrícolas ha desvalorizado también buenas tierras que, por las circunstancias tradicionales de subdivisión de la propiedad, no se prestan en Europa al empleo de las máquinas.

Como la expansión agrícola americana ha obrado sobre la renta del suelo agrícola de Europa, actúa sobre la renta del suelo agrícola en general todo progreso técnico, aplicable a cualquier terreno, que permita sacar de la unidad de superficie mayor producto con el mismo gasto. Una rotación más inteligente de los cultivos, una distribución mejor de los abonos, equivalen a un ensanche del territorio, y atenuarían el privilegio de los terratenientes, si la población no aumentase ni elevase sus necesidades en proporción.

Pero el aumento de la población es hasta ahora más constante y regular que el progreso técnico. Las nuevas facilidades de aprovechamiento del suelo pronto son neutralizadas

por las crecientes necesidades, y hay que intensificar el cultivo, se hace necesario aplicar a la unidad de superficie mayor capital y más trabajo para arrancarle una cosecha más abundante, y recuperan entonces toda su fuerza los factores de la

EL VALOR DEL SUELO EN INGLATERRA, EN MILLONES DE LIBRAS, SEGUN CIFRAS DE GIFFEN

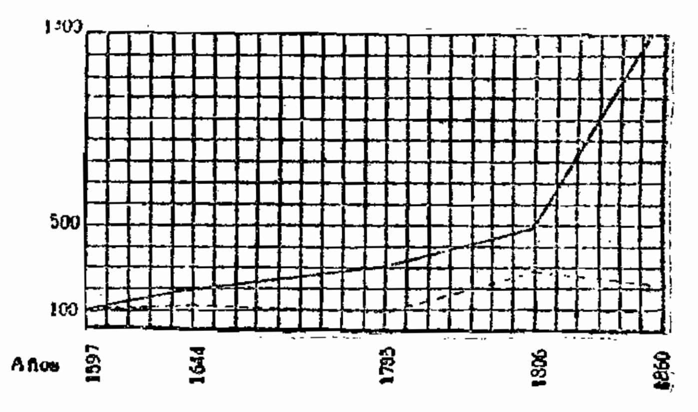


renta. Cuanto más trabajo humano y capitalizado se incorpora a cada hectárea, tanto más importa que las circunstancias naturales de calor y de riego en esa hectárea sean favorables. Cuanto mayor es la masa de los productos por unidad de superficie, tanto más grande es la ventaja de las tierras más próximas a los mercados de consumo.

Y como al mismo tiempo que la superficie cultivada se extiende, la intensidad media del cultivo aumenta en el mundo, la renta mundial del suelo aumenta sin cesar.

He aquí los datos de un terrateniente alemán acerca de sus propias tierras de Hannover:

LA RENTA DE LAS TIERRAS DEL CONDE GORTZ-WRISBERG Y EL PRECIO DEL CENTENO (REPRESENTADO POR LA LINEA INFERIOR). CIFRAS RELATIVAS



Llamando 100 a la renta de la tierra y al precio del centeno en 1597, vemos la cifra relativa de la renta ascender regularmente hasta llegar a 500 en 1806, cuando la del precio del centeno, después de haber salvado una ligera depresión a 97, se remonta a 284. Y desde entonces hasta el año 1860 la renta asciende rápidamente a pesar de que el precio del centeno sufre una ligera baja. Es porque en la última época se ha cosechado de 3 a 5 veces más grano por hectárea.

Y si la intensificación general del cultivo, al aumentar la masa media del producto agrícola por la unidad de superficie, eleva la renta de las tierras en cuanto depende de su situación, el abaratamiento del transporte eleva la renta de las tierras en cuanto depende de su fertilidad, haciendo valer aún la de las más apartadas de los centros de población.

Por eso, si a partir del gran comercio mundial de granos, ha bajado algo la renta del suelo agrícola de Europa, principalmente donde es libre la importación de alimentos y materias primas, tanto más rápido ha sido el ascenso de la renta y del precio de la tierra en las zonas cultivadas de América. El suelo agrícola argentino ha centuplicado de precio en algunas décadas. Sin hablar de las provincias de Buenos Aires y

Santa Fe, donde están las tierras más valiosas, la elevación de la renta del suelo ha sido y continúa rapidísima en las otras partes del país. Donde los gobiernos nacional y provinciales vendían de treinta a diez años atrás enormes latifundios por algunos centavos la hectárea, ésta vale ahora de 20 a 50 pesos. En la región del sur de la provincia de San Luis se hicieron durante el período 1881-1895 diez y nueve ventas de tierras públicas que abarcaron 1.303.477 hectáreas, a razón de 50 centavos la hectárea. En 1908 se han vendido particularmente en la misma zona 24.935 hectáreas a $ 19,4 cada una.

La parte de la corteza terrestre que se llama territorio argentino apenas se ha modificado; su extensión, sus condiciones geológicas y climatéricas son las mismas que hace cincuenta años. Pero de entonces acá la inmigración europea puebla estos territorios, los cultiva, y junto con las obras de su arte, crea un nuevo y enorme privilegio para los que, de un modo u otro, han sabido apropiarse el suelo. La expansión de la vida, el progreso histórico, que se hace sin ellos o a pesar de ellos, enriquece cada día más a los terratenientes argentinos.

* * *

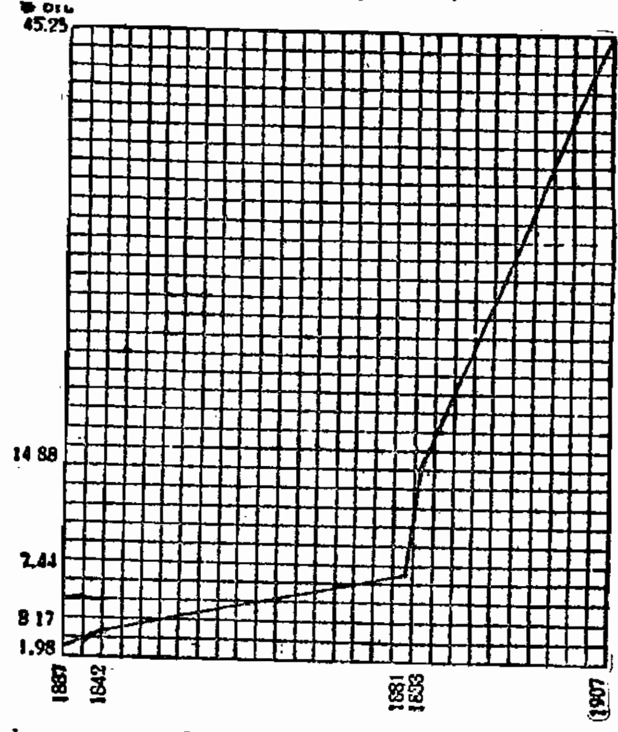
En las ciudades de los países modernos la renta del suelo sube más rápidamente aun que la de las tierras agrícolas de América. En Londres, a dos millas a la redonda de la iglesia de San Pablo, la tierra ha aumentado mil veces de valor en los últimos 150 años — dice Thorold Rogers —. En el centro de Berlín el metro cuadrado costaba 40 centésimos de marco en el siglo 18, de 2 a 4 marcos en el año 1800, de 72 a 430 marcos en 1865, y 1.200 marcos en 1895. Al empezar a edificarse en los suburbios de Berlín el metro cuadrado valía de 5 a 6 marcos, en 1900 costaba de 50 a 180 marcos. El precio de un metro cuadrado de la tierra no edificada de París ha sido como sigue:

Siglo 16	0,56	francos
„ 17	4,54	„
„ 18	28,00	„
1890	130,00	„

El alza de la renta de la tierra es enorme en las ciudades americanas. Se ha estudiado el precio de cierto cuarto de acre sito cerca de la embocadura del río Chicago. En 1830, al fundarse la ciudad, valía 20 pesos, y en 1893-94, cuando estaba ya incluído en el centro de los negocios y del tráfico de aquel gran emporio, 1.250.000 pesos.

EL PRECIO DEL METRO CUADRADO DE TIERRA EN LA ESQUINA DE LAS CALLES CHILE Y BALCARCE DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

(Frente Sud y Oeste)



El incremento del valor del suelo en Buenos Aires es también muy grande. Tomo como ejemplo el de uu lote de terreno, la evolución de cuyo precio he podido estudiar en los títulos de propiedad. En los últimos treinta años el valor del

terreno se sextuplicó, sin que se mejoraran ni aumentaran las viejas construcciones que lo cubrían. A excepción de las cloacas y del empedrado de la calle, todo ese aumento de precio correspondió puramente al de la renta del suelo. Y se trata de una casa situada en un barrio de mediocre importancia, donde, relativamente a casi todas las otras partes de la ciudad, la tierra se ha encarecido poco. En los barrios de los bancos y oficinas de grandes empresas, en las calles de activo comercio por menor, en las avenidas principales y los barrios elegantes, ha sido muchísimo mayor el incremento del valor del suelo debido a la aglomeración de la población, a la multiplicación y refinamiento de sus necesidades, a las nuevas vías de transporte de cosas y personas que centralizan en la ciudad la industria y el comercio de una vasta zona cada día más poblada y más rica, a la atracción educativa y artística de la metrópoli, factores todos completamente ajenos a la actividad de los dueños del suelo, que ven elevarse sus entradas aunque se ausenten a otra ciudad u otro país, donde malgasten en la holgazanería la renta de terrenos que nunca han visto o cuya ubicación tal vez ignoran.

* * *

Tal es la marcha histórica del privilegio de la renta del suelo. El se apodera de una porción creciente del producto del trabajo humano, a medida que la población aumenta, que se centraliza en las ciudades, que se extiende e intensifica el cultivo. Mientras el suelo sea explotado por empresarios individuales subirá esta renta diferencial, determinada por la distinta productividad de las tierras. Y una vez ocupado todo el suelo habitable y aprovechada toda la superficie, ¿qué puede oponerse, si subsiste la propiedad privada del suelo, a que a la renta diferencial se agregue una renta absoluta, tributo exigido por el uso de todo terreno, aun del menos productivo, renta que añadiéndose al costo de producción en las peores tierras, sería desde luego, y para todos los empresarios, un factor del precio? ¿Si los hombres vegetaran eternamente bajo el régimen de la propiedad privada del suelo,

cabría límite al privilegio de los terratenientes? En Irlanda el pueblo ha respondido con la emigración en masa a las exacciones de los señores del suelo. Pero ¿cuando la tierra toda esté poblada como Irlanda?...

* * *

Desde que hubo en el mundo pobres y ricos, prestaron éstos a aquéllos medios de producción, exigiéndoles en premio una parte del producto de su trabajo. El bárbaro que recibía de su jefe una vaca en usufructo debía devolvérsela con la cría al fin del año, el campesino que sembraba trigo prestado, reembolsaba al prestamista doble cantidad de grano. Mientras las relaciones económicas de los hombres no salieron de un círculo estrecho, los préstamos de dinero fueron escasos, tomando desde luego en ellos la forma de interés el exceso de lo devuelto sobre lo prestado.

En la era moderna, al desarrollarse con el progreso técnico los medios de trabajo necesarios para cada hombre, al aumentar el número de hombres que cooperan bajo una misma dirección, al extenderse y complicarse las relaciones económicas, al acumularse capital, gracias al predominio político de la clase propietaria, en manos incapaces, por debilidad u holgazanería, de dirigir su aplicación, el crédito ha ensanchado enormemente su esfera de acción y no hay medio de trabajo ni objeto de cambio que no se obtenga mediante él. Pero el préstamo inmediato y directo de los objetos elaborados por el hombre se ha hecho cada vez más excepcional, así como su premio en mercancías. De los productos de la industria humana casi no se alquilan sino las casas y demás valores fijados al suelo; su alquiler se determina como el de cualquier otra forma de capital, y se confunde vulgarmente con la renta del suelo. En los otros casos, el capital se presta de ordinario bajo la forma de dinero, de un título abstracto, cuantitativamente limitado, a la dirección del trabajo de los hombres, a la posesión de objetos de valor. Con ese dinero adquiere el prestatario los medios de trabajo o los artículos de comercio

y paga los salarios necesarios para su empresa. Y al fin del tiempo estipulado, recibe el prestamista su dinero más el incremento convenido, su tanto por ciento de interés.

El interés es la expresión más general del privilegio de la propiedad mobiliaria.

• • •

Como la renta del suelo, el interés surge del capital sin trabajo por parte del propietario. Es cierto que la propiedad de bienes muebles está expuesta a riesgos que no amenazan en lo mínimo la propiedad territorial. Al colocar su dinero a interés necesita, en consecuencia, el capitalista preocuparse más de las circunstancias del caso que el terrateniente al arrendar su bien raíz. Y ese criterio más agudo con que juzga las aptitudes técnico-económicas de los que solicitan su dinero en préstamo y la seguridad de una inversión, así como la vigilancia que debe ejercer para reducir los riesgos de toda inversión y de todo préstamo, constituyen cierta actividad económica. No es, por lo tanto, el interés, un privilegio tan puro y absoluto como la renta del suelo. Pero lo es bastante para que se le mire prácticamente como una entrada independiente de todo trabajo, y se le calcule aparte de las ganancias por los empresarios dueños de su capital, como si operaran con capital prestado. Aun en una obrita alemana de economía rural dirigida a los campesinos empresarios encontramos proposiciones como ésta: "Si en lugar de invertir su capital en una explotación rural, lo prestara a otros o comprara con él títulos de renta, obtendría sin pena ni trabajo una entrada pecuniaria bajo forma de intereses; se sobreentiende, pues, que también el cultivador propietario quiere sacar los intereses usuales del capital invertido en su explotación agrícola", además de la remuneración de su trabajo.

Mirado como un ítem constante del costo de producción, el interés ha adquirido una respetabilidad de que no gozó antes, cuando los préstamos de dinero eran menos para fines inmediatos de producción, que de consumo. Ante el doloroso

cuadro de la división de los griegos en ricos y pobres, acreedores y deudores, se teorizó entonces contra el interés del dinero, haciendo notar que éste es estéril, naturalmente improductivo. Más tarde, la iglesia cristiana, aliada de los nobles y dueña de inmensos dominios, condenó también el interés, cobrado entonces principalmente por usureros y mercaderes judíos. A diferencia del dinero, la tierra da frutos, se decía; y se justificaban así los privilegios de la propiedad feudal, al mismo tiempo que se desautorizaban las exigencias de la naciente clase adinerada. Al movilizarse y transformarse la propiedad de la tierra y pasar ésta en gran parte a manos burguesas, en las cuales se acumulaban al mismo tiempo grandes riquezas mobiliarias, se observó desde luego, en defensa del interés, que con el dinero se pueden comprar tierras y obtener renta. Y al antiguo argumento de la improductividad del dinero fuése substituyendo la ficción de la productividad espontánea del capital, la idea de un interés "natural", "alegal", premio de la abstinencia, de la espera. El mismo Enrique George, tan elocuente en sus denunciaciones de la renta del suelo, funda muy seriamente la legitimidad del interés en que las vacas paren, y es más apreciado el vino añejo.

Los teóricos burgueses insisten en la utilidad de los medios artificiales de producción, en la mayor eficacia que el capital confiere al trabajo humano. Pero el progreso técnico-económico es la adaptación de la labor humana a las crecientes necesidades de la especie. Para satisfacerlas, ejercemos nuestra acción actual, nuestro trabajo vivo, sirviéndonos de recursos materiales ya acumulados, del trabajo pasado incorporado a las cosas. Y ni aun así conseguimos elevar la producción a la altura de las presentes exigencias.

¿Cabe entonces una apología más paradójica del interés que deducirlo de la abstinencia, de la espera? La inacción no produce nada; la simple conservación de las cosas, lejos de producir, cuesta.

Hay que buscar, pues, fuera de las cosas, la razón de ser del interés. Los medios de producción y los objetos de cambio no son capital por sí mismos; no lo son la máquina de la

costurera, ni el bote y la red del pescador, ni el dinero con que subviene el campesino a las necesidades de su familia hasta la próxima cosecha. Para ser capital, los medios de producción y de cambio tienen que acumularse en manos de una clase propietaria, mucho más numerosa, a la cooperación forzada y obtiene así ganancias en las cuales, junto con la recompensa del trabajo de dirección técnico-económica, va comprendido el fruto del privilegio, el beneficio líquido de la explotación. El interés no resulta de las cosas, sino de una relación histórica de sujeción entre los hombres, de la existencia de una clase gobernante acaudalada y de una clase trabajadora servil. El capital produce interés porque su posesión permite obtener ganancias a expensas del trabajador.

El interés es la parte más segura y constante de las ganancias brutas; ha sido llamado ganancia neta, para significar su independencia de los riesgos y trabajos del empresario. Y en efecto, en cuanto su crédito está garantizado por los bienes del prestatario, el prestamista recibe el interés preestablecido, cualesquiera que sean las ganancias o pérdidas de la empresa en que ha sido puesto en movimiento su capital.

Pero si el interés de cada porción de capital es independiente de la habilidad o el desacierto con que sea manejada, la tasa general del interés en un lugar y una época determinados depende del monto regular de las ganancias. Donde y cuando las ganancias son altas en general, el interés es alto; lo vemos así mucho más elevado que en Europa en América, donde hay relativamente poca riqueza acumulada y vastísimo campo para la aplicación de capital.

* * *

La tasa del interés ha bajado en el curso de la Historia, y tiende todavía a bajar. He aquí algunos de los datos que ilustran esta proposición: el interés era de 50 a 80 % entre los bárbaros, de 12 a 18 % en la Grecia clásica; en Roma, Marcus Brutus cobró hasta 48 % a los provincianos; 50 %

daban los préstamos de grano en la Edad Media; 10 a 20 % fué el límite legal del interés en las ciudades italianas del siglo 13; en Francia, según d'Avenel, la tasa del interés fué de 20 % hasta el siglo 15, y bajó después a 8, 6 y 5 %. Desde Enrique VIII hasta Jacobo I, la tasa legal del interés en Inglaterra fué de 10 %; se redujo a 6 % a mediados del siglo 17, y a 5 % al comenzar el siglo 18. En 1737, títulos ingleses de 3 % se cotizaban ya a 107. Hacia 1770 en Holanda, el gobierno hacía empréstitos al 2 %. Las guerras de la independencia americana y de la revolución francesa determinaron el alza del interés. De 1789 a 1820 el interés subió a 6 y 9 %, bajó de 1820 a 1842 hasta 3 ½, y ascendió de nuevo hasta llegar a 4 ½ -5 % en 1871, año en que reanudó su movimiento descendente hasta fines del siglo 19. Los títulos de deuda pública inglesa darán 2 ¾ hasta 1913, y 2 ½ desde 1913 hasta 1923. En los países donde más abunda el capital el interés ha bajado de 10 % a 2 ½ % en los últimos quinientos años. Se puede creer — dice Schmoller — que así como en el siglo 18 el interés bajó hasta 3 %, y en el siglo 19 hasta 2 ¾ - 2 ½ %, llegará a estar a 2 - 1 ½ % en el siglo 20.

Estos distintos intereses enumerados difieren no sólo en su tanto por ciento, sino también en su carácter. Alternan en la serie el préstamo usurario para el consumo, hecho a príncipes o a miserables, con el préstamo para fines productivos regulado por las condiciones del mercado monetario universal; la operación de crédito accidental y arriesgada, realizada por el capitalista mismo, y la inversión segura y tranquila, por medio de un banco que otros administran. Los modernos títulos de deuda pública, cuyos réditos se pagan con regularidad, son fáciles de enajenar en cualquier momento en la Bolsa, y casi equivalen a dinero siempre disponible, depositado en cuenta corriente; se comprende entonces que sea bajo su interés.

El descenso aparente del interés resulta, pues, en parte de la separación cada vez más completa entre el privilegio de la propiedad mobiliaria y los riesgos y cuidados que ella implica. Al hacerse cada vez más privilegio puro, librándose

de los elementos accesorios que lo abultan, el interés baja, lo que coincide con la formación de una numerosa clase de rentistas cuyo único trabajo consiste en cortar cupones. No se ocupan siquiera en colocar el capital que poseen por tradición en manos de quien lo aplique directamente a la industria y el comercio. Es el gremio de banqueros el que redistribuye a crédito, con más o menos acierto, la posesión del capital entre los hombres actualmente aptos para dirigir la producción y el cambio.

• • •

¿Baja también la tasa del interés en cuanto es la expresión del privilegio puro de los propietarios de capital? ¿Necesitan éstos, para arrancar el mismo tributo, disponer de un capital cada vez mayor? Se lo admite generalmente y se relaciona la baja del interés puro con la baja de las ganancias en general. Pero la realidad de este movimiento descendente de la tasa de las ganancias no está probada. Para ello sería menester una investigación complicadísima, por la diversidad infinita de las empresas, por la dificultad de conocer el monto del capital de cada una y la proporción exacta de sus ganancias.

Si al aumentar la población la técnica se extendiera sin perfeccionarse, y los grupos económicos que forman los hombres simplemente se multiplicaran y quedaran yuxtapuestos, como una colmena a otra colmena, sin vincularse más estrechamente entre sí, ni organizarse en unidades más grandes, el producto total del trabajo humano sólo aumentaría en la misma proporción que el número de trabajadores, y aun en menor proporción, al extenderse el cultivo a suelos menos productivos. Tal consideró Ricardo la marcha normal de las cosas, aunque en su tiempo la moderna transformación de la técnica había ya comenzado; todo el aumento de la productividad del trabajo industrial no compensaba, a su juicio, el rendimiento cada vez menor del trabajo agrícola, opinión muy explicable en Inglaterra, antes de la navegación a vapor, del ferrocarril, de la técnica agrícola americana, y de la abolición de la aduana

para los granos. En el encarecimiento del pan, que imponía el alza de los salarios sin que mejorara por eso la vida de los trabajadores, y en la elevación fatal de la renta del suelo, vió, en consecuencia, Ricardo dos causas de depresión de las ganancias del capital, cuya tasa debía bajar aunque éste aumentara sólo en la misma proporción que el número de trabajadores, y con mayor motivo si la progresión de su aumento era más rápida. Siendo cada vez menor relativamente al capital total la masa de productos a distribuirse entre los capitalistas como ganancia, necesariamente tenía que bajar la tasa de ésta, y, en consecuencia, la del interés. No puede darse una explicación más sencilla de este fenómeno, ni tampoco más exacta en cuanto son exactas sus premisas.

Con esta limitación podemos aceptarla. La elevación absoluta y relativa de la renta total del suelo, y, de otro lado, la elevación absoluta, sino también relativa, del salario total y las limitaciones puestas por los trabajadores mismos y por la ley a la explotación del trabajo humano, estrechan el margen de ganancias de los empresarios en cuanto ellas no provienen de aptitudes superiores de invención y organización. De esta reducción de las ganancias rutinarias del capital, basadas en los bajos salarios reales y la prolongación de la jornada, resulta el descenso de la tasa del interés, la atenuación del privilegio tradicional del capital.

Esto no obsta a que los privilegiados de la propiedad mobiliaria reciban cada año, como tributo, mayor monto absoluto de mercancías o de dinero, mientras el capital aumente en mayor proporción que lo que baja la tasa del interés. Dado el aumento de la población trabajadora y la elevación general de los salarios, nada hace creer, sin embargo, que el monto del interés total tienda a crecer con relación al monto del salario total.

• • •

Las ganancias del empresario suelen confundirse con las formas típicas del privilegio, porque el trabajo de dirección técnico-económica está ordinariamente vinculado a la propie-

dad. Y en cuanto dichas ganancias brutas no pasan de la renta de las tierras cuya explotación el empresario dirige y del interés del capital que administra, se confunden realmente con el privilegio tradicional. En lo que lo exceden, las ganancias del empresario provienen de su avidez en la explotación del trabajo humano, y también de su propio trabajo realmente productivo, de su capacidad creadora en el campo de la técnica y la economía. Esto se ha evidenciado desde que el desarrollo de las instituciones de crédito separa con creciente frecuencia la propiedad de la tierra y del capital de su posesión inmediata, de su manejo directo en la producción; y también al ensancharse las empresas y multiplicarse y ensancharse las funciones de dirección técnico-económica dentro de cada una de ellas.

Toca desde luego al empresario la vigilancia, más o menos inmediata y directa, de los trabajadores a sus órdenes. Este trabajo, correlativo del carácter forzado, coercido, de la cooperación, "del contraste entre el trabajador como productor inmediato y el proletario de los medios de producción", es más importante cuanto más grande es este contraste, y, como dice Marx, "alcanza a su máximum en la explotación de esclavos". El proletario, cuyo único sustento para sí y su familia es el jornal, y que puede ser despedido en cualquier momento, más libre y más responsable que el esclavo, no exige tanta vigilancia como éste, diferencia que se acentúa con el salario por pieza. La inspección de la cantidad y la calidad del trabajo de cada productor asalariado ocupa, sin embargo, buena parte del tiempo del patrón y el de los encargados y capataces que lo secundan. La vigilancia de sus subordinados por los directores de la técnica y la economía es una función indispensable en la sociedad capitalista, una dura y odiosa obligación de la cual no pueden descargarse sino en parte sobre empleados asalariados.

En la dirección técnico-económica propiamente dicha, en la determinación de lo que hay que hacer con las cosas y cómo hay que hacerlo, tienen los empresarios una función

más alta, basada ya no en su prepotencia, sino en su instrucción. En cuanto ésta es patrimonio exclusivo de la clase propietaria, en la misma función de dirección técnico-económica hay un privilegio, contra el cual luchan la divulgación de los conocimientos y la posibilidad para un creciente número proporcional de personas de adquirir todo grado de idoneidad. Y al multiplicarse los puestos directivos llenados por empleados, el monto de sus sueldos contribuye a dar la medida de lo que en las ganancias del empresario es propiamente la remuneración de su trabajo de dirección. "El sueldo del director es, o debe ser, simplemente el salario de una especie determinada de trabajo hábil, cuyo precio se regula, como el de cualquier otro, en el mercado de trabajo". No puede un estanciero pretender que los cien mil pesos que saca al año de su estancia son la recompensa de su trabajo, si otra estancia dirigida por un mayordomo, a sueldo de 500 ó 1000 pesos mensuales da a sus propietarios las mismas o mayores ganancias que aquélla. Y hay que denunciar como una torpe mistificación el papel directivo de ciertos hombres de negocios cuyos nombres aparecen en los concejos administrativos de infinitas y variadas empresas. Un diario de Nueva York presentaba recientemente al público un prodigioso personaje director de 100 sociedades anónimas, dos que participaban de las ganancias de 70 empresas en su carácter de directores, y diez y nueve bastante hábiles para figurar en el directorio de 30 a 65 sociedades.

En el curso del desarrollo histórico, la función directiva del empresario se hace más importante que su función de vigilancia, al aumentar la responsabilidad del trabajador servil y progresar la técnica y la economía. Y este progreso tiende a acelerarse; de más en más rápidamente se transforman los procedimientos y las relaciones de los hombres en el trabajo. Quien se estanca, quien no hace más que imitar viejos modelos, es cada día más incapaz para empresario. Las ganancias de éste dependen cada vez más de su iniciativa, o, por lo menos, de su capacidad para adaptarse a la

iniciativa de otros. Si no promueve el incesante movimiento de invención técnica y de reorganización económica, debe seguirlo al día, so pena de perecer. Al desarrollarse la resistencia obrera a la explotación, ya no se trata simplemente para el empresario de extraer de sus empleados, según la costumbre, cierta cantidad de trabajo no pago; necesita cada vez más mejorar constantemente los medios y procedimientos del trabajo, para hacerlo más productivo; sus ganancias consisten de más en más en lo que Marx ha llamado supervalía relativa, en oposición a la supervalía absoluta, resultado de la explotación rutinaria y tradicional. "El trabajo de excepcional poder productivo obra como trabajo elevado a potencia, o en espacios de tiempo iguales crea valores más altos que el trabajo social medio de a misma especie". Al acelerarse el progreso histórico, las ganancias de los empresarios tienden a formarse cada vez más de esos nuevos valores creados por la mayor productividad del trabajo, al mismo tiempo que bajan y tienden a desaparecer las ganancias tradicionales y rutinarias del capital. En qué grado las ganancias del empresario son el premio de su iniciativa es lo más difícil de reconocer, porque la iniciativa es precisamente la función técnico-económica que menos puede y suele ser llenada por empleados asalariados.

En la misma acumulación de capital, la función del empresario tiende a ser distinta de la del simple privilegiado y parásito. Este acumula porque no puede consumir todo lo que le reditúa su capital, aquél porque la competencia le impone el ensanche y el perfeccionamiento de su planta; el rentista hace manejar por otros el nuevo capital que, a no ser así, se hacinaría informe y estéril en sus manos; en las del empresario el capital nuevo aparece incorporado desde luego al aparato de la producción, com uno de los factores de su desenvolvimiento.

* * *

¿Después de haber desechado como insoluble la cuestión del grado de explotación del trabajo humano, vamos a admitir la del monto relativo del privilegio total? Se ha intentado expresar en números la proporción en que las entradas de la población entera de un país provienen, respectivamente, del privilegio y del trabajo. Para Inglaterra se han dado, como más o menos aproximadas, las siguientes cifras:

	Entradas del trabajo	Entradas de la propiedad
1688	72-73 %	17-18 %
1843	63 %	37 %
1881	66 %	31,5 %

La complejidad de las ganancias de los empresarios es ya un obstáculo grande a la exactitud de estos cálculos. Y las entradas del campesino que cultiva su propia tierra, la del artesano dueño de su taller, ¿dónde ponerlas? ¿Entre las de la propiedad, como ha hecho Engel, quien de ese modo calculó en 1875 para Prusia que sólo 32,6 % de las entradas correspondían al trabajo, o entre las del trabajo puro, como lo hacen tendenciosamente ciertos apologistas del capital? Y las muchas y copiosas entradas personales resultantes del presupuesto, los sueldos, favores y pensiones en que se invierten los impuestos, ¿corresponden a las entradas del trabajo o a las del privilegio? ¿Dónde colocar los 40.000 francos que, fuera de otras gangas, percibe al año cada diputado argentino?

* * *

La centralización de la industria y el comercio en empresas cada vez más grandes ha hecho pensar que la propiedad evoluciona en el mismo sentido y tiende a concentrarse en manos de un número de personas relativamente menor.

Ha contribuído a dar a esa suposición mayor apariencia de verdad la moderna acumulación de inmensas fortunas por algunos magnates del capital.

Pero la constitución de las grandes empresas bajo la

forma de sociedades anónimas por acciones se ha hecho al mismo tiempo tan característica y general, que por sí solo invalida aquella conclusión apresurada sobre la evolución moderna de la propiedad. En ningún país hay una estadística completa de las sociedades anónimas existentes y menos aun del número de tenedores de sus acciones. Suelen también éstas concentrarse en pocas manos; pero en países como el Reino Unido y Francia, donde las sociedades anónimas se cuentan por miles y sus capitales por miles de millones, es un hecho que buen número de las acciones de muchas de ellas están desparramadas en vastas y profundas capas de la población. Bernstein da al respecto algunos ejemplos: el capital del sindicato inglés del hilo de coser, fundado en 1898, lo formaron 12.300 accionistas; las acciones del sindicato de la hilandería fina estaban distribuídas entre 5.454 personas; el canal de Mánchester pertenece a 40.000 propietarios, y la gran casa de provisiones Té Lipton a 74.262.

No está probado que el número de propietarios de la tierra disminuya en ningún país. En los Estados Unidos, los cultivadores propietarios eran 2.984.306 en el año 1880, y 3.717.371 al terminar el siglo. En Francia, país de pequeña propiedad, según la estadística de las sucesiones del año 1905, el 50,66 % de los fallecidos dejaron una herencia de valor pecuniario declarado. Es cierto que esas herencias, clasificadas por su monto, se dividían en forma muy desigual: 30,33 % de ellas no pasaban de 250 francos; 26,41 % eran en término medio de 1.255 francos; 27,20 % llegaban a 4.828 francos; 11,44 % a 21.428 francos; las herencias más valiosas se reducían rapidísimamente en número, de modo que mientras los 370.301 individuos de las cuatro categorías más modestas habían dejado 1.621 millones de francos, los 14.718 de las categorías más altas, una ínfima minoría, dejaban 4.125 millones. Estas cifras indican la enorme desigualdad de la repartición de la riqueza; y también que la mayor parte de la población trabajadora francesa dispone de algunos recursos acumulados, pues seguramente los adultos sanos poseen más que el tér-

mino medio de los fallecidos, muchos de los cuales son niños o personas decrépitas.

La estadística de las cajas de ahorros muestra que el número de las libretas de depósito crece mucho más rápidamente que la población. He aquí las cifras sobre el ahorro en Prusia:

Había en Prusia al fin del año	Libretas de caja de ahorros	Monto medio del depósito por libreta (en marcos)
1835	99.645	160
1855	423.542	229
1865	919.313	291
1875	2.209.101	503
1887	4.209.453	537
1895	6.876.664	632
1907	11.484.139	794

Las cajas postales de ahorro, establecidas desde 1861 en la Gran Bretaña e Irlanda, han tenido en esos países el movimiento siguiente:

Año	Número de libretas	Monto medio del depósito por libreta (en chelines)
1885	3.500.000	287
1891	5.118.395	637
1900	8.439.983	347
1907	10.700.000	322

En 1906 las otras cajas de ahorros británicas tenían 1.760.999 libretas, de un valor medio casi doble del de las libretas postales.

En Francia el ahorro no prefiere hasta ahora las cajas postales, pero presenta en conjunto el mismo rápido incremento. He aquí la estadística de sus cajas no postales:

Al terminar el año	Número de libretas	Monto medio del depósito por libreta (en francos)
1835	121.000	51,2
1845	684.226	575
1849	561.440	131
1869	2.130.768	333
1871	2.021.228	266
1880	2.841.104	333
1890	5.761.408	505
1897	6.773.582	506
1906	7.668.024	448

Simultáneamente crecían los depósitos y el número de depositantes en las cajas postales de ahorros, que al fin del año 1906 tenían en Francia 4.794.874 libretas, de un monto medio de 277 francos.

He aquí la marcha de las cajas de ahorros en Italia:

Fin del año	Número de libretas	Monto medio del depósito por libreta (en marcos)
1880	1.297.889	452
1885	2.394.779	378
1891	3.299.915	352
1895	4.901.120	338
1903	6.740.133	297
1907	6.953.078	398

En 1907-08, por cada centenar de habitantes, las libretas de cajas de ahorros eran 31 en Alemania, 29 en la Gran Bretaña, 32 en Francia (1906), 21 en Austria, 21 en Italia, 42 en Suiza, 48 en Dinamarca, 35 en Bélgica, 30 en Holanda, 39 en Noruega, 38 en Suecia, 9 en Hungría y 4 en Rusia.

En los países nuevos donde estas cosas se averiguan, el movimiento del ahorro es semejante. El número relativo de depositantes en las cajas de ahorros de Australia ha aumentado en el presente siglo como sigue:

	Depositantes por mil de la población
Años 1900-1	255
„ 1905-6	294
„ 1910-11	362
„ 1911-12	380

En Victoria el número de depositantes se elevaba en el año 1911-12 a 47,1 % y en Sud Australia 55,3 % de la población.

Al interpretar la estadística del ahorro, debe considerarse la costumbre de abrir cuentas de ahorro a nombre de niños, lo que reduce el número real de adultos y familias incluídos en las anteriores cifras.

De todas maneras la estadística de las cajas de ahorros contribuye a probar que cualquiera que sea la desigualdad de las fortunas en la sociedad actual, el número relativo de personas que algo poseen tiende a aumentar. Y esas pequeñas sumas reunidas forman enormes capitales: las cajas de ahorro de Alemania administraban en 1908 unos catorce mil millones de marcos, capital mayor que el de todos los bancos comerciales juntos de aquel gran país, y que el de todos sus bancos hipotecarios.

¿Qué dice respecto de la distribución de la propiedad la estadística del impuesto sobre la renta? Que en 1851 había en Inglaterra unas 300.000 familias con una entrada anual de 150 a 1000 libras esterlinas, y en 1881 el número redondo de las familias en esa situación se había elevado a 990.000, es decir, había aumentado 233 1/3 % mientras el aumento de la población fué en esos treinta años solamente de 30 %. Y a fines del siglo, Giffen calculaba en millón y medio el número de contribuyentes de esa categoría.

Prusia en 1854, con 16,3 millones de habitantes, sólo tenía 44.407 personas con una entrada anual de más de 3000 marcos; en 1894-95 el número de esas personas se había elevado a 321.296, y en 1897-98 a 347.328, mientras que la población solamente se había duplicado. Más tarde, pasada ya la acción perturbadora de la anexión de Alsacia-Lorena

sobre la estadística prusiana, continúa creciendo el número de los contribuyentes de las categorías inferiores. De 1876 a 1890 el número de personas obligadas por el impuesto sobre la renta, es decir, con una entrada anual de más de 900 marcos, aumentó en Prusia 20,56 %, mientras que el de las entradas de 2.000 a 20.000 marcos aumentó 31,52 %, y entre los años 1893 y 1902 el movimiento, excluyendo las sociedades por acciones y demás personas jurídicas, fué como sigue:

Millares de personas físicas con una entrada anual de	1893	1902
900-3000 marcos	2118	3310
3000-6000 "	204	291
6000-9500 "	55	77
9500-30.500 "	46	64
30.500-100.000 "	9	13
más de 100.000 "	1,6	2,7

Las dos categorías de rentas más modestas aumentaron en esos diez años 56,27 y 42,64 % respectivamente, muchísimo más que la población.

Para Sajonia, el más industrial de los Estados alemanes, la clasificación de los contribuyentes en los años 1879 y 1894 ha sido como sigue:

Contribuyentes con una entrada anual de	1879	1894
300 a 800 marcos	76,3 %	65,3 %
800 " 3300 "	20,9 "	31,1 "
3300 " 9600 "	2,3 "	2,8 "
más de 9600 "	0,5 "	0,8 "

Como el punto de partida de aplicación del impuesto sobre las entradas es en Sajonia mucho más bajo que en Prusia, vemos en este cuadro, bajo la influencia de la elevación general de los salarios, disminuir proporcionalmente la más ínfima categoría de contribuyentes, y aumentar las que la siguen. El número de contribuyentes aumentaba al mismo tiempo mucho más rápidamente que la población.

El aumento absoluto y relativo del número de personas con entradas que exceden de cierto mínimum se debe en parte a la formación de una numerosa clase de trabajadores manuales e intelectuales, empleados a sueldo por el Estado o por empresas privadas y cuya remuneración es mayor que la de las capas más pobres del proletariado.

Pero que este aumento estriba también en la difusión de la propiedad lo prueba, al menos para Prusia, la estadística del impuesto complementario sobre los bienes, al cual están sujetas las personas cuyo haber pasa de 6000 marcos.

En 1902 el número de dueños de casa y personas solas que pagaron impuesto sobre la renta fué de 3,76 millones. Con exclusión de las personas jurídicas, los contribuyentes se escalonaron como sigue:

Pagaron impuesto sobre una entrada anual de	Contribuyentes	de los cuales pagaron también impuesto sobre los bienes
900-3000 marcos ...	3.310.069	930.998
3000-6000 " ...	291.652	203.091
6000-9500 " ...	73.808	69.055
9500-30.500 " ...	65.259	62.768
30.500-100.000 " ...	13.828	13.141
más de 100.000 " ...	3.436	2.756

Es decir, una gran parte de las personas de entradas más modestas eran propietarios.

En este cuadro resalta la enorme desigualdad del número de las distintas categorías de contribuyentes. Analizando la estadística del impuesto sobre la renta en Prusia para el año 1905, el diario "Vorwärts", de Berlín, dijo que mientras la población de Prusia era de unos 40 millones, los contribuyentes fueron 4.393.219, esto es, sólo el 12,1 % de los habitantes tenían una entrada anual de más de 900 mar-

cos, proporción que, comprendiendo a las familias de los contribuyentes, se elevaba a 38,3 %. Y esos contribuyentes se dividían así: 3.889.171, con una entrada anual de 900 a 3.000 marcos, pagaron en conjunto 56.800.000 marcos; mientras que los 501.437, con una entrada superior a 3.000 marcos, pagaron 131.200.000 marcos. Si se piensa que a la diferencia de las entradas corresponde una diferencia mucho mayor en la propiedad privada de las personas de la una y la otra categoría, se comprenderá aún mejor la desigualdad con que está repartida la riqueza.

Entretando, nada prueba que aumente el número relativo de personas totalmente desposeídas. Es cierto que inmensas riquezas están en manos de pocos individuos, a quienes les confieren legalmente un privilegio exorbitante y monstruoso. Pero frente a ellas está el creciente haber difundido en grandes capas de la población, haber que adquirirá más fuerza expansiva a medida que se generalicen en el pueblo las aptitudes y los hábitos de asociación.

No puede hablarse de concentración de la riqueza en el sentido de empobrecimiento absoluto de la masa trabajadora, sino en el de su empobrecimiento relativo. Al aumentar en el último siglo la riqueza total mucho más rápidamente que la población, las grandes fortunas han aumentado de número y han crecido cada una enormemente, sin que por eso hayan disminuído los recursos de que disponen las otras capas sociales, y aunque éstos hayan en absoluto aumentado.

Este complejo movimiento de la distribución de la riqueza, en cuanto ella pueda deducirse de la de las entradas, se descubre en la estadística del impuesto sobre la renta del Gran Ducado de Baden, estudiado comparativamente en los años 1886 y 1896, admitiendo, lo que es verosímil, que no haya variado durante ese tiempo en sentido desfavorable la situación pecuniaria de la parte de la población libre de ese impuesto.

En 1886, sobre una población de 1.600.000 habitantes, 317.196 personas pagaban en Baden impuesto sobre las entradas, es decir, 19,81 % de la población, suponiendo que

todos esos contribuyentes fuesen personas físicas; la proporción habría sido mayor si no estuvieran incluídas en la cifra, como simples personas, sociedades por acciones u otras personas jurídicas. En 1896 la población había ascendido a 1.725.000 habitantes, y el número de contribuyentes al impuesto sobre la renta a 397.028 personas, esto es, a 23,01 % de la población, lo que, si se comprende a los miembros de las familias contribuyentes, da una proporción de más de 70 por ciento. La entrada total sujeta al impuesto se elevó en el mismo tiempo de 403.294.900 marcos a 545.890.500 marcos, esto es, 35,3 %, mientras que el aumento de la población había sido solamente de 20,83 %, y de 25,16 % el de los contribuyentes.

Veamos ahora cómo se dividían los contribuyentes en categorías, y cómo varió el monto absoluto y el monto proporcional de las entradas de cada clase de contribuyentes.

1886

CLASES		CONTRIBUYENTES		SUS ENTRADAS	
	Marcos	Número	Por ciento del total	Absolutas (en marcos)	Por ciento del total
I	500-900	202.034	63,70	127.362.100	31,58
II	1.000-1.400	53.703	16,93	36.289.900	15,44
III	1.500-2.900	42.144	13,29	82.948.800	20,57
IV	3.000-4.900	11.635	3,67	43.125.900	10,69
V	g.000-9.900	5.468	1,72	36.065.200	8,94
VI	10.000-19.500	1.582	0,50	20.719.500	5,14
VII	20.000-24.000	206	0,06	4.517.000	1,12
VIII	25.000-29.000	122	0,04	3.293.500	0,82
IX	30.000-39.000	105	0,03	3.540.000	0,88
X	40.000-49.000	59	0,02	2.546.000	0,63
XI	50.000-74.000	70	0,02	4 154.000	1,03
XII	75.000-99.000	17	0,00	1.435.000	0,36
XIII	100.000-140.000	22	0,04	2.625.000	0,65
XIV	150.000-199.000	11	0,00	1.809.000	0,45
XV	200.000 y más	18	0,01	6.864.000	1,70
	Total	317.196	100	403.294.900	100

1896

CLASES		Contribuyentes		SUS ENTRADAS		
Marcos		Número	Por ciento del total	Absolutas (en marcos)	Por ciento del total	Aumento o disminución
I	500-900	235.729	59,47	155.468.100	28,48	— 3,10
II	1.000-1.400	78.319	19,73	90.263.900	16,54	+ 1,10
III	1.500-2.900	57.252	14,42	112.868.000	20,67	+ 0,10
IV	3.000-4.900	15.234	3,84	56.249.800	10,30	— 0,39
V	5.000-9.900	7.395	1,86	49.054.700	8,99	+ 0,05
VI	10.000-19.500	2.103	0,53	27.836.500	5,10	— 0,04
VII	20.000-24 500	280	0,07	6.166.500	1,13	+ 0,01
VIII	25.000-29.000	161	0,04	4.317.000	0,79	— 0.03
IX	30.000-39.000	188	0,05	6.372.000	1,17	+ 0,29
X	40.000-49.000	116	0,03	5.098.000	0,93	+ 0,30
XI	50.000-47.000	116	0,03	7.023.000	1,29	+ 0,26
XII	75.000-99.000	39	0,01	3.407.000	0,62	+ 0,26
XIII	100 000-149.000	47	0,01	5.753.000	1,05	+ 0,40
XIV	150.000-199.000	21	0,00	3.532.000	0,65	+ 0,20
XV	200.000 y más	28	0,01	12.481 000	2,29	+ 0,59
	Total	397.028	100	545.890.500	100	—

Vemos que durante la década 1886-1896, aunque el número absoluto de contribuyentes de las clases más modestas aumentó en Baden considerablemente, y la entrada anual media para cada persona de la primera clase se elevó de 630,39 a 659,52 marcos, el número relativo o proporcional de personas de las cinco primeras clases bajó de 99,31 a 99.22 % y sus entradas, que en 1886 eran 87,22 % de la renta local, descendieron en 1896 a 84,98 %. Al mismo tiempo las 10 últimas clases, las fortunas de mayor cuantía, aumentaron de número algo más rápidamente, pasando del 0,69 % al 0,78 % del total de contribuyentes, y sus entradas abarcaron 15,02 % de la renta total, mientras que sólo comprendían el 12,87 % 10 años antes. Hubo, pues, cierta concentración de la riqueza, sin empobrecimiento absoluto del pueblo.

Estudiando las sucesiones con intervención judicial en Inglaterra, Ely ha encontrado que en el año 1838 el 4 % más rico de las sucesiones representaba el 56,6 % de la riqueza total trasmitida, y en 1891 abarcaba el 68,3 %.

En los países de rápido progreso técnico-económico, donde los valores creados cada año aumentan más que la población, parte de esos valores puede acumularse en forma de grandes fortunas, sin que mermen por eso, y aun aumentando, los medios de vida y desarrollo del pueblo. Y para el futuro histórico esto último es lo decisivo.

El Desorden y la Tiranía del Capital

La elevación del pueblo trabajador no resulta del capitalismo, sino de la moderna lucha de clases. — La competencia capitalista es ciega y destructiva. — División del trabajo en la fábrica y en la sociedad. — La lucha por el cliente. — La especulación. — Las crisis. — La desocupación. — El monopolio. — Reduce al absurdo la propiedad privada de los medios de producción.

En cuanto los salarios reales suben y la propiedad se difunde en la sociedad moderna, ello no resulta de tendencia alguna humanitaria propia del capitalismo. El aumento de la productividad del trabajo no obra automáticamente sobre los salarios en un sentido favorable. Por el contrario, mientras el capital opera sin trabas, su tendencia a deprimir el nivel de vida de los trabajadores es constante y universal.

En su aspecto más revolucionario y progresivo, el capitalismo es la lucha por la ganancia; para conseguirla, todo medio es bueno a los ojos del empresario normal. Y arrastrado por la competencia, su primer impulso es hacer dinero agravando la explotación. La jornada se alarga entonces hasta comprender todo el tiempo que el productor manual puede materialmente tenerse de pie; los días de fiesta tienden a desaparecer; se trabaja de noche, sin más urgencia que la de acumular capital; se intensifica el trabajo, y se desaloja al mismo tiempo a los hombres de toda tarea moderada, reemplazándolos con sus mujeres e hijos, los cuales, aunque sea para ellos excesiva, deben hacerla por un salario menor; se evita todo gasto de instalación que no prometa ganancias, aun los indispensables para la salud y la

seguridad de los trabajadores; se aloja y alimenta a los obreros de una manera indecente, si toca a éstos ser huéspedes de su patrón; se condena a los asalariados a una vida inferior, deprimiendo sistemáticamente los jornales. Cuando los trabajadores no reaccionan, el resultado de la presión capitalista es infalible: en 1796, al acercarse a grandes pasos el capitalismo británico a su apogeo, la miseria de la clase obrera inglesa era tan grande que fué necesaria la ley de pobres que ordenó complementar con la caridad pública el salario del trabajo.

La producción para el cambio, el papel creciente del dinero en las relaciones humanas han substituído en muchos hombres a la sana preocupación por las necesidades de la familia la fiebre del enriquecimiento a toda costa; la religión del capital ha hecho clases enteras de fanáticos, para quienes la mentira y el fraude son sagrados, la codicia la principal virtud, y los sacrificios humanos, necesarios para la mayor gloria de su dios. Los economistas son los teólogos de esa religión; sólo es bueno a sus ojos lo que se puede registrar en contabilidad por partida doble; miran con ojeriza, como un estorbo a sus sabias doctrinas, los hogares del campo que consumen directamente algo de lo que producen y no calculan la renta de su habitación. ¿Qué importa si esas familias viven felices, cultivan el suelo con inteligencia y amor, y obtienen de él abundantes frutos? Lo esencial es determinar el tanto por ciento de ganancias, el rendimiento neto, y eso no es posible para gentes tan fuera del orden natural de las cosas que consumen leche y legumbres sin llevarlas a tasar al mercado. Así también para los fanáticos del capital la elevación de los salarios es un desperdicio, en infinitas pequeñas corrientes de consumo, de bienes que podrían acumularse y aumentar la riqueza "nacional". Estas tendencias y concepciones, que hicieron, práctica y teóricamente, de las máquinas y demás progresos técnicos una gran causa de miseria para el pueblo, han tenido su eco inconsciente en sombrías doctrinas históricas aparecidas poco después. ¿No ha visto Buckle en la fertilidad natural del terreno la causa

de la servidumbre de la masa de población en los grandes imperios antiguos? A su juicio, el indo había sido esclavo, porque se alimenta de arroz, en su país, muy abundante y barato; y las castas serviles de Egipto han sido oprimidas porque se nutrían con dátiles y otros productos, naturales o cultivados, superabundantes. La introducción de un nuevo cultivo, que da mayor eficacia a su labor, influiría no menos desastrosamente sobre la libertad de los hombres; en la moderna Irlanda, la profunda miseria del pueblo data, según Buckle, del cultivo de la papa, que a igualdad de superficie, permite mantener doble población que el trigo.

Sólo la eficiente resistencia obrera a la explotación, la lucha a que el hambre y el amor arrastran a la clase trabajadora contra el privilegio burgués, ha podido neutralizar ya en cierto grado la acción degenerativa del capitalismo sobre la especie humana, ahuyentar los lúgubres modos de ver que ese sistema inspiraba, darnos la convicción de que jamás el mal ha estado en los dones del medio físico-biológico, ni en el progreso de nuestra compenetración con él; y darnos también la esperanza de que la humanidad se reconcilie consigo misma, haciéndose más consciente.

* * *

El progreso técnico, en cuanto depende de los empresarios, se propone acrecentar sus ganancias, no aliviar la tarea de los hombres, ni aumentar la masa de los productos disponibles para el consumo. Se hace, pues, sin discernimiento humanitario, al acaso de las oscilaciones de la oferta y la demanda de productos y brazos. En su afán de lucro, el capitalismo deja indiferentemente en la calle a un gremio entero, reemplazando sus hombres con máquinas, o mantiene, cuando los brazos son baratos, modos arcaicos de trabajar, que imponen a los productores una tarea sucia y pesada. Para el capital, el progreso técnico es un resultado accesorio, tan indigno de preocupar en primer término a un empresario de verdad como la estética o la higiene.

Así también el progreso económico capitalista es el resultado imprevisto de la competencia, tan inconsciente, tan ciega y destructiva como la lucha por la vida, que conduce a la selección natural y la evolución de las especies.

Para exaltar las condiciones de carácter, educación e inteligencia necesarias a un buen empresario, se hace notar que según Gotar, en Francia, y Wells, en los Estados Unidos, de cada diez empresas sólo una tiene éxito; ya en su primer año de vida desaparecen muchas; las quiebras se multiplican, y las firmas se empujan y desalojan unas a otras, en la apretada multitud de los registros de comercio. Muchas de las que conservan su lugar, viven miserablemente, sin la menor perspectiva de desarrollo. ¡Cuán grande es el papel de la fatalidad brutal en la civilización capitalista! Ella exige enorme desperdicio de esfuerzo, con su séquito de dolores, en numerosas empresas frustradas, para que prosperen unas pocas. ¿No es el cuadro de los infinitos gérmenes que nacen para una muerte prematura, como condición de la adaptación inconsciente de los sobrevivientes?

* * *

En el mundo capitalista quien tiene dinero o lo consigue prestado es dueño de hacerse empresario. Sin necesidad de dar pruebas de su aptitud, pónese el capitalista a dirigir el esfuerzo de los hombres en un sentido cualquiera, a tuertas o a derechas, al azar de su información y de sus inclinaciones y relaciones personales.

De ahí la anarquía y el desorden reinantes en la economía general, en contraste con el riguroso sistema observado en una bien dirigida unidad industrial o comercial.

La división del trabajo en la fábrica obedece al conocimiento exacto del número de hombres y del tiempo de trabajo necesarios para cada tarea determinada. Una proporción semejante se guarda en la tienda entre el número de vendedores, el de embaladores, el de cajeros y el de repartidores.

El mundo capitalista en su conjunto no está manejado con tanta inteligencia. Distribuídos al acaso, según el acierto o la fantasía de los empresarios, hombres y cosas no se adaptan a las necesidades colectivas sino por la ruinosa eliminación de las empresas inadaptadas. Donde bastaría una fábrica o una tienda, establécense dos o tres; veinte carros distintos llegan a distribuir la misma clase de pan en la misma cuadra. Y así malgastan preciosas fuerzas no sólo el comercio por menor y la producción diseminada en unidades de menor cuantía, sino también las inversiones redundantes y superfluas del gran capital. Hay en Buenos Aires dos redes telefónicas, cuya instalación y funcionamiento por separado han costado y cuestan evidentemente mucho más que los de una; y ese doble gasto de construcción y explotación no responde absolutamente al bien de los abonados; los de la Unión Telefónica están tan lejos de los de la Cooperativa Telefónica como los de dos ciudades sin conexión. El servicio es más caro para todos, y quien necesita utilizarlo en toda su extensión tiene que consultar dos guías y ocupar dos aparatos y dos hilos distintos y pagarlo más caro aún. Así también se han hecho en la ciudad, por distintas empresas, varias canalizaciones eléctricas, que proveen de energía graduada diversamente; el resultado de ese gran despilfarro es que los aparatos que utilizan la fuerza de una de esas redes no sirven para las otras y viceversa. Y en materia de ferrocarriles, la libre iniciativa y la competencia capitalistas han conducido en la República Argentina a la construcción de tres sistemas de vías férreas, de tres distintas trochas; los vagones que circulan por uno de esos sistemas no pueden circular por ninguno de los otros dos; donde hay una sola vía, la comunicación ferroviaria es incompleta con los otros puntos del país; donde hay dos o tres, cuesta doble o triple del costo normal. ¡Cuán enorme será el monto proporcional de ese desperdicio cuando en los Estados Unidos, cuya inmensa red ferroviaria es toda de una misma trocha, se calcula que 200 millones de pesos se ahorrarían al año si todos los ferrocarriles se manejaran desde un centro! Un

profesor de Wisconsin dice que "no es una apreciación extravagante la de que lo perdido en la competencia ferrocarrilera en los Estados Unidos desde el principio de las vías férreas hasta el presente hubiera sido suficiente para proveer de mansiones confortables a toda la población norteamericana, después de destruir todas las casas hoy existentes". La explotación individualista de los ferrocarriles ingleses ocasiona un despilfarro de 30 millones de libras esterlinas al año.

Al crecer la unidad industrial y extenderse las relaciones económicas, la organización del trabajo por la iniciativa y la competencia privadas es cada vez más ruinosa. Ha sido necesario que de 40 grandes refinerías de azúcar existentes en los Estados Unidos 18 quebraran con grandes pérdidas para que se combinaran las restantes en una sola empresa que, cerrando todavía otras fábricas más, ha podido proveer ampliamente a la demanda.

* * *

Si los móviles ordinarios del capital son tales que no conducen al progreso técnico-económico sino en medio del desorden y la ruina, sus procedimientos no reconocen limitación alguna en su furiosa puja por la ganancia. Todos los medios son buenos para desalojar y hundir al competidor. El más vulgar es la publicidad, que ha tomado gran vuelo al desarrollarse los medios de comunicación entre los hombres. Los avisos de comercio han llegado a hacerse una plaga, que cubre con sus manchas todas las superficies visibles en la ciudad, llena los diarios de mentiras e inepcias, impone al correo la tarea de distribuir montañas de inútiles y engañosos impresos, degrada al hombre usándolo como cartel ambulante, y afea al mundo, mancillando con horribles anuncios los paisajes más bellos. Un inmenso trabajo muscular y mental se emplea en esa obra de mezquina sugestión, cuyo objeto no es informar sobre las cualidades reales de las cosas, sino inducir de cualquier manera al consumo de

ciertos productos, muchas veces adulterados o nocivos, y siempre muy encarecidos por esa misma publicidad. ¿No se ha calculado que sin los gastos en avisos muchos artículos y servicios podrían obtenerse a mitad de precio?

Al costo de los anuncios, que por su profusión y ubicuidad son una calamidad pública, hay que agregar el de los enjambres de agentes enviados por las fábricas y casas de comercio para quitarse los clientes unas a otras. La memoria de la Asociación Protectora de los Agentes Viajeros de Norte América decía, en 1908, que 350.000 agentes viajeros habían perdido su empleo al consolidarse las empresas de los principales ramos en grandes sindicatos. ¿Pero cuántos nuevos agentes, para otros ramos y otras empresas habrían entrado en campaña?

* * *

Se ha hecho tan anómala la organización de la producción y el cambio en el mundo capitalista, que los móviles de las acciones parecen invertidos. No se habla del trabajo, sino de los negocios. El cambio toma el aspecto de un fin en sí mismo. Es como si no se produjese para satisfacer las necesidades humanas, sino para vender. Y así como masas enormes de mercancías se elaboran en las fábricas sin destino conocido, sin la seguridad de responder a una demanda, en la esperanza de colocarlas "molestando" a los comerciantes con agentes, e importunando al público con avisos, otra categoría de capitalistas encuentran en el acaparamiento de los productos ocasiones de ganancia. Y se los amontona en cantidades, sin tener para ellos aplicación, a fin de ocasionar una escasez artificial y ganar con el alza del precio. Cuando esta especulación se basa en una previsión inteligente, y por ejemplo, antes de una mala cosecha determina el alza del trigo, corrige en cierto grado la irregularidad de la producción restringiendo de antemano el consumo y adaptándolo a la escasez futura; en consecuencia, la carestía no es tan grande; al elevar artificialmente el precio antes de la mala cosecha, se impide que se eleve después de ella tanto como subiría de no intervenir la especulación.

La especulación, sabia reguladora del consumo y de los precios, es, sin embargo, inseparable en el mundo capitalista de la especulación loca y criminal practicada por aventureros sin conciencia; para distinguirlas no disponemos de más dato que el de su éxito. En su temeridad los especuladores acaparan artículos de consumo diario del pueblo, como los granos y el azúcar, productos de primera importancia para la vida diaria de la industria, como el algodón. Trastornan así por un momento a su capricho la demanda y la oferta, y alteran los precios sin más base que los cálculos de su fantasía; primero sufre el consumidor la elevación a saltos de los precios; la vida se encarece, y la industria es paralizada a medias por obra de la especulación. Y cuando inducidos por el valor aparente de sus productos, los agricultores han extendido desmesuradamente sus cultivos de remolacha, de caña o algodón, y hay una buena cosecha, sobreviene la bancarrota de los especuladores y el derrumbe de los precios, aun por debajo del costo de producción, con grave daño de los productos auténticos.

Como en los precios por menor de los más ordinarios artículos hay grandes diferencias aun entre tiendas muy vecinas, en los precios por mayor hay violentas oscilaciones de uno a otro momento. La Bolsa, centro de información sobre la producción y las transacciones, es también el foco de donde irradian a la plaza del país y aun al mercado universal, las influencias más desquiciadoras e inopinadas. Y allí no se juega solamente con el precio de los productos existentes. Se especula también a plazos, se compra y vende lo que no se ha producido todavía, y se encuentra un buen pretexto de juego aun en lo que no se ha de producir jamás. Allí acude el empresario honesto y previsor a cubrir, mediante una operación a plazo, el riesgo de baja del valor de la materia prima que elabora en ese momento. ¡Para ese riesgo desaparecido, cuantos riesgos nuevos! Todo un mundo de hombres de presa financieros, de profesionales de la especulación, se agita en el recinto ávido de ganancias fáciles. La Bolsa, órgano de coordinación de la economía capitalista,

punto de cita de la riqueza, que se presenta y circula allí bajo la forma abstracta de títulos, es el centro de atracción de los apetitos más violentos, el teatro obligado de los más audaces y desesperados salteos al bien de los hombres en general.

Ni las más altas cimas del mundo capitalista se substraen a la insensata y voraz especulación. Con la severidad de su disciplina, con la austeridad de su aspecto, con la majestad del poder omnímodo del dinero, los bancos se dan el aire de virtud y energía necesario para las empresas de crédito. ¿Cómo responden entretanto a la confianza depositada en ellos? Manejando con la mayor soltura el dinero propio y el ajeno. Su negocio es prestar dinero y prestan todo el capital propio, todo el dinero que reciben a plazo fijo, y casi todo el depositado en cuenta corriente, dinero que los bancos están obligados a devolver en cualquier momento. Después de recalcar la dificultad de investigar el monto real de dinero que los banqueros ingleses tienen en caja para hacer frente a sus compromisos, citaba Jevons hace treinta años un estudio según el cual ese encaje no pasaba del 7 % de los depósitos y obligaciones a la vista. Y agregaba: "La estructura entera de nuestro vasto comercio estriba así en la improbabilidad de que los comerciantes y otros clientes de los bancos necesiten simultánea y repentinamente, algo como la vigésima parte del dinero que tienen derecho de pedir en cualquier momento". Actualmente en Norte América la reserva de los bancos ordinarios no pasa del 6 % de los depósitos, y es del 12½ % en los de mayor responsabilidad. "Una reserva demasiado alta hace peligrar las ganancias; una demasiado baja es un riesgo de insolvencia" —dice un tratadista. Y el clamor por dividendos altos hace que este último sea el único riesgo. Hasta ahora no se ha visto liquidar un banco por prudencia excesiva en los préstamos. ¡Cuántas veces, en cambio, para ruina de la comunidad, vemos derrumbarse empresas de crédito arrastradas por su concupiscencia!

La especulación en crédito da rienda suelta a toda otra forma de especulación. ¿Quién no se hace empresario, quién no ensancha sus negocios cuando se le ofrecen tantas facilidades? ¿Quién no compra cuando es tan viva la ilusión de vender ganando? Y las ganancias futuras se descuentan con la mayor confianza. Los precios suben, la gran demanda de trabajadores eleva también los salarios, la tierra llega a valores nunca vistos. El alza de los precios estimula a su vez la especulación, la producción se hace sin medida, y descansa más y más en el crédito, cuyo grado último de elasticidad es puesto a prueba. Llega un momento en que la cartera de los bancos está repleta de documentos, pero su encaje monetario es reducidísimo; y entonces cualquier leve índice es la señal del derrumbe, de la crisis que interrumpe periódicamente la fiebre de lucro del capital. Que una firma importante no obtenga en el momento preciso el nuevo crédito, el crédito supremo que necesita, y suspenderá pagos, con grave trastorno para otras firmas. Todos claman entonces por más dinero, cuando ya los bancos, exhaustos, y sobre aviso, exigen la devolución de sus créditos, para hacer frente a la demanda de sus depositantes. Las quiebras se suceden. Sobreviene el pánico; acreedores chicos y grandes se agolpan a la puerta de los bancos a retirar sus depósitos y los más comprometidos de éstos, incapaces de hacer frente a la corrida, cierran sus puertas. Así en octubre de 1907 hay en Norte América 964 bancarrotas, con un pasivo de 139 millones de pesos, de los cuales 144 millones son el debe de veinte bancos en quiebra. Por el momento, lo único que encuentra demanda en grande escala es el dinero; el interés es altísimo, y los que disponen de moneda contante y sonante pueden adquirir a vil precio toda clase de propiedad. No sólo se desinflan los valores ficticios creados por la especulación, sino que bajan también los valores reales creados por el trabajo auténtico, para satisfacer verdaderas necesidades. Es que muchas casas de comercio desaparecen, la industria y el transporte se paralizan y queda mucha gente desocupada. A la baja general de los precios contribuyen,

además de la liquidación forzosa de grandes masas de mercaderías, por una parte la detención de todo ensanche del aparato industrial y del transporte, por otra, la disminución aguda de la capacidad de consumo del pueblo. En las crisis los salarios, en general, bajan, y aun los trabajadores que conservan sus salarios de la época de prosperidad ven mermar sus entradas por la interrupción parcial del trabajo. Al momento álgido de la crisis sigue una depresión más o menos prolongada de las transacciones, durante la cual se liquidan las locuras e ilusiones del pasado próximo, los precios vuelven a su quicio, y se robustece el encaje de los bancos. No tarda entonces en volver la animación, y la especulación renace para preparar la próxima crisis.

Con independencia de los fenómenos favorables o adversos del medio físico-biológico, la vida colectiva está, pues, sujeta en las sociedades modernas a muy grandes alternativas. Periódicamente sobrevienen crisis que se propagan de un país a otro hasta hacerse mundiales, y esto constituye uno de los caracteres propios de la era capitalista. Antes las desgracias colectivas eran las epidemias, las guerras, los terremotos, las epizootías, el hambre después de las malas cosechas. Ahora nos defendemos mejor de la peste nosotros mismos y a nuestros animales, la guerra es excepcional, la facilidad de las comunicaciones y de los transportes evita los peores grados de la carestía. Estamos en cambio entregados a merced de los apetitos y caprichos del capital, y, por su obra, cada diez, quince o veinte años, la tierra se cubre de ruinas, el hambre se deja sentir en medio de la abundancia, hay menos matrimonios y nacimientos, suben la morbilidad y la mortalidad, los suicidios se multiplican así como los crímenes. Las nuevas fuerzas productivas, resultantes de nuestra compenetración con el medio físico-biológico y de la extensión de la cooperación entre los hombres, manifiestan así con violencia que la clase burguesa ya no es por sí sola capaz de manejarlas, patentizan que el progreso técnico-económico a que hemos llegado es incompatible con el carácter forzado de la cooperación. Necesario es que

la clase trabajadora salga de la pasividad. Nuestra acción consciente e internacional ha aumentado tanto, se han extendido y complicado a tal punto las relaciones sociales, que ya no es posible seguir adelante sin mayor profundidad de la conciencia histórica, ni sin difusión en el pueblo.

* * *

Del desorden y la tiranía capitalistas, nada afecta a la clase trabajadora tanto como las alternativas de trabajo excesivo y desocupación forzosa. Sin más recursos que la remuneración diaria de su trabajo, el proletario tiembla ante la perspectiva de no encontrar empleo para sus brazos; y el régimen burgués, con sus ciclos de exaltación y de marasmo, hace que ese temor no sea sino demasiado fundado. Ya los frecuentes cambios de patrón y de lugar, ponen constantemente cierto número de productores fuera del trabajo. Las transformaciones de la técnica desalojan a los obreros de un ramo, sin que por eso les haya sido preparada ocupación en otro. De esta manera, en muchas industrias norteamericanas, durante los años 1888-1900, de 15 a 62 % de los trabajadores perdieron su empleo. Empresas se improvisan para realizar grandes obras en que ocupan ejércitos de trabajadores, y una vez terminado el puerto, el canal o el ferrocarril, esos ejércitos son licenciados sin la menor preocupación por la suerte de los individuos que los forman. Los trabajos de estación, como las cosechas, que para los campesinos autónomos encajan ordenadamente en las tareas del año, toman en la agricultura capitalista el aspecto de ocupaciones transitorias para bandas de trabajadores forasteros.

La naturaleza misma del régimen burgués, en el cual el productor manual no aparece como persona, como un fin en sí mismo, sino como cosa o medio de producción, hace que se considere tan necesaria la existencia de un ejército de trabajadores, como la de tierras en barbecho y encajes monetarios en los bancos. Sin esa reserva de brazos siempre disponibles, sin la posibilidad de reclutar trabajadores pronto y por breve plazo, el capital perdería la movilidad que tanto necesita en la caza del lucro.

Hasta las modas y las fiestas tradicionales, elevando momentáneamente la demanda de ciertos artículos, son causa de grandes oscilaciones en la tarea de algunos gremios, imponiéndoles por momentos un trabajo excesivo y superfluo, para dejarlos después en la inacción meses enteros.

Y esa irregularidad permanente de la ocupación de los trabajadores tiene en las crisis sus peores momentos. La desocupación llega entonces a su máximum, y tanto más acentuada cuanto menor es el número relativo de productores autónomos, cuanto más centralizados están en un país la producción y el comercio y más absoluto es el dominio del capital. Durante la crisis de 1893-94, los desocupados en los Estados Unidos se calculaban por millones. En 1907, la última crisis, la paralización industrial comenzó antes del crack financiero. En septiembre el trust del cobre convino ya con las otras empresas del ramo en reducir la producción a menos de la mitad; las grandes compañías eléctricas despidieron el 14 % de sus empleados, y las dos principales fábricas de vagones redujeron el personal a las dos terceras partes. Después muchas fábricas y talleres pararon por completo; otras, como las hilanderías de Nueva Inglaterra, trabajaban sólo cuatro días por semana. En las ciudades no se emprendieron más construcciones, en los bosques del sud y del noroeste el trabajo se suspendió. Los ferrocarriles pararon sus obras, disminuyó el número de trenes y fué despedida una parte del personal de tracción. Multitud de empleados de comercio quedaron sin empleo. Los vapores salían para Europa cargados de emigrantes. A fines de diciembre, las uniones gremiales del Estado de Nueva York, que informaron al respecto, tenían desocupados 32.7 % de sus miembros. En febrero del año siguiente calculábanse en 180.000 los desocupados de la ciudad de Nueva York, y en 130.000 los de Chicago. Y la crisis norteamericana repercutía en Inglate-

rra y el continente europeo. Entre los obreros ingleses organizados la proporción de desocupados, comparada con la del año anterior, ha sido como sigue:

	Años 1907	1908
Fin de Julio	3,7 %	8,2 %
„ „ Agosto	4 %	8,9 %
„ „ Septiembre	4,6 %	9,4 %

A partir de julio de 1907, en las agencias públicas de colocaciones de Alemania la oferta de trabajo ha excedido a la de los mismos meses de los años anteriores; en mayo de 1907, para 100 plazas vacantes, ofreciéronse 100,7 personas mientras que en mayo de 1908 se elevaba a 161,5 el número de solicitantes; en noviembre de 1907, declarada la crisis, y también como siempre, al comenzar el invierno las ofertas de trabajo se elevaban ya a 149.7 para 100 vacantes, y en noviembre de 1908 la desocupación se había agravado hasta dar 212,4 ofertas para 100 demandas. Un censo hecho casa por casa por las uniones gremiales de Berlín con la ayuda del Partido Socialista, ha mostrado que el 13 de febrero de 1909 había en la ciudad 101.300 personas sin trabajo.

Entre la masa desorganizada y flotante de los trabajadores no adiestrados la proporción de los desocupados es siempre mucho mayor. Multitudes proletarias quedan de ese modo en las crisis, por meses y por años, desprovistas de medios normales de vida. Hombres jóvenes y válidos son arrojados con sus familias a la más negra miseria, rodeados de poderosos medios de producción que nadie pone en movimiento y de almacenes repletos de mercancías sin salida Pululan los vagos y mendigos, y la masa desposeída y hambrienta es pasto del vicio, la enfermedad y la muerte.

Y esta inmensa calamidad colectiva, este mal moderno de la desocupación, pesa exclusivamente sobre la clase trabajadora, a la cual sus mismos directores y explotadores consideran irresponsable de las locuras y los crímenes del capital.

Dentro de las formas burguesas de la propiedad, la destructiva competencia capitalista no encuentra su fin y su remedio sino en el monopolio. A éste tiende, y lo ha establecido ya para grandes ramas de la producción en los países de evolución técnicoeconómica más adelantada. Los grandes sindicatos capitalistas llamados trusts representan un grado superior de organización del trabajo. Dentro de su campo de acción, cada uno de ellos suprime el choque y la interferencia de las empresas, combinando sus fuerzas productivas en un haz de efectos convergentes. Pero como resultado de ese mismo proceso de integración, la tiranía del capital se deja sentir y se patentiza más que nunca.

Prescindamos de los procedimientos mediante los cuales se forman los sindicatos, la ruina sistemática de las empresas contrarias, la intimidación, la confabulación con empresas de otros ramos, el incendio si es necesario, las formas más bárbaras y desleales de competencia.

Una vez consolidados, los trusts operan con la voracidad y la inconsciencia de monstruosos pulpos, cuyo único móvil es la absorción de dividendos. Es cierto que no empeoran la situación de los asalariados que emplean; la Federación Americana del Trabajo ha declarado que, como organización de trabajadores, nada tiene que objetar a los trusts. Sólo en cuanto éstos puedan reducir la producción y disminuir el número de los trabajadores empleados, ejercerían una acción deprimente de los salarios. Y elevan los trusts, en cierto modo, a la clase asalariada incorporando a los inventores a ella. Según un documento oficial del año 1907, la mayor parte de las solicitudes de patentes son presentadas en los Estados Unidos por los grandes sindicatos capitalistas, el trust del acero, las grandes compañías eléctricas, el trust de la maquinaria agrícola y el de los automóviles, que emplean a sueldo centenares de inventores para estudiar el perfeccionamiento de los procedimientos y medios de trabajo. Ni se comprende qué puede hacer con su invento un inventor independiente sino venderlo al trust del ramo por el precio que éste quiera darle. Igual suele ser la influencia

bra de "aguar" el capital tiende a disimular el enorme tributo arrancado a la masa consumidora por las empresas de monopolio, y si responde también al reconocimiento del nuevo valor creado por la mejor organización del trabajo humano, es ante todo la consagración de un nuevo y grandísimo privilegio. ¿Puede acaso competirse con un trust que, como el norteamericano del petróleo, abarca el 86,5 % de la producción del ramo? En Saint-Louis apareció hacia 1896 una refinería independiente; vióse entonces al trust vender allí el petróleo a 6,3 centavos el galón, mientras el precio medio en el resto del Estado de Missouri era 12,6 centavos, exactamente el doble. Todavía en el sud de California el trust tiene algún débil competidor; pues allí vende a 7,2 centavos el galón del petróleo que lleva de su refinería de San Francisco, y en esta ciudad misma, donde es dueño absoluto del mercado, exige un precio de 12,4 centavos. ¿Qué queda de la libertad de trabajo en su misma acepción burguesa?

Se comprende el poder inmenso de los hombres y camarillas que están al frente de esas colosales y únicas empresas. Una de las grandes libertades políticas modernas es la de no pagar sino impuestos votados por un parlamento, representante de las clases propietarias o de todo el pueblo. En los sindicatos capitalistas aparece ahora una forma absoluta de autocracia que sujeta a sus extorsiones al mundo entero. Por su propia inspiración, bajo su exclusiva responsabilidad, ellos encarecen los consumos más indispensables, y no hay más remedio que pagarles su precio. En los años 1899-1905, al subir el precio del petróleo bruto de 2,7 a 3,7 centavos, el trust norteamericano ha elevado el precio del petróleo refinado de 9,3 a 12,1 centavos; es decir, encareció los productos listos para el consumo mucho más de lo que había subido el precio del producto bruto. ¿Hay en la tierra soberano más absoluto que Morgan, jefe del trust que, con 1.500 millones de pesos oro americano de capital, se ha apropiado las más vastas y mejores minas, poderosos medios de transporte, casi todas las usinas metalúrgicas de Norte América, y los inventos

hechos y por hacer en la industria del acero? Del capitalista Harriman se ha dicho en un documento oficial que puede ir por mar de Nueva York a Nueva Orleans, y de ésta por ferrocarril a San Francisco, embarcarse allí para China, y después volver a América por otro camino, pasar a Ogden por una cualquiera de tres diferentes líneas ferroviarias, y de allí a Omaha o Kansas City, siempre en un vapor o en un tren que le pertenece o que, en última instancia, él dirige. Y ahora extiende su influencia mucho más allá, pues acaba de ser elegido director del Ferrocarril Central de Nueva York. De ese hombre depende estrechamente la suerte de la multitud de trabajadores que hacen el transporte en medio continente; él maneja como cosa suya intereses fundamentales de una nación entera. Por su exclusiva voluntad e iniciativa, levanta grandes empréstitos para absorber a otras empresas; ¿cuál no será entonces su influencia personal sobre la remuneración y el ascenso de los empleados, sobre los fletes? En sus manos está que tal ciudad prospere o decaiga, que se improvisen pueblos en el desierto. Entendida en todo su rigor, la propiedad privada de los grandes medios de transporte sujeta a esos monopolios la vida técnico-económica entera. Si pueden proporcionar vagones a un solicitante con preferencia a otro, transportar en seguida la carga de uno mientras queda la de otro en un desvío, dar a sus favoritos ventajas especiales para el embarque y desembarque, clasificar la carga a su capricho, pueden decretar la fortuna o la ruina de cada cargador, de cada empresa.

Conscientes de su propio poder, los monopolios se respetan entre sí y tienden a hacerse concesiones recíprocas y a combinarse íntimamente. Las rebajas especiales de fletes obtenidos de los ferrocarriles han sido uno de los grandes factores del engrandecimiento de los trusts, y de la rápida acumulación de inmensas fortunas individuales en los Estados Unidos.

Y esas colosales manipulaciones de riqueza se resuelven y hacen en reserva por dictadores financieros, o por directorios cuyas sesiones son secretas, aunque tratan de asuntos

de *más* trascendencia que los de muchos parlamentos. Se sabe que con un capital de 97.250.000 pesos, el trust americano del petróleo ganó 34 millones en el año 1896 y más de 81 millones en 1903; pero respecto de los años 1897-1902 los jueces y las cortes han sido impotentes para averiguar nada; cuando le estorban, el trust quema sus libros de cuentas, y los lleva de tal manera que sus más altos funcionarios llamados a declarar, no han podido explicar el origen o el destino de muchos millones de pesos. Sumas enormes pasan misteriosamente en sus libros de un nombre a otro, y aparecen ya en el debe, ya en el haber de empleados cuyo asombro no ha tenido límites al ser interrogados acerca de esos créditos y deudas de millones que ellos no conocían.

¿A qué peligros de expropiación dolosa no se exponen los hombres que invierten sus pequeños haberes en grandes empresas manejadas de esa manera? La camarilla de directores puede determinar una baja de las acciones, para apoderarse más completamente de todas ellas. El monopolio capitalista, resultado de la concentración de grandes riquezas en pocas manos, tiende a agravar esa concentración.

El manejo incondicional de secciones enteras del aparato social de la producción por capitalistas ávidos e insaciables altera también y corrompe la misma política burguesa. Antes los reyes concedían los monopolios; ahora los monopolios hacen a los reyes. Molestado por las averiguaciones de Roosevelt, le ha recordado Harriman que había sido hecho presidente con su dinero. Los grandes sindicatos compran, cuando les hace falta, el voto de los legisladores fieles a la religión del capital. Dan acciones en cambio de la "buena voluntad" con que se les conceden franquicias. En Norte América se reacciona ya contra la sujeción del gobierno a los trusts. En Francia el escándalo de Panamá terminó con la condena de un ministro. En Sud América las grandes compañías toman a sueldo a hombres influyentes en la política criolla. Se va al directorio de los sindicatos a buscar ministros, y ser abogado de los grandes monopolios ferroviarios establecidos por el capital extranjero es una

probabilidad más de llegar a presidente. ¿Qué de extraño que la influencia de los monopolios se deje sentir hasta en la política internacional?

* * *

Grandes son, pues, las aberraciones de la sociedad moderna. La esterilidad acompaña en ella a la riqueza. A la par del rápido progreso técnico va un tremendo desorden en el trabajo. La economía establece mil vínculos entre los hombres; pero esta trabazón resulta de la guerra de todos contra todos. Viven en paz las diferentes unidades políticas, mas su solidaridad es tan débil que en el Río de la Plata se anuncia como una buena nueva la pérdida de cosechas en Norte América. Basta a veces para arrojar a un pueblo contra otro los menguados intereses del capital. La propiedad individual, otrora simple complemento necesario a la personalidad, se ha hipertrofiado hasta constituir un privilegio monstruoso. El monopolio, última consecuencia del individualismo burgués, supedita la población entera como productora y consumidora, a unos cuantos magnates. Por su misma magnitud la propiedad privada de los medios de producción queda reducida al absurdo. Y a abolirla tiende el movimiento histórico, implantando en su lugar la propiedad colectiva, que dará nuevo vigor a los pueblos, regularizará el progreso técnico, y hará las relaciones económicas tan conscientes y equitativas como los hombres seamos capaces de la cooperación libre.

El Gremialismo Proletario

La moderna lucha de clases. — Entre asalariados y empresarios. — Diferencia entre los antiguos gremios y las uniones obreras gremiales. — Desarrollo de la organización de oficio o de industria. — Los sindicatos obreros en los diversos países capitalistas. — Relaciones internacionales dentro del gremio. — Vinculación de los diversos gremios proletarios entre sí: en la ciudad, la Bolsa o Cámara del Trabajo; en el país, la confederación obrera nacional o regional; en el mundo, los congresos y los secretariados obreros internacionales.—Las huelgas.—El trato colectivo. — El sello gremial. — Carácter coercitivo de la acción gremial proletaria. — Limitaciones de la acción propiamente sindical. — Su probable ampliación futura.

Divididas aún en clase propietaria y clase asalariada, en directores que se atribuyen la suma del poder económico y en la distribución del producto se apropian la parte del león, y trabajadores a quienes se niega todo derecho y toda autonomía, las sociedades humanas más avanzadas en el camino de la Historia no pueden seguir adelante sin el antagonismo de esas clases, doloroso pero saludable desgarramiento interno.

Siempre bajo la amenaza del hambre y de la extrema explotación a que conducen los extremos de la competencia y de la codicia capitalistas, levántase el proletariado en defensa de sus condiciones elementales de vida. Lo preocupan desde luego problemas de una urgencia inmediata, su alimento, su reposo, la salud y el desarrollo de la familia. Pronto, sin embargo, la constante tensión de espíritu propia de la inse-

guridad de su situación y el cuadro cambiante de la civilización moderna lo elevan a cuestiones más remotas y más vastas. Siente entonces su situación de clase desposeída como una permanente injusticia, plantéase el problema de su emancipación; y viendo en la propiedad individual de los medios del trabajo colectivo la causa de su servidumbre, comprende la necesidad de establecer la propiedad colectiva, para concluir con la explotación del hombre por el hombre. La moderna lucha de clases adquiere entonces toda su grandeza. Por encima de la satisfacción de las apremiantes necesidades del pueblo, ella tiende a la consecución de las más altas aspiraciones sociales de orden y progreso. Como ideal de una clase oprimida, el ideal proletario es el de la igualdad y la libertad más perfectas. Como ideal de una clase laboriosa, disciplinada en la lucha diaria con la necesidad y en la transformación intencional de las cosas, el ideal proletario se traduce en una acción práctica que revoluciona la Historia por métodos positivos, tanto más eficaces cuanto que no abandonan el terreno de la realidad.

Y el incontrarrestable movimiento inspira en todos los campos de actividad humana poderosas corrientes que convergen a su mismo fin. La clase servil enarbola la enseña más hermosa que haya aparecido en la Historia, y combate por su triunfo con las armas más inteligentes. Estamos en un momento de fuerza y ennoblecimiento de la Humanidad.

* * *

La moderna lucha de clases asume, desde luego, la forma de conflictos entre asalariados y empresarios. Materialmente reunidos en el taller o la fábrica, con cuyos jefes entran en directo y áspero contacto, es contra éstos que los trabajadores ejercitan primero su fuerza colectiva, mirando muchas veces a los hombres que dirigen la técnica y la economía como a la peor personificación del capital. Toca, en efecto, a los patrones el papel antipático de vigilantes y latigueadores de los hombres de trabajo, y aparecen a ojos de éstos como causantes

y usufructuarios exclusivos de su miseria y sus fatigas. En la incipiente conciencia política con que el proletario inicia su lucha de clase, no se presentan todavía con gran fuerza las formas abstractas e indirectas del privilegio.

El gremialismo proletario es la forma inicial, casi instintiva, de la moderna lucha de clases, y en ese sentido su forma fundamental; de ella derivan los otros modos de acción proletaria. Es la forma inmediata de la reacción obrera contra la combinación de los empresarios para mantener baja la recompensa del trabajo, acuerdo siempre sobreentendido entre los que manejan el capital.

"Los patrones —decía Adam Smith a mediados del siglo 18—, están siempre y en todas partes en una especie de convenio tácito, pero constante y uniforme, de no elevar los salarios a mayor altura de lo que están. Es cierto que rara vez oímos hablar de este convenio, porque es el estado de cosas acostumbrado, natural, por decir así, del cual nadie habla. Los patrones también entran a veces en convenios particulares para deprimir los salarios por debajo de lo que están, convenios mantenidos siempre en el mayor silencio y secreto hasta el momento de su ejecución."

El sentimiento y la práctica de la solidaridad obrera ante el patrón se manifiestan primero ocasionalmente en algún taller, del cual se extienden a otros talleres del ramo, después a los de otros ramos, a los establecimientos todos de la ciudad y del país, paralelamente a la extensión del capitalismo industrial, y a la necesidad para los asalariados de resistir en masa compacta a la explotación. Y la unión proletaria, accidental y transitoria en el primer momento, pronto pasa a ser una organización permanente.

* * *

Las modernas uniones gremiales difieren fundamentalmente de los gremios en que estaba dividida la población industrial de las ciudades de la Edad Media. En las antiguas corporaciones de oficio la figura central era el maestro, dueño de los medios de trabajo, y del producto, que vendía por su

cuenta. Lo que caracteriza, por el contrario, a los trabajadores que ahora se congregan en grupos por afinidad de tareas es que son asalariados, proletarios, que operan con medios de trabajo de propiedad del capitalista, y que no aportan a la producción, ni tienen más que vender, que la fuerza y la habilidad de sus brazos. Según los esposos Webb, que han estudiado a fondo el gremialismo proletario en la tierra clásica del capital, no hay un solo ejemplo de que una antigua corporación inglesa de oficio se haya transformado en una moderna "trade union". Al lado del antiguo gremio en decadencia, bajo la presión de la manufactura capitalista, ha aparecido y crecido la unión obrera gremial, tanto más pronto cuanto más lejos ha estado el trabajador de poder adquirir en propiedad sus medios de producción. Dentro mismo del antiguo gremio había toda una jerarquía cuyos grados eran necesarios, iguales y abiertos para todos. El compañero u oficial se consideraba llamado a ser el igual o el sucesor de su patrón, y podía razonablemente pretender la mano de su hija. Como una supervivencia de esos tiempos, todavía hoy, según los esposos Webb, los ayudantes de los hiladores de Lancashire, que éstos pagan y entre los cuales se reclutan, no tienen organización gremial autónoma, aunque tan adelantada está la agremiación en esa industria; es porque los ayudantes adultos, casi tan diestros como los hiladores, esperan pasar en cualquier momento a la categoría de éstos y disfrutar de sus ventajas. Fué necesario que los maestros enriquecidos cerraran sus filas cada vez más y estorbaran la elevación de los menestrales hasta su categoría para que naciera un antagonismo permanente entre unos y otros, preludio de las luchas gremiales de hoy día. Y el grado de maestro, meta accesible en un principio a todos los hombres del gremio, era al mismo tiempo la más alta ambición que estos podían abrigar. Ir más allá era tan imposible como salir de su orden, de su clase, en una sociedad cuyos más grandes privilegios se trasmitían exclusivamente dentro de la nobleza de sangre.

La organización proletaria gremial se desarrolla en un

campo infinitamente más vasto y más abierto, más progresivo y variado. En permanente revolución, la técnica y la economía modernas desintegraron los antiguos oficios en infinidad de ocupaciones parcelarias, sujetas a perpetuo cambio y subdivisión, que apenas exigen aprendizaje y no tienen la extensión ni la estabilidad que pueden caracterizar a un gremio. ¿Qué queda del carpintero tradicional desde que la madera se corta, cepilla, moldea y machihembra con máquinas? ¿Y son acaso zapateros los obreros de las fábricas de calzado, ninguno capaz de hacer un zapato? Más que gremios las modernas uniones obreras son grupos de trabajadores momentáneamente afines por trabajar la misma materia prima, o, lo que es más transitorio aún, en la misma fábrica. Los límites de esos grupos entre sí son tan movibles y confusos que en grandes organizaciones obreras se discute si los trabajadores que las forman se han de clasificar según la ocupación personal *(Beruf)* o según la especie de empresa o explotación *(Betrieb)* en que están ocupados. De ahí también la dificultad de cada gremio para definirse a sí mismo.

Hace un siglo el mecánico maquinista lo hacía todo en su ramo, desde los moldes de madera hasta armar en la fábrica la máquina que había construído con sus manos. Después el oficio se ha subdividido mucho, y en el taller mecánico las máquinas se han diversificado. Intervienen en la fabricación muchos obreros que no saben manejar sino una de ellas, incapaces, por lo tanto, de substituirse recíprocamente. En 1900 la Asociación Internacional de Mecánicos *(machinists)* de Norte América dió de su propio oficio una definición de once líneas impresas, que comprendía a todo obrero competente en el torno o en la cepilladora o en la máquina de dar forma o en la de agujerear, etc. Tres años más tarde, en su convención de Milwaukee, el mismo gremio hizo su definición más elástica, incluyendo en ella a obreros aun más especializados, con lo que se elevaron al número de 25 las grandes categorías de trabajadores comprendidos en el oficio. Y en 1905 la Asociación extendió su jurisdicción a toda

persona que en la fabricación de máquinas trabaje con una máquina no absolutamente automática, y haya pasado o no por el aprendizaje del oficio, siempre que sea capaz de ganar el salario normal para su clase de trabajo. Todos los productores empleados en la fábrica de máquinas son, pues, considerados del gremio de mecánicos, excepto los peones y los que atienden mecanismos tan automáticos como una sierra o una máquina de hacer la rosca de las tuercas. Ante la rápida evolución técnica de la última década, con sus nuevas y variadas herramientas especiales que permiten a un obrero cualquiera hacer trabajos antes reservados para los mecánicos expertos, los organizadores del gremio de maquinistas mecánicos son los primeros en reconocer la dificultad de decir en qué consiste el trabajo de maquinista, y de impedir que los empresarios pongan partes de la obra en manos extrañas al oficio. "En mi opinión —decía en 1903 el presidente de la Asociación—, no resolveremos del todo el problema hasta que hayamos adquirido completo contralor del taller mecánico, y estemos en el caso de tratar respecto de todos los que trabajen en él."

A que la división de los trabajadores en gremios sea aún más indecisa contribuyen poderosamente las grandes migraciones modernas de trabajadores. De la mezcla de los hombres resulta la de sus procedimientos y la demanda de nuevos artículos de consumo, todo lo cual acelera en los países nuevos la readaptación de la técnica. Y el inmigrante desprendido de la tradición, sin preocupaciones de rango ni vínculos de agrupación, acepta presuroso todo nuevo modo de trabajo que le permita elevar su nivel de vida.

Para su propio desarrollo, por su misma salud, las uniones gremiales proletarias están, pues, abiertas a todo nuevo miembro que les aporten las nuevas modalidades de la división del trabajo o el aflujo de operarios extranjeros. Y por su mismo carácter de organizaciones de clase dentro de una sociedad en que no son siempre heredados el papel de los individuos ni los privilegios de que disfrutan, y en la cual es posible el paso de las personas de una clase a otra, las

modernas uniones obreras están siempre expuestas a perder a aquellos de sus miembros bastante capaces y enérgicos para elevarse a la categoría de empresarios, eventualidad probable sobre todo en los países nuevos, de gran aumento de población y rápido incremento del capital.

Los sindicatos proletarios carecen, pues, de la individualidad y de la consistencia de las antiguas corporaciones de gremio. Tanto mayor es en cambio la amplitud de su conciencia de clase, del sentimiento de solidaridad que une a todos ellos. Lejos están los trabajadores modernos del estado de espíritu de aquellos panaderos de Colmar que, a partir de 1495, lucharon diez años para impedir que en la procesión del Corpus otras corporaciones de oficio marcharan tan cerca como ellos del santísimo sacramento. Y como las relaciones todas de los hombres, la expansiva simpatía de clase del proletariado moderno se extiende cada día más allá de las fronteras.

• • •

La organización gremial proletaria sigue en su desarrollo las grandes líneas que le marcan, por una parte, su carácter de entidad igualitaria de lucha, por otra, la necesidad de su extensión y consolidación nacional e internacional.

Su forma más simple es el club o centro en que se reunen los trabajadores de un ramo y de una ciudad. Sin comisión permanente en sus comienzos, esas organizaciones primitivas se avocan en sus asambleas todos los asuntos. Cuando disponen ya de un local y tienen una caja que guardar, designan una comisión, muchas veces a la suerte o por riguroso y obligatorio turno entre los miembros; pero este rudimento de órgano ejecutivo apenas abrevia las tareas de la asamblea, que delibera y resuelve aún sobre las cuestiones de detalle y está bien informada mientras se trata de asuntos locales de una colectividad no muy extensa. No así los gremios principales de las grandes ciudades modernas, ni donde se concentran en grandes masas los productores

asalariados de un ramo. Ni la voz ni el oído humanos permiten hasta ahora deliberar con eficacia en asambleas de miles de personas, ni cada una de éstas puede estar al cabo de las circunstancias de cada caso particular acerca del cual haya de tomarse una determinación. Imposible que los 8.500 obreros sastres de Buenos Aires, ni los 15 ó 20 mil trabajadores metalúrgicos de la casa Krupp en Essen, reunidos en masa, deliberen con acierto. Necesariamente predominaría en esas multitudes la opinión de los hombres de voz más estentórea y desaforado gesto. Las tumultuosas reuniones de miles de zapateros, tanto en Londres como en Leicester, se han mostrado incapaces de discutir con eficacia los intereses del gremio.

A esta altura del desarrollo, todos los trabajadores de un ramo no pueden ya intervenir directamente en el manejo de los asuntos colectivos, y, divididos en grupos, tienen necesariamente que elegir delegados o representantes, encargados de ser sus portavoces o deliberar por ellos.

Esta necesidad de instituciones representativas surge con más fuerza aun al vincularse permanentemente las agrupaciones obreras del mismo oficio de toda una región o de todo un país, evolución impuesta a los gremios proletarios por la moderna extensión de las relaciones económicas. Las uniones obreras de hoy día no pueden en manera alguna conservar el carácter de corporaciones locales cerradas, propio de los gremios de la Edad Media. La actual facilidad del transporte extiende a través de las distancias la competencia entre los productores afines, determinando hacia el lugar de los trabajadores más favorecidos ya el aflujo de mercancías producidas con menor costo, ya el de hombres dispuestos a trabajar a más bajo precio. Para que su esfuerzo sea eficiente, la organización obrera tiende, pues, a abarcar en la misma unidad provincial, nacional o internacional a los trabajadores todos del mismo ramo. Y al extenderse, la estructura del gremio se complica. Una de sus secciones asume el papel de órgano coordinador de la acción de todas, y la comisión local pasa a ser al mismo tiempo la comisión

general. La función directiva toca a la sección local más importante, o es adjudicada por turno a cada sección. Recién en 1909 han desistido los obreros toneleros franceses del cambio anual de la sede de su liga central, por no ser propicio ese cambio al desarrollo de la organización. Aumentan entre tanto las tareas de la oficina central de la liga, y, al elevarse el número de secciones coligadas, se hace preciso designar uno o más funcionarios permanentes del gremio, que es preciso también pagar de un fondo central. Comienza así a formarse dentro de los gremios proletarios una clase de secretarios y administradores de profesión, encargados también de la redacción de la propaganda escrita. Son hombres salidos de las filas, ordinariamente provistos de antemano de una educación superior a la corriente del gremio, y que en el ejercicio de sus trabajos de oficina desarrollan sus aptitudes y se califican cada vez más. Los mineros de las hulleras de Inglaterra han elegido muchos de sus secretarios generales entre los hombres que controlan las pesadas del carbón. Son muchas ahora las ligas obreras que designan a sus empleados en certamen de competencia. Mientras los secretarios obreros son elegidos por el voto general de los miembros de la liga, y no tienen a su lado sino un comité local, formado por hombres de escasa experiencia y educación especial y poco conocidos de la masa del gremio, la autoridad de aquellos funcionarios es muy propensa a degenerar en una dictadura, a pesar de todas las reglamentaciones escritas que se quiera oponerles, y del referéndum o voto general. Bajo esa informe democracia plebiscitaria, sin embargo, han alcanzado gran desarrollo algunas de las uniones gremiales inglesas. La Sociedad de Caldereros y Constructores de buques de hierro, establecida en 1832 y que en 1896 contaba 40.776 miembros, era el modelo del género. Ella comprendía a todos los hombres del oficio y extendía su dominio a todos los puertos de construcción. Aun en los años de más profunda depresión del ramo, ella prestó a sus socios sus beneficios de distinta índole con toda liberalidad, y había acumulado al mismo tiempo un

fondo de reserva de 175.560 libras esterlinas; sin perder en nada su carácter combativo, pues ninguna organización era más celosa respecto de las condiciones de trabajo de sus miembros, ni había oficio cuyos hombres se negaran más rigurosamente a trabajar junto con obreros extraños a la unión. Y esa poderosa organización era nominalmente manejada por un comité ejecutivo en perpetuo cambio, cuyos miembros elegidos por una simple sección de la Liga y sólo por un año, no podían ser reelectos durante tres. El voto de los obreros todos elegía separadamente a los funcionarios a sueldo por un término de dos a cinco años. Todas las reglas de la asociación, inclusive las cuotas, podían ser modificadas por el voto general de los miembros, y toda reforma de los estatutos hecha por el congreso de delegados de las secciones debía sujetarse a la aprobación de las asambleas seccionales; y cada sección podía exigir que una proposición suya fuera sometida al voto general. Pero esa constitución, de una democracia primitiva e inadecuada para una organización de tal magnitud, había caído en completo desuso, y, en realidad, el gremio era administrado y dirigido por una burocracia de hombres capaces, y honorables, formada por los funcionarios a sueldo, siempre reelectos, y dócilmente secundados por el comité ejecutivo.

Las uniones gremiales proletarias de data más reciente, con más educación societaria y más conscientes de su propio porvenir, se han dado desde luego una organización representativa que concilia la fuerte dirección central con la debida intervención de cada afiliado en los asuntos colectivos. En Alemania la unión gremial es propiamente la liga federal de cada ramo, de la cual los sindicatos o grupos locales son simples secciones, órganos de información y administración. Todas las secciones de una liga gremial tienen idéntico estatuto, y la cotización que pagan sus miembros es la misma. Salvo lo necesario para los gastos locales regulares e indispensables, las sumas recaudadas van a la caja central de la unión, la cual provee a las otras necesidades de las secciones locales. Estas intervienen en la dirección de

la liga mediante sus representantes en los congresos, que se reunen cada dos o tres años, y por su participación en la elección del comité federal; y en cuestiones especiales, son llamadas a invitar a sus miembros a votar; así las ligas centrales de guanteros, cartereros, talabarteros y zapateros han sometido recientemente al referéndum de sus miembros la federación de todos los gremios de la industria del cuero. Además de agencias administrativas y de secciones electorales, los grupos locales son siempre, pues, en cierta medida asambleas deliberantes, lo que, para la masa de los afiliados, hace más eficiente su función educativa. Pero las principales cuestiones relativas a la acción del gremio, como órgano de ayuda mutua y de lucha, son resueltos por el congreso de la federación, formado por representantes con amplios poderes, no por simples delegados con mandato imperativo, y por el comité federal, elegido y fiscalizado por el congreso. De la caja central sale la ayuda pecuniaria en las huelgas; éstas son, por consiguiente, prolijamente reglamentadas, y sujetas al criterio del comité central, autorizado a vetar las resoluciones locales, aun las de una asamblea, como acaba de hacerlo la dirección de la poderosa Liga de los Obreros Metalúrgicos alemanes en un caso de gran resonancia. En la fábrica Strebel, de la ciudad de Mannheim, la empresa pagaba salarios por pieza, según una tarifa convenida con los obreros para un plazo que terminó en la primavera de 1908, al acentuarse en el continente europeo la última crisis. Con gran dificultad consiguióse mantener la tarifa hasta fines de setiembre. La empresa anunció entonces que, por caducar su patente exclusiva para la fabricación de las calderas especiales de la casa, otras fábricas se pondrían también a construirlas y el precio del artículo bajaría, lo que obligaba a la firma a rebajar los salarios. En consecuencia, hizo saber a sus empleados que, a partir del 15 de octubre regiría una nueva tarifa que permitiría obtener a los fundidores de 65 a 78, a los obreros adiestrados del taller de 58 a 65, y a los trabajadores ordinarios de 52 ½ a 60 céntimos de marco por hora de trabajo regular. Como su opo-

sición a la nueva tarifa fuera desatendida, los obreros se declararon en huelga el 14 de octubre, con la aprobación de las organizaciones, porque (1) la remuneración por hora que se presentaba como posible con la nueva tarifa por pieza era mucho más baja que la obtenida con la tarifa anterior; (2) no se garantizaba en manera alguna esa misma remuneración, con ser más baja. Después de varias semanas de huelga, la liga de los empresarios de Mannheim y de las vecinas ciudades de Ludwigshafen y Frankenthal resolvió por unanimidad cerrar todas las fábricas a partir del 1º de enero de 1909 si los obreros de la fábrica Strebel no volvían al trabajo antes del 15 de diciembre. El cierre hubiera arrojado fuera de las fábricas a 14-15.000 obreros, y dejado sin pan a sus familias. Su amenaza puso en movimiento a la autoridad municipal y, bajo la presidencia del burgomaestre, se hicieron nuevas tentativas de arreglo, en que la empresa concedió la revisión de la nueva tarifa para el caso de que, al ser aplicada, no diera la remuneración esperada por hora de trabajo, y el pago a los obreros de la diferencia por el tiempo en que no hubieran alcanzado a obtenerla. Todos los organizadores y hombres de confianza del movimiento obrero opinaron entonces que la huelga debía cesar. Los obreros, sin embargo, resolvieron continuarla, a pesar de la grave amenaza del cierre. El 21 de diciembre, el comité ejecutivo de la Liga de obreros en metal, reunido en sesión plenaria con asistencia de los funcionarios de la Liga en las tres ciudades interesadas, declaró por unanimidad que era perjudicial para los obreros y su organización continuar la huelga. Una nueva votación de los huelguistas dió, a pesar de todo, 467 votos por la continuación de la huelga y 43 en contra. Entonces el representante del comité directivo allí presente manifestó que el comité, después de ciertas consideraciones, había resuelto declarar terminada la huelga, lo que fué comunicado por telégrafo al presidente de la liga patronal. No se habló más de cierre, y una parte de los huelguistas volvió en seguida al trabajo, mientras otros, más imbuídos de autonomía que

de solidaridad, protestaban todavía contra la resolución del comité.

Un conflicto idéntico ha terminado en Inglaterra con un desastre. En noviembre de 1907 las empresas constructoras de buques y de máquinas de la costa noreste de Inglaterra anunciaron una rebaja de 5 % en los salarios por pieza y de 1 a 2 chelines por semana en los salarios por tiempo, rebaja que, por reclamación de los gremios obreros, redujeron a la mitad. Pero asimismo los mecánicos maquinistas del distrito, por 6140 votos contra 1307, resolvieron resistir, y en febrero de 1908 entraron en huelga, paralizando el trabajo de miles de otros trabajadores, que aceptaban la nueva situación. Las gestiones de arreglo se reanudaron por iniciativa del ministro de comercio e industria, y las empresas se obligaron a pagar los antiguos salarios hasta la pascua de 1908, y a someter la cuestión de la futura rebaja de 2 ½ % de los salarios por pieza y de 1 chelín por semana de los por tiempo al juicio de un tribunal imparcial al que ambas partes presentarían su alegato. Los organizadores del gremio aconsejaron a sus compañeros aceptar ese convenio; pero este fué rechazado por 5865 votos contra 3047. Pareció que el convenio no había sido comprendido; el ministro y los funcionarios del gremio obrero obtuvieron de los patrones la prolongación del plazo, para que se votara de nuevo. Barnes, el acreditado secretario general de la unión de mecánicos, recorrió los principales puntos del distrito, exponiendo a los hombres del gremio las razones que obligaban a aceptar. Predominó, sin embargo, la resistencia extrema, y, por 4356 votos contra 3693, el convenio fué rechazado otra vez. La huelga siguió su curso, el ministro no intervino más, y Barnes, que había sido durante once años, principal funcionario de la unión y disfrutaba de un sueldo anual de 300 libras esterlinas y de una hermosa habitación en la sede central del gremio, renunció al no ser aceptado por el comité central su plan de apelar a la totalidad del gremio, promoviendo un voto general para la supresión de una cláusula de los estatutos que prohibía al comité central intervenir

en ningún conflicto local una vez que hubieran votado acerca de éste los obreros del distrito directamente interesado. El fin del conflicto justificó su actitud. En agosto, después de seis meses de huelga, los obreros autorizaron al comité central a tratar de nuevo con los patrones, y a mediados de septiembre, por 4609 votos contra 3739, resolvieron volver al trabajo, aceptando sin más trámite la rebaja de los salarios que aquéllos exigían. La huelga, emprendida a pesar de la opinión y la actitud de otros gremios interesados y de las autoridades del propio gremio, había fracasado por completo y costado a la organización más de 100.000 libras esterlinas. El sentimiento proletario irritado de una sección del gremio se había sobrepuesto a la experiencia y el juicio de los organizadores del gremio entero.

Se complican así los problemas de la organización interna de los gremios proletarios al constituirse estos como unidades cada vez más vastas. Y la solución no puede ser la misma en todos los países, ni para todos los gremios. El parlamento de los hiladores ingleses de algodón puede sesionar cada tres meses en Manchester, porque esa industria está concentrada en cincuenta kilómetros a la redonda. Mucho más costoso y difícil es que se reunan en congreso los representantes de las numerosas secciones de un gremio desparramado por todo un gran país.

Al solidarizarse más extensamente dentro de su gremio cada productor proletario, y contar en sus reivindicaciones con el apoyo de una asociación cada vez más fuerte, se hacen al mismo tiempo para él cada vez más mediatos e indirectos los problemas de la lucha, su responsabilidad aumenta junto con la trascendencia de las resoluciones a tomar, y vese obligado a delegar en representantes elegidos la facultad de resolver los asuntos más urgentes y complejos. Y para elegirlos con acierto, bástale mirar a los que en la obra diaria

del gremio han adquirido más experiencia, y, por su inteligencia y carácter, se han mostrado más dignos de confianza. Esta organización representativa no da, por supuesto, a los directores una clarividencia absoluta, ni los pone a cubierto de la sospecha ante masas excitadas y recelosas, pero es la única posible para grandes asociaciones, y su eficiencia está demostrada por el hecho de que la unidad gremial proletaria tiende a crecer y a complicarse aún más.

La misma división del trabajo, que diversifica al infinito las ocupaciones de los hombres en un momento dado, obliga a los trabajadores a clasificarse en grandes grupos de afines; y la aceleración del progreso técnico hace cada vez más transitorio el valor de las aptitudes técnicas especiales. Los antiguos límites entre los oficios se borran en los lugares del trabajo, y en los individuos, muchos de los cuales son llamados a ocuparse en tareas diferentes en sucesivas épocas de su vida. De ahí que en los países donde es mayor la capacidad societaria de los trabajadores tiendan éstos a asociarse en grandes ligas correspondientes a las grandes ramas de la industria, tendencia más acentuada en las organizaciones más modernas.

En Inglaterra, cuna de la organización gremial proletaria, no ha llegado aún muy lejos esta segunda fase de la centralización. Cardadores e hiladores de algodón tienen sus organizaciones aparte, con sus reglamentos y cajas propias, y tratan por separado con los patrones; sólo porque trabajan en las mismas fábricas y para las mismas empresas se han combinado en la Asociación de Obreros en Algodón, para apoyarse recíprocamente en sus reclamaciones; cada uno de los dos gremios contribuye a un fondo federal, destinado a mantener a los obreros del gremio que se retire del trabajo en apoyo del otro. Recientemente se han federado once asociaciones obreras británicas de fundidores de hierro y de latón, para formar una gran organización de 50.000 hombres, cuyos estatutos prohiben a las secciones declararse en huelga sin la autorización del comité central.

Es en Alemania donde la vinculación de los gremios obreros en grandes grupos afines es más estrecha y completa. La Liga Central de los obreros metalúrgicos reunía en 1912 en 15 oficios, 567.747 asociados. La Unión Central de los Obreros en Madera tenía 196.810 miembros. El arte textil está reunido por entero en una Unión que alcanzaba a tener 142.634 miembros al aerminar el año 1912, entre los cuales algo más de 46.000 mujeres; y comprende desde el cardado hasta el tejido y desde la seda hasta el algodón. Los confiteros y pasteleros han refundido su liga en la de los panaderos. En la Unión de Escultores, los que trabajan en madera y los que trabajan en piedra aportan sus contribuciones y reciben todos los beneficios sociales de una caja común. Los gremios pequeños encuentran ventajas financieras y de organización en agregarse a grandes y poderosas ligas centrales. Los obreros en corcho entran en la Unión central de los trabajadores en Madera. Los xilógrafos y los grabadores de billetes están en vías de agregarse a la Liga de los litógrafos e impresores en piedra, que tiene ya cerca de 170.000 miembros. En los últimos años el número de obreros organizados ha crecido enormemente en Alemania, así como el de los trabajos especiales a que se ha extendido la organización; no así el número de las uniones o ligas centrales, que se ha mantenido estacionario o se ha reducido algo.

En Francia se nota la misma tendencia de los gremios obreros a constituirse bajo la forma de grandes ligas de industria. La organización no es, sin embargo, en este país bastante firme, ni su funcionamiento bastante regular para que la fusión de los gremios afines sea sin peligro. Tal ha sido en 1908 la opinión del congreso de los fundidores, al no adherirse a la liga nacional de los obreros metalúrgicos, por considerar que las actuales relaciones de su gremio con los de los mecánicos y herreros son las más adecuadas para una armonía eficaz y duradera.

En Italia los obreros de la imprenta, de la construcción, de la industria textil, los metalúrgicos, los sombrereros y

otros gremios están organizados en uniones centrales relativamente fuertes. Antes los comités directivos no tenían más funciones que las de la propaganda, la redacción del órgano central, y la convocatoria de los congresos. La nueva tendencia es a encomendarles también las principales funciones administrativas, el socorro en caso de enfermedad o desocupación, la ayuda de costas de viaje, etc., para lo cual las principales organizaciones elevan la contribución a la caja central, que no había pasado hasta ahora de 5 a 10 centésimos al mes por asociado.

* * *

Tales son las grandes líneas según las cuales viene haciéndose la organización gremial proletaria, cuya distribución geográfica en el mundo es casi idéntica a la del capitalismo industrial, si bien la vinculación de los obreros entre sí es más fácil donde la población es más densa y la lengua más homogénea.

Por mucho tiempo el gremialismo proletario ha tenido su más alta expresión en las Trade Unions británicas. Al terminar el año 1901 contaban ellas 1.940.874 obreros asociados. A fines de 1907 había en el Reino Unido 1.173 uniones gremiales con 2.406.746 trabajadores agremiados, de los cuales 201.709 eran mujeres, 85 % de ellas ocupadas en la industria textil. A pesar del aumento considerable del total de obreros agremiados, el número de uniones gremiales había bajado de 1.289 a 1.173 entre los años 1894 y 1907 lo que indica doblemente la centralización del movimiento y la creciente importancia de cada unión gremial.

Las cien uniones gremiales británicas más importantes contaban al finalizar el año 1907 con 1.457.856 adherentes, más de 60 % del total de los obreros agremiados. He aquí el movimiento financiero de esas 100 uniones más importantes:

Año	Número de agremiados al terminar el año	ENTRADAS			GASTOS			Fondos disponibles al fin del año		
		Total (libras esterlinas)	Por miembro		Total (libras esterlinas)	Por miembro		Total (libras esterlinas)	Por miembro	
			Peniques	Chelines		Peniques	Chelines		Peniques	Chelines
1898	1.090.872	1.902.130	34	10 ½	1.476.387	27	0 ¾	2.656.800	48	8 ½
1899	1.169.972	1.835.398	31	4 ½	1.252.011	31	4 ¾	3.240.187	55	4 ¾
1900	1.213.287	1.947.057	32	1 ¼	1.456.716	24	0 ¼	3.731.328	61	6
1901	1.220.257	2.043.951	33	6	1.631.081	26	0 ¾	4.131.298	67	9 ¼
1902	1.218.466	2.086.819	34	3	1.800.234	29	6 ½	4.420.883	72	6 ¾
1903	1.205.949	2.100.996	34	10 ¼	1.917.105	31	9 ½	4.604.774	76	4 ½
1904	1.199.571	2.115.092	35	3 ¼	2.054.009	34	3	4.665.857	77	9 ½
1905	1.213.789	2.211.733	36	5 ¼	2.064.535	34	0 ¼	4.813.055	79	3 ¾
1906	1.298.226	2.344.157	36	1 ¼	1.958.606	30	2	5.108.536	80	1
1907	1.457.856	2.493.282	34	2 ½	2.054.157	28	2 ¼	5.637.661	77	4

En 1904 de las 100 uniones gremiales más fuertes 81 ayudaban con dinero a los socios desocupados, 75 prestaban socorro a sus miembros en caso de enfermedad o accidente, 87 daban ayuda funeraria, 40 pensionaban a la vejez, y 36 prestaban a la vez los cuatro beneficios. Todas, por supuesto, daban ayuda pecuniaria en caso de huelga. He aquí, cómo se distribuyeron sus gastos durante la década 1898-1907:

Año	Huelgas y cierres		Ayuda en la desocupación		Ayuda en otros casos (a)		Administración y otros gastos	
	Gastado (libras esterlinas)	% del total de gastos	Gastado (libras esterlinas)	% del total de gastos	Gastado (libras esterlinas)	% del total de gastos	Gastado (libras esterlinas)	% del total de gastos
1898	326.428	22,1	233.613	15,9	607.840	41,1	308.456	20,9
1899	199.979	9,6	184.564	14,8	620.508	49,5	326.960	26,1
1900	153.516	10,6	261.295	17,9	679.556	46,6	362.349	24,9
1901	210.001	12,8	325.264	19,8	720.119	43,9	385.697	23,5
1902	218.691	12,1	429.524	23,9	748.850	41,6	403.169	22,4
1903	171.962	9,0	516.258	26,9	799.166	41,3	437.719	22,8
1904	124.285	6.1	654.993	31,9	849.236	41,3	405.495	20,7
1905	200.758	10,2	522.967	25,4	902.511	43,7	428.299	20,7
1906	152.053	7,8	424.030	21,6	923.005	47,1	459.588	23,5
1907	133.363	6,5	405.668	22,7	975.297	47,4	479.829	23,4
(*)	182.104	10,3	401.818	22,8	781.809	44,2	401.756	22,7

(*) Término medio.

En los gastos de la columna (a) están comprendidos, además de las ayudas por enfermedad o accidente, de las ayudas funerarias y pensiones a la vejez, las donaciones a socios, las donaciones a otras uniones gremiales, las cuotas pagadas a federaciones, bolsas de trabajo, congresos, etc. La notable diminución absoluta y relativa de las sumas gastadas en huelgas y cierres se debe a que estos conflictos se han hecho menos frecuentes al generalizarse la mediación y el arbitraje sobre todo en la industria de la construcción, para resolver las diferencias entre empleadores y empleados.

Las uniones gremiales inglesas, las primeras en adquirir gran desarrollo han crecido últimamente más despacio. Algunas de ellas, como la de los hiladores de algodón, apenas pueden crecer, pues hace tiempo que comprenden a casi todos los trabajadores del ramo, cuyo número no aumenta porque la industria algodonera inglesa no se extiende ya como antes. En otros gremios la multiplicidad de las sociedades obreras es un obstáculo a la organización; falta en ellos suficiente conciencia de clase para sobreponerse a las rencillas y los celos entre personas y entre pequeñas colectividades. Asimismo ha continuado en los últimos años la tendencia a la centralización que se manifiesta en ellas desde 1896. En 1912 las uniones gremiales británicas eran 1.134, según la estadística oficial, y comprendían 3.281.000 asociados.

Como el capitalismo industrial, el gremialismo proletario ha aparecido en Alemania más tarde que en la Gran Bretaña. Ha sido, en cambio, guiado desde un principio en la tierra germánica por conceptos históricos nuevos, y animado de un amplísimo sentimiento de solidaridad obrera. Comenzó en el año 1863 con la ''Asociación General de los Obreros Alemanes'', tentativa prematura y efímera de centralización. La tendencia subsistió, y cinco años más tarde, antes de que se hubiera formado ninguna gran organización de un gremio por separado, constituyóse la Liga de las uniones gremiales obreras de Alemania. Diferencias doctrinarias pudieron después más que el espíritu de clase, y por algunos años vióse a los

gremios obreros alemanes divididos en lassallianos y marxistas, hasta que unos y otros llegaron a la conciencia histórica común que guía actualmente al proletariado militante alemán en la lucha de clases. Ahora las instituciones gremiales germánicas empiezan a ser el modelo de la clase trabajadora mundial; y a tal punto han roto con los prejuicios que paralizan aún al pueblo trabajador de otros países, con tal empuje se han puesto a la obra, tan rápido ha sido su desarrollo, que de distintos lados de la clase proletaria gobernante se intenta con empeño desviar la poderosa corriente hacia el torcido cauce de un movimiento profesional híbrido, sin carácter de clase.

La Comisión General de las Uniones Gremiales de Alemania, es el órgano central de las grandes organizaciones de gremio de aquel país, íntimamente vinculadas entre sí por la comunidad de métodos de acción, y de propósitos inmediatos y lejanos. He aquí el número de los trabajadores que han formado parte de esas organizaciones en el presente siglo:

Año 1901	677.510	Año 1908	1.835.731
„ 1902	733.206	„ 1909	1.842.667
„ 1903	887.698	„ 1910	2.129.021
„ 1904	1.052.108	„ 1911	2.400.018
„ 1905	1.344.803	„ 1912	2.559.781
„ 1906	1.689.709	„ 1913	2.575.663
„ 1907	1.865.506		

El número de uniones centrales que en el año 1903 eran 63, había bajado a 48 en el año 1912, por la fusión de gremios cada vez más fuertes. En 29 de estas uniones, estaban distribuídas 222.233 productoras proletarias.

Se trata de cifras dignas de toda confianza, pues las uniones obreras alemanas no cuentan como miembros sino a los que pagan regularmente su cuota a la caja gremial, exceptuando a los enfermos y desocupados. Como los sindicatos obreros pagan a la Comisión General una cuota trimestral por cada uno de sus miembros, y deben contribuir también a los gastos de toda obra común, en proporción al número de

socios que han declarado, tienen el más claro interés de no exagerar ese número.

La cuota semanal que paga a su organización cada obrero asociado varía de 15 céntimos de marco en el gremio de empleados de oficina a 1.10 marcos en el de tipógrafos. En general, esa cuota tiende a aumentar; en 1891 la cuota semanal era de menos de 15 céntimos de marco en 14 uniones gremiales, en 1900 en 6, en 1901 en 4; las organizaciones con una cuota semanal por cabeza inferior a 20 céntimos de marco, eran 29 en 1891, 16 en 1900, 11 en 1901; sólo una organización exigía en 1900 una cuota de más de ½ marco. Las cuotas semanales continúan elevándose, al desarrollarse la organización; en 1906 no quedaba sino un gremio proletario que exigiera sólo de 15 a 20 céntimos de marco por semana; en 10 gremios la cuota semanal era de 21 a 30 céntimos; en 20 de 31 a 40; en 25 de 41 a 50, y 10 uniones gremiales recibían por semana de cada obrero asociado más de ½ marco.

En conjunto, las entradas de las ligas obreras alemanas sumaron 80.233.575 marcos en el año 1912, y sus gastos 61.105.675 marcos, de los cuales estaban en las cajas centrales 62.934.731 marcos. Calculadas por adherentes, las entradas fueron 31.71 marcos, los gastos 24.15 y el caudal 31.93 marcos. De lo gastado en 1912 por las uniones gremiales alemanas 1.179.102 marcos lo fueron en ayuda para viajes; 405.403 marcos en ayuda para cambios de domicilio; 7.741.420 marcos en ayuda a los socios sin trabajo; 11.436.326 marcos en socorro a los socios enfermos; 1.178.320 marcos en ayuda en casos de fallecimiento; 515.846 marcos, en otros socorros; 1.070.752 marcos en apoyo de los compañeros perseguidos o perjudicados por su intervención en el movimiento obrero. En el sostenimiento de huelgas y hacer frente a cierres en el propio gremio se gastaron 2.047.726 marcos y 437.457 en apoyo de huelgas de otros gremios y del extranjero, no excediendo el gasto en conflictos con las empresas sino muy poco a la mitad de lo gastado en las otras formas de ayuda a los

asociados. En los 22 años transcurridos desde 1891 hasta 1912 las uniones gremiales alemanas han gastado 165,5 millones de marcos en ayudas y socorros pacíficos y 121,5 millones en apoyo de huelgas. Los gremios proletarios alemanes, pues, invierten en la lucha con las empresas una parte de sus fondos proporcionalmente mucho mayor que la que a ese fin destinan de los suyos los gremios británicos, cuyos desembolsos por huelgas sólo fueron 10,3 % del gasto total durante la década 1898-1907.

Y que esta mayor combatividad de los gremios alemanes está iluminada por más altas aspiraciones de cultura, lo indica la suma considerable que anualmente invierten en sus bibliotecas y cursos instructivos, suma que en 1912 llegó a marcos 379.012. Cada una de las uniones centrales tiene su órgano propio, y algunas dos, para informar a los obreros sindicados de la marcha de la organización y discutir las cuestiones de interés para el gremio. Los 48 periódicos gremiales que había en 1912 tenían un tiraje total de 2.664.700 ejemplares. Los obreros sindicados reciben todos el órgano de su gremio, excepto los de un gremio que, para recibirlo, deben abonarse. De esos periódicos 33 aparecen semanalmente y los otros cada dos semanas o mensualmente. En 1912 las uniones gremiales alemanas gastaron en su prensa 2.696.667 marcos.

La prensa obrera ha sido en Alemania el agente más poderoso para extender y consolidar la organización gremial proletaria. En ella se ha formado todo un gremio de redactores obreros y uno de administradores en la obra paciente y metódica de la organización gremial. Son hombres que han formado parte del gremio, más instruídos que la generalidad, obligados a una labor asidua en la cual desarrollan sus aptitudes de propagandistas y organizadores. Su número ha crecido rápidamente al extenderse la organización gremial proletaria y adaptarse su estructura a sus nuevas funciones, cada vez más complejas. Los empleados de las uniones obreras alemanas eran 104 en el año 1898, 269 en 1900, 677 en 1904, y 1.625 a fines de 1907. Hay entre ellos una manifiesta solidaridad, y se consideran dependientes asalariados de las uniones gremiales, a las que han insinuado ya alguna vez la necesidad de mejorar su situación y de hacerla más segura. Su demanda ha encontrado simpática acogida en los sindicatos, dispuestos a dar a sus funcionarios una posición digna y tranquila que los capacite más como directores del movimiento, y los ponga a la altura de los problemas cada día más importantes de la acción gremial. Sin llegar todavía a la remuneración que hace años reciben sus colegas de Inglaterra, los funcionarios del gremialismo proletario de Alemania han visto mejorar continuamente sus salarios en los últimos años; la entrada media anual del empleado gremial alemán en 1898 era de 1.764.10 marcos; los mejor remunerados de ellos recibían de 2.160 a 2.300 marcos y uno solo percibía 2.500 marcos. En 1900 elevóse a 1.825 marcos el sueldo anual medio, y hacia 1909 éste era, en la mayor parte de los casos, de 2.000 a 2.500 marcos. Hay aún empleados con 1.300 a 1.400 marcos al año, sobre todo en las uniones gremiales menos importantes; pero las grandes pagan algunos sueldos de más de 3.000 marcos al año. El congreso de los obreros de la industria textil ha regulado el salario inicial de los miembros del comité directivo y de los redactores en 2.000 marcos al año, con un aumento de 100 marcos anuales hasta llegar al sueldo máximo de 3.000; los auxiliares del comité y directores regionales empiezan con 1.800 marcos y con 100 marcos anuales de aumento, pueden llegar a 2.600; para los empleados locales se fijó un sueldo mínimo de 1.600 marcos al año. No obstante las aspiraciones de igualdad que dominan al movimiento proletario alemán, en el seno de éste se reconoce que el funcionario gremial tiene gastos impuestos por la naturaleza de su cargo, se admite que el trabajo mental es fatigante, se da al empleado capaz una situción material superior a la de los obreros que sirve, y se desarrolla, con la ayuda de todos los gremios, un gremio nuevo y singular, la "Unión Protectora de los Empleados del Moderno Movimiento Obrero", que en 1912 contaba 3297 miem-

bros, de los cuales 1937 eran empleados de los gremios y 153 servían en las secretarías obreras.

Tal es en sus grandes caracteres el cuadro que hoy nos ofrece el gremialismo proletario alemán. Frente a él se han levantado tendencias que pretenden disputarse el campo de la asociación profesional del pueblo trabajador. La más antigua de ellas, surgida de un viejo partido político titulado progresista, ha establecido las sociedades profesionales llamadas Hirsch-Duncker, que afirman la profunda armonía entre los intereses de los patronos y los de los obreros, y reducen su acción a la asistencia y el arbitraje; en 1912 contaban 109.225 adherentes. Hay también en Alemania uniones gremiales cristianas, divididas en dos sectas, que juntas reunían 344.687 individuos en 1912. Como las anteriores, éstas niegan la lucha de clases. Pero, en cuanto unas y otras son agrupaciones proletarias, ellas se ponen en el terreno de la realidad y sus adherentes obreros participan muchas veces en movimientos huelguistas con una decisión desagradable para quienes quisieran ver esas organizaciones incapaces de toda actitud militante.

Existen además en Alemania algunas sociedades gremiales obreras llamadas independientes, porque se mantienen aisladas; y un grupo de sociedades denominadas "localistas", cuyos jefes parecen creer ventajosa una federación amorfa y laxa de los grupos obreros para la lucha de clases, que pretenden sostener con un rigor extremado. En 1912 estas dos categorías gremiales sumaban 318.636 asociados.

Son, pues, en cifras redondas 3 ½ millones de productores proletarios los que en Alemania toman parte en la organización gremial más o menos franca. De ellos, una enorme mayoría forma las grandes uniones centrales, vinculadas entre sí, y en íntima comunión de ideas y propósitos con la organización política del proletariado. Ellas son las únicas de crecimiento sostenido y rápido, y a la vez que las más numerosas, las financieramente más fuertes, por cada asociado; en 1907 comprendían 76,3 % de los obreros agre-

miados, sus entradas eran 89,5 % de las entradas totales del movimiento gremial, sus gastos, 90 %, y tenían en sus cajas el 81,1 % de todos los recursos acumulados.

En Austria el gremialismo proletario se traduce ya en un movimiento activo y genuino, representado por las cifras que siguen:

AÑO	Sindicatos obreros			Miembros		
	Centrales	Regionales	Secciones locales	Hombres	Mujeres	Total
1901...	32	266	1273	113.672	5.378	119.050
1902...	47	241	1397	129.290	5.888	135.178
1903...	51	192	1623	145.146	9.519	154.665
1904...	45	121	2108	176.066	13.055	189.121
1905...	47	100	2964	294.697	28.402	323.099
1906...	49	77	4062	406.080	42.190	448.270
1907...	49	89	5030	454.693	46.401	501.094

La existencia de sindicatos regionales responde a la división del país en zonas ocupadas por poblaciones de distinta lengua; pero la unidad de la clase trabajadora se afirma cada vez más a pesar de las diferencias de raza, y el número de sindicatos regionales disminuye tan rápidamente como se extiende la organización.

Del medio millón de productores que en 1907 participaban en la organización gremial austríaca 35,52 % correspondían a Bohemia, y 33,05 % a la ciudad de Viena y la baja Austria, donde está el mayor número de obreros industriales adultos. Con la separación de las organizaciones obreras checo-eslovacas, acaecida en 1909, las cifras del movimiento gremial austríaco han bajado, contándose en 1912 cincuenta y cuatro uniones centrales, 23 regionales, 4.220 locales, y en total 428.363 adherentes.

Relativamente al total de trabajadores organizables, la proporción de organizados para todo el país era en 1907 de 22 %, siendo mucho mayor para ciertos gremios (litógra-

fos, 96 %; tipógrafos, 93,60 %; encuadernadores, 60 %; obreros en porcelana, 54,72 %; ferrocarrileros, 46,96 %).

Las entradas y gastos de las uniones gremiales austríacas, expresadas en coronas (1,05 franco), han sido como sigue:

Año	Entradas	Gastos	Año	Entradas	Gastos
1901 ..	2.229.346	2.111.082	1905 ..	4.641.726	3.829.751
1902 ..	2.617.184	2.392.539	1906 ..	6.982.374	5.609.810
1903 ..	2.942.854	2.647.066	1907 ..	8.120.763	7.147.730
1904 ..	3.392.970	3.004.160			

Pero esas cifras no expresan sino los recursos y gastos regulares, destinados a los fines que marcan los estatutos de los sindicatos, entre los cuales no entra la huelga. Los fondos de resistencia o de huelga se forman y se administran separadamente por combinaciones de las secciones de cada ramo, que perciben al efecto desde 5 céntimos hasta 1 corona semanalmente por asociado, a lo que se agregan contribuciones extraordinarias en los casos de grandes huelgas o cierres. Recaudáronse así en 1907 para fines de resistencia 3.283.716 coronas, de las cuales se gastaron 138.354 en ayudar a miembros perseguidos por su participación activa en la lucha obrera, y 1.687.233 en ayudar a trabajadores en huelga o víctimas del cierre.

En las otras formas de ayuda a los socios, los gastos de las uniones gremiales austríacas, expresados en coronas, se han distribuído como sigue:

AÑO	Ayuda para viajes	Ayuda a los desocupados	Socorro a enfermos e inválidos, viudas y huérfanos, socorros funerales	Ayuda en casos de accidentes	Total
1901...	96.691	377.448	538.890	40.362	1.053.392
1902...	151.218	360.289	485.764	65.514	1.062.787
1903...	104.101	474.968	575.638	76.795	1.231.502
1904...	95.790	583.301	660.190	71.728	1.411.010
1905...	118.154	733.915	738.923	141.291	1.732.285
1906...	129.631	919.401	876.275	312.430	2.237.739
1907...	162.808	1.147.534	1.122.772	408.225	2.841.339

El porcentaje de los diversos gastos regulares de los sindicatos obreros austríacos fué en 1907 como sigue: ayuda para viajes, 2,28; ayuda a desocupados, 16,06; ayuda a enfermos, 10,90; ayuda a inválidos, 2,69; ayuda en casos de fallecimiento 2,11; en casos de accidente, 5,71; costas legales, 2,00; prensa gremial, 14,21; educación, 3,59; agitación y organización, 10,73; administración (cosas), 8,63; administración (personas), 8,21; otros gastos, 12,88 %.

Del exceso de sus entradas sobre sus gastos, los gremios proletarios austríacos han acumulado caudales que en 1907 llegaron en conjunto a sumar 8.806.038 coronas. El gremio de empleados de cajas de asistencia contaba con 253 coronas por asociado, el de tipógrafos con 22, el de litógrafos con 150, el de sombrereros con 108. En el mismo año la prensa gremial austríaca constaba de 50 periódicos en alemán, 44 en lengua checa, 8 en polaco, 3 en italiano y 1 en esloveno, con un tiraje total de 508.690 números. La mayor parte de los periódicos eran mensuales y quincenales.

Por largos años la naciente agitación gremial proletaria fué obstaculizada en Francia por leyes burguesas basadas en la ficción de la libertad de contrato, prohibitivas de la asociación de los asalariados para mejorar sus condiciones de trabajo. Desde un principio el movimiento obrero de este país estuvo vinculado a tendencias políticas subversivas y a las nuevas doctrinas históricas y sociales; y ese doble parentesco teórico y práctico que, iluminando la conciencia del proletariado francés y dándole una tradición revolucionaria, ha sido uno de los factores de su fuerza, lo ha sido también de su debilidad al plagarlo de sectas que han oscurecido con sus conceptos estrechos el espíritu de clase, y al ilusionarlo respecto del valor de la violencia como método de acción colectivo. De ahí que el movimiento obrero francés, a la par que el más brioso, sea, dada la importancia industrial del país, el más inconsistente.

No hay, respecto del número y la fuerza de sus organizaciones, datos estadísticos completos y dignos de confianza. El Anuario de los sindicatos obreros franceses, documento

oficial que registra toda clase de asociaciones profesionales, entre ellas muchas que no tienen ni quieren tener nada que ver con los gremios proletarios, da para 1912 las cifras siguientes: 5.046 sindicatos de empleados o trabajadores con 1.027.059 asociados, de los cuales 69.182 mineros, 92.547 empleados de la industria textil, 96.127 obreros metalúrgicos, 122.451 obreros de la construcción, y 307.503 empleados del comercio y del transporte, cifra esta última indudablemente abultada por la inclusión de muchas simples sociedades de socorros mutuos. La organización gremial proletaria estaba sobre todo difundida en la minería (33,66 % del personal empleado) en el comercio y el transporte, con las limitaciones señaladas (27,66 %), en la industria química (25,64 %), en la construcción (24,44 %), y en las canteras (20,67 %).

Según documentos obreros, de los trabajadores en metales sólo 15 % estaban en 1905 en los sindicatos y sólo 4 % en la federación obrera de esa gran rama de la industria; se consideraba, sin embargo, a ese grupo de gremios como uno de los más organizados. Las uniones centrales de oficio o de industria, constituídas solamente a medias, suelen todavía dividirse por dogmas de escuela; así quedó deshecha en 1902 la federación de los mineros de Francia, en ocasión de un voto sobre la huelga general. Los sindicatos franceses disponen de sumas de dinero de todo punto exiguas frente a los ingentes recursos de otras organizaciones obreras. Lo cierto es que muchos de ellos desdeñan el mutualismo, hasta el punto de clasificar aparte a las uniones gremiales, que a ejemplo de las inglesas y alemanas, lo practican. Dicen que una caja bien provista paraliza el esfuerzo obrero contra la explotación, inclinando a los sindicatos a evitar conflictos. El hecho es que los sindicatos franceses apenas pueden emplear algunos funcionarios, mediocremente retribuídos, y que, a pesar de la manera violenta y exclusiva como algunos de sus directores entienden la lucha de clases, para la huelga misma sus recursos son escasos. En el ramo del vidrio, agotada la caja federal durante una huelga, los obreros se cotizan

para sostenerla en proporción a sus salarios, entregando al gremio el 5 % y aun hasta el 10 % de éstos. Otro recurso han sido las cocinas comunistas, que en Hennebont permitieron alimentar con un gasto medio de 30 céntimos de franco por día y por obrero a 1.800 trabajadores en huelga y sus familias, algunas de las cuales constaban de 4 y 5 niños; resultados semejantes han dado las cocinas comunistas en la huelga de Ivry, y en la muy grande de Longwy, en 1905. Estos expedientes no ocultan, sin embargo, a los ojos de los obreros más capaces la necesidad de reforzar la organización; así, en el congreso de 1905 de los obreros metalúrgicos se resolvió elevar de 20 a 30 céntimos la cotización federal mensual de los adherentes a los sindicatos federados, regularizar el viático o ayuda de viaje a los socios en busca de trabajo, propender al establecimiento de una libreta sindical única para todos los federados y controlar mejor el pago de las cotizaciones. Creáronse también en ese congreso secretarías regionales, y se completó la unión de la federación del cobre con la de los obreros metalúrgicos en general. En 1912, los sindicatos de sastres militares, guanteros, zapateros y obreros en zuecos se han incorporado a la unión gremial de la industria del cuero, y los obreros en mimbre a los madereros, con lo que las ligas gremiales centrales se han reducido a 49.

En Italia el gremialismo proletario tiene más de un rasgo común con el de Francia, de donde recibió su primera inspiración. Nacieron las sociedades obreras con fines de socorro mutuo, impregnadas del republicanismo revolucionario de mediados del siglo pasado, predicado por Mazzini. Después el desarrollo de la industria italiana ha dado campo para un movimiento obrero más moderno, con carácter de clase, en el cual se notan aún sedimentos del antiguo doctrinarismo.

Aparte de numerosos y transitorios grupos independientes, los trabajadores de la industria de Italia formaban a principios de 1912 unas 22 ligas centrales con cerca de 200.000 adherentes; 18 de ellas tenían su periódico, 4 cuidaban de

proporcionar colocación a sus socios, 5 daban ayuda en caso de desocupación, y 5 viático.

Las principales eran las de obreros ferroviarios, de la construcción, marineros, del libro y metalúrgicos. Cinco ligas (construcción, metalurgia, vidrio, industria textil y litógrafa) que tuvieron en 1912 una entrada total de 289.312 francos, y gastos por 242.507 francos, emplearon 22,34 % de éstos en la administración, 35,54 % en huelgas, 9,99 % en propaganda, 10,27 % en prensa.

El rasgo característico del gremialismo obrero italiano son las organizaciones de trabajadores del campo. Mientras que en la Gran Bretaña los obreros agrícolas apenas se dejan sentir, y en Alemania, aparte de los jardineros, su organización recién se inicia, y en Francia los jornaleros agrícolas organizados eran 60.082 en 1912, en Italia las ligas de trabajadores de la tierra tenían ese mismo año 408.148 adherentes, distribuídos en 2.626 agrupaciones. Tal es el resultado de la estadística oficial, basada en los datos proporcionados por los alcaldes de todas las comunas de Italia. La gran mayoría de los agricultores organizados eran en 1906 asalariados, como empleados fijos con sueldo anual, de los cuales había 17.004 en las ligas, o como jornaleros adventicios, que en número de 145.405 formaban el grueso de los sindicatos proletarios agrícolas. Los seguían en número los medieros, de los cuales había 23.387 en la organización, considerados prácticamente como trabajadores a destajo por año; 22.654 pequeños propietarios, adheridos a la organización para mejorar su situación como jornaleros, pues trabajan para empresarios el mucho tiempo que les deja libre el cultivo de sus parcelas; y 13.463 pequeños arrendatarios, a quienes no ocupa tampoco sino en parte el trabajo de la tierra que arriendan. En los móviles de esos sindicatos priman los intereses proletarios, cuya defensa constituye su objetivo esencial. En la cuenca del Po, donde la agricultura italiana, impulsada por el desarrollo industrial de las ciudades, ha evolucionado más, donde la naturaleza del terreno y la forma de distribución de la tierra permiten un

cultivo propiamente capitalista, es también donde los sindicatos de productores agrícolas asalariados son más poderosos y donde tienen un carácter más acentuadamente proletario. Según la estadística para 1907, sólo en la Emilia eran 72.836 los trabajadores del campo organizados, 18.391 en la Romaña, 23.525 en la Lombardía. En la Apulia, provincia meridional de latifundios y cultivo extensivos, los sindicatos obreros agrícolas tenían 23.316 miembros. En Sicilia eran numerosas también las organizaciones, formadas casi en su mitad por pequeños propietarios y arrendatarios. No ha sido éste un movimiento de incremento gradual y constante; al contrario, ha sobrevenido por accesos, en que ha tomado repentinamente gran extensión, para reducirse después a límites más estrechos. Se calcula que en 1901-02 los trabajadores del campo organizados en Lombardía eran 65.962, de los cuales 12.000 en Mortara, y 8.000 en Milán, donde ahora no aparece ninguno. La organización se consolida, sin embargo, y la federación nacional de los sindicatos obreros agrícolas de Italia contaba 1.438 ligas con 162.903 miembros en 1912, de los cuales gran parte en las llanuras del Po. La cuota federal por año y por asociado se ha elevado a 10 céntimos, para costear un agitador permanente. De 15 a 20 céntimos al mes es lo que esos trabajadores pueden pagar a su liga regional o sección local.

Aunque lentamente, el movimiento gremial proletario avanza también en España. Una estadística levantada en ese país por el Instituto de Reformas Sociales, el 1º de noviembre de 1904 registró 910 sociedades obreras, con 135.269 miembros, para mejorar las condiciones del trabajo. Estaban entonces organizados 20.858 agricultores, 39.984 obreros de la construcción, 12.681 obreros de los transportes, 9.821 de la metalurgia. Las provincias de Madrid y Barcelona, con 27.322 y 24.264 asociados respectivamente, eran las zonas principales de desarrollo de esas organizaciones.

En 1912 el número de produetores proletarios gremialmente organizados se había elevado en España a 147.729,

debido al rapidísimo incremento de la Unión de ferrocarrileros en ocasión de una gran huelga; pero en 1913 esta unión gremial había ya descendido de 83.587 miembros a 49.325, y aunque los otros gremios aumentaron en 14.000 asociados, el número total de agremiados ya no pasó este último año de 127.804. Contábanse entre ellos 24.487 mineros, 10.057 obreros de la construcción, 5.316 de la industria de la alimentación, 4.485 sastres, 4.462 trabajadores en madera, 3.613 obreros gráficos, 3.542 metalúrgicos y 3.155 obreros de la industria textil.

* * *

Agregando a la cifra anterior 35.756 individuos agrupados en 208 sociedades "de constitución mixta", el Instituto de Reformas Sociales concluía que en España estaba gremialmente organizado el 0,72 % de la población, proporción muy inferior a las del Reino Unido (4,5 %) y de Alemania (4 %). Dado el escaso desarrollo industrial del país, no es de extrañar esa inferioridad, mayor aun de lo que parece, pues en la recolección de los datos no se había seguido un criterio bien definido respecto del carácter de las asociaciones, ni tampoco se había verificado con certeza para cada una de ellas el número de asociados. Contribuyen también a explicarla otras circunstancias, la más importante de las cuales es la falta de costumbre de asambleas y de educación societaria. Como todas las formas de la asociación popular en España, la asociación gremial ha aparecido tardíamente; de las sociedades existentes en 1904, las tres más antiguas databan su fundación de 1751, 1841 y 1852 respectivamente; de 1868 a 1872, bajo la influencia de la agitación extranjera y de la conmoción política nacional, fundáronse asociaciones de las que aun queda un corto número; siguen después varios años durante los cuales nada se mueve; a partir de 1880, aparecen algunas nuevas fundaciones, las que se multiplican después de 1890; en su gran mayoría, las asociaciones gremiales existentes en España datan del presente siglo. Manifestación de una incipiente conciencia de clase, a la vez rudi-

mentaria y exaltada, estas agrupaciones se dejan dominar y dividir por florescencias doctrinarias, que les hacen perder de vista sus fines propios y estorban al robustecimiento de su organización; así Barcelona tenía en 1904 tres distintos sindicatos de cerrajeros, y en Madrid, donde es mayor la uniformidad de ideas, los gremios proletarios están aún tan desarticulados que son tres las sociedades de obreros sombrereros, y los panaderos de pan francés se organizan aparte de los que hacen el pan candeal, y unos y otros se separan de los que elaboran el pan de Viena. Faltan en España las grandes ligas centrales de oficio o de industria, características del más moderno gremialismo proletario. Las dos más considerables al principiar el año 1907 eran la sociedad de albañiles "El Trabajo", con 6.061 afiliados, y 227.589 pesetas en caja (sumados los fondos de resistencia y de socorro), y la Federación de Obreros Tipógrafos e Industrias Similares, que, según su órgano "La Unión Tipográfica", estaba constituída por 17 colectividades con 2.500 afiliados, y un fondo de 2.042 pesetas.

En el pequeño país de Bélgica, de gran capitalismo industrial y comercial, el movimiento gremial obrero sería más poderoso si no estuviera dividido en partidos. En 1905 eran 148.483 los miembros los miembros de los sindicatos proletarios. En algunas ramas de la industria formaban una sola organización; la federación metalúrgica, por ejemplo, afiliada al Partido Obrero, con sus 10.564 asociados, que pasaron a ser 13.352 en 1906, comprendía a casi todos los obreros organizados del ramo. Pero en la industria textil había 11.435 trabajadores en los sindicatos socialistas, 11.145 en los independientes, 5.323 en los católicos y 250 en los liberales. Entre los mineros no era menor la división. Para dar término a ese deplorable desparramo de fuerzas se han hecho tentativas de unificación, la más importante de las cuales ha sido la creación en 1905 de la "Comisión Sindical del Partido Obrero y de los Sindicatos Independientes", para coordinar la acción de las diversas tendencias. En 1912 estaban adheridos a ella 116.082

trabajadores, mientras 24.992 mineros y 8.000 obreros obreros de otros ramos, sin depender de esa comisión, se ponían en el terreno de la lucha de clases. Los sindicatos católicos decían tener 82.761 afiliados, número difícil de controlar.

En 1912 tenía Suiza una liga de 86.313 trabajadores, organizados por gremios para lucha de clases. Existían además la unión de maquinistas y foguistas, la de empleados ferroviarios, con 19.000 socios, la de empleados del correo, telégrafo y aduana, con 6.900, y sindicatos cristianos que reunían, según parece, 14.400 asociados, organizaciones en que el mutualismo prima sobre el carácter combativo.

En 1912, los sindicatos obreros de Hungría, que siguen los excelentes métodos alemanes y austríacos, contaban 111.966 adherentes. Sostenían vigorosamente la lucha con los patrones, y al mismo tiempo prestaban ayuda a los socios en la desocupación, en los viajes, en la invalidez, en la enfermedad, socorrían a sus viudas y huérfanos, y empleaban sumas considerables en la instrucción del pueblo obrero.

Dinamarca es el país donde la organización obrera gremial está más adelantada. Ya en 1905 estaban gremialmente asociados 49,11 % de sus trabajadores industriales, la proporción más alta del mundo entero. En 1912 eran en aquel pequeño país como 140.000 los obreros organizados, en 78 ligas o federaciones centrales. Su acción era tan eficaz en la ayuda mutua, como en la lucha por mejorar las condiciones de trabajo.

Los otros países escandinavos tienen también activas organizaciones gremiales obreras. El 31 de diciembre de 1912 había en Noruega 60.975 productores proletarios asociados en 914 sindicatos, federados muchos de ellos en 25 ligas centrales. Las más numerosas eran la de los trabajadores no adiestrados, con 21.743 miembros, y la de los metalúrgicos, con 11.837. Suecia, con mayor población y una industria más importante, tenía al terminar ese mismo año 121.364 obreros agremiados, sin contar los sindicatos de trabajadores del campo, todavía

poco considerables. Suman 23.839 los obreros agremiados en Finlandia.

Aun en Rusia, no obstante los estorbos legales y la intromisión de la policía, se formaron sindicatos obreros que a mediados de 1907 eran aproximadamente 359 con 239.000 miembros, muy pocos aun para un pueblo tan numeroso, pero con todo su entusiasmo, no han podido sobreponerse a la chicana y a la persecución, se han debilitado después hasta reducirse a muy poca cosa.

En los países coloniales, de inmigración, el gremialismo proletario aparece así que empieza a sentirse el dominio del capital, en el grado de la capacidad del pueblo trabajador para reaccionar colectivamente contra la explotación.

Los sindicatos obreros norteamericanos reunen actualmente 2 ½ millones de personas, que en su gran mayoría están afiliadas a grandes ligas centrales. Las más numerosas son las de los mineros de carbón, con 370.800 agremiados, y la de los carpinteros de armar, con 210.700. Entran en el movimiento algunas categorías de empleados del Estado, como los carteros, cuyo sindicato contaba en 1908 con 19.000 asociados, y la Federación Nacional de Empleados de Correos que ha entrado también en la Confederación obrera nacional. Todas estas uniones gremiales tienen por objeto esencial el defender a sus miembros como asalariados. Las otras formas de ayuda mutua, que al iniciarse el movimiento obrero norteamericano ocuparon mucho a las sociedades gremiales, fueron miradas como un estorbo al acentuar los gremios su carácter de organizaciones de combate. Pero a partir de 1867 se ha vuelto a practicar el seguro obrero, prefiriendo el seguro de vida a la ayuda en caso de enfermedad que se daba antes. Ahora la mitad de las ligas centrales obreras norteamericanas indemnizan a la familia del socio en caso de fallecimiento, sirviéndose algunas a ese fin de verdaderas pólizas. A 72 sociedades que informaron respecto de sus gastos en ayuda mutua en el año 1913, el seguro de vida costó 2.017.313 pesos; el socorro a enfermos, 816.336 pesos; la ayuda de viaje, 33.693

pesos; la ayuda a socios desocupados, 66.446 pesos, y el seguro de herramientas 2.875 pesos. Algunas sociedades daban también al socio ayuda pecuniaria en caso de fallecimiento de la esposa, servicio que en 1908 costó 31.390 pesos. Estas cifras no dan el monto exacto de lo gastado en mutualismo por los sindicatos obreros norteamericanos, porque algunos de esos servicios no están centralizados y ni de los que lo están se lleva una estadística regular y completa. En general, se ven ahora en Norte América esas funciones accesorias de los gremios obreros como un medio de atraer socios y adherirlos definitivamente al sindicato; en los años de crisis, las uniones obreras que mejor habían organizado el seguro han sido las que más han resistido al desbande.

He aquí cómo se distribuyen los 40 centavos oro que paga por semana cada socio de la Unión de Fundidores en Norte América: 23 centavos (57.5 %) van a la caja central, para gastos de administración, fondo de huelga, y fondo de seguro de vida y de ayuda a la invalidez: 8 centavos (20 %) van al fondo de socorro a enfermos, administrado por los grupos locales bajo el control de los funcionarios de la Unión: y 8 centavos (22,5 %) quedan a las secciones para fines locales.

El salario de los empleados de las organizaciones obreras varía en Norte América entre 3500 y 900 dollars al año. Reciben 3.500 el presidente de los telegrafistas de ferrocarril, 3.000 el de los mineros y el secretario de los telegrafistas mencionados. La gran mayoría de esos funcionarios eran remunerados con 1200 a 1500 pesos al año. Los tesoreros en general no eran pagos. De 53 uniones centrales que han informado al respecto, sólo 5 tenían redactores propios para su órgano impreso, cuyos sueldos eran de 1400 a 2000 pesos al año. Las organizaciones reciben por lo común de 3,75 a 6 pesos por día. La remuneración de los empleados gremiales no es por lo común mucho más alta que el salario de un obrero hábil del ramo.

Intimamente vinculada a la de los Estados Unidos la organización gremial obrera del Canadá comprende unos 150.000 asociados.

La clase trabajadora de Australia ha entrado muy temprano en movimiento. En 1850 los albañiles iniciaron en Melbourne su organización gremial, y pronto se establecieron en aquel continente recién colonizado ramas de grandes sindicatos obreros británicos. 700 hombres, de 9 gremios, hicieron ya en el año 1857 una manifestación en las calles de la capital de Victoria reclamando la limitación de la jornada de 8 horas. Y de las ciudades, el gremialismo proletario australiano se ha extendido rápidamente a los campos, urgido por la muy desigual distribución de la propiedad de la tierra. Ahora su principal sindicato es la "Unión de los Trabajadores Australianos" formada por asalariados del campo (esquiladores, etc.), y que sólo en Nueva Gales del Sud contaba en 1907 con 29.117 asociados. Esta poderosa liga extiende sus ramas por todo Queensland, Victoria y la parte oriental de Sud Australia, dominando por entero los principales distritos productores de lana. Edita el periódico "The Worker" en la ciudad de Sydney, y otro del mismo nombre en Brisbane. Hay también en Australia importantes sindicatos proletarios de mineros, empleados de ferrocarril, empleados de tranvía, y marineros. Entre los sindicatos oficialmente inscriptos y los que no lo están sumaban en 1911 alrededor de 300.000 trabajadores, número considerable para los 4 ½ millones de habitantes diseminados en aquel vasto territorio.

La pequeña Nueva Zelandia da también en el terreno de la acción gremial un alto ejemplo de conciencia obrera. En 1911 sus sindicatos obreros registrados o inscriptos a los fines de la ley de arbitraje obligatorio, contaban 55.629 miembros, y había una federación gremial independiente, contraria a aquella ley, con unos 20.000 federados.

En la República Argentina el movimiento obrero comenzó, como en otras partes, por la formación de alguna sociedad de gremio para el socorro mutuo. A partir de 1880 el progreso

técnico-económico del país se hizo más rápido, impulsado por la apertura de vastas zonas nuevas a la explotación, y por el creciente capitalismo. De esa época datan las primeras huelgas y las primeras organizaciones permanentes de trabajadores con propósitos de lucha, a la que eran obligados por el constante envilecimiento del papel moneda.

Durante los años de prosperidad ha sido grande la afluencia de trabajadores europeos, y con ellos han venido a Sud América las ideas y costumbres del proletariado de la Europa Meridional en la lucha de clases. Una vasta corriente de simpatía y solidaridad ha agitado a la clase trabajadora, pero ésta carece hasta ahora de la educación necesaria para darse una fuerte organización. Su conciencia histórica es bastante amplia para librarla de las tendencias retrógradas que todavía se manifiestan en el movimiento obrero de otros países; mas también bastante estrecha para dejarla dominar por prejuicios de secta, y posponer la obra tranquila y metódica de todos los momentos a la declamación de violencia y al ergotismo de escuela.

Según "La Vanguardia" del 1º de Mayo de 1908, existían entonces en la ciudad de Buenos Aires 47 sindicatos obreros con un total de 25.197 asociados, y 168.929,61 pesos moneda nacional en caja. La cotización mensual media por asociado era de 77 centavos del peso argentino, que no vale más de 2.20 francos. Con tan baja contribución, las uniones gremiales apenas podían organizar servicio alguno permanente para sus afiliados. Casi todas eran agrupaciones de combate, algunas de ellas sin estatutos, la mayor parte de reciente fundación. El cobro de las cotizaciones no era tan regular ni estricto que podamos reconocer exactitud a los números de socios cotizantes declarados por esas uniones, muchas de ellas improvisadas y efímeras. Casi todas las cifras sumadas para llegar al total de agremiados ya indicado terminaban en uno o dos ceros, es decir, eran conjeturas más o menos aproximadas a la realidad. Pero si dicho total era probablemente inflado, el número de trabajadores capaces de tomar parte en con-

flictos episódicos con los patrones era en la ciudad de Buenos Aires positivamente mucho mayor. Las organizaciones más sólidas son algunas de las más antiguas. La Fraternidad, de maquinistas y foguistas de ferrocarril, fundada en 1887, y cuyos 6.700 socios cotizantes formaban en 1913 el 95 % de los hombres del gremio, percibía de cada uno de ellos una cuota mensual de 2,15 pesos moneda nacional. la más alta del gremialismo obrero argentino, prestaba ayuda a sus socios en la enfermedad, los accidentes y la desocupación, y disponía de un caudal de 19.000 pesos moneda nacional, que había sido de 153.000 pesos antes de la gran huelga de 1912. Este sindicato obrero, único que extiende sus ramas por todo el país argentino, es también el único que tiene personería jurídica. La Asociación Argentina de Telegrafistas cuenta en 1914 con 2273 agremiados. Los obreros de la industria gráfica forman en Buenos Aires una federación con 1.264 miembros cotizantes; aunque es una entidad local, lleva su influencia a otras ciudades por medio de su periódico y sus propagandistas. La sociedad gremial de los ebanistas, fundada en 1896, con unos 1.000 adherentes, es una de las colectividades obreras más fuertes de Buenos Aires. Entre éstas cuéntase también el sindicato de obreros constructores de carruajes, fundado en 1894, que reúne como 800 socios y tiene una reserva de 10.000 pesos

Fuera de la ciudad principal, son muy escasas aún y menos importantes las organizaciones obreras de resistencia; se han formado casi siempre en ocasión de algún conflicto, a cuya terminación pocas han sobrevivido y ninguna ha adquirido gran desarrollo. No hay aún ni asomos de organización entre los obreros del campo, si bien los arrendatarios se agitan en pos de reivindicaciones agrarias.

En Uruguay y el Brasil, la organización proletaria es menos regular aun que en la Argentina, si bien la agitación entre los asalariados es por momentos muy activa.

En Chile, había últimamente unos 2.000 panaderos, 2.000 carpinteros y otros tantos zapateros organizados. De los 8.000

empleados de tranvía agremiados, 400 eran mujeres. El numeroso personal obrero empleado en las salitreras del Norte, no ha vuelto a agremiarse después de la huelga de 1907, ahogada en sangre.

Sobre el gremialismo obrero en Cuba y Puerto Rico disponemos de los informes presentados por investigadores oficiales norteamericanos, que al estudiar esas islas de lengua española han dedicado preferente atención a la situación y la actitud de la clase proletaria. En Cuba el movimiento obrero comenzó hacia 1878, al terminar una larga rebelión armada contra el dominio español. En los diez años que había durado la guerra, muchos cigarreros habían emigrado a los Estados Unidos, de donde volvieron no pocos con las costumbres de unionismo obrero que se habían visto en el caso de adquirir. De los gremios tabaqueros, que han sido siempre los mejor organizados en Cuba, la agitación cundió a los trabajadores de otros ramos. A través de muchas vicisitudes y confusiones, han llegado a formarse en La Habana hasta treinta sindicatos entre los obreros del tabaco, los del puerto, los de la construcción y del vestido, los cocheros, los cocineros y empleados de restaurante, los lavanderos, que en conjunto sumaban algunos miles de afiliados. En Cienfuegos eran unos 16 los gremios proletarios organizados y reunían alrededor de 2.000 miembros. Había también 10 sindicatos obreros en la ciudad de Matanzas. "Pero el movimiento del trabajo organizado no ha llegado todavía a ser una fuerza eficiente y bien dirigida en la vida cubana. Los trabajadores se dejan distraer por prejuicios nacionales y políticos y por diversas teorías sociales de todo lo que sea una campaña bien ordenada. Parecen tener gran fe en manifiestos y otras armas puramente atmosféricas. Las organizaciones gremiales de Cuba están todavía sobre una base más bien académica".

En 1905 eran 123 las uniones gremiales obreras de Puerto Rico, organizaciones pequeñas pero vinculadas entre sí, y cuyos métodos imitaban los de las uniones norteamericanas. Sus progresos eran lentos, pues además de su extrema

pobreza, "la falta de educación y, en cierto grado, de inteligencia, tiende a acentuar las dificultades de la organización entre los trabajadores de Puerto Rico", según el informante norteamericano. "Incapaz de leer o escribir, la mayoría de los trabajadores no puede ser alcanzada por medio de folletos o material impreso de ninguna clase y, dado el costo de los viajes, no están relacionados con sus colegas de oficio de otras partes de la isla. No están tampoco acostumbrados a formar uniones, ni familiarizados con los métodos según los cuales las uniones de trabajadores pueden efectuarse mejor".

* * *

Los vínculos de solidaridad efectiva se extienden ahora entre los trabajadores afines más allá de las fronteras. El progreso de las comunicaciones hace posible esa organización internacional, impuesta por la creciente facilidad del transporte de cosas y personas. Al desarrollarse en países vecinos fuertes organizaciones de un gremio, no han tardado en comprender la necesidad de unirse para hacer frente al capital, también cada día más internacional y más hábil en maniobrar con los trabajadores de un pais contra los de otro. Las sociedades gremiales obreras más inteligentes, lejos de rechazar a los trabajadores extranjeros del mismo ramo, les facilitan su ingreso con todos los derechos y obligaciones de los socios, y les ayudan en sus viajes; y para normalizar las relaciones de fraternidad internacional entre los trabajadores afines, se han reunido los delegados en conferencias y congresos, en que las uniones más fuertes se han puesto de acuerdo para propulsar la organización en los países extranjeros donde se atrasaba. Antes de que se pensara en confederar las uniones gremiales todas de un país, bosquejábase ya dentro de ciertos gremios la federación internacional. Varios son los gremios obreros de Norte América que tienen una sola organización para los Estados Unidos y Canadá, y esas uniones internacionales suelen tener ramas en México, Cuba y Filipinas. Lo mis-

mo pasa con varias ligas centrales de industria o de oficio de Alemania y Austria, que si aparecen como organizaciones separadas, practican, sin embargo, en beneficio de sus miembros respectivos la más completa reciprocidad.

Desde 1871 se ha tratado de establecer relaciones permanentes entre los trabajadores de ciertos oficios o industrias en todo el mundo, en 1912 eran 32 las entidades formadas a ese fin; son las secretarías internacionales de los albañiles, los carpinteros de armas, los panaderos y los pintores, que tienen su asiento en Hamburgo; las secretarías internacionales de los pavimentadores, los obreros comunales, los sastres, los peluqueros, los encuadernadores, los obreros cerveceros, los carniceros, los obreros en vidrio, los empleados de hotel, los litógrafos, los obreros en cerámica, los alfareros, los obreros del transporte, los obreros en madera, los peleteros, la comisión internacional de agitación de los escultores, y la Unión Internacional de los Talabarteros y anexos, cuyas oficinas están en Berlín; la Liga Internacional Metalúrgica tiene su asiento en Stuttgart, donde también está la secretaría internacional de los obreros de la imprenta; los sombrereros tienen su secretaría internacional en Altenburg, los tabacaleros en Bremen, los obreros en cuero en Nuremberg, y los obreros fabriles también en una ciudad alemana, en Hannover. Los mineros y los obreros de la industria textil la tienen en Manchester. En Zurich está la secretaría internacional de los trabajadores en piedra. La organización internacional de los obreros en diamantes tiene su sede en Amberes, y la de los dependientes de tienda en Amsterdam. Las federaciones mundiales de los obreros de una industria u oficio no pueden formarse sino por fuertes ligas nacionales. Se comprende entonces que Alemania, con sus poderosas ligas centrales, se haya puesto a la cabeza del movimiento internacional de la mayor parte de los gremios, secundada sobre todo por los sindicatos de los países más adelantados del continente europeo. Las ligas obreras internacionales se proponen la ayuda recíproca de las ligas regionales en casos de huelga, fin para el cual crean un fondo internacional de resistencia; propician la celebra-

ción de convenios entre las organizaciones de los distintos países para el pase de socios de unas a otras; normalizan la ayuda a los obreros en viaje, y levantan estadísticas. Varias de ellas, como las de las industarias metalúrgica y textil, tienen en la prensa periódica un órgano propio.

* * *

La conciencia de clase del proletariado da un gran paso cuando vincula prácticamente entre sí a los sindicatos obreros de distintos oficios o ramos. Desde que se inicia la agitación proletaria, en los grandes conflictos con los patrones las uniones gremiales reciben el apoyo moral y material de simpatizadores obreros extraños al gremio. Ante un peligro común, congregábanse delegados de las diferentes uniones de la ciudad para adoptar una línea común de defensa; en 1825 esos comités mixtos contribuyeron mucho en la Gran Bretaña a la abolición de leyes que restringían para la clase obrera el derecho de asociación gremial. Desde 1848 hubo en Liverpool una liga permanente de sindicatos con fines de defensa legal, exactamente como ahora el Comité Pro Presos de los gremios obreros de Buenos Aires ha sido prácticamente su principal vínculo. Hacia 1860 los "Trade Councils", o consejos de gremios, eran ya instituciones permanentes en Liverpool, Sheffield, Glasgow y Edimburgo, ejemplo seguido por los gremios obreros de Londres al año siguiente. Hacia 1867 los Consejos de gremios británicos eran una docena, y su número ha crecido rápidamente al expandirse el unionismo gremial y hacerse más firme y general la solidaridad proletaria; en 1900 eran 184, constituídos por sociedades con 761.493 obreros adherentes, y en 1907 habían llegado a ser 250 y representaban asociaciones con un total de 980.000 trabajadores.

Donde la moderna lucha de clases se ha emprendido desde un principio con más clara conciencia, la vinculación de los distintos gremios proletarios entre sí ha sido más inmediata. A fines de 1912 los sindicatos obreros constituían ligas

locales ("Kartelle") en 744 ciudades y pueblos de Alemania; de 717 que informaron, formaban parte 9418 organizaciones gremiales, que sumaban 2.339.571 afiliados. Las secciones locales de los grandes sindicatos centrales están obligadas a pertenecer al "Kartell" de su respectiva localidad, y las ligas locales son una de las manifestaciones más elocuentes de la gran capacidad de organización del proletariado alemán, si bien pierden cada vez más el carácter y las funciones de órganos de propaganda. En 77 localidades la liga gremial mantenía una casa gremial; en 414, locales de reunión y albergues para los obreros sindicados transeúntes; 581 "Kartelle" mantenían bibliotecas, y 98, salas de lectura; algunos habían instalado una oficina de colocaciones, y 212 una oficina de informes; las ligas locales sostenían 106 secretarías obreras, oficinas de información y dirección legal para los obreros.

En Francia, donde las federaciones de oficio y de industria no se han desarrollado aún tanto como en Alemania, es relativamente mayor la importancia práctica de las ligas locales de sindicatos que tienen su asiento en las Bolsas del Trabajo. A principios de 1906 éstas eran 125, y englobaban 2.481 sindicatos, con 422.336 adherentes. Son de data reciente; la de París, fundada en 1887, es la más antigua. Puede mirárselas como la expresión más completa del genuino movimiento obrero francés. En las Bolsas del Trabajo se concentra el elemento obrero más militante, y de más exaltada conciencia de clase. Se alojan, sin embargo, en locales proporcionados por las municipalidades, que hasta 1905 habían invertido cerca de 4 millones de francos en instalarlos y les daban como medio millón de francos en subvenciones anuales.

Las "Camere del Lavoro" son la traducción italiana de las Bolsas del Trabajo. A principios de 1908 había en Italia 92 de esas ligas locales, 39 de las cuales tenían una oficina de colocaciones, 65 proporcionaban informes legales, 35 daban asistencia médica, 19 mantenían escuelas y 44, bibliotecas. Con

sus 546.514 trabajadores inscriptos, las "Camere del Lavoro" son la manifestación más importante del gremialismo proletario italiano; en ellas fraternizan obreros de la ciudad y trabajadores del campo; ellas son los centros de la más activa agitación. En 1907 las autoridades contribuyeron a su sostenimiento con 61.350 liras.

Son pocas las ciudades de España que tienen instituciones equivalentes en sus Centros de Sociedades Obreras; en el de Madrid están centralizadas organizaciones gremiales locales que suman más de 24.000 trabajadores.

En los países coloniales de lengua inglesa es general el acercamiento de los distintos gremios de cada localidad en un "Trade Hall".

• • •

De la federación local se ha pasado a la federación regional o nacional de los sindicatos obreros de todos los oficios y ramos, tanto más pronto y más completamente cuanto más desarrollado es el concepto histórico que guía al movimiento proletario. A invitación del consejo obrero gremial de Manchester y Salford, reunióse en 1863 el primer congreso de representantes de las uniones gremiales británicas, que desde entonces ha sesionado anualmente. No están, sin embargo, permanentemente confederados la mayor parte de esos sindicatos. La Federación General de "Trade Unions" contaba en 1912 con menos de la cuarta parte de las uniones gremiales británicas y sus adherentes no pasaban de 874.281.

Los sindicatos obreros alemanes, nacidos con la idea de la unidad de la clase proletaria, están más estrechamente vinculados, y desde 1890 tienen como órgano federal la Comisión General de las uniones gremiales de Alemania, elegida por el congreso nacional de todas las ligas centrales, que sesiona regularmente cada tres años, y asesorada por un comité gremial, que sesiona cada tres meses, y en el cual está representada por un delegado cada liga central. Sostienen esa comisión los sindicatos francamente colocados en

el terreno de la lucha de clases, que a ese fin contribuyen con 4 céntimos de marco por trimestre y por adherente. La Comisión General se ocupa del desarrollo de la organización, subvenciona a las federaciones débiles y las ayuda en la propaganda; educa y organiza a los trabajadores inmigrados de países donde los salarios son más bajos, y publica órganos especiales en lengua italiana y lengua polaca para despertar en ellos la conciencia de clase; reúne y hace utilizables para la propaganda de los sindicatos los materiales contenidos en las estadísticas del imperio, en los informes anuales de los inspectores del trabajo, en las estadísticas de las ciudades, en los informes de las cámaras de comercio, de los tribunales de industria, de las cajas de socorro a enfermos, etc., así como en las revistas y otros impresos. Además de todo eso, el semanario publicado por la Comisión General contiene noticias regulares sobre el movimiento gremial alemán y extranjero, sobre las huelgas, sobre la organización interna y la administración de los diferentes sindicatos, sobre la marcha de los negocios, sobre las organizaciones patronales, sobre los procesos importantes, etc. La Comisión General tiene también la misión de instruir a los obreros sobre el significado del seguro de los obreros por el Estado, y sobre las elecciones de delegados obreros a las instituciones relativas a ese seguro, así como la de dirigir todas las elecciones de ese género en las cuales parezca necesario obrar desde un punto central.

El poderoso movimiento gremial obrero de Austria debe buena parte de su fuerza a la comunidad de ideas con que casi todos sus sindicatos se congregan alrededor de una Comisión gremial, encargada, como la de Alemania, de estudios y publicaciones, de fomentar en general la organización, y de administrar un fondo central de solidaridad, al que cada sindicato contribuye con 5 céntimos mensuales por asociado, para ayudar a las organizaciones comprometidas en conflictos defensivos, sobre todo en los casos de cierres patronales.

En la "Confederazione del Lavoro" el total de los pro-

ductores confederados era de 320.912 en el año 1912. Ella ha reglamentado prolijamente los llamados a la solidaridad obrera nacional e internacional en los casos de huelga y de cierre, desautorizando los movimientos inconsultos, y tendiendo a la centralización.

A la Confederación General del Trabajo de Francia pertenecían en 1912 organizaciones obreras con 387.000 miembros, en los que era mucho más acentuada que en la confederación italiana la mayoría de los obreros de la industria. Como las otras grandes ligas nacionales, esta gran organización deriva su fuerza del sentimiento de solidaridad de clase difundido en el proletariado francés, y tiende a la vez a robustecer esa solidaridad en sus manifestaciones esenciales, no aceptando sino sindicatos adheridos a la federación de su oficio o industria, y a la Bolsa del Trabajo de su localidad.

La Unión General de Trabajadores es en España la federación nacional de los gremios proletarios. De 3.355 miembros que tenía en 1889, se elevó a 56.900 en 1904, descendiendo hasta 32.405 en abril de 1907; mas recientemente su fuerza numérica ha vuelto a subir y en 1912 se la apreciaba en 100.000. De todas maneras, salta a la vista la desproporción entre el número de los afiliados a la Unión General y el de los obreros agremiados en España, según la estadística oficial. Puede entonces creerse que ésta ha incluído agrupaciones gremiales ya fenecidas, y que de las realmente existentes muchas se consideran ajenas a la lucha de clases. Es cierto también que había una federación Española de Sociedades de Resistencia; pero ésta era insignificante: en Barcelona, su centro principal, sólo contaba 1.485 adherentes en el año 1906.

Al principiar el año 1913, la federación holandesa de sindicatos obreros reunía 32 ligas centrales con 61.535 miembros.

En los países escandinavos las federaciones nacionales comprenden casi todos los sindicatos obreros existentes.

Han sido ya mencionadas las organizaciones nacionales que vinculan a los sindicatos en Bélgica y Suiza. Hay tam-

bién una liga nacional de uniones obreras gremiales en Hungría, en Croacia, en Servia y en Bulgaria.

En 1912 formaban la Federación Americana del Trabajo 116 ligas centrales de oficio o industria, con un total de 2.054.526 adherentes. La Federación dispone de un fondo de resistencia para ayudar en sus conflictos a los sindicatos locales, hace propaganda oral y por medio de su órgano "El Federalista Americano", y se encarga de la defensa legal de los casos de importancia para toda la clase obrera organizada, cuyos intereses e ideas representa el comité administrativo federal ante las autoridades y las entidades extrañas.

En la República Argentina, donde la única federación de gremio que existe se mantiene aislada, no hay todavía lugar para una confederación nacional. Hay en Buenos Aires dos entidades que nominalmente lo son, en realidad simples conatos de federación local.

* * *

En su inteligente tendencia hacia la coordinación de esfuerzos, las confederaciones nacionales de sindicatos obreros mantienen entre sí relaciones permanentes y, donde la acción práctica así lo exige, hacen caso omiso de las fronteras. La Federación Americana del Trabajo suele celebrar sus congresos en alguna importante ciudad británica del Canadá. No tiene aún Puerto Rico representación en el Parlamento de los Estados Unidos, pero la Federación Libre de los Trabajadores de Puerto Rico ha sido admitida desde luego en la Federación Americana del Trabajo. Ni la diversidad de lenguas, ni los prejuicios patrióticos sembrados por la historiografía tendenciosa, impiden ya entenderse a las masas trabajadoras agremiadas. Este concierto tiene su órgano permanente en la Secretaría Internacional de las confederaciones gremiales, cuyo asiento está en Berlín, y a la cual están adheridas las organizaciones nacionales centrales de todos los países europeos, a excepción de Portugal, Rusia, Grecia y Turquía, que aun no la tienen. La oficina, a cargo del secretario general de los sindicatos obreros de Alemania, trata de estrechar relaciones con la organización nacional de Norte América, el Japón y Australia. A ese fin, espérase la reorganización de los sindicatos australianos en una sola federación continental; pues debido a la gran extensión del territorio y como un vestigio del pasado aislamiento de las colonias, existen todavía cuatro, en Nueva Gales del Sud, Queensland, Victoria y Sud Australia, respectivamente. A la encuesta estadística de la Secretaría Internacional sobre el movimiento gremial del año 1905 no respondió la Confederación General del Trabajo de Francia, que no ha estado tampoco representada en las más recientes conferencias y congresos obreros internacionales, alegando que no se daba suficiente lugar en las deliberaciones al antimilitarismo y al antipatriotismo.

* * *

La huelga es la primera forma colectiva de la moderna lucha de clases, la manifestación primordial de la solidaridad proletaria, solidaridad para no hacer, propia de hombres que comprenden su situación de clase explotada, sin ser todavía capaces de abolir la explotación. Pero quieren atenuarla, mejorar su situación de asalariados; y, desoídos por el patrón que los desprecia, desconfiados a su vez de él y de sí mismos, temerosos de que toda actitud pacífica debilite su fuerza colectiva, no encuentran entonces los obreros más camino expedito para sus reivindicaciones que el abandono en masa del trabajo. Las huelgas preceden, pues, en muchos casos a la formación de los sindicatos obreros, los cuales suelen resultar de un primer movimiento improvisado y feliz. Las huelgas son más frecuentes en los países coloniales o nuevos, donde no tienen bases tradicionales las relaciones de obrero y patrón, y en los países de rápido desarrollo técnico-económico, donde con la misma rapidez crece el proletariado industrial. En todo caso, las circunstancias históricas que determinan las huelgas tienen ahora tanta influencia, que

éstas, por su número y su magnitud, son uno de los grandes caracteres de la época actual.

Raras en los Estados Unidos antes de 1870, las huelgas se produjeron en número de 1123 en los años 1871 - 80, y desde entonces su número aumenta considerablemente. De 1881 a 1890 hubo 9173 huelgas, que comprendieron 45.801 establecimientos e interrumpieron el trabajo de 2.460.641 obreros; en los diez años siguientes las huelgas fueron 13.620, y paralizaron 71.708 establecimientos y 3.645.053 trabajadores; y ese rápido incremento absoluto del número de afectados por ellas, y del número de huelguistas ha continuado en el siglo actual, más rápido aun que el incremento de la población, pues en el quinquenio 1901 - 1905 las huelgas han sido 13.964, y afectaron a 63.898 establecimientos y 2.598.130 trabajadores. En todos los países de Europa, a excepción de la Gran Bretaña, adquieren también las huelgas mayor frecuencia e importancia.

LAS HUELGAS EN FRANCIA Y EL REINO UNIDO
DE 1891 A 1912

(en términos medios anuales)

Años	Número de las huelgas		Número de los huelguistas	
	Francia	Reino Unido	Francia	Reino Unido
1891 — 1895.	392	812	85.596	369.803
1895 — 1900.	568	778	120.066	210.224
1901 — 1905.	691	436	179.591	146.765
1905 — 1910.	1.236	490	236.877	295.352
1911 — 1912.	1.293		249.136	

Según la estadística de la Comisión Central de los sindicatos obreros de Alemania, el incremeuto de las huelgas durante las dos últimas décadas ha sido como sigue:

LAS HUELGAS EN ALEMANIA

Años	Huelgas	Huelguistas
1890 — 1894	546	58.242
1895 — 1899	3.226	366.900
1900 — 1904	5.347	477.496
1905 — 1909	12.692	1.363.163
1910 — 1912	8.933	1.173.853

En España, ya en 1855 pareció preocuparse el gobierno de las dificultades suscitadas entre los fabricantes y los trabajadores de las provincias manufactureras, y se han registrado regularmente las huelgas a partir de julio de 1904, si bien la estadística sólo comprende los movimientos de que se tuvieron datos. Las publicaciones del Instituto de Reformas Sociales dicen que el movimiento huelguista español ha sido como sigue:

Años	Número de huelgas	Número de obreros ocupados en las empresas paralizadas por las huelgas	Números de huelguistas
1904........	116	13.131	10.240
1905........	130	24.526	20.176
1906........	122	30.137	24.394
1907........	118	19.718	12.671
1908........	127	37.954	12.748

En la República Argentina las huelgas han sido frecuentes desde 1894. El diario "El Tiempo" publicó en 1896 un cuadro según el cual en el año anterior 19 gremios obreros habían estado en huelga, con un total de 23.978 trabajadores parados en la sola ciudad de Buenos Aires.

Iniciada en época de profunda depreciación del papel moneda, la agitación ha sido sostenida después por los nacientes sindicatos, y se ha propagado a otros puntos del país, sobre todo a los puertos. No hay una estadística fidedigna

las huelgas argentinas. Para la ciudad de Buenos Aires, el Departamento Nacional del Trabajo ha publicado las cifras del cuadro siguiente, en que está registrada la huelga general de solidaridad de principios de 1907, pero no se cuenta la huelga general de protesta de 1909, mucho más vasta y sostenida:

LAS HUELGAS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Años	Número de huelgas	Número de huelguistas
1906........	170	70.743
1907........	231	169.017
1908........	118	11.561
1909........	138	4.762
1910........	298	18.806
1911........	102	27.992
1912........	99	8.992

Al hacerse más frecuentes las huelgas en el mundo capitalista y mejor organizadas, nótase una evolución en sus motivos inmediatos. Sus causas normales son las demandas obreras de mejores condiciones de remuneración y de trabajo. Al principio mézclanse frecuentemente a ellas exigencias proletarias contra el empleo de las máquinas, tendencia retrógrada que aun aparece por excepción; en 1906 se han declarado en huelga contra el empleo de la máquina segadora 50 trabajadores agrícolas de Navarrete, localidad de la provincia española de Logroño; en los Estados Unidos los plomeros se oponen reglamentariamente al uso de ciertas piezas hechas a máquina que abaratan y perfeccionan el trabajo, y el sindicato de picapedreros, todavía en 1902, ha adoptado medidas contra el empleo de las máquinas para cortar piedra. La experiencia de su constante fracaso en la oposición al progreso técnico-económico, y la ampliación de su conciencia histórica por otras circunstancias concentran de más en más la atención de la clase trabajadora sobre demandas más

inteligentes, las dos más importantes y frecuentes, de las cuales han sido y son aún el aumento del salario y el acortamiento de la jornada; en 63,35 % de las huelgas habidas en los Estados Unidos durante los años 1881 - 1900, las horas de trabajo y el monto de los salarios estuvieron en litigio. Han sido también por el aumento de los salarios casi todas las huelgas de trabajadores del campo, como las ha habido en Francia, Italia, España, Suecia y Hungría.

Donde gobiernos rapaces y bárbaros envilecen los signos monetarios circulantes, los trabajadores suelen reclamar mediante la huelga el pago en oro de sus salarios. Así, en 1883, los gremios obreros de la Habana, esquilmados por la depreciación del papel moneda, resolvieron, reunidos en asamblea plenaria, pedir el pago de sus jornales en moneda de oro. "Pero el trabajo nunca ha sido bastante fuerte en Cuba para imponer una demanda como ésa, y el movimiento parece no haber pasado del grado de resolución", dice el narrador norteamericano. La huelga de los obreros de las salitreras de Tarapacá en diciembre de 1907, tan cruelmente sofocada, reclamaba compensación por todo lo que el valor representativo de un peso papel había bajado de 32 centavos oro; recientes manipulaciones monetarias de la oligarquía chilena habían deprimido ese valor hasta menos de la quinta parte de lo que fuera en su principio.

A medida que la organización gremial proletaria se extiende y se consolida, aparecen y se hacen cada vez más frecuentes las huelgas de solidaridad y simpatía, y las huelgas para el reconocimiento de las atribuciones de los sindicatos obreros.

Y se modifican al mismo tiempo los resultados de las huelgas; al ser mejor organizadas, se hacen más efectivas. Suscitan entonces mayor esfuerzo de los empresarios que, para resistir a las demandas de los gremios obreros, a su vez se organizan. Las ligas patronales pronto aprenden a esgrimir contra las combinaciones de los trabajadores el arma del cierre, que alcanza en término medio a un número de establecimien-

tos y de empleados mayor que la huelga. Y su frecuencia e importancia aumentan de año en año, e imponen a los trabajadores sacrificios crecientes.

AÑO	Conflictos industriales en general	de los cuales fueron cierres	%
1900........	852	46	5,4
1901........	727	35	4,8
1902........	861	56	6,5
1903........	1.282	82	6,4
1904........	1.625	112	6,9
1905........	2.323	253	10,9
1906........	3.480	421	12,1
1907........	2.792	323	11,5

Con ser su número tan inferior al de las huelgas, en 1907 han parado el trabajo de 104.738 personas, a razón de 324 por cada cierre, y han costado a las organizaciones obreras 49,7 % de lo gastado en conflictos industriales, es decir, casi tanto como las huelgas.

• • •

Cuando fuertes organizaciones obreras y patronales se encuentran así frente a frente, está preparado el terreno para que el modo normal de entenderse trabajadores y empresarios sea el trato colectivo, que hasta entonces no se hace sino como consecuencia fortuita de un conflicto. En general, a medida que la industria se centraliza y se robustece la organización gremial, las huelgas implican responsabilidades más graves, son más exactamente reglamentadas por los gremios obreros, su autorización por las comisiones directivas depende de la actitud asumida colectivamente por las empresas, y dan lugar, si son mal planteadas, a conflictos internos en los organismos obreros. Por otra parte, reconocen los patrones cada vez más la necesidad en que están los obreros de unirse para exigir

condiciones humanas de vida, y dirigir la competencia entre las empresas hacia el adelanto de la técnica y la economía; y acaban por ver en el trato colectivo la única forma práctica de convenir las condiciones del trabajo con los asalariados, cada vez más numerosos, de cada empresa.

En la Gran Bretaña y Estados Unidos es donde primero ha entrado en las costumbres el trato colectivo; ahora se generaliza en el continente europeo. En 1906 regían en Alemania de 3 a 4 mil convenios de esa clase; en la industria metalúrgica predominaba la tarifa de firma, y la tarifa local en las del vestido, de la madera y de la construcción. Después se ha extendido como indica el cuadro siguiente:

Año	Tratos colectivos	Estableci- mientos	Personas
1907........	5.324	111.050	974.564
1908........	5.671	120.401	1.026.435
1909........	6.578	137.214	1.107.478
1910........	8.293	173.727	1.361.086
1911........	10.520	183.232	1.552.827

Mediante el trato colectivo, que establece como remuneración y tarea normales las que cuadran al obrero medio, se impide a los patrones medir el salario por lo que necesitan los trabajadores habituados al más bajo nivel de vida y exigir de todos un esfuerzo sólo posible para los obreros de robustez excepcional. Ni encuentran tolerancia las empresas mal equipadas o dirigidas. El trato colectivo no fija un límite máximo al salario, ni a las ganancias; pero eleva el grado de eficiencia técnico-económica por debajo del cual las empresas están condenadas a la ruina.

Refiérense sus estipulaciones no solamente al salario, que tiende a aumentar, a la jornada, que tiende a abreviar, sino también a cualesquiera otras condiciones del trabajo. En 64 % de los tratos colectivos hechos en Austria durante los

años 1906 - 1907 entre patrones y obreros han sido reconocidas las organizaciones obreras; en 57 % y 62 % de ellos respectivamente para cada uno de esos dos años ha sido reconocida la fiesta del 1º de Mayo. Los tratos colectivos hechos hasta mediados de 1907 en Alemania en la industria cervecera comprenden 413 fábricas con 20.170 trabajadores, y conceden a éstos vacaciones anuales con goce de salario; lo mismo se ha establecido en muchas tarifas de la imprenta y el transporte. He aquí todo lo que se estipula en Australia entre esquiladores y patrones: el salario es de una libra esterlina por cada cien ovejas, por carneros el doble; llegados los trabajadores, la entrega de ovejas para esquilar debe ser continua; no se esquilan ovejas mojadas, los obreros por mayoría resuelven si lo están; cada esquilador tiene derecho al pastoreo de un caballo; el patrón debe proporcionarles útiles de cocina y de mesa, leña, agua potable y dormitorio; el precio de los alimentos que el patrón venda a los esquiladores no excederá al costo más de 5 %; todos los trabajadores, aun el cocinero, deben formar parte de la organización.

En la práctica del trato colectivo los obreros desarrollan su capacidad económica. La organización les da una fuerza y una confianza en sí mismos que les hacen afrontar los problemas de su remuneración con más eficacia. De ahí que el salario por pieza tienda a hacerse más común al extenderse y robustecerse la organización proletaria. Ya en 1897 los Webb encontraron que de las 111 uniones obreras gremiales más importantes del Reino Unido 49, que comprendían 57 % de los obreros agremiados, exigían el salario por pieza; 24 sociedades, con 14 % del personal organizado, lo admitían; y sólo 38 gremios obreros, con 29 por ciento del total de los obreros agremiados, lo rechazaban, en razón de la falta de homogeneidad de su trabajo. Desde el año 1900 la poderosa Liga Obrera Metalúrgica de Alemania ha borrado de su programa la lucha contra el salario por pieza.

Cuando los trabajadores están todos agremiados y se establecen órganos permanentes de aplicación de las reglas con-

venidas con los patrones, la clase obrera aprende a manejarse calculadamente según el estado del mercado de la materia prima y del producto, según el grado de perfección técnica de cada fábrica, reconociendo explícitamente la importancia de la función técnico-económica de los patrones. En la industria algodonera de Lancashire, cuyos obreros trabajan por pieza y son los que viven mejor de todos los obreros de Europa, los hiladores exigen que se tenga en cuenta, al fijar la tarifa de precios, la extensión y la rapidez del movimiento y el número de husos de cada máquina, así como la clase de materia prima. Al empresario que los hace trabajar con maquinaria atrasada le imponen un suplemento de salario, y al que introduce mejoras en la técnica le producen la misma cantidad de hilo por un precio menor.

El gran constructor de navíos Denny declara haber encontrado casi siempre a los obreros dispuestos a reducir equitativa e inteligentemente la tarifa de precios por pieza a fin de que las mejoras en la maquinaria y los métodos de trabajo se tradujeran en una baja del costo de producción.

He aquí las palabras que un investigador de la gran industria pone en boca del organizador de los hiladores ingleses: "Hay que asegurar en lo posible al empresario una ganancia determinada, que no puede disminuir en favor de los salarios sin perjuicio de los trabajadores. Una clase trabajadora elevada debe preocuparse de atraer inteligencias a la industria y conservarlas, si es posible más inteligencias que las que tengan las industrias competidoras del exterior; el trabajador tiene que pagar para encontrar los patrones más capaces".

Y este pleno reconocimiento de la función directiva técnico-económica de los patrones es un grado de la capacidad necesaria para pasarlo sin ellos.

Al imponer a los mismos patrones la obligación de organizarse para entenderse con los sindicatos obreros, al mantener entre empresarios y asalariados relaciones a la vez normales y

progresivas, el trato colectivo sistematiza y hace más inteligente la moderna lucha de clases; y en cuanto conduce a la elevación de los trabajadores y a la reducción de los privilegios del capital, como resultado del acuerdo de trabajadores y empresarios, conscientes de su situación y fuerza respectivas, el trato colectivo transforma a tal punto las condiciones de su lucha que puede decirse la niega.

• • •

Para ejercer presión sobre los empresarios en el sentido de mejorar las condiciones del trabajo, válense también las organizaciones obreras de la simpatía de los consumidores. Han inventado a este fin el sello o rótulo gremial, con que marcan los productos elaborados en las condiciones exigidas por la unión obrera del ramo. En Norte América 58 ligas obreras centrales tenían en 1908 su marca especial, y al comprar un pan, un cigarro, un periódico o una prenda de vestir puede saberse en aquel país si esos objetos han sido hechos por obreros organizados. Otras diez asociaciones gremiales daban a sus miembros tarjetas para acreditarse ante el público como trabajadores asociados, a saber, las ligas centrales de actores, de músicos (35.000 asociados), de obreros del teatro, de dependientes de almacén, de barberos, de mozos de fonda, de carniceros, de conductores de vehículos, de maquinistas y de foguistas. En cuanto esos títulos profesionales son una garantía de seguridad y bondad de servicios, los sindicatos que los confieren son órganos de solidaridad entre las clases sociales, tanto como órganos de lucha. Y al dirigirse a los consumidores de todas las clases sociales, el rótulo gremial pone en juego la simpatía de los consumidores animados de humanos sentimientos por los productores asalariados. El gremialismo proletario tiene ahora un aliado en las ligas sociales de compradores, para patrocinar las casas que dan a sus empleados mejores condiciones de trabajo. Formadas por personas de toda condición social, estas ligas tienen también su marca y excluyen de sus listas blancas las casas que no se

recomiendan. De las 26 fábricas de chocolate que hay en Suiza, sólo 9 son recomendadas por la liga social de compradores, y una de ellas hubo recientemente de ser borrada de la lista blanca si hubiera persistido en desconocer el derecho de coalición de sus empleados. Así también en la ciudad francesa de Dijon, la liga social de compradores ha impuesto el reposo dominical de los obreros panaderos, que los patrones violaban a pesar de la ley y de las gestiones de la Bolsa del Trabajo. Y el apoyo de las ligas sociales es presurosamente aceptado por los trabajadores. En el congreso internacional de las ligas sociales de compradores celebrado en Ginebra en 1908, los representantes de los sindicatos obreros hicieron votar que habiendo tratos colectivos entre asalariados y empresarios, las condiciones establecidas en esos tratos sean el mínimum exigido para dar a las casas la marca de las ligas e incluirlas en la lista blanca.

• • •

Ni los factores que mitigan la moderna lucha de clases obran, pues, por simple persuasión. Cuanto a la acción gremial proletaria, ella es de un acentuado carácter coercitivo, tanto para con los patrones, como para con los mismos trabajadores.

A los empresarios se les ataca en su propiedad, con la huelga, que paraliza su capital, lo deja improductivo, y determina la inmediata pérdida de las mercancías perecederas; con el boicot, que estorba y restringe la salida de los productos de las empresas combatidas; con la destrucción directa de los medios de trabajo y de las materias primas por los asalariados descontentos. Las personas mismas de los empresarios son amenazadas, y se trata de alejar para siempre de las casas condenadas todo aporte de nuevas fuerzas de trabajo, mediante las agencias obreras de colocación.

Sobre los trabajadores, la coerción gremial proletaria es ante todo de orden moral; los sindicatos obreros cultivan cuidadosamente el sentimiento del honor proletario, que prefiere el hambre a aceptar condiciones de trabajo considera-

das indignas por la colectividad de los asalariados del ramo. La alta significación de ese sentimiento es reconocida por algunos modernos teóricos burgueses. "El ejemplo de los individuos o grupos de individuos —dice Mac Culloch— que se someten quietamente a la reducción de sus salarios, contentos si consiguen sólo lo indispensable para vivir, no debe nunca ser presentado a la imitación pública. Al contrario, debe hacerse todo lo posible para que semejante apatía sea vista con desagrado. Los mejores intereses sociales exigen que la tasa de los salarios sea lo más alta posible para que el gusto por las comodidades y los placeres de la vida humana se difunda ampliamente, y, si es posible, se vincule íntimamente a las costumbres y los prejuicios nacionales". En Norte América la preocupación del pueblo por una vida decente le hace mirar con desprecio a los inmigrantes italianos, húngaros y eslavos, satisfechos con un nivel de vida muy inferior.

La acción gremial implica también cierta coerción física ejercida por la mayoría de los asalariados sobre los que, abandonados a sus propias inspiraciones, aceptarían las peores condiciones de trabajo, coerción obrera comparable a la prohibición de las leyes burguesas de venderse como esclavo. Las uniones gremiales proletarias tienden a cerrar los talleres y demás lugares de trabajo para los trabajadores no agremiados. Aun cuando rijan tratos colectivos hechos con organizaciones patronales, y esté en el interés de los empresarios el impedirse recíprocamente violar las condiciones establecidas, que entonces lo son no sólo para los obreros organizados sino para todos los asalariados del ramo, los sindicatos exigen con razón que los asalariados todos sean agremiados y contribuyan a sostener la organización, de la cual reciben tan grandes beneficios. En ciertos casos, como entre los mineros de Gales, esta exigencia se cumple mediante las empresas, las cuales se encargan de descontar de los salarios la cuota correspondiente a la sociedad obrera gremial, para entregar su importe a los administradores de ésta. Y la coer-

ción física llega a la violencia individual o colectiva contra los asalariados inconscientes o serviles que no abandonan el trabajo en los casos de huelga o pretenden reemplazar a los huelguistas.

* * *

Grande es la trascendencia histórica del gremialismo proletario. Él levanta material e intelectualmente a la moderna clase servil, y la saca de la pasividad y la inconciencia para hacer de ella poderoso propulsor de la evolución social. La acción revolucionaria del proletariado sería, sin embargo, bien limitada si se encerrara en las normas de la lucha propiamente sindical. Forma inicial y genuina de la moderna lucha de clases, el gremialismo proletario no pone en juego las nuevas y más altas aptitudes del proletariado, no da campo a todos sus métodos propios de acción. Consiste principalmente en la abstención colectiva del trabajo o solidaridad para no hacer, y la coerción sobre empresarios y trabajadores, más o menos violenta y destructiva. Mientras no se hace por medio de la ley, la coerción está en conflicto con la ley, conflicto nunca tan agudo como entre la coerción proletaria y la ley burguesa. Para reforzar, pues, su poder coercitivo, sacándolo del campo de la violencia directa, entra la clase trabajadora con fines propios en la acción política, que da doble eficacia a sus esfuerzos. Y mucho más que la política pesa en los destinos del mundo la acción técnico-económica de los hombres, campo de actividad en que los gremios proletarios son, por definición, meros ejecutores de ajenos designios, sin iniciativa ni posibilidad de desarrollo. Toda alta capacidad técnico-económica que aparezca en sus filas, si no ha de quedar estéril, se pierde para el movimiento gremial; la organización social moderna, permitiendo el ascenso eventual del proletario a burgués, substrae a la clase obrera sus hombres de más talento y energía en las actividades fundamentales. Necesita, pues, el proletariado, para llevar de frente una acción histórica profunda y completa, entrar también colectivamente en la acción técnico-económica

con fines propios, por su propia iniciativa y su propia cuenta. Es lo que hace en la cooperación libre y en la administración de servicios públicos, que lo educan como clase productora autónoma y ofrecen a las aptitudes de sus individuos más capaces vastísima aplicación.

* * *

El desarrollo de la acción técnico-económica y política del pueblo trabajador se acompañará de una organización gremial cada vez más perfecta y completa. La clasificación de los hombres por afinidades de ocupación, necesaria hoy para el proletariado en su lucha con el capital, lo será cada vez más para la coordinación permanente y progresiva de las fuerzas productivas. Ese alto destino histórico de los sindicatos obreros se reconoce ya en la subordinación creciente del espíritu de gremio a la conciencia de clase.

Queda todavía en este sentido mucho que andar. Hemos visto sindicatos obreros en oposición al progreso técnico; los vemos aún en Norte América tender a constituirse como corporaciones cerradas, con altas cuotas de entrada, con reglamentos estrechos de aprendizaje, tan contrarias a la admisión de nuevos miembros que en alguna de ellas no ingresa uno solo durante años, multiplicándose en consecuencia el número de los obreros extraños a la organización. Al robustecerse su conciencia de clase, los trabajadores agremiados comprenderán mejor su responsabilidad en los conflictos que puedan paralizar el trabajo de otros gremios obreros no directamente interesados, y no sucederá ya que los ferrocarrileros paren el tráfico o se interrumpa otro gran servicio público sin la decisión expresa de una entidad obrera, no de gremio, sino de clase. Tenderán al mismo tiempo a desaparecer los gremios de labor perniciosa, los obreros del fetiche, los obreros del veneno. Y simultáneamente se ensanchará el concepto de clase trabajadora, al ser atraídos a ella y recibidos en su seno con abierta y franca solidaridad los gremios superiores, que trabajan más con la cabeza que con los músculos. Numerosas son ya en los países adelantados las asociaciones pro-

fesionales de ingenieros, arquitectos, químicos, agrónomos, médicos, veterinarios, dibujantes, contadores, actuarios de seguros, administradores, empleados de banco, sanitarios, de correos, maestros y profesores y otros grupos de cooperadores de la técnica y la economía, todos o en gran parte asalariados. A medida que estas categorías de trabajadores se incorporen al movimiento gremial, más cerca estará la clase obrera de librarse del parasitismo de la clase propietaria, con la cual ahora generalmente aquéllos se confunden por sus costumbres y su nivel de vida o en la cual tienden a entrar las personas aptas para funciones directivas en la industria y el comercio.

Y al asimilarse esas fuerzas productivas, más altas porque exigen una educación que sólo puede darse con provecho a individuos ventajosamente dotados, la clase trabajadora perderá en homogeneidad tanto como en prejuicios. Será aún más extensa y variada que ahora la gradación del mundo laborioso que nos presenta ya la organización gremial, con sus diversas categorías de trabajadores, cada una con sus recursos peculiares y su propio nivel de vida. Y el pueblo productor, definitivamente unificado al reconocer su propia diversificación, exigirá con más fuerza que nunca para cada obrero condiciones dignas y humanas de trabajo.

La Cooperación Libre

La acción económica del pueblo trabajador. — El socorro mutuo. — Principios utópicos de la cooperación de producción y consumo. — Su desarrollo en los principales países. — Su centralización. — La producción cooperativa. — Los empleados. — Relaciones de las cooperativas con los gremios proletarios. — Carácter general de la cooperación libre. — Sus limitaciones.

Frente a la cooperación forzada que le impone la dirección capitalista, la clase trabajadora ejercita y desarrolla sus aptitudes para organizar y dirigir por sí sola la producción, practicando en escala creciente la cooperación voluntaria en la acción económica. La cooperación libre es la solidaridad para hacer, y exige de los asociados un grado mucho más alto de capacidad histórica que la acción gremial negativa en las huelgas; es el campo en que los proletarios adquieren derechos y contraen obligaciones entre sí, entre iguales; es para ellos, permanentemente sujetos a la relación extorsiva del salario, la primera ocasión de un verdadero contrato. Y si bien participan en la cooperación libre elementos de distinta posición social, ella es ante todo uno de los métodos de la emancipación obrera, una de las modalidades de la moderna lucha de clases.

No actúa en ella la clase trabajadora como asalariada, sino como consumidora, empleadora y productora, como dueña de medios de producción. En la cooperación libre se califican y atenúan los caracteres negativos del proletariado, su dependencia absoluta, su completa desposesión. Las pequeñas partículas de riqueza distribuídas en la población tra-

bajadora se elevan a altísima potencia y adquieren enorme significado histórico en la libre asociación de los recursos y los esfuerzos obreros.

* * *

La forma inicial de la cooperación libre es la mutualidad con fines de asistencia y socorro. Las sociedades de socorros mutuos, verdaderas cooperativas de seguro contra la enfermedad, aparecieron desde principios del siglo 18, y se han multiplicado y robustecido sobre todo en los últimos cincuenta años. En 1906 sus socios eran 7.612.316 en la Gran Bretaña y 3.865.000 en Francia, formando respectivamente en uno y otro país 23,40 % y 9,90 % de la población. En 1905 los mutualistas eran en Italia cerca de un millón, y casi medio millón en Suiza. El principal recurso de estas sociedades lo forman las cotizaciones de los socios. Muchas admiten socios honorarios que contribuyen a la caja de la sociedad sin tener derecho a sus servicios; otras reciben subsidios del Estado. Entran en ellas pequeños comerciantes, artesanos, empleados, campesinos, obreros; y tienen más de instituciones filantrópicas que de organismos de lucha. Sus relaciones sólo son difíciles con el gremio de los médicos, al cual dan un vasto y honorable campo de acción y una remuneración moderada, que aproxima su situación a la de los trabajadores y restringe sus fueros y privilegios.

El socorro mutuo es siempre un indicio de la aptitud societaria del pueblo, y se practica aún por los asalariados del campo donde son bastante educados para hacerlo; en 1894 el 20 % de los peones de las chacras de Michigan pertenecían a alguna sociedad de socorros mutuos. Y al despertar y acentuarse en el pueblo trabajador la conciencia de clase, también este orden de instituciones tiende a librarse de todo patronato. A los socios honorarios se les da derecho a los servicios de la sociedad, si llegan a necesitarlos; y grandes y poderosas sociedades no admiten socios honorarios. La forma más genuinamente obrera del socorro mutuo se encuentra en los sindicatos gremiales. Hemos visto que muchas de las uniones gremiales más bien organizadas, sobre todo en Inglaterra, prestan a sus miembros ayuda regular en los casos de enfermedad, muerte, accidentes, incendios o pérdida de útiles de trabajo, y acuerdan una pensión regular a los socios ancianos. Más común aun es que aseguren a sus socios contra la desocupación, auxiliándolos mientras están sin trabajo; pero lo que se proponen con esto no es precisamente ayudar al compañero necesitado, sino ponerlo en condiciones de aceptar trabajo sólo en las condiciones que el gremio exige; más que cooperación, el auxilio a los desocupados es uno de los métodos de la lucha gremial.

* * *

De una importancia mucho mayor es la asociación libre de los trabajadores para adquirir y producir sus artículos de consumo, para subvenir a sus necesidades permanentes y principales. Nacida en Inglaterra, al calor del entusiasmo humanitario de Roberto Owen, la cooperación de producción y consumo tuvo principios utópicos.

Colonias comunistas, como la de Nueva Harmonía, fundada en 1825 en el territorio americano de Indiana, pretendieron vincular artificialmente para la producción, el consumo y todos los actos de la vida grupos de personas no menos artificialmente segregados del ambiente histórico en que vivían. Dentro del mundo de la propiedad privada y de la competencia capitalista, queríanse enquistar pequeños mundos heteróclitos, focos aislados de prosperidad material a la vez que de perfección moral. Mas por grande que fuera la capacidad productiva individual de sus asociados, la economía de esas colonias fué siempre embrionaria y raquítica en medio de la pujante economía mundial que las sofocaba; por otra parte, los más humanos de sus hombres sentíanse incesantemente atraídos a la lucha y el sacrificio en el mundo vulgar que habían abandonado, donde sus virtudes eran tanto más preciosas cuanto más escasas; y los que habían sido llevados a las nuevas comunidades por su incapacidad en la

vida ordinaria, tampoco en ellas se mostraron aptos para la acción constructiva. Fracasaron, pues, las ilusorias formas de sociedad nueva a que Owen había prestado sus cuantiosos recursos materiales y su alto patrocinio. En pocos años "New Harmony" cambió diez veces de estatutos; pronto, no por crecimiento sino por desintegración, se transformó en una colonia central rodeada de ocho colonias independientes, con lo que se adelantó poco hacia la convergencia de las voluntades, y continuó la disgregación.

De la misma época datan los ensayos de cambio directo entre los productores mediante bonos de trabajo en que se valuaban sus productos según el tiempo requerido para su producción, tentativa que culminó en los bazares o bolsas del trabajo fundados en Londres y otras ciudades inglesas en 1823 - 33. Su plan era muy simple: depositábanse en esos locales los productos agrícolas o manufacturados, recibiéndose en cambio billetes que representaban el tiempo de trabajo empleado en su elaboración, y mediante esos bonos, el depositante adquiría lo que deseaba de los productos consignados por otros productores, y avaluados de la misma manera. Para costear sus propios gastos la institución recargaba los precios 4 %. Iniciados con gran entusiasmo y aun con cierta pompa, alguno de esos bazares en su primer día de operaciones recibió productos por valor de 18.000 horas de trabajo, y hasta 40.000 horas como valor medio de lo depositado en una semana. Pero los cambios efectivos nunca alcanzaron ni a la mitad de esa suma. Es decir, los productos se amontonaban de más en más en los bazares sin encontrar salida, porque no respondían a la demanda por su calidad o su cantidad, consecuencia fatal de haberles asignado un valor antes de que éste se realizara efectivamente en el cambio. Obraba en el mismo sentido la avaluación excesiva de los productos en tiempo de trabajo, por inhabilidad o mala fe de los productores e impericia de los avaluadores que tomaban demasiado en cuenta sus datos. Los bonos, aceptados al principio por algunos comerciantes extraños a la institución en cambio de mercaderías ordinarias, pronto simbolizaron un valor real muy inferior al tiempo de trabajo que decían representar, no se les recibió más sin un fuerte descuento, y una especulación de mercaderes, en complicidad con administradores infieles, exageró aún más la baja de esos signos, que sirvieron entonces para sacar a vil precio los mejores artículos de los almacenes sociales, acabando de arruinarlos.

Años después de los memorables experimentos de Owen, aparecieron en el continente europeo las primeras ideas de cooperación libre, pero no ya como una combinación de artesanos y campesinos autónomos para librarse de la tiranía del dinero. La nueva agitación cooperativista se preocupaba ante todo de los proletarios de la industria, quería "la fábrica de los trabajadores", y reclamaba para las asociaciones obreras la ayuda del crédito del Estado. Tal fué la propaganda de Luis Blanc en Francia, y, más tarde, en Alemania, la de Lassalle, quien pedía cien millones de thalers (75.000.000 pesos oro) para emancipar al proletariado por medio de la asociación. Esos planes nacieron de tendencias políticas que en gran parte desvirtuaban los propósitos realmente cooperativos que tuvieran sus sostenedores, y fracasaron en germen, o traducidos ya en ensayos prácticos.

• • •

Entretanto, de la obscura iniciativa de algunos obreros de una pequeña ciudad inglesa, nacía el movimiento cooperativo británico, cuyo robusto desarrollo ha señalado al proletariado mundial los fundamentos de la cooperación libre.

Por impulso propio, los trabajadores se han asociado desde luego como consumidores, para adquirir solidariamente las provisiones que necesitan. El acto de comprar les es habitual; se combinan, pues, entre sí para hacerlo con más eficacia. Ya no se trata de subsidios o socorros que pueden prestarse a distancia, sino de la provisión de cosas, organizada necesariamente como un servicio local. La asociación obrera cooperativa, por lo tanto, nada tiene de semejante a la organización gremial, y en ella encuentran franca acogida también los no asalariados.

Las cooperativas de consumo son sociedades de número de socios y capital ilimitados. Las partes o acciones son de un valor tan moderado, que prácticamente todo trabajador puede asociarse; y para facilitar más aun el pago de los 5 pesos o de los 10 francos que cuesta una acción, se exige sólo el pago previo de una fracción, completándose el importe con los beneficios ulteriormente obtenidos por el socio sobre sus consumos. Cualquiera que sea el número de sus acciones, cada socio tiene un solo voto. Para conservar el carácter igualitario de la sociedad, no se precisa, pues. limitar el número de acciones que puede tener cada asociado; algunas cooperativas lo limitan, sin embargo, para ponerse a cubierto de retiros repentinos y fuertes de dinero, motivados por circunstancias individuales. Y también porque lo esencial para la cooperación libre son los hombres, no el dinero. "¿Es acaso capital lo que necesitamos en primer lugar?" — se preguntaba recientemente en un artículo de las "Cooperative News", órgano central de las cooperativas británicas, y el articulista respondía con un decidido: No. "Según parece, disponemos ahora de unos diez millones de libras esterlinas, a la espera de un empleo cooperativo, y sin duda podríamos pronto conseguir otros diez millones, si estuviéramos plenamente en la situación de emplearlos ventajosamente en nuestro movimiento. No nos ocultemos, pues, el hecho —porque es un hecho— de que aun en la hora actual en el mundo cooperativo faltan más la inteligencia y la aptitud que el dinero".

Si las cooperativas no necesitan más dinero que el suficiente para proveer en cualquier momento a cada socio de los artículos que expenden, es indispensable, en cambio, que el valor de las acciones esté siempre en poder de la sociedad, bajo la forma de productos o de dinero, pero no en deudas a cobrar. Cuanto menos capital manejan por asociado, cuanto más neto es su carácter obrero, tanto más deben las cooperativas vender al contado, con lo que se hacen más simples y seguras las operaciones sociales, y más bajos los precios, pues los precios a crédito equivalen a los precios al contado

más el interés, más el seguro contra el riesgo de no cobrar lo fiado. Entre los que compran a crédito, los que pagan costean el gasto de los que no pagan.

En la cooperación de consumo los socios obtienen desde luego, por su justo precio, una provisión de buena calidad y medida. Hay también después de cada balance beneficios que distribuir. Las cooperativas británicas los destinan en parte a pagar un interés fijo al capital de cada asociado, y distribuyen el resto entre los socios proporcionalmente a sus consumos. En el continente europeo las cooperativas de consumo más progresivas no pagan interés alguno sobre el valor de las acciones de los socios, repartiendo entre éstos el beneficio total según sus consumos; la ganancia toda del asociado consiste entonces en una rebaja del costo de sus provisiones. Es evidente que este último sistema es más netamente cooperativo; en cuanto esperan y reciben un interés del dinero que aportan a la cooperativa, los socios de ésta no son cooperadores, sino simples tenedores de capital. Las cooperativas que pagan interés son empresas mixtas, a la vez obreras y capitalistas, armadas de los recursos de éstas, y expuestas también a los riesgos del crédito, concedido o tomado.

* * *

Al pasar en revista la acción económica autónoma del pueblo trabajador también debemos comenzar por la Gran Bretaña. Allí es, en efecto, donde primero se practicó con éxito y donde ha llegado hasta ahora a mayor desarrollo.

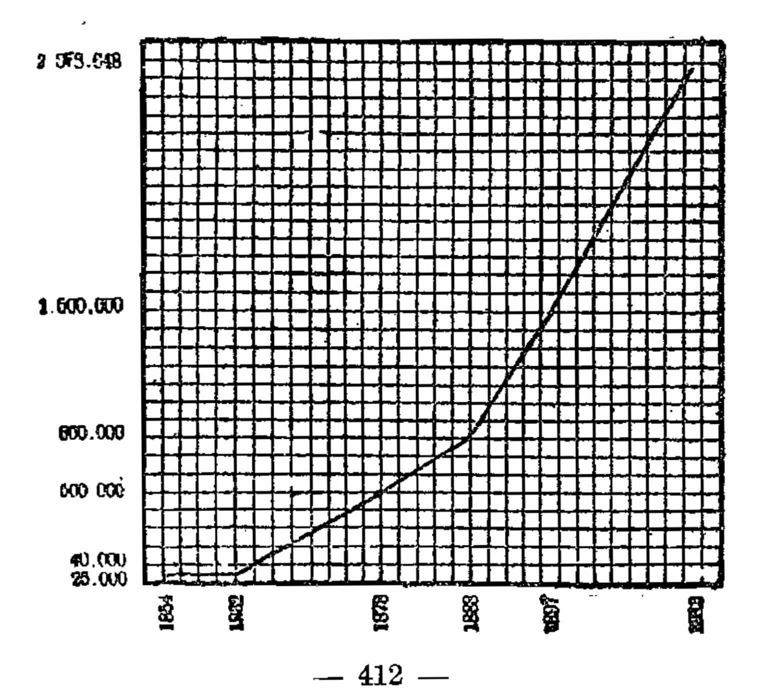
Las cooperativas de consumo reúnen ahora en la Gran Bretaña unos dos y medio millones de socios que, con sus familias, forman una buena tercera parte de la población de la isla. El número de sociedades no aumenta tanto, o aun disminuye porque cooperativas vecinas suelen fusionarse para formar organizaciones más fuertes; las 1457 cooperativas británicas de consumo que había a fines de 1905 se habían reducido a 1399 en el año 1912, elevándose al mismo tiempo el número medio de socios por cooperativa de 1478 a 1966.

Más rápidamente aun que el número de socios aumenta

el giro de estas sociedades. En 1912 llegó a la suma de 394.280.490 pesos oro, lo que da 143 pesos por asociado, mientras que en 1897 no pasaba de 133,83 pesos. Las cooperativas de consumo extienden siempre su acción a nuevas necesidades, abarcan de una manera cada vez más completa la provisión de los asociados. Y su florecimiento es tal que en 1912, obtuvieron en la Gran Bretaña una ganancia total de 60 millones de pesos oro, 12,5 % sobre las ventas, y un porcentaje mucho mayor sobre el capital. El de todas las cooperativas británicas, incluídas también las que no eran de consumo era en 1907 de 160.276.000 pesos oro, suma muy superior a la que pedía Lassalle para realizar su plan de revolución económica.

He aquí la curva del número de socios de las cooperativas británicas de consumo:

EL NUMERO DE SOCIOS DE LAS COOPERATIVAS DE CONSUMO ADHERIDAS A LA UNION COOPERATIVA DEL R. UNIDO



En Alemania las sociedades cooperativas de consumo, nacidas y desarrolladas a pesar de la propaganda adversa de teóricos y doctrinarios, están casi todas federadas en la Liga Central de las Sociedades de Consumo, que en 1914 contaba 1109 sociedades, con 1.717.519 asociados, y a pesar de la guerra, ha visto elevar su giro anual de 504 millones en 1913 a 526 millones en 1914. El movimiento cooperativo progresa ahora a saltos en ese pueblo, tan capaz y tan educado para la asociación. En Breslau, ciudad alemana de 470.000 habitantes, está la mayor cooperativa de consumo que existe (97.864 asociados al terminar el año 1912). Leipzig, Dresde, Hamburgo son también grandes centros cooperativos. No tienen aún las cooperativas alemanas un giro tan elevado como las británicas, pero de año en año se acorta la distancia que las separa de éstas.

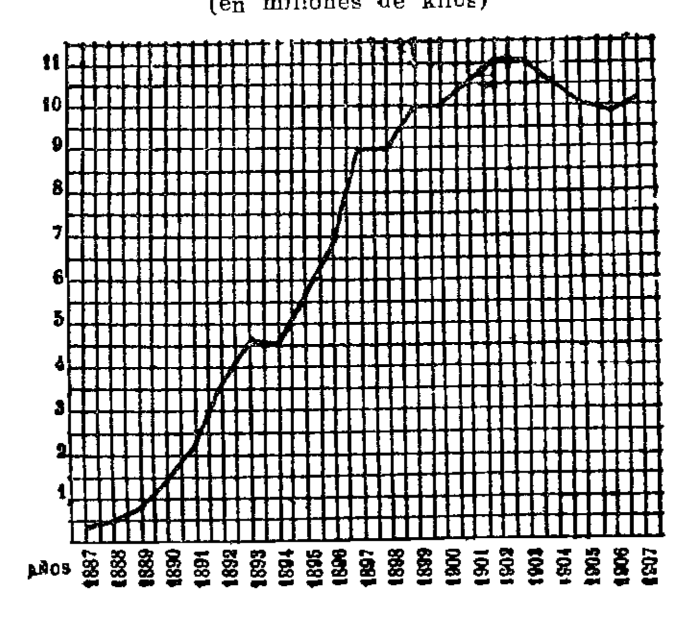
El pequeño país de Suiza, con 275.431 cooperadores de consumo, agrupados en 378 sociedades, seguía en 1914 a la Gran Bretaña en el desarrollo relativo de la cooperación; el monto de sus operaciones por asociado era también de los más considerables (520 francos). En Basilea, ciudad de 115 mil habitantes, de los cuales sólo 4 por mil son analfabetos, la cooperativa de consumo reunía 36.844 asociados en 1914, tenía 119 almacenes en la ciudad y sus alrededores y proveía a sus socios de pan, carne, leche, otros comestibles, cerveza, calzado, tejidos, combustibles, etc., por valor de millones de pesos oro al año. Los millonarios de la ciudad y los grandes hoteles eran la única clientela de las casas de comercio.

A fines de 1907, la Liga Central Cooperativa de Austria contaba 325 sociedades federadas, con un total de 161.958 socios y más de 9.000.000 pesos oro de giro anual.

En Bélgica el movimiento cooperativo está íntimamente vinculado a ideas sociales que magnifican sus planes y acentúan su carácter proletario. A la necesidad y la conveniencia materiales, se une en aquel país la pasión política para impulsar la cooperación: sus principales cooperativas están adheridas al Partido Socialista, fervor que, si no obscurece la inteligencia técnico-económica con que son dirigidas, excluye

de esas sociedades a las personas de otra opinión, y estorba al desarrollo y a la unidad de la organización cooperativa. Según el informe presentado al congreso cooperativo internacional de Cremona en 1907, las cooperativas socialistas belgas de consumo eran 161, con 119.581 socios, que habían aportado 1.655.000 francos de capital; realizaban ventas anuales por más de 31 millones de francos, con un beneficio próximo a 10 %, y poseían inmuebles que valían más de 12 millones de francos. Es propio de las cooperativas socialistas belgas el haber emprendido desde un principio la producción para el consumo organizado, grado de solidaridad económica muy superior y más difícil de realizar que la asociación para la simple distribución. La sociedad "Vooruit", de Gante, la primera de las cooperativas belgas, comenzó fabricando pan, y su ejemplo ha sido seguido: las cooperativas belgas son ante todo panaderías cooperativas. He aquí la curva de la venta de pan de la "Casa del Pueblo", de Bruselas, con 20.000 asociados, la más importante de ellas:

EL PAN ELABORADO Y VENDIDO POR "LA MAISON DU PEUPLE", DE BRUSELAS
(en millones de kilos)



En los últimos años se dejaba sentir la competencia de otras grandes panaderías, establecidas precisamente para estorbar a la Casa del Pueblo.

Tan notable desarrollo no ha sido posible sin la revolución de la técnica; desde 1892 la gran cooperativa de Bruselas abandonó la rutina de las viejas panaderías, y emplea amasadoras y hornos mecánicos, que permiten hacer pan con más limpieza y menos trabajo. Al mismo tiempo se redujo a 8 horas la jornada de los obreros panaderos, y éstos se vieron libres de la parte más pesada de sus tareas.

En Francia las cooperativas de consumo se multiplican, pero están lejos de desarrollarse como las de los países ya estudiados. Calcúlase en 2.000 el número de esas sociedades, y el de sus socios en 400.000, cifras la primera más elevada que la del gran movimiento cooperativo británico, y tan baja la segunda, con ser probablemente inflada, que denuncian la existencia de cantidad de organizaciones raquíticas, de vida precaria. La estadística cooperativa de este país, de las más defectuosas, no permite afirmar que aumente considerablemente el número de cooperadores ni el giro de las sociedades de este género. Todo el movimiento se resiente de la falta de unidad y es de esperar que la fusión de las dos principales tendencias realizadas en 1912, le dé amplitud y fuerza que cuadren al número y la cultura de la población francesa.

Algo semejante pasa con el movimiento cooperativo italiano de consumo, que a fines de 1905 contaba con un millar de sociedades, y un número medio de 200 adherentes por sociedad. La más notable era la Unión Cooperativa de Milán, fundada en 1887 por 369 socios, que a fines de 1904 tenía 9488 asociados, 3411 de los cuales eran mujeres, y un giro o venta anual de 7.388.420 liras.

La estadística de la asociación obrera en España, levantada por el Instituto de Reformas Sociales en 1º de noviembre de 1904, dice que existían en el país 71 cooperativas de consumo, con un total de 10.273 asociados.

Más importante en absoluto que en España, e incompara-

blemente superior con relación a la población, es el movimiento cooperativo de consumo no sólo en Suiza y Bélgica, sino también en otros pueblos tan pequeños como Holanda, con 50.000 cooperadores en 1905, Dinamarca, que en 1907 contaba 180.000 cooperadores, proporcionalmente más que en Inglaterra, y en su mayor parte de la población campesina, y en países de población tan escasa y desparramada como Succia, con 45.000 cooperadores en 1906, y Finlandia, cuyas 280 sociedades de consumo, todas fundadas en el siglo 20, cuentan ya en 1908 con 70.000 miembros.

La cooperación de consumo ha echado raíces también en Hungría, y en Rusia, donde los cooperadores se cuentan ya por centenas de mil, es una de las actividades más difundidas entre el pueblo que lucha por su emancipación.

En los países nuevos, sea que el comercio por menor esté mejor organizado y recargue proporcionalmente menos que en Europa el precio de los artículos, sea que la población trabajadora desdeñe los pequeños ahorros o que la organización del pueblo para la acción económica autónoma esté dificultada por la instabilidad del domicilio y las diferencias de raza y de lengua, ello es que la cooperación de consumo se ha extendido mucho menos que las otras formas de organización obrera para la lucha. Según documentos de la Oficina del Trabajo del Estado de Wisconsin, en junio de 1905 había en los Estados Unidos 343 almacenes cooperativos, a saber: 68 en California, 34 en Kansas, 30 en Wisconsin, 26 en Massachusetts, 22 en Washington, 18 en Michigan, 17 en Iowa y en Texas, 16 en Nueva York, 14 en Pensilvania, 13 en Ohío, 12 en Minnesota, y 56 en otros veinte Estados. Los socios eran 76.145, con un capital medio de 111,90 pesos por individuo, lo que no caracteriza en general esa cooperación como un movimiento proletario. En realidad, la cooperación de consumo es nula entre la clase trabajadora de las grandes ciudades americanas, y los almacenes cooperativos, establecidos en ciudades de tercer orden o en pequeñas localidades, son patrocinados principalmente por chacareros. En Australia las cooperativas de consumo

son proporcionalmente algo más numerosas y fuertes que en Norte América, pero están lejos todavía de constituir un carácter saliente de aquel pueblo. El 31 de diciembre de 1911 existían en Australia 95 sociedades cooperativas con 68.603 socios y capital realizado y fondo de reserva que ascendían juntos a 439.948 libras esterlinas. En la República Argentina la cooperación obrera está en sus primeros ensayos.

* * *

Nacida y desarrollada en medio del rápido movimiento de centralización de la economía moderna, la cooperación de consumo es un factor de creciente importancia de esa misma centralización. Con sociedades que cuentan sus adherentes por millares y operan necesariamente en grande escala, no pueden competir sino las empresas más fuertes del capital privado; y a la necesidad de hacer más productivo el trabajo, ampliando y perfeccionando el aparato industrial y combinando los esfuerzos de los hombres en unidades más grandes, se agrega en las cooperativas el espíritu mismo que las anima, la idea de asociación y solidaridad, que no necesita del acicate de la competencia para redoblar la centralización. La cooperación libre es el progreso técnico-económico elevado en el pueblo a la categoría de sentimiento, de pasión.

Siempre que las cooperativas de consumo no están bastardeadas por móviles extraños, tienden, pues, a combinarse inmediatamente entre sí, para mejor realizar sus fines. En todos los países forman ligas de información recíproca y de propaganda, la más perfecta de las cuales es la de las cooperativas británicas. Y pronto la vinculación se establece con objetivo más inmediato, y nacen las cooperativas de cooperativas, para adquirir en la más vasta escala los artículos de consumo. La más importante es la inglesa, con asiento en Manchester, cuyas operaciones en 1908 han sumado más de 124 millones de pesos oro. Síguela la escocesa, todavía separada de aquélla por prejuicios nacionales; establecida en Glasgow, ha vendido en 1912 por valor de 41.956.290 pesos. La

sociedad de compra por mayor de las cooperativas alemanas de consumo, cuya sede está en Hamburgo, ha tenido el rápido desarrollo siguiente:

AÑOS	Sociedades adherentes	Venta anual en marcos	AÑOS	Sociedades adherentes	Venta anual en marcos
1894.....	47	541.0000	1904.....	348	33.929.405
1895.....	62	1.880.000	1905.....	386	38.780.199
1896.....	66	3.265.000	1906.....	448	46.503.237
1897.....	68	4.956.000	1907.....	—	59.866.220
1898.....	71	5.579.000	1908.....	560	65.778.277
1899.....	81	6.296.000	1911.....	—	109.605.469
1900.....	104	7.956.000	1912.....	731	135.907.173
1901.....	188	15.137.761	1913.....	807	154.047.316
1902.....	247	21.568.579	1914.....	813	157.524.041
1903.....	265	26.445.849			

Hay también grandes almacenes centrales cooperativos, para las ligas de sociedades de consumo de sus respectivos países, en Copenhague, en Basilea, Helsingfors, Budapest, Moscow, Estocolmo, Rotterdam, Amberes y Cristianía. En Bélgica las cooperativas socialistas se han combinado para comprar por mayor en común; pero de sus almacenes cooperativos centrales estaban excluídas, hasta 1912, las sociedades que no destinan cierta parte de sus beneficios a la propaganda política. El almacén por mayor de las cooperativas de Francia tuvo en 1912 un giro total de 10.624.391 francos.

* * *

Al iniciarse la cooperación de consumo, no se propuso sino la adquisición de productos ya elaborados y su distribución entre los socios, limitándose su técnica a la medida, el envase y el transporte. La producción misma parecía reservada a otra clase de asociaciones obreras, que realizaran la fábrica de los obreros, combinando los esfuerzos productivos de los socios, colectivamente dueños de sus medios de producción.

Tal fué el intento cooperativo francés del año 1848; pero

de las 200 cooperativas obreras de producción fundadas entonces sólo subsisten 3, una de las cuales, la de los anteojeros, ha degenerado por completo en una empresa capitalista: para no compartir las ganancias con nuevos socios, se ha cerrado cada vez más, hasta el punto de que hoy 65 asociados y 60 adherentes forman esa corporación para la cual trabajan 1300 obreros asalariados. Ultimamente ha renacido en Francia la cooperación de producción, estimulada por el Estado y las municipalidades que, en la concesión de sus trabajos, acuerdan a las sociedades obreras ciertos privilegios, y ayudada también por filántropos que han legado o donado sumas considerables para prestarlas a las cooperativas de producción. El 1º de enero de 1906 había en Francia y Argelia 358 sociedades de este género. No hay estadística, sin embargo, del número de sus socios, ni del monto de sus operaciones. Existe en París una Cámara Consultiva de las Sociedades Obreras de Producción, fundada por 29 sociedades en 1884, y que contaba 203 sociedades adherentes en 1906; ella exige la preponderancia del elemento obrero en la dirección de las asociaciones, y el 25 % de los beneficios, por lo menos, para los obreros auxiliares, que reciben un salario por no estar asociados, exigencias ambas que demuestran a su vez cuán lejos están esas sociedades de ser netamente cooperativas.

Tampoco en la Gran Bretaña adquiere gran importancia la asociación obrera con fines directos de producción. He aquí la estadística referente a la cooperación de producción en ese país durante los años 1905-1913:

AÑOS	Cooperativas de producción	Valor del producto (en $ oro)	Socios	Ganancia líquida (en $ oro)
1905........	141	33.067	15.910.120	1.028.315
1906........	131	32.720	13.869.380	843.375
1907........	125	30.663	14.867.745	885.490
1913........	108	34.662	18.551.170	1.265.095

De Alemania, de Suiza, de Bélgica, no se recogen datos más favorables al sistema. En Italia tienen cierta importan-

cia numérica las sociedades de "braccianti", jornaleros no adiestrados, sin más medio de producción que sus propios brazos, y cuyas agrupaciones apenas merecen el nombre de cooperativas; sus miembros son simples asalariados a destajo, que tratan su remuneración conjunta por tareas bastante grandes para ocupar a todo un grupo.

A medida que se desarrollan los medios de producción, más difícil es para un grupo de obreros hacerse dueño de los elementos de su acción técnica sin convertirse cada uno de ellos individualmente en capitalista. En ocasiones los adquieren por medio del crédito, o por la participación en los beneficios concedida por los patrones, y la inversión obligada o facultada de esos beneficios en la compra de acciones de la empresa. Pero con todo eso se está lejos de emanciparse del capital. Y en el mejor de los casos, las cooperativas de producción son empresas que producen para el mercado en busca de ganancias, casas vendedoras que compiten entre sí y con las empresas ordinarias, agrupaciones de hombres cuya acción económica tiende a adquirir dinero, como la acción económica vulgar. De ahí la facilidad con que, si prosperan, pierden todo espíritu cooperativo. El Familisterio de Guise, gran fábrica de aparatos de calefacción, cuyos 1800 obreros son dueños de los 16 millones de francos que vale el establecimiento, florece siempre como empresa industrial, pero tiende a hacerse una simple casa de negocio desde la muerte de Godin, su fundador, que donó a los obreros la mayor parte del capital. Y dadas las tendencias exclusivistas de los gremios, ¿no sería de temer, si los grandes medios de producción pertenecieran separadamente a corporaciones formadas por los obreros que los manejan, que cada una de éstas fuera un nuevo y formidable trust? ¿Habría equidad entre los trabajadores si cada grupo productor tuviera el usufructo de sus medios de trabajo en el sentido absoluto que confieren la propiedad privada y las formas capitalistas de la propiedad societaria? Si fuera posible un ferrocarril de los ferrocarrileros, ¿dejaría por eso de ser un monopolio? Con el progreso económico, nadie o casi

nadie elabora sus propios elementos de trabajo, y la cantidad de trabajo ajeno contenida en los medios de producción en diferentes grupos o gremios de trabajadores es tan diferente que no podría imaginarse mayor desigualdad; compárense en ese sentido una gran cuadrilla de terraplenadores con los pocos obreros de un gran molino moderno, la materia prima del obrero en platino y la del trapero. Si los mineros se apropiaran los yacimientos de hulla, los productores de fuerza eléctrica las caídas de agua y los cultivadores, la tierra, ¿se librarían los consumidores de pagar la renta del suelo?

La extensión y complejidad de las relaciones económicas hacen inconcebible la apropiación igualitaria de los medios de producción por los productores sino considerados éstos en un sentido tan general, en un marco tan lato, que se pierden en él las divisiones de oficio o industria, y entran y se confunden todos los hombres activos en bien de la comunidad. Toda otra forma de propiedad es en principio un privilegio, en detrimento de la clase productora en general.

He ahí el germen de disolución de las pocas sociedades obreras de producción que llegan a formarse, el pecado original que les impide subsistir como cooperativas autónomas. En realidad sólo se libran de la ruina o de la degeneración las que se apoyan sobre entidades extrañas que las controlan: el Estado o las cooperativas de consumo. Estas son cada vez más el habilitador y el cliente preestablecido de las sociedades obreras de producción, gran parte de cuyos productos son, pues, destinados de antemano al consumo organizado, no al mercado abierto. La vidriería obrera de Albi se ha sostenido gracias al apoyo que le han prestado las cooperativas francesas de consumo, bajo la forma de crédito, y comprándole botellas a un precio hasta 20 % más alto que el del comercio. Así también en las cooperativas inglesas de producción los obreros socios, que son la minoría de los que trabajan en ellas, no aportan sino muy pequeña parte del capital, 9 % en el año 1902, mientras 50 % pertenecía a individuos extraños a la sociedad, y 41 % a las cooperativas de consumo, que son

al mismo tiempo sus más seguros clientes. En Gante se ha fundado una cooperativa de tejidos, con capitales facilitados por la cooperativa de consumo "Vooruit", por los sindicatos obreros de la ciudad y por las organizaciones obreras de toda Bélgica; y la fábrica obrera florece porque ha encontrado su clientela ya pronta, en las grandes y prósperas cooperativas de consumo belgas. Como un nuevo vínculo entre las cooperativas de producción y las de consumo suelen aquéllas dar a éstas una parte de sus beneficios proporcionalmente a las compras. Y son tan poco firmes los caracteres de las cooperativas de producción, y tan poderosos los motivos de su acercamiento a las de consumo que hay en aquéllas una fuerte tendencia a refundirse en éstas. A esa espontánea anexión se debe en parte que disminuya en Inglaterra el número de las cooperativas de producción. Una cooperativa de obreros en tabaco, con 245 socios y 150.000 marcos de capital, que prosperaba merced al apoyo de la Sociedad de las Cooperativas Alemanas de Consumo para la compra por mayor, acaba de refundirse en ésta, pasando a ser simplemente uno de sus departamentos de producción.

De más en más se caracteriza la producción cooperativa como producción para el consumo organizado. Y ésta la realizan en la más vasta y creciente escala, y con el mayor éxito, las cooperativas de consumo, sobre todo desde que se federan para sus adquisiciones por mayor. El valor de la producción cooperativa británica en 1912, sin contar la cooperación agrícola, fué de 140.766.870 pesos oro, de lo cual más de 68 millones correspondían a las dos grandes cooperativas por mayor, más de 53 millones a las cooperativas de consumo locales, y 11.256.470 a las cooperativas de molinería y panadería, producción toda subordinada directa y exclusivamente a la cooperación de consumo. A las cooperativas de producción les correspondían 7.901.545 pesos, es decir, sólo el 5 % de la producción cooperativa total, y gran parte de ello expresamente hecho contando como clientes a las cooperativas de consumo. De las 47.537 personas empleadas en 1907 en

esa producción, 8.774 lo fueron por las cooperativas de producción y las de molinería, 21.436 por las sociedades locales de consumo, y 17.327 por las cooperativas por mayor. Los principales productos eran artículos alimenticios, tabaco, vestidos, tejidos, jabón y velas. La panadería cooperativa de Glasgow, la mayor del mundo, empleaba mil personas y producía cada día unas 100 toneladas de pan; sus obreros trabajan 8 horas, tienen un chelín más de jornal que en las otras empresas del ramo, y participan de los beneficios. El negocio de té y café de las cooperativas británicas por mayor, ocupaba 437 personas en 1909; la fábrica de jabón de Irlam, 702 obreros y 1.860 las zapaterías de Leicester.

El brillante éxito de la producción de pan para el consumo organizado ha inducido a las cooperativas belgas a multiplicar sus empresas de producción, entre las cuales cuentan ahora seis imprentas, tres zuequerías, una carpintería, dos fábricas de cigarros y tabacos, una confitería, una bonetería, etc.

En Alemania la producción de pan por las cooperativas de consumo ha progresado, según lo dicen las cifras siguientes:

AÑOS	Número de cooperativas con panadería	Obreros panaderos empleados	Valor del pan distribuído a los socios (en marcos)	Venta anual (en marcos) por empleado
1901	35	562	8.568.709	17.103
1911 — 12	262	3.066	82.569.693	26.014

En general, la producción para el consumo organizado aumenta en Alemania mucho más rápidamente que el valor total de los productos expendidos por las cooperativas, y llegaba en término medio en 1912 a 20 % de ese valor total.

Las cooperativas tratan de proveer a sus asociados también de habitación. Hasta 1907 las cooperativas inglesas de consumo habían construído, o prestado el dinero para edificar 46.527 casas. La gran cooperativa de consumo, ahorro

y edificación "Producción", fundada en Hamburgo en el año 1899 con el apoyo de los sindicatos obreros gremiales, había construído ya en 1909 para sus socios 512 habitaciones en diferentes partes de la ciudad.

Sin embargo, la cooperación de edificación se organiza generalmente aparte, en sociedades que, por estar destinadas a satisfacer una necesidad de sus miembros, se confunden con las cooperativas de consumo, si bien se alejan de éstas en que necesitan recursos pecuniarios más grandes, que deben en muchos casos tomar en préstamo, y en que al abrir crédito a los socios para edificar o venderles casas a crédito, les facilitan la apropiación individual de un pedazo de suelo, es decir, la adquisición de un privilegio; por su parte, los socios que no edifican y tienen la sociedad edificadora como caja de ahorros, reciben por sus acciones dividendos en dinero. Esta clase de cooperativas ha prosperado en Inglaterra, donde a principios del siglo tenían 600.000 socios y 300 millones de pesos oro de capital; y en los Estados Unidos, cuyas 5.350 *building societies* tenían 1.566.700 socios en 1903, y administraban 599.500.855 pesos oro. De la encuesta del Departamento del Trabajo de los Estados Unidos, para su informe de 1893, resultó que hasta ese año 314.755 casas se habían construído por medio de las 4.444 sociedades que contestaron. La importancia relativamente mayor de los ahorros individuales en aquel país, y el carácter en parte especulativo de estas sociedades han hecho que ellas sean la forma más difundida de cooperación en Norte América. Con todo, desde 1897 el número de éstas decreció gradualmente, así como su capital total, que había llegado ese año a 665 millones. Es muy posible que este retroceso se deba a la creciente dificultad de construir en las ciudades casitas aisladas, dado el enorme encarecimiento del suelo, circunstancia que, unida a las costumbres del país, ha impreso en Alemania a la cooperación de edificación un carácter propio, dirigiéndola más que a la multiplicación de los hogares separados, a la construcción de grandes edificios de varios pisos, con habitaciones para muchas familias. Por supuesto que en estas condiciones

no se trata ya de vender a los socios su habitación, sino de alquilársela, quedando los inmuebles de propiedad social, modo de operar más puramente cooperativo.

Sólo en la producción agraria han fracasado las cooperativas de consumo. La lechería de Herffelingen, establecida por la Casa del Pueblo de Bruselas en 1899, ha sido vendida en 1907, por estar demasiado distante, sin ser sin embargo, reemplazada por otra. La Cooperativa Inglesa por mayor acaba de resolver la venta de sus lecherías de Irlanda, que le daban pérdidas. La producción cooperativa agrícola, terreno litigioso entre la cooperación de consumo y la asociación de campesinos, quedará, según parece, en manos de ésta.

* * *

Al servicio del movimiento cooperativo está formándose todo un mundo nuevo de empleados y obreros. En 1905 las cooperativas británicas ocupaban por sí solas 99.244 personas. Es una clase de trabajadores cuya situación peculiar despierta en ellos nuevas ideas y les impone nuevas costumbres. Son asalariados; pero de empresas colectivas, cuyo fin no es el enriquecimiento de nadie, sino el bienestar de todos, de sociedades de las cuales pueden, y, en muchas de ellas, deben formar parte, en cuyas asambleas pueden intervenir al mismo título que los demás socios, trabajadores como ellos. Reciben, como socios, balances y memorias cuya exactitud están llamados a juzgar, así como en general la gestión administrativa de la sociedad. Ocupados en la producción de artículos de gran consumo entre el pueblo, están en la mejor situación de apreciar la relación entre sus jornales y el precio de esos artículos, que ellos también compran de la cooperativa, entre el propio salario nominal y el propio costo de la vida. Con todo el peso de su número y de su información influye, pues, la opinión de los obreros ocupados en la producción cooperativa para que se equilibren los intereses de productores y consumidores, armonía hacia la cual tiende por sí sola la cooperación genuina,

exenta de la codicia del capital. De ahí que las cooperativas den representación al personal en el consejo de administración, y le concedan participación en los beneficios. Los empleados de cada una de las grandes secciones de la "Casa del Pueblo" de Bruselas, a saber, las panaderías, los almacenes de combustibles, la sección de tejidos y confecciones, las carnicerías, la sección del carbón y los cafés, tienen su representante en el concejo administrativo. Todo el personal recibe el 2½ por ciento de los beneficios.

En 1907 la participación en los beneficios acordada por 160 cooperativas inglesas a los obreros ocupados en la producción ha equivalido a 4,9 % sobre los salarios. Como éstos son en la producción cooperativa los más altos que se acostumbran en el ramo, y los obreros de la cooperación reciben una fuerte bonificación al convertirlos en artículos de consumo, la producción cooperativa cambia de una manera substancial la situación de sus asalariados.

Y la cambia también por el nuevo carácter y la nueva graduación que introduce en la jerarquía. Desde luego, directores y dirigidos en la producción cooperativa son igualmente empleados y responsables. Sus relaciones son por eso de una cordialidad y respeto recíprocos bien superiores a las ordinarias entre asalariados y empresarios. Y la tendencia igualitaria de la cooperación los aproxima también, separando la dirección técnico-económica de todo privilegio. Solamente equívocas sociedades de producción tituladas cooperativas pueden remunerar a sus directores como las grandes compañías capitalistas. En las cooperativas genuinas los más altos funcionarios reciben sueldos que les permiten una vida higiénica y agradable, pero sin lujos ni gastos dispendiosos. El administrador delegado de la gran cooperativa de Bruselas, que dirige 400 empleados y operaciones por valor de 5 y medio millones de francos, recibe un sueldo anual de 4.000 francos. No sin cierta oposición se ha elevado en el Congreso de Düseldorf (1907) a 12.000 marcos el sueldo anual máximo del gerente de la Sociedad de las Cooperativas Alemanas de Consumo para la compra por mayor, la cual había operado en el año anterior por 46½ millones de marcos. Las costumbres de sobriedad y templanza que imponen a esos hombres la discreta limitación de sus recursos, contribuyen, tanto como sus convicciones y su simpatía por el pueblo, a hacer de ellos funcionarios excepcionalmente capaces y fieles. "El número de las quiebras y de las infidelidades de directores y empleados es infinitamente menor en las cooperativas —dice Schmoller— que en las sociedades por acciones y grandes empresas particulares".

* * *

En competencia con las empresas capitalistas, no pueden las cooperativas, sobre todo en sus principios, dar a sus empleados condiciones de trabajo muy superiores a las usuales. Por otra parte. los beneficios que reciben sus socios como resultado de su acción económica autónoma más que de sus ínfimas partes de capital, suelen aparecer a los ojos de los empleados como producto exclusivo de su trabajo. Ocasionalmente han habido, pues, conflictos entre cooperativas y sus empleados.

Pero tanto por su composición obrera, como por sus propias tendencias, las cooperativas son ligas sociales de compradores, que tienen muy en cuenta las condiciones de producción de los artículos que consumen. Sus relaciones con los gremios proletarios son, por consiguiente. fáciles y cordiales, máxime con los gremios organizados y educados en los sindicatos.

Ya en 1892 en Tynemouth una conferencia de delegados de las cooperativas y de las uniones gremiales inglesas para regular las relaciones entre unas y otras. Y que éstas son cada día más fáciles, lo ha demostrado el congreso cooperativo de Preston (1907), en el que se mencionaron diferencias hasta de 800 % entre los salarios pagados por las firmas particulares y los de las fábricas de la Sociedad Cooperativa por mayor, y resolvióse fijar un salario mínimo para las diferentes

categorías de empleados, e invitar a las uniones gremiales obreras a presentar listas de fábricas recomendadas por los obreros, para no proveerse sino en ellas.

En Suiza las cooperativas han resuelto establecer las condiciones de salario y de trabajo exigidas por lo gremios obreros en sus tratos colectivos con las empresas, reconocer a los empleados de las cooperativas el derecho de coalición, no ejercer presión sobre ellos para que ingresen en las uniones gremiales. Al congreso cooperativo de Düsseldorf asistieron representantes de la comisión general de los sindicatos obreros gremiales, y de las uniones gremiales de obreros panaderos, obreros en tabaco, almaceneros, obreros del transporte y dependientes de comercio. Estaban allí para recibir la impresión inmediata del espíritu reinante en el mundo cooperativo e intervenir en la preparación de los proyectos de tratos colectivos que habían de ser presentados al congreso. No menos de 200 páginas del anuario de la liga de cooperativas de consumo alemanas correspondiente a ese año están destinadas a la exposición y discusión de los tratos con las ligas gremiales. Ante exigencias de los encargados de almacén difíciles de satisfacer, el congreso de Düsseldorf hizo la siguiente declaración: "El salario y las condiciones del trabajo no pueden ser fijados por las cooperativas sobre bases que las empresas particulares competidoras están aún muy lejos de aceptar. Por su propio interés las cooperativas tienen que apoyar con toda su fuerza a los obreros y empleados en su lucha por la consecución de esos fines económico-sociales, y empeñarse en realizarlos por su propia y libre determinación, y cada vez más en las empresas cooperativas. Pero el congreso cooperativo tiene que rehusarse a satisfacer desde ya exigencias que exceden de por mucho lo que las uniones gremiales piden y consiguen de las empresas privadas, y que en las circunstancias actuales incapacitarían para la competencia a un gran número de cooperativas, y dejarían al mismo tiempo sin medios de vida a las personas ocupadas por ellas". Esta declaración fué en parte desfavorablemente discutida en el mundo gremial, hasta que el comité directivo de la liga de las cooperativas y la comisión general de los sindicatos convinieron en la siguiente declaración, votada en 1908 por el congreso cooperativo de Eisenach: "Que no debía entenderse la declaración anterior en el sentido de que las demandas de las uniones gremiales no serían admitidas por las cooperativas mientras no se cumplieran también en la mayor parte de las empresas privadas. Que es deber de las cooperativas, dentro del alcance de sus fuerzas, dar a sus obreros y empleados condiciones ejemplares de salario y de trabajo. Que la unión de las cooperativas alemanas de consumo está dispuesta a entrar en tratos con las uniones gremiales y profesionales de sus empleados y trabajo. Y que si un trato de esa clase fuera prematuro o imposible para una sección de los empleados u obreros de las cooperativas, nada se opone a que se los concluya para puntos o distritos "determinados", "siempre que —agregó el congreso de Eisenach— las demandas locales a las cooperativas no excedan de por mucho a lo que en esos mismos sitios consigan en general para los mismos trabajadores las uniones gremiales. Por el rechazo eventual de exigencias mayores no puede hacerse reproche alguno a las administraciones cooperativas". El congreso gremial de Hamburgo, en 1908, ha votado la declaración sin este agregado, y confirmó la resolución del congreso gremial de Colonia (1905), aconsejando apoyar vigorosamente, con la adhesión personal y la propaganda, el movimiento cooperativo.

* * *

Difícil es exagerar la trascendencia histórica de la cooperación libre. Ella eleva el nivel de vida de la clase trabajadora, librándola desde luego de intermediarios parásitos; ella es un aliado nato del movimiento obrero gremial; ella ofrece infinito campo de desarrollo a las aptitudes técnico-económicas del pueblo. A los enormes bloques del capital privado opone la aglomeración de sinnúmero de pequeñísimos haberes, reforzada por la voluntad solidaria de la masa consumidora; se ha visto a las cooperativas inglesas aniquilar en su nacimiento al trust del jabón. Contra los capitanes de la industria, que a

sus altas dotes intelectuales unen caracteres de hombres de presa, ella forma y desarrolla talentos nuevos, que no sirven al pueblo para despojarlo, sino para levantarlo. La cooperación libre muestra cómo para las más altas funciones de dirección de los hombres en sus actividades fundamentales no es necesaria la propiedad privada de los medios de producción, ni otro privilegio. Y sin establecer nuevos dogmas, ni crear nuevos símbolos, sin desdeñar ninguno de los vulgares medios de acción que le ofrece el mundo capitalista, la cooperación libre está creando un mundo económico nuevo: en sus relaciones internas, entre la fábrica y el hogar cooperativos, hay productos, pero no mercancías, la acción económica del pueblo busca de inmediato el valor de uso, reúne la sencillez y la ingenuidad de la economía primitiva a la exactitud y la fuerza de la moderna. Este carácter de la cooperación libre es tan fundamental que, como hemos visto, ella fracasa o degenera cuando pretende producir para la venta en el mercado abierto para el cambio.

La acumulación cooperativa es con fines de uso, no con fines de ganancia; al reunir sus pequeñas cuotas para establecer una panadería, no tratan los socios de invertir capital, sino de proveerse ventajosamente de pan. Y al destinar nuevas sumas de la cooperativa a ampliar y mejorar sus instalaciones, no piensa cada cooperador en el tanto por ciento, sino en mejorar y completar su propia provisión cooperativa y extender los beneficios de ésta a mayor número de familias. Ese esfuerzo de dirección y combinación de las tareas técnicas en un sentido determinado es la actividad económica autónoma del pueblo trabajador, la cooperación libre en que cada productor puede influir sobre el empleo de otros trabajadores y en muchos casos también sobre el de sí mismo. Como las necesidades de nuestro cuerpo dirigen sus actividades, así el trabajo técnico se subordina en la cooperación libre al consumo organizado.

Con semejante revolución, florecen en el pueblo trabajador nuevas costumbres y nuevos sentimientos. Las mujeres son sacudidas y esclarecidas por un movimiento que toca tan

directamente a sus funciones caseras; ajenas por lo general a toda actividad colectiva, el almacén cooperativo es para ellas la avenida de las nuevas ideas, la perspectiva de la evolución social. Muchas se hacen fervientes convencidas y propagandistas de la cooperación. Las más capaces y libres se organizan en ligas que en el Reino Unido cuentan 25.000 adherentes, para difundir sus principios. Y miles de trabajadores, después de su ruda labor cotidiana, se imponen voluntariamente tareas cooperativas engorrosas y oscuras, que les saben a gloria porque ellos comprenden las proyecciones futuras del movimiento que así inician. Toda cooperativa genuina, comienza con el trabajo gratuito de sus fundadores. En 1907 había en la liga de las cooperativas alemanas de consumo 732 sociedades dirigidas por 1699 hombres que no hacían su profesión de ese trabajo, siendo el de muchos de ellos absolutamente gratuito.

• • •

Grande como es el movimiento cooperativo, tanto en sus proporciones actuales como en sus alcances para el porvenir, tiene también sus limitaciones.

Uno de sus rasgos principales, la solidaridad entre consumidores y productores, es tanto más difícil de realizar cuanto mayores son la distancia y las diferencias entre unos y otros. La cooperación pierde mucho de su carácter al valerse del comercio exterior. La cooperativa inglesa por mayor tiene en Australia fábricas y agentes de compra, y plantaciones de té en Ceilán; pero poco pueden influir los trabajadores australianos en el manejo de esa asociación, cuyos miembros, las cooperativas inglesas de consumo, se encuentran tan lejos; y es de preguntarse qué entenderán de la cooperación los trabajadores zingaleses, y cómo llegará hasta ellos la simpatía de los consumidores británicos. Si los molinos cooperativos europeos han molido trigos argentinos, producidos por muchos años a bajo precio mediante el envilecimiento del papel moneda con

que se pagaban los salarios, han beneficiado de esa causa de miseria para el pueblo trabajador argentino, el cual no está bastante educado ni organizado para imponerse a la atención de la organización cooperativa europea y combinar con ella su defensa.

Existe ya una Liga Cooperativa Internacional para solidarizar las organizaciones cooperativas de todos los países, propagar los principios y los buenos métodos de cooperación y favorecer en todas partes el desarrollo del movimiento. El comité directivo tiene su asiento en Londres, y cada dos o tres años celébrase un congreso. En el de 1907, que sesionó en Cremona, se resolvió estudiar el establecimiento de un centro cooperativo internacional para la compra y el cambio de productos. A este fin han conferenciado en 1908 delegados de las cooperativas por mayor de Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Noruega, Suecia, Francia, Suiza, Rusia y Finlandia, entregándose allí la preparación definitiva del proyecto a una comisión de cinco miembros.

La organización cooperativa internacional se ha de extender y consolidar pronto entre todos los países cultos, y entonces la misma producción para la exportación, en cuanto esté destinada al consumo organizado, quedará sujeta a su control respecto de las condiciones de trabajo de los productores empleados. Algunos fabricantes europeos se niegan a elaborar el cacao producido en Africa por esclavos. ¿Cómo no esperar de la cooperación libre una selección rigurosa de las materias primas para sus fábricas? La creciente solidaridad obrera internacional conciliará cada vez más el comercio exterior con el carácter de la cooperación libre.

Los grandes servicios públicos urbanos y de transporte y comunicaciones han estado hasta ahora fuera del alcance de la acción económica autónoma del pueblo. Destinados a servir a todos los habitantes del lugar o del país, requieren desde luego un gran capital, y toman necesariamente la forma de monopolios de los municipios y el Estado, o de empresas privadas

controladas por éstos. No es posible dotar a una ciudad de obras de salubridad ni construir la red ferroviaria de un país por la simple asociación voluntaria de los hombres, sin intervención de la ley. Pero en cuanto la clase trabajadora interviene en la gestión de los negocios públicos, y, substrayéndolos a las maniobras del capital privado y a las rapiñas oligárquicas, los dirige para el bien de la colectividad, la situación de los consumidores y empleados se acerca también en los servicios públicos a la de la cooperación libre.

La Democracia Obrera

La coerción por el gobierno pesa doblemente sobre el proletariado al comenzar la moderna lucha de clases. — Principios violentos de la acción política obrera. — Se inicia la legislación protectora del trabajo. — El sufragio universal en sus primeros pasos. — La crítica negativa de la acción legal y la sistematización de la violencia. — La huelga general. — Razón de ser del sufragio proletario. — El ejercicio del voto. — Los partidos obreros. — Su organización y su doctrina. — Sus funciones. — Las libertades de desarrollo del pueblo trabajador. — Las leyes restrictivas de la explotación capitalista. — La supresión de las cargas que el Estado echa sobre el proletario. — El establecimiento y la administración de los servicios públicos. — La educación común. — Fuentes de recursos para las modernas funciones del Estado. — El suelo debe ser desde ya el gran fondo de la propiedad colectiva. — Carácter general de la nueva política: la coerción para la libertad.

Dede que entra en lucha por su elevación colectiva, el proletariado sufre doblemente de la coerción que sobre él ejerce la clase propietaria gobernante.

Para todos sus movimientos son indispensables al pueblo obrero las libertades elementales de reunión, de asociación, de prensa, libertades coartadas por los gobiernos burgueses cuando el proletariado comienza a hacer uso de ellas en la moderna lucha de clases.

Hasta 1824 toda inteligencia entre los obreros de un gremio fué perseguida en Inglaterra como un delito. Considerábanse en vigor los viejos edictos antiobreros, agravados en 1799 por una nueva ley, la cual condenaba a tres meses de prisión y trabajos forzados a todo jornalero que entrara en

combinación con otros para "obtener aumento de salario, limitar o alterar las horas de trabajo, disminuir la cantidad de trabajo, o que, por medio de dinero, de la persuasión o de la intimidación, trate de impedir a un jornalero desocupado, o a otra persona necesitada de empleo, conchabarse con algún fabricante o comerciante; o que con propósito contrario a las provisiones de la ley, directa o indirectamente, persuada, solicite o intimide a algún obrero conchabado, o que esté por serlo, para que abandone su trabajo, o que intente impedir a algún patrón conchabar al obrero que le parezca bien, o que estando conchabado, se rehuse a trabajar con algún otro jornalero". Penalidades semejantes alcanzaban a los que asistían a reuniones para tratar de esos convenios declarados ilegales, o contribuían con dinero a los gastos de la reunión o a este fin lo colectaran de otras personas, o indujeran de cualquier modo a otros a asistir a reuniones de esa clase. Nadie podía tampoco contribuir al sostenimiento de personas que hubieran abandonado el trabajo; toda suma recogida a este fin era confiscada, la mitad para el rey, la otra mitad para el denunciante.

No podían, pues, organizarse los gremios obreros sino como sociedades secretas, y los raros conflictos industriales de la época fueron violentas explosiones de revuelta obrera contra condiciones que se hacían inalterables. Abolida la ley, subsistió su espíritu, y por largos años los jueces declararon punibles los actos de gremialismo proletario, criterio que ha dominado por más tiempo aun en el continente europeo y en América. Todavía los gobiernos latinoamericanos, protectores y aliados de los sindicatos y monopolios capitalistas, sofocan violentamente las reivindicaciones obreras que les molestan; en Buenos Aires se expulsa a los organizadores y se cierran arbitrariamente los locales obreros; en Iquique se ametralla a un pacífico mitin de huelguistas; en México han sido fusilados ocho organizadores de la huelga minera de Cananea, y la de los obreros en algodón (1906) fué también reprimida con todo el rigor necesario para hacerlos volver al trabajo en las antiguas condiciones.

Aun legalmente autorizada, la unión obrera gremial está siempre expuesta a las asechanzas de la ley, mientras la aplicación de ésta queda exclusivamente en manos de los privilegiados. Un fallo de la Cámara de los Lores, en la demanda del ferrocarril Taff-Vale contra el gremio obrero de ferrocarrileros, ha venido en 1901 a declarar ilegal la vigilancia pacífica de los locales de trabajo por los obreros en huelga, y a arrebatar sus fondos al gremio obrero, so color de una indemnización por daños y perjuicios a la empresa. Más recientemente la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos ha condenado al sindicato de obreros sombrereros a pagar alta indemnización y las costas judiciales a una firma que, por causa de una huelga, no había podido recibir la provisión de sombreros que había contratado.

Hasta la cooperación libre choca con los gobiernos retrógrados, que se alarman de la acción económica del pueblo trabajador. Para complacer a los tenderos perjudicados por las cooperativas de consumo, se ha establecido en Prusia, Sajonia y otros países alemanes un impuesto sobre las ventas que llega en algunas partes al 2 %, y se quisiera elevar a 5 %. Todavía en 1909 numerosas sociedades de comerciantes por menor se han dirigido al parlamento alemán y al prusiano pidiendo que se condene a las cooperativas de consumo a un impuesto progresivo sobre sus ventas, que aumente en proporción creciente con el giro y el número de sucursales de cada sociedad. Se pretende también prohibir a los empleados del Estado el ingreso a las cooperativas.

En todo sentido, la coerción directa por el gobierno agrava la coerción indirecta por las leyes burguesas de propiedad.

* * *

A los grados extremos de la opresión, el pueblo trabajador no sabe o no puede responder sino con la violencia. Excluído, por su incapacidad o por la prepotencia de la clase alta, de toda función legislativa y de gobierno, manifiesta en

conjuraciones, revueltas y atentados su voluntad de obrar y su embrionaria conciencia política. El descontento causado en el pueblo inglés por la carestía del pan, condujo a tumultos y al tiro disparado contra Jorge IV en 1817, mucho antes de que pudiera traducirse en la abolición de los altos derechos de importación a los granos, impuestos para asegurar altas rentas a los terratenientes. La clase obrera tenía, sin embargo, una relativa libertad de reunión y de prensa. Desde 1816 Guillermo Cobbett, que agitaba a los trabajadores de Inglaterra contra los malos impuestos y por la reforma del derecho electoral, lanzó el "Two penny Tract", periódico de 4 centavos, para contrarrestar los efectos de la clausura de las tabernas donde se leía su "Registro Político Semanal" cuyo precio de 26 centavos oro, como el de los otros periódicos de la época, lo ponía fuera del alcance de cada obrero; y fue tan grande el éxito de su nuevo periódico a bajo precio que desde su primer número debió tirar 60.000 ejemplares. quedando prácticamente anulada la medida retrógrada del gobierno. Cundió entonces con más fuerza la agitación reformista entre el pueblo trabajador, para resistir a la cual estrecharon sus filas las clases privilegiadas. En 1819 un colosal mitin popular, que celebrábase en una gran plaza de Manchester fué bárbaramente atropellado y disuelto por milicias burguesas de caballería y tropas del ejército. Aquella masacre fué el punto de partida de la más reaccionarias medidas: el parlamento autorizó al ministerio para prohibir reuniones públicas, registrar domicilios en busca de armas, encarecer los periódicos con un alto impuesto de estampilla y desterrar a las colonias penales a quien incurriera a su juicio en delitos de prensa. Cuando el revolucionario Thistlewood hubo intentado asesinar a Lord Castlereagh, que presidía el gobierno responsable de aquella infame política, la represión del movimiento popular se hizo aún más furiosa: por dos años quedó suspendida la antigua ley de "habeas corpus", que garantizaba la libertad individual, e, implacablemente perseguidos, los organizadores del partido reformista fueron obligados a emigrar. Cesó entonces toda manifestación de conciencia política del pueblo. La abolición de la ley que prohibía la coalición gremial proletaria no resultó de ninguna agitación obrera, sino de las gestiones inteligentes y tenaces del patrón sastre Francisco Place, que había intervenido antes, como obrero pantalonero, en movimientos del suyo propio y de otros gremios. Convencido de la injusticia y de la inconveniencia de aquella ley, recogió pacientemente datos para basar su abrogación, y supo interesar por su causa a algunos influyentes miembros del Parlamento.

En julio de 1830 el pueblo obrero peleó con ardor en las calles de París, pero aquélla fué una revolución burguesa que poco o nada le aprovechó. La "coalición de obreros para abandonar juntos el trabajo", fué siempre castigada como un delito. El derecho de sufragio apenas se extendió; la suma de impuesto exigida para ser elector sólo se rebajó de 300 a 200 francos, y de 1000 a 500 francos la de los elegibles. Si bien el número de electores se elevó así de 90.000 a cerca de 200.000, y, por la creciente acumulación de capital, llegó en 1847 a ser de 241.000, el gobierno continuó exclusivamente en manos de los privilegiados. Solicitado con instancia a extender el derecho de sufragio a nuevas categorías de ciudadanos, respondió el ministro Guizot: "Enriqueceos y seréis electores".

Bajo la influencia de la revolución que en 1830 cambió el gobierno de Francia, renació del otro lado del canal de la Mancha el clamor por la reforma electoral, y fué parcialmente satisfecho por la ley de 1832, que elevó en la Gran Bretaña e Irlanda el número de electores de los Comunes de 500.000 a 1.200.000, dió representación parlamentaria a las nuevas ciudades industriales, y abolió usos y privilegios arcaicos que entregaban el gobierno del país a una oligarquía. La clase obrera quedó aún excluída del voto y de la representación, y su agitación política se exacerbó después de esa reforma en que las demandas de los trabajadores habían sido desechadas. "El Guardián del Pobre", periódico obrero aparecido en 1831, no dirigió ya sus tiros contra el rey y la no-

bleza terrateniente y el clero solamente, sino también contra la clase capitalista. Como se reprochara a Cobbet que para él "sólo mucha cerveza y mucho tocino eran señales de un buen estado político", él contestó: "Agréguese a eso pan, buenas ropas, camisas para las mujeres, botines, medias y sombreros, ventanas con vidrios en las habitaciones, camas y frazadas, una letrina en cada casa, agréguese todo eso, y tendrán razón. Esas son para mí las señales de un buen estado político. Y desde el fondo de mi alma detesto a los liberales, cuyo programa me habla de bienes espirituales, mientras que lamentables esqueletos sucumben bajo su dominio de hambre y miseria". En 1837 fundóse en Londres una asociación llamada simplemente "Sociedad Obrera", para luchar por la representación de la clase trabajadora en el Parlamento; su programa fué la famosa "Carta del Pueblo", de la cual tomó su nombre el Partido Cartista. Constaba de seis puntos: derecho de sufragio para todos los hombres hábiles; elección anual del Parlamento, remuneración para los diputados, voto secreto y elección por mayoría absoluta, distritos electorales regulares, elegibilidad de los ciudadanos sin renta. La agitación tomó grandes proporciones; hubo magnas asambleas populares, y al pie de una petición en favor de la Carta reuniéronse 1.250.000 firmas. Por varios años el Partido Cartista, designado por algunos de sus propios elementos "partido de la fuerza física", mantuvo en jaque al gobierno. Pero enardecido en su empeño de alcanzar el sufragio universal, probó que aún no sabía hacer uso de él, mostrándose hostil a una reforma fundamental para el pueblo inglés en aquellos momentos, la libre importación del trigo, que triunfó en 1846 a pesar del Partido Cartista. Aquella primera tentativa de conquista del poder político por el proletariado moderno perdió entonces en la opinión del mismo pueblo trabajador, y terminó sin haber cumplido ni parcialmente sus fines.

No gozaba el pueblo francés de tantas libertades para asociarse y manifestar su pensamiento. Sus mismos movimientos gremiales tomaban desde luego la forma de revuelta. Acosa-

dos por el hambre, los obreros en seda de Lyon se alzaron en 1831, y tuvieron en sus manos por diez días el gobierno de la ciudad. Se jactaban de no mezclarse en la política, y de asociarse con simples fines de mutualismo. Pero pronto, perseguida por el gobierno su asociación, se coligáron con la pequeña burguesía republicana, para bregar por los derechos políticos elementales. La nueva insurrección de Lyon, en 1834, motivada por la prisión de algunos obreros en huelga, se extendió a París, pero, como la anterior, fracasó, ahogada en sangre. Desde 1835, las sociedades revolucionarias secretas, encabezadas por Blanqui, miran la república como el medio de abolir los privilegios de los banqueros, proveedores y grandes terratenientes. Después de un atentado contra el rey, nuevas leyes amordazaron la prensa. La revuelta de 1839 no fué más feliz que las anteriores. Mediante la corrupción del limitado cuerpo electoral y de los diputados así elegidos, sostúvose hasta 1848 el gobierno de Luis Felipe.

Entre tanto la crítica de Sismondi, Saint Simon, Fourier y de los tipógrafos Proud'hon y Leroux, había evidenciado los vicios y deficiencias de la sociedad burguesa. La palabra "socialismo" se había hecho corriente, aun en los salones, a tal punto que, para caracterizar como documento popular su gran escrito de 1847, Marx y Engels lo titularon Manifiesto del Partido Comunista. Fracasados los ensayos utópicos y sectarios de reorganización social, las nuevas ideas querían traducirse en inmediatas medidas de gobierno. Y la revolución de 1848, en que el pueblo obrero izó la bandera roja sobre las barricadas de París, dió el gobierno provisorio de Francia a Luis Blanc, que reivindicaba para los proletarios el derecho al trabajo, y a Ledrun-Rollin, que, al ser elegido diputado por el sufragio restringido en 1841, había dicho a sus electores: "Hoy el pueblo es un rebaño guiado por algunos privilegiados como vosotros, como yo, señores, llamados electores; y por otros privilegiados a quienes se saluda con el

título de diputados". Como símbolo de las nuevas tendencias, formó parte también de aquel gobierno un obrero mecánico.

* * *

A principios del siglo 19 los horrores de la explotación capitalista se impusieron en Inglaterra a la atención pública. Encerrados en las fábricas desde los 5 años, los niños proletarias eran obligados a jornadas de 12 a 16 horas, de día o de noche, a golpes, si no bastaban los estímulos. Generaciones enteras eran segadas en flor por la avidez de trabajo barato que dominaba a los empresarios de la industria. Y de aquellas tiernas víctimas del capitalismo desenfrenado, las que no sucumbían, conservaban para siempre el sello de la degeneración que les pusieran las fatigas continuas, el aire mefítico, el mal vestido y la peor alimentacióu. Sentimientos elementales de humanidad hicieron que interviniera la ley para poner coto a tan espantosa esclavitud. Y en 1802, la coerción gubernamental se dirigió por primera vez a exigir condiciones de trabajo menos bárbaras; una ley limitó a 12 horas la jornada de los aprendices, es decir, de los niños, prohibió también su trabajo nocturno, y ordenó que las fábricas fueran ventiladas y se blanquearan dos veces al año, y que los niños recibieran un traje nuevo cada año, y dispusieran por lo menos cada uno de media cama. ¡Se había visto a un patrón no disponer sino de dos lechos para sus 16 aprendices! La vigilancia del cumplimiento de esa ley se encomendó a los jueces de paz, uno de los cuales debía ser un clérigo; y no parece que fuera estrictamente cumplida. Ella es, sin embargo, el punto de partida de la moderna legislación protectora del trabajo. Con su vasta y feliz experiencia de gran fabricante, Roberto Owen pudo, después, informar que el acortamiento de una jornada excesiva, mejorando el estado mental y físico de los trabajadores, disminuía el costo de producción, argumento que hizo irresistible la tendencia a moderar algo la explotación de la niñez. La ley de 1819 dió un paso adelante, prohibiendo en la industria algodonera el empleo de niños de menos de 9 años, y más de 12 horas diarias de trabajo para los menores de 16. Por largos años, a pesar de la ley, los patrones extrajeron de los niños más trabajo, haciéndoles limpiar las máquinas a la hora de las comidas. Una serie de enmiendas hicieron más completas las prescripciones de la ley, y trataron de darle un cumplimiento más exacto, hasta que en 1833 dióse el paso decisivo creando la inspección de fábricas, desmpeñada por funcionarios especiales, dependientes del gobierno central, y libres de vinculaciones de interés o de vecindad con los empresarios. Al mismo tiempo se extendió la acción de la ley a toda la industria textil, se prohibió para todo menor de 18 años más de 12 horas de trabajo por día o de 69 por semana, y se estableció que en el primer año de dictada la ley ningún niño de menos de 11 años, en el segundo ninguno menor de 12 y desde el tercero ninguno menor de 13 podría ser empleado más de 48 horas por semana, o de 9 en un día, debiendo darse hora y media para comer, y prohibiéndose la permanencia de los niños en los talleres fuera de las horas legales de trabajo.

Iba aclarándose entre tanto la conciencia de los trabajadores en lo que a la protección legal se refiere. Ya en 1818 los hiladores de algodón de Manchester habían pedido al Parlamento la limitación de la jornada a 10 y media horas, o 9 de trabajo efectivo, para los trabajadores todos. Y esta tendencia a reducir las horas de trabajo de los varones adultos por medio de la ley se mantuvo, disimulándose tras nuevas demandas en defensa de las mujeres y los niños. Dos nuevas nociones empezaban, en efecto, a abrirse camino: que la limitación de la jornada de los niños implica en gran parte la del trabajo de los adultos, desde que aquéllos desempeñan tareas accesorias, pero indispensables, que, por lo regular, deben ser simultáneas con las de éstos; y comprendióse también la conveniencia de eliminar en lo posible de las fábricas a las mujeres y los niños para que su trabajo barato no excluyera el de los obreros adultos. Mientras los obreros se agitaban por la regulación del trabajo de las mujeres, perfeccio-

nábase el sistema de inspección de fábricas, se hizo extensiva la acción de las leyes ya dictadas a otras ramas de la industria, y, en 1842, previo un informe que reveló el brutal e indecente trabajo de niños, muchachas y mujeres en las minas y hulleras, fué prohibido su empleo en éstas.

Vigorosamente apoyado por las uniones gremiales obreras de la industria textil, el movimiento por la jornada legal de 10 horas para las mujeres triunfó por fin en 1847. Tampoco esta gran reforma práctica apasionó al Partido Cartista, que sólo la miró con tibieza, por haberla iniciado y sostenerla en el Parlamento un lord, el conde de Shaftesbury.

Ya entonces había comenzado también en Francia la legislación del trabajo con la ley de 1841 sobre el trabajo de los niños, de prescripciones tan adelantadas en la letra como mal cumplidas. El gobierno revolucionario de febrero de 1848 tomó la medida más radical dictada hasta entonces sobre la jornada de trabajo, limitándola a 10 horas en París y 11 en lo demás de Francia, para todos los trabajadores, comprendidos los varones adultos, porque — decía el decreto — "un trabajo manual demasiado prolongado no sólo arruina la salud del trabajador, sino que también le impide cultivar su inteligencia y rebaja la dignidad del hombre". Para satisfacer el derecho de los ciudadanos al trabajo, el gobierno provisorio, empleó a muchos miles de desocupados en obras de caminos y terraplenamiento; es lo que hablando de aquella época se designa con el nombre de "talleres nacionales".

* * *

De esa manera la República de 1848, hecha simplemente para ampliar el círculo de los privilegiados políticos dentro de las clases propietarias, mostraba el carácter de república social que le dió en el primer momento el proletariado de París en armas. Y en las elecciones de representantes para la Asamblea Constituyente, todo ciudadano de 21 años de edad y seis meses de domicilio fué llamado a votar, dejando

al mismo tiempo de ser gratuito el cargo de diputado, para que pudieran desempeñarlo personas sin más recursos que el producto de su trabajo.

Desde 1801 el estado de Maryland había proclamado el voto general de los hombres, y, seguido su ejemplo por los otros Estados norteamericanos, excepto por los del sud, prosperaban bajo ese régimen de virtual igualdad política, para el que estaban preparados por los sentimientos y las costumbres de la población colonial. La educación común de los ciudadanos, muy cuidada desde el principio, permitía a la generalidad abordar las cuestiones políticas, no tan complejas aún en aquel país donde los campesinos autónomos formaban la masa del pueblo, y cuyas clases urbanas en formación no se apartaban aún ni se fijaban hasta el punto de entrar en conflicto. Por muchas décadas, la extensión y la feracidad del territorio abierto a la ocupación libre dieron campo a los trabajadores para salir de la condición de asalariados e hicieron ésta tolerable para los que quedaban en ella.

Al establecerse en Francia el sufragio universal por la revolución de 1848, dando directa participación a la clase trabajadora en la formación del gobierno, la masa del pueblo francés no tenía aún la conciencia histórica ni los hábitos deliberativos necesarios para una acción política regular y eficiente. Elevado repentinamente el cuerpo electoral de 250.000 a casi 10 millones de miembros, votaron en la primera elección 83 % de los electores inscriptos. El resultado fué una asamblea que se encargó de reducir las consecuencias de la revolución a la escala burguesa. Obstaculizados por los ingenieros del Estado, que no dieron planes de nuevos trabajos públicos o los dieron imposibles, los talleres nacionales funcionaban mal, pero eran el único recurso de muchos miles de hombres, en aquella época de crisis, desocupación y miseria. Fueron, sin embargo, el inmediato blanco de apasionados ataques de la Asamblea Constituyente recién elegida, que se propuso suprimirlos sin tardanza. Estalló entonces la insu-

rrección proletaria, reprimida en las cuatro sangrientas jornadas de junio por la guardia nacional de los barrios burgueses y tropas mercenarias. La reacción siguió su curso. Una ley de septiembre de 1848, reemplazó al decreto de febrero del mismo año sobre la jornada legal y limitando su reglamentación a los talleres y fábricas, sin establecer autoridad alguna encargada de vigilar su observancia. Por largos años la nueva ley fué, pues, letra muerta, como lo había sido hasta entonces la de 1841 sobre el trabajo de los niños. Así también por largos años iba a ser letra muerta el derecho electoral de la clase obrera, cercenado primero por una ley que exigió para ser elector tres años de domicilio, e impedido después en su ejercicio por el segundo Bonaparte. Comenzó éste, para hacerse simpático al pueblo, aboliendo la ley de 1850, que despojaba del voto a unos tres millones de electores, pero persiguió tan ignominiosamente a la prensa, prohibió con tal rigor la asociación y la reunión de los ciudadanos, aun para examinar las candidaturas y distribuir boletas, y manipuló con tanta desvergüenza el aparato electoral, que bajo su gobierno el voto fué ilusorio para el proletariado francés, sin una organización gremial ni económica que pudiera servir de espinazo a su resistencia. Hundido el segundo imperio en la derrota y el oprobio, quedó definitivamente establecido en Francia el sufragio universal, directo y libre, después de la formidable insurrección de la Comuna, en 1871.

Antes ya de este horrendo episodio de la moderna lucha de clases, las severas lecciones de los hechos y la creciente agitación habían evidenciado a los gobiernos de los principales países de Europa, la necesidad de la función política del proletariado. "El sufragio universal, dando una boleta a los que sufren, les quita el fusil — había dicho Víctor Hugo—, dándoles el poder, les da la calma".

Vanos habían sido los esfuerzos de los gobiernos alemanes para aniquilar el movimiento suscitado entre los artesanos y obreros por el rápido desarrollo de la industria capitalista desde que se estableció el "Zollverein". En 1844 hubo levantamientos entre los tejedores de Silesia. La revolución de 1848 en Francia había repercutido en Viena, aboliendo en Austria los derechos feudales, y dando por un momento al país una constitución liberal. En Alemania, cuya evolución histórica estaba más adelantada, el movimiento propagado de Francia fué de mayor trascendencia. El 18 de marzo hubo en Berlín barricadas, tocando a los productores asalariados lo más recio de la refriega. Reunióse un congreso obrero que deliberó sobre el derecho al trabajo, la limitación y regulación legal de la jornada, la ayuda del Estado a las asociaciones obreras, la reforma de los impuestos y de la enseñanza, la creación de un ministerio de Trabajo. En el parlamento de Francfort, elegido por el sufragio universal para hacer la unidad de Alemania y darle una constitución, no estuvo representada sino indirectamente la clase obrera. Los elementos más capaces de ésta veían en la libertad burguesa un paso previo, indispensable para la ulterior lucha del proletariado por su emancipación y no considerando a éste aún bastante desarrollado para batallar por sí solo, secundaban con inteligencia y valor a las fracciones más progresistas de la burguesía. Se trataba de conseguir las libertades elementales, ante todo el derecho obrero de coalición. Las conquistas políticas de 1848 fueron también en Alemania en gran parte ilusorias. Todavía el parlamento de Prusia es elegido como se estableció entonces, por el sufragio universal indirecto, dividida la población de cada comuna en tres clases electorales, cada una de las cuales corresponde al tercio de los impuestos directos, y elige igual número de electores, sistema que no ha permitido hasta ahora a la clase trabajadora ni una mínima representación. La prensa, completamente libre por un momento, quedó bajo una ley que impuso a cada diario una caución en dinero, un impuesto de sello y múltiples restricciones policiales y penales. El derecho de asociación y de reunión quedó muy sujeto a la intromisión de la policía y prohibida la vinculación entre sí de las sociedades políticas. Las sociedades obreras tomaron entonces la forma de círculos

de estudio. En 1863 fundóse en Leipzig, bajo la inspiración de Lassalle, la liga obrera pro derecho de voto general, directo e igual, liga que, a pesar de las trabas a la asociación política, pronto adquirió el desarrollo de un verdadero partido. Un año después, al grito de "Proletarios de todos los países, uníos!", lanzado en 1847, respondía la fundación en Londres de la Asociación Internacional de Trabajadores, cuyo espíritu director fué Carlos Marx. Y en 1867, al organizarse la Confederación de la Alemania del Norte bajo el gobierno de Bismarck, establecióse, como un medio de consolidarla, el derecho de sufragio directo, secreto e igual para todos los alemanes de más de 25 años en las elecciones al parlamento del Imperio.

Ese mismo año apareció el primer tomo de "El Capital", de Marx, crítica de la explotación capitalista y de las doctrinas burguesas basada en el estudio del mundo inglés y se produjeron otros dos sucesos considerables: el establecimiento por las *trade unions* británicas de un "comité parlamentario", "para vigilar todas las medidas legislativas que afectaran directamente la cuestión del trabajo e iniciar la acción legislativa que determinan los congresos obreros gremiales"; y la extensión del derecho de sufragio en el Reino Unido a los artesanos de las ciudades, con lo que el número de los electores se elevó a 2.792.000, para ser ampliado nuevamente en 1884 hasta los obreros y mineros, y llegar entonces a 5 millones.

* * *

Al acentuar la necesidad de la acción política del proletariado, sus promotores exageraron la importancia del gobierno y de la ley, y se mostraron indiferentes u hostiles a otras actividades populares fundamentales. Mientras se teorizaba sobre la próxima "dictadura del proletariado", mirábase el gremialismo proletario como un simple campo de propaganda, y se mostraba por la cooperación libre el más equivocado desdén. Pero ni los primeros gobiernos revolu-

cionarios de tinte más o menos obrero fueron de gran trascendencia, ni el incipiente sufragio universal atinaba a orientarse, ni las primeras leyes en defensa del pueblo trabajador siempre se cumplían. En Inglaterra, donde se aplicaba con estrictez la legislación sobre las fábricas, esta había sido en gran parte obra de la aristocracia terrateniente en conflicto con la burguesía industrial, y no podía en rigor ser atribuída a la lucha de clase que predicaban los más ardientes apóstoles de la acción política del proletariado. No han faltado, pues, en la clase obrera adeptos de la escuela individualista extrema que reniega de la ley, ve en todo gobierno un mal necesario, y para la cual la autoridad carece de eficacia y es siempre tiránica. Ese nihilismo político tiene por consecuencia la abstención electoral y ha cundido sobre todo en España y en la América latina, cuyas clases gobernantes han otorgado graciosamente el derecho de sufragio a un pueblo que en gran parte nunca lo ha pedido, ni es capaz de ejercerlo. Antes de enseñarle a leer, le han dado el voto, copiando servilmente en el nombre instituciones extranjeras, pero sin renunciar en lo mínimo a su absoluto predominio tradicional, que mantienen por todos los medios. La política que resulta de esa falta de sinceridad y de inteligencia es la más apropiada para hacer escépticos: las elecciones son una torpe parodia; las leyes, lejos de expresar la voluntad popular libremente manifestada, son la expresión clandestina e improvisada del interés, la mentira o la fantasía de la clase gobernante, ni tienen más influencia efectiva que la que quieren darles los burócratas encargados de ejecutarlas. Es, pues, un primer grado de conciencia política ese saludable escepticismo por la ley y los gobiernos que se apodera de muchos trabajadores; es un profiláctico contra la corrupción y la sugestión declamatoria de que serían víctimas si pretendieran ejercer una acción histórica para la cual no están preparados y en lo que no harían sino servir de pasto a las ambiciones y rencillas de la clase gobernante.

La renuncia a toda participación en el ejercicio del go-

bierno y la confección de las leyes suele acompañarse en la clase trabajadora de una aspiración mística y absoluta a la libertad, extraña a todo concepto de política práctica y también a la noción de las fuerzas fundamentales de la Historia. Y los mismos para quienes toda ley es atentatoria a ese sagrado principio, una inútil y odiosa imposición, muy comúnmente admiran, sin embargo, la revuelta y el atentado, forma esta última la más violenta de coerción. Actividad inferior, propia de hombres incapaces de conseguir sus fines por medios más inteligentes, esa violencia es siempre un despilfarro de energía, y a veces contraproducente, aun siendo espontánea y sincera. Si ha hecho algunos héroes populares, ellos lo son menos por su obra que por lo que han sufrido. Jamás se ha glorificado a un criminal político que se haya substraído al castigo. Una puñalada o un tiro los da cualquiera. Lo que se admira en esos hombres es su firmeza ante la certidumbre del cadalso o de la ergástula, la ecuanimidad con que al juzgar a otros como jueces inapelables y ejecutar como verdugos su propia sentencia, hacen frente a la sentencia y sanción que deben caer sobre ellos mismos. Para que su hecho sea hazaña debe ser castigado como crimen. ¿De qué no sería capaz en la acción constructiva quien practique en ese estado de ánimo la violencia? ¡Cuánto error funesto e irreparable en los fallos de esa justicia impulsiva, secreta y sin la más sumaria forma de juicio!

En la lucha de clases la violencia tiene el mismo papel que en la lucha entre los pueblos: significa que para una u otra o para las dos clases contendientes sus relaciones con la otra son tan poco comprendidas, que ocasionalmente renace entre individuos o colectividades el estado biológico de guerra. La violencia de la clase trabajadora puede asimismo propulsar ocasionalmente la evolución social, sacando de su ignorancia o de su modorra a gobiernos recalcitrantes o rutinarios. Para fundar su proyecto de leyes sobre el trabajo, el ministro argentino J. V. González no tuvo argumento más fuerte que "los movimientos obreros de 1902, que dieron lugar al establecimiento del estado de sitio para restablecer el orden alterado y la libre circulación del comercio nacional y extranjero". El crimen de Bresci contribuyó a abreviar un mal momento de la evolución política de Italia; el que dió fin a la vida del presidente norteamericano Mackinley, en momentos en que este concedía a todo el mundo su augusto apretón de manos, patentizó lo falso de la democracia que se exhibía en la absurda ceremonia.

A medida que se difunde y profundiza la conciencia histórica y que, como la guerra entre los pueblos, se hace más rara la guerra entre las clases, también los móviles de ésta se hacen cada vez más tortuosos y oscuros, y al romanticismo revolucionario se mezclan para provocarla designios reaccionarios del gobierno, instintos criminales de la policía, sórdidas maniobras del capital. Reclutan para eso todo un gremio de agentes provocadores que se insinúan en las masas proletarias, tanto más fácilmente cuanto más primitivas e ingenuas son éstas en su rebelión. Agentes de policía secreta estuvieron ya en la mayor parte de las conspiraciones y atentados del tiempo de Luis Felipe; antes de hacer estallar su terrible máquina infernal, Fieschi había servido a los gobiernos como espía. Esta alianza equívoca del gobierno con las sectas terroristas ha tenido vasta aplicación en la política rusa de los últimos años, contribuyendo no poco a desorganizar la revolución. Para los trabajadores conscientes, toda violencia declamada o instigada se hace cada día más sospechosa, en quien aconseja la violencia ven un cobarde o un traidor.

La difusión de la crítica política y del espíritu subversivo individual en la clase trabajadora hace cada día más difícil una revolución del estilo antiguo. ¿Cómo constituir la autoridad revolucionaria en medio de la crítica absoluta y permanente de toda autoridad? El análisis de las instituciones y de los actos deja muy poco campo para la adhesión fanática a los jefes y para las ilusiones doctrinarias que han hecho siempre el prestigio de los gobiernos improvisados.

¿Cómo encauzar y coordinar la violencia revolucionaria colectiva cuando grupos enteros proclaman como un principio la violencia individual, cuando tan confundidas están las ideas de heroísmo y de crimen en la mente del pueblo? La violencia individual, como manifestación de la vida política diaria, contribuye a hacer a la vez imposible e innecesario el esfuerzo armado de una gran colectividad. Con ochenta millones de campesinos en rebelión, en gran parte hambrientos, con una población fabril radicalmente revolucionaria, con una clase entera de escritores, profesores, ingenieros, médicos, abogados, estudiantes, al servicio de la libertad y de la justicia, con ejércitos minados por el descontento y escuadras en abierta sublevación, no ha podido la exaltación política rusa de 1905-06 derribar al gobierno. Creyóse que la disolución de la primera Duma sería la señal de la conflagración decisiva que daría en tierra con la autocracia; pero la proclama de los diputados, desde su sesión clandestina de Viborg, no tuvo gran eco: al gobierno no le faltaron hombres ni dinero. Todo el progreso político ruso del último siglo se concreta ahora en el ejercicio entusiasta y asiduo de los derechos fundamentales, en las nuevas costumbres, practicadas con fervor, a pesar de la furia reaccionaria que quisiera aún maniatar y amordazar al pueblo. Permítalo o no la policía, las asambleas, los discursos, los diarios, las huelgas, la multiplicidad infinita, la pertinacia de los esfuerzos por el progreso histórico manifiestan que aquel pueblo se aproxima a grandes pasos a su madurez de juicio. Elegida por el voto indirecto en tercer grado, la primera Duma resultó asimismo una asamblea revolucionaria. Millones de analfabetos oyen ansiosos en aquel país la lectura de los diarios políticos, sintiendo la punzante aspiración de aprender también ellos a leer. Ese florecimiento de nuevos hechos e ideas del pueblo constituye la esencia de la revolución rusa. De crisis aguda y catastrófica en medio de un perezoso movimiento político, la revolución pasa a ser la exageración momentánea de un movimiento histórico normalmente acelerado. No habrá una revolución rusa en el

sentido de la revolución francesa de 1789, ni nada parecido ha de repetirse en Francia. Goza ésta entretanto de más orden y progreso desde que el proletariado francés se ha hecho un importante factor político; y el mundo entero civilizado empieza a tener la revolución en permanencia, que se aleja cada vez más de la guerra de clases.

* * *

Las barricadas que, a mediados del siglo 19, tanta resistencia opusieran a las tropas regulares en las calles estrechas y tortuosas de París son imposibles en las avenidas anchas y rectas que cruzan ahora las ciudades; y las nuevas armas de guerra operan a tal distancia, que una insurrección sería dominada sin el contacto inmediato del pueblo con el ejército que pudiera despertar en éste un movimiento de simpatía.

Otras circunstancias favorecen en cambio la resistencia del proletariado y lo preparan para ella. Reunido en grandes masas por el crecimiento de la unidad industrial, organizado en gremios, experimentado en la huelga, ve con razón en ésta su *ultimo ratio*, la forma nueva y atenuada de la guerra de clases. La huelga general es el equivalente moderno de la antigua insurrección, la manifestación más fuerte de la voluntad del proletariado, cuando éste no puede o no sabe exteriorizar su energía en forma más eficaz.

Ya en 1842 un congreso obrero amenazó proclamar en Inglaterra la huelga general "hasta que la Carta fuera la ley del país". Tuvo, pues, la nueva forma de lucha desde su principio, fines políticos, y conserva ese carácter de reivindicación o protesta colectiva de la clase obrera frente a los gobiernos, donde falta al pueblo el derecho de sufragio, o su ejercicio es imposible por fraude y corrupción de arriba e incapacidad de abajo. Mediante ella obtuvo el pueblo obrero belga en 1893 el sufragio universal, que elevó de 136.000 a 1.400.000 el número de electores y dió el triunfo en las primeras elecciones a 28 candidatos obreros. Sirvió también en

Suecia para reforzar en 1902 la demanda del sufragio, y en Rusia ha sido en 1905 uno de los episodios más salientes de la agitación política. Fracasaron en cambio la huelga belga de 1903, en contra del voto plural, y la del mismo año en Holanda, contra un proyecto de ley tendiente a impedir la huelga general para el caso de ser mutilado el actual derecho de sufragio, y la idea encuentra acogida en el seno del partido obrero y en las organizaciones gremiales.

La experiencia ya adquirida en esta clase de movimientos dice que la huelga general no precisa tanto de preparación como de ambiente. Nunca vista hasta ahora en los países de gobierno más democrático y de más fuerte organización gremial y cooperativa, se ha extendido rápidamente en Italia, con su enorme masa de analfabetos, en Sud América, con sus gobiernos oligárquicos y ha encontrado una franca simpatía de todas las clases sociales en Rusia, donde en octubre de 1905 muchos empresarios pagaron los jornales durante los días del movimiento. Así también la opinión pública ha sido favorable a las huelgas generales que en Italia y Buenos Aires se han hecho como protesta contra los desmanes de la policía.

La huelga general es en todo caso un procedimiento extremo y se acompaña de graves inconvenientes para el pueblo. Si la paralización del trabajo se extiende a los ramos de la alimentación, la carestía es inmediata y nadie sufre tanto de ella como la clase trabajadora, cuyos recursos de reserva son tan escasos. El abandono en masa del trabajo no puede, pues, durar sino pocos días. Y se piensa que en ningún caso debería ser total; no parece que el hambre de la multitud ni la desaparición de los diarios contribuyan a dar más fuerza a la manifestación.

Cuando resulta de una difusa simpatía de clase, puesta en juego de improviso por una emoción colectiva, la huelga general desarrolla y robustece en el proletariado la conciencia de su solidaridad y su fuerza, y engendra en muchos cerebros nuevas ideas. Pero es siempre una agitación coer-

citiva, destructiva, acompañada por lo común de hechos de sangre entre trabajadores. Y en el mejor de los casos, cuando se la emplea deliberadamente para obtener un nuevo derecho, una nueva ley, ésta queda en su forma y aplicación encomendada a la clase gobernante. Así la huelga general por el derecho de sufragio hubo de darse por satisfecha en Bélgica cuando el parlamento burgués votó una ley electoral que dividía a los ciudadanos en categorías. La huelga general ejercita sentimientos, pero muy poco o nada las aptitudes creadoras del pueblo. No hace adelantar un paso su educación técnico-económica, si bien puede dar impulso a su educación política. En la huelga de 1904, cuando el gobierno hubo retirado de Milán la fuerza pública, improvisóse por un momento una especie de gobierno huelguista, con su correspondiente policía.

Cuando se habla de apoderarse de los medios de producción mediante la huelga general, se piensa en un gobierno revolucionario que establezca nuevas formas de propiedad. Tal es la misión histórica que algunos asignan a los sindicatos proletarios. Los más fuertes y organizados de éstos no la aceptan, sin embargo.

* * *

Es que esa concepción retorna al error de la omnipotencia del gobierno y al desarrollarse en la acción la conciencia histórica del proletariado, va perdiendo éste su fe en el poder creador sobrenatural de toda dictadura, aun de la de los obreros organizados. La idea de una repentina transformación social que establezca de golpe un orden perfecto, va perdiendo terreno en la mente del pueblo a medida que se ocupa éste con más inteligencia de los problemas de cada día. Se capacita al mismo tiempo para la acción política, descubre que el voto y la ley son más fáciles y eficaces para sus fines que la coerción violenta y a fin de que las leyes en su benficio se cumplan, trata de aplicarlas él mismo, participa activamente en la formación y el ejercicio de la autoridad.

La necesidad de la acción política obrera se ha hecho más evidente al desarrollarse y centralizarse la organización gremial. Cardadores, hiladores y tejedores de algodón están en Inglaterra organizados aparte; aun la combinación de cardadores e hiladores no practica más que el trato colectivo y la huelga; pero la federación de éstos con los tejedores en la Asociación de los Obreros de la Industria Textil tiene funciones puramente políticas: su única misión es la de buscar para las reclamaciones obreras la sanción legislativa. Y esa tendencia es tanto más acentuada cuanto más vasta y compleja es la organización obrera. La designación del Comité Parlamentario ha sido siempre el principal cometido del congreso de las *trade unions* británicas. ¿De qué se ocupa el órgano central de los sindicatos obreros alemanes? Las cuestiones de legislación, administración pública y política en general ocupan casi la mitad de su espacio. Tanto la liga de esos sindicatos como la confederación italiana de los gremios proletarios se han trazado todo un programa de legislación social. Característico de la primera es su demanda de aplicación obligatoria de las leyes sobre el trabajo, de modo que "no puedan ser anuladas por tratos" colectivos o individuales. He aquí algunos de los puntos discutidos y votados en el congreso de la Federación Americana del Trabajo en 1907: el trabajo en las prisiones, la reforma del correo, un pedido de nueva reglamentación legal del trabajo de los marineros, la reforma del modo de nombrar candidatos a los puestos públicos, la prohibición legal de la inmigración japonesa, la elección popular de todos los jueces, pensiones a la vejez, un proyecto obrero de servicio militar obligatorio que fué rechazado, un telegrama de felicitación al primer gobernador del nuevo Estado de Oklahoma cuya constitución responde a las aspiraciones obreras, la declaración de inconstitucionalidad de las leyes solamente por las más altas cortes de justicia y por unanimidad. En 1908 el congreso de esa misma organización se ha ocupado de varios fallos de la justicia nocivos para el movimiento gremial; de un proyecto de reforma de la ley contra los trusts a fin de que no pueda aplicársela contra las organizaciones obreras; de la participación de la Federación en las elecciones, para alejar de los cuerpos legislativos a los más notorios enemigos de la clase trabajadora; de un mensaje de Bryan, ex candidato a la presidencia de los Estados Unidos, en que reconoce la poderosa ayuda prestada por la Federación al partido demócrata en las recientes elecciones; de la igualdad política de las personas de uno y otro sexo; del arbitraje obligatorio entre patrones y obreros, que fué rechazado. Hasta las organizaciones gremiales francesas, dominadas últimamente por prejuicios antilegislativos, se ocupan fatalmente de cuestiones de orden legal. La misma Federación de la Metalurgia, que proclamaba la huelga general como el único procedimiento eficaz de lucha, resolvía en sus congresos vigilar la aplicación de las leyes de protección obrera, sobre todo en lo que concierne a la higiene y seguridad en los talleres, y se adhería al efecto al consejo judicial de la unión de los sindicatos del Sena. La Unión Federal de la Metalurgia francesa, no menos antipolítica, registraba entre sus entradas del año 1905 una subvención municipal.

Ocupadas hasta ese punto de cuestiones políticas aun las organizaciones obreras ajenas a la acción electoral, se comprende la vehemente aspiración del proletariado al derecho de sufragio. Pero la necesidad del voto obrero tiene raíces históricas más hondas que los simples problemas de gremio. La burguesía es por sí sola incapaz de dirigir la evolución histórica; lo prueban las crisis, la desocupación, los monopolios resultantes de la desenfrenada competencia, los cierres, las huelgas, conflictos comparables a rebeliones de esclavos y destructivos como éstas. Y el desarrollo técnico-económico da aptitudes al proletariado para funciones más altas y formas superiores de lucha. Al agigantarse los medios de producción, vincúlanse los hombres en plexos cada vez más grandes e intrincados. Al concentrarse y simplificarse para cada hombre el campo de acción sobre las cosas, sus puntos de contacto con otros hombres se extienden y multiplican. Necesario es comprender esas relaciones para

poder vivir, que cada individuo tenga conciencia de sú situación y su papel en la sociedad. Y la técnica parcelaria del trabajador moderno, que apenas ocupa su mente, le deja capacidad para comprender las relaciones económicas y políticas, cada vez más vastas y complejas. El desarrollo de la conciencia histórica de los productores acompaña al desmenuzamiento de su capacidad técnica.

Sólo mediante esa profundidad y difusión de la conciencia puede una sociedad adaptar intencionalmente en todos los momentos su estructura y sus funciones a sus posibilidades físico-biológicas de desarrollo. A eso tiende la universalización del voto que, difundiendo virtualmente en todas las clases sociales el poder político, da a la lucha que entre sí sostienen la forma más inteligente.

El sufragio universal es un fenómeno histórico nuevo. Nunca antes de ahora la clase servil ha participado en la formación y el ejercicio del gobierno. No se posesionó la burguesía del poder político mediante el voto, sino por el enriquecimiento y la instrucción.

El voto de todos los ciudadanos, comprendido el de las mujeres, es una función cada vez más necesaria para la vida normal de los pueblos. En cuanto él es efectivo, puede hablarse con propiedad de la voluntad social; la política es cada vez más la actividad tendiente a ilustrarla y manifestarla. En cuanto el progreso histórico obedece a leyes y decretos, todo progreso es pacíficamente posible mediante el sufragio universal. No han tenido los proletarios en la sociedad burguesa sino un derecho eventual de propiedad; la servidumbre tiene a la desnudez por compañera constante. Pero deja de ser servil una clase que gobierna. En la medida de su poder político y de la capacidad de dirección técnico-económica que adquiera en la cooperación libre y la administración pública, el pueblo trabajador pondrá un contenido seguro y real en su derecho de propiedad.

* * *

No en todos los países ni en todos los momentos ejerce el pueblo en igual grado el derecho de sufragio. El número

proporcional de los ciudadanos que pudiendo votar no deja de hacerlo aumenta al difundirse la instrucción, al hacerse el voto más libre y auténtico, al generalizarse la confianza en su influencia efectiva sobre la marcha de los negocios públicos.

En España apenas han ido a las urnas en 1899 y 1901 la quinta parte de los electores autorizados. Es porque en las elecciones españolas siempre triunfa el gobierno, porque muchos electores apenas si saben que lo son, porque a muchos otros se les hace cuesta arriba acompañar en esa función a los ausentes y los muertos, cuyos votos son los más regularmente contados. La cifra de 80 % de abstenciones en 1901 se refiere a la ciudad de Madrid, donde las cosas pasan a la vista. ¿Cuál habrá sido la de los votantes reales en otras partes del país, menos cultas, menos libres, más sujetas a las maniobras del cacicazgo?

Peor aun es el cuadro de inepta mentira que presentan las elecciones dirigidas por las oligarquías de Sud América. Para simplificar, los caudillos uruguayos llegaron por un tiempo a convenir de antemano cuáles departamentos darían mayoría a los blancos y dónde triunfarían los colorados. En la provincia de Buenos Aires el sábado a la noche suelen estar listas las actas de la elección del día siguiente. Y en vista de que el pueblo no se apresura a votar, aparecen a veces más votos que nombres hay en el registro de los ciudadanos, indudablemente para acentuar el carácter democrático de los ungidos del gobierno. Nadie cree en la verdad de las elecciones, y, por eso mismo, las cámaras de titulados diputados no rechazan jamás un diploma provisto de las firmas y los sellos de las autoridades pertinentes. ¿Cómo podría dejarse ni por un momento sin representación a los ciudadanos? En la ciudad de Buenos Aires donde apenas si se ha visto una ley resultar de una votación, han aparecido votando a principios de 1908, 25.283 electores sobre 68.643 inscriptos. Ya esta última cifra da la medida del abandono de los derechos políticos en una ciudad de 1.200.000 habitantes, donde la ley dice autorizar el voto de todo hombre na-

tivo o extranjero de más de 18 años. Gracias a la ley electoral de 1912. que establece el voto secreto y de cierta representación a las minorías, las elecciones han mejorado, y en la ciudad de Buenos Aires los votantes han sido el 76 % de los inscriptos.

En Italia buen número de electores obedecen todavía a la orden de abstención dada por el papa o no han salido aún del nimbo anarquista antielectoral. Las abstenciones son, pues, numerosas, sobre todo en las provincias del sud, sin perjuicio de que en algunas zonas meridionales aparezcan esporádicamente sospechosas inflaciones de la cifra electoral. Con la entrada de la clase trabajadora en la arena política, la participación de los ciudadanos en las elecciones se hace cada vez más activa. He aquí la proporción de votantes entre los que la ley autoriza a votar:

1897..........	58.50 %	1904..........	62.80 %
1900..........	58.28 „	1909..........	65.30 „

Francia es ya un pueblo de alta cultura, cuyo número de abstenciones del voto no pasa de 20 a 25 %.

He aquí cuántos hombres han votado en Alemania de cada cien autorizados por la ley en las elecciones del Reichstag:

Elecciones del año		Elecciones del año	
1887	74,0	1903	75,8
1890	68,1	1907	84,7
1893	72,3	1912	84,5
1898	70,2		

Y la verdad de ese voto es tan grande que, cualquiera que sea el resultado del escrutinio, no se suscita la menor sospecha de fraude, aunque por momentos se ha creído al gobierno alemán deseoso de restringir el derecho de sufragio!

Mediante el voto obligatorio, y gracias a la capacidad política de la clase obrera y a la densidad de la población, la proporción de los sufragantes se eleva en Bélgica al 95 %.

Casi no faltan a los comicios sino los impedidos.

Donde las mujeres votan, lo hacen en general menos regularmente que los hombres. He aquí las cifras relativas a las elecciones para la Cámara de Representantes de Australia:

Elecciones del año	De 100 electores votaron Hombres	Mujeres	Total
1903	53,09	39,96	46,86
1906	56,38	43,30	50,21
1910	67,58	56,17	62,16

Se trata de las primeras elecciones federales en un vasto país escasamente poblado, y de las primeras oportunidades de votar que han tenido la mayor parte de las mujeres. La elección de los representantes en las legislaturas de los Estados, acto político de más consecuencias inmediatas para los ciudadanos y practicado de más años, pone en movimiento a los electores en mayor proporción, 63,13 % en las votaciones de este siglo en Victoria, 72,21 % en las de Queensland, 74,26 % de los electores varones y 66,51 de las electoras en la votación del año 1904 en Nueva Gales del Sud. En Nueva Zelandia, donde el voto femenino es más antiguo, ha llegado a ser ejercido por 82,23 % de las electoras en 1905.

El pueblo trabajador es la clase social que más ejerce el derecho de sufragio. En Alemania disputa el triunfo a los privilegiados aun en las elecciones a los *Landtage* de los países del Imperio, a pesar de las trabas de la elección indirecta y del voto enormemente desigual. Y varias veces se ha visto, en las elecciones al Parlamento Imperial, aumentar el porcentaje de los votos dados al partido obrero al mismo tiempo que disminuía el de los electores activos. He aquí las cifras de dos grandes ciudades:

AÑOS	HAMBURGO		DRESDE	
	de 100 electores votaron	de 100 votos correspondieron al partido obrero	de 100 electores votaron	de 100 votos correspondieron al partido obrero
1890........	83.0	58.7	84.20	43.54
1893........	72.8	59.2	85.90	44.11
1898........	71.0	62.5	77.27	51.02

Es la progresiva actividad electoral proletaria, y la resistencia que ella obliga a ejercer a las otras clases, lo que ha elevado tanto en Alemania el porcentaje de los electores activos en las últimas elecciones.

En el Estado australiano de Victoria hay una Asamblea Legislativa elegida por el voto universal e igual de los hombres, y un Consejo Legislativo para cuya elección ciertas categorías de ciudadanos tienen voto múltiple. Pues en 1907 votaron 61,26 % de los electores en la elección de la Asamblea, y sólo 34,58 % en la del Consejo.

* * *

La acción política del pueblo trabajador se caracteriza y adquiere nueva fuerza al constituirse el partido obrero, para sostener en el terreno legal la moderna lucha de clases. Si capitalistas y terratenientes, empresarios de la industria y del comercio, se han organizado aparte en los países adelantados para disputarse el poder legislativo y el ejercicio del gobierno, ¡con cuánto más motivo no han de separarse a este fin los hombres sin más recursos que la fuerza productiva de sus brazos, clase infinitamente más distante, por sus intereses y costumbres, de cualquiera de las clases privilegiadas, que las más antagónicas de éstas entre sí lo están una de otra! Los países modernos tienen todos, pues, su partido obrero, que lo es por la situación social de la gran mayoría de los individuos que lo forman, por las costumbres simples que reinan en sus agrupaciones y asambleas, por su organización democrática que niega toda supremacía al

privilegio y pone a trabajadores manuales en puestos difíciles y de responsabilidad, por sus fines, que consisten ante todo en la defensa y elevación de los que viven de un salario. Sus filas están abiertas a personas de cualquier categoría, siempre que se adapten a sus costumbres, y subordinen sus intereses a los intereses y costumbres proletarios. Esos partidos obreros son ahora las organizaciones políticas más fuertes de algunos países, y las más progresivas del mundo.

Marcha a la cabeza la Democracia Social de Alemania con su organización de 836.562 adherentes en el año 1911, de los cuales 107.693 eran mujeres, y su prensa que en 1909 tiraba 1.041.498 ejemplares, sin contar los periódicos mensuales. En las elecciones de 1912, sus candidatos obtuvieron 4.250.329 votos, y 110 bancas en el Parlamento. Contaba también el partido en 1911 con 188 diputados en las Dietas de los Estados del Imperio, tenía en 31 ciudades y 83 comunas rurales 251 altos magistrados municipales, y en 410 ciudades y 2240 comunas rurales 86.661 concejales. Del total de los electores autorizados por la ley, los votos recibidos en Alemania por los candidatos obreros representaron 14,07 % en 1890, 16,76 % en 1893, 18,47 % en 1898, 24,03 % en 1903 y 24,24 % en 1907; pero este año bajó la proporción de los votantes efectivos y los partidos contrarios se entendieron para resistirla; de ahí la pérdida de muchas diputaciones por el partido obrero, que han sido recuperadas con creces en 1912. Del total de los votos emitidos en las elecciones al Reichstag correspondieron a los candidatos socialistas:

Año	%	Año	%	Año	%
1871	3	1884	9,7	1898	27,2
1874	6,8	1887	10,1	1903	31,7
1877	9,1	1890	19,7	1907	28,9
1878	7,6	1893	23,3	1912	34,8
1881	6,1				

Por su doctrina, por la fuerza y la firmeza de su organización, limitada y estorbada en todo sentido por la ley y

el gobierno, y por eso estrictamente política, la Democracia Social de Alemania ha sido el modelo de los otros partidos obreros del continente europeo.

En 1910 el Partido Socialista de Francia obtuvo 1.125.877 votos, más del 13 % del voto total, que le dieron 75 puestos en la Cámara, a los que se sumaron después dos diputaciones ganadas en 1911-12. La organización permanente del Partido no comprendía, sin embargo, más de 53.000 miembros cotizantes en 1910. El Partido contaba entonces con 81 consejeros generales, 63 consejeros de distrito, muchos alcaldes, o intendentes de municipio, titulares y adjuntos, y alrededor de 3800 concejales.

En 1912 el partido obrero belga recibió la cuota anual correspondiente a 82.352 miembros de cooperativas, 80.961 miembros de sindicatos gremiales, 62.903 miembros de mutualidades, 2658 guardas jóvenes, y 6092 miembros de otros grupos socialistas, contando así en todo 248.521 adherentes. Sus diarios tiraban 142.000 ejemplares en 1909, los votos obtenidos por sus candidatos en 1912 fueron 353,580, y 769.023 los recibidos por el acuerdo socialista-liberal, dando el triunfo a 39 candidatos socialistas a diputados. Contaba también el partido obrero en Bélgica con 9 senadores, y unos 850 concejales, que formaban la mayoría en buen número de comunas.

En Holanda han sido 82.494 los votos obtenidos por el partido obrero en las elecciones de 1909, que le han dado 7 diputados. La organización política permanente contaba 9504 miembros al terminar el año 1909.

Más fuerte es la organización política de los trabajadores suizos, con 21.132 miembros en 1909, y 15 diputados al Consejo Nacional, y 212 a los consejos cantonales en 1911.

En la elección parlamentaria de 1909 el partido socialista italiano tuvo 338.885 votos, el 17,8 % de los votos emitidos, resultando electos 39 de sus candidatos, tres de ellos en dos distritos a la vez.

En 1907, al ejercerse por primera vez en Austria el sufragio universal, el partido socialista obtuvo 511.760 votos de lengua alemana y 339.904 checos, que representaron respectivamente en una y otra parte del país 29,1 % y 39,9 % del electorado activo total. Ya en aquella elección consiguió 87 diputados, número que se ha reducido a 82 por las elecciones de 1911.

Fuerte es la tendencia de los asalariados escandinavos a organizarse en partidos de clase. En Dinamarca sus candidatos recibieron 98.721 votos en la elección de 1910, que enviaron 24 diputados y 4 senadores socialistas a las Cámaras; había unos mil representantes obreros en las comunas, y el partido tenía 33 periódicos, entre ellos un diario, con un tiraje total de 120.000 ejemplares. Noruega, con 11 representantes obreros en el parlamento y 873 en las municipalidades en 1910, Suecia con sus 172.980 votos, 64 diputados y 12 senadores socialistas en 1911, marchan activamente por el camino de la elevación del pueblo. Así también Finlandia, que, liberada a medias del despotismo ruso, da en 1911 a los candidatos obreros 220.289 votos, más del 40 % del total, y elige, por el voto de las personas de uno y otro sexo de 24 o más años de edad, 87 diputados socialistas, entre los cuales 8 mujeres, para el parlamento del país, compuesto de 200 miembros.

En Rusia es todavía tan restringido e indirecto el derecho de representación en el gobierno, que los votos trabajadores no pueden contarse. De los 440 miembros de la tercera Duma, 14 eran socialistas en 1910.

Algunos miles de productores afiliados a 198 agrupaciones formaban en 1911 el partido obrero de España, que tenía un diputado, elegido por 40.725 votos, y representantes en los concejos de más de 40 municipios.

En Hungría, donde la clase obrera lucha aún por el derecho de representación política, el partido de los trabajadores está formado por los sindicatos proletarios, que se cotizan, proporcionalmente al número de sus adherentes, para

sostener la propaganda política. El partido obrero húngaro, en vías de rápido desarrollo, cuenta ya con un diario.

Con el entusiasmo de los asalariados del continente europeo por la acción política autónoma, que empieza a manifestarse hasta en Rumania, en Servia y Bulgaria, ha contrastado durante la última mitad del siglo pasado la actitud indecisa de la clase trabajadora británica, en un principio tan celosa de su derecho de sufragio. Al tomar gran incremento su organización gremial, preocupóla menos la acción política directa, y, cuando necesitó la sanción legal ejerció presión para alguna de sus reivindicaciones sobre los partidos tradicionales, poniendo su influencia electoral del lado de los candidatos que se encargaban de ser sus portavoces en el Parlamento. Por largos años la parte más activa del pueblo trabajador británico, fué, pues, un apéndice, ya del partido conservador, que ha contribuído mucho a la legislación sobre las fábricas, ya, y más comúnmente, del liberal, que buscaba con empeño la alianza electoral del proletariado militante. Esa clase trabajadora, iniciadora y maestra del gremialismo proletario, forma elemental e instintiva de la moderna lucha de clases, no ha aceptado la lucha de clases doctrinaria, sistematizada por los teóricos revolucionarios del continente, cuyas fórmulas absolutas, y exageradas en la propaganda, chocaban a su experiencia y a su tímida relatividad de conceptos. Fué en momentos de reacción capitalista, cuando hacia 1867 volviéronse a crear delitos especiales de huelga, que los productores asalariados presentaron sus primeros candidatos propios en las elecciones de Inglaterra, consiguiendo en 1874 el poderoso gremio de mineros llevar al Parlamento los dos primeros representantes obreros. Varias organizaciones exclusivamente políticas que se formaron después quedaron aisladas y sin gran influencia. El costo considerable de las elecciones en la Gran Bretaña, donde los candidatos deben pagar al funcionario que dirige y registra la votación, ha sido un motivo más de la renuncia obrera a la representación política, costosa también porque no había en aquel país remuneración pública para los diputados. En 1893 fundóse el

Partido Obrero Independiente, que agitó la opinión de las colectividades gremiales hasta que seis años más tarde, por resolución del congreso gremial de Plymouth, convocóse a una conferencia de delegados de las entidades obreras gremiales, socialistas y cooperativas y quedó fundado el "Labour Party". En 1909 lo formaban 172 sindicatos gremiales obreros con 1.450.648 asociados, 155 uniones locales de sindicatos, 2 organizaciones socialistas con 30.982 individuos, y algunas sociedades cooperativas. En la elección general de 1906 los candidatos del partido reunieron 323.195 votos, resultando electos 30 de ellos. En 1910 los votos por los candidatos del partido ascendieron a 505.690, pero debido a las circunstancias políticas del momento, las diputaciones obtenidas fueron sólo 28, que con los diputados mineros y otros socialistas sumaban 40. El Partido Obrero Independiente, organización puramente política, subsiste al lado del "Labour Party" del cual forma parte, y tiene unos 1000 representantes en los cuerpos electivos de la administración local, llamados consejos de condado, de ciudad, urbanos, rurales, de parroquia, escolares, etcétera.

La organización política que se han dado finalmente los trabajadores británicos se asemeja a la que se había dado varios años antes el pueblo obrero de Australia. Antes de la federación de los diversos Estados, celebráronse ya en aquel continente congresos intercoloniales de las uniones obreras gremiales, cuyas deliberaciones versaron casi exclusivamente sobre cuestiones políticas. En 1890 hubo en el país una gran conmoción: como los oficiales marítimos se organizaran, y su gremio se afiliara a las organizaciones obreras centrales, entraron en conflicto con los empresarios que pretendieron impedírselo; en apoyo de la nueva organización se declaró una huelga general que abarcó a los trabajadores de toda Australia; de 16,650 esquiladores, por ejemplo, 16.500 abandonaron el trabajo. Toda actividad se paralizó, y el movimiento encontró la simpatía de una parte de la clase gobernante; el más alto juez de Victoria dió 50

libras semanalmente para el fondo de huelga; en Nueva Zelandia hablaron en público en favor de la huelga hombres llamados a las más altas posiciones en la justicia y el gobierno. Con todo, ese movimiento y otros menos vastos que lo sucedieron fracasaron, dejando convencida a la clase trabajadora de la necesidad de su acción política autónoma. Comenzó ésta en Sud Australia, que tuvo en 1891 3 representantes obreros en la cámara alta; poco después el partido obrero de Nueva Gales del Sud se inició eligiendo 35 representantes parlamentarios. Propagado a los otros Estados, el movimiento político obrero ha sido un factor de importancia en las elecciones federales desde que se iniciaron. He aquí el cuadro numérico de la representación de la clase trabajadora en los parlamentos federal y provinciales de Australia:

PARLAMENTO	Cámara alta				Cámara baja			
	Miembros obreros				Miembros obreros			
	Número		Por ciento del total de miembros de la Cámara		Número		Por ciento del total de miembros de la Cámara	
	1903	1904	1903	1904	1903	1904	1903	1904
Federal	8	16	22,2	44,4	14	22	18,7	29,3
Nueva Gales del Sud.	4	4	6,9	6,9	24	25	19,2	27,8
Queensland	—	—	—	—	32	34	31,9	47,2
Sud Australia	2	1	11,1	5.6	5	6	11,9	14,3
Tasmania	—	—	—	—	5	6	14,3	14,3
Victoria	—	2	—	5,7	11	19	11,6	27,9
Australia Occidental ..	2	?	6,7	7	7	22	14,0	44,0

Las elecciones de 1914 han dado al partido obrero 42 de las 75 bancas de la Cámara baja federal, es decir, 50 % de los asientos. Y las legislaturas de Victoria, Nueva Gales del Sud, Queensland, Australia del Sud y Australia Occidental, tomadas en conjunto, en 1914 suman 129 diputados obreros, 23 más que en 1904.

En Nueva Zelandia la clase trabajadora no se ha organizado políticamente aparte, pero se ha apoderado del partido liberal, le ha impuesto nueva organización y nuevo programa, lo ha designado partido progresista, y en esa forma desenvuelve su acción con tanta eficacia que su política sirve de modelo a los partidos obreros de Australia.

La gran industria en Norte América ocupa ya una numerosa clase obrera, cuya actividad política no está a la altura de su importancia. Su más poderosa organización la Federación Americana del Trabajo, no ha acertado a darse en el terreno político otra línea de conducta que la de votar por el candidato burgués que haya hecho o prometa hacer menos mal. En 1908 ha votado contra Taft, porque éste había estorbado con sus mandamientos judiciales al movimiento obrero; al voto gremial se atribuye que entre la elección presidencial de 1904 y la de 1908 aumentara en 1.315.211 unidades el voto total por el candidato titulado demócrata, mientras que los sufragios recibidos por el titulado republicano sólo aumentaron 14.190, lo que no impidió su triunfo. En la misma elección hubo 450,000 votos por los candidatos obreros del partido socialista. En 1910, obtuvieron 720.000 votos los candidatos a diputados del partido socialista, triunfando uno de ellos. Tiene también el partido obrero 19 representantes en las legislaturas de los Estados, 56 intendentes municipales y un subintendente y algunos centenares de otros funcionarios comunales, judiciales y policiales electivos; pero no ejerce una influencia que cuadre ni de por mucho a la fuerza numérica de la clase asalariada de los Estados Unidos.

Grandes son los obstáculos a la acción política normal del pueblo trabajador en los países americanos de lengua española: la ignorancia y la falta de educación societaria, las relaciones casi feudales entre los pobladores y los señores del suelo en gran parte del continente, la influencia perniciosa de la política criolla de las oligarquías que embrutecen y corrompen al pueblo con su ejemplo, la inmigración de los pueblos más atrasados de Europa. Pero donde el

capitalismo es más activo, el mismo atraso de la política criolla es una ventaja para la acción autónoma del pueblo trabajador, al cual no estorba en su camino ninguna tradición respetable. En Puerto Rico, bajo el dominio norteamericano, el voto obrero se ha sobrepuesto desde luego a la voluntad de la clase pudiente colonial, y los comisionados de la isla ante el gobierno de Washington son miembros de la Federación Libre del Trabajo, proclamados y sostenidos por ésta en las elecciones. En Chile hay un partido socialista en formación. El partido obrero argentino, representación genuina de los intereses e ideales proletarios, lleva su propaganda a todo el país, sostiene un diario, sus candidatos reunieron 55.240 votos en las elecciones nacionales de 1914, y cuenta ya con 8 diputados y un senador en el Parlamento nacional, 7 diputados provinciales, un presidente de municipalidad y varios concejales.

• • •

La organización del partido obrero depende del ambiente legal en que se desarrolla y de su propia historia interna. En general, las trabas a la actividad política de las entidades colectivas y de los individuos le han hecho darse una estructura más propia y una disciplina más rigurosa. Así en Alemania, donde en un tiempo el partido obrero fué puesto fuera de la ley, y hasta 1899 prohibió ésta vincularse entre sí a las sociedades políticas, y se entromete todavía en el funcionamiento de toda clase de sociedades, no ha sido posible que sindicatos gremiales ni cooperativas formen parte del partido, ni éste ha podido darse unidad sino mediante "personas de confianza", elegidas cada una por una agrupación, en una asamblea que se simulaba pública, y encargadas de las relaciones con el comité central. Donde el movimiento obrero se ha iniciado bajo el influjo de doctrinas históricas y sociales, la organización del partido es más exclusivamente electoral, si bien hay partidos doctrinarios a cuya propaganda se debe todo el gremialismo proletario de sus respectivos países, y que tienen en su seno a las sociedades obreras gremiales. Todos los obreros de los sindicatos gremiales obreros de Noruega pagan su cotización al partido obrero; en Hungría éste está formado casi exclusivamente por los obreros sindicados. Las uniones obreras gremiales forman parte en Dinamarca del partido obrero al mismo título que las agrupaciones puramente políticas; el consejo general de las organizaciones políticas elige dos miembros del consejo general de las organizaciones corporativas, y éste dos de los de aquél. El partido obrero belga constaba en 1907 de 117 cooperativas, 252 sindicatos obreros gremiales, 229 grupos políticos, 25 sociedades artísticas y 180 de socorros mutuos; esas 803 organizaciones estaban agrupadas en 27 federaciones regionales. La unidad del joven partido obrero británico, de composición tan compleja, está en el congreso anual de los delegados de las secciones, congreso que elige al comité ejecutivo; éste administra el fondo parlamentario, formado por cotizaciones de 2 peniques por año y por miembro. La organización política obrera de Victoria, típica de la de Australia en general, consiste en un consejo político obrero permanente, distinto del consejo gremial que se ocupa exclusivamente de asuntos corporativos; forman el consejo político delegados de las uniones gremiales y de las secciones; éstas enrolan tanto obreros sindicados como simpatizantes, y cada una abarca un distrito electoral, dos caracteres que las distinguen de las uniones gremiales; sólo las secciones tienen derecho de proponer candidatos. La necesidad de dar cabida en la organización electoral a personas que están fuera de la gremial, y la de adaptar aquélla a las divisiones de la geografía política, explican que ningún partido haya podido limitarse a la simple organización por gremios. La opinión de la masa del partido se manifiesta en el voto general o referéndum acerca de las cuestiones que puedan resolverse por esa vía plebiscitaria, y sobre todo en los congresos de los delegados de las secciones. Cualquiera que sea la situación de las mujeres ante la ley, los partidos obreros les reconocen en su seno todos los derechos.

Como representantes parlamentarios, el partido obrero

designa por lo general a los más capaces de sus miembros, influyendo en esa designación menos que en la de cualquier otro partido las condiciones extrínsecas de los candidatos. Y los elige no sólo entre los hombres que se distinguen en la organización y propaganda políticas, sino también entre los que dirigen el gremialismo proletario y la cooperación libre. Donde el pueblo trabajador es más educado, mayor es la proporción de sus diputados que han sido ellos mismos obreros asalariados; sesionan en la Cámara de los Comunes cincuenta trabajadores, entre ellos casi todos los representantes parlamentarios del partido obrero británico; en 1910 entre los 76 diputados del partido obrero en Francia había 8 abogados, 8 profesores, 6 empleados, 5 publicistas, 5 obreros mecánicos, 4 obreros mineros, 4 obreros tejedores, 5 viticultores, 4 médicos, 4 farmacéuticos, 3 agricultores, 2 dibujantes mecánicos, 2 maestros, 2 comerciantes, 2 obreros tipógrafos, 2 empleados ferroviarios, 1 obrero zapatero, 1 obrero sombrerero, 1 obrero metalúrgico, 1 obrero cerámico, 1 obrero escultor, 1 ingeniero, 1 curtidor, 1 empleado de la marina, 1 horticultor y 1 industrial. En Italia, cuyo movimiento obrero es mucho más nuevo, predominan las profesiones letradas entre los representantes políticos del proletariado: de los 36 diputados obreros que había en 1919, 14 eran abogados, 7 periodistas, 5 profesores, 4 médicos, 2 empleados, 1 industrial, 1 panadero, 1 albañil, 1 pintor. Como se ha formado todo un gremio de funcionarios gremiales obreros y otro de funcionarios cooperativos, que se desarrollan ambos cada vez más, prevése que en las tareas parlamentarias han de formarse también una nueva categoría de profesionales al servicio del pueblo obrero. Al extenderse y normalizarse la acción política obrera, creará ésta diputados de profesión, hombres hechos por el estudio y la experiencia para la acción parlamentaria, en la cual alcanzarán un grado de eficiencia bien superior a la de los representantes aficionados y de ocasión, que elige la burguesía. En continuo contacto con el pueblo, tanto por sus inclinaciones personales como por su situación profesional, la nueva clase de diputados sabrá

expresar siempre la opinión y las aspiraciones del pueblo trabajador, aun cuando por excepción no las comparta. Y esta misma subordinación de su palabra en el parlamento a las ideas de sus representados, les dará más motivos y libertad para exponer sus opiniones propias, y rebatir el error ante sus electores en la conferencia y en los debates internos del partido.

* * *

Los partidos obreros tienen una doctrina común, cuyos grandes rasgos son los siguientes: organización internacional del proletariado en partido de clase para la conquista del poder político y la socialización de los medios de producción. La fórmula expresa a la vez un propósito y una previsión. Con el crecimiento de la unidad industrial y la extensión de las relaciones económicas dentro de cada país y al través de las fronteras, se ha hecho inconcebible que los trabajadores puedan ser dueños de los modernos medios de trabajo sino colectivamente, ni defenderse con eficacia contra el capital sino adoptando una organización internacional. Congréganse, pues, los trabajadores en la democracia obrera, distinta de la democracia burguesa, que, al proclamar los derechos del hombre sobre las ruinas del castillo, del trono y del altar, afirmó como un principio absoluto y eterno el derecho capitalista de propiedad. La nueva democracia lo denuncia como fuente de privilegio y de opresión, quiere también para el taller, para la tienda y para el campo el régimen constitucional.

Proclamados por los partidos obreros del continente europeo y los que han seguido su orientación, esos principios son admitidos sólo de una manera implícita por el partido obrero británico, al tener en su seno grandes organizaciones socialistas y enviar delegados a los congresos internacionales de la democracia social. Más reticentes aun a este respecto son las principales entidades obreras militantes de Australia y Norte América. Ello depende tal vez de la relativa incapacidad de los modernos anglosajones para las ideas gene-

rales, y también de que los hombres capaces de una vasta concepción histórica que están en esas organizaciones genuinamente obreras y de lucha, ven en una doctrina escrita más un estorbo que una orientación para su partido. Este se caracteriza por los elementos sociales que lo forman, por su organización, por sus costumbres, por su acción diaria, infinitamente más que por sus declaraciones escritas. Los dogmas envejecen pronto, y su peso de letra muerta recarga inútilmente las inteligencias. Un partido vigoroso y eficiente en la acción no tiene siempre tiempo de traducir en fórmulas las ideas frescas y originales que lo guían. Su rápido desarrollo mental se refleja al día en palabras habladas o escritas, que no presumen de expresar toda la verdad oficial del día siguiente. Cierto es que hay principios relativamente generales y permanentes. Pero enunciados como pueden serlo en un documento de partido, toman de ordinario un aspecto absoluto que los hace estériles o nocivos.

La lucha de clases, descubierta como un proceso histórico en gran parte inconsciente, como dura necesidad impuesta a los hombres por sus propias deficiencias y vicios, suele aparecer, al convertirse en fórmula de partido, como un fin en sí misma, como un precepto; en lugar de ver en esa nueva noción una posibilidad más de armonía inteligente entre los hombres, se la toma como el anuncio fatídico de la más cruenta guerra social, preámbulo extraño pero obligado de la paz social más perfecta.

La teoría que subordina las instituciones políticas a las necesidades de la vida material suele conciliarse con la idea de que bastaría posesionarse del poder para derribar la institución más fundamental, la propiedad privada, que se supone apoyada únicamente en la fuerza.

La propiedad colectiva degenera así en una meta hipotética y remotísima que distrae a los hombres del esfuerzo necesario para realizar desde ya en la medida de lo posible la propiedad social de los medios de vida y de producción.

El pueblo trabajador sufre más del rigor y la inmovilidad de las fórmulas de partido cuando éstas lo dividen en

fracciones antagónicas. Marxistas y lassallianos en Alemania, "bolchewiki" y "menschewiki" en Rusia, ortodoxos y revisionistas en Holanda, socialistas "anchos" y "angostos" en Bulgaria, unificados e independientes en Francia, se han disputado y disputan, sacrificando a la forma la substancia, en disensiones a veces envenenadas por las pasiones de los jefes de escuela.

Al chocar entre sí, las doctrinas se pulen, combinan y completan. El pueblo trabajador acaba por no atribuirles sino un valor relativo, y, llegado el caso, prescinde de ellas. Las controversias revolucionarias son el impaciente tanteo hacia el método de acción histórica del pueblo. Con toda su unilateralidad, el sindicalismo ha sido en Francia una reacción saludable contra la tutela que ejercían las fracciones políticas sobre el movimiento obrero gremial, al cual debilitaban con sus disensiones doctrinarias y personales. A medida que el pueblo completa su método de acción y sistematiza sus actividades todas, no pueden ya los hombres concebir que su vida entera obedezca a los cánones de un partido. La acción política pierde a sus ojos la hegemonía que en un principio pudo atribuirle. La organización obrera gremial de Alemania, en las mejores relaciones con la democracia social, sostiene ya enfrente de ésta su completa autonomía. Y bien que la cooperación obrera sea también organizada en aquel país principalmente por socialistas, se cuida de mantener a las cooperativas libres de toda etiqueta de partido. Y al caracterizarse las diversas formas de la lucha proletaria como actividades independientes, también la acción política de los trabajadores adquiere más eficacia. Cuando el congreso cooperativo británico rechaza una moción de acción electoral propia, "porque la cooperación tiene buenos amigos en todos los partidos", cuando los "sindicalistas revolucionarios" italianos se felicitan de ver en la dirección de los sindicatos agrícolas a un mediero republicano "porque sabrá mantener la independencia del movimiento frente al gobierno", tanto los electores como los diputados obreros deben sentirse poco inclinados a ahondar con jactancias de principios su sepa-

ración de los otros partidos, moderación doctrinaria propia sobre todo de los representantes políticos cargados de mayor responsabilidad, como los diputados que lo son para los fines de los sindicatos obreros británicos, como los hombres puestos ya dos veces a la cabeza del gobierno de Australia por el partido del trabajo. ¿Y no son, por otra parte, las fórmulas generales las que menos caracterizan y comprometen? Se han visto en un pequeño país balcánico diputados "socialistas", elegidos en distritos donde la gran mayoría eran campesinos turcos, y sin que hubiera allí la menor organización obrera. En 1906, debatiendo en la Cámara con Jaurès, el primer ministro Clemenceau dijo que su esfuerzo y el de la democracia republicana tienden a abolir el salariado, esa forma moderna de esclavitud, y la mitad de los diputados socialistas independientes votaron, con la mayoría de la Cámara, que su discurso fuera fijado en todas las comunas de Francia. La madurez de juicio del pueblo trabajador para la acción política no se revela, pues, en su apego incondicional a determinadas fórmulas y banderas, sino en la elección de los representantes, adecuados a la acción necesaria del momento, y en la presión que sobre ellos ejerza para que no pospongan las necesidades del proletariado a un partidismo estrecho. En las elecciones de desempate de los partidos obreros de Europa apoyan por lo general a las fracciones más afines de la burguesía. Socialistas y liberales progresistas han luchado juntos en Bélgica. En Holanda hubo alianza socialista-liberal contra los clericales en las elecciones de desempate de 1905. Se ven también alianzas monstruosas, como la socialista-conservadora de 1905 contra los liberales en Lucerna, los votos católicos dados a los candidatos socialistas y viceversa en los desempates de Alemania. Ellas se explican por las aberraciones de la política burguesa, cuyas fuerzas más reaccionarias suelen encubrirse bajo una designación simpática; más raro es que dependan de la ofuscación del partido obrero, enconado en la lucha. En cuanto las denominaciones políticas de la burguesía tienen un contenido real, es evidente que la mayor afinidad

del partido obrero es con la democracia radical. En las elecciones de desempate, los radicales franceses aconsejan votar por el candidato socialista donde éste ha sido más favorecido en el primer escrutinio, y los socialistas, a su vez, apoyan con su voto a los radicales, donde tuvieron éstos la mayoría relativa. Las más absolutas afirmaciones de política de clase no han podido, por otra parte, impedir que en Francia se forme un importante partido llamado "radical-socialista". Con todo lo cual se llega a resultados electorales como los de 1906, resumidos en las cifras siguientes, en que el signo + significa mandatos legislativos ganados, y — los perdidos:

Derecha	Monarquistas	— 16
	Nacionalistas	— 20
	Progresistas	— 9
Izquierda	Republicanos de la izquierda	— 9
	Radicales	+ 21
	Radicales socialistas	+ 14
	Socialistas independientes	+ 5
	Socialistas unificados	+ 14

Los grupos políticos que así triunfaron juntos no están cerca solamente en sus asientos en la cámara y en la conciencia de los ciudadanos que dieron su voto primero al candidato de uno de ellos y en la votación decisiva al del otro; también lo están en sus declarados propósitos inmediatos. Seis puntos comprende el programa de acción legislativa del partido socialista francés para el período 1906-1910, a saber: la jornada legal de ocho horas, el derecho de coalición para los empleados del Estado, de los departamentos y de las comunas, el seguro para la vejez y contra la desocupación, el impuesto progresivo sobre la renta y las herencias, la nacionalización de los monopolios, la elección por lista y la representación proporcional. Dos de esas demandas son co-

munes a grupos conservadores, republicanos y socialistas; las otras cuatro son aceptadas por la mayor parte de los radicales. Imposible es entonces no ver en el resultado de la elección francesa de 1906 la manifestación de un movimiento de conjunto de la opinión pública hacia una política más humana, sin que por esto adquiera mayor fundamento el temor pueril de la confusión del partido obrero con los otros partidos. Siendo el que rompe abiertamente con el privilegio y la tradición, el que más pide a la ley y más espera de ella, el de fines más remotos y más vastos, si los otros partidos se acercan a él, no es porque retroceda, sino porque los atrae hacia adelante. Y en la política obrera, movida por necesidades tan urgentes, ¿qué puede significar "adelante", sino la legislación y el gobierno más favorable a la elevación actual del proletariado, a su bienestar mensurable, que son también los que más ensanchan las posibilidades de desarrollo del pueblo trabajador? Como la del gremialismo proletario, como la de la cooperación libre, la trascendencia histórica de la política obrera, sus proyecciones en el futuro, dependen ante todo de su valor actual.

* * *

Y el valor actual de la política obrera se acrece al renunciar ella a la preponderancia que pretende ejercer en un principio sobre la vida colectiva entera de la clase asalariada y hacerse en cambio más comprensiva para los problemas políticos, siempre más variados y numerosos, que se plantean con el desarrollo de las aptitudes todas del pueblo trabajador para la acción histórica.

Función principal del partido obrero es la salvaguardia y la ampliación de las libertades elementales. Está siempre alerta, en defensa de los derechos de reunión, de asociación, de prensa, tan necesarios para todo movimiento colectivo. Y se empeña en facilitar su ejercicio, aboliendo la obligación del aviso a la autoridad de las reuniones en locales cerrados, librando a la prensa de toda traba, exigiendo la fiel distribución de los impresos por el correo, aboliendo los impuestos y las formalidades legales costosas que obstan a la formación y al desarrollo de las sociedades populares. Esto último puede ser la ocasión de leyes que ordenen el registro público de esas sociedades, como el de las de socorros mutuos en Inglaterra, y les den una reglamentación general, como la establecida por casi todos los Estados Unidos sobre las cooperativas de edificación. Pero si estas leyes, cuando son bien inspiradas, favorecen la asociación popular, y estorban a los que, so color de fines colectivos, sólo se proponen medrar personalmente, pueden también, por error o por intención, trabar o imposibilitar la libre asociación.

Para evitar en lo posible la depresión del nivel de vida del pueblo por el arribo de proletarios inconscientes y habituados a una vida inferior, la democracia obrera se opone a todo fomento de la inmigración por el Estado.

Los Estados de California, Colorado, Connecticut, Idaho, Illinois, Indiana, Kansas, Massachussetts, Minnesota, Missouri, Nevada, Nueva York, Nueva Jersey, Ohio, Oregon, Pensilvania y Wisconsin han prohibido por ley a los patrones y empresas exigir de quienes les pidan empleo el salir de la organización gremial o la promesa de no entrar a ella. Esa ley rige ahora también en Puerto Rico. ¡Hasta ese punto ha evolucionado, bajo la influencia del voto obrero, la actitud de los gobiernos para con los gremios proletarios! Como las otras sociedades populares, éstos son en muchos países reconocidos y registrados oficialmente, se les concede personería para administrar sus fondos, adquirir bienes raíces y exigir legalmente el pago de las cotizaciones, se dictan leyes que protegen contra la falsificación las marcas, las insignias y las credenciales de los gremios obreros, se ordena, como en Montana y Nevada, que todos los impresos públicos lleven la marca gremial. En general, la democracia obrera se esfuerza para que la ley no prohiba ni castigue en una unión gremial actos que no serían punibles en un individuo; y donde se dictan leyes contra las coaliciones del capital se trata de que ellas no alcancen a las coaliciones del trabajo.

Así los Estados de Luisiana, Michigan, Minnesota, Montana, Nebraska, Carolina del Norte y Wisconsin excluyen expresamente a las organizaciones obreras de la aplicación de las leyes contra los trusts.

Y al mismo tiempo que busca para las organizaciones populares la mayor libertad de movimiento, trata el partido obrero de aumentar el poder político virtual del pueblo, dándole el derecho de voto general, igual, secreto y directo en las elecciones para todos los cargos del gobierno y de la administración pública, general y local, sin admitir la trivial distinción entre elecciones políticas y administrativas, ejercitándolo en la legislación directa mediante el referéndum y la iniciativa popular, facilitando la naturalización de los extranjeros, estableciendo la representación proporcional de los partidos, dando a las mujeres el derecho del sufragio, aun a riesgo de que en el primer momento el voto femenino favorezca a los partidos contrarios.

Si destaca las fuerzas proletarias para la lucha de clases, la democracia obrera se vale también de la ley capitalista, en lo que acepta y aun solicita la colaboración de todo el que simpatiza con la nueva legislación; quita así a la lucha sus móviles más acerbos, y en cuanto la conciencia histórica de los contendientes lo permite, suprime sus modalidades más destructivas, preestableciendo formales legales para la solución de cada conflicto.

Las leyes burguesas dejan todavía al poderoso decir al trabajador: te permitiré trabajar con los medios de producción que me he apropiado, siempre que me des ganancia: no podrás explotar seres humanos sino en condiciones humanas de trabajo.

La acción política suele tardar más que el gremialismo proletario en modificar las condiciones del trabajo. Muchas veces la ley es la simple expresión verbal de relaciones de hecho, la cristalización de la costumbre y sus disposiciones restrictivas pueden ocasionalmente ser más un estorbo que una protección. Como forma escrita de relaciones, que evolucionaban incesantemente y tanto más pronto cuanto más rá-

pido es el movimiento histórico, el derecho se atrasa siempre. Es lo que ha hecho decir que las mejores leyes son las que suprimen otras. Pero en las relaciones entre asalariados y empresarios, la ley es de resultados más vastos y uniformes que el trato colectivo, sus beneficios alcanzan aún a los trabajadores que poco o nada pueden hacer en su propia defensa. En los países de inmigración ,amenazados de retroceso a cada nueva oleada de proletarios hambrientos e inconscientes, la ley contribuye más poderosamente aun a imponer un sentido progresivo a todo nuevo cambio en las condiciones del trabajo. Y en todas partes, para la reglamentación general de la industria, la coerción legal es la más eficaz y segura y la menos costosa para el proletariado, cuando éste se ocupa de la legislación como de una de sus funciones permanentes y hace que las leyes se apliquen de acuerdo con el propósito que las dictó.

La relación entre el asalariado y patrón apenas tocada por dos artículos del código civil francés de principios del siglo 19, ocuya ya 20 artículos del nuevo código alemán. Y en los países cultos forman ahora un verdadero código industrial: las leyes sobre el plazo, el momento y el lugar en que deben pagarse los salarios, sobre su pago en moneda efectiva y no en mercancías, sobre la duración total del trabajo y la distribución de las horas de labor durante el día y la semana, sobre el trabajo nocturno, sobre el reposo en los domingos y días de fiesta, sobre el medio día de fiesta durante la semana en las casas de comercio, sobre la higiene general y especial de los lugares de trabajo y la prohibición de los procedimientos insalubres, sobre la protección de los trabajadores contra accidentes y la responsabilidad de los patrones en caso de producirse, sobre el alojamiento de los productores huéspedes de su patrón, inclusive el de los trabajadores del campo, leyes cuyo cumplimiento es exacto donde los asalariados y sus organizaciones las conocen, las aprecian, exigen su respeto y no permiten que la inspección de fábricas sea simplemente una nueva excrecencia burocrática.

Esta legislación industrial, que ha favorecido el renacimiento físico y mental de los trabajadores, se acompaña de instituciones legales para resolver las dificultades entre empresarios y asalariados, tribunales industriales mixtos, de patrones y obreros, que ya se limitan, como en Francia los consejos de "prud'hommes", a juzgar los procesos entre unos y otros y reparar las faltas individuales, ya tienen funciones de conciliación y arbitraje facultativo en las demandas de nuevas condiciones de trabajo, ya imponen su fallo con sanción penal. El arbitraje obligatorio sólo es establecido por las democracias obreras más fuertes, en Nueva Zelandia donde, se ha dicho con razón, "el pueblo es el Estado"; en Australia Occidental, uno de cuyos ministros refería últimamente la formidable huelga de mineros que hubiera estallado bajo su dirección si la corte de arbitraje no hubiera salvado las dificultades; en Nueva Gales del Sud, cuyo partido obrero es ya una gran potencia parlamentaria y gubernamental. En Victoria funcionan tribunales mixtos que fijan el salario mínimo para ciertas ramas de la producción. Y el gobierno federal australiano entiende la protección a la industria en el sentido de que ha de proteger en primer lugar a los trabajadores; se ha proyectado a este fin un impuesto interno sobre todos los artículos fabricados en el país y equivalente a la mitad de los derechos de aduana, impuesto de que estarían libres los artículos que llevaran la marca o rótulo de la república, el cual no se permitiría usar sino a las casas cuyos artículos fueran producidos en las mejores condiciones de remuneración y trato para los productores. Tienden estas medidas a normalizar el progreso social, haciéndolo posible sin choques destructivos entre las clases. Algo semejante se ha proyectado en Francia con la legalización de la resolución de la mayoría en las huelgas y el arbitraje obligatorio para las fábricas que aceptaran este nuevo régimen.

Sírvense también los trabajadores del poder político para combatir los monopolios. El acaparamiento de la tierra por la especulación y el latifundismo encarece la habitación y

dificulta la formación de nuevas unidades agrícolas, de dimensiones adecuadas a una técnica superior. La propiedad privada del suelo es el más nocivo y absurdo de los privilegios cuando estorba al cultivo y la población. La democracia obrera de Nueva Zelandia no ha tardado, pues, en establecer un impuesto progresivo sobre la tierra que, comenzando con 1/32 de penique por libra esterlina de valor para las propiedades cuyo suelo, sin las mejoras, vale 5000 libras, llega para las que valen más de 200.000 libras a más de 3 libras por 100 de su valor, impuesto que excede a la mitad de la renta anual calculada. Gracias a esa ley, durante los años 1889-1906 ha disminuído en 1.119.063 hectáreas la superficie ocupada por las propiedades de 4000 hectáreas o más y al dar acceso a la tierra a los trabajadores y fomentar su cultivo, ella ha contribuído a hacer de Nueva Zelandia uno de los países más florecientes del mundo. No es lo mismo que el Estado adquiera latifundios para venderlos en fracciones, pues esto trae una enorme alza del precio del suelo como primera consecuencia, y aumenta el privilegio de los terratenientes en lugar de reducirlo. La conferencia de la Liga Política Obrera de Nueva Gales del Sud ha condenado recientemente esa práctica, si no es acompañada del impuesto progresivo que impide la inflación del precio de las grandes extensiones de tierra; y el partido obrero, que ha gobernado ya la República Australiana, ha establecido una contribución territorial federal, progresiva de 1 a 4 peniques por libra, sobre los bienes raíces de más de 5.000 libras de valor.

Se ha notado que los salarios son generalmente altos donde el suelo pertenece a la población campesina. La solidaridad entre los productores autónomos del campo y los obreros urbanos se manifiesta aún donde no necesitan preocuparse de la subdivisión de la tierra; en uno de los últimos congresos de la Federación Americana del Trabajo habló un delegado de la liga de chacareros de Texas, para demostrar la importancia del apoyo recíproco de las organizaciones de agricultores y obreras. ¡Cuán urgente es este consenso político en la Argentina, donde a las puertas de Buenos

Aires crece todavía en enormes latifundios el pasto salvaje, país cuya clase agrícola está en gran parte simplemente acampada, preparando el suelo para más vacas, región despoblada y feraz, que cada año abandonan en el invierno decenas de miles de emigrantes, porque no les ofrece arraigo, techo ni ocupación! También la democracia obrera argentina propicia leyes contra los latifundios y en defensa de los arrendatarios. Es no menos urgente oponerse a la venta de la tierra pública en grandes lotes. Nadie puede en Nueva Zelandia adquirir más de 266 hectáreas de tierra pública de primera clase, ni más de 800 hectáreas de segunda, extensiones de las que se descuenta la tierra que el solicitante ya posea. En Puerto Rico el gobierno norteamericano ha puesto límites aun a las transacciones particulares en bienes raíces, prohibiendo a las compañías agrícolas, o llamadas así, comprar o arrendar más de 200 hectáreas y a los accionistas de una tener participación en otra.

Cuanto a la defensa contra las extorsiones de los monopolios industriales y del transporte, poco puede hacer la clase trabajadora mediante la ley, si deja esas empresas en manos del capital privado. Ya es un primer paso, sin embargo, que el gobierno guarde respecto de los trusts una actitud de control y les imponga al menos la publicidad completa de sus actos. Diferentes Estados norteamericanos han pretendido impedir por ley las grandes combinaciones de capital; el trust del petróleo se ha visto obligado a aparecer en varios de ellos como una empresa independiente de sus congéneres de los otros Estados, lo que no ha obstado, por ejemplo, a que la *Standard Oil Company* de Nueva Jersey posea 9.900 de las 10.000 acciones de la *Standard Oil Company* de Indiana. Al ser ésta condenada a una multa de 29.240.000 dollars, se anunció que al trust le bastaría elevar ligeramente el precio de sus productos para hacer pagar la multa al público; la sentencia ha sido anulada. En Missouri, de donde la corte de justicia lo ha querido desterrar, el trust ha propuesto que su propiedad sea manejada por dos personas, una de ellas nombrada por el Estado. Si

aun atropellando contra una tendencia histórica fundamental, como es la centralización técnico-económica y a riesgo de que sean vanos sus esfuerzos la política norteamericana va contra los trusts; con cuánta más razón debe la democracia combatir las leyes argentinas hechas para enriquecer a los señores del azúcar, y las maniobras de los Estados brasileños en ayuda del sindicato del café!

* * *

Librar al pueblo trabajador de la extensión fiscal es otra de las grandes funciones de la democracia obrera.

En lugar de pedir a los pudientes las contribuciones necesarias para mantener la maquinaria política que funciona en su provecho, los gobiernos echan sobre los hombros del pueblo los gastos del Estado, en forma de impuestos sobre la vida y el trabajo. En España, hacia 1907, el impuesto de consumos substraía anualmente a la población 400 millones de pesetas, de los cuales sólo 160 ingresaban a las arcas públicas, perdiéndose lo demás en los rodajes del complicado aparato fiscal necesario para quitar aquella suma al pueblo consumidor. En la República Argentina los derechos de aduana encarecen enormemente todo lo que se introduce para el consumo de la clase trabajadora, desde el arroz, la sal, el azúcar, el café y los tejidos y ropas de uso común hasta el petróleo con que el pueblo obrero se alumbra y el hierro galvanizado que le sirve de techo. Cada una de esas gabelas equivale a una merma de los salarios reales. Y las agravan los derechos sobre todos los útiles de trabajo del pueblo, desde la herramienta del artesano hasta las agujas y el hilo de coser, y el impuesto de patente que se exige a todo el que trabaja por su cuenta, desde el que hace pan hasta la que ejerce de partera. ¿No existe en la provincia de Buenos Aires un impuesto contra la producción, que grava las huertas de legumbres para los mercados y deja libres los parques y las grandes mansiones campestres de recreo? La nueva democracia ha de abolir esas odiosas cargas con que el Estado burgués abruma al pueblo trabajador.

Internacional de tendencia y organización, el partido obrero que sostiene su oficina central de Bruselas y celebra la fiesta mundial del 1º de Mayo, no puede ser engañado por las ficciones del nacionalismo industrial o proteccionismo. Para él las actuales trabas aduaneras al comercio entre los pueblos son tan bárbaras como lo eran hace ciento cincuenta años las que impedían el comercio de provincia a provincia; y no puede respetarlas sino en cuanto son indispensables para la vida de empresas ya establecidas, cuya ruina perjudicaría a los trabajadores que ocupan.

Con el mismo criterio juzga la política obrera la contribución de tiempo o de sangre que el Estado exige al proletariado para fines militares.

La vinculación de los partidos obreros consolida la paz internacional. Sucede en el mundo como en el Imperio Austríaco, conglomerado heterogéneo de razas, lenguas y religiones en perpetua lucha, que ha adquirido unidad y consistencia con el desarrollo de la democracia social. Ni el imperialismo ni el nacionalismo fanático encuentran su órgano en el partido obrero, que desconfía por igual de las empresas guerreras del capitalismo y de la estructura patriótica en que suelen caer las oligarquías depravadas e ineptas al aproximarse el término de su dominación. La democracia obrera no admite más guerras que las defensivas contra un bárbaro enemigo exterior y las conducentes a abrir nuevas zonas del medio físico-biológico a la acción inteligente del hombre. Entre pueblos cultos, el arbitraje debe resolver todas las cuestiones. La nueva política se empeña en reducir los gastos de guerra que insumen todavía una porción enorme de la riqueza pública y en democratizar las instituciones militares y limitar las obligaciones personales que ellas imponen. En Francia el cuartel comienza a ser utilizado para la educación profesional, cooperativa y cívica de los ciudadanos.

* * *

Al reducirse las funciones militares del Estado, sus funciones técnico-económicas se acrecen en proporción. A la

reglamentación de las pesas y medidas, al establecimiento de las comunicaciones y de la moneda, función esta última que exige la más atenta vigilancia de la clase asalariada bajo gobiernos oligárquicos, se agregan grandes problemas nuevos con la centralización de los transportes y la industria y el desarrollo de los monopolios capitalistas. Los servicios de higiene, alumbrado, fuerza, transportes, teléfonos, etc., de muchas ciudades están en manos de la municipalidad; una tras otra las ciudades británicas adquieren su distribución de agua, sus cloacas, sus usinas y cañerías de gas, sus obras eléctricas, sus tranvías. No menos evidente es la necesidad de nacionalizar los ferrocarriles, que sólo en la sorpresa y la improvisación de su primer desarrollo han podido establecerse como empresas privadas. En Alemania funcionan como un servicio del Estado; en Australia el 30 de junio de 1912, había 16.898 millas de ferrocarriles del Estado y sólo 944 millas de empresas privadas. La nacionalización de las vías férreas está al orden del día en Francia, en los Estados Unidos, en la Gran Bretaña. La lucha contra los trusts no puede terminar sino haciendo de esas gigantescas empresas ramas de la administración pública.

La municipalización y nacionalización de los servicios públicos, y, en general, de las funciones técnico-económicas centralizadas, es un gran campo abierto a la actividad política obrera. Pero ésta no se ilusiona sobre la posibilidad de llevar inmediatamente muy lejos esa tendencia. Si Jaurès ha hablado de presentar en cuatro o cinco meses el proyecto de las leyes necesarias para transformar la sociedad francesa actual en un mundo socialista, con indemnización de los propietarios o simple confiscación de su propiedad, Watson, del partido del trabajo, ha dicho, como primer ministro de Australia, sobre la nacionalización de la producción: "Los miembros del partido son plenamente de opinión que ella sería una cosa buena, pero ninguno de ellos piensa en la inmediata realización de ese ideal... Si mañana el partido obrero de alguno de estos Estados llegara al poder con una abrumadora mayoría, no intentaría asumir la dirección gu-

bernamental de todas las industrias". En 1907 el congreso de la Federación Americana del Trabajo, por 114 votos contra 50, ha rechazado el plan de nacionalizar las minas y ferrocarriles, porque el Estado se opondría a las huelgas, por pacíficas que fueran. No tiene aún la clase trabajadora la capacidad técnico-económica que le permitirá suprimir las empresas privadas, ni la política para formar un Estado plenamente democrático. En este doble sentido contribuye a capacitarla la intervención de sus representantes en la administración de los servicios públicos.

Cuando el ensanche de las funciones técnico-económicas del Estado responde al progreso político de la clase trabajadora y a su mayor influencia en el gobierno, la administración pública, al mismo tiempo que se extiende, adquiere caracteres nuevos. No se trata ya de aumentar los recursos fiscales sino de llenar las necesidades colectivas, los servicios públicos dejan de tener precios de monopolio, y se acercan al precio de costo, como los de la cooperación libre. Y como en ésta, cambia substancialmente la situación de los empleados. La democracia obrera da condiciones ejemplares de trabajo a los asalariados que emplea directamente y las exige también de los contratistas de obras y servicios públicos. El Estado, libre de competencia, puede hacerlo y debe hacerlo no sólo por humanidad y respeto para con los empleados, sino también para evitar conflictos que pudieran interrumpir servicios cuya continuidad es indispensable. La creación y el manejo de instituciones públicas de asistencia y seguro es otro de los grandes fines inmediatos de la política obrera. Alemania ha establecido el seguro obrero obligatorio contra la enfermedad, los accidentes del trabajo y la invalidez, que funcionan regularmente, si bien no satisfacen aún las aspiraciones proletarias. Los países australianos, Francia y la Gran Bretaña conceden pensión a los ancianos. Se estudian los seguros contra la viudez y la orfandad. El derecho al trabajo toma ya la forma concreta de seguro público contra

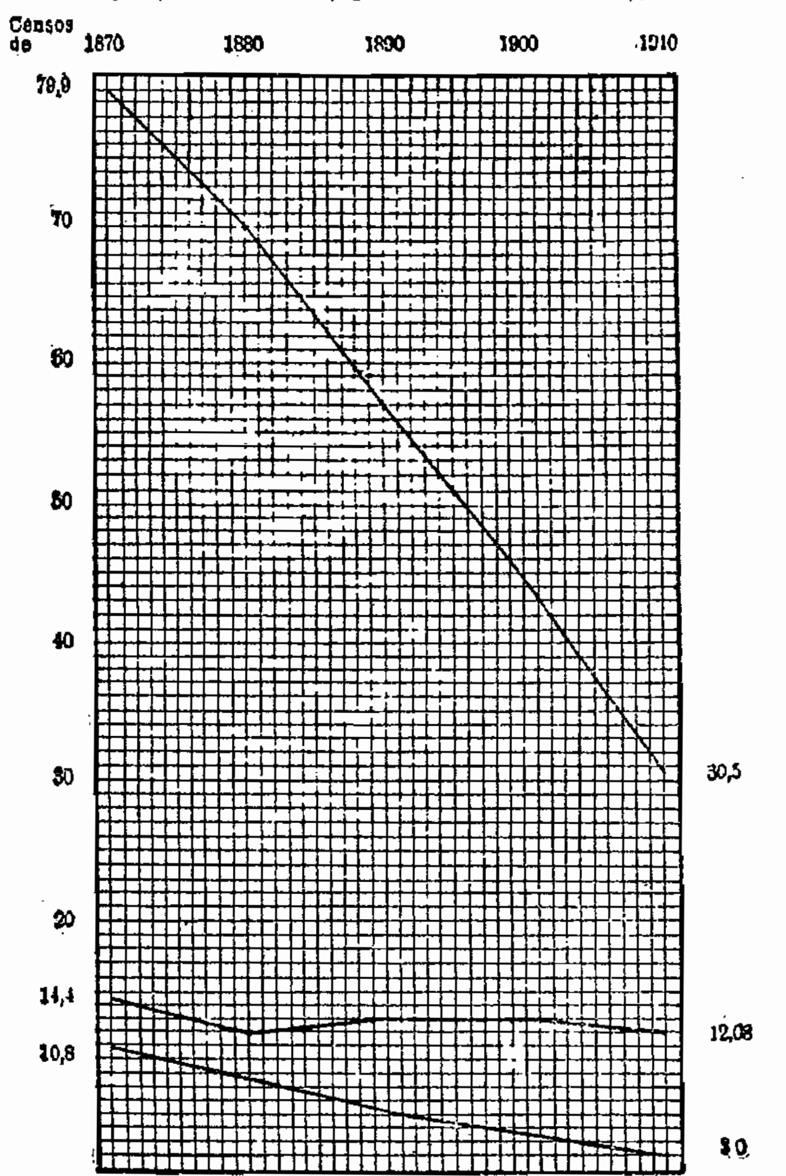
la desocupación. En Dinamarca los sindicatos gremiales proletarios se adaptan a la ley que lo ha establecido.

• • •

Ninguna función del Estado más importante para la democracia obrera que la educación común. Con su técnica cambiante, con su economía cada vez más vasta y compleja, con su difusión de la actividad política, no cabe en la sociedad moderna el desarrollo normal del más modesto individuo sin la instrucción que lo habilite para adaptarse a la evolución técnico-económica y para entenderse con otros hombres mediante la palabra escrita. El proletariado militante reclama como un derecho elemental la educación indispensable para la lucha por la vida en el ambiente histórico moderno. Mill propuso que el Estado indemnizara a los obreros desalojados por un nuevo invento. Más seguro e inteligente es prepararlos mediante la disciplina manual y mental para prever los nuevos inventos y poder siempre desempeñar en la producción una función útil. Así también la instrucción que capacita al pueblo para la acción histórica consciente es infinitamente preferible al despotismo más humanitario e ilustrado. Ni la técnica ni la democracia modernas son concebibles en un país de analfabetos. Para los economistas la educación pública es una buena inversión nacional de fondos. Para el pueblo trabajador es el primero de los deberes de un Estado que no permite ignorar las leyes escritas, más aun si deja presumir que el pueblo interviene en su confección. Suiza conserva en algunos de sus cantones el gobierno directo por los ciudadanos reunidos en asamblea plenaria para discutir las leyes y votar, levantando la mano, por los candidatos a magistrados propuestos de viva voz; esas prácticas de democracia primitiva e iletrada no la han conducido, sin embargo, a descuidar la educación común, en la que pone la más escrupulosa atención. Es cierto que ya ni la tradicional asamblea de Glaris funciona sin que antes se haya distribuído a los ciudadanos un extenso memorial sobre los puntos a tratar. El partido obrero tiene la instrucción elemental, gratuita y

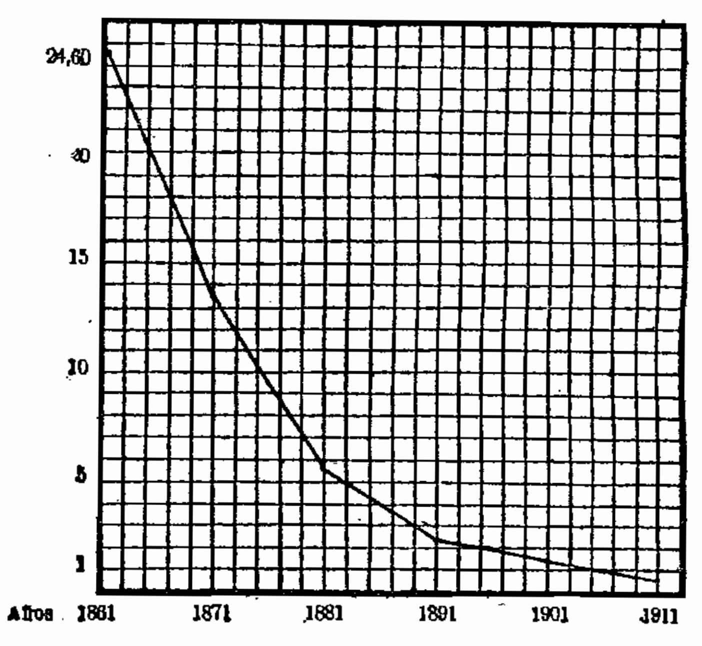
EL PORCENTAJE DE ANALFABETOS ENTRE LAS PERSONAS DE DIEZ O MAS AÑOS DE EDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

(línea superior, población de color; línea media, población blanca extranjera; línea inferior, población blanca nativa).



obligatoria, con provisión por el Estado de los medios de instrucción, como uno de los puntos esenciales de su programa, y no admite que puedan faltar recursos para establecer y dotar en debida forma todas las escuelas necesarias.

EL PORCENTAJE DE ANALFABETOS ENTRE LAS PERSONAS QUE SE CASARON EN AUSTRALIA



La democracia obrera niega al Estado los cuantiosos medios que a éste dan los impuestos indirectos y al mismo tiempo exige y espera grandes instituciones públicas de asistencia, de seguro, de higiene, de estadística, de educación. ¿De dónde tomar los recursos para establecerlas?

No se opone el partido obrero a los impuestos sobre los malos consumos, a los que encarecen el tabaco y el alcohol. Pide a las herencias contribuciones cuantiosas, y señala al

fisco, como su fondo propio de recursos, las formas puras del privilegio: el interés del capital, la renta del suelo. La propiedad raíz, por su inmovilidad, por la tendencia de su precio, a subir simplemente en virtud del desarrollo histórico, sin que el propietario nada haga para mejorar el suelo, es la fuente fiscal más segura, la que puede ser sujeta a más fuerte contribución sin que por ello sufra en lo mínimo el desarrollo técnico-económico del país. Nada es tan fácil de tasar y gravar, nada tan al alcance inmediato de la ley como la renta del suelo. La idea del impuesto único sobre la propiedad raíz, originada en Quesnay por su doctrina de la productividad peculiar del trabajo agrícola, ha encontrado su apóstol más elocuente en el norteamericano Enrique George, testigo de la enorme valorización del suelo de su país, quien basaba su *single tax* en razones de economía y de justicia. Desde 1896 en Nueva Zelandia la ley autoriza a los cuerpos locales de contribuyentes para resolver por el voto general si los impuestos municipales han de gravar todo el valor de la propiedad raíz o solamente el valor del suelo. Como resultado de la votación hecha en 136 distritos, hasta el 31 de marzo de 1913, 105 de éstos, entre ellos dos ciudades de importancia, han adoptado el impuesto sobre el valor del suelo con exclusión de las construcciones y demás valores incorporados a él. El ejemplo ha sido seguido por Nueva Gales del Sud y Queensland con el mejor éxito. Muchas ciudades alemanas se apropian ahora una parte del incremento del valor del suelo mediante el impuesto, cuando la ley de 1911 estableció el impuesto al mayor valor sobre todo el territorio del imperio alemán. La Cámara de los Comunes por 330 votos contra 120, ya había adoptado un impuesto idéntico para la Gran Bretaña, con carácter nacional. Los diputados del partido obrero sólo objetaron que el proyecto atribuía al Estado la quinta parte del aumento del valor del suelo, cuando debía tomarlo por entero.

Un sistema impositivo semejante es de la mayor urgencia en países como la República Argentina, donde la tierra sube rápidamente de precio por obra de la comunidad. La

clase de los propietarios territoriales está aquí en plena formación, por la subdivisión de latifundios, por la enajenación de la tierra pública. Necesario es que los nuevos propietarios comprendan que su derecho de propiedad es condicional, relativo, prescriptible, que el Estado conserve en principio la propiedad más o menos remota de la tierra que entrega a la explotación particular, que se reserve en todo caso una parte creciente del aumento del precio del suelo. Este debe ser desde ya el fondo de la propiedad colectiva. Y lo será así que el pueblo adquiera la capacidad política necesaria para tomar posesión de él y administrarlo.

* * *

No disimula la nueva política su carácter de coerción. También las leyes que ella dicta son "reglas de acción prescriptas por un poder superior". Aun donde es más fuerte la democracia obrera, la vida social es todavía "convivencia de hombres bajo una regulación externa". Para limitar la explotación del hombre por el hombre, para cortar las uñas al gran capital impidiéndole operar en secreto, para defender el medio físico-biológico contra el acaparamiento, para imponer a todos obligaciones de higiene y educación, las nuevas leyes no operan por simple persuasión; la sanción penal las acompaña. No permiten al proletario dejarse aniquilar por la sed patronal de lucro, ni piden su consentimiento a los favorecidos de la fortuna para tomar de sus riquezas lo necesario a los fines sociales. Por encima de la voluntad de cada individuo, hay siempre un soberano, la mayoría. Pero mientras que las leyes burguesas no se ocupan sino de demarcar y equilibrar entre sí los privilegios, y, dando a la propiedad un carácter absoluto y eterno, tienden a perpetuar y agravar la servidumbre proletaria, y se acompañan de instituciones políticas de clase que mantienen al pueblo trabajador bajo tutela, la legislación social se propone asegurar a todos el mínimum de oportunidades de trabajo y de vida indispensable para su desarrollo físico y mental, para su

el pueblo trabajador. La religión, la ciencia, el arte, casi no han existido para las masas sino como ocupaciones extrañas, de hombres de otra clase, cuya obra ignoraban, o recibían concluída como un beneficio, o sufrían como un perjuicio. Al elevarse la cultura del pueblo trabajador y nacer sus aspiraciones a un estado social superior, critica él los dogmas y los símbolos aderezados por la clase dominante, comienza a crearlos por sí mismo, desarrolla su sentido de la belleza y su facultad de investigación..

* * *

Así que la mente del hombre se ejercita en las combinaciones de la técnica, que se extienden las relaciones económicas y políticas del individuo, que la riqueza acumulada permite a algunos dedicar su vida a la meditación y la fantasía, nacen la ciencia y el arte, subordinados a la técnica y la economía, no sólo por el tiempo de que disponen sus cultores, sino también por los medios materiales que éstos usan y los problemas que se plantean, la astronomía al servicio de la agricultura y de la navegación, la geometría con la agrimensura, la aritmética con el comercio. "No se charla sobre la piedra y el metal como sobre el papiro barato", se ha dicho, refiriéndose a la primera literatura de Israel.

Entretanto han tomado forma y consistencia las fábulas inspiradas por el misterioso cuadro del mundo psíquico-físico, con sus fuerzas buenas y malas, con los sueños, con la memoria de los muertos. Y los mitos nacidos del terror supersticioso por los elementos que el hombre no comprende ni aplica, preparan el campo para el establecimiento de sacerdocios, con los cuales adquiere influencia histórica la religión. Hasta entonces los mitos llenan con su exuberante vegetación la porción inculta y vacante de la mente del pueblo, pero lejos de estorbar al desarrollo del pensamiento, son sus formas embrionarias de avanzada, se dejan suplantar sin resistencia por las nociones de la vida práctica, y su influencia en la Historia es la de simples sucesos y afectos imaginarios. Sólo cuando intencionalmente se inculcan artificiosos cuentos al pueblo, cuando se cultiva en su mente la maleza del prejuicio para impedir que en ella medren las flores y los frutos de la razón, la religión se hace una fuerza inhibitoria de la voluntad y de la inteligencia de las masas, un freno a su desarrollo consciente, un yugo espiritual que las sujeta a la miseria y la explotación.

Esto sucede desde que hay un orden social que sostener. Organízase entonces una casta de sacerdotes, al principio también sabios, médicos y hechiceros, que gobiernan solos o comparten la autoridad con los jefes militares. Menos común es que, como en Grecia y Roma, las funciones sacerdotales están a cargo de los jefes políticos. En el politeísmo anárquico surgido espontáneamente de la mente del pueblo, hacen los sacerdotes un poco de orden, catalogan y clasifican las divinidades en un sistema; y en boca de los dioses que modelan en forma definitiva, ponen los preceptos necesarios a la jerarquía social ya establecida. Como factor histórico, la religión es la impostura que se agrega o se substituye a la fuerza para mantener en la obediencia a las clases sometidas. La iglesia con sus dogmas es a este fin un sucedáneo del poder militar.

Ella establece sus propios privilegios con más exactitud aun que los de la clase alta. "Me traerás sin retardo la primicia de lo que se amontona en tus granjas y lo que corre en tus bodegas. Me darás el mayor de tus hijos. Harás lo mismo con tus bueyes y tus carneros". "Las primicias de los frutos de tu tierra las llevarás a la casa de Jahvé, tu dios". Esto dice el libro de la Alianza, del norte de Israel, pequeño código civil, penal, moral y religioso, escrito en el siglo IX antes de Jesucristo, evidentemente por sacerdotes, pero atribuído por éstos al personaje mítico Moisés.

Así alimentada por el trabajo de los fieles, puede la casta sacerdotal dedicar parte de su tiempo al estudio y la investigación. Pero la iglesia no aplica tanto su superioridad mental a enseñar al pueblo para elevarlo hasta su propio grado de conocimiento, como a amplificar y magnificar los

entonces de superar, y ni siquiera de mantener, la alta civilización árabe.

Se presenta siempre a la iglesia como la entidad que unificaba a la Europa durante la Edad Media, como el único lazo que hacía entonces de los europeos un cuerpo de conjunto; pero antes y después de la reforma, Europa fué ensangrentada por guerras religiosas nacionales e intestinas, Francia tuvo la bárbara cruzada contra los albigenses y su San Bartolomé, encendió en España sus hogueras la Inquisición, y cada secta sostuvo furiosamente sus dogmas matando cristianos.

Para mantener su dominación, los ingleses fomentan ahora en la India el fanatismo musulmán contra los hindúes, y en Egipto el fanatismo copto contra los musulmanes.

* * *

No tiene en sí misma la religión ninguna tendencia progresiva. Sus dogmas ,apenas enunciados, se petrifican. Poco puede, para conmoverlos, la crítica de reformadores aislados, sus denuncias contra el error y la mentira. De tiempo inmemorial ha habido quien condenara la falsedad y los vicios de la iglesia en países dominados aún hoy por el más obscuro fanatismo. El hereje indio Brihaspati, muy antiguo, decía: "Si la bestia muerta en el Jyotishtoma va derecho al cielo, ¿por qué el sacrificante no ofrece a su padre? Y si el hombre, al abandonar su cuerpo, puede ir a otro mundo, ¿por qué no vuelve nunca atormentado del amor de los suyos? Todas estas ceremonias por los muertos no son, pues, otra cosa que expedientes para vivir, imaginados aquí abajo por los brahmanes, que no sirven para nada, ni aquí ni en otra parte". ¡Nos parece oír a algún apasionado anticlerical de hoy día!

Lo que a iglesias organizadas se refiere, el progreso religioso ha consistido en el paso de lo peor a lo malo. Las divinidades han ido unificándose y entrometiéndose cada vez menos en la vida de los hombres, porque éstos toleran

cada vez menos esa intromisión. Pero las iglesias conservan e inventan tantos mitos como el pueblo puede creer y mantienen tantos santuarios como pueden explotar. ¿No ha sido Lourdes una creación del siglo XIX? ¿No vemos a la iglesia oficial argentina llevar adelante, en pleno siglo XX, su empresa del fetiche milagroso de Luján, donde vende, junto con crueles y engañosas esperanzas, desde las piedras sillares del templo, a tanto cada una para esculpir el nombre del bienaventurado comprador, hasta amuletos y otras santas baratijas como puede haberlas en el culto más primitivo?

* * *

La evolución religiosa no responde al progreso de la ciencia ni de la virtud sacerdotales, sino al desarrollo de la inteligencia de los hombres, a su mejor comprensión de sus relaciones entre sí y con el medio físico-biológico. "Se podía creer —dicen Renán— que las musas moraban en el Parnaso, que Zeus tenía su corte en el Olimpo, cuando las cimas de esas montañas no habían sido exploradas. Pero desde el momento en que se hubo hecho su ascensión, se vió bien que los inmortales no estaban allí". Y cada adelanto de la técnica, cada nueva relación intencional entre los hombres, cada fenómeno explicado, han sido otras tantas montañas sagradas que los hombres han escalado, desalojando de ellas lo sobrenatural, relegándolo a regiones más remotas e indiferentes. Y al mismo tiempo que restringe el campo de la religión, el progreso técnico-económico la trastorna, al engendrar las luchas entre los pueblos y las luchas de clases. Cuando la religión no es substituída o embrollada por los mitos de un dominador extranjero, no cambia sino en las grandes sacudidas internas que conmueven al Estado. No hubo en Israel profetas revolucionarios hasta que comenzaron los desastres para aquel pueblo. El más célebre de ellos, Isaías, al ser destruído por los asirios el reino de Israel, maldijo "a los que anexan casa a casa, que agregan campo a campo, hasta que son únicos dueños del país". Las migra-

ciones han impuesto siempre alguna modificación de los dogmas y del culto, para adaptarlos al nuevo ambiente. Así los judíos rusos, colonos en la provincia argentina de Entre Ríos, después de encarnizadas controversias entre sus "schoiget", zanjadas finalmente por el fallo de un rabino europeo, profundo casuísta, comen ahora los patos criollos, aunque su grito es distinto del de los patos moscovitas.

En general, no se propagan los nuevos movimientos religiosos sino asociados a costumbres que levantan el nivel de vida de las masas. Las primeras congregaciones cristianas practicaron cierto comunismo de consumo. El nuevo verbo que condenaba el egoísmo de los ricos fué acogido con calor. Durante siglos los bienes de la iglesia cristiana fueron el patrimonio de los pobres.

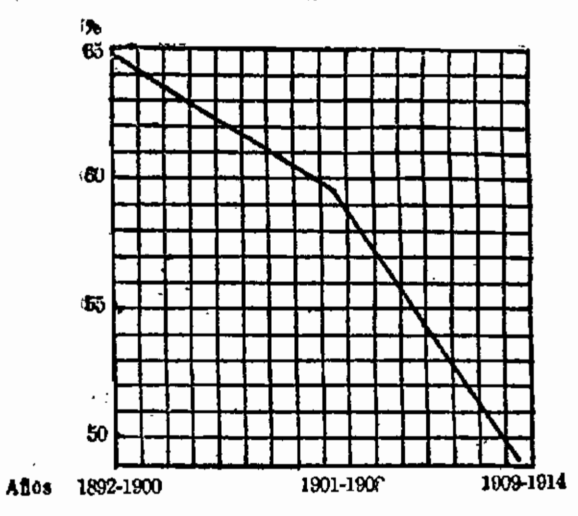
En el rebelde fray Dolcino, de principios del siglo XIV, en los "lollards", asociados a la insurrección inglesa de 1361, en los husitas, que tomaron el cáliz como emblema nacional, en el reformador Thomas Munzer, que preparó y dirigió en Alemania la rebelión de los campesinos en 1525, en los anabaptistas, las aspiraciones políticas y sociales fueron por lo menos tan fuertes como las preocupaciones místicas. Detrás de la herejía se ha disimulado comúnmente la lucha de clases.

* * *

Si antes los templos debían abrir todas sus puertas para dar entrada a la multitud ,la religión envolvía, con sus vapores hipnotizantes, la vida entera de los hombres, sólo embalsama ahora la de los seres humanos de inteligencia menos desarrollada, y apenas salpica la existencia del gran número con ceremonias, que se conservan por su valor estético, por hipocresía o por rutina. En los países cultos la fe religiosa pierde terreno a grandes pasos. De Norte América se dice que a las iglesias les basta una de sus aberturas laterales para dar paso a la mermada grey. En Buenos Aires es manifiesta la decadencia de los ritos, aun en los momentos

más solemnes de la vida. Elaborando las cifras que registra el Anuario Estadístico de la ciudad, que parecen tendenciosamente adulteradas en favor de la iglesia, se encuentra que si durante los años 1892-1900 de 100 matrimonios celebrados ante el Registro Civil 66,31 % lo fueron también en alguna iglesia o capilla, en el período 1901-1908 la proporción de los matrimonios religiosos descendió ya a 61,33 %, y en los años 1909-1914 a 49,43 %. He aquí el gráfico del porcentaje de matrimonios católicos sobre el total de los matrimonios celebrados en Buenos Aires en esos mismos tres períodos:

PROPORCION DE LOS MATRIMONIOS CATOLICOS EN BUENOS AIRES



Baja rápidamente el número proporcional de los matrimonios que se celebran en la iglesia; y todavía ¡cuántos de éstos por simple imitación servil, por gusto de exhibición y pompa! En el período de 1892-1908 el barrio obrero de Santa Lucía dió 58,01 matrimonios religiosos por 100 contratos matrimoniales ante el Registro Civil, mientras en el quinquenio 1910-1914 esa proporción ha descendido a 39,80 por ciento. La rica parroquia del Socorro, donde la instruc-

ción es más general, dió en cambio 66,35 % de matrimonios religiosos en los años 1882-1907. ¿Dónde sería mayor la proporción de los casos de fe simulada?

Es que al acentuarse la irreligiosidad de las masas, se hace más franca y estrecha la alianza entre la religión y el privilegio.

Al tomar cuerpo en Francia en 1848 la agitación proletaria, Thiers, famoso gobernante burgués, escribía a un diputado: "Siempre ha sido mi opinión que una religión positiva, un culto y un clero son necesarios, y que los más viejos que se tengan son los más dignos de consideración y también los mejores. Pero ahora que todas las ideas sociales están trastornadas..., considero al cura como al corrector indispensable de las vistas del pueblo, al cual enseña al menos en nombre de Cristo que los sufrimientos de todas las clases son necesarios, que son la condición de la vida, y que si a los pobres los ataca la fiebre, no son los ricos quienes se la envían. Sin sueldo no puede mantenerse el clero... Caería, como todos nosotros, bajo un yugo de hierro... En nueve décimas partes de Francia los sacerdotes se morirían de hambre... Repito que la instrucción por el clero, a la que por diferentes motivos nunca fuí propicio, la preferiría mucho ahora a la que se nos preparaba... El enemigo actual es la demagogia, y no quisiera entregarle, con el establecimiento católico, los últimos restos del orden social". Años después, completaba Thiers su celebridad en la horrenda guerra contra la Comuna, insurrección proletaria que ha inspirado a Hartmann, autor de recetas para una nueva religión al uso del pueblo, las siguientes palabras: "La brutalidad sin antifaz encarnada por la democracia social en la embriaguez de la "Commune" parisién, mostraba a qué grado de grosería desciende el pueblo cuando ha perdido con la religión la única forma bajo la cual el idealismo le es accesible". Decía recientemente un diario francés: "Todo lo que pueda tener por consecuencia el hacer ver la poca solidez de las convenciones en que descansa la sociedad es peligroso, y debe combatirse, y combatirse por todos los me-

dios, hasta por los peores. La hipocresía es para una época un agente de preservación social". El señor Kidd, autor inglés muy celebrado por las clases conservadoras, sostiene a su vez que la desenfrenada lucha por la vida, necesaria a su juicio para todo progreso social, se acompañaría de tan crueles dolores si los hombres todos fueran racionalistas, que la evolución social sería imposible por la rebelión irreductible de los vencidos. La razón es, según él, un poder antisocial, cuando la ejercita el pueblo. De ahí "el fenómeno central de la historia humana", las religiones, creadas "para subordinar la autonomía de los individuos a la continuación de un proceso en que no tienen el menor interés".

* * *

¿Qué hacer contra la sugestión esclavizadora? Bueno es que investigadores eruditos descubran los orígenes humanos de los dogmas y libros sagrados. Pero cada día es más superfluo distraer la mente popular con obras de crítica y exégesis que sólo un alto valor literario puede hacer de interés general. Toda la vida de un hombre no basta para estudiar los poemas religiosos de la India. Si nos pusiéramos a demostrar los errores de la Biblia, ¿por qué no desautorizar también los del Corán?

Más urgente es debilitar la posición de las iglesias, cortar toda conexión entre ellas y el Estado, abolir el presupuesto de cultos y toda ceremonia o fórmula religiosa en los actos públicos, cerrar las escuelas al clero y al catecismo, laicizar los hospitales, prohibir las prácticas sucias y bárbaras con que la superchería y el fanatismo hacen aún inocentes víctimas, quitar al clero todo privilegio, levantar el espíritu de la mujer haciendo que el matrimonio desgraciado no sea una irremediable fatalidad. Y ante una iglesia poderosa por sus riquezas, con cuya influencia corruptora refuerza el decadente imperio de sus fábulas, un gobierno obrero no puede respetar los bienes eclesiásticos más que los gobiernos burgueses, que tantas veces los han confiscado.

El partido obrero tolera, en cambio, todas las ilusiones que no pretendan imponerse, considera asunto privado la supervivencia o la neoformación de mitos en la mente individual, admite en su seno a cualquiera sin pretender purgarlo sistemáticamente de sus creencias. Uno de los diputados socialistas de Noruega es un clérigo protestante. A las congregaciones religiosas formadas por la adhesión voluntaria de sus afiliados y a su propia costa, el partido obrero las considera simples asociaciones privadas, con todos los derechos de tales; y ellas, por su parte, para insinuarse todavía en la masa del pueblo, muestran interés por las cuestiones obreras. En el "Labor day" norteamericano, fiesta nacional del trabajo, hay sermones, más o menos apologéticos o reformistas, en las 11.000 iglesias presbiterianas del país sobre tópicos de orden social. Por supuesto que en estas iglesias libres la sugestión del rebaño por el pastor es siempre la fuerza principal, y que la plutocracia norteamericana contribuye con largueza al sostén de la mentira convencional de los clérigos.

• • •

A la engañosa persuasión religiosa, que encuentra todavía tanto campo en la inculta mente popular, se opone también la sugestión de los ideales sociales propios del movimiento proletario. La aspiración vehemente a un mundo de pura simpatía entre los hombres, de justicia y de libertad, es para muchas almas sencillas la creencia de que la sociedad perfecta vase pronto a realizar. La espera de una inmediata revolución social, catástrofe milagrosamente creadora, se substituye a la del juicio final en que cada cristiano recibirá su castigo o su premio, y la sociedad futura ocupa en los corazones el lugar del paraíso. Infinitamente superior a las religiones por sus fundamentos objetivos y su influencia sobre la conducta de creyentes y profanos, ese exaltado idealismo tiene, sin embargo, algo de ellas, y puede decirse que es el lado religioso del socialismo. Las nuevas ilusiones son extendidas y alimentadas por la propagación de nuevos dogmas;

la veneración por el nombre de quienes los formularon llega a la linde de una fe mística en el valor de cada una de sus palabras; los maestros pasan a ser santos; en la opinión de los creyentes, su genio se agiganta hasta levantarse como inmensa mole en medio de la general chatedad; tan grande es el desprecio por todo lo anterior, que la nueva doctrina aparece como una revelación. Sus fórmulas son objeto de meticuloso culto, conservadas en su pureza y vigor originarios por fieles comentarios, que denuncian como una herejía toda idea de ampliarlas o reformarlas. Y en cuanto los propagandistas del nuevo credo simulan una fe que no tienen, y, con móviles individuales o colectivos, sugestionan intencionalmente a las masas, forman un nuevo clero y tienden a establecer un nuevo ritual. Algún agitador ha actuado ya como gran sacerdote en la ceremonia de la "dedicación" de niños al socialismo. De pie, bajo un arco formado por banderas rojas sostenidas por dos compañeros, y después de cantar un himno, Tom Mann hacía avanzar hasta él a los padres con el niño en brazos, y les preguntaba si era su deseo que fuera dedicado al Socialismo. "Es nuestro deseo", era la respuesta. Tomando entonces al niño, decía el oficiante: "Nuestros camaradas, los padres de este niño (lo nombraba), en presencia de esta audiencia, ratifican de todo corazón su plena adhesión al Socialismo, dedicando solemnemente su niño a la causa socialista. Es su deseo y su esperanza, de los que todos nosotros participamos sinceramente, que el niño crezca con un sano conocimiento de los principios éticos y económicos, y sea realmente equilibrado física, mental y espiritualmente". Besaba entonces Mann al infante, y al devolverlo a la madre, prendíale una hermosa cinta escarlata, en que estaban escritos en letras de oro el nombre del niño, la fecha de su dedicación, y el Partido Socialista, Melbourne.

Por mucho que los ideales obreros se alejen de la realidad, están siempre incomparablemente más cerca de ésta que las absurdas esperanzas sugeridas por las sectas cristianas y otras iglesias. Aun en sus formas religiosas están

muy por encima de las religiones vulgares o reveladas, por su independencia de todo privilegio de clase, por la libertad que dejan al desarrollo individual. Ante las grotescas e imprudentes supercherías con que la clase conservadora defrauda a la parte más inculta del pueblo, ¿quién puede condenar ni la más utópica sugestión de una humanidad mejor? Aun en su más exagerada faz emotiva y religiosa, el socialismo es un movimiento emancipador.

Pero idea alguna puede consolidarse en dogmas, traducirse en símbolos, manifestarse en ceremonias y ritos, sin riesgo de inmovilizarse, de caer en el formalismo, en la vaciedad, en la simulación; ninguna fuerte emoción sugerida a la colectividad deja ocasionalmente de traducirse en odio puramente destructivo o en inerte fatalismo.

* * *

Al crecer el proletariado y caracterizarse como clase, al aumentar sus recursos materiales, al multiplicarse y agrandarse sus locales y robustecerse su prensa, al afirmarse y avanzar su poder político, un arte nuevo aparece y se desarrolla en la propaganda de los ideales sociales obreros. Obra de hijos del proletariado mismo o de hombres que ponen altas dotes a su servicio, el arte social es el canto revolucionario que entusiasma, la profesión de fe un Freiligrath, las poesías de un Herwegh, el drama cuyo motivo es una idea emancipadora, o que expone las aberraciones de la sociedad con bastante fuerza para fijar en ellas la atención de los indiferentes, la novela y el cuento, como lo han hecho Jorge Sand, Sué, Zola, Anatole France, el cuadro que patentiza un vicio burgués o un dolor del pueblo, la imagen simbólica de la lucha bestial entre los hombres o de una humanidad mejor.

El arte social emociona y critica, sacude los prejuicios, plantea los problemas históricos ante los que quisieran ignorarlos; pero no expone sino lo lírico y lo sensacional, los hechos pasionales, las aspiraciones sublimes; busca necesariamente sus recursos en lo excepcional y violento, en la huelga sangrienta más que en el trato colectivo, en la revuelta más que en la elección libre, en el robo más que en la cooperación. Siempre es impresionante en el escenario la luz del incendio, pero, ¿cómo sacar efectos estéticos de una asamblea administrativa o de una balanza? La acción del arte social, como la del arte religioso y patriótico, es mucho más sugestiva que educadora. Agita las cuestiones, pero poco ayuda a resolverlas. Las actividades normales de los hombres apenas tienen cabida en él. Para la clase trabajadora no es educativo, sino en cuanto la habitúa en el coro, en el orfeón, en el teatro, a combinar libremente sus esfuerzos con fines estéticos, en cuanto la prepara para el cultivo de la belleza por la belleza misma.

La servidumbre moral a que nos somete la sugestión artística se agrava de todo lo mórbido y perverso del arte. La hija de un rico fabricante, personaje de cierto drama social, encuentra como pintora una fuente de emoción estética en el rostro de la vieja obrera que le sirve de modelo, profundamente surcado por las arrugas de la tristeza y la fatiga; en el concepto de la joven burguesa, la miseria proletaria era para el arte un indispensable material. Así también hay poetas y dramaturgos que sugieren al pueblo la violencia "por la belleza del gesto".

* * *

Cada paso hacia la vida inteligente nos inmuniza contra la inoculación religiosa y nos hace impermeables al dogma. La ciencia, el anhelo de saber, la investigación de la verdad es la actividad humana más estorbada por las ligaduras religiosas, la que está siempre con ellas en inmediato conflicto y tiende primero a romperlas. Sólo el afán de ponernos individualmente con las cosas y personas en esa íntima comunión que se llama su conocimiento objetivo o positivo, dándonos hábitos de libre examen, nos hace refractarios a la sugestión.

Y el pensamiento del pueblo se expande con más libertad y autonomía a medida que se sistematiza y acelera el progreso técnico, que el trabajo deja de ser una rutina, que la ciencia, de actividad rara, desinteresada y extraña a la vida ordinaria, pasa a ser el esfuerzo regular de todos hacia el progreso histórico intencional y consciente.

Comte, que mira "la evolución intelectual como principio necesariamente preponderante del conjunto de la evolución de la humanidad", lejos de referirse al desarrollo de la inteligencia práctica, asigna la función directriz "a las concepciones más generales y más abstractas". En lugar de subordinar la evolución de la ciencia a la de nuestros medios y procedimientos para llenar nuestras necesidades fundamentales, ve en las manifestaciones más vagas e inciertas del pensamiento una necesidad fundamental y edifica sobre esa base su doctrina. Pero muestra ya su inconsistencia al definir la matemática como "la ciencia que tiene por objeto la medida indirecta de las magnitudes", objetivo práctico sin mencionar el cual no puede él mismo caracterizar la más abstracta de las ciencias.

"Una necesidad técnica — ha dicho Engels —, hace adelantar la ciencia más que diez universidades". El movimiento propio de la técnica, que obedece a las necesidades de los hombres, arranca primero a la ciencia de manos de los sacerdotes, y alimenta después su progreso con el estímulo y los recursos que ofrece a sus investigaciones. La máquina de vapor ha engendrado toda una nueva ciencia, la termodinámica, teoría de las relaciones mensurables entre el trabajo mecánico y el calor. La teoría microbiana, que ha revolucionado en el siglo pasado la patología y la medicina, arranca de un estudio de Pasteur sobre cierta enfermedad del gusano de seda.

Ahora la técnica se asocia íntimamente con la ciencia, que tiende cada vez más a ser su guía. Grandes ramas de la industria han tenido su origen en los laboratorios científicos durante el último siglo. La electro-técnica deriva de estudios puramente especulativos, de Galvani, de Volta, de Am-

père, de Faraday; los trabajos teóricos de Chevreul revolucionaron la industria de las grasas y la fabricación de bujías. Los grandes establecimientos industriales modernos tienen anexo un laboratorio cuyos trabajos de investigación siguen los métodos de la ciencia. Aparecen así los descubrimientos científicos como los fenómenos fundamentales de la Historia. Pero no lo son sino en cuanto encuentran aplicación técnica, y en la medida de la importancia de esa aplicación; no podríamos datar ni una sub-época histórica del descubrimiento de la célula ni del planeta Neptuno. Las nuevas verdades sólo tienen trascendencia histórica en cuanto se hacen vulgares y directa o indirectamente se incorporan al sentido común. Es la aplicación diaria y pública de los principios de la ciencia, sometidos así a la verificación y contralor de todos, lo que educa y desarrolla la inteligencia del pueblo. La unidad y la equivalencia de las fuerzas físicas es una verdad popular desde que grandes usinas transforman el calor de la combustión del carbón en el movimiento del motor, que trasmitido a las dínamos, engendra la electricidad distribuída por la red de cables a la ciudad o el campo, para transformarse otra vez en movimiento en el tranvía y la máquina industrial, en luz para el alumbrado, en calor en las estufas, las planchas y las cocinas. Y todo el mundo comprende que hay una relación calculada y exacta entre el poder del motor o de la caída del agua y la cantidad de energía que la usina puede distribuir; y si se corta la corriente y los tranvías se detienen y quedan a obscuras, todo el mundo espera con ansiedad y saluda con regocijo la incandescencia de las lámparas, indicio inmediato y seguro de que también las ruedas van a emprender de nuevo su interrumpida carrera.

• • •

El desarrollo técnico-económico que tiende a reducir el trabajo de cada hombre a un solo material y a una sola o pocas operaciones simples, atrofiaría la mente de la gran

mayoría de los hombres si no expusiera incesantemente ante sus ojos la multiplicidad y la variedad infinita de la obra humana intencional, si de la regularidad de sus aplicaciones el ingenio humano no sacara, siquiera embrionaria, la noción de la regularidad general de los fenómenos, si no se viera en el caso de extraer de los hechos fórmulas generales y abstractas, único modo en que es ahora concebible por el individuo el conjunto de la técnica.

Y esa idea científica de ley, que se elabora en forma rudimentaria con las percepciones vulgares de la industria moderna, se confirma y ensancha para el pueblo trabajador en la acción económica y política consciente. El desorden y la tiranía del capital, el maelstrom de las finanzas, las repentinas crisis que periódicamente siembran de ruinas las plazas más florecientes, el desolador misterio de la desocupación forzada, las bárbaras y crueles intrigas de la política, hieren la imaginación y deprimen la mente de los hombres como un terremoto, una peste o un crimen, mientras no se ponen a estudiarlos para preverlos y ponerles remedio. En lucha por su emancipación, el pueblo trabajador empieza a ver claro en el caos de la competencia y en el torbellino de la política, descubre cuánto hay todavía de animal e instintivo en las actividades de los hombres, los parásitos gozadores, los hombres de presa, las bestias de carga, pésimo material para improvisar un mundo de ángeles, aun teniendo las intenciones más revolucionarias. En la lucha por su emancipación aprende el pueblo trabajador las leyes de la Historia, espera y exige menos de los jefes, no mira como fundamentales sino los hechos de la generalidad y preparándose para una brega sostenida e infinita, mejora tanto más el mundo cuanto más lejos lo considera de su perfección ideal.

* * *

La vida práctica nos da la ciencia libre de todo misticismo, nos conduce al concepto científico de ley sin hacernos mirar la ciencia ni sus fórmulas como entidades absolutas, superiores a los hombres que las han creado.

Si por su origen y sus fines la ciencia es un aspecto de la adaptación humana al medio, en sus fórmulas o leyes es también relativa al hombre, es humana.

Buckle pensó aplicar a la investigación de la Historia los métodos que tan fecundos han sido en la de fenómenos más simples, y creyó hacerlo estudiando inmensa cantidad de libros. Buscó en los documentos escritos la influencia de las "leyes físicas" y las "leyes intelectuales" sobre la evolución de las sociedades humanas. "De todos los resultados —dice— producidos en un pueblo por su clima, alimento y suelo, la acumulación de la riqueza es el más temprano y en muchos sentidos el más importante". Deriva así Buckle la riqueza del medio físico-biológico, no de la técnica; a pesar de su enorme y apasionada labor, no llega pues, a la teoría científica de la Historia, da los elementos de la fórmula, pero no la fórmula misma. Es porque habla de la naturaleza y el hombre como de entidades independientes cuya recíproca influencia constituye la Historia, sin saber combinarlos en una expresión sintética. "Tenemos, por una parte, la mente humana, que obedece a las leyes de su propia existencia, y que, cuando está libre de los agentes externos, se desarrolla según las condiciones de su organización. Por otra parte, tenemos lo que se llama Naturaleza, que también obedece a sus leyes; pero que entra incesantemente en contacto con las mentes de los hombres, excitando sus pasiones, estimulando su intelecto y dando, por lo tanto, a sus acciones una dirección que no habrían tomado sin semejante perturbación". Esta dicotomía no tiene sentido para los que estudian la Historia en la acción, para los hombres a quienes sensaciones y sentimientos elementales, de que tienen conciencia, los mueven a imprimir a la Historia un sentido determinado y en ese empeño cuentan o chocan con la inconsciencia de las masas.

Los hombres no existen sino en el seno de la naturaleza, y la naturaleza no es más que el conjunto de las sensaciones e ideas de los hombres. Para premiar o castigar a los hombres "en el otro mundo", las religiones no han sabido

sino ubicarlos en alguna parte de éste, elevándolos a las nubes del cielo o hundiéndolos en las entrañas de la tierra. En "Macbeth", da Shakespeare la receta para la caldera de unas brujas que preparan un filtro poderoso y fatal: sapo, pedazo de serpiente, ojo de lagarto, pie de rana, pelo de murciélago, lengua de perro, otras cosas de serpiente y un muslo de lagarto más grande, dientes de lobo, momia de bruja, raíz de cicuta arrancada de noche, hígado de judío blasfemo, nariz de turco, labios de tártaro, dedo de hijo de prostituta estrangulado al nacer y sangre de mono son los ingredientes. En la cocina de la bruja que prepara el filtro para rejuvenecer a Fausto hierve también sobre el fuego la consabida caldera, de la que una mona quita la espuma con una espumadera; los más "raros utensilios caseros de bruja", dice Goethe, adornan las paredes de la cocina, que, por supuesto, si tiene chimenea, no es sólo para que salga el humo, sino también para que entre la bruja. En "El Diablo Mundo", de Espronceda, el desfile diabólico consiste en "vanos fantasmas... en cabras y serpientes montadas en cuervos y en palos de escoba", que pasan lanzando "aullidos" y "relinchos"; dos páginas después las sierpes sirven de cabellera al señor de los duendes y trasgos, "negra figura... en pie... de colosal estatura y de imponente ademán... su boca... como el cráter de un volcán..." Sólo podemos imaginar lo que no existe combinando lo que existe. Por más que pretenda alzar su vuelo, la imaginación está siempre atada al mundo en que vivimos, en el cual se inspiran igualmente el buen sentido más vulgar y la más exaltada fantasía de poeta.

No podemos tampoco concebir el mundo sin manos de hombres que lo toquen, sin ojos humanos que lo vean, sin oídos humanos que lo oigan. Lo que existe es lo que sentimos. Lo que uno de nosotros percibe no existe para los demás sino en cuanto cada uno de ellos puede referirlo a sus propias percepciones. Así también, para el que sufre de acromatopsia no existen los colores que todos vemos y el mundo es un simple contraste de luz y sombra, como una

fotografía. Si nos apretamos la retina con el dedo, vemos luz a obscuras. Si pudiéramos cortar nuestros nervios auditivo y óptico, ha dicho el fisiólogo Donders, y unir el cabo central de uno con el periférico del otro y viceversa, veríamos el trueno y oiríamos el relámpago. La ciencia reconstruye el mundo como era antes de la existencia del hombre y lo pinta como será después que el hombre deje de existir; pero lo hace valiéndose de los datos que actualmente recogemos, de las impresiones que el mundo actual produce sobre nuestros sentidos. Ni en la nebulosa ardiente ni en la Tierra helada del porvenir suponemos hombres, mas no suponemos tampoco sino caracteres que los hombres pueden percibir. Y así para la ciencia más abstracta, como para el más grosero egocentrismo, el mundo no es concebible sin el hombre.

Nada se saca en limpio manipulando esas dos abstracciones, el hombre y la naturaleza. No hay leyes físicas y leyes intelectuales; todas las leyes son físico-intelectuales, naturales y humanas. No están escritas en el mundo sino para ser descifrada por nuestra clave y sólo existen en el sentido y el alcance de esta clave. De ahí su necesidad, de ahí su relatividad.

No nos da, pues, la ciencia fórmulas inmutables, perfectas, leyes impuestas al mundo por un poder superior, expresión definitiva de relaciones permanentes y eternas. La ciencia es una economía de pensamiento —ha dicho Pearson—; sus leyes una especie de taquigrafía mental, breves combinaciones de palabras mediante las cuales nos representamos y expresamos con un mínimum de fatiga vastos complejos de fenómenos.

Toda ley científica es simplemente aproximada, como los diagramas que trazamos para representar un aspecto del movimiento histórico, uniendo varios puntos cuya altura nos es dada por la estadística y suponiendo que en los intervalos de un punto a otro el movimiento va en línea recta. Pero ni los datos de la estadística pueden ser de una exactitud absoluta, ni expresan la altura del movimiento en cada instante sino en períodos más o menos largos, ni pueden

trasladarse al papel con una precisión completa; y si en el curso del movimiento representado encontramos un pico muy saliente, puede suceder que prescindamos de él, por comodidad, por no caber en el papel y no servirnos para juzgar de la tendencia general del fenómeno estudiado.

Las leyes científicas no tienen, pues, una validez absoluta y perpetua. Se desarrollan junto con el hombre, están sujetas a continua ampliación y corrección a medida que entablamos con las cosas y personas nuevas relaciones, que nos vresentan ellas nuevos aspectos. Lejos de resolverlo todo, la ciencia descubre siempre nuevos misterios, mantiene viva en nosotros la conciencia de lo que ignoramos, abre cada día un nuevo mundo a la exploración del pensamiento. El sabio por excelencia es quien plantea nuevos problemas.

La solidez de la verdad científica, el valor de la teoría, consisten en que nos sirven en la práctica del trabajo directamente productivo o del trabajo investigador. No basta la convicción del más esclarecido de los hombres para fundar la exactitud de un teorema; necesario es que éste se base en las percepciones y concepciones comunes de los hombres, que sea comprendido y comprobado no sólo por su autor. Al exigirse la demostración experimental como criterio de la verdad científica se significa que no es ciencia sino la teoría virtualmente accesible a todos, el fondo común de conceptos de la humanidad. La experiencia es la fuente del conocimiento, la crítica inexorable de la ilusión. Y la gran experiencia es la que se hace en el mundo, por todos, en la vida práctica, en el complejo trabajo histórico. A medida que, como ocupación o como placer, la investigación científica se generalice entre los hombres, entrará también en el criterio vulgar esa apreciación más amplia de la ciencia, que comprueba indirectamente sus principios basándose en ellos para nuevos descubrimientos.

* * *

Buena parte de la teoría científica, en efecto, no encuentra inmediata aplicación en la vida práctica, ni su verdad puede comprobarse directamente en los laboratorios. Son hi-

pótesis, fórmulas provisorias para explicar los hechos, ideas asociadas a las percepciones y a los conceptos demostrados del investigador, suposiciones espontáneas y tenaces que lo guían en la ulterior investigación. Ante fenómenos cuyas circunstancias determinantes no conocemos brota con fuerza en nuestra mente la hipótesis que los explica e imprime nuevo impulso a nuestra acción por conocer. Así el navegante al ver sobre las olas plantas de una flora desconocida y maderas labradas con un arte extraño, sospecha que está cerca de un mundo nuevo y boga a su encuentro con doble empeño. Sólo puede privarse de hipótesis quien crea saberlo todo o no quiera saber más. Para la ciencia siempre en vías de extenderse, ambición de un progreso infinito, las hipótesis son tanto más necesarias y fecundas cuanto más consciente y metódico es ese progreso. ¿Y cómo sujetar a normas fijas el florecimiento de las ideas en la cabeza del investigador? ¿Por qué exigirle que su hipótesis no implique sino las fuerzas ya conocidas? Si antes de descubrirse accidentalmente los rayos X se los hubiera supuesto como explicación de algún fenómeno, hubiérase hecho una hipótesis muy feliz. El valor de una hipótesis está en la fuerza con que se impone a la atención de los hombres, y los estimula a la investigación. Lo importante para la hipótesis es que se dude de ella, que no se la confunda con la verdad. No importa que resulte a la postre no verificable; si nos empeñamos en verificarla, habrá siempre conducido a nuevos estudios y tal vez a nuevos descubrimientos.

Las hipótesis referentes al futuro histórico no admiten más verificación que el experimento, son las que más se vinculan a la intención. Y el experimento será tanto más grandioso, perseverante y variado cuanto más difundidas y hondamente arraigadas estén las nuevas aspiraciones en las diferentes sociedades humanas y en las distintas clases de la población.

* * *

El tipo de la mala hipótesis, inconducente y superflua, es la de lo "inconocible", de algo que ignoramos y jamás

podremos conocer. Ella es inhibitoria y estéril por definición. Basándose en la organización de nuestros ojos, creíase que el microscopio jamás permitiría ver cosas de un diámetro inferior a diez milésimos de milímetro. He aquí, sin embargo, que el ultramicroscopio permite ver partículas mucho menores, al hacerlas refractar la poderosa luz de una helióstato o una lámpara de arco, proyectada sobre el campo perpendicularmente al eje del microscopio para que no hiera el ojo del observador. Y el nuevo invento ha permitido ya importantes investigaciones de orden químico y biológico.

¿Qué decir, entonces, del agnosticismo como dogma, de la afirmación de la inconocible, que algunos hacen con tanto aplomo? Simple juego de palabras que toman ellos por una concepción, es la última y más abstracta forma del mito, el residuo de las controversias metafísicas entre materialismo e idealismo. Cada día se encuentran menos hombres dispuestos a tomarlas en serio. La materia es inseparable de la idea, y la idea, de la materia. No conocemos la materia sino por la idea que nos formamos de ella, ni podemos formarnos una idea sino de la mteria. La "cosa en sí" de los idealistas es siempre un sucedáneo de las cosas, y al quintaesenciar la materia y suponerla extraña a la mente que la concibe, los titulados materialistas caen también en la ilusión idealista de la "cosa en sí". Suponiéndose en la corteza del mundo, aseguran los idealistas que hay algo adentro, inaccesible a sus sentidos y a sus cálculos, a lo que los materialistas, creyéndose amurallados contra el error en la cáscara de sus percepciones, contestan que el relleno del mundo es la materia. El más ordinario sentido común y la última palabra de la ciencia desechan por igual el equívoco del núcleo material de una cubierta ideal o la envoltura material de un núcleo ideal.

Esos pseudo-problemas, nacidos de un individualismo mórbido y que los filósofos, en su ensimismamiento, han resuelto cada uno en forma incomprensible para los demás, no existen felizmente para el pueblo, aunque la palabra materialismo se conserva aún en el vocabulario usual de la

doctrina socialista y en la escuela recientemente fundada en Berlín por la democracia social alemana la historia del materialismo ocupa todavía un lugar considerable, por respeto al *magister dixit*.

La filosofía del pueblo es el realismo ingenuo, el modo de ver intuitivo y vulgar que los filósofos desdeñan. La realidad es el conjunto de las percepciones y conceptos comunes de los hombres, nunca tan comunes como cuando se aplican en la vida ordinaria, en el trabajo, en la técnica. Conocemos las cosas y las personas en cuanto somos capaces de hacerlas servir a nuestros fines. En su realismo ingenuo, el pueblo desprecia las vacías fórmulas que se presentan a veces como ciencia; no admira el genio de Leibnitz cuando éste se propone demostrar que dos y dos son cuatro, ni se pasma, como Mr. Jourdain, ante el saber del profesor de filosofía que le enseñaba a poner los labios para decir o. Si la doctrina sólo tiene vida y es trascendental en cuanto se incorpora al método, ¿a qué demostraciones y problemas que no nos harían adelantar un paso? Admira en cambio al realismo ingenuo todo nuevo hecho inteligente y lo considera preñado de consecuencias infinitas. Se ha hablado de los primeros progresos del hombre como de "instrumentos groseros e imperfectos que el pueblo más bárbaro es capaz de inventar". Para hacer fuego, sin embargo, si no frotamos dos astillas, lo usual es frotar un fósforo contra una superficie rugosa. Y el arte de hacer fuego no ha perdido nada de su importancia después de la invención de la dínamo, movida por una máquina de vapor que también tiene su hogar, ni las ruedas son menos ingeniosas desde la invención de la locomotora que anda sobre ellas.

El pueblo ve en sus propios sentimientos, cuando son intensos y difundidos, una realidad enorme que debe traducirse en acción. Y no lo detienen entonces las homilías que se le brindan como ciencia. Lo absoluto de la ley de la población, la pretendida teoría del fondo de los salarios, la afirmación de que sólo de las ganancias de los empresarios pueden acumularse nuevos medios de trabajo, el darwinismo,

han sido copiosas fuentes de sofismas que economistas y políticos han puesto a la acción autónoma de la clase trabajadora por su propia elevación. Ella les ha respondido demostrando en los hechos su falsedad, creando el material con que están elaborándose leyes históricas nuevas. *Im Anfang war die That.*

* * *

La última conclusión de la ciencia es la del sentido común: prácticamente el hombre es el centro del mundo, y nada tanto como el hombre mismo debe preocupar al hombre. Mas no descubre la ciencia en el mundo un fin bueno e inteligente, una moral. Seres infinitos nacen, sin responsabilidad, para una vida frustrada. Lo que para nosotros es enfermedad y muerte, es para los microbios un festín. Los caprichos de la atmósfera hacen de la agricultura un juego de azar. Dentro mismo de la sociedad humana, chocan ciegos y furiosos los elementos.

¿A qué tiende la Historia? ¿A dónde va la vida? A su propio incremento, a su propia expansión. Como los organismos elementales, propende el hombre a multiplicarse con toda su potencia. A cada rotación lunar, florece la mujer en su inmanente anhelo de maternidad; vigorizado por los gérmenes de la generación que lleva en sí, mantiene el varón siempre tensa la cuerda de su esfuerzo hacia el crecimiento infinito de la especie. Forma superior de la vida, llévala el necesidades, las otras formas de la vida. Lucha también hombre y la acrecienta por doquier. Para ello crea su técnica, para ello establece y cambia sus relaciones sociales. En su eterno impulso vegetativo, invade el mundo entero, sujeta las fuerzas físicas, reduce o extiende, según sus propias necesidades, las otras formas de la vida. Lucha también consigo mismo. ¡Ay de las aristocracias que estorban al aumento de la población! ¡Ay de los pueblos que no saben sacar del suelo que habitan todo lo que en el cultivo de la vida puede dar! Ellos serán barridos o dominados por otras clases y otros pueblos más enérgicos. ¿Para qué son las revoluciones y las conquistas? Vano es todo derecho a la

vida que no se afirme en su propio ejercicio. La conciencia está al servicio del aumento inconsciente e instintivo de la materia organizada. Adquirimos y desarrollamos funciones de relación, para vegetar mejor. Una fuerza primordial domina a la Historia: la tendencia al crecimiento indefinido del protoplasma.

* * *

¿Será el hombre, que descubre esta ley, juguete de ella al igual que el bruto? ¿Pesará ella sobre nosotros con la fuerza incontrarrestable de las leyes cósmicas? ¿Crecerá siempre el protoplasma, bajo la forma de hombre, tan ciegamente, tan sin objeto inteligible y propio, como en las otras formas de la vida, que el hombre extingue o domestica? Simple fuente de placer ingenuo, ¿será también la vida para la masa humana condena eterna al dolor involuntario y estéril, peor que la muerte?

Numerosos indicios del moderno movimiento histórico señalan para la Humanidad un porvenir mejor. Marcha ella en masa hacia la libertad, "que no consiste en la soñada independencia de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad así obtenida de hacerlas obrar metódicamente con fines determinados". Nuestra creciente inteligencia del mundo inorgánico y de los seres vivos es una promesa de gloria si comprendemos y dominamos también lo biológico de nosotros mismos, y a esto tiende la agitación actual de las masas populares. El mundo será menos cruel, irracional y caótico a medida que el amor por la bestia humana se subordine al amor por el ser humano consciente. Así es como la Historia dejará de ser la expresión de la simple tendencia vegetativa del hombre y se invertirá el papel histórico de las actividades humanas, adquiriendo el predominio las más altas.

Habremos dado un paso enorme cuando la ciencia aplicada y el arte social sean una preocupación de todos. Pero ya muestra el pueblo aspiraciones a ir más allá. Multitudes atentas comienzan a gustar la emoción de la ciencia y llenan

las universidades populares. Los sindicatos obreros en Berlín han donado recientemente 80.000 marcos al observatorio astronómico de Treptow; parece apasionarlos la loca carrera en que el sol nos arrastra hacia la constelación de Hércules. El gusto por la contemplación y la descripción de la naturaleza se difunde, así como por la decoración de lugares y cosas. La música ocupa una porción creciente del tiempo de los hombres. En Alemania los diputados de la democracia social han hecho abortar con su obstrucción un bárbaro proyecto de ley contra las libres manifestaciones del arte, comprendido ya por el pueblo como una actividad que tiene su fin en sí misma y crea a raudales, como la ciencia pura, el más generoso placer. No triunfan el sabio y el artista sino trasmitiendo a otros hombres su teoría o su sensación. Y al comprender la fórmula, al oír la sinfonía, al contemplar la estatua o el cuadro, como al extasiarnos ante una puesta de sol, lejos de apropiárnoslas como egoístas, las enriquecemos para los demás con nuestra admiración y simpatía.

Difúndanse entre los hombres las actividades superiores, más solidarias y nobles, y habrá en el mundo más razón, más belleza, más bondad.

INDICE

INDICE ALFABÉCTICO

La impresión de este libro se realizó hasta la página 512 en nuestros talleres Editorial "La Vanguardia", Rivadavia 2150, y el resto, en la imposibilidad de poder terminarlo, por haber sido clausurados por la Municipalidad de la Capital con fecha 27 de agosto de 1947, en la imprenta "Indoamérica", calle Gascón 843, dándose fin al mismo el día 10 de abril de 1948.